John Varley

El globo de oro



Todo el universo es un escenario, y Sparky Valentine es su actor itinerante. Se labra su camino de un planeta a otro como parte de una diversa *troupe*, llevando a Shakespeare (bueno, al menos una versión) a los confines del sistema solar de la Tierra. Viajará por los mundos exteriores, donde vagan miles de satélites artificiales, conglomerados de chatarra y rocas fundidos para albergar frágiles comunidades humanas. Aquí es donde Sparky trabaja, transformándose en joven o viejo, obeso o enjuto, hombre o mujer, con sólo alterar los implantes magnéticos bajo su piel. Se trata de un equipo indispensable para un actor… y para un estafador buscado por asesinato; pues aunque Sparky Valentine tenga música en su corazón, también se ha puesto precio a su cabeza. Pero su vagar galáctico lo acerca cada vez más al hogar, a la justicia… y a la verdad de su extraña y prolongada existencia.



John Varley

El globo de oro

Ocho mundos - 3

ePub r1.2
Titivillus 31.07.2020

Título original: *The Golden Globe*
John Varley, 2001
Traducción: Domingo Santos
Ilustración de cubierta: Javier Pérez Calvo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





Acto Uno

—Una vez interpreté *Romeo y Julieta* haciendo yo todos los papeles —dije —. Doblar a Mercucio no será ningún problema.

El telón ya estaba arriba, y Dahlia Smithson —nuestro esplendoroso sol, la nivea paloma entre grajos, la rica joya en la oreja del etíope— todavía no había aparecido entre bastidores. Esto no era ninguna sorpresa. Las últimas dos noches habíamos tenido que subir con un manubrio su encantador cuerpo al balcón y atarlo a él para que no se cayera fuera.

—Estás loco —gritó Larry «la Sanguijuela» Crocker, nuestro productor-director-director de escena: la cera en la oreja del etíope. Tenía los ojos desorbitados por la furia, temblaba, estaba cubierto de sudor…, y era la imagen de la calma y la compostura al lado de Dee, la directora ayudante de escena, que no dejaba de estrujar el sobado texto de la obra como si pudiera morderla.

Se había hablado de contratar a un suplente en vista del reciente comportamiento de La Smithson, pero esto no era la Schubert Traveling *Shows*, damas y caballeros, esto era The Crocker Players, y si no han oído hablar de nosotros es probablemente porque viven ustedes a menos de un pársec de distancia de la civilización. Estamos crónicamente subcapitalizados (lean «pobres como ratas»), y recaía en la directora ayudante de escena la tarea de suplir todos los papeles femeninos. Y aunque estoy seguro de que Dee hubiera hecho un buen papel como las damas Montague o Capuleto, y probablemente hubiera parecido creíble como la Nodriza, la perspectiva de Julieta la había vuelto de un color verde pálido.

—No me sé todo el texto —gimió.

—¿Lo ves? —dije—. No se sabe el papel.

—Estás loco —estalló Larry—. ¿No están en el escenario al mismo tiempo?

—Mercucio y Julieta nunca se encuentran —dije—. Sé que has puesto a Mercucio en la fiesta de los Capuleto, pero el Bardo no lo exige así, y puede resolverse dejando que el Príncipe lleve mi traje en la escena. Mercucio va enmascarado, y no dice nada. De todos modos —apliqué el oído al escenario— será mejor que te decidas. La escena segunda está a punto de empezar, y Julieta está en la tercera. Necesitaré un poco de tiempo.

—Estás loco —repitió Larry la Sanguijuela por enésima vez, luego señaló los camerinos con la cabeza.

—Nunca lamentarás esto —dije.

—Ya lo estoy lamentando.

Siendo éste un espectáculo Crocker, no hace falta decir que estábamos a mucho más de cuarenta y cinco minutos de Broadway. Demonios, estábamos a unas cuarenta y cinco horas de Plutón. Eso es lo que había tardado en llegar al Sistema mi último mensaje a mi agente, y el mismo tiempo para que me llegara de vuelta la noticia de que no respondía al teléfono. No era una gran sorpresa; yo llevaba ya casi un año «en la carretera», por así decir, y mi agente ya no respondía al teléfono cuando me fui. (¿La pregunta que quería que me respondiera? Muy sencilla: «¿Quién demonios me había contratado para actuar en esta cloaca?»).

La instalación sanitaria en cuestión era conocida como Brementon. Quién sabe por qué. Los seres humanos tienen esta necesidad de ponerle nombre a todo, no importa lo poco que se merezca uno. Cuando vi el nombre en el itinerario de viaje me vino a la mente una pequeña aldea pacífica. Alemana quizá. Felices burgomaestres con *lederhosen*, sonrientes *fräuleins* con *dirndls* y trenzas y zuecos, hermosas cabañas con banderas de adorno con *swastikas*. En realidad, si al nombre le hubieran añadido «Prisión de máxima seguridad» hubieran estado más cerca de la verdad. Casi una cuarta parte del lugar era una prisión. Todavía no habíamos visto esa parte, pero si era peor que el resto, la mente no lo aceptaría. B’town, como empezaron a llamarla los actores, hubiera podido proporcionar muy bien la definición para «la ciudad en el culo del mundo», excepto que la parada antes de B’town se llamaba precisamente así: El Culo del Mundo.

Brementon era una colección al azar de chatarra, natural y artificial, soldada entre sí en la zona cometaria y puesta en servicio como una «ciudad» por los criminales huidos, locos, pervertidos y otros inadaptados a los que les gustaba llamarse a sí mismos foráneos. Brementon, El Culo del Mundo y otros diez mil lugares similares constituían las más remotas «comunidades» que la humanidad había conocido nunca.

En realidad, eso era algo que en el fondo importaba tan sólo a algún navegante celeste. A nuestra llegada busqué el Sol, y necesité un cierto tiempo para encontrarlo. Se suponía que pasaríamos a menos de quince mil millones de kilómetros de él dentro de sólo cuatro mil años; para un foráneo, eso era casi como chocar con él.

Resultaba difícil decir cuan grande era Brementon. Buena parte de la ciudad estaba unida entre sí con cables y tirantes y tendía a derivar. Si agarrabas dos extremos y tirabas fuerte podías estirarla veinte kilómetros o más, pero nunca podrías desenredarla. Cuando la vi por primera vez desde la nave presentaba una tosca forma circular de unos cinco kilómetros de diámetro, como una especie de loco racimo globular, o la imagen de una nave espacial unos pocos segundos después de una desastrosa explosión.

Una pequeña parte de este accidente de tráfico en progreso orbital era una esfera plateada llamada el Teatro de Brementon. Estaba unido a otra esfera equilibradora que contenía las instalaciones sanitarias municipales, lo cual proporciona una buena idea de la alta estima en que los foráneos tenían Las Artes. Las dos esferas giraban alrededor de un centro de gravedad común. El resultado era que no teníamos que interpretar a Shakespeare en caída libre, como habíamos tenido que hacer en El Culo del Mundo y en varios contratos anteriores. ¡Amigos, romanos, compatriotas, echadme un cabo! Hablen de teatro total.

Pero ya basta de Brementon. Hablemos de mí.

Subí la escalera de caracol entre bastidores y entré en el camerino de Dahlia. Me detuve allí sólo un segundo, respirando el embriagador aroma del primer actor. Odio decir cuánto tiempo había pasado desde que dispuse por última vez de un camerino privado. Acaricié el respaldo de la silla de Julieta, luego la eché hacia atrás y me senté frente al espejo rodeado de luces y contemplé mi rostro y me centré.

En realidad nunca antes había interpretado a Julieta. Claro que no iba a decirle eso a Larry. (¿La obra en la que hice todos los papeles? En realidad una *boutade*, con cambios rápidos, payasadas, caras pintadas y burla, que duraba veinte minutos en los que yo estaba realmente lanzado). No valía la pena preocuparle; me sabía el papel. Pero conocer el texto es sólo el punto de partida, por supuesto. Debes meterte en el personaje. Todo buen actor actúa desde dentro. Tenía unos cinco minutos para ello.

No es tiempo suficiente, por supuesto. No lo hubiera sido ni aunque fuera capaz de usarlo sin hacer otra cosa más que pensar en el papel. Tal como estaban las cosas, necesitaba todos los minutos para conseguir la transformación física. Pero usé el tiempo mental para volver a las muchas muchas actuaciones de Julieta que había visto, retrocediendo hasta la de Norma Shearer en 1936. Mientras mi mente recorría todas las Julietas del pasado, tomando un poco de profesionalidad aquí, unas palabras de énfasis allí, mis manos se atarearon cambiando el anguloso rostro de Mercucio a un rostro capaz de avergonzar a las más hermosas estrellas de todos los cielos.

Hubo un tiempo en que tenía mi propio rostro. Bueno, todavía lo tengo, por supuesto, las especificaciones están en alguna parte en mi baúl, el *copyright* número SSCO-5-441-J54902. Es un buen rostro, y me sirvió bien en el oficio durante casi treinta años. Pero llegó un momento en el que lo más juicioso fue no seguir usándolo.

Hace treinta años, con un dinero en el bolsillo al que no estaba acostumbrado como consecuencia de una larga gira de éxito, invertí en todos los artilugios de maquillaje conocidos por aquel entonces por la humanidad. Esto requirió, entre otras cosas, que toda mi cabeza fuera dejada de lado y reconstruida. Mi cuerpo alberga suficiente magia técnica como para cualificarme como un engorro. Las radios escupen estática cuando paso por su lado. Las brújulas se desorientan. Pero cuando el papel requiere una alteración rápida y completa de todo el cuerpo, yo soy su hombre. O su mujer, si se presenta el caso.

Mi primera aparición era un fastidio logístico. Julieta dice: «Es un honor en el que no había soñado», cuando se le pregunta si quiere casarse. A lo cual la nodriza grita: «¡Un honor! Si no fuera tu única nodriza, diría que no habías chupado sabiduría de mi teta». Una frase que garantizaba la

risa, y que la dulce y querida Angeline Atkins remendaba afrentosamente, como todo el resto del papel.

El problema era que la siguiente escena, el Primer Acto, escena cuarta, era la oportunidad de Mercucio de lucirse. ¿Qué hacer, qué hacer?

Primero lo primero. Me metí en el traje, colocando relleno en los lugares apropiados. Afortunadamente, la falda llegaba hasta el suelo.

Me puse una peluca negra, la peiné rápidamente, y luego tomé el Masque-Aid. Es un pequeño y encantador artilugio que consiste en dos partes. La primera es un delgado tubo de plástico con un conector a presión en el extremo. Lo sujeté a un conector similar oculto detrás de mi oreja izquierda, lo puse en marcha, y oí el agudo silbido del aire que empezaba a fluir a su través. La segunda parte es una varita perfiladora, que parece un lápiz con una cabeza ancha y plana. Ambas unidades están conectadas a una consola de control y a un sistema conmutador encajado en el hueso de mi mandíbula. Apreté el extremo plano de la varita contra mi rostro y me puse a trabajar.

No hay nada de extraño en la varita en sí. Contiene un poderoso imán que gira cuando aprieto un botón con mi pulgar. Cuando la sitúo en la posición correcta hace que una serie de imanes implantados quirúrgicamente giren, y éstos hacen girar a su vez varios tornillos…, que hacen que lentamente varios huesos o grupos de huesos se separen o se junten.

Puedo variar la distancia entre mis ojos. Puedo alargar mi mandíbula, alzar y bajar mis pómulos. Puedo crear un puente sobre mis ojos. En cinco minutos puedo ser Quasimodo o Marilyn Monroe.

Ésa es la base. La manguera de aire se ocupa del resto. Hay veinte diminutas bolsas de aire encajadas en la piel de mi rostro. Si las vacío todas mi aspecto se asemeja al de la Muerte. Si las lleno todas me convierto en Fatty Arbuckle.

El único problema con toda esta magia escénica es que puede doler si se efectúa demasiado rápidamente. Según lo mucho que tengas que conseguir, el dolor puede ser como un leve dolor de muelas o como una severa paliza. Nadie me dijo nunca que el arte fuera indoloro.

Estaba aplicando maquillaje rosado a mis mejillas cuando alguien golpeó frenéticamente la puerta del camerino.

—¡Un minuto! —llamó Dee.

—Ahora voy. —Pinté dos atrevidas cejas con dos golpes de lápiz, me miré críticamente una última vez. Noté sabor a sangre, me limpié un diente con una toalla, sonreí ampliamente a mi imagen en el espejo.

Larry me aguardaba entre bastidores, y saboreé su expresión de sorpresa cuando me acerqué a él. Más allá, Romeo y Benvolio estaban en escena, el telón a punto de bajar. Larry sujetó mi brazo.

—Escucha, muchacha —susurró, mirándome intensamente a los ojos—. No puedes fallarnos ahora. Todos contamos contigo, hasta el último de nosotros. Sé que ha sido un camino difícil. Sé que he sido duro contigo, pero lo fui porque sabía que tenías algo, querida, una cualidad mágica que no puede adquirirse en una tienda. Quiero que salgas ahí fuera ahora y los dejes sin aliento. Cuando vuelvas aquí, ¡quiero que lo hagas como una estrella!

—Por el amor de Dios, Larry, domínate.

Se quedó allá parpadeando por un momento.

—Lo siento. Sólo quería que lo supieras, eso es todo.

—Bien. Me alegro de que te hayas salido de tu sistema.

Desde el escenario:

—¡Eh, cordera! ¡Eh, pimpollo! ¡No quiera Dios!… ¿Dónde está esa muchacha? ¡Eh, Julieta!

¡Cristo, eso era mi entrada!

—¡Ya, ya! ¿Quién me llama? —Brotó casi como un croar, pero al menos fue un croar agudo. *Lady* Capuleto y la Nodriza me miraron de una forma extraña, pero siguieron valientemente con una de las menos interesantes escenas de Shakespeare, todo acerca de la víspera de la fiesta de la cosecha y otras cosas de mínima importancia para un público moderno. Dejé que todo resbalara sobre mí y me concentré en mis cuerdas vocales, que con las prisas había olvidado afinar. Canturreé suavemente

para mí mismo, ganándome varias miradas furiosas de Angeline. Finalmente consideré que ya lo tenía, y justo a tiempo además.

—Es un honor en el que no había soñado. —Extraño. Estaba seguro de que había oído esa voz antes. *Lady* Capuleto estaba de espaldas al público…, ¡Dios mío, estaba reprimiendo una risa! Revisé mentalmente mis últimas palabras. ¡Blanche DuBois! Estaba usando la misma voz que había empleado la última vez en nuestra producción de *Un tranvía llamado deseo*.

Revisé frenéticamente los papeles femeninos de mi carrera, buscando algo dentro de lo cual pudiera deslizarme como si fuera un zapato cómodo. Una voz, una voz. ¡Mi reino por una voz!

—Decidlo brevemente, ¿veréis con agrado el amor de París? Y dije:

—Veré de amarle, si el ver mueve el amor. —Maldita sea, ésta sonaba familiar también—. Pero las flechas de mis ojos no irán más lejos de lo que permita el impulso de preste a su vuelo vuestro permiso. —¡Por el fantasma del gran César! ¡Ésa era Natalie Wood con un mal acento puertorriqueño! Mi revisión de las Julietas del pasado me había conducido por una callejuela lateral cinematográfica.

Quizá si entrara con el coro del «I Feel Pretty» de *West Side Story* nadie se daría cuenta.

No tenía tiempo que perder. *Éxeunt* todos, telón abajo, telón arriba, entran Romeo, Mercucio, Benvolio, Enmascarados, Hacheros y otros. Permanecí entre bastidores y me metamorfoseé en una transformación que pondría verde de envidia a Henry Jekyll mientras la compañía entraba y salía, dejándome tranquilo, como se les había indicado que hicieran, hasta que estuve listo para @#@mi entrada.

Fuera el vestido. Fuera la peluca. Y sin tiempo para una sesión frente al espejo, esto tenía que ser rápido, de modo que con una mueca muy propia de un hombre frente al pelotón de ejecución, metí el rostro en una mascarilla de plástico y pulsé el botón de *reset* de la consola de control del Masque-Aid.

No lo recomiendo. Lo que ocurrió a continuación me dio la impresión como si me estuvieran arrancando todos los dientes a la vez…, y como si

tuviera quinientos dientes.

La máquina actuó a velocidad máxima. En diez segundos fui Mercucio.

La escena fue bien. En ella hablo de la reina Mab, la partera de las ilusiones. De alguna forma, mi dolor y mi desorientación hicieron que mis líneas fueran menos pomposas de lo que suelen ser normalmente, menos fantasiosas y más parecidas a una oración de profundo significado para Mercucio, un personaje complejo y difícil. Al final, cuando Romeo me tranquiliza, yo estaba llorando lágrimas verdaderas, sacudido por la emoción.

La teoría de Larry es que Romeo y Mercucio eran amantes homosexuales. Lo hace explícito haciendo que Mercucio bese a Romeo tras la frase «Volviendo su rostro al sur, destilador de rocío». Es un beso de adiós, que presagia el inminente asalto al corazón de Romeo por parte de la hermosa Julieta, y al mismo tiempo una presiente rendición. Yo, personalmente, no tengo ninguna opinión al respecto. Creo que ya resulta demasiado duro para una persona de nuestra era imaginar realmente lo que era la homosexualidad en una época pre-Cambio. Pero la escena fue bien. El telón bajó en medio de fuertes aplausos.

Y gracias a Dios por ello, porque no sé si hubiera podido enfrentarme a la retransformación que me aguardaba sin ese sonido para animarme.

Dee y Larry estaban discutiendo sobre algo cuando salí de escena. Dee le gritaba a Larry que se callara —lo cual hizo que algunas cabezas se volvieran—, y agarró mi brazo y tiró de mí hacia la escalera.

—Te doy cinco minutos para cambiarte —dijo, arrastrándome con ella —. Te reemplazaré en la danza, y haremos dos coros. Entrarás en el escenario por la izquierda, al otro lado de Romeo, mientras Capuleto habla. Yo te daré el pie.

—Sé el sitio —dije—. Gracias. —Le di un beso en la frente y entré en mi camerino. Elwood estaba allí esperándome. Le saludé con la cabeza y me derrumbé en mi silla.

—Se habla de eliminar la primera escena del segundo acto —dijo. Elwood es un hombre alto al que le gusta llevar ropa de época que cuelga sobre su delgado cuerpo como velas hinchadas por el viento. Se parece a Jimmy Stewart.

—Eso ayudaría mucho —dije. La varita perfiladora zumbaba suavemente en mi mano, y el rostro de Julieta estaba tomando forma en el espejo. Elwood estaba sentado en una silla a mi lado y adelantó una mano —. Sí, pero socava el suelo bajo los pies de Mercucio. Por supuesto que lo hacía, y yo no necesitaba a Elwood para que me lo dijera. La escena presentaba a Mercucio volviéndose cada vez más frenético en su búsqueda de Romeo que, todos lo sabemos, estaba por aquel entonces muy en territorio enemigo y dispuesto a renegar de su padre y renunciar a su nombre. Corta esto, y Mercucio aparecerá como un estúpido en la cuarta escena.

—Todo esto —señalé, poniéndome el vestido de Julieta sobre mi ropa —, ¿quién lo dice?

—Oh, oigo cosas —dijo Elwood encogiéndose de hombros. Lo cual es todo lo que siempre he podido conseguir de él.

No deseaba eliminar la escena. Había sido contratado para dar vida a Mercucio, y tenía intención de representarlo bien. Y le había prometido a Larry que podía hacer los dos papeles, y tenía intención de hacerlo también. Pero Mercucio sale al final mismo de la escena primera, y Julieta aparece en el balcón en el principio mismo de la segunda escena. Si tan sólo era asunto de un poco más de dolor lo soportaría voluntariamente, pero para esta aparición de Julieta tenía que efectuar todo el cambio, y simplemente no sabía si se podía hacer en un minuto.

También hay bolsas de aire en mi cuerpo. Enchufé la boquilla de la manguera del Masque-Aid en un alvéolo (no importa dónde; pueden examinar todo lo minuciosamente que quieran todo mi cuerpo, y probablemente no lo encontrarán), y empezó a bombear una cálida solución salina.

Julieta tenía trece años. Tenía que estar cubierta de grasa infantil. Necesitaba una cintura estrecha. Necesitaba pechos, y unas posaderas.

Esas últimas tendrían que aguardar, puesto que parecerían extrañas bajo los pantalones y la chaquetilla de Mercucio. Dee estaba llamando a la puerta.

Pasé la escena de la danza sin problemas, y sin la voz de Blanche, gracias sean dadas a todas las musas. No sé de dónde salió la voz que utilicé, pero era adecuada a una adolescente herida por el amor.

Luego fuera y desatornillar de nuevo mi rostro durante el corto intermedio entre los actos, después la lastimosa búsqueda de Romeo por parte de Mercucio…, luego de nuevo entre bastidores, quitándome a toda prisa la ropa de Mercucio, encajando mi rostro en el Masque-Aid mientras Dee enchufaba la manguera salina…, y ella fue el único testigo de lo que puede que fuera el más rápido cambio de sexo desde que Roy Rogers castrara a Trigger.

Un par de medios litros produjeron rápidamente un par de pechos en sus lugares correspondientes. Lo mismo las posaderas; no tenía ningún sentido cargar demasiado las tintas en ninguna de las dos partes. Sorber un poco de jugo de la cintura, hinchar un poco las caderas, *¡et voilá!*

Sólo quedaba un pequeño detalle que atender. Bueno, no tan pequeño.

El pene es sólo piel que cubre dos cámaras llenas de sangre. Con la operación adecuada estas dos cámaras pueden ser sorbidas al interior del cuerpo, al estilo de volver del revés un calcetín. Una extrusión, y eres el hombre dominante. Una absorción, y eres la ingenua perfecta. Hazlo rápidamente varias veces, y serás popular en tu próxima orgía.

Mi padre se hubiera sentido orgulloso. Salí del escenario siendo Mercucio, y aparecí sesenta segundos más tarde en el balcón siendo Julieta.

—Con ligeras alas de amor franqueé esos muros —dijo Romeo, desgarrando su camisa—, pues no hay cerca de piedra capaz de atajar mi amor: Y lo que el amor puede hacer, el amor se atreve a intentarlo. Por tanto, tus parientes no me importan. —Me besó, mientras yo empezaba a despojarme de mi camisa de noche.

—Te asesinarán si te encuentran aquí —respondí; estaba empezando a respirar afanosamente.

—¡Ay, más peligro hallo en tus ojos que en veinte espadas de ellos! Mírame tan sólo con agrado, y quedo a prueba contra su enemistad. —Dejando caer los pantalones Montague mientras hablaba para revelar no una mano, no un pie, no un brazo o un rostro, sino esa otra parte perteneciente a un hombre. ¡Un hermoso sol alzándose! Se arrojó a mis brazos, y caímos juntos sobre la cama.

—¡Por todo lo que vale el mundo no quisiera que te viesen aquí! —Besándole de nuevo.

—El manto de la noche me oculta a sus miradas; pero, si no me amas, deja que me encuentren aquí: será mejor que mi vida termine víctima de su odio que retrasar mi muerte falto de tu amor. —Y así hasta la escena de sexo.

Sí, les oigo, a todos ustedes puristas de ahí fuera. ¿Qué puedo decir? Dadas mis propias preferencias, yo preferiría hacerlo también de la manera tradicional. Besos apasionados, miradas lánguidas. Pero el público exige realismo…, en especial en un rincón tan apartado como Brementon…, y eso es lo que reciben.

O eso es lo que se supone que reciben. Al minuto de desnudo abrazo, empecé a preguntarme si Romeo había leído el mismo texto de la obra que yo. Su capullo del amor, que al aliento madurador del verano debería de haberse desarrollado en una espléndida flor, demostró ser como el rayo, que cesa de existir casi en el mismo momento en que se manifiesta. En una palabra, impotencia.

¡Oh, Romeo, Romeo! ¿Dónde estás, Romeo? Inconstante luna, que cambias mensualmente en tu devenir por el cielo, tu amor ha resultado ser igual de variable.

Cuando tuve la oportunidad de reflexionar sobre ello más tarde, la razón de sus problemas se hizo evidente. Son los obvios problemas a los que se enfrenta la mayoría de la gente. Romeo era un extraño fenómeno sexual. Era un dedicado heterosexual.

Me doy cuenta de que son bastante comunes en la población en general, pero son raros en la comunidad tespiana. Demonios, yo lo soy también prácticamente, excepto sobre el escenario. Quizá sea por eso por lo que nadie comprendía realmente que cuando llegaba el punto álgido, por así

decir, esto iba a fallarle. Ninguno de nosotros comprendía realmente la serpentina lógica de su particular perversión.

Como hetero masculino, sólo se sentía excitado por las mujeres. Y aunque yo mostraba ahora todas las evidencias de ese género, él me había conocido como Mercucio, y eso era lo que seguía siendo para su mente.

Ahora puedo reírme de ello. Se ha convertido en una de esas historias teatrales de desastre que a todos nos gusta contar, como el teléfono de utilería que suena en el momento equivocado. (¿Solución? Cógelo, escucha un momento, luego tiéndeselo a tu peor enemigo y anuncia: «Es para ti»).

Pero en el momento en que ocurría no tenía nada de divertido.

De todos modos, no podías saberlo por la reacción del público. Estaban riendo. Es uno de los peores sonidos que puedes oír en mi oficio: risas cuando no has hecho ningún chiste.

Pero si recibes risas, lo mejor es seguir manteniéndolas hasta que imagines qué puedes hacer. Levantándome de la cama y caminando desnudo por el escenario, me convertí en Catalina, la fierecilla de Padua.

—No, entonces no iré hoy. No, ni mañana, no hasta que me plazca. La puerta está abierta, señor; ahí está vuestro camino. Podéis seguir andando mientras vuestras botas resistan; en cuanto a mí, no me iré hasta que me plazca. —Buscando acción en la palabra, una mujer frustrada intentando complacerse a sí misma.

Romeo permaneció sentado desconsolado en el borde de la cama, buscando en *La fierecilla domada* una respuesta apropiada. Alzó la vista hacia mí.

—¿Por qué el mundo dice que Julieta es blanda de carácter? —exclamó —. ¡Oh mundo difamador!

Nos intercambiamos líneas durante un rato. Las risas se desvanecieron gradualmente, no porque nos estuvieran tomando en serio, sino porque no podíamos seguir con aquella situación hasta mucho más allá. Yo no tenía la menor idea de cómo salvarla.

De pronto Romeo saltó de la cama. Me abrazó con un mano, rascándose las nalgas con la otra. Y noté que su interés empezaba a empinarse.

Dee había conseguido una droga prohibida en la mayor parte de los mundos debido a su extremo riesgo para el receptor masculino: a menudo

se hieren a sí mismos intentando el acto sexual con los enchufes de la luz y los animales domésticos. Se había arrastrado debajo de la cama y clavado una aguja directamente a través de la espuma de caucho.

—Bien, Julieta —dijo—, soy un esposo para ti. Porque veo a esta luz, a través de la cual puedo contemplar tu belleza, tu belleza que me hace sentir de este modo, no puedes casarte con ningún hombre excepto yo. Tendremos anillos, y cosas, y finas ropas. Y bésame, Ca… Julieta, nos casaremos el domingo.

Y así, finalmente, a la cama. Donde actuamos como veteranos actores y él, en un esfuerzo por estar a la altura, intentó cubrirme de nuevo mientras cantábamos la segunda estrofa del «Tonight» de *West Side Story*.

Y, finalmente, una escena en la que no figuraba yo.

Mientras Romeo vertía su corazón a Fray Lorenzo (y al mismo tiempo intentaba joder la pierna del fraile), me tambaleé de vuelta a mi camerino con diez minutos completos para cambiarme de vuelta a Mercucio. ¿Y a quién encontré allí sino a Dahlia Smithson, por aquel entonces ya no una rica joya, ui› esplendoroso sol ni una nivea paloma? Diría que estaba más cerca de una luna envidiosa, enfermiza y pálida. Olía a ginebra. Ved como apoya la mejilla en su mano. Ved como sus ojos, destellando en sus órbitas, se asoman fuera de su cabeza mientras me señala y dice:

—¿Qué mierda estás haciendo aquí con mi traje?

Se dobló sobre sí misma y vomitó en el suelo.

Bueno, eso no era mi problema, ¿no? Abrí la puerta y llamé a gritos a Larry. Luego me senté ante el espejo e hice lo que debía hacer, con o sin la reaparición de Dahlia: me convertí de vuelta en Mercucio.

Dahlia Smithson era el único nombre con una cierta aura de estrella en nuestra heterogénea compañía. Era una estrella en decadencia (no puedes beber tanto y fallar en tantas representaciones sin entrar en un firme e inevitable declive), pero su nombre encima de los títulos de nuestro pequeño repertorio era lo que atraía la financiación para esta maratoniana

misión de traer la cultura a los lugares más remotos. ¿Tendría Larry alguna vez el valor de despedirla? Ni por asomo.

Así que canté: «Adiós, vieja dama, adiós…, dama, dama, dama», dejé a la Nodriza con Romeo, y me apresuré entre bastidores con tres o cuatro minutos para realizar mi penúltima capuletización…, sin saber si sería necesaria, medio esperando que no lo fuera.

Al principio pareció que el problema se había resuelto por sí mismo. Dahlia estaba tendida en el diván, flácida como el entusiasmo de Romeo. Larry, lavanda por el terror, y Dee, púrpura por la rabia, iban de un lado para otro de la habitación.

Y Dahlia demostró la auténtica resistencia del alcohólico veterano saltando de su lugar de descanso y chillando como algo salido del Primer Acto de la obra escocesa. Era su segundo aliento.

—No puedes hacerme esto, sapo pusilánime —maldijo—. ¡Y tú! ¡Tú, ridículo viejo comicastro! ¿Cómo te atreves a apuñalarme por la espalda de este modo? ¿No puedes conseguir un papel protagonista de otra forma que no sea robándoselo a tus mejores? ¡Tú, polimorfo, sin talento, mastica escenas, lamentable besaculos, aprendiz de actor! Te pillaré. Os lo demostraré, a todos vosotros. —Salió en tromba de la habitación, pero su voz derivó tras ella—. ¡Os pillaré a todos!

—¡Y a tu perrito también! —cacareé. Dee se echó a reír nerviosamente, pero no Larry. Se hundió en una silla, mirando ciegamente a la distancia, hacia donde sin duda estaba viendo volar sus beneficios.

Vaya, pensé. ¡Aprendiz de actor, ciertamente!

Recorrí a trancas y barrancas el Segundo Acto hasta su final, me remercucivé, y me presenté ante el público para enfrentarme a mi destino. Por aquel entonces deliraba un poco a causa del dolor. Empecé a ver una auténtica calle polvorienta de Verona apareciendo y desapareciendo de mi vista. Supongo que era una de las de la producción de Zeffirelli. Francamente creo que me pasé en el duelo a espada que siguió. Estoy malditamente seguro de que hice una soberbia actuación tras ser atravesado por el acero. Bajé la vista a mi herida —no tan profunda como un pozo, no

tan ancha como la puerta de una iglesia; pero es suficiente, servirá—, y me di cuenta de que en la confusión había olvidado entumecer la zona del blanco. La espada atravesó de uno a otro lado, ¡y maldita sea, dolía!

—Ayúdame, Benvolio —dije— o me desvaneceré. ¡Una plaga sobre vuestras dos casas! Han hecho de mi carne de gusano. —Y nunca, mis queridos corazones, fueron pronunciadas estas palabras más de corazón.

Algunos artistas sólo pueden actuar cuando todo está tranquilo a su alrededor. Yo en cambio medro en el desorden. Cuanto peor van las cosas, más fuerte se afirma mi arte. En el Acto Cuarto estaba sólidamente metido en el papel. Yo era Julieta. Los miembros de la compañía empezaron a venir a mí entre bastidores y a susurrar su aliento y sus felicitaciones. Todo aquello significaba muy poco para mí; ya estaba viviendo la siguiente escena.

Pero en un momento determinado me di cuenta de la presencia de un hombre alto, de anchos hombros, que le tendía un papel a Dee, que lo miró y negó con la cabeza. Se dirigió al Fray Lorenzo y a París, que estaban aguardando su entrada. Paris frunció el ceño ante el papel, se encogió de hombros y negó con la cabeza, y se fue. El hombre se dirigió hacia mí.

—Disculpe —dijo, con una voz como papel de lija frotando sobre un contrabajo—. Estoy buscando a un hombre llamado Kenneth C. Valentine.

—¿Y quién es usted?

Extrajo una licencia de detective privado que afirmaba que su nombre era Manuel P.García, y que estaba autorizado por el principado de Brementon —una región autónoma del Gran Estado Libre Foráneo— a emitir fianzas, aprehender fugitivos, realizar investigaciones, llevar un arma no nuclear, y en general emboscar, acechar, seguir, pisarle los talones y todo lo que fuera necesario, a su presa. Lo que en realidad significaba era que había sido expulsado de la policía de Brementon y se estaba ganando la vida de la única forma que sabía.

—¿Se ha vuelto a meter en problemas? —pregunté.

—Sólo necesito hablar con él, señorita. ¿Sabe dónde vive?

—En estos momentos en el mismo hotel que el resto de nosotros. Mire, estoy muy ocupada en estos momentos. Pero sé quién puede ayudarle. —Tomé mi bolsa de maquillaje de su percha de emergencia entre bastidores y

rebusqué en ella—. Se llama Dowd. Elwood P. Dowd. Espere, le daré una de sus tarjetas. —Se la tendí—. Si quiere llamarle utilice ese número, no éste. Ese número es el antiguo. O puede quedarse por aquí hasta que baje el telón. Estoy seguro de que el señor Valentine aparecerá entonces por aquí.

Salí al escenario echando humo. Sólo Dios sabía en qué se había metido Sparky Valentine esta vez. Siempre se metía en problemas de uno u otro tipo. El que le llevaran ante los tribunales podía causar a la producción un montón de problemas.

—¿Qué? ¿Un rumor? —susurré. Sentía acumularse dentro de mí una acerada resolución. Apenas podía ver por las lágrimas que resbalaban por mi rostro—. ¡Seamos breves entonces, oh daga bienhechora! Ésta es tu vaina. —La hundí en mi pecho—. Descansa aquí, y déjame morir. —Me derrumbé cruzado sobre el cuerpo tendido de Romeo, y sentí la total relajación de la muerte cubrirme por completo.

Dios, era bueno.

Pude oír auténticos sollozos entre el público, ese grupo de duros y semianalfabetos foráneos. Bueno, puede que fuese la historia más triste jamás contada. Ha estado haciendo llorar a la gente durante seiscientos años.

¿Podía ser la auténtica muerte más pacífica que esto? ¿Podía un actor llegar hasta tan lejos en su interpretación como para morir sobre el escenario? No estoy diciendo que sintiera la muerte, pero me había metido tan profundamente en el papel de Julieta que alguna razonable imitación se había apoderado de mí. No deseaba abrir los ojos. No deseaba levantarme. Cuando bajó el telón tuvieron que alzarme de encima de Romeo y llevarme entre bastidores.

Estaba lo bastante vivo como para saludar. Tienen que meterme en un auténtico ataúd para que me pierda eso.

Los aplausos fueron ensordecedores.

Desgraciadamente no pude quedarme para la segunda vez que se alzó el telón. Me apresuré escaleras arriba al camerino, donde Elwood tenía ya preparado mi baúl. Lo metimos en el ascensor y subimos hasta el ingrávido eje centrífugo, tomamos una cinta móvil hasta una parada de taxis, y un taxi hasta el espaciopuerto, donde una alta-g se preparaba para partir hacia Plutón dentro de una hora.

Fue una hora nerviosa, pero pronto pude ver cómo Brementon se empequeñecía en la pantalla trasera de la nave, y me relajé por primera vez desde que se alzara el telón.

Porque, ¿saben?, yo soy K. C. Valentine. Pero llámenme Sparky; todos mis amigos lo hacen.

Judy estaba gritando algo acerca de Brick y Skipper, de modo que Punch le gritó de vuelta:

—¡Cállate o voy a golpearte con esta muleta!

Pero Judy nunca se calla. De modo que Punch se fue de nuevo a la caza de la ballena.

Ésa no es la forma en que está escrita la obra, pero a veces tienes que poner algo de tu parte aquí y allá si carece de acción. Durante largo tiempo me atuve fielmente al repertorio clásico del teatro de marionetas de Punch y Judy, representándolo todo, desde *El jefe de los bandidos* hasta *Vendetta, o la venganza del corso*. Después de pasar tres o cuatro semanas mirando hacia arriba, a la falda de Judy y su ancho y plano culo, llegas a desesperarte un poco por el deseo de probar algún nuevo material.

Ahora Maggie estaba gritando algo acerca de monstruos sin cuello, cosa que no encajaba muy bien con Dixie. Empezaron a ir arriba y abajo por el escenario. Judy ganó y arrojó a Dixie contra el público. (Podía ver a quince personas a través de la mirilla en la cortina; era lo mejor que había conseguido en todo el día).

Aunque podía mantener las manos por encima de mi cabeza durante tres horas seguidas, nadie excepto los vagabundos iban a pararse allí tanto

tiempo. Se supone que el teatro en la calle se realiza para gente con poco tiempo que perder mientras va de un lugar a otro. Treinta minutos es lo máximo. Quince es mucho mejor. De modo que *Enrique VI* partes uno, dos y tres quedaban descartadas. *Sueño de una noche de verano* había ido bastante bien, lo mismo que *El rey Lear*. Los críticos se habían mostrado fríos con Cyrano, por alguna razón; con toda aquella esgrima, lo consideré natural.

Todos los textos de arriba habían necesitado una ligera poda aquí y allá, por supuesto.

Pero mi última actuación me había dejado un poco frío con el Bardo. Me pasé a la comedia musical. Resultó que Punch y Judy eran unos naturales en ella. A los niños les encantaban las canciones, y a los adultos les gustaban los chistes. Empecé a alternar *My Fair Lady* con el *Sweeney Todd* de Sondheim, y conseguí mantenerme entretenido durante dos semanas.

—No me estoy muriendo de cáncer, Gooper. No es más que un colon espasmódico.

—Por supuesto que no, Big Daddy. ¿Todavía no has hecho testamento?

Correcto. Era *La gata sobre el tejado de cinc caliente*, con Punch y Judy como Brick y Maggie, el Diablo como Big Daddy, el Cocodrilo como Big Mama, Toby el Perro como Gooper, y Héctor el Caballo como Sister Woman. Y presentando a Tennessee Williams como el Hombre Tejiendo en la Tumba. No llores por mí, Mississippi.

No sé cuántas veces Punch y Judy me han proporcionado el beicon. Para un actor itinerante, las habilidades de las marionetas pueden ser una alternativa enviada por el cielo a una vida de crimen o, peor, a un trabajo honrado.

No cuesta nada. Conservo cuidadosamente en mi baúl seis cabezas de personajes hechas para mí hace muchos años por un dedicado fan. Pero regularmente hago otras nuevas de papel maché, cuyos ingredientes puedo recolectar de los cubos de basura detrás de cualquier tienda de alimentación lo suficientemente grande. Para pintarlas voy a los mercadillos, entablo

conversación con cualquier artista, y pronto tengo a mi disposición paleta y pinceles. Los trajes pueden hacerse de relates cedidos por cualquier sastre, o recogidos de la basura, si tan sólo tienes una cierta habilidad con la aguja y el hilo. Cualquier actor que no sea hábil con la aguja y el hilo necesita salir y ver el mundo real más a menudo.

Hay una caja de plástico estándar que puedes localizar fácilmente si merodeas por la zona de carga y descarga de las grandes superficies comerciales. Varillas de alambre rígido harán un marco para sostener la caja encima de tu cabeza. Corta un agujero en la parte delantera, pinta el proscenio con alegres florones, arabescos y frisos. Luego fija una cortina a los bordes inferiores de la caja. Si no puedes encontrar retales suficientes, utiliza tu saco de dormir. ¡*Presto*! Acabas de fabricar un castelli, un teatro de marionetas que, por si no lo sabían ustedes, es un recinto del tamaño de una cabina de ducha con un telón en la parte delantera y con el escenario de Punch y Judy encima.

Como mi padre solía decir:

—Si logras echarle la mano a algo de jamón, interpreta *Hamlet*.

A lo que yo respondía:

—Si consigues un huevo, cáscalo.

Así habíamos cenado muchos días huevos con jamón. Y en el proceso, yo había aprendido cómo hacer algo de la nada.

—Te quiero, Brick, ¡te quiero! —dijo Judy.

—¿No sería divertido si fuera cierto?

Apreté el pedal con un pie, haciendo que la música ascendiera hasta un clímax, y mientras Brick era acogido por los brazos de Maggie mordí el corcho que colgaba a mi izquierda y tiré del telón, cerrándolo.

Hubo aplausos, así que tiré del cordón del otro lado y volví a abrir el telón, dejando a Punch y Judy en la percha de personajes delante de mí y metiendo las manos en Héctor y el guante negro que utilizo para manejar a Toby, y alzándolos para que hicieran sus reverencias. Toby ladró excitadamente, colgado de su arnés, seis kilos de jamón francés. Es el único perro que haya conocido nunca que prefiere los aplausos a la comida. Lo

dejé caer al suelo junto con su cubo. Lo recogió y se metió por debajo de la cortina para hacer su recorrido entre el público.

El Cocodrilo, el Diablo, luego Punch y Judy. Si un marionetista ha imaginado alguna vez cómo hacer que todos sus personajes saluden al público al mismo tiempo, nunca he oído hablar de él. Seguiré presentándolos en parejas hasta que me crezca otro brazo. Apliqué un ojo a la mirilla y vi que mi público había crecido quizá a dos docenas. Toby trotaba de uno a otro con su collar rizado y su sombrero en punta, sujetando el cubo, ladrando si consideraba que alguien no había echado dentro lo suficiente, caminando sobre sus patas traseras en los casos realmente duros, haciendo una cabriola con los generosos. Nadie sabe arrancar una propina como Toby.

Cerré el telón y aguardé. Muchos marionetistas se revelan al final y saludan a su público. No apruebo eso. Mis manos son las que han hecho la actuación. No es necesario romper la magia. Dejemos que se vayan cada uno por su lado con visiones de los brillantemente pintados diablillos danzando en sus cabezas.

Mientras aguardaba me metí la mano en la boca y saqué el sibilador de plata. Siempre siento una cálida sensación cuando lo manejo. Tiene casi trescientos años, y me lo dio mi padre. Las familias acostumbraban a transmitirse caros relojes de bolsillo de padres a hijos. En mi familia era el sibilador.

Es un dispositivo muy sencillo. Éste había sido elaborado a partir de dos monedas, a las que se había dado forma para que se adaptaran al paladar. Las dos piezas estaban unidas, y entre ellas había…, bueno, no voy a revelárselo. La fabricación de sibiladores es un secreto celosamente guardado durante siglos por los marionetistas, y aunque estoy seguro de que hoy en día no le importa a nadie, creo que no estaría bien revelarlo. Pero puedo decir que funciona de una forma parecida a una chicharra. Con el sibilador en tu boca (y con mucha práctica) puedes crear ese distintivo sonido de vibración/zumbido/chirrido como no has oído ningún otro en la vida.

Todo el mundo se traga el sibilador al menos una vez en su vida mientras aprende el oficio. Recuperarlo es uno de los precios que tienes que

pagar. Nadie me dijo nunca que el arte fuera indoloro.

Toby metió la nariz por debajo de la cortina y depositó el cubo a mis pies. Alcé el castelli sobre sus anclajes en mi cinturón, pasé la cortina por encima de mis hombros y deposité la caja en el suelo, invertida. Todas las marionetas encajan perfectamente dentro, con la cortina doblada encima. (La cortina es también mi saco de dormir, pero puesto que el saco está orlado con una trenza dorada y estampado con un motivo de máscaras de comedia/tragedia, muy pocos lo sospechan). Mientras hacía esto Toby me mordisqueó la manga. Cuando le miré con el ceño fruncido desvió sus ojos hacia la izquierda, donde descubrí a un policía de uniforme recostado contra una pared y haciendo girar su porra al extremo de su correa de cuero.

—Caja, Toby —dije, y el perro saltó encima de la cortina. Alcé la caja y eché a andar pasando junto al pies planos—. Buenos días, agente —dije, llevándome ligeramente la mano al sombrero. Asintió con la cabeza, sin dejar de mirarme pensativamente, a buen seguro comparando mi rostro con los que había estudiado, clavados en el tablón de anuncios de la comisaría, antes de empezar su turno. Con un poco de suerte, no me relacionaría con ninguno.

O puede que estuviera decidiendo si pararme o no para pedirme el permiso de actuación callejera, o mi licencia de marionetista, o el registro del perro, o cualquier otro de los mil formularios que los ciudadanos consideran justo que debe de tener cumplimentados la gente como yo. No tenía la menor idea de si cualquiera de ellos era requerido allí; había pasado mucho tiempo desde que había estado por última vez en aquel planeta. Lo recordaba como razonablemente liberal, relajado, incluso un poco excéntrico, como su órbita. Pero si la historia nos enseña algo es que las fronteras son trazadas, luego protocolizadas, luego rígidamente burocratizadas, y cuanto más burócratas hay, más leyes se necesitan para alimentarlos. Llevaba muchos años fuera de allí. Había habido tiempo más que suficiente para que los leguleyos hubieran chupado la sangre de esa sociedad.

—Hey, usted —dijo el esbirro de la ley y el orden. Son dos de las palabras más temidas que conozco, incluso procedentes de un traje azul. Bien, Sparky, puedes hacerte el sordo, o hacerte el inocente, o echar a

correr. Pero ¿puedes ocultarte en algún sitio? Me volví y me convertí en Tom Sawyer. Él hizo de pobre tía Becky.

Apenas tuve tiempo de alzar la mano para agarrar la girante moneda que venía en mi dirección.

—Un buen espectáculo —dijo. Un mecenas de las artes, una posibilidad que no había tomado en consideración—. Y un buen perro también —añadió.

—Dios le bendiga, gobernador —respondí, llevándome de nuevo la mano al sombrero—. Punch le da las gracias, Judy le da las gracias, mi perro le da las gracias, y yo le doy las gracias.

Y me alejé alegremente por el paseo central de unas galerías comerciales que podían haber estado en Mercurio, podían haber estado en Marte, pero ocurría que estaban en Plutón.

La civilización al fin.

El transporte de alta-g en el que efectué mi apresurada salida de Brementon se llamaba *Guy Fawkes*, siguiendo una tradición foránea de bautizar a sus naves con los nombres de famosos bribones. Fawkes era un noruego, creo, que inventó algún tipo de explosivo. Nuestro viaje al exterior se había efectuado a bordo de la *Quisling*.

En el largo viaje hacia dentro averigüé que en los parajes exteriores las naves se dividen en tres categorías. Estaban las «saltadoras», que atendían a los racimos de ciudades locales y regresaban a Plutón o a las lunas de Neptuno cada década o así. La *Quisling* (llamada así, si recuerdo bien, por alguien que presentaba concursos en los primeros días de la televisión), o *Big Q* como la llamábamos nosotros, era una de ésas. Había iniciado sus días como nave de crucero en los planetas interiores, pero había quedado obsoleta para esta finalidad al cabo de un siglo. Y evidenciaba su edad.

Luego estaban las enormes y lentas naves de carga, sin tripulación, que podían emplear setenta u ochenta años en alcanzar los mercados de Marte o Mercurio. ¿Saben?, nunca llegué a descubrir cuál era la carga que transportaban. ¿Y saben también?, nunca me importó. Lo que sí sé es que era muy valiosa, y que no se encontraba en ningún otro lugar. No hay otra

explicación posible para que la gente fuera a los parajes exteriores en su busca. Postulo que estaban rebanando las colas de los cometas. ¿Qué otra cosa hay ahí fuera?

Y finalmente estaban las naves «relámpago», pequeñas y rápidas, como la *Guy*. La *Guy Fawkes* era infinitamente superior a la *Big Q* en un aspecto, y ése era la velocidad. En todo lo demás estaba en desventaja.

De acuerdo, los camarotes de la *Quisling* hedían. Por supuesto, la comida era preparada indiferentemente y siempre estaba fría. Sí, toda la compañía sufrió una infestación de pulgas poco antes de llegar a El Culo del Mundo. Las pequeñas pastillas de jabón se te disgregaban en pedazos en tus manos —si conseguías que la mohosa agua fluyera en tu ducha—, y las tazas de los váteres murmuraban amenazadoramente toda la noche y se atascaban siguiendo alguna especie de ciclo lunar. Ah, pero un hediondo camarote es mejor que ningún camarote. Los cuartos de baño eran poco fiables, pero estaban allí, uno por cada camarote.

Hay un viejo chiste acerca de un actor que se dirige a otro y le comenta lo terrible que es la comida en su hotel. A lo que el otro responde: «Sí, y en porciones tan pequeñas». Nunca lo aprecié hasta que subí a bordo de la *Guy*. Pronto estaba pensando en mi díscolo cuarto de baño de la *Quisling* con auténtica nostalgia: una instalación deficiente, pero a mi servicio. Había un solo cuarto de baño en la *Guy*, para 150 pasajeros. Había habido dos, pero uno de ellos había estallado unos pocos meses antes. Sí, han leído bien, he dicho estallado. Todavía podías ver las manchas de sangre en el techo. Diré esto: redujo el tiempo de espera. La mayoría de nosotros resistíamos hasta que empezábamos a bailar, y cuando íbamos flotábamos, podría decirse, sobre él, alertas a cualquier gorgoteo premonitorio. Lo cual resultó ser una buena idea, puesto que un valiente que realmente se sentó fue víctima de un «déficit transitorio de presión», un término que me apresuré a anotar tan pronto como nos lo comunicó el capitán como el mejor eufemismo para vacío —una palabra que la gente del espacio evita— que había oído en mis muchos años en el espacio. Si desean saber lo que ocurrió, propongo un experimento para el estudiante curioso. Dejen caer unos cuantos fósforos encendidos en una botella de cerveza, luego coloquen un huevo duro sobre la boca. Tuvimos que hacer palanca durante quince

minutos antes de poder soltarlo. Describió la experiencia «como un enema a la inversa», e improvisó un orinal para el resto del viaje, como hicimos casi todos los demás.

Sé que es de mal gusto extenderse de esta forma sobre un tema así. Normalmente no lo haría, pero ninguna otra cosa puede proporcionarles de una forma tan rápida y sucinta una imagen de las condiciones a bordo de la *Gwy*. Tenía todos los hedores, pulgas, cucarachas, ratas y agua herrumbrosa de la *Quisling*, y todo ello comprimido en un espacio mucho más pequeño. La comida era peor, y era mucho más escasa. Dormíamos en cajones que se metían y extendían de las paredes como los cajones de un depósito de cadáveres. Esto te ponía a un palmo de distancia de rus vecinos de cada lado, de arriba y de abajo, y te proporcionaba una oportunidad única de investigar los sonidos y los olores de una clase de humanidad que la mayoría de la gente nunca volvería a encontrar.

He mencionado que buena parte de Brementon era una colonia prisión, ¿verdad? Entonces es lógico que más de la mitad de los demás pasajeros fueran convictos en libertad provisional o gente que había terminado su condena. Sobre todo los últimos, puesto que Brementon no solía dejar a nadie en libertad bajo palabra. Así que noche tras noche permanecía allí y escuchaba conversaciones que te erizaban el vello de la nuca y otros sonidos involuntarios que la sociedad educada intenta pretender que no existen. Así es como suena un hombre que ha asesinado a su madre cuando se pedorrea. Interesante. Y ese olor es el de los calcetines sucios de un caníbal ritual.

—Todo eso es material, muchacho —solía decirme mi padre cuando los acontecimientos nos llevaban a un punto particularmente peligroso—. Puedes usar todo esto. La próxima vez que tengas que interpretar desesperación, bueno, puedes simplemente recordarlo. —Y sonreía y me pellizcaba la mejilla.

He dicho «noche tras noche», pero eso también puede llevar a la confusión. Por supuesto, no existe la noche en el espacio, en particular ahí fuera donde estábamos. Y mi período de sueño ni siquiera se correspondía con la noche de la nave. Compartíamos los camastros, ¿saben?, en turnos de ocho horas. Y si creen que cambiaban las sábanas de un turno a otro es que

no han estado escuchando. Ni siquiera creo que cambiaran las sábanas entre viajes.

Y ahora que tengo la ocasión, me gustaría quejarme a la dirección acerca del tiempo de tránsito: seis meses. ¿Es ésta forma de dirigir una agencia de transporte? Lo que hicimos fue acelerar a un índice de aceleración atroz durante lo que parecieron días (juraron que sólo habían sido unas horas), y luego costear todo el viaje, hasta que llegó el momento de frenar en Plutón. Intenté quejarme al capitán, pero se exasperó cuando se lo dije, como siempre hace la gente del espacio, e intentó convencerme de que era mucho más «económico» usar toda nuestra masa de reacción en un gran impulso, tan fuerte como fuéramos capaces de resistir, y luego al revés en el otro extremo. Les pregunto: ¿tiene esto sentido? ¿No sería mejor graduar el impulso a una sana y cómoda g hasta llegar a mitad de camino, y luego hacer lo mismo para decelerar? O si no teníamos suficiente combustible para eso (admito ser un tanto vago acerca de algunos de los detalles), al menos distribuir más la aceleración. Es lógico que de este modo consiguiéramos una mayor velocidad, y estoy seguro de que llegaríamos a nuestro destino en menos tiempo. Por eso estoy convencido de que fuimos engañados. Debería escribir a mi congresista, realmente debería hacerlo.

Porque resulta que por ese patadón extra, por toda esa incómoda «economía», terminamos pagando ¡un ochenta por ciento de recargo sobre nuestros billetes! ¡Como si aquella carraca ganadera fuera una nave de turismo de primera clase! ¿Y qué recibimos a cambio de nuestro dinero? Arrancadas y paradas que nos molieron los huesos, y seis meses de caída libre sin jabón ni duchas.

Ese ochenta por ciento de sobretasa casi me mató. Tras mi apresurada retirada del teatro, creyendo que las jaurías estaban literalmente mordisqueándome los talones, arrastré mi baúl hasta el espaciopuerto con el convencimiento de que tenía una reserva confirmada en la próxima nave que salía, que era la *Fawkes*. Una larga costumbre me hacía hacer esa reserva, a nombre de Elwood, en cada nave que estaba previsto que abandonara Brementon. No era una tarea muy grande, puesto que Brementon no era la Gran Ciudad Interplanetaria; las llegadas y partidas se producían a un ritmo medio de una cada tres días. En instalaciones más

civilizadas memorizaría los horarios de vuelo para seleccionar los posibles destinos de emergencia. En Brementon, era tomarlo o dejarlo.

Un precepto que mi padre siempre dejó muy claro con el «siempre corta la baraja» era nunca embarcarme en ningún viaje sin mi billete de vuelta en el bolsillo. Si usted fuera mi mejor amigo, y acudiera a mí jurándome que sin el préstamo de un billete de cinco pavos su querida y dulce madre moriría de una horrible enfermedad, y todo lo que tuviera yo en mi bolsillo fuese mi billete de vuelta, le miraría a los ojos y le juraría que estaba sin un centavo. Escucharía alegremente los últimos estertores de la vieja, seguro de que había hecho lo correcto.

Así que creí que estaba en buena forma cuando deposité mi billete sobre el mostrador, intentando no mirar por encima del hombro, y fue entonces cuando se me comunicó el muy guardado secreto (en realidad estaba sepultado en la letra pequeña, cuando la miré más tarde) que me hizo rebuscar en ni bolsa para descubrir que, incluso con el oro de mis dientes, no podía reunir más que el sesenta por ciento. Hasta que recordé el antiguo broche de diamantes que había descubierto tan sólo el día antes, descuidada y vergonzosamente olvidado, sobre la cómoda de Dahlia Smithson. Pasaba simplemente por el pasillo, de veras, cuando aquella cosa pareció llamarme. Creo que cuando eres propietario de algo tan espléndido estás obligado a ser más cuidadoso con ello. Pensé en decírselo, pero los acontecimientos intervinieron, y yo andaba un poco corto de dinero, así que no me quedó más remedio que venderle el broche a un avariento vendedor de billetes por un veinte por ciento de lo que hubiera podido conseguir en cualquier casa de empeños de la Luna.

Todo esto, entiendan, mientras Larry me debía una buena cantidad reflejada en sus cuentas, dos semanas de sueldo, que me correspondían por derecho pero que por aquel entonces era incapaz de cobrar. Rechiné los dientes, reprimí una obscena maldición contra el vendedor de billetes y sus herederos y colaterales hasta la séptima generación, y embarqué.

Así fue como desembarqué en el Lowell Interplanetario con tres dólares y un conjunto de marionetas Punch y Judy.

Probablemente se estarán preguntando ustedes qué era lo que el detective privado deseaba hablar conmigo. No lo sabía, y ciertamente no iba

a ganar nada quedándome allí para averiguarlo. Fue pura suerte que acudiera buscando a «Mercucio», armado con su foto del programa, y que encontrara ante sí a una muchachita adolescente. La fortuna no me sonríe de una forma tan brillante cada día, y cuando lo hace no la insulto formulándole un montón de preguntas.

Pero debo admitirlo, una cierta curiosidad sí siento. ¿Se trataba de aquel asunto en El Culo del Mundo? Lo juro, no sabía que la chica era la hija del gobernador.

Esas galerías comerciales de Plutón se llamaban Cerberus Place, y ese nombre me obliga a admitir que, aunque unas galerías comerciales son unas galerías comerciales, éstas realmente no hubieran podido estar en Marte o en Mercurio. No a menos que las galerías comerciales marcianas o mercurianas intentaran adquirir un aire plutoniano.

A mi modo de ver, uno de los principales fallos de la sociedad moderna es que la mayor parte de los planetas habitados no tienen un estilo propio. Oh, hay algunas diferencias menores, por supuesto, unas cuantas cosas aquí y otras allá que pueden conducirte a creer que estás en Miranda y no en la Luna. La mayoría se encuadran en la categoría de monumentos y atracciones turísticas. Del mismo modo que en la vieja Tierra la Estatua de la Libertad era emblemática de Nueva York y la Torre Eiffel significaba París. No había un aspecto lunar, del mismo modo que había habido un aspecto japonés, o danés, o mexicano, o nigeriano. Nadie caminaba por ahí con ropa «lunariana», vivía en edificios lunarianos, bailaba danzas folklóricas lunarianas con sus zapatos de acero peculiarmente lunarianos. Las diferencias culturales y estilísticas habían recibido un golpe mortal con la Invasión, que dejó un único carácter distintivo humano realmente viable. Esa cultura ha sido llamada tecno-inglesa por sus admiradores, judeo/anglo/ciber/NASA/caucasiana y muchas otras combinaciones menos halagadoras por aquellos que la admiran menos. Por supuesto, la parte tecno era indispensable; la gente que no se tomaba sus máquinas en serio no tardaba en encontrarse tragando vacío.

Plutón era la excepción a la regla de la uniformidad. Lo primero que observabas era que había un definido y fuerte acento plutoniano. Otros planetas tenían ligeras diferencias en la elección y la pronunciación de las palabras. Los plutonianos (o estigios, o hadeanos, como a veces se llamaban a sí mismos) hablaban con un pronunciado acento nasal que podía hacer sus palabras indescifrables para el oído no entrenado.

Luego estaba la arquitectura. Había un claro estilo hadeano, más pronunciado en las estructuras más antiguas. Lo más notable era que existiera un estilo hadeano. Su razón de ser residía en el lugar histórico único que ocupaba Plutón entre los Ocho Mundos. Durante su primer siglo de ocupación humana, había sido un planeta prisión.

Hay un profundo impulso en el alma humana de enviar a la gente mala tan lejos como sea posible de la «gente decente». En la Tierra, Australia fue un primer ejemplo. Después de la Invasión, Plutón parecía cumplir con todos los requisitos, y hoy es Brementon. Si la sociedad sigue teniendo éxito en enviar a los criminales lejos, descubriremos que hemos logrado el viaje estelar.

No sé cómo era Australia. Probablemente un lugar horrible para los exiliados urbanos. En el caso de Plutón, el impulso hacia un exilio distante era puramente psicológico. Vivir en un lugar donde la atmósfera es hostil o inexistente es muy parecido a vivir en cualquier otro. Te entierras bajo el suelo, administras tu oxígeno, luchas por hacer crecer cosas que puedas comer, engendras y crías hijos. A medida que pasa el tiempo, todas esas cosas se vuelven más fáciles. ¿A quién le importa realmente si la lucha se produce en la Luna o en Plutón?

Evidentemente, a los primitivos votantes lunarianos. Enviaron a sus prisioneros a miles aquí a lo largo de las décadas. Tuvo que haber montones de farisaica satisfacción en el hecho de embarcar a tus incorregibles lejos, a un lugar que era sinónimo de infierno.

Como las remotas colonias prisión antes de él, Plutón había desarrollado una sociedad de convictos/ciudadanos. Las sentencias eran siempre de por vida, pero podían ser cumplidas detrás de barrotes, en campos de trabajo, o en relativa libertad, según el delito. Pero incluso los prisioneros «libres» despreciaban a los guardias y a la élite gobernante, una división social que

ha sobrevivido, en algunos aspectos, hasta hoy. El lugar es gobernado, en general, por descendientes de criminales. Pero las familias más ricas se remontan hasta los regentes, como ellos mismos se llamaban. O «jodedores», como los conocen todos los demás.

¿Suficiente historia para hoy? Esperen un momento, casi he terminado.

Los hadeanos, como mucha gente oprimida antes que ellos, convirtieron finalmente el hecho de ser unos desheredados en un motivo de orgullo. Nos enviáis al infierno, ¿verdad? De acuerdo, nos glorificaremos en él. Seremos infernales.

Estéticamente, el estilo plutoniano abrazó los colores rojo y negro…, excesivamente, para mis ojos. Las formas eran masivas, y tendían a gravitar ominosas. El fuego era un motivo frecuente, la piedra un material de construcción habitual. Los hadeanos eran unos fanáticos de la obsidiana. Había algo vagamente egipcio en todo ello…, si los faraones hubieran pintado sus templos de un negro reluciente, con pinceladas carmesíes para realzarlos.

Filosóficamente, la obsesión hacia todas las cosas abismales condujo a la fundación de una de las dos grandes religiones establecidas desde la Invasión: el diabolismo.

Moralmente, la combinación de distancia, expulsión y rebelión (el resultado, he tenido siempre la impresión, de un complejo de inferioridad planetario) formó una sociedad considerada como permisiva en un medio no notable precisamente por las restricciones sociales. Era más fácil asesinar a alguien en Plutón, por ejemplo, que en ningún otro lugar del sistema. Podías montar una defensa válida basada en el principio legal que los del lugar resumían como «la necesidad de matar», y si podías probarlo, ni siquiera pagar una indemnización a los familiares de tu víctima.

Y, prácticamente, las interacciones del vigor fronterizo, los fuertes instintos competitivos, un impulso neurótico a demostrar que uno era mejor que sus rivales, y algo apenas conocido en otras partes del sistema —una sólida obra ética— habían producido una civilización que mordía perpetuamente los talones a aquellos antiguos bastiones, aquellos rivales más henchidos, más cómodos y mucho más pagados de sí mismos que reclamaban el manto de ser el Centro de la Humanidad: Luna y Marte.

Así que fue por este entorno infernal por donde caminé pesadamente después de mi último espectáculo del día. Y digo a conciencia lo de caminé pesadamente; la gravedad de Plutón no es mucha, pero había permanecido en caída libre mucho tiempo y mis piernas todavía no se habían acostumbrado por completo al suelo bajo sus pies. Cuando añadimos a esto el hecho de que había permanecido de pie en el castelli durante casi seis horas con sólo unos breves descansos, lo que obtienes es un cansado polimorfo sin talento hambriento de escenario, una lamentable excusa para un antiguo actor.

¡Habían pasado seis meses, y aún dolía!

Pero no quería pensar en aquello ahora. Ya pensaría mañana.

Toby sentía muy poca simpatía hacia los dolores de la carne humanos. Trotaba a unos cinco o seis pasos por delante de mí, haciendo una pausa cada diez o quince segundos para mirar hacia atrás, impaciente pero demasiado educado para decir nada.

¿Toby? Es cierto, todavía no se lo he presentado, ¿verdad?

Lo recogí en una tienda de artículos teatrales, debe de hacer unos cuarenta y cinco, cincuenta años. Toby procede de una línea de artistas tan larga como la mía. En teoría es un *bichon frisé*, que es francés y quiere decir «perro de lanas de pelo rizado». Sus antepasados cabriolearon en la corte del Rey Sol. No tuvieron mejor suerte en la Revolución Francesa que los propios Borbones, y después se ganaron la vida en las pistas de los circos. Como muchas otras razas de perros, fueron borrados del mapa en la Invasión, revividos durante el siglo siguiente a partir de la Biblioteca Genética, y en el caso de Toby, extensamente manipulado en el proceso.

Su aspecto es exactamente igual al de un *bichon* estándar pre-Invasión, lo cual es lo mismo que decir que está cubierto de rizado pelo blanco, y tiene unos ojos que parecen cuentas negras encajados en una cabeza como el bejín de un amargón. Bien limpio y peinado parece mucho más grande de lo que realmente es, que en total no supera los treinta y cinco centímetros de alto. En alguna parte en sus cromosomas hay genes que evolucionaron en

las ardillas antes de ser extirpados e incluidos en la especie canina. Esto le permite hibernar, con los estímulos químicos adecuados.

No parece envejecer mientras hiberna. Esto, y un poco más de manipulación genética, explica su buena salud y su extremada edad.

Y todavía hay algo más en la mezcla. Algunos dicen que son genes de mono, algunos susurran que humanos…, pero eso, por supuesto, sería ilegal, así que estoy seguro de que no es cierto. Ejem. Sea cual sea la fuente, posee un cerebro notable. Aprende muy rápido, responde a más de doscientas órdenes verbales y casi otros tantos gestos, e incluso ha demostrado iniciativa y discriminación, como cuando reconoció al ocioso poli como una posible fuente de problemas. Por otra parte, procediendo de una línea de actores, puede que haya heredado esa habilidad honestamente.

Tolera trajes de todo tipo. Conoce su papel en veinticinco obras de Punch y Judy y aprende sus entradas en nuevos espectáculos con tan sólo un par de ensayos. Puede permanecer todo el día sobre sus patas traseras, subir escaleras de cuerda, caminar por la cuerda floja, saltar a través de un aro de fuego. Se siente horriblemente deprimido si el espectáculo no sale como debería, y renunciaría a un solomillo para recibir ese aplauso extra. En pocas palabras, un miembro de la digna estirpe de los actores hasta las pequeñas uñas de los pies.

También es algo así como un mago de las matemáticas, capaz de contar hasta cinco. Sé que esto es cierto porque los números a partir del seis lo confunden y deprimen. Se romperá la cabeza durante horas sobre la diferencia entre un montón de seis monedas y un montón de ocho monedas. Pregúntale cuál es más grande y estará abatido todo el día. Pero no tiene problemas con el cambio de una moneda de cinco centavos.

A menudo he pensado que, con sólo el doble de CI, podría dominar el sistema decimal y convertirse en un corredor de bolsa.

Conté la recaudación del día mientras recomamos el decimoctavo paseo de Cerberus Place, y me di cuenta de que éste iba a ser un gran día para nosotros.

—Parece que hemos conseguido lo suficiente, Toby —dije—. Con unas cuantas monedas de sobra para cenar algo. —Comprendió sólo las últimas palabras de aquello, pero las comprendió muy bien, y sacudió alegremente

la cola. Luego me condujo al carrito del piso diecinueve, recordando sin duda cómo habíamos tenido que pasar de largo la tarde anterior, un día terrible para el teatro. Compré dos pretzels calientes y dos humeantes y jugosas bratwursts en sendos panecillos, aliñando una de ellas con mostaza, encurtidos y un poco de chucrut. Convencí al vendedor de que nos diera un vaso de agua y un bol de plástico, luego llevamos nuestro glorioso botín a una cercana mesa de pícnic, donde nos sentamos, como dos buenos ciudadanos, y dimos cumplida cuenta de nuestra cena.

Bueno, yo me senté. Toby se colocó sobre la mesa y me observó mientras yo cortaba su bratwurst con mi navaja de bolsillo suiza y ponía las rodajas en el bol de plástico. Le añadí un poco de encurtidos y un poco de mostaza.

—¿Tienes suficiente mostaza? —le pregunté, y ladró una vez. «Suficiente» era la palabra clave allí; no creo que entendiera «mostaza». Él sabía que le gustaba la mostaza, ¿entienden? Aunque no reconocería la palabra ni aunque yo se la dijera. A Toby le gusta la mostaza, acepta los encurtidos, pero prefiere dejar de lado el *chucrut*.

El ladrido, supongo que lo habrán imaginado, significaba «sí». Uno para sí, dos para no. ¿Pueden ustedes contar hasta dos, chicos y chicas?

—Es una lástima que no haya vino, ¿eh, Toby? —No respondió, demasiado atareado con su pequeño hocico en el bol, masticando. Y en realidad yo no me estaba quejando. Durante semanas habíamos comido principalmente pastel de arroz. Dos veces había hecho ostentación de un frasco de mantequilla de cacahuete. Las cosas no llueven del cielo.

La actividad diurna estaba disminuyendo a nuestro alrededor. Cerberus Place no era unas grandes galerías comerciales, sólo otra docena de niveles por encima de nosotros, posiblemente ochocientos metros de diámetro por tres kilómetros de largo. Al parecer había sido una instalación de superficie en su tiempo, techada, presurizada, calentada, luego dispuesta en terrazas como superficies agrícolas, excavada, pavimentada, iluminada, adornada, pintada, decorada, y *¡presto!*, abierta para los negocios. La vida nocturna parecía concentrarse en los niveles superiores. Aquí abajo en el diecinueve las tiendas estaban cerradas, unos pocos empleados aseguraban las puertas y se dirigían a las cintas móviles, patrubots y unos pocos guardias de

seguridad humanos hacían su entrada. El vendedor había cerrado su grill y empujaba su carrito, alejándose. Toby y yo nos quedamos con el pequeño parque de bolsillo para nosotros. Miré a mi alrededor mientras comía, sin registrar nada realmente nuevo. El suelo era un bien cuidado parque, con acicalados árboles y farolas flanqueando los senderos y un pequeño ferrocarril recorriendo el perímetro. Había media docena de edificios de apartamentos autoestables en el parque, todos ellos de quince pisos de altura, todos montados sobre plataformas giratorias de modo que los residentes tuvieran vistas siempre cambiantes. Los alquileres debían de ser altos en aquellos resplandecientes joyeros.

Podía ver un pequeño parque de diversiones allá abajo. Un tiovivo daba vueltas, y los caballos subían y bajaban sin nadie que los cabalgara. Por alguna razón aquello me entristeció.

Terminamos nuestra comida. Eché un poco de agua en el bol de Toby y le dejé que la bebiera a lengüetazos. Tenía manchas de mostaza alrededor de su boca, de modo que humedecí un lado de mi pañuelo y las froté hasta que estuvo limpio, luego peiné el pelo de su cabeza hasta que se alzó como se suponía que debía alzarse. Nunca confía en mí para eso; empezó a ladrar, de modo que suspiré y tomé el pequeño espejito de mano y lo tendí para que pudiera verse. Estudió su imagen hasta que se sintió satisfecho de que estaba en perfectas condiciones para enfrentarse a su público, luego permitió graciosamente que llevara los restos a un cubo de la basura.

Dos de los guardias de seguridad se habían detenido al pasar junto a nuestra mesa. Una persona sola es sospechosa a los ojos de un policía. Dos personas juntas, por supuesto, están probablemente planeando algo. Tres son una pandilla, y cinco son una revuelta esperando el momento de estallar. No puedes ganar. ¿Sabe usted contar hasta cinco, agente?

Nos dirigimos hacia las oficinas de carga de las Líneas Foráneas.

La segunda cosa con la que no había contado en mi viaje de Brementon a Plutón, tras la sobretasa del ochenta por ciento, era la nueva Tasa de Hostigamiento sobre los Actores Ambulantes. No la llaman de este modo, por supuesto —alguna idiotez acerca de Gravamen sobre los Equipajes para

Mejora del Espaciopuerto—, pero el efecto era ése. Ahora había un impuesto sobre cada pieza de equipaje que traías a Plutón.

Pasé la mayor parte de mi primer día en Plutón gritándoles a una interminable serie de obstinados agentes de aduanas. Resultado: si no hay pago, no hay equipaje. Lo único a mi favor era que no podían simplemente confiscar mi baúl, aunque se hacía evidente en sus ojos que todos consideraban aquello como un desafortunado olvido de la ley, que pronto sería remediado. Pero por supuesto podían retenerlo hasta que yo pagara la tasa. Lo dejé allí, con la cola entre las piernas…, y el perro en mi mano. La argumentación de que las herramientas de mi oficio, los medios que necesitaba para ganar el dinero con el que pagar su maldita extorsión, estaban todos en mi baúl, cayó en los habituales oídos sordos. Pero entonces les dije que si no podía sacar a mi perro en hibernación de su caja y alimentarle moriría en una semana y presentaría contra el espaciopuerto, la ciudad, el condado, y lo más importante, ustedes, tontos del culo, una demanda como la que nunca había visto aquella hedionda bola de hielo de planeta. Rebuscaron en sus libros de regulaciones y no hallaron nada que cubriera la situación, y así, a regañadientes, me dejaron abrir el baúl y sacar a Toby. Al mismo tiempo cogí también mi saco de dormir y mis marionetas, y nadie dijo nada.

Todo aquello era pura palabrería. Toby hubiera estado perfectamente a salvo dentro del baúl durante cinco meses.

Me estaba muriendo por decírselo, pero cuando entré en la oficina de carga y anuncié que estaba dispuesto a pagar el chantaje por mis pertenencias, ninguno de los agentes que había ahora había estado presente cuando desembarqué. Así son las cosas con esa gente, ¿saben? Nunca ves dos veces a los mismos. Creo que son usados como estiércol al final del día, y a la mañana siguiente nacen otros nuevos del fango, completamente desarrollados, como setas venenosas.

—Todo el mundo no es un escenario —solía decir mi padre—. Sólo la mejor parte de él. Entre espectáculos, necesitarás un buen equipaje.

Es un buen consejo, y siempre lo he aceptado de corazón. En mi carrera he vivido en *suites* de hotel de nueve habitaciones y en remolques modulares con mullidas alfombras que transportaba de un lugar a otro. He sido propietario de lujosos condominios en edificios situados en las más exclusivas disneylandias, En ocasiones he poseído tantas cosas que he tenido que alquilar módulos de almacenaje simplemente para acomodar el exceso.

Más a menudo, todas mis posesiones podían meterse en un solo baúl. Es un baúl grande, por supuesto, pero si piensan que es fácil, miren a su alrededor y pregúntense si ustedes podrían hacerlo.

¿Recuerdan que hablé de un billete de vuelta, cuando me metía en la carretera? Mi apego a ese billete palidece por completo comparado con la tenacidad con la cual me aferró a ese baúl. Imaginen cómo se sentirían si unos violadores asesinos estuvieran reteniendo a sus hijos como rehenes, y tendrán alguna idea de lo trastornado que me sentí al saber a mi llegada que no podía llevarme el baúl conmigo.

Los prestamistas lloran de alegría cuando me ven llegar, empiezan a planear aquella sala de juegos en el sótano o unas hermosas vacaciones en Oberón. Pero aunque dentro del baúl hay muchos objetos que empeñaré alegremente, el baúl en sí es sagrado. Contiene todo lo que tiene algo de importancia para mí.

No encontrarán otro igual en ninguna tienda de su localidad. Fue hecho a la medida para mí hace treinta años por la firma Signe & Powell, y bautizado el Pantechnicon Mark III. (También fui propietario del original, y del Mark II, reemplazándolos ambos no tanto porque se hubieran desgastado o hubieran quedado obsoletos, sino porque tenía el dinero necesario para sustituirlos, y algunas nuevas ideas). Es a prueba de agua, a prueba de vacío, a prueba de fuego, y a prueba de la mayor parte de radiaciones. Es… Bueno, tiene tantos rasgos que cualquier descripción útil empezaría rápidamente a sonar como un manual de instrucciones para el poseedor, de modo que quizá sea mejor simplemente mencionarlas a medida que sea necesario. Pero si en el transcurso de mi historia el Pantechnicon se vuelve negro, se pone de rodillas y empieza a cantar «Swanee River», no se sorprendan demasiado.

Las *suites* de hotel de nueve habitaciones no eran más que un recuerdo pasajero aquellos días. Últimamente, Toby y yo habíamos estado durmiendo en los corredores de servicio de las galerías comerciales.

Puedes pasar una larga vida bajo la superficie de uno de los Ocho Mundos sin siquiera visitar un corredor de servicio, a menos que seas un empleado de entregas o trabajes en el almacén de una de las tiendas adyacentes. No son exactamente espacios públicos, pero no son tampoco privados. No necesitas permiso o una banda de seguridad en el brazo para entrar en la mayoría de ellos, pero hallar la entrada se halla normalmente más allá de las capacidades del no iniciado, al menos el tipo de entrada que yo buscaba. Llegar a ellos debería de ser fácil. Simplemente entra en cualquier tienda, cualquier comercio al detall, y sigue las indicaciones de la salida de emergencia. Esto te llevará a través del almacén…, donde serás visto, abordado, y normalmente obligado a volver atrás por algún empleado entrometido, en especial si arrastras contigo sobre sus ruedas un baúl del tamaño de un asteroide pequeño. No, raras veces era tan fácil en la práctica. Los corredores públicos y de servicio son como el sistema circulatorio humano. Las arterias llevan los artículos de las fábricas al punto de venta, las venas los llevan a las casas de los consumidores. La gran maquinaria del comercio fluye libremente en todos los puntos, pero los dos flujos nunca se mezclan.

Pero si sabes cómo llegar hasta allí sin ser abordado —y aprendí eso en las rodillas de mi padre—, te encontrarás con un reino espartano libre de enloquecedoras multitudes. Es un lugar de luces tenues, techos altos, paredes grises, completamente utilitario, como pocos lugares en el mundo público lo son.

Es un lugar peligroso hasta que conoces todos los trucos. Vehículos robots y conducidos van arriba y abajo a lo largo de rutas cuya configuración no es intuitivamente obvia, siguiendo señales y carteles que puede que no veas a menos que sepas qué y dónde mirar. Es un buen lugar para ser aplastado como un bicho bajo un tren de vagonetas de fondo plano de cincuenta ruedas equipado solamente con luces de situación y frenos;

normalmente el operador ni siquiera sabrá que te ha atropellado. Así que no vayan por allí a menos que estén con alguien como el tío Sparky, que conoce todos los trucos, ¿de acuerdo, chicos y chicas?

La gran ventaja de esta enorme y desconocida ciudad es que la gente te dejará normalmente tranquilo una vez hayas entrado en ella. Aquí es donde se ocultan los desheredados de las porras nocturnas y las miradas despectivas. Borrachos, ociosos, vagabundos, holgazanes y otras damas y caballeros de vida desocupada se apartan de sus lugares de correrías diurnas para hallar un rincón privado allí donde uno puede extender su saco de dormir sin que nadie le moleste. ¿Han pensado ustedes alguna vez dónde van las palomas de la ciudad a construir sus nidos y a criar sus pequeños? Éste es el lugar.

También es el emplazamiento de esa peculiar morada conocida como la jungla. Siguiendo unas cuantas marcas de tiza aparentemente al azar en las paredes, marcas que probablemente ninguno de ustedes hayan visto nunca, y ciertamente no habrán sabido interpretar aunque las hayan visto y hayan pensado que puede que contengan alguna información, me abrí camino hasta la puerta de un almacén. Había un sello oficial en ella, que me prometía que si lo rompía sería multado y encarcelado. Pero la fecha era de hacía veinte años y las letras casi ilegibles. Lugares como éste, llenos de mercancías inútiles relacionadas con una quiebra que databa de cuando los dinosaurios caminaban sobre la faz de la Tierra, se contaban entre las zonas menos frecuentadas y vigiladas de cualquier planeta civilizado. Lo cual era perfecto para los vagabundos que venían a reunirse aquí alrededor del fuego y a intercambiarse historias del mismo modo que lo habían hecho en los días gloriosos del ferrocarril en la Tierra. Toby y yo nos abrimos camino por entre grandes montones de polvorientas cajas en la oscuridad, guiados tan sólo por una luz procedente del Pantechnicon. Llegamos a un enorme espacio despejado, al extremo del cual había una parpadeante luz anaranjada con formas humanas sentadas a su alrededor. Toby se puso a ladrar. Nunca debes acercarte sigilosamente a un grupo de vagabundos, pero yo nunca tenía que preocuparme de anunciarme cuando Toby estaba conmigo.

Llegué allí para encontrarme a Boots Lumpkin depositando en el suelo un plato para el perro. Toby estaba recorriendo el círculo, saludando a sus amigos, alguno de los cuales conocía desde hacía treinta años, mientras que a otros los había conocido la noche antes.

—No te pases con el puchero, Boots —dije, apoyando el baúl sobre su base—. Este facineroso acaba de engullir hace una hora una salchicha tan gruesa como su pata.

—Entendido —dijo Boots, y echó un poco de guiso en el plato mientras Toby me lanzaba una mirada de reproche. Ese loco perro se comería cualquier cosa que le pusieras delante, aunque su barriga estuviera tan redonda como una pelota de playa, porque es de mala educación rechazar un poco de guiso en la jungla de los vagabundos, y porque eso es simplemente lo que hacen los perros.

Fui saludado por aquellos del círculo que me conocían y presentado a los que no me conocían.

—Parece que finalmente has conseguido que te devolvieran tu hatillo —dijo Sarge Pollito, que siempre estaba dispuesto a una buena risa. Aunque ya nadie llevaba sus cosas atadas en un pañuelo colgado de un palo, comparar el Pantechnicon Mark III con las bolsas de lona, mochilas, talegos, maletas y valijas que contenían las pertenencias de aquellos felices pillastres era realmente cómico.

—¿Tardará mucho en llegar el mayordomo? —preguntó alguien.

—Tuve que despedirle, muchachos —dije pesarosamente—. Simplemente no conseguía mantener la plata limpia. —Acepté un plato de guiso, negué con la cabeza ante el ofrecimiento de café. Me quita el sueño.

—Resulta difícil encontrar buena ayuda en estos días —dijo Rivkah la Judía.

—Tú lo has dicho, Riv. Estoy buscando una nueva doncella. ¿Te interesa?

Medio una palmada en el hombro, y me senté sobre el baúl y empecé a comer el guiso.

Una noche de 1867, en un apartadero del ferrocarril en Ohio —o eso dice la historia—, un vagabundo derribó un conejo de una buena pedrada. Lo despellejó, cortó una patata y unas cuantas cebollas y zanahorias

silvestres que encontró creciendo a un lado de las vías, añadió un poco de harina y sal y pimienta, luego lo echó todo en su bote de lata y lo hirvió. Estaba tan bueno que guardó un poco para la noche siguiente, en la que encontró otro vagabundo que le ofreció un poco de cecina de venado que añadir a la mezcla. La tercera noche se encontró con un hombre que tenía algunas judías y una guindilla. La siguiente noche fue un mapache. Y desde que aquel infortunado conejo halló su destino, cada pájaro del aire y animal sobre la tierra, cada pez que nada en el mar, cada cosa que se arrastra sobre su barriga o se entierra en el lodo ha ido a parar en su momento al pote. El puchero ha sido servido sobre fideos *chow mein*, echado a cucharadas sobre huevos, rellenado bocadillos, acompañado bolas de masa hervida, enrollado en crepés y deslizado bajo puré de patatas. El Puchero Eterno es hervido de nuevo cada noche; tú donas lo que tienes para el pote, tomas lo que necesitas…, siempre se comparte entre todos los presentes.

Y en algún lugar de mi plato, imaginé, estaba la más diminuta partícula de aquel conejo original que simplemente fue un poco demasiado lento una noche en Ohio, hace casi cuatrocientos años, en la pobre Vieja Tierra.

Soy muy consciente de la improbabilidad de todo eso. Pero hey, compañero, no hay necesidad de que llueva sobre mi desfile, ¿no crees? Una sensación de continuidad no es algo para reírse en este mundo impermanente. ¿Acaso importa que la continuidad sea una fábula? ¿Es tan sagrada la realidad para ti?

Puse unas cuantas rebanadas de pan, tomadas del bidón de restos de una panadería hacía tan sólo una hora, al lado del pote del guiso como mi parte de la comida de la noche. Luego trasladé el Pantech a un rincón y me preparé para pasar la noche.

El baúl saca dos ruedas y un asa para el movimiento vertical, una rueda en cada esquina si prefieres ir detrás y empujar. Devolví las ruedas a sus alvéolos y abrí un panel en lo que había sido la parte superior antes de que colocara el baúl de lado. Un compresor de aire empezó a latir suavemente, y mi tienda empezó a inflarse por sí misma.

Está hecha de memoryplastic. Doblada, añade algo más de dos centímetros al grosor del baúl. Desplegada, forma un cubo de casi dos metros de lado. Cinco de esos lados son rígidos como la madera contrachapada y mucho más fuertes; un elefante podría bailar sobre el techo. El suelo está lleno de bolsas y forma un colchón de aire más que aceptable.

Metí mi saco de dormir por el esfínter de la puerta que, en caso necesario, puede ser casi tan efectivo como una esclusa de aire. Luego me metí dentro, me di la vuelta y encendí la luz. Permanecí sentado allí un momento, respirando mi propio aire. Era la primera vez, literalmente el primer momento, en que me sentía seguro y a salvo desde que el investigador privado me dio unos golpecitos en el hombro en Brementon.

Ésta era la segunda cosa que me había mantenido cuerdo en la *Guy Fawkes*. Cuando me sentía peor, me deslizaba hasta la bodega de carga, desplegaba la tienda, me arrastraba dentro, y me quedaba sentado allí y me estremecía. Hubiera pasado de buen grado todo el viaje en ella, pero la zona de carga estaba fuera de límites para los pasajeros y vivía con el temor de ser descubierto, de modo que racionaba mi tiempo. ¡Qué lujo estar sentado en mi propia cama, con mis propias seis paredes a mi alrededor!

Hice una revisión rápida de los sistemas, decidí que el Servicio de Aduanas hadeano no había conseguido causar ningún daño real, probablemente no por falta de intentarlo.

La mayor parte de una de las paredes era la parte superior del baúl. Bajé un estante de él, un estante que contenía un disco calentador y una tetera. Preparé un poco de té y lo serví en una taza de porcelana que en su tiempo había sido propiedad de Judy Garland. Afortunadamente, no había forma de autenticar esto, de modo que nunca me sentí tentado a empeñarla puesto que, en el mundo de los coleccionables terrestres, la procedencia lo es todo. Saqué un cajón y, utilizando la cuchara y la crema liofilizada que encontré allí, le di al té su color apropiado. Observé que casi se me había agotado la crema. (Actor: «Tomaré una taza de té, sin crema». Camarero: «Se nos ha agotado la crema, señor. Tendrá que ser sin leche». Risas). Donde había estado el estante había ahora (¿qué otra cosa?) un espejo rodeado de luces, de modo que la tienda podía ser usada como camerino. Todo el lado podía

doblarse, proporcionándome acceso al interior del baúl sin tener que alzar la tapa superior o abandonar la tienda.

Extendí mis sábanas y me quité la chaqueta, y en el proceso recordé algo que había tomado del bidón de restos de la panadería. Toby se deslizó por la entrada en el momento en que yo tomaba el pastelito horneado en forma de taza invertida del bolsillo de mi chaqueta y lo colocaba sobre el estante. Me miró de una forma curiosa mientras yo rebuscaba en otro cajón y sacaba una única vela. La clavé en el pastelito.

Había estado intentando olvidarlo, había intentado pensar en otras cosas, pero no había forma de evitarlo. Hoy era mi cumpleaños. Por favor, en lugar de presentes, envíen sus contribuciones a Ayuda al Actor.

También era un cumpleaños más bien significativo.

—¿Qué opinas, Toby? —le pregunté—. ¿Sabes contar hasta cien? —Ladró una vez, lo cual estoy seguro de que todo el mundo en la clase recuerda que significa «¡Sí!». Bien, por supuesto que sabía. Toby sabe contar uno de todo, incluidas las centenas.

Encendí la vela y estaba a punto de ofrecerle un trozo, pero rascó la entrada y me miró interrogadoramente.

Ah, Toby, ¿qué voy a hacer contigo? Durante la última semana había estado saliendo todas las noches, después de que yo me hubiera dormido. Sospechaba que tenía una novia ahí fuera en alguna parte. O eso, o se estaba reuniendo con una de las jaurías de perros salvajes que se rumorea que viven en los corredores de servicio. Probablemente meándose sobre cualquier cosa a la vista. Toby es un mujeriego. Lo había visto, con más optimismo que sentido común, rondar a una gran danesa para olisquear a la cual necesitaría una escalera. De acuerdo, no se tienen que perder nunca las esperanzas. Pero lo sorprendente era que la perra parecía realmente interesada.

—Oh, de acuerdo, juerga de nuevo —dije—. ¿Y puedo preguntarte, mi joven amigo, cuándo vas a sentar la cabeza y hacer algo constructivo? —Aguardó pacientemente. Sabe que cuando estoy de cierto humor me siento predispuesto a jugar un poco con él, a aprovecharme injustamente del hecho de que conozco algunas palabras más que él—. Está bien, pero no te

entretengas mucho —dije—. Y no vuelvas oliendo a alcohol… —Ya estaba en la puerta.

Así que apagué la vela, me comí el pastel, y me subí las sábanas hasta la altura del cuello. Dejé una pequeña luz de noche para Toby…, y porque tenía problemas para dormirme en una total oscuridad.

¿Qué hay acerca de ustedes, chicos y chicas? ¿Saben ustedes contar hasta cien?

—Me siento tan estúpida, detective Friday —dijo la encantadora Miranda Mayard-Tate mientras se levantaba de su canapé estilo Luis XV genuinamente elaborado en la Tierra, una pieza de mobiliario equivalente en precio al Producto Planetario Bruto de algunas de las lunas de Urano más pequeñas.

—No se preocupe por eso, señora —dije, con la voz llana e inexpresiva de Friday, lanzándole esa llana y no emotiva pero sí ansiosa mirada y pensando: *¿Estúpida? Un poco más estúpida y la respiración sería un gran desafío intelectual, patética putilla*. Confié que esa opinión nunca se reflejara en mi rostro, y continué—: No fue usted la única engañada por esa pandilla. Pero no se preocupe. Los atraparemos. —Dibujé una llana e irónica sonrisa, el único tipo de sonrisa que Joe Friday era capaz de dibujar. ¿Conocen a Joe, el taciturno detective de homicidios sin el menor sentido del humor, de esa vieja y trillada obra, *L. A. Blues*? Lo he representado en tres producciones distintas. («Jueves. 8:03 p. m. Fui al teatro Larson, 5543 Main Street. Oí que se trataba de un 437. Actuación sin licencia dramática. El cartel decía *L. A. Blues*. Entré. Me senté. Vi la función. Reuní pruebas suficientes para acusar a cuatro miembros del reparto de sobreactuación, machacar el texto, mascar las escenas y gesticulación criminal. Imaginé toda la trama durante el primer acto. Dicté una orden de busca y captura contra el dramaturgo. Acusación: clichés en primer grado. Tuve que dejar ir a Ken Valentine. No había bases para la acusación de inexpresividad. Lo descubrí decidido, implacable, justo persiguiendo los hechos». — *Flip City Courier*). (Hubo otras reseñas similares las otras veces que interpreté a Friday. ¿Por qué los críticos han de ser tan

ingeniosos?). Volver a vestirme de Friday para Miranda M-T fue como meter mis pies planos en un par de viejos zapatos cómodos.

—¡Santo Dios! Espero que sí. —¿Qué puedo decirles? No soy responsable de las líneas de los demás actores. Simplemente informo de lo que oigo, aunque contenga «Santo Dios» como exclamación.

Un largo y lúgubre silencio se adueñó de la escena. Cuando amenazó con convertirse en fúnebre, o posiblemente incluso permanente, decidí que había que hacer algo.

—Bien —dije—, podemos empezar, si simplemente tiene usted el dinero. —Oh, por supuesto —dijo, levantándose y mirando vagamente a su alrededor. Era evidente que había olvidado dónde lo había puesto. Los ricos son realmente diferentes—. Iré a…, ¿está seguro de que no quiere algo de beber? —No mientras estoy de servicio, señora—. Había un doble significado en aquello. Cada línea que pronunciaba Friday gritaba abstemio. No bebía, ni de servicio ni fuera de él, no tanto porque el alcohol fuera algo malo, sino porque podía entrometerse en su implacable persecución del crimen. Uno sabía que pasaba sus veladas en casa revisando sus viejos blocs de notas, y su idea de pasar un buen rato era engrasar su pistola. Como decía en la última línea de *L. A. Blues*: «Sólo los hechos, señora». Eso era lo único en lo que estaba interesado. Sólo los hechos.

Yo me hubiera unido alegremente a Miranda ante un vaso de algo, pero cuando estoy «de servicio», interpretando un papel, nunca me salgo de él.

Mientras la señora Mayard-Tate desaparecía en las regiones ignotas de su palaciega madriguera, examiné atentamente su salón por primera vez. Lo que había llamado mi atención era una vitrina de madera y cristal que contenía docenas de tallas blancoamarillentas, ninguna de ellas mucho más grande que una pelota de golf. De todas las fabulosas riquezas de aquella estancia, un botín de generaciones, aquello era lo que más me atraía.

Todavía las estaba estudiando cuando Miranda regresó con una pequeña bolsa de lona marcada con el nombre y el logotipo del Banco de Infierno.

—¿Le gustan? —preguntó mientras me tendía la bolsa.

—Me estaba preguntando qué eran, señora —dije.

—Se llaman *netsukes*. Nunca me he preocupado demasiado por ellos. Todavía sigo preguntándome si no debería venderlos. Me han dicho que

puedo obtener un buen precio por ellos.

Probablemente no tenía la menor idea. Cualquier artefacto pre-Invasión vale algo, pero luego están los de origen terrestre, ¡y ésos eran de origen terrestre! Hay sociedades que coleccionan clips sujetapapeles y lápices producidos en masa del siglo XX. Esa gente mantiene sus tesoros en envoltorios de papel cristal y sólo los manejan con pinzas, pero no son la misma gente que trafica con *netsukes*.

—Creo que eran algún tipo de clips para el pelo —estaba diciendo, palpándose vagamente su gran masa de pelo color chocolate—. Una especie de broche. Nunca he conseguido que funcionara ninguno de ellos. Probablemente haya algún truco. Supongo que olvido algo.

¿Qué hay acerca de varios miles de millones de células cerebrales, querida? *Netsukes*…, ¿clips para el pelo? Estuve tentado de decirle que aquellos pequeños y preciosos objetos de madera y marfil eran usados en su tiempo para colgar cosas de los cintos ceremoniales, u *obis*, de los caballeros de Japón, como se reflejaba en muchos vasos y jarras, muchos biombos y abanicos, hacía tres o cuatrocientos años. Pero Friday no tenía por qué saber eso. Sparky Valentine tampoco lo hubiera sabido de no ser por el hecho de que había llevado uno muchos años antes durante una producción de la ópera de *Noh Yurigi en los estrechos de Awa* («… un intento no enteramente coronado por el éxito de unir a Akira Kurosawa con Victor Herbert, realzado considerablemente por la vivaz interpretación de K. C. Valentine en el papel de Yasuhiro». — *Neptune Trident*).

—Parece que estaba mirando a ése en particular.

—¿De veras? No me había dado cuenta. —Pero era evidente de cuál estaba hablando. Era una rana, perchada sobre un cráneo humano. El cráneo tenía una gruesa cresta supraorbital, y los largos dedos rematados en bulbos de la rana lo rodeaban y penetraban en los agujeros de las órbitas. De alguna forma, el artista había reflejado un enroscado poder en el pequeño animal, y lo había dotado de unos perezosos ojos de depredador. Te miraban sin miedo ni piedad, y tú sólo sabías que no podías mostrarle nada que no hubieran visto ya muchas veces.

—¿Le gustaría echarles un vistazo más de cerca? —Sin aguardar ninguna respuesta, buscó detrás de la vitrina y extrajo una pieza de metal de

extraña forma— cobre o latón, parecía —que pronto me di cuenta de que era una antigua llave. Abrió la vitrina, tomó la rana y el cráneo y me los tendió.

Estaban fríos al principio, pero se calentaron rápidamente, casi parecieron ablandarse en mi mano. Mi dedo pulgar acarició automáticamente el lomo de la rana. Miré a la mujer y sonreí.

—Creo que tomaré esa copa, señora —dije.

Elwood me estaba aguardando al borde del gran parque que marcaba los límites del barrio de clase alta-alta donde vivía Miranda Mayard-Tate. Estaba sentado en un banco, las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones holgados, sus largas piernas estiradas delante de él, su sombrero gris de ala ancha echado hacia adelante hasta casi cubrir sus ojos. Toby estaba sentado en el banco a su lado. Detrás de ellos, gente con chaquetas rojas y pantalones blancos de montar y botas negras de montar estaban sentados a lomos de sus magníficos caballos e iban al trote arriba y abajo en un ritual tan antiguo como el propio dinero. Y las riquezas de esos dandis ecuestres eran realmente antiguas, tan antiguas que su corrupción primordial servía como su propio fertilizante, tan antiguas que el dulce hedor de su descomposición dominaba el honesto hedor de los montones de mierda de caballo que era casi todo lo que esa gente había producido nunca. Y, de acuerdo con los hábitos procreadores de los muy muy ricos, algunas de esas personas hacían que mi Dulce Miranda pareciera un gigante mental.

Quizás parezca que esos pensamientos no valen nada. Yo sabía de dónde procedían: me estaba psicoanalizando para Elwood, que no aprobaba demasiado mis recientes actividades.

Toby fue el primero en verme, y echó a correr en mi dirección. Elwood le siguió con su relajado paso arrastrado.

—¿Conseguiste lo que fuiste a buscar? —preguntó.

—¿No lo consigo siempre?

Cuando Toby se dio cuenta de que le estaba hablando a Elwood y no a él, empezó a gruñir y a ladrar. Uno no sabe lo que es el terror hasta que ha oído gruñir a un *bichon*. Una vez lo has oído, sigues sin tener ningún

indicio. Allá en el parque, estoy seguro de que todas las ardillas al alcance del oído se estaban carcajeando irremediablemente.

Eso me puso triste. El hecho es que Toby no puede soportar a Elwood. Elwood no había estado mucho por ahí desde nuestra llegada a Plutón. Ahora estaba de vuelta, y a Toby no le gustaba ni una pizca. Tuve que hablarle seriamente, lo cual hizo que su cabeza colgara y su cola se metiera entre sus piernas. Se situó detrás de nosotros y echó a andar bajo una oscura nube sombría, cada uno de sus movimientos calculado para exprimir hasta la última gota de culpabilidad de su despiadado amo. Lo terrible era que funcionaba.

Pero no iba a permitir que Toby se diera cuenta de ello, así que encajé los hombros e intenté ignorarle.

—Simplemente no creo que robarle a una de las más poderosas familias de plutón sea la cosa más inteligente que hayas hecho nunca —siguió Elwood.

—¡Godfrey Daniel! —estallé—. Conseguir que alguien te entregue dinero no es robar. Apenas es estafar. Son dos cosas diferentes. Y el hecho de que los Mayard-Tate sean ricos y poderosos no es el motivo de que pongas objeciones; es que tú pones objeciones a cualquier tipo de robo, a cualquiera, incluso a esas ricas viejas familias jodidas que ni siquiera echarían en falta mil millones si se los quitara, y mucho menos la insignificante y enteramente razonable suma en cuestión.

—Ahora es tu padre el que está hablando —dijo Elwood con su voz arrastrada—. El último de los inconstantes.

—Hay otra frase de mi padre, ahora que estamos en ello —dije—. Nunca le des una oportunidad a un mamón, ni hagas listo a un tarugo.

—Eso me suena familiar. ¿Es posible que se lo robara a alguien?

—¡Por supuesto que lo robó! ¿Qué crees que hacen los actores?

—Recuerda siempre esto, hijo —me había dicho mi padre muchas veces —. Los autores escriben. Los productores producen. Los directores interfieren. Los ángeles redactan cheques. Y todo eso es para nosotros. Nosotros hacemos el arte, y si necesitas tomar prestado algo para hacer que funcione, ¡entonces tómalo prestado! —Tomar prestado era un eufemismo que mi padre usaba con frecuencia, puesto que robar era una palabra que le

desagradaba. Pero era un anarquista, no creía en la propiedad ni en las leyes.

Así es como fui educado, y si eso les proporciona un confort liberal pueden usar ese hecho para explicar o perdonar mi admitida actitud pirata hacia las posesiones de otras personas. O pueden pensar en mí como un maldito ladrón; no me importa. Creo en la propiedad, y en las leyes, aunque en tan pocas de ellas como sean necesarias para dominar nuestras tendencias animales. Las cosas de mi baúl me pertenecen, por ejemplo, y me enojaría si me las quitaran. Mi padre nunca poseyó nada que no te hubiera dado alegremente si se lo pedías. Por supuesto, raras veces poseyó algo que valiera la pena de pedir.

Pero tomen a los ricachones. ¿Tiene sentido para ustedes que deban tener acceso a esas cantidades casi infinitas de dinero simplemente porque sus abuelos sobresalieron en brutalidad, soborno, engaño, sadismo, y lo más cercano a practicar la esclavitud que ha conocido la humanidad desde la Guerra Civil norteamericana? No muy lejos de donde estábamos andando se había comerciado con seres humanos en una subasta computerizada…, aunque se usó la educada ficción de que eran los contratos de trabajo de los prisioneros lo que se compraba y vendía. Así se fundaron las viejas fortunas en Plutón: con trabajo abundante y barato.

Mi padre era capaz de hablar durante horas sobre el tema. Por mi parte no me adhiero a ninguna doctrina relativa a la riqueza y a la herencia. Por una parte, ¿quién tiene más derecho al dinero que ha amasado uno durante su vida? ¿Algún vagabundo oportunista sin nada más que lo recomiende que su flaca mano extendida que nunca ha hecho nada? ¿O los propios hijos de uno? La respuesta parece obvia. Pero quizá ninguno de los dos tenga derecho. ¿Quién entonces, quizás el estado? ¿Por qué no dejar que el gobierno se haga cargo de él y lo utilice para el bien público? Quizá porque, cuando se ha intentado en el pasado, simplemente financió más latrocinio público.

Pero me resulta igualmente obvio que algo va muy mal cuando una persona tiene miles de millones, y otra no tiene nada.

¡Maldito sea todo! Miranda nunca echaría en falta lo que le había quitado.

Lo llaman el Inspector Bancario, y algunos dicen que fue usado por primera vez por un tal Lucio el Liante el año 113 a. C., cuando persuadió a una viuda octogenaria llamada Octavia de que retirara treinta monedas de plata de su cuenta en el Primer Banco Imperial del líber, oficina del Circus Maximus, y se las entregara. Pero se dice que Lucio lo aprendió de Agamenón «Aggie Pop» Popodopoulis, un alcahuete griego, bribón, y presidente de la Asociación de Bares Atenienses, que juró que se le había ocurrido mientras leía un libro de pornografía caldea para pasar el tiempo mientras permanecía encerrado dentro de un gigantesco caballo de madera durante su involuntaria pertenencia al ejército griego.

En una palabra, era viejo. Uno de los más viejos del libro. Que todavía funcionara a estas alturas del tiempo era un tributo a otro proverbio que a mi padre le gustaba citar: «Cada minuto nace un primo, y dos listos para aprovecharse de él». Nos gusta pensar que ha habido un progreso en la especie humana desde los días de Aggie Pop. Nos gusta pensar que somos algo más listos que las generaciones anteriores. Demonios, vivimos en el espacio exterior, ¿no? ¿No construimos naves espaciales que violan el cielo virgen con impulsos de abominable nitrato sódico? ¿No podemos dominar el poder del corazón del sol? ¿No sabemos lo que significa $E=mc^2$? (Bueno, yo no lo sé, pero alguien sí lo sabe, ¿no?).

Sí, sí, sí y sí. Y si creen que esto nos hace un poco más listos —allá donde realmente cuenta— que nuestros antepasados, me gustaría que nos viéramos y tener una charla sobre la compra por su parte de una colección encuadernada en piel fina de los Clásicos de la Literatura Humana, sólo veinte dólares de anticipo, el resto cuando lleguen. No se preocupen, les daré un recibo de los veinte dólares.

Había otra cosa acerca del Inspector Bancario, aparte su antigüedad, y quizá hemos llegado por fin a la fuente del silencioso reproche de Elwood y mi propia inquietud. Tiene que ver con un tercer proverbio que mi padre solía citar cuando las vicisitudes de nuestra profesión nos forzaron de nuevo a un contacto más cercano y personal con el público y su billetera. Cuando se hizo necesario salir a las calles para un poco de improvisación. Cuando, en pocas palabras, llegó el momento de timar un poco.

—Muchacho —me dijo—, no te preocupes por ello. No puedes engañar a un hombre honrado.

Bien…

No soy consciente de ninguna regla sin excepciones, y el Inspector Bancario era la excepción a ésa. Con cualquiera de los otros incautos a los que timábamos, esas palabras de oro de *Mr*. Fields eran el puro Evangelio. La Lotería Española, el Pañuelo Jamaicano, el Perro Sin Precio, la Perinola, el Ladrillo de Oro, la Cagada de Paloma…, todos esos engaños confían en gran parte en la avaricia del hombre medio. (¿Dije que el Inspector Bancario era antiguo? En un muro de uno de los templos de Karnak hay una línea de jeroglíficos que muestran un tipo desconcertado mirando el fajo sin valor de papiros en su mano mientras dos fulleros de Abisinia se largan precipitadamente con el auténtico botín que el otro ha depositado en sus manos «de buena fe». Bienvenidos a la Cagada de Paloma).

El timado o bien ve una oportunidad de conseguir un beneficio rápido sin ningún riesgo, o se le ofrece una forma a toda prueba de robarle dinero a algún otro. Esta codicia lo ciega hasta el punto de no ver el engaño que apesta delante mismo de su nariz, y es dejado con los bolsillos vueltos del revés. A menudo ni siquiera va a la policía, porque para hacerlo tendría que explicar cómo él había planeado estafar a los que finalmente le estafaron. A la mayoría de ciudadanos les importan un pimiento las víctimas de estos timos. El consenso general es que han recibido lo que se merecían.

No ocurre así con el Inspector Bancario. Así es como funciona, reducido a lo esencial:

Es usted abordado en o cerca de la institución financiera donde tiene depositado su dinero. Alguien que trabaja en este espléndido establecimiento ha estado sustrayendo dinero, se le dice. Yo, el Inspector/Policía/Presidente del Banco/Encargado de Seguridad (o cualquier otra figura de autoridad), estoy tras ese sinvergüenza, y necesito su ayuda para reunir pruebas contra él. ¿Sería tan amable de retirar X cantidad de siclos de su cuenta?

Con el dinero en la mano, le digo que debo llevármelo para…, oh, fotografiarlo, digamos. Casi cualquier explicación servirá, porque si ha

retirado usted el dinero es porque me ha considerado como una figura con autoridad. Volveré en un momento, digo. Eso es lo que dijo también Jesús.

Casi puedo oír los crujidos mientras su credulidad se tensa. Nadie caerá nunca en esto, protestan.

El hecho es que caen. Año tras año tras año. No tengo ni idea de si los egipcios tenían realmente bancos, pero si los tenían, pueden estar seguros de que alguien hizo este truco a las orillas del Nilo. Porque sólo hay una de dos cosas que sea realmente necesaria para hacer que el Inspector Bancario funcione: un sistema bancario.

La otra cosa, por supuesto, es un primo que sea (a) confiado, o (b) estúpido. En mi diccionario particular, estas palabras están relacionadas como sinónimos.

Funcionaba perfectamente cuando los bancos llevaban sus cuentas en enormes libros escritos a mano con plumas de ave, y funciona ahora cuando todo son impulsos electrónicos en máquinas. Si alguna vez llegamos a tener una sociedad sin dinero en efectivo (y no contengan el aliento), alguien descubrirá una forma de hacer que funcione también. De modo que, mientras la raza humana siga produciendo idiotas, yo nunca estaré en quiebra. ¡Pero esperen! ¡Todavía hay más!

Técnicamente, en lo que yo acababa de educar a Miranda Mayard-Tate no era en absoluto en el Inspector Bancario, sino en el segundo acto, conocido como la Segunda Apuesta. Entiendan, algunos primos simplemente exudan una encantadora ingenuidad que, para un timador veterano, no deja de gritarles: «¡Tímame! ¡Tímame una y otra y otra vez…!». Parece cruel abandonar a esa gente a otros timadores que pueden ser descuidados o torpes, que puede que no consumen el asunto con el suficiente aplomo. Era para gente así —y mi querida Miranda podía ser muy bien el auténtico prototipo— que se había desarrollado la Segunda Apuesta.

El timo original con Miranda tuvo lugar mientras yo estaba todavía a un mes de distancia de la frígida órbita de Plutón. Cuando su dinero no le fue devuelto tras unos pocos días y nadie llamó, contactó con su banco, que por supuesto estaba muy familiarizado con ese timo. Se llamó a la policía. Siendo los Mayard-Tate los peces gordos que eran, no se ahorraron gastos

ni esfuerzos por parte de los chicos y chicas de azul, que corrieron frenéticamente en círculo, miraron debajo las alfombras y las piedras y en los depósitos de los váteres, esposaron e interrogaron a docenas de indefensos ciudadanos, gritaron «¡Alto, ladrón!» con firme y fuerte voz policial, y en general crearon la impresión de que estaban haciendo algo, y que podía esperarse en cualquier momento la resolución del caso. Luego todo eso quedó en nada y los policías se marcharon, y Miranda se dio cuenta de que todo había terminado realmente. Que nadie iba a ser acusado de aquel crimen. Que, a veces, el dinero no puede comprar la justicia. ¿No es eso horrible?

La gente que organizó el timo la dejó que se preocupara por el asunto durante un tiempo conveniente. Su idea era que, después de que hubiera hervido a fuego lento sobre ello, estaría madura para una oportunidad de ver a los timadores en la cárcel. Entonces entra en escena K. C. Valentine, que acababa de llegar de un lugar desconocido, estableció contacto con uno del anillo de petardistas y preguntó si tenían algo que se adaptara a sus talentos. Me encaminaron hacia Miranda y hacia allí fui, con el distintivo de policía federal en ristre, armado solamente con la llana voz de Friday, la mirada, la sonrisa y los pies.

Resultó que el tiempo de espera no había sido necesario. La venganza era la cosa más alejada de la mente de Miranda. La suma de dinero en cuestión, aunque grande según mis estándares, había sido literalmente olvidada en el enloquecido y mareante fandango que se consideraba vida en su círculo de amigos. Tuve que recordarle que había sido estafada, luego atraer su atención desde áreas desconocidas mientras le explicaba que finalmente teníamos una pista sobre su caso y que yo, Friday, era el hombre que iba a encargarme de todo. Habíamos averiguado que realmente había un empleado deshonesto en su banco, y que durante todo el tiempo había estado confabulado con los timadores. Ahora teníamos intención de atraparlo con las manos en la masa, y hacerle cantar, para que delatara a su pandilla de nefarios rufianes. Todo lo que tenía que hacer para ayudarnos a conseguirlo era retirar X cantidad de siclos de su cuenta para que pudiéramos… Bien, a estas alturas pueden llenar ustedes los blancos con su propia historia.

Ella no hubiera podido sentirse más encantada de ayudar. Sus cándidos y perrunos ojos danzaron excitados cuando usé palabras como «hacerle cantar» y «confabulado», pero se velaron un poco ante «nefarios». Así que al final fue su inexorable estupidez —lo siento, quiero decir su inmaculada honestidad— la que la condujo de nuevo a la insensatez.

Y así fue como me encontré caminando al lado del parque ecuestre en el más rico distrito de Plutón, llevando encima una desacostumbrada cantidad de dinero, acompañado por una larguirucha conciencia, y seguido por un enojado perro de lanas. Hubiera debido sentirme feliz, pero admito que mi corazón estaba un poco lastrado. Pero mi billetera estaba un poco lastrada también, y esas cosas se compensan.

Si ella no hubiera sido tan malditamente honrada.

Cuando un felón no se dedica a su oficio o a madurar los pequeños planes de sus felonías, ¿dónde suponen ustedes que va?

Yo fui a la iglesia. Uno tiene que reunirse con su perista en algún lugar.

Si alguno de ustedes es miembro auténticamente creyente de la Primera Iglesia Latitudinaria de Todos los Santos, más conocida como los Pilatos, pueden saltarse la siguiente escena. El hecho es que, allá donde sea que atiendan a los servicios, de Coronaville a Brementon y otros puntos más allá, habrán encontrado ustedes su camino a una madriguera de ladrones. Hay excelentes posibilidades de que el tipo que está de pie a su lado, ayudándole a sostener el himnario y cantando desafinadamente y a pleno pulmón «Zapatos de gamuza azul» en un estado de éxtasis presleyano, no sea alguien que desearía usted con toda su alma que se casara con su hermana o hermano. Puede que sea más bien…, bueno, alguien como yo.

Una gran cantidad de Pilatos a los que he mencionado esto les ha costado creerlo. Como mi padre solía decir, «La incredulidad es una enfermedad como otra cualquiera».

Todas las iglesias tienen su cuota de pecadores, por supuesto. Cabría decir que para eso están. No se puede llegar muy lejos en el negocio de la redención sin algunos genuinos pecadores. Pero en otras iglesias no están organizados en una pandilla de hermanos. Dudo que la mayoría de iglesias

vean a menudo que auténticos delitos se originan y planean en reuniones en el sótano de la iglesia. Me sorprendería saber que los objetos robados son traficados en los terrenos de, digamos, la sinagoga de la esquina. Y aparte algún pequeño bingo y la ocasional limpieza de los cepillos, las iglesias católicas se hallan relativamente libres de crímenes. En cuanto a los diabolistas, no me pregunten. Todo está velado por el secreto.

Pero si lo que buscan es un lugar de latrocinio generalizado, les recomiendo los Pilatos. Todos los embaucadores que conozco se dejan caer regularmente por allí, para averiguar lo que se cuece. Es allí donde oí por primera vez lo del asunto Mayard-Tate, y fue allí donde acudí, botín en mano, para disponer de él.

Tío Roy era coreógrafo jefe del Estudio Planetario Principal, Primera Iglesia Latitudinaria, Pandemónium, provincia de Flegetonte, Plutón. Como hombre de danza y canciones siempre había sido sólo mediocre, y no estaba exactamente abrasando el planeta con sus éxitos ahora que había colgado sus zapatos de claque. El fantasma de Busby Berkeley no tenía nada que temer de Roy. Pero era el tipo al que había que ver si comprar al por mayor ya no te satisfacía, si lo que estabas buscando era descuentos realmente importantes. Es decir, siempre que lo que quisieras comprar no requiriera un título legal, y si no te importaba que los números de serie hubieran sido borrados, no hubiera manual del usuario, y la mercancía pudiera tener algunas rascadas e indentaciones a causa de haberse caído de la parte de atrás de un transportador.

Lo encontré en el estudio, sentado en la tercera fila con las manos unidas en pirámide delante de su rostro, observando con gran concentración lo que parecía ser un ensayo final con vestuario. El escenario estaba repleto de bailarines del coro con lentejuelas, zapateando hasta salírseles el corazón, mientras unas luces deslumbrantes los barrían desde arriba como dedos de ángeles. Hice una pausa para absorber todo aquello. Cuando las luces de la platea se apagan y las del escenario se encienden se crea un nuevo mundo, un mundo donde he pasado la mayor parte de mi vida. Es un truco mágico del que nunca me canso.

Reconocí de inmediato el espectáculo como *Trabajando*, la versión musical de *El despertar de Finnegan* que había sido un bombazo en su

estreno en el Alameda de King City hacía cincuenta años. Sabía que había sido un bombazo porque yo había estado allí, en el papel de Cromwell. («Val Tiner se entrega con su competencia habitual en una producción más confusa que su material de origen». — *News Nipple*). Desde entonces *Trabajando* ha desarrollado todo un culto de seguidores. Yo mismo la revisité hacía tan sólo diez años, esta vez en el papel protagonista de Humphrey Earwicker/Joyce, («Superretorcida. Ni Cristo se aclara. Ese tal Valentine ofrece un tal batiburrillo de actuación que ni él mismo se entera. De todos modos, el espectáculo es colorista. Sólo eso». — *Arean Gazette*).

El estudio de Plutón es uno de los teatros cubiertos con el proscenio más grande del sistema. Su aforo es de veinte mil localidades, lo cual significa que los asientos más baratos se hallan en una zona postal distinta, y lo bastante altos como para que te sangre la nariz. He estado en la última fila, y desde aquel punto parecía que estuvieras viendo *Casa de muñecas* representada por un circo de pulgas. Desde el escenario, puedes recitar casi todo el soliloquio de Hamlet antes de que el eco de tu voz reverbere el primer «ser o no ser» a tus atentos oídos.

Pero no se preocupen. La platea está rodeada por varios miles de pantallas de televisión, cuyo tamaño va de unas pocas pulgadas a veinte pies. La gente de la parte de atrás ve exactamente el mismo espectáculo que uno recibe desde el centro de la primera fila, y desde una mayor variedad de ángulos de cámara.

No es mi tipo de teatro, en absoluto. Denme un local de tres a cuatrocientas localidades y seré un hombre feliz. Dejen que sean mis propios correosos pulmones los que griten a los espectadores o les hagan inclinarse hacia adelante en medio de un silencio absoluto para captar mis susurradas palabras.

Tío Roy me miró cuando me senté al extremo de la fila. Asentí con la cabeza y él sonrió brevemente, luego se puso en pie y empezó a caminar rápidamente de uno a otro lado al borde del foso de la orquesta, señalando a la gente y gritando cosas que no pude oír en medio del tronar de la música. El director frunció el ceño a Roy por encima del hombro, pero por aquel entonces ya debía de haber aprendido que era mejor no protestar. Hundió

los hombros y siguió apuñalando el aire con su gran y resplandeciente batuta.

No conozco el apellido de Tío Roy, ni por qué es universalmente llamado tío. Probablemente haya una historia detrás de todo ello. Si alguna vez la escuchan, háganmelo saber. Me encantan ese tipo de historias. Es un hombre corpulento que ha detenido su edad aparente a finales de los cincuenta, con un rostro lleno de arrugas y una línea del pelo que retrocede lentamente. Alardea de una melena de descuidado pelo plateado estriado de negro y de unos ojos del más puro azul. Sus labios son gruesos y carnosos, y tiene la costumbre de morderse el inferior cuando está pensando. Cuando no está pensando mastica tabacoide, a todas luces la última moda retro del siglo anterior, una que finalmente está mostrando signos de durar más que su novedad. Olviden el ocasional babear amarronado de las comisuras de la boca, o la necesidad de llevar consigo una lata donde chapotea la materia más asquerosa imaginable, o el realmente asqueroso espectáculo de alguien escupiendo en ella. Pero el hábito mantenía los dientes de Roy manchados de un aborrecible verde amarronado, como hongos creciendo en un cadáver. Si el olor de su boca era una guía, su sabor tenía que ser inimaginable.

Como más de unos cuantos bailarines que he conocido, tan pronto como Roy abandonó la línea del coro se hinchó como el condón de un sátiro, veinte, treinta kilos por encima de su peso. Afirmaba que todo era premeditado, parte de su plan de convertirse en una presencia más dominante físicamente, cuyos otros elementos eran su alta frente, su pelo blanco y su rostro lleno de arrugas. Un director debe de tener dignidad. Yo mismo había efectuado un poco de experimentación las pocas veces que me había sentado en la silla del director. Había dirigido producciones al estilo del rey Lear, y al estilo de Shirley Temple, y en ambos casos había recibido la misma cantidad de respeto y atención…, es decir, muy poca.

Y hay que decir esto acerca de los exbailarines: Creo que muchos de ellos están simplemente cansados de ser galgos humanos. Las chicas cultivan exuberantes melones del tipo que nunca se ven bambolear debajo de un tutu. Una dama con unas recias posaderas deja de pronto que sus caderas se ensanchen, descubre que tiene algo cómodo sobre lo que sentarse para variar. Los hombres se convierten en la imagen caricaturesca de un

banquero del siglo XIX: próspero, corpulento, barrigón, con mejillas de ardilla. Y a todos ellos les gusta haraganear por ahí como castrados gatos domésticos tendidos al sol, pensando en la cena.

—¡… y cinco, y seis, y siete, y OCHO! —estaba aullando Tío Roy por encima del rugir de la orquesta—. ¡Y luces fuera! Yyyyy…, telón, telón, aplausos, aplausos, aplausos…, está bien, alto el telón. ¡Luces de la sala, por favor!

Desde muy arriba descendieron unas cuantas duras luces de trabajo sin protección alguna, suspendidas de cuerdas, cosas crueles que ningún actor admitiría nunca en su casa debido al cadavérico efecto que producían sobre la cansada y sudorosa gente bajo su costra de maquillaje. Nos hacen parecer a todos como la gente de la limpieza para ayudar a la cual fueron diseñadas, para que puedan limpiar los líquidos derramados de las botellas, los programas arrugados y las flores marchitas, mucho después de que la magia se haya retirado allá donde va la magia entre actuaciones.

Esas luces revelaron un escenario lleno de gente vestida con extravagantes ropas, respirando pesadamente, algunos sentándose, otros reclinándose contra algunos amigos. La luz sin fuente ni sombras no tenía piedad. El oro se volvía oropel, la plata estaño, los diamantes cristales. Cada uña rota y zapato rozado quedaban al descubierto. Los perlinos dientes blancos mostraban todas sus manchas de lápiz de labios.

Cuando la magia desaparece, desaparece.

—Una hora para almorzar, chicos y chicas —dijo Roy, saltando a la pasarela que atravesaba el foso de la orquesta y avanzando confiado entre sus actores. Le seguí, más lentamente—. Excepto tú, Haynes, y tú, Dallman. Id a la sala de ensayos y practicadlo de nuevo, y de nuevo, y de nuevo, hasta que lo hagáis bien tres veces seguidas. Ya sabéis la parte a la que me refiero. —Un hombre y una mujer, presumiblemente Haynes y Dallman, se dirigieron con paso lento hacia bastidores. Roy silbó fuertemente, alzando la vista hacia la galería superior—. Señor Lacón, por favor. Si su gente no puede conseguir que bajen las bambalinas en doce segundos esta noche, lo ataré a una cuerda y lo usaré como saco de arena. —Hubo una sucesión de gritos furiosos allá arriba, que yo no comprendí y Roy no escuchó. Estaba pasando un brazo como de toro alrededor de mis

hombros y guiándome por entre los concurridos bastidores y a través de una puerta con una gran estrella en ella que decía director. Cerró la puerta detrás de nosotros, se dejó caer en un gruñente sillón giratorio, se reclinó en él y entrelazó los dedos detrás de su cabeza.

—Bien, ¿qué te parece? —preguntó.

—Todo lo que vi fue el número del Holandés Errante —dije—. ¿Cuál es tu presupuesto? ¿Tienes elefantes?

—He conseguido elefantes.

—Entonces no veo cómo puede ir algo mal.

—¿Elefantes? Demonios, tengo diez elefantes. Tengo pavos reales y carros tirados por caballos, y tengo caballos garantizados que no se cagarán sobre los zapatos de claque de nadie. Tengo una foca amaestrada. Tengo treinta y siete cambios de decorado. Tengo tres ultracópteros para traer a la gente desde arriba y depositarla directamente en el escenario. Tengo una piscina de diez metros, una fuente con diecisiete chorros, y ocho muchachas dispuestas a renunciar al sexo en bien del espectáculo a fin de que podamos morfearlas en sirenas. Tengo hasta el último artilugio de efectos especiales que nadie de los que estrenaron este artificio pudo llegar a soñar nunca, y lo tengo todo vendido para la noche del estreno. Incluso tengo una línea del coro que puede cruzar el escenario cien mil veces sin tropezar ni una sola vez.

Hizo una pausa para inspirar profundamente, luego se inclinó hacia adelante y habló en un tono más confidencial.

—¿Sabes lo que no tengo? Pregúntame lo que no tengo, Sparky.

—¡Lagartos saltarines, Tío Roy! —chillé, con mi vieja voz de «Sparky»—. ¿Qué es lo que no tienes?

Se inclinó más hacia mí.

—Lo que no tengo es una Arma Livia Plurabelle que pueda alcanzar un do sostenido tres veces seguidas sin que yo tenga que meterle un hierro al rojo por el culo. —Volvió a reclinarse en su silla—. Lo cual me sentiría muy contento de hacer.

Chasqueé la lengua varias veces en señal de simpatía.

Mis simpatías hacia los directores que eligen mal su reparto y luego se quejan de ello están severamente limitadas. Al fin y al cabo, normalmente

soy yo quien está ahí fuera intentando hacer todo lo posible por conseguir que algún patético personaje vodevilesco se desenvuelva más o menos decentemente, y maldiciendo el momento en que la pequeña mierdecita se metió en los pantalones del poderoso director.

—¿Quién es esta vez? —pregunté—. ¿No será la Haynes?

—La pequeña señorita Drudy Haynes, sí —confirmó—. Sparky, ¿conoces ese montaje en *Ciudadano Kane*, ése donde esa mujer sin ningún talento intenta cantar ópera a lo grande y apesta todo el lugar? Esa mujer sin ningún talento parece buena comparada con Drudy Haynes. ¿O la *troupe* ambulante en *La corte de Babilonia*? Toma el peor de esos ejemplos y compáralo con Drudy…— Finalmente se le agotó el aliento. Miró furioso su escritorio, luego alzó de nuevo la vista hacia mí.

—Quiero que me hagas otra pregunta, Sparky —dijo.

—Roy…

—Sólo una más. Pregúntame el nombre del Gran Exaltado Super-Pilatos de este Estudio en particular.

—Oh-o.

—Aloysius J. Haynes es su nombre, y no puede sentirse más orgulloso de ser el padre de la pequeña Drudy, que cree que el teatro musical es simplemente forzar las cuerdas vocales, y que ha deseado ser cantante y actriz desde siempre. Y que ha estado tomando lecciones de canto desde que tenía tres años con una serie de cada vez más desesperados educadores de la voz, al menos tres de los cuales pueden verse en estos momentos sentados en sucias camas en el ala de caridad del Hospital General de Pandemónium, farfullando para sí mismos, atados con correas para evitar que se claven objetos punzantes en sus oídos.

»De modo que cuando la pequeña Drudy apareció en las audiciones y corrió la voz de que debía ser tratada «igual que cualquier otra aspirante», eso fue exactamente lo que hice. La traté exactamente igual que cualquier otra hija favorita del productor, y le di el papel. Podré arreglarlo, me dije entonces. Mejorará. Podemos ponerle un micro y disimularlo. O puedo hacer un *Cantando bajo la lluvia*, tener una auténtica cantante tras un telón de fondo. Algo. Sólo que cuando lo intenté, se fue corriendo a papá, por supuesto. Y la Voz cayó sobre mí.

—Y si todavía sigues haciéndote preguntas, Sparky, te pediré que me preguntes si me importa en estos momentos una jodienda en caída libre la Voz cayendo sobre mí, y ¿sabes qué te responderé? Diré que no. Porque ayer me descubrí limpiándome el oído izquierdo con un lápiz muy afilado, y preguntándome qué se sentía, y pensando que no podía ser tan malo. Y en mis sueños los veo preparando la cuarta cama vacía en ese ala acolchada en la academia de risitas, y los veo poniéndome en ella y murmurando: «Aquí, aquí, Roy. Aquí, aquí».

Admito que mi atención había derivado. A Roy le gusta oírse a sí mismo, y todo esto tenía el sonido de algo preparado, algo que había estado ensayando en muchos oídos indiferentes a lo largo de las últimas semanas. Pero ahora se puso en pie y se inclinó sobre el escritorio, apoyando su peso sobre sus puños apretados, y obtuvo mi atención de la única forma en que podía hacerlo.

—Así que, ¿qué opinas, mi viejo amigo? El papel es tuyo. Di la palabra.

Abrí la boca para decir sí. Amigos, a menos que sufran también ustedes la fiebre actoral, no es posible que sepan las cosas idiotas que es capaz de hacer uno con tal de conseguir la oportunidad de un papel que nunca ha interpretado. O que ha interpretado alguna vez, y sabe que puede hacerlo de nuevo, y mejor.

O una posibilidad de esgrimir en el escenario una espada de madera pintada de dorado y gritar «¡Se acerca César!» a una audiencia de aburridos escolares.

Soy un absoluto esclavo de alguien que pronuncia esas mágicas palabras: «El papel es tuyo». Me inunda con más agua caliente de la que fluye en un año a través del Flegetonte, el río de fuego en el parque de Pandemónium, a menos de cinco kilómetros de donde estoy sentado ahora, hace de mi vida unos zorros, este ansia por actuar digna de un cachorro de perro.

Así que estaba a una décima de segundo de aceptar el papel cuando alcé la vista y vi que Elwood había abierto en silencio la puerta detrás de Tío Roy justo lo suficiente para asomar su estrecha y ascética fisonomía por la rendija. Me estaba mirando, con los labios fruncidos de esa pensativa manera suya, y agitaba la cabeza.

—No soy cantante —conseguí articular.

—No eres primariamente un cantante, de acuerdo —dijo Roy—. Sin embargo, no estamos hablando aquí de una gran cantante de ópera. Estamos hablando de *Broadway*, Sparky, estamos hablando de comedia musical, y no conozco a nadie en el sistema que pueda representar este tipo de papel mejor que tú. Créeme, eres diez veces mejor cantante que Drudy. Te vi, ¿cuánto hace de ello, diez años, quince?, como *Mrs*. Lovett. Lo mejor que vi nunca, y esa música era mucho más difícil que la de *Trabajando*. Era…, ¿cómo se llamaba?…, *Las tres máscaras*. Nunca oí a Mabel Parsons cantar mejor. Te juro por Dios, Sparky, me hiciste pensar en la Streisand.

Bueno, ¿podía llegar a ser tan malo? Ya había hecho el protagonista masculino durante varios cientos de representaciones; podía aprenderme las líneas de Anna Livia en unas pocas horas de intenso empollar. Soy muy rápido estudiando. Alcé la vista para decir sí…

… y Elwood estaba todavía sacudiendo la cabeza y diciendo no. Su ceño estaba ahora profundamente fruncido.

—… últimamente he estado muy apegado a los papeles masculinos. —Esto era parcialmente cierto. El recuerdo de mi reciente y dolorosa Julieta estaba todavía lo bastante fresco en mi cabeza como para no tomar en consideración con entusiasmo una radical transformación corporal en poco tiempo.

—Por favor, Sparky —dijo, inclinándose sobre el escritorio, con las manos cruzadas. Si avanzaba más y me sujetaba por las solapas no tendría más elección que echar a correr como un conejo asustado. No podía ofrecer ninguna otra resistencia—. ¡Por favor, por favor, por favor! —gimió.

—De acuerdo —dije—. Acepto. —O más bien abrí la boca para decir eso, pero lo que salió de ella fue algo más parecido a un «Auuurrrgh», seguido por un sonido estrangulado que no puedo reflejar, puesto que Elwood estaba ahora clavándome un dedo en la garganta…

… y toda la profundidad de mi locura se me reveló en un cegador estallido de cordura temporal. Llevaba en Plutón ¿tres, cuatro semanas? Ya había cometido al menos dos felonías de las que fuera consciente, aunque el lugar tenía ahora tantas leyes nuevas que era muy probable que hubiera cometido todo un puñado simplemente levantándome por las mañanas y

disponiéndome a emprender mis actividades diarias. Así que, ¿qué me proponía hacer ahora? Nada menos que ponerme en la lista negra de uno de los hombres más poderosos de Plutón, con letras de diez metros de alto escritas en fuego: El Hombre Que Hizo Pedazos La Vida De Mi Hija.

¡No, gracias! ¡De veras, no, gracias! Y de nuevo, ¡no, gracias!

—Lo siento de veras, Roy —dije—. Tengo unos compromisos anteriores en… esto… en el *Titanic*.

—¿Teatro de *cabaret*? ¿Vas a renunciar a Arma Livia por teatro de *cabaret*? —Al menos no seré pisoteado por los elefantes—. Y entre sesión y sesión podrás servir las mesas. Jamás oí nada… Dejé bruscamente la bolsa del botín encima del escritorio entre nosotros, posiblemente la única acción que podía emprender en aquel momento que atrajera su atención. La miró suspicazmente, luego la tomó y la abrió. Sacó el fajo de crujientes billetes de banco nuevos y luego me miró.

—¿Algún problema?

—Ninguno. Todo fue exactamente como dijiste.

Asintió. Él la había conocido antes, puesto que había sido el Inspector Bancario en nuestro pequeño *sketch* real como la vida misma. Se humedeció un dedo y empezó a contar los billetes, formando dos montones: nueve para él, uno para mí. Hey, no me estoy quejando. El diez por ciento no es malo cuando llegas tan tarde al asunto. Ellos han hecho todo el trabajo de base.

—Muy bien, Sparky. Aquí está tu parte.

Me embolsé el botín, y coloqué un pequeño objeto en el escritorio delante de él. Le frunció el ceño, lo cogió.

—¿Qué es esto? ¿Una pieza de ajedrez?

—Lo llaman «Holandés». Es un *netsuke*, del siglo XIX, data de unos pocos años después de la apertura de Japón. Así es como los japoneses veían a los invasores occidentales. ¿Observas cómo sus ojillos son rasgados? —¿Se lo cogiste a la Mayard-Tate?—. No, lo encontré tirado en la calle. Jesús, Roy.

Frunció el ceño a la pequeña figurilla mientras su pulgar la acariciaba con aire ausente.

—Te pedí que fueras razonable —dijo—, hablamos de ello antes de que te metieras en el asunto. La Mafia Carontesa, ya sabes.

—Por supuesto que hablamos de ello. Dijiste que no habría ningún problema.

—No lo había. Sólo que no imaginé que fueras a coger algún *suriyaki*.

—*Netsuke*. ¿Cuál es la diferencia?

Encajó los hombros, se frotó nerviosamente la nuca.

—Vamos, Roy. No me hagas esto. Dijiste que la Mayard-Tate nunca se molestaría en contarle nada a la Mafia.

—Normalmente no, no lo haría. Por un lado se sentiría demasiado azarada. Y es una cantidad de dinero lo bastante pequeña, para ellos, como para simplemente dejarlo correr. De hecho, iba a preguntarte si no te gustaría pasar al estadio tres de la picadura. Estamos planeando…

—Ni por todos los *netsukes* de Plutón.

—De acuerdo. Era sólo una idea. No hicieron nada después de la primera picadura, y no veo por qué tengan que hacerlo ahora, porque todavía es más embarazoso caer en ello dos veces. De todos modos, no contaba con que te llevaras parte del mobiliario.

—Sé realista, Roy. Entro en una casa como aquélla, ¿y crees que voy a salir de ella con los bolsillos vacíos? ¿Lo harías tú?

Sonrió.

—Me has convencido —admitió—. ¿Cuánto quieres por él?

—¿Cuánto das?

Dio una cifra ridícula. Me limité a negar con la cabeza. Pero en vez de hacer una contraoferta, agitó también la cabeza.

—Estoy fuera de mi elemento aquí —dijo—. Nunca he tratado con cosas niponas. Déjame hablar con algunas personas. —Hizo girar su sillón y empezó a teclear en su ordenador, estudiando los resultados en un panel de cristal transparente cuyo ángulo hacía que las respuestas fueran invisibles para mí.

—¿Qué has oído estos días? —le pregunté, más para entablar algo de conversación que por ninguna otra cosa—. ¿Hay algo interesante en marcha?

—Mi espectáculo —dijo—. Algunas otras reposiciones aquí y allá. No creo que se hayan estrenado ni tres obras nuevas en Plutón este año. Las cosas están bastante muertas. —Me miró, sonrió—. A menos que cuentes a Polichinelli saliendo de su retiro para dirigir *El rey Lear*.

Seguro. Le devolví su sonrisa.

—Y he oído también que Hitchcock vuelve de entre los muertos para dirigir a John Wilkes Booth en *Nuestro primo americano*. —Ambos acontecimientos eran igual de probables. Si había algo bueno en perspectiva, Roy no me lo diría. Me quería para *Trabajando*.

Su atención había vuelto a la pantalla.

—Espero que estas indagaciones no vayan por los cables públicos —observé.

—No enseñes al abuelo cómo meterse bajo unas faldas, muchachito —dijo—. Esto está codificado de nueve formas distintas. La policía nunca podrá rastrearlo. Por supuesto, si los caronteses te están buscando, nada podrá ayudar.

¿Tenía que haber dicho esto? Esperé que Elwood asomara de nuevo su nariz por la puerta y croara No digas que no te lo advertí.

Me había advertido, aunque realmente yo no lo necesitaba. La parte más difícil de la picadura Mayard-Tate había sido llamar a aquella puerta delantera con las rojas huellas de manos en cada jamba, como la sangre fresca de cordero al lado de las puertas de los israelitas. Aquellas huellas significaban, para cualquiera que hubiese pasado un poco de tiempo en Plutón, «Esta residencia está protegida por la Mano Roja». Yo las leía de una forma más colorista: «Ladrón, pasa de largo por este lugar». Tenía un sonido más bíblico, y la Mafia Carontesa no tenía nada que no fuera bíblico.

Tras el final del sistema penal en Plutón y el establecimiento de la democracia, nunca hubo mucho entusiasmo por la institución de la policía. Demasiados votantes —exdeportados— no tenían más que asociaciones negativas con el color azul. Ninguna sociedad grande puede funcionar sin algo de control de la ley y el orden, y Plutón tenía su policía, tanto municipal como planetaria. Pero ambas eran más débiles que las de cualquier otro planeta importante.

El problema era que el crimen no se detiene simplemente porque a la gente no le guste la policía. El hueco resultante entre unas anémicas fuerzas del orden y una sana y creciente —algunos argumentaban incluso que genéticamente predispuesta— clase criminal era llenado, como ocurre siempre con tales huecos, por la libre empresa, en forma de comités de vigilancia, cuadrillas armadas y asociaciones protectoras. Y de esos vendedores de protección, el más grande y más temido era la Mafia Carontesa.

Si les gusta buscar paralelismos históricos, hay uno muy bueno en la Vieja Tierra. La nación de Italia contaba, como muchos otros países, con el crimen organizado. Pero en una provincia en particular, conocida como Sicilia, la Cosa Nostra, o la Mano Negra, como también se la llamaba, era mucho más activa y despiadada que en ninguna otra región. Eran tan buenos en ello que terminaron exportando su marca de fábrica de gangsterismo a otros países, en particular a los Estados Unidos. Sé esto porque tuve que estudiarlo cuando interpreté *El padrino marciano* («Valentine es efectivo en el papel de Don Tharsisini, marcando su personaje con algunas líneas mascadas y susurradas que puede que hubieran hecho atragantarse a un actor menos profesional. Vayan a verla, o les juro que les romperé sus jodidas rodillas». — *The Quicksilver Messenger*).

Pensarán que ser un recluso en una prisión planetaria es lo más bajo en lo que uno puede hundirse. Están equivocados. En cualquier prisión hay una jerarquía. Puede que parezca confusa a unos ojos exteriores —los asesinos normalmente obtienen más respeto que los malversadores, por ejemplo—, y varía de cultura a cultura, pero siempre hay aquéllos a quienes el convicto común ve con el mismo desdén con que los civiles lo ven a él. Los asesinos de niños, por ejemplo. Los caníbales. Los locos asesinos en serie. Intenten dejar en libertad provisional a esa gente en una población de exreclusos y conseguirán el mismo rugir de protesta que en cualquier otra parte. Así que Plutón se encontró ante la necesidad de un planeta prisión propio, y la elección lógica fue la solitaria, inútil y olvidada pequeña Caronte, la luna más grande de Plutón, llamada así por el barquero del Infierno.

Los contribuyentes odian gastar dinero en el mantenimiento de gente como la que estaban enviando a Caronte. Necesitan agua, aire, y, estando

Caronte entre los tres y los seis mil millones de kilómetros del sol, una cierta cantidad de calor. Esas cosas les eran proporcionadas, aunque no generosamente. En cuanto a la comida, podían aprender la agricultura hidropónica o podían devorarse los unos a los otros. Creo que el electorado plutoniano tenía en mente los felinos de Kilkenny: ponlos juntos, échate atrás, y al cabo de poco tiempo sólo quedarán dientes, pelos y ojos.

Pero la política tiene un flujo y un reflujo naturales. Los regímenes vienen y van desde hace cerca de doscientos años. A veces los estándares se relajan y los criminales genéticos son enviados a Caronte. Durante un breve golpe de la derecha fueron transportados un cierto número de prisioneros políticos. Hubo épocas en las que nadie llegaba a la roca, puesto que la gente de buena voluntad intentaba fútilmente una vez más «reformar» a los peores de los peores con alguna nueva «terapia», o algunas almas más pragmáticas freían los cerebros de los delincuentes con el más reciente equivalente de la lobotomía que los convertía en unos felices babeantes o, como decían los pragmáticos, en «perfectos ciudadanos».

Habían transcurrido más de cincuenta años desde que se había cerrado la colonia penal y Caronte se había convertido en un miembro más o menos igual de la Federación Plutoniana. Pero en el siglo anterior a eso se había desarrollado algo que, excepto los marcianos aeroformados, estaba más cerca a una subespecie humana que cualquier otra cosa jamás vista en este viejo y cansado sistema solar. Eran los caronteses.

Parecían seres humanos normales, aunque tendían a poseer una complexión colérica y pelo rojo. Diferían de la masa de la humanidad en algo que no era visible. Esta diferencia ha sido descrita de una docena de maneras, según el tipo de experto con quien hables. Se decía que eran empáticamente disfuncionales. Eso, o que vivían sus vidas según una ética cultural antisocial. O que sufrían un síndrome de estrés traumático planetario. O, como dijo mi padre una vez, «son unos consumados hijos de puta».

Traumáticos, disfuncionales, antisociales, desposeídos, depravados, depravados a causa de ser desposeídos, genéticamente anormales, o simplemente puros mezquinos…, me inclino hacia una explicación más simple. No tenían alma.

Sé que no es científico, pero nunca he afirmado poseer un punto de vista riguroso. No me pidan que defina el alma porque no puedo. Pero conozco una cuando la veo, y los caronteses no tienen ninguna. Yo tengo una. Tío Roy tiene una, aunque las nuestras no sean muy decentes. Toby tiene una, y apuesto a que ustedes también.

Básicamente, todo lo que los caronteses tenían por exportar era maldad. Y vivían en grande con ello. Siempre ha habido gente que ha tenido necesidad de tipos realmente duros.

A menudo la gente se refería a los caronteses como «barqueros».

Todo esto eran reflexiones sin ningún provecho, y me alegró verme alejado de ellas cuando Roy se volvió de su pantalla y dijo una cifra mucho más satisfactoria. Tengo que admitirlo: no tenía ni la más remota idea de lo que podía valer aquella cosa. Simplemente estaba siguiendo otro valioso consejo de mi padre. «Nunca aceptes la primera oferta —decía—. Te hace parecer hambriento». Un corolario a eso era intentar no aceptar la segunda oferta tampoco, así que dije una cifra más alta y, por supuesto, él subió un poco la suya.

Estoy seguro de que hubiéramos terminado dividiendo entre los dos la diferencia si hubiéramos podido pasar la siguiente hora regateando, pero le esperaban en el escenario, y no sabía algo, que era que tendría que hacer aquello dos veces más.

—Trato hecho —dije, y puse sobre la mesa entre nosotros un pequeño y encantador búfalo de agua recostado—. ¿Y cuánto por esto?

El resto de nuestras negociaciones se cerraron muy rápidamente, en términos un poco más favorables para mí, me gustaría pensar. Luego me empujó fuera de su oficina, al ajetreado, bullicioso, chillón, alborotado ambiente que se agita por entre las bambalinas en un musical importante antes del segundo telón. Me guió hasta la puerta del escenario, que me dejó al extremo del tradicional callejón largo y oscuro, iluminado tan sólo por una bombilla encima de la puerta. Con la puerta ya cerrándose a mis espaldas, asomó por última vez la cabeza.

—¿Quieres venir esta noche y presenciar el estreno? Te dejaré una entrada en la taquilla.

—No, gracias —dije, llevándome un dedo al sombrero e inclinando la cabeza—. Vendré mañana por la noche, a ver la función de cierre.

Extendió su dedo índice vertical hacia arriba, luego sonrió y lo agitó.

—¡Rómpete una pierna! —grité mientras la puerta se cerraba con un clic.

Durante los últimos diez días me había alojado en un modesto aposento en el Lambs Club. Durante los últimos tres días había efectuado mis entradas y salidas cuando el mostrador de la entrada estaba vacío o cuando el empleado estaba ocupado con alguna otra cosa. Unas pocas veces me había visto obligado a emplear la escalera de atrás y la puerta de mercancías. En el Lambs conocen a los actores, ¿saben?, la mayoría de los cuales son o aspirantes a actores o exactores. Una de las cosas que saben es que un actor con una serie de éxitos o con un gran papel en una película no se está en el Lambs. Otra es que un actor siempre miente. Es su oficio. Han oído todas las variantes posibles del Le-Aseguro-Positivamente-Que-Le-Pagaré-El-Próximo-Martes. Tu mejor historia acerca de cómo tu santa madre necesita la pasta para pagarle a un inflexible corredor de apuestas no recibirá más que un pétreo silencio. Contemplarán tu mezclador de *martinis* de cristal, que acabas de decirles que perteneció a Shirley Temple, con burlona incredulidad, y te orientarán a un prestamista renombrado por tener un corazón de pedernal puro. O simplemente señalarán el gran cartel detrás del escritorio de la entrada: TODAS LAS HABITACIONES SE PAGARÁN POR ANTICIPADO.

Ayer estaba dispuesto a ponerme a merced del empleado. Había uno que se parecía a Mickey Rooney. ¿Podía un hombre así ser un miserable?

Hoy entré en el destartalado vestíbulo con sus columnas de mármol con mi mejor capa negra y sombrero de copa. Mis zapatos relucían y mi corazón cantaba. No creo haberlo mencionado, pero cuando sonrío puedo parecerme un poco a Fred Astaire. Ese pensamiento me alegraba tanto que incluso di unos cuantos pasos de baile, más allá del eterno contingente de

mensajeros, camareras y jóvenes mecánicos procedentes de lugares como Chillicothe y Padukah con sus bazucas y la esperanza de ver sus nombres brillar en letras luminosas. Y terminan sentados con los hombros hundidos en los gastados sillones estilo *novodecó* del Lambs con sus atractivos pero preocupados rostros enterrados en ejemplares del *Castings en Curso* y del *Variety de Plutón*. Agarré la mano de una encantadora muchachita, la hice levantar de su sillón, y bailamos a lo Fred & Ginger por entre las polvorientas palmas en maceta, subiendo los siete escalones desde el vestíbulo, donde la rodeé con mis brazos y planté un beso al más puro estilo MGM en el capullo de su boca.

Pasaba por delante del mostrador de recepción camino de los ascensores cuando me detuve en seco y adopté una expresión pensativa, como si recordara algo…, justo en el momento en que el empleado alzaba un dedo y abría la boca. (Lo admito. Estaba mirando por el rabillo del ojo, esperando aquel momento). Me apresuré hacia el mostrador, sacando mi billetera mientras lo hacía. Le dejé ver el fajo de billetes que había dentro mientras sacaba tres de los grandes y los colocaba sobre el papel secante.

—Creo que esto cubrirá cualquier atraso, buen hombre —dije.

El empleado (no Mickey Rooney) me lanzó una hosca mirada que me dijo que había estado anticipando con deleite el momento en el que iba a ser echado a patadas. Pero tomó el dinero y se volvió hacia su ordenador. Metí la mano en el bolsillo de mi capa y extraje a Toby y lo coloqué sobre el mostrador. Olisqueó el tintero, y no tardó en derribarlo sobre el cartel que decía «No se admiten animales de compañía». Le dije que se sentara, y obedeció.

La boca del empleado, parecida ya a una ciruela, se frunció aún más cuando se volvió con el cambio.

—Me temo que no se admiten animales de compañía en las habitaciones, señor —dijo.

—Toby no es un animal de compañía. Es un actor. —Puse mi palma abierta en el papel secante entre nosotros.

—De todos modos, me temo… —Finalmente se dio cuenta del borde del billete de a veinte que asomaba por debajo de mi mano.

—Parece que hay muchas cosas que teme usted —dije—. Debería dejar de ir siempre de un lado para otro tan asustado. —Acerqué un poco más el billete, y él lo tomó, sin hacer el menor esfuerzo por ser discreto. Un soborno es un soborno, en lo que a él se refería.

—No necesito ningún cambio en este momento —dije frívolamente—. Nos vamos mañana por la mañana, y puede que efectúe algunas llamadas interplanetarias desde mi habitación. Mañana necesitaré que mis cosas sean entregadas en el muelle del buque H. M. S. *Britannic* a tiempo para partir por la tarde.

—Por supuesto —dijo, tomando nota. Luego alzó la vista, con una sonrisa irónica—. ¿Debo entregarlas en la cubierta de la tripulación?

—¿Y hacer que su madre las eche por la borda? Debería permitir que esa pobre vieja se retirara de una vez. No, no, envíelas a mi camerino. Es el que tiene una estrella en la puerta.

Tomé a Toby mientras el empleado todavía estaba barbotando, y me dirigí a los ascensores.

Siempre es un instante melancólico cuando debo poner una vez más a Toby en hibernación. Melancólico para mí, no para él. Él siempre sabe lo que va a venir porque los dos días anteriores lo atiborro de comida. Una barriga bien llena extiende su tiempo de hibernación y le permite recuperarse más rápidamente de sus efectos, pero la auténtica razón por la que lo hago es la culpabilidad. Es algo enteramente autoinducido. Toby nunca deja escapar una palabra de reproche.

Estoy seguro de que los perros no experimentan el paso del tiempo de la misma manera que nosotros. Creo que es lo bastante listo como para saber que una hibernación no es lo mismo que una noche regular de sueño. Aunque no hay estaciones como tales en nuestros entornos modernos, hay variaciones periódicas, diarias, semanales y mensuales en temperatura, humedad, presión y demás, porque se ha observado que la gente se desenvuelve mejor de esta forma. Toby seguramente nota estos cambios cuando es despertado. Pero dudo de que tenga ninguna noción de cuánto tiempo ha pasado. Así que no había que preocuparse por ello, ¿no?

Pero simplemente odiaba tratarlo como una pequeña y cálida máquina. Nunca lo había considerado como una propiedad. Un perro se adhiere a ti por lealtad. Y, pragmáticamente, porque tú eres su *ticket* para la comida.

Lo llamé y arrojé la píldora somnífera en su dirección. Saltó en el aire y la atrapó. Lo alabé, lo cual no era más que lo que se merecía, diciéndole que era un perro listo, un perro inteligente. Luego, veterano que es, se sentó y aguardó. Antes acostumbraba a tambalearse de un lado para otro, a chocar contra las cosas. No le gustaba que lo sujetaran en estos momentos, puesto que a veces se volvía delirante, alucinado. Una vez me mordió la mano, y se sintió culpable durante días por ello después de despertar. Ahora simplemente se sienta, y pronto empieza a cabecear. A veces le gruñe a cosas que yo no puedo ver. Pero al poco tiempo el ritmo de sus latidos empieza a decrecer, junto con todos sus demás signos metabólicos.

Se cayó de lado, y lo recogí.

Cuando lo compré venía con una pequeña caja de trasporte de lados rígidos, aproximadamente del tamaño de una caja de sombreros. Era de un horrible color aluminio. La hice cubrir con la más fina piel de cocodrilo y reemplacé el asa de plástico por otra de cuero. Lo metí en la caja, enroscado en una peluda bola, y apliqué un sensor a su rosada barriga. Una serie de luces verdes se encendieron en la tapa cuando la cerré. Si algo iba mal sonarían las alarmas, y si yo estaba lo suficientemente cerca como para oírlas podría llevarlo a un veterinario. Nunca había ocurrido nada.

Lo metí en el Pantechnicon, saqué mi ropa para el día siguiente, luego me duché, me lavé los dientes, me puse mi camisa de dormir y mi gorro, recé mis plegarias, y me arrastré a la estrecha cama llena de bultos proporcionada por el Lambs.

Oí el chirrido de la puerta cuando se abrió sobre sus oxidadas bisagras.

—No quiero hablar ahora, Elwood —dije. Pude ver su sombra en el suelo. Asintió y cerró la puerta en silencio. Sabe cuál es mi humor cuando acabo de guardar a Toby.

A los pocos momentos estaba dormido.

Aproximadamente una hora más tarde me senté en la cama, instantáneamente despierto. Tenía la terrible sensación de que había olvidado algo importante. Algo imposiblemente importante. Eché mi mente hacia atrás a lo largo del día, que había estado lleno de acontecimientos. Sólo pude entresacar una cosa, y era una tontería.

Seguro que había estado bromeando. Seguro…

No podía hacer otra cosa más que llamar al sindicato. Conseguí un ordenador. No me digan que la FPAE nunca duerme. Mostré mi tarjeta del sindicato a la pantalla, que admitió que era un miembro en activo de la Federación Plutoniana de Artistas Escénicos (afortunadamente para mí todavía sigues siendo considerado miembro en activo aunque tengas cuotas pendientes), me regaló con un discurso grabado acerca de los 795,03 dólares plutonianos que debía y que tenía que pagar o se verían obligados a deducir dicha suma de cualquier derecho recibido por esa oficina (no contengan el aliento), y me preguntó qué podía hacer por mí.

—Busca producciones anunciadas. Escénicas. *El rey Lear*. Polichinelli.

Hubo una corta pausa, y el ordenador lamentó informarme que ninguna producción así había sido registrada. No en Plutón, no en Carón…

—No en Plutón, idiota. Polichinelli nunca viaja. Busca en los listados de la Luna.

—Los listados de los planetas interiores no son manejados por esta oficina, señor. Por favor, llame a… —Lo cual hice, sólo para ser respondido por otra voz de ordenador idéntica. Tras la misma monserga (sorprendentemente, esta oficina me comunicó que les debía 795,13 dólares plutonianos), hice la misma pregunta.

La pausa fue aún más corta.

—Convocatoria general para *casting*, todos los papeles, *El rey Lear* de William NMI Shakespeare (n. 1564, m. 1616). Producción anunciada 1/1/38. El *casting* empieza el 10/1/38. Lugar: teatro el Globo de Oro, La Alameda 2001, King City, Luna. Director: Kaspara V. Polichinelli. Productor…

—¡Lear! ¡Lear! —grité—. ¿Ha sido dado ya el papel de Lear?

Hubo ese ligero gorgoteo que hace a veces la voz de un programa de ordenador cuando cambia de protocolos.

—*Dramatis personae* —entonó—. Lear, rey de Gran Bretaña: PA. Gonerila, hija de Lear: PA. Cordelia…

Corté la conexión tan bruscamente que casi me rompí el dedo. A los pocos momentos estaba trasteando con el teléfono de la habitación, intentando averiguar cómo llamar a la Luna. Conseguí el ordenador del hotel —la misma voz que acababa de escuchar del sindicato; un buen vendedor de programas había pasado por allí hacia un tiempo—, que lamentó informarme que esas llamadas debían pagarse por anticipado.

Tras unos cuantos gritos imaginé lo que pasaba. ¡Aquel maldito empleado estaba intentando embolsarse el cambio de mi pago!

Entré en el vestíbulo hecho una furia con mi bata y mis zapatillas. Naturalmente, el sinvergüenza no estaba de guardia. La empleada de noche alzó la vista hacia mí, con ojos de cordero degollado, de un gran crucigrama que estaba intentando resolver. Me tragué mi furia; parecía una muchacha encantadora, probablemente una estudiante de arte dramático. Ya le darían bastantes sobresaltos en el futuro como para que yo le diera uno ahora.

—Me gustaría enviar un telegrama a la Luna —dije.

—¿Un qué?

—Nueve letras, empieza con T, una cosa de la Western Union que iba por cables. Buen Dios, muchacha, ¿no has leído nunca nada acerca de Fio Ziegfeld? Acostumbraba a enviarlos desde el escenario a la gente que estaba de pie entre bastidores, porque causaban impacto. Quiero enviar un mensaje escrito. Un fax, por favor.

—Muy bien. —Se encogió de hombros—. Pero puede enviar voz e imagen por el mismo precio.

—A Polichinelli no le gustan los teléfonos —dije.

—¿Polichinelli? —susurró. Al parecer había oído hablar de Polly, porque sus encantadores ojos de gacela se abrieron mucho—. ¿Va a enviarle un fax a Kaspara Polichinelli?

Suspiré, y alcé el ala del mostrador y entré para situarme a su lado. Seleccioné una pluma de un gran bote lleno de ellas y tomé una hoja de papel en blanco de una casilla. Tendí ambas cosas para que ella las viera,

luego me subí las mangas y apoyé los codos en el mostrador. Mastiqué el extremo de la pluma por un momento. Ella se inclinó para observar mientras yo escribía lo siguiente:

Kaspara Polichinelli
c/o Asociación de Directores de la Luna
La Alameda, 1750
King City, Luna

Nosotros dos solos cantaremos como pájaros en la jaula. Cuando tú me lo pidas me arrodillaré y te pediré que me perdones. Así viviremos, y rezaremos, y contaremos viejas historias, y nos reiremos de las libélulas doradas. Has hallado a tu Lear, y viene hacia ti.

K. C. Valentine

Le tendí el papel, y ella lo leyó desvergonzadamente. Luego volvió a leerlo. Cuando alzó la vista sus ojos estaban húmedos.

—Es hermoso —jadeó—. ¿Es realmente suyo?

La muchacha quizá debiera tomar en consideración una carrera en la dirección de hoteles. La escuela de artes dramáticas no le había enseñado mucho. Tomé el papel y lo puse sobre el escritorio, y deposité un billete encima.

—Esto debería de cubrir el coste del telegrama —dije. Tomé su diminuta mano y besé su dorso, luego le di la vuelta y apreté una brillante moneda nueva de diez dólares contra su palma y cerré los dedos sobre la moneda—. Esto es por las molestias. Y esto —la rodeé con los brazos, clavé mis ojos en los suyos por un momento y dije—, esto es por mí. —Deposité un largo beso blanco y negro: es decir, sin lengua. Sus labios eran muy cálidos. No opuso resistencia. ¿Cómo podía resistirse y llamarse a sí misma actriz?

Las cosas se vuelven ridículas en un minuto sin el oportuno fundido, así que rompí el beso y le sonreí.

—Deséame suerte —dije.

—Cruce los dedos —susurró.

No iba a haber ninguna posibilidad de reconciliar el sueño.

La habitación no tenía ninguna silla. Arrastré la cama hasta la única y estrecha ventana, que abrí una rendija. Me senté en el borde de la cama y contemplé el infierno de neón de Pandemónium.

Aquélla era la famosa Decimotercera Avenida. Dos manzanas a mi izquierda estaba el equivalente en Plutón del Gran Camino Blanco, el Rialto. Eran seis manzanas de tiendas y restaurantes exclusivos y como una docena de teatros. Si asomaba la cabeza por la ventana casi podía verlos. ¿Pero de qué serviría? Era tarde; la última función debía de haber terminado hacía horas, y las marquesinas estaban apagadas. La mayoría de los restaurantes estaban vacíos también, con sus clientes viajando en los trenes a los suburbios o ya en sus camas. Cualquiera que aún deseara fiesta tenía que acudir aquí, a la Décima. Si quieren un paralelismo, piensen en la calle Cuarenta y dos de la pequeña vieja Nueva York. Atrevida, chillona, lujuriosa, divertida; la Décima era todo eso y más. Aquí las luces todavía destellaban, alentando a uno a las más bajas diversiones. En un extremo estaba la zona de *slash-boxing*. Diez manzanas más allá, pasado el Rialto, estaba la pista de carreras del Motorpsycho. Entre medio había docenas de salas de orgías, madrigueras de virtualidad, bares toscos y bares chillones y bares apretujados y bares *ciberpunk*, salones de baile, burdeles, espectáculos de sexo en directo, y la misión del Ejército de Salvación. También había otros teatros, los hijos espurios de los resplandecientes palacios doblando la esquina, nuestros equivalentes modernos del vodevil y del *burlesque*, revistas y comedias bufas, teatro de *cabaret*. Había incluso un espectáculo de strip a la manera antigua. Había tres o cuatro teatros experimentales, aunque la mayor parte de eso estaba más hacia el centro, sub-Rialto. Frente a mi habitación se alzaba el amenazador edificio del Gran Guiñol, el abuelo del Teatro de la Crueldad. Con un rótulo llameante: *El jardín de la tortura*. Decidí saltarme ése.

Era «verano» en Pandemónium. Los brillantes y abrasadores focos de arriba estaban apagados, pero el aire seguía siendo balsámico. Mi

habitación estaba en el cuarto piso, justo uno por debajo del tejado. Me senté en la cama y observé el tráfico en la calle.

Era un espectáculo colorista. Vi a gente ser conducida con correas. Un grupo de motoristas atronó a su paso camino de una carrera en el velódromo. Directamente debajo de mí, dos prostitutas desnudas reían y charlaban con un policía de ronda enfundado en su uniforme caqui de verano.

Miré al reloj con la calavera y las esqueléticas manecillas al otro lado de la calle, en el Gran Guiñol. Habían transcurrido tres horas desde que envié el mensaje. Al menos otras tres horas de espera. Con un poco de suerte. Polly estaría recibiendo justo en estos momentos.

No puedo imaginar cómo nadie ha hecho todavía nada acerca de este asunto de más rápido que la luz. Pensar que en este día y esta época tenemos que esperar tres horas para que un mensaje se arrastre hasta la Luna, y tres horas para que llegue de vuelta la respuesta. Ningún soborno podrá conseguir que vaya más rápido. Mi padre, por su parte, nunca creyó en ello. Toda su vida estuvo convencido de que la gente rica tenía una forma más rápida de hacerlo, y que la mantenían oculta al resto de la gente por despecho.

Mi pulgar acarició el pequeño *netsuke* de la rana y el cráneo allá en la semioscuridad. En el último momento había decidido no depositarlo sobre el escritorio de Roy. No me pregunten por qué. Abrí la mano y lo miré, pulsante rojo y azul a las pálidas oleadas del neón de fuera. Una pequeña cosa auténticamente maligna. La rana me miraba impasible. Ella no estaba impaciente. Tenía todo el tiempo del mundo. Más pronto o más tarde una mosca se pondría a su alcance.

Oí crujir la puerta a mis espaldas, luego un sonido suave cuando se cerró. Supe que no estaba solo.

—No siento muchos deseos de hablar, Elwood —dije.

—¿Quién es Elwood? —respondió un suave susurro—. ¿Es usted gay?

—¿Cómo puedes preguntarle esto a un hombre que besa de ese modo?

—Bien. —Oí unos pasos suaves y miré a mi izquierda. Estaba al otro lado de la habitación, junto a la cómoda, desnuda, con alguna especie de tela enrollada en su mano derecha. Con la izquierda estaba depositando algo

sobre la cómoda, algo que brilló en el siguiente destello del neón azul y que la convirtió de una sombra gris a una mágica muchacha delfín. Vi oscilar sus pechos cuando se inclinó sobre la cómoda, y de nuevo cuando se enderezó y se volvió hacia mí, dejando caer el vestido de su mano, moviendo las caderas, con los pies un poco torcidos hacia dentro, el triángulo de su vello púbico osado y negro mientras su piel ardía ahora con el rojo de las ascuas encendidas. Miré fuera por la ventana. Ya había visto suficiente; estaba enamorado. Había depositado la moneda de diez dólares sobre la cómoda para que no hubiera ninguna duda sobre la naturaleza de la inminente transacción.

Oí crujir los muelles y sentí moverse la cama cuando apoyó primero una rodilla, luego la otra, sobre el colchón. Sentí unas suaves manos sobre mis hombros, masajeándolos suavemente.

—Me llamo Margaret Sawyer —susurró. Me pregunté si siempre susurraba, o tan sólo conmigo—. La gente me llama Peggy. —Todo el mundo tiene que llevar una cruz—. ¿Lo está pasando mal esperando su respuesta?

Hice un gesto hacia la oscura habitación.

—Estos lujosos alrededores hacen mucho por aplacar mi ansiedad.

—El perro de mi enemigo —dijo—, aunque me haya mordido, debería permanecer esta noche contra mi fuego; ¿y estáis satisfecho, mi pobre padre, de alojaros en un cobertizo entre cerdos y bellacos, sobre corta y mustia paja? ¡Ay de vos, ay de vos!

Ay de mí, realmente.

—No te burles de mí, porque como soy hombre que creo que esta dama tiene que ser Cordelia —intenté mirarla por encima de mi hombro, pero ella seguía masajeándolo— y no la ignorante campesina por la que la tomé.

—He estado leyendo estas últimas horas —admitió—. Y me he estado preguntando si es usted lo suficientemente viejo como para interpretar al rey Lear.

—Te ruego que no te burles de mí —cité—. Soy un pobre y débil anciano que tiene cinco veintenas de años, ni una hora más, ni una hora menos.

Se apretó contra mí, toda suavidad excepto el roce de su pelo contra mi espina dorsal, toda firmeza excepto las almohadas de sus pechos a cada lado de mi cuello. Su pelo caía a mi alrededor, oliendo a jabón y a jazmín. Siguió sin dejarme volverme mientras sus manos se movían sobre mi rostro, mi pecho, mi vientre.

Dios, había sido tanto tiempo. ¿Qué le había ocurrido a mi vida sexual? Miranda no contaba, por supuesto. Eso era puro negocio. Antes de eso, el breve episodio como Julieta, y había estado recibiendo, no dando. Oh, sí, por supuesto. La hija del gobernador. Por dulce que hubiera sido, me daba cuenta de que no había dejado de correr desde que aquel maldito detective me había dado aquellos golpecitos en el hombro, allá en Brementon. Ciertamente esperaba que la pequeña Peggy Sawyer no viniera con tantas ataduras.

—Supongo que tu padre no será un miembro del Congreso, ¿verdad? —murmuré.

—Mi padre fue dos centímetros cúbicos de fluido blanco en un tubo de ensayo.

—El mejor tipo de padre. —Retorcí el cuerpo, la tomé en mis brazos, la apreté contra la cama. Me rodeó con sus piernas y me miró con ojos destellantes.

—Dios, sois maravillosa —dije. No hay nada como un cuerpo de mujer. Ella debía de haber estado leyendo mi mente.

—¿Por qué son nuestros cuerpos blandos y débiles, y suaves, no aptos para el trajín y los afanes del mundo, sino para que nuestras blandas condiciones y nuestros corazones estén de acuerdo con nuestras partes externas?

Buena pregunta. Siempre me había parecido que apuntaba al corazón del eterno misterio del sexo. Y ella no era ninguna fierecilla.

Hubiera podido pedirle bésame, Catalina, pero había usado esa línea en circunstancias más cómicas, y además tenía otra a mano.

—El reyezuelo va a por ello, y la pequeña mosca dorada se regocija en mi vista —le dije—. Dejemos que medre la copulación.

Y medró allí, sobre aquella corta y mustia paja.

Finalmente acudimos a las instalaciones al final del pasillo para ver si podía hacerse algo acerca de los daños. Me examiné a mí mismo en el espejo mientras ella se atareaba en el bidé. Había algunas pequeñas marcas de mordiscos, nada que un poco de maquillaje no pudiera cubrir. Los labios un poco hinchados. El pelo…, bien, quizás un buen cosmetólogo pudiera darme un coste estimado.

—Una vez más, mi padre tenía razón —dije.

—¿Sobre qué?

—Cuando me animó a que desempolvara mi Shakespeare. Afirmaba que era la forma más rápida de meter a las chicas en el saco. «Simplemente declama unas cuantas líneas de *Otelo*, y pensarán que eres un tipo estupendo».

—Bueno, es la primera vez que Shakespeare me mete a mí en el saco. —Alzó la vista, suspicaz—. ¿Estás seguro de que esa frase era de tu padre?

—Papá robaba todas sus mejores frases —admití—. Pero sólo las robaba de los mejores. En este caso, Cole Porter.

Sacudió la cabeza; nunca había oído hablar de él. Y pensar que estaba tomando en consideración el pedir su mano en matrimonio.

Cuando nos hubimos vestido y yo hube empaquetado mis cosas el «día» estaba amaneciendo en la calle allá fuera, y todavía no había ninguna respuesta de Polly.

Cordelia me siguió mientras yo bajaba el Pantechnicon al vestíbulo y lo sacaba a la calle. Allí nos abrazamos, nos besamos, y le dije que me dejaría caer por allí tan pronto como regresara a Plutón. Y realmente pensaba hacerlo…

Fue entonces cuando el botones apareció corriendo, el gorro ladeado, los faldones de la camisa fuera, y me metió un sobre en la mano. Se volvió sobre sus talones y nos dejó de pie allí, al parecer sin soñar en ningún momento que yo podía darle una propina.

Intenté impedir que mis manos temblaran mientras abría el sobre y desdoblaba el papel amarillo que había dentro.

Si tú fueras mi bufón, Tío, te haría apalear por ser viejo antes de tu tiempo. No deberías haber sido viejo hasta que fueras sabio. Sparky, si puedes hacerlo, entonces Phileas Fogg era un nulidad. Pero, como dice el Bardo:

El agridulce bufón aparecerá ahora;
el uno multicolor aquí, el otro descubierto allí.
Si él dice que puedes hacerlo, entonces quizá puedas. Lear es tuyo.

Ocupé modestamente mi lugar como el único bajo. Eso hubiera debido dar energías a mi pequeño corazón, excepto que de alguna forma había olvidado tomar lecciones de sousáfono en mi preparación para una vida sobre el escenario. Aunque sabía que se rumoreaba que si uno pulsaba la válvula central la música sonaba y sonaba y salía del instrumento por alguna parte, la verdad es que no tenía ninguna experiencia en ello. Demonios, durante las dos primeras horas de ensayo sostuve la cosa sobre el hombro equivocado. Ahora todavía parecía más el catastrófico error de un fontanero que un instrumento musical, pero al menos, tras una docena de actuaciones, sabía por dónde debía soplar.

O fingía soplar. El sistema de sonido del escenario se ocupaba de la música. Mi trabajo consistía simplemente en estar en el lugar correcto cuando el sousáfono era bajado desde arriba, como una herradura humana.

El número de los «Setenta y seis trombones» era el clímax de los veinte minutos de la pieza «Sonidos del Viejo Broadway» que interpretábamos dos veces al día, a las seis y a las once. A las siete y a la medianoche era «Ritmos caribeños», donde fingía tocar unos tambores de acero, vestido como Carmen Miranda.

Bueno, ¿cuándo fue la última vez que ustedes pidieron *Edipo rey* en un barco de crucero? Era un trabajo escénico legítimo, y me sentía feliz de

tenerlo.

Así que continué mis sincopados movimientos sin moverme de mi sitio, agitando mi sombrero de paja y sonriendo como un loco al público mientras la música atronaba hacia su conclusión y el telón bajaba delante de mí, setenta y seis trombonistas, ciento diez cornetistas y más de un millar de clarinetistas.

Más o menos. En realidad éramos tres trombonistas, cuatro cornetas y cinco clarinetes. Como se rumoreaba que dijo Busby Berkeley cuando informó que sólo tenía veinte chicas del coro para un baile que estaba coreografiando: «Todo va bien. Sé cómo hacer que veinte parezcan un millar».

La forma como lo hizo fue con su habilidad artística y el montaje cinematográfico. El director de este truco en particular utilizó un generador ecoholográfico. Las imágenes de mi docena de chicos del coro fueron tomadas por este artilugio, y un ordenador introdujo variaciones en altura, color de la piel, formas faciales y demás, luego reprodujo interminablemente la primera fila —la única que teníamos— en veinte filas interminablemente largas, que se desvanecían en la distancia de un escenario que en realidad no era más profundo que el intelecto de una *starlet*.

No se molesten en comunicarle nada de esto al sindicato, sucios soplones. El contrato señala claramente que pueden usarse ecoholos para escenas de multitud en espectáculos medios a pequeños. Nunca nadie ha llamado a Sparky Valentine bribón. No bajo mi auténtico nombre, al menos.

Aguardé entre bastidores mientras chicos y chicas hacían sus reverencias, entonces salté a la luz del foco que me iluminaba desde arriba. La gente estaba de pie, pero no, me vi obligado a admitir, aplaudiendo en una cerrada ovación. Tenían copas en sus manos y aguardaban a que se despejaran los pasillos. Saludé con una profunda inclinación mientras la música aumentaba de volumen, hice un gesto al maestro, que se volvió y sonrió mientras seguía dirigiendo con una mano su orquesta aumentada de tres elementos. Sabía que los aplausos no se prolongarían mucho rato y, además, no soy uno de esos patéticos ejemplares que ordeñan el éxito más

allá de ese momento Zen en el que sólo aplauden unas manos. Saludé una vez más, y bajó el telón.

De hecho, no era el *Titanic*, como le había dicho a Roy, sino su buque hermano, el *Britannic*. Un tercer buque, el *Olympic*, completaba el trío, fieles copias externas de los gigantescos monstruos de la White Star de principios del siglo XX. Era algo muy plutoniano, bautizar a una flota de buques de crucero con los nombres de un trío tan infausto. Todo el mundo sabe lo que ocurrió aquella Noche a Recordar allá en 1912; pasó al lenguaje cotidiano como sinónimo de catástrofe y arrogancia. El *Titanic* demostró ser demasiado sumergible. Menos familiar es la triste historia del *Britannic*, convertido en barco hospital durante una guerra y hundido por una mina. ¿Creerán que hubo realmente una mujer, Violet Jessop, que tuvo la mala suerte de estar a bordo de ambos barcos cuando se hundieron? ¿Y que tuvo la increíble buena suerte de sobrevivir a ambos desastres? Estaba en el folleto del *tour*.

Soy supersticioso como cualquier actor…, un lote notablemente susceptible. Nunca he sabido qué hacer al respecto. Sé que mi padre nunca hubiera puesto el pie en ninguno de los dos buques. Hizo rico a más de un astrólogo a lo largo de su vida. Creía en hechizos, vudú y mal karma de todo tipo. Mi propia vida se parece más a la de Violet: deprimentes desastres regulares seguidos por peligrosas escapatorias que hacían que las aventuras de Paulina en los melodramas del cine mudo parecieran algo insípido.

Dos tramos de escalera de caracol me llevaron un poco más cerca de los motores, que esperaba que pulsaran pero que en cambio sólo emitían un profundo sonido zumbante. La devoción de la White Star de Plutón hacia la autenticidad no se extendía hasta los motores de vapor impulsados por carbón. Había averiguado que el buque estaba impulsado por algún infernal artilugio nuclear, generando probablemente una pura cellisca de partículas insalubres que atravesaban mi no protegido cuerpo a cada instante que

pasaba en mi camerino. Sin embargo, intento no pensar en las cosas que no puedo ver, y el camerino tenía una estrella en la puerta.

La abrí con el pie y me deslicé dentro de lado porque el sousáfono todavía colgaba de mi hombro. La gran tuba plateada tenía que ser el objeto individual más incómodo jamás inventado por el hombre, y llevaba ya una semana cargando con él entre *shows*. El jefe de utilería decía que simplemente no había espacio en las angostas instalaciones del teatro de a bordo para todo el material necesario para nuestros dos espectáculos, así que tenía que ser amable y encargarme… Acepté estúpidamente, sin saber que no había absolutamente ningún lugar donde guardar el sousáfono.

Cerré la puerta tras de mí con mi rodilla y apoyé experimentalmente los labios en la boquilla, fruncí los labios y soplé. Todo lo que obtuve fue la misma alegre flatulencia que había conseguido en mi primer intento. Transcurrieron varios días antes de que un tipo de la banda de la nave tocara una melodía para mí en él…, y me quedé asombrado al descubrir que se suponía que sonaba así. Ahora me lo saqué del hombro y desenrosqué los tornillos que sujetaban la monstruosa bocina a las vueltas del plateado tubo, preguntándome una vez más dónde habían encontrado un objeto tan ridículo. En el mercadillo de Infierno, sin duda. Se suponía que iba alojado dentro de una caja que hubiera podido contener dos cabezas de alce una al lado de la otra, pero por ahí no pasé. En realidad ocupaba menos de mi limitado espacio si colgaba la bocina de un gancho para la ropa encima de la puerta, luego colocaba el resto sobre la cama. Cuando llegaba la hora de ir a dormir, el instrumento era apoyado contra la puerta, donde se convertía en una hermosa alarma informal contra ladrones. Uno nunca sabe, con todos los delincuentes que hay por ahí en estos días.

Además de la cama había una mesa de maquillaje con un espejo con luces y una silla montada sobre ruedas. Y aquí tienen el catálogo del mobiliario. En la pared opuesta a la mesa había dos puertas, una de las cuales conducía a un cuarto de baño del tamaño de un ataúd, hasta el punto que tenías que subirte sobre el váter para ducharte, y la otra a un armario donde guardaba mi ropa entre *shows*. El arquitecto no había planeado que el ocupante trajera consigo algo del tamaño del Pantechnicon. Tenía que correrlo hasta delante de la puerta del baño para acceder al armario, y

viceversa. Tres personas en la cabina eran consideradas una multitud. Añadan una cuarta y tendrán la escena del camarote de *Una noche en la ópera*.

Me sentía feliz de tenerlo. El coro se apiñaban todos juntos en una estancia no mucho más grande que ésta. Si todos inspiraban a la vez, la puerta estallaba fuera de sus goznes.

Corrí la silla a un lado y abrí un estante del escritorio en el lado del Pantech. Pronunciar una frase clave —que no crean que voy a mencionar aquí, muchas gracias— hacía que un pequeño cajón se abriera. Tomé el delgado fajo de billetes de dentro del cajón y los conté. Desgraciadamente, una vez más se habían negado a copular entre sí y multiplicarse. Tomé un menú de la cena y un lápiz para las cejas y un muy manoseado folleto de tarifas y horarios interplanetarios, me puse el sombrero de paja sobre mi cabeza, e intenté una vez más hacer que mi capital me proporcionara un viaje a la Luna antes de octubre. ¡Improvisa!, me dije. ¡Afina! Acepto una tercera clase, no hay problema, pero las naves tienen que ser razonablemente rápidas.

No me alcanzaba. Tenía suficiente para el pasaje, pero no en un tiempo razonable. O podía llegar hasta los planetas troyanos de Júpiter a primeros de mayo, sólo para llegar allí sin un céntimo.

Tomé el pequeño *netsuke* de la rana del cajón y lo deposité al lado del fajo de dinero. Suspiré. Simplemente no tenía sentido seguir guardando aquella cosa. No era que venderla me llevara hasta la Luna a tiempo, pero me proporcionaría algo de dinero cuando alcanzara los troyanos. Quizás encontrara allí algo. Realmente no tenía elección. El factor operativo era el tiempo.

Hubo una llamada a la puerta, y guardé apresuradamente mis artículos de valor de vuelta a su escondite y lo sellé. Me puse la bata y abrí la puerta para encontrarme a un hombre de pie allí, mirándome con una débil sonrisa.

—¿El señor Valentine?

—¿Sí?

—¿No será usted Sparky Valentine, el actor que yo solía ver en *Sparky y su pandilla*?

—Cuidado —dije—. Se está citando a sí mismo.

—¿Lo es? ¿De veras?

—Culpable.

—Lo sabía, sí, lo sabía —dijo, y su sonrisa se hizo más amplia—. Le dije a mi esposa: «Tiene que ser Sparky Valentine», pero ella no me creyó. ¡Vaya sorpresa va a llevarse! Le dijo a todo el mundo que usted había muerto hacía años.

—Esos rumores suelen ser muy exagerados.

—Eso es lo que yo le dije. Pero no, ella insistió en que usted había sido asesinado en algún callejón en la Luna hace cuarenta, cincuenta años. —Su sonrisa disminuyó un poco—. A decir verdad, yo también oí esa historia.

—No me sorprende. Yo también la he oído. Una vez se ponen en marcha, esas historias se convierten en leyendas urbanas. Quién sabe cómo empiezan. —Bien, ésa había empezado porque yo la puse en marcha, puesto que por aquel entonces tenía una gran necesidad de evitar a un cierto grupo que no iba a dejar de buscarme hasta verme en la tumba…, pero eso es otra historia.

Siguió un momento incómodo del tipo al que ya estaba acostumbrado, pero que se había vuelto cada vez más infrecuente. Hubo un tiempo en que solía ser reconocido constantemente, parado en la calle, interrogado, importunado. Sobre todo felicitado, porque Sparky era querido por toda una generación de niños. Uno nunca acaba de sentirse completamente cómodo con ello. Alguien está de pie ahí diciéndote lo mucho que te admira, a ti y a tu trabajo. A veces te dice que eres francamente su ídolo, que has cambiado su vida. Incluso que has salvado su vida. No intentaré decirles que no es agradable oírse decir cosas así. Si odian ustedes los cumplidos nunca se metan en el negocio del espectáculo. Pero no deja de ser incómodo, y pronto te descubres de pie allí con una falsa sonrisa en tu rostro escuchando al fan desgranar tus virtudes y preguntándote cuándo podrás escabullirte de aquello sin herir a nadie. Cuanto más efusivas las alabanzas, más difícil resulta. Pronto empecé a preguntarme: si mi trabajo en aquella serie hace tanto tiempo cambió tu vida, ¿qué clase de vida miserable llevabas? ¿Vas a martillearme los oídos durante todo el día? Y lo más importante, ¿me estás persiguiendo?

Dejé de preocuparme realmente de que la gente me persiguiera hace años. Tenía montones de cosas más concretas de las que preocuparme. Así que no me sentí realmente incómodo mientras permanecía de pie allí en la puerta, escuchándole desgranar lo mucho que le gustaba la serie, cómo la veía de nuevo cada vez que volvían a pasarla, cómo le encantaban todos los demás personajes de la pandilla de Sparky. Imaginé que la mejor forma de sacarme de encima al tipo era ofrecerle un autógrafo, y estaba tratando de imaginar cómo deslizar la oferta en el torrente de sus palabras cuando dijo:

—Dígame, ¿le importaría? Volví a mi cabina y cogí esto. Lo encontré en la tienda de regalos de Tokio y iba a dárselo a mi hijo. ¿Podría firmarme su autógrafo en él?

Me tendía un libro. Lo tomé y lo hojeé. Era una reedición de *Sparky y su pandilla*, algo que no había visto desde hacía décadas. Busqué rápidamente la página del *copyright*, sólo para descubrir que no había ninguna fecha ni información del *copyright*. Decía: «Impreso en Brementon».

¡Vaya osadía la del tipo! Era una edición pirata, impresa por los reclusos, de un libro cuyos derechos, teóricamente al menos, todavía eran míos…, aunque no me hubieran servido demasiado durante los últimos setenta años.

… Pero qué demonios. Probablemente el tipo no tenía ni idea de que yo lo había escrito (bueno, me lo había escrito un negro, pero yo había pagado al negro, así que ahora era mío). Intentando no rechinar los dientes, tomé el lápiz de su mano.

Supongo que apreté demasiado, porque la punta se rompió. Empezó a palmear sus bolsillos, buscando una pluma. Sabía que para librarme de él lo mejor era encontrar una yo mismo, así que me di la vuelta, y la parte de atrás de mi cabeza estalló.

Los procesos del pensamiento deben de seguir funcionando durante la inconsciencia. Mientras nadaba a través de las densas profundidades hacia una distante luz, todo se me hizo claro, de modo que cuando abrí los ojos y vi que mi sombrero de paja había aterrizado sobre lo que parecía un gato

muerto, sabía exactamente lo que era. Sabía también lo que había ocurrido, y resulta difícil decir si estaba más asustado que disgustado.

¿Resultaba que simplemente había comprado un ejemplar de *Sparky y su pandilla*, que resultaba que simplemente tenía en su camarote? Improbable. Eso hubiera debido alertarme. Había tomado su rubicunda complexión como una prueba de que había ingerido demasiado licor. Pero era la peluca la que hubiera debido ponerme sobre aviso, hubiera debido advertirme de no volverle nunca la espalda.

Tendí la mano hacia el sombrero de paja al extremo de un brazo que había crecido hasta los seis meses de largo. La copa estaba aplastada allá donde la cachiporra lo había golpeado. Debió de amortiguar el golpe lo suficiente como para que yo perdiera el sentido sólo unos pocos minutos, en vez de las varias horas previstas.

Y eso podía constituir toda la diferencia que necesitaba, y podía tomar ventaja de ella. Inspiré profundamente. No quería alzar la vista pero tenía que hacerlo, de modo que lo hice.

Seguro, tenía una sorprendente mata de pelo rojo. Señor Zanahoria. La peluca se le había caído cuando esgrimió la cachiporra, y mi sombrero había aterrizado encima de ella.

¡Imperdonable! Una estupidez increíble. Había sabido que era una peluca desde el primer momento que abrí la puerta. Los civiles no saben cómo llevar tupés, siempre se los ponen mal. Éste ni siquiera había sido fijado en los bordes; lo llevaba tan suelto que simplemente alzar el brazo por encima de su cabeza lo había derribado.

—Realmente me gustó *Sparky y su pandilla* —dijo el agente de la Mafia Carontesa. Había trasladado mi silla frente a la puerta y estaba sentado en ella, los pies planos, la espalda recta, despierto y alerta. Tenía una pistola de algún tipo, que no se movía ni un milímetro. No dudé de que podía decidir en cualquier momento a cuál de mis ojos apuntar y disparar desde la cadera.

—Me gustaría levantarme y darle la rana —dije.

—Simplemente quédese donde está. Yo me ocuparé de todo.

Eso era lo que temía. Con los caronteses normalmente sólo había dos opciones: una bala rápida o una prolongada tortura.

—¿Puedo pedir algo de beber? —suspiré. No imaginen que estaba tan tranquilo como sonaba. La frase y la actitud pertenecían a Nick Charles, de *La última aventura del Hombre Delgado*, («… nadie puede ser tan frío como *Mr*. Charles frente a tantos peligros a los que se enfrenta, pero Casey Valens se esfuerza mucho en hacérnoslo creer». — JMMT, Canal 70).

—Sólo espere.

—¿No quiere que haga una escena? —pregunté.

—Mejor mantener las cosas tranquilas. Cuando desembarquemos en Honolulú un amigo mío subirá a bordo. Usted vendrá con nosotros. Puedo administrarle una droga para mantenerle dócil si lo creo necesario. Pero no me gusta usarla. Es irritante. Cuando me siento irritado, hago cosas que a usted no le gustarían.

—No será necesario —dije—. Soy… Oh, no me ha dicho su nombre. ¿O es una petición irritante?

—Comfort —dijo.

—¿Perdón?

—Isambard Comfort.

Le miré dubitativo, pero no dio ninguna señal de estar bromeando. Le había preguntado su nombre no tanto porque deseara añadirlo a mi lista de felicitaciones de Navidad sino con la esperanza de que se negara a dármelo. Tradicionalmente, si no les importa que sepas su nombre, es que planean matarte. «Puede identificarte en el tribunal, Rocko. Mejor encárgate de él». Sin embargo, esto era Plutón y la Mafia Carontesa, que hacían más o menos lo que querían. Su desagrado a liquidarme públicamente tenía más que ver con el decoro por parte de los barqueros.

Pero yo tenía un plan.

—Voy a ir ahí dentro y mojarme un poco el rostro con agua —le dije. Efectuó el más ligero de los encogimientos de hombros, de modo que me puse en pie. Me quedé unos instantes allí tambaleándome, mirando mi sombrero entre mis manos, luego me lo puse en la cabeza. La impresión que quería dar era la de alguien todavía aturdido por el golpe. Parte de mi torturada mente estaba aullando de dolor y la mantenía rígidamente bajo control. Sabía cómo hacer esto ya que en una ocasión hice los dos últimos actos de *Hamlet* con un brazo roto por una caída entre bastidores. («El

Príncipe de Dinamarca es una de las figuras más torturadas del canon teatral, pero nunca he visto un dolor tan desnudo reflejado en el escenario como en la personificación del señor K. Valentine la última noche en el Metro Forum. Mientras permanecía tendido allí agonizando, envenenado, sentí deseos de saltar de mi asiento y llamar a un médico. ¡Bravo, Valentine!». — Liz Harcourt, *The Oberonian*).

Me lavé la cara en el diminuto lavabo del cuarto de baño, luego salí de nuevo tambaleante y me dirigí hacia el espejo del tocador, donde me incliné hacia adelante y me estudié.

—Dios —dije—. Me parezco a Macbeth en el último acto. Después de que Macduff le haya cortado la cabeza. —Tanteé alrededor de mi ojo izquierdo, que parecía estar hinchándose. Debía de haberme golpeado con algo al caer—. «Que tu hoja caiga sobre vulnerables cimeras» —cité—. «Soporto una vida hechizada, que no debería soportar nadie nacido de mujer».

Al parecer él sabía muy poco de teatro, pero era agudo. Oh, muy agudo. Vi sus ojos entrecerrarse y mirar rápidamente a su alrededor. Supongo que en las escuelas carontesas de supervivencia —no las hay mejores en todo el sistema solar— les enseñan a desconfiar de lo inconsistente, no inexplicado, lo inesperado. Algo en mis palabras no debió de sonar bien a sus oídos depredadores.

Sin embargo no le di mucho tiempo para digerirlas. Como tampoco traicioné, espero, la creciente tensión en mi cuerpo mientras contemplaba mi arrugado sombrero, suspiraba y lo arrojaba sobre la cama.

¿Agudo? Infiernos, sí. ¡Y rápido! Ni siquiera vi la red atrapadora cuando saltó disparada del diminuto agujero en el Pantechnicon. Sí vi la línea roja del láser que golpeó su arma. La vi, oí el siseo, y casi de inmediato la olí en forma de ozono y el hedor de carne quemada.

Nada fue como se suponía que debía de haber ido. ¡Era tan malditamente rápido! El láser no debió de emplear más de una fracción de segundo. Se supone que localiza un arma, la golpea, la calienta muy rápidamente, y eso es todo. Funde el plomo que hay en una bala. Pude ver su dedo apretar el gatillo hasta que fue seccionado limpiamente cuando el láser pasó a través de él.

Estaba intentando levantarse de la silla. Lo había conseguido a medias, pero la fuerza de la red atrapadora en expansión al golpear contra su cuerpo lo arrojó hacia atrás contra la puerta…, con un brazo aún libre. Se suponía que la red debía golpearle tan rápidamente que ambos brazos quedaran atrapados a sus costados, pero aquella velocidad de serpiente le permitió mantener su arma fuera de su alcance. Ahora esa mano libre era una masa ennegrecida, con todos sus dedos seccionados, sólo el pulgar intacto.

Fue entonces cuando tuve un golpe de suerte. La fuerza de su impacto contra la puerta soltó la bocina del sousáfono, que cayó sobre su cabeza. Se tambaleó y se derrumbó, enredado en su silla.

Sabía que la cosa todavía no había terminado. Buscando algún objeto contundente de algún tipo, mi mano cayó sobre la otra parte de la gran tuba. La agarré y me giré, a tiempo para verle luchar por desembarazarse de la bocina, su mano libre a su costado lista para alzarlo en pie. Esgrimí el pesado tubo retorcido de metal por encima de mi cabeza y lo dejé caer sobre sus hombros.

Y todavía no había terminado. Hubiera deseado que tuba y cuerpo encajaran más perfectamente. La única forma que tenía de mantenerlo dentro del círculo era acercarme más y apretarlo hacia abajo alrededor de su cuerpo. Esto le daba la oportunidad de usar sus pies y sus rodillas, y de morderme con sus dientes, que eran profundamente afilados. Nunca olvidaré aquella visión: aquellos dientes cerrándose con un restallido a unos pocos centímetros de mi nariz, y aquellos ojos que no mostraban ni dolor ni miedo…, ninguna emoción en absoluto excepto la determinación de cumplir con su trabajo, de matarme.

Lo que hicimos entonces se pareció a un violento *ballet* en un espacio reducido, una versión ambulante de la famosa lucha en la cabina del *Quantum Belle* en *El regreso del Impulsador*. Son treinta segundos de caos absoluto en una caja de zapatos de cinco lados, basada en una situación similar en el Oriente Express de una película muy anterior, y dijeron que era imposible hasta que Dixon de la Nash y yo la hicimos en la emocionante escena cumbre del gran éxito de aquel año en la temporada de Alameda. («Retengan los nombres de Sparkman y de la Nash cuando aparezcan la lista de los nominados al Alley de este año. Su increíble lucha en la cabina

hay que verla para creerla, y es simplemente el momento cumbre de dos de las mejores interpretaciones de éste o cualquier otro año. Si hay justicia, ambos deberían conseguir el premio». — *The Alamedan*).

Amigos, *El Impulsador* se mantuvo seis meses, ocho funciones a la semana, y si no hubiera estado allí interpretando la escena todo el tiempo creo que no hubiera salido de aquel camerino del *Britannic* con vida.

Con una mano casi seccionada, un brazo aferrado a su costado por la red atrapadora, el otro brazo retenido por el anillo de los tubos de cobre o latón o lo que fuera, ocho centímetros más bajo y veinticinco kilos más ligero que yo…, incluso con todo eso, la única ventaja que tenía sobre él era el peso. Pude dominarlo tirando de la tuba, mientras me aseguraba al mismo tiempo de que permanecía encajada a su alrededor. Lo arrastré hasta la cama, mientras me lanzaba todo el tiempo una castigadora serie de patadas a mis espinillas y martilleaba mis ingles con sus rodillas. Rodamos sobre la cama, yo intentando estrangularle si era posible y consiguiendo tan sólo enrollar una sábana alrededor de su cabeza y hombros. Sus patadas perdieron algo de precisión pero nunca se detuvieron. Lo arrojé de cara contra el espejo de maquillaje, tiré de él hacia atrás, y lo arrojé de nuevo ahora que estaba roto y dentado. La sábana sobre su rostro se volvió roja. Busqué sus ojos con mis pulgares y sentí ceder algo, pero eso le dio la oportunidad de desprender su hombro libre de la tuba y empezó a azotarme con él. Usaba el brazo como si fuera una maza, y me lanzó un resonante golpe que casi me rompió la clavícula, luego otro a mi costado, antes de que su antebrazo bajara como un bate de béisbol y golpeara el borde de la mesa de maquillaje. Hubo un surtidor de polvos de maquillaje en el aire, y ambos huesos de su antebrazo se partieron como espagueti secos. Creí oírle gruñir un poco a causa de ello, pero eso nunca le detuvo. Siguió esgrimiendo el brazo, que ahora estaba doblado en tres lugares, con los ennegrecidos restos de su puño convertidos en una horrible masa al final de una ensangrentada cuerda.

Pero conseguí encajar la tuba más prietamente a su alrededor. Tanteando a mis espaldas, encontré un gran frasco de crema para el cutis y lo alcé y lo dejé caer, como si intentara clavar una estaca en el suelo. Oí crujir algo, y dejó de moverse por un momento, se tambaleó, y casi cayó. Luego empezó

a avanzar hacia mí, ciego, casi inmovilizado. Oí un sonido fuerte y agudo que creí que debía de ser alguna especie de grito carontés, luego me di cuenta de que era yo. No podía dejar de emitir aquel sonido. Le golpeé de nuevo y cayó de rodillas, pero no se derrumbó. Le golpeé una tercera vez.

Cuando las cosas se aclararon de nuevo estaba de rodillas delante de él, contemplando los mechones de enmarañado y ensangrentado pelo pagados al borde del frasco de crema.

Nick Charles se hubiera encogido de hombros después de haber sido derribado con una cachiporra, pateado en las espinillas y tratado con una serie de rodillazos en la entrepierna. Se hubiera enderezado la corbata, limpiado un hililllo de sangre en la comisura de sus labios con un pañuelo inmaculado, y pronunciado una frase ingeniosa. Bien, amigos, soy actor, y el pensamiento de Nick y de otros como él procedentes de los melodramas violentos me había sostenido durante la pelea —yo, que básicamente soy un cobarde y en absoluto estoico—, pero cuando todo hubo terminado hice lo que hacen la mayoría de seres humanos. Lo que ustedes probablemente harían también. Aullé como un perro.

Todo me dolía. En particular el cachiporrazo: no es en absoluto como lo pintan en los cómics.

Una cosa que no dolía eran las joyas de la familia. Eso se debe a que se hallan en un tubo en un depósito de seguridad en un hospital de Luna, cerca del cero absoluto. Mi padre me enseñó que los testículos eran el chiste de Dios sobre la especie masculina, buenos sólo para la procreación y para el dolor agónico. La testosterona la venden en pastillas.

Me puse en pie. Cuando volví la cabeza una manada de caballos galopó por ella. Pensé que iba a vomitar, pero dominé el impulso. Permanecí unos instantes de pie allí contemplando a mi vencido enemigo, luego al Pantechnicon. Les dije que no se sorprendieran de lo que puedo hacer.

Golpeé con mi puño su parte superior, y con un pequeño *¡sproinnng!* como de disculpa, la maza colapsable brotó de su costado y cayó con un *clang* al suelo.

—¿Dónde estabas cuando te necesité? —le pregunté, luego me dejé caer sobre la cama y dormí.

¡Hubieran debido ser uno, dos, tres!

Uno, el láser, y dos, la red atrapadora, llegando casi simultáneamente. Luego, con él desarmado e inmovilizado, la maza de hierro salta a mi mano y le trabajo con ella la cabeza, los hombros, y cualquier otra parte sensible que me pase por la imaginación.

Todo por el fallo de un muelle…

El mecanismo de expulsión funcionaba perfectamente cuando lo probé más tarde. Sin duda los años de no utilización y la infrecuencia de las pruebas lo habían congelado lo suficiente como para casi dejarme matar. No era culpa del Pantech, sino mía.

Cuando lo diseñé pensé mucho en la posibilidad de un ataque letal. El láser era completamente capaz de rebanar cabezas de los hombros como las lonchas de carne de un asado. Pero matar es un paso del que nunca debes retroceder. Como tampoco puedes estar seguro de que no pondrás accidentalmente en marcha tu máquina infernal. Fui tan cuidadoso como me resultó posible, requiriendo que el Pantech actuara no a una orden mía, sino a dos. En este caso, en el camerino, la cita de *Macbeth* había puesto en alerta el mecanismo, haciendo que el cerebro del Pantech se activara, evaluara la amenaza, localizara el arma si la había, y aguardara órdenes. Que llegaron cuando arrojé el sombrero a la cama. Ambas son cosas que un actor nunca hace en el camerino. Si hubiera estado en alguna otra parte había otras señales, que permanecerán dentro de mi propia incumbencia. Hay enemigos que acechan por otras partes, ¿y quién sabe si alguno de ustedes no puede ser uno de ellos?

Gracias a Dios por *El regreso del Impulsador*. No era la primera vez que mi oficio me salvaba la vida. Un día incluso podía hallar utilidad a mis habilidades de espadachín.

E incidentalmente, maldita sea, no hay justicia. Dixon de la Mare ganó aquel premio Alley, me robó aquel premio Alley. Es la misma vieja historia. Yo interpretaba tan bien al villano que subconscientemente los votantes me rechazaron.

Cuando desperté lo hice tan bruscamente que casi me caí de la cama mientras todos los músculos de mi cuerpo se tensaban. Había soñado que él estaba sobre mí, con la ensangrentada ruina de su rostro crispada en una mortífera sonrisa, sus blancos y afilados dientes chasqueantes. Miré al suelo, y estaba en la misma posición en que lo había dejado.

Un tremendo error, no haberme tomado el tiempo de comprobar si estaba realmente muerto. Pero en realidad había tenido poca elección. Le miré fijamente.

Muy bien, Sparky. Engañaste muy hábilmente a tu presa y le venciste. Ahora, ¿cargas con él y lo llevas a su madriguera, lo sueltas en su habitat natural, o te lo comes?

Quizá no tuviera mucha elección. Quizá ya estaba muerto. Me incliné y presioné dos dedos sobre su nariz. Al cabo de un momento la respiración brotó burbujeante por sus labios, un sonido cómico en cualquier otra situación.

Bien. Todavía podía morir —todavía podía decidir que tenía que matarle—, pero siempre es bueno tener alguna elección. Y mi padre siempre decía que nunca debes matar a nadie a menos que sea absolutamente necesario. Por supuesto, consideraba que una mala crítica cumplía con todos los requisitos.

Ésta podía ser una de esas ocasiones. Los caronteses tenían una reputación de *bulldog* para la persecución. No había forma de que fueran a dejar así las cosas. Irían tras de mí. No estaba seguro en Plutón, ni tampoco en los sistemas de Neptuno o Urano. Se decía que los barqueros tenían un poder considerable hasta tan hacia el Sol como la órbita de Saturno. Más allá, lo ignoraba.

Así que el primer paso era alejarme de las balsámicas orillas de Plutón. Podía darme cinco minutos de margen, pensé. En realidad, supuse, me tomaría un poco más.

¿Qué hacer con Isambard Comfort, pues? ¿Era posible que éste fuera su auténtico nombre? ¿Debía dejarle sobrevivir para que infligiera su ridícula

forma de hablar a otros oídos inocentes? Le miré de nuevo con el ceño fruncido. Bajo un desgarrón del cuero cabelludo creí ver un brillo metálico.

Aparté la piel a un lado con la punta de mi maza metálica. Parecía como si allí hubiera un huevo de acero inoxidable. Había trozos rotos de hueso del cráneo, pero debajo de él parecía que su cerebro estaba encajado dentro de un cascarón protector.

Había oído hablar de ello, pero nunca lo había visto. En nuestros días trasteamos con nuestros cuerpos —Dios sabe que lo he hecho bastante sobre mí mismo, razones profesionales—, pero hay algunas constantes que se resisten a todos nuestros mejores esfuerzos. Esa arrugada, gris rojiza, venosa y complicada masa conocida como cerebro era una de ellas. Puedes aumentarlo con memoria cristalina, conectarlo para recepción por radio, o broncearlo para la posteridad, como había hecho Comfort, pero si trasteabas demasiado con él simplemente dejaba de funcionar. Así que sabía que, fuera lo que fuese lo que había hecho, no había sido a prueba contra los repetidos golpes de un frasco de crema para el cutis. Esa esfera de metal impediría que la materia gris fuera penetrada por un cuchillo o una bala, pero nada podía alterar su inercia, y golpear contra el interior de un cascarón producía una concusión, y quedabas KO. Peor aún, la no infrecuente secuela de una concusión era la inflamación del cerebro, que podía ser fatal incluso en nuestro actual estado de adelantos médicos. El cerebro de Isambard debía de estar inflamándose en estos momentos, sin más lugar donde expandirse que el que hubiera tenido dentro de un cráneo estándar.

Mientras llegaba a esa conclusión vi una fina red de grietas aparecer en el caparazón de metal. Toda la construcción creció como medio centímetro. Ahora era más una fina redecilla de metal que un casco sin uniones.

Me di cuenta de que aquello era material de comando. Los circuitos de control de daños estaban entrando en acción.

Fue entonces cuando comprendí que no iba a matarle. Sobre todo me impulsó la conclusión de que matarle no iba a mejorar mi causa de ninguna de las maneras.

Y, además, había dicho que le gustaba *Sparky y su pandilla*.

A lo largo de más de veinte años el *Britannic* había efectuado sus cruceros siguiendo una ruta triangular que pretendía simular el viaje transpacífico. El buque original no hubiera podido efectuar la travesía en menos de dos semanas. La copia plutoniana lo hacía en cuatro días. No era una gran hazaña de velocidad, puesto que todo el viaje tenía lugar en la burbuja de roca de cien kilómetros de diámetro profundamente enterrada bajo la superficie planetaria conocida como el Parque ambiental Pacífica, que era todavía la más grande disneylandia del sistema.

Era un viaje a la vez en el espacio y en el tiempo, y no me pregunten cómo lo hacían. Quiero decir, bajo gravedad el buque siempre parecía moverse a una buena velocidad, cortando firmemente las azules aguas, dejando una larga y recta estela detrás. La razón decía que en realidad estaba amarrado en alguna parte o viajando en amplios círculos, pero no podías apreciarlo mirando.

El viaje empezaba en Edo, en 1853, el año de la llegada de las Naves Negras a la bahía de lo que sería Tokio. Los pasajeros embarcaban tras recibir una muestra de la cultura del Japón feudal, y partían con el magnífico monte Fuji en la distancia, igual que lo había hecho el comodoro Perry.

A la mañana siguiente llegaban a Tahití en 1789, un hábil truco: dos mil leguas sur sudoeste, y sesenta años en el pasado en cerca de dieciocho horas.

El *Britannic* dejaba caer el ancla en Papeete al lado de la *Bounty*, y era recibido por docenas de canoas con batangas llenas de felices indígenas cobrizos desnudos arrojando flores tropicales, y los pasajeros eran transbordados a tierra para un día de sensuales placeres en medio del sol, las olas y la arena. Se divertían, jugaban y fornicaban (todo incluido en el precio del billete, no se admiten propinas, por favor), se hacían fotografiar junto a Fletcher Christian y el capitán Bligh, luego se tambaleaban de vuelta a la fiesta y a los juegos y al fornicio durante la mayor parte de la noche, hasta por la mañana, cuando el buque llegaba a Pearl Harbor la mañana del 7 de diciembre de 1941, donde la dirección de la disneylandia Pacífica

había preparado un pequeño espectáculo para ellos, que los pasajeros con menos resaca podían contemplar y disfrutar. Incluso aquéllos que cualquiera hubiera considerado muertos para el mundo eran normalmente resucitados: el espectáculo era tremendamente ruidoso.

De ahí el buque navegaba hasta San Francisco, donde llegaba a tiempo para el terremoto de 1906.

He dicho que el viaje era triangular, y puede que hayan observado que este triángulo parece tener cuatro lados. No hay ningún misterio aquí: la bahía de San Francisco estaba en realidad a sólo unos pocos kilómetros al otro lado del Fuji. Durante la noche la nave viajaba a través de un túnel bajo la montaña, lista para otro grupo de pasajeros. En realidad, en mi opinión, el viaje a través del túnel, que los pasajeros jamás veían, era tan interesante como el Gran Terremoto. Lo había hecho dos veces.

Este itinerario permitía al *Titanic* y al *Olympic* seguir al *Britannic* a intervalos de veinticuatro horas, lo cual significaba que cada cuarto día Pearl Harbor se salvaba, Prisco no ardía, y los clones de Clark Gable y Charles Laughton y todos los demás actores en las cuatro localizaciones tenían un día libre. (No las tripulaciones. Trabajábamos treinta días, luego teníamos un permiso de diez días).

No esta vez, sin embargo. Mi pausa duraría un poco más, puesto que iba a darle un adiós informal al *Britannic*.

No era la primera vez que tenía que abandonar el espectáculo en mitad de una gira. De hecho, mirando hacia atrás, había transcurrido algún tiempo desde que había podido terminar una. Había habido otras dos antes de mi apresurada partida de Brementon. Nunca me había sentido bien con aquello. El espectáculo debe continuar, ya saben. Uno odia dejar colgados a sus compañeros. Pero no había ninguna razón para seguir si lo que te esperaba era ser enviado a la cárcel o a la tumba. Lo miraras como lo miraras, era tiempo perdido.

Apenas amanecía cuando rodeamos Diamond Head y nos encaminamos a Pearl Harbor. Justo allá abajo en la playa podía ver hileras de hoteles de vacaciones que no estaban allí en 1941. Incluso a aquella temprana hora

pude ver a unos cuantos fanáticos allá fuera en el agua perchados sobre tablas de fibra de vidrio, dedicados a esa versión hawaiana del intento de suicidio conocida como «*surfing*». Nunca lo había intentado. Si Dios hubiera querido que practicara el surf, me hubiera proporcionado branquias.

Desembarcar iba a ser un problema. Si aguardaba hasta que estuviéramos amarrados en el muelle, podía estar seguro de encontrarme con quien fuera con el que tenía que encontrarse el señor Comfort. Sabía que podía eludirle, a él o a ellos (o a ellas), con un disfraz adecuado, pero no había ninguna forma de disfrazar el Pantechnicon, y alguien iba a preguntarse por qué ese tipo de aspecto extraño estaba robando mi equipaje. Seguramente se formularían una serie de preguntas embarazosas, que atraerían una no deseada atención.

Eso significaba una no ceremoniosa zambullida en el agua. Incluso eso presentada un problema. Sería una buena idea no ser visto. Con el Día de la Infamia a punto de empezar, los muelles estaban llenos de espectadores. Mi única suerte era que el lado de babor ofrecía una vista mucho mejor de las festividades, y los camareros habían advertido de este hecho. También era el lado por el que se amarraría después del espectáculo, de modo que los tripulantes que preparaban rampas y escotillas estarían en aquel lado también. Había localizado una gran escotilla de carga cerca de la proa a estribor, y en los quince minutos que había estado allí, contemplando el agua deslizarse a seis metros por debajo de mí, no había pasado ni un alma. Hasta ahora.

—Buenos días, Elwood —dije. Caminaba hacia mí con su paso arrastrado, las manos metidas en los bolsillos, el sombrero encajado sobre su cabeza. No lo había visto mucho durante el viaje. Sin duda pasaba el tiempo en el bar, contando sus historias exageradas a cualquiera que quisiese escucharle.

—Hola, Sparky —dijo, arrastrando como siempre las palabras.

—¿Te apetece nadar un poco? —le pregunté.

—No. No, creo que pasaré de ello. —Se inclinó sobre el palo que bloqueaba abierta la escotilla y contempló los grises barcos de la Marina, docenas de ellos, arracimados alrededor de los diques secos y los muelles de reparaciones de Keanapuaa. Todos los más grandes, los auténticos

monstruos, los acorazados bautizados según las visiones políticas de los antiguos Estados Unidos, estaban en el lado de babor.

—Le eché un vistazo al tipo en tu camerino —dijo.

—¿Cómo está?

—Lo tiene muy crudo —dijo—. Sí, muy crudo.

—Eso pensé yo también.

Se volvió para mirarme con los ojos entrecerrados.

—¿Tuviste que darle tan fuerte?

—Tú no viste la pelea, Elwood.

—No, tienes razón. No la vi. Debió de caer sobre ti de una forma realmente dura, para que le hicieras eso.

—En realidad no cayó sobre mí. Todo lo que hacía era apuntarme con su pistola.

Pareció sorprendido.

—No lo dirás en serio. ¿Qué era, algún tipo de poli?

—En cierto modo. Seguridad privada.

Sacudió lentamente la cabeza y bajó la vista hacia el agua.

—Normalmente no es una buena idea pegarle a un poli hasta dejarlo medio muerto.

—No tuve muchas elecciones. Él iba a matarme.

—¿Dijo eso? ¿De veras?

—Bueno, no con tantas palabras.

Me dirigió otra larga mirada, y esta vez desvié los ojos. A veces desearía que Elwood simplemente se marchara. Siempre está haciéndome dudar de todo.

—¿Qué querías que hiciera? —protesté—. ¿Esperar y ver?

—No te excites. Sólo estoy preguntando, eso es todo. No tengo intención de gobernar tu vida.

—Sí lo haces.

—Eso no es cierto, Sparky. Sólo quiero tu bienestar. Si ese hombre muere, sabes muy bien que te encontrarás en mayores problemas…

—¿El que te maten no es tu idea de encontrarse en problemas?

Me miró de nuevo, luego asintió. Yo estaba empezando a oír un bajo ruido zumbante, aún distante pero que se acercaba. Elwood alzó la vista. El

cielo era azul y tranquilo y claro.

—Todo lo que iba a sugerirte —dijo— es que, cuando llegues a la orilla, no le hará ningún daño a nadie que llames y hagas que alguien venga a ayudarle. Puede significar una gran diferencia.

—Lo encontrarán muy pronto de todos modos.

—Quizá, quizá no. —Siguió mirándome.

—De acuerdo. Llamaré.

—Eso está bien. —Volvió a mirar al agua—. Me alegra no tener que meterme en estas aguas. Me parecen frías.

—¿Estás bromeando? Esto es Hawai. Son calientes como una sopa.

—¿De veras? Me parece que el aire es un poco cortante.

Con eso el ruido zumbante se hizo mucho más fuerte, y la primera oleada de bombarderos torpederos de la Marina Imperial Japonesa apareció sobre los campos de ananás al norte. Lancé a Elwood una hosca miraba y empujé el Pantech por el costado del barco. Cuando dudé un momento, plantó alentadoramente un pie en mis posaderas, y caí al agua.

La siguiente media hora me mantuvo tan ocupado como una representación de un solo actor de *Los mil personajes*. No era tan peligroso como parecía…, o eso no dejé de decirme todo el rato.

El espectacular Pearl Harbor de Pacífica, conocido en la profesión como Las Vegas, empleaba todos los trucos del negocio para hacer que pareciera real como la vida misma e históricamente exacto, incluido uno de los trucos más sutiles que conozco: hacer que partes de él fueran reales como la vida misma.

Los aviones eran todos réplicas exactas, movidos por auténticos motores de gasolina. Los torpedos que dejaban caer eran a escala, pero no tenían cabezas de combate, y la explosiones las proporcionaban cargas situadas ya en los blancos. Los propios acorazados eran de tamaño real…, del lado que veía el público, al menos.

El espectáculo empleaba a varios miles de personas. La mayoría de ellas simplemente tenían que correr de un lado para otro gritando y señalando. Otros eran auténticos especialistas, algunos de los cuales simplemente

nadaban en unas aguas salpicadas de manchas de gasolina ardiendo, mientras que otros saltaban realmente de la cubierta de un acorazado que estallaba. Había incendios, con marineros corriendo de un lado para otro envueltos en llamas, estallar de bombas, donde los hombres saltaban impulsados por trampolines ocultos en el momento en que se producía la deflagración imitada con gases y pólvora.

Sólo un centenar de todo este personal eran expertos especialistas titulados, y estaban todos agrupados en el centro de la acción. Los otros eran simples extras, que recibían un plus a causa de los peligros marginales implicados, pero que no estaban cualificados para las acciones más realistas. Mi plan era permanecer en las zonas asignadas a ésos, e intentar que no me raparan demasiado el pelo.

El Pantechnicon está equipado para proporcionar movimiento en toda una variedad de medios. En esa ocasión conecté un pequeño propulsor a un eje que normalmente accionaba un conjunto de ruedas, y me arrastré detrás de él al extremo de una cuerda de tres metros. El Pantech es casi tan aerodinámico como un ladrillo. Su avance puede ser descrito como un mero chapoteo, pero consigue unos buenos y firmes tres nudos, lo cual finalmente me llevaría a mi destino.

Había visto el espectáculo dos veces antes, de modo que tenía alguna idea de dónde se producían los efectos más espectaculares. De todos modos, podía ser aleatorio. Lo que tenía a mi favor era la transparencia del agua, al menos antes de que el grueso de las explosiones agitara el fondo y llenara el agua con una espuma de burbujas. Podía meter la cabeza bajo el agua y ver dónde estaban situadas las cargas.

Mi peor momento se produjo cuando sentí una vibración en el agua, volví la cabeza, y vi un torpedo dirigirse directamente hacia mí. Lo vi pasar a unos tres metros más abajo, un letal tiburón plateado, luego el agua a todo a mi alrededor se volvió espuma y mis ropas se llenaron por un momento de aire.

Pero unos pocos minutos más tarde llegué a una orilla de cemento en el lado sur de la isla de Ford. Me arrastré yo mismo y mi equipaje fuera del agua y me senté para esperar el fin del espectáculo.

Se piensan ustedes que el hundimiento del *Arizona* es espectacular, deberían ver su reflotamiento.

El *Britannic* se había alejado ya antes de que todo terminara, el fuego y el ruido y los surtidores de agua y los aviones estrellándose en llamas. Entonces el director gritó: «¡Corten, marcha atrás!», y todo se detuvo por un momento…, y luego se invirtió. Los torpedos se bambolearon de vuelta a la superficie, luego se encaminaron hacia su submarino agrupándose como bancos de peces. Media docena de enormes barcos metálicos fueron alzados del fondo, aún humeantes, con la pintura ampollada. Los marineros que se habían hundido con el barco escupieron sus tubos respiradores y abrieron las latas de pintura. El agua caía en cascada por todas partes de las dobladas cubiertas de «madera», que ahora empezaban a desdoblarse a lo largo de sus invisibles bisagras. Por todo el puerto se movían grupos de «espumadores», que recogían las negras manchas de combustible sorbiéndolas al interior de grandes tanques.

Todo el mundo se ocupaba de su trabajo sin un grito, ni una voz, ni un aplauso. Lo llaman teatro, pero no lo es, no para mí. Sé que resulta difícil mantener el entusiasmo después de una larga gira. La solución de eso es salirte cuando ya no sientes ninguna excitación al bajar el telón. Esta Las Vegas en particular llevaba funcionando veinte años. Algunas de las personas a mi alrededor eran los hijos del personal original. Sus propios hijos les sustituirían sin duda cuando esta generación se trasladara a hacer alguna otra cosa. Consideraba estos espectáculos disneylandianos sobreproducidos y sin chispa. Si quieres una lección de historia, una película holográfica sirve perfectamente.

Oh, bueno. Creaba un montón de trabajos en la industria número uno del sistema: el turismo. Confieso que he actuado en ellos cuando estaba libre de otros proyectos más satisfactorios.

Nadie me echó ni una mirada cuando me dirigí hacia el montacargas que me llevó a las entrañas de Pacífica y me depositó en la estación de tren de los empleados, que a su vez me dejó en el espaciopuerto quince minutos más tarde. Ni siquiera en el tren desperté ninguna mirada curiosa mientras

chorreaba agua hawaiana en los rojos asientos y la moqueta negra. Los plutonianos son gente que se ocupa de sus propios asuntos, es uno de sus mejores rasgos.

Otro trayecto en tren y estaba en la terminal de carga en el punto más remoto del espaciopuerto. Si hubiera llegado allí dos semanas antes me hubiera evitado muchos problemas, e Isambard Comfort se hubiera evitado un monumental dolor de cabeza.

No había acudido por una gran razón. Me asustaba mortalmente. Ahora la alternativa era peor, de modo que avancé resueltamente hacia el mostrador exprés de Transportes Interplaneterios Pillock and Burke e inquirí cuál era el coste de facturarme a Urano.

Por supuesto, no lo expresé en estas palabras.

—¿Qué hay dentro? —preguntó el empleado con un gran bostezo, mirando sin interés el Pantech, apoyado allí con un aspecto tan nuevo como el día en que fue construido, tras sacudirse todas las señales de su reciente aventura como un pato se sacude el agua de las alas.

—Efectos personales —dije—. Las herramientas de mi oficio. —Sabía que eso me proporcionaría un descuento, bajo la Convención Interplanetaria de Artistas.

—¿Nada que declarar?

—Nada de contrabando. Hay un *bichon frisé* dentro.

—¿Un qué?

—Un perro. Aquí está su licencia. Necesitaré tomas de O_2 y H_2O, y una conexión de energía de doscientos veinte. —En realidad no necesitaba la energía, puesto que el Pantech tiene su propia fuente interna, pero era ilegal embarcar esa planta de energía sin haberla inspeccionado y certificado previamente, y ¿por qué molestarles con todo ese papeleo? Mejor pagar la conexión y no suscitar preguntas.

Como la que ahora me hizo.

—¿Qué hay de la comida? ¿Necesitará comer el perro?

—Tiene su propia comida. —Me miró y alzó una ceja—. No come mucho —expliqué—. Es un perro pequeño. —Me daba cuenta de que estaba elaborando demasiado. Mi padre siempre decía que tenías que mantener tus mentiras a un nivel sencillo, y nunca responder a una pregunta

que no se te hubiera formulado. Pero seguía mirándome, así que le acerqué la licencia y dejé que el billete de 20 dólares plutonianos se asomara un poco por debajo. Sus ojos cambiaron de orientación, y tomó la licencia y la metió en una máquina. El billete desapareció. Me tendió de vuelta la licencia con un nuevo sello en ella. En realidad odiaba hacer esto, puesto que cualquiera que supiese acerca de Toby podía rastrearme a través de él, pero no tenía otra elección.

Tomó un formulario amarillo de un montón y empezó a rellenarlo con un lápiz. Era casi dickensiano, y una flagrante pérdida de tiempo puesto que tenía un ordenador accionable por la voz junto a su codo, pero Plutón, como la mayoría de los planetas, tenía algunas leyes laborales arcaicas y ferozmente protegidas. Mirando las letras del revés, vi que llenaba el espacio destinado a raza de perro poniendo bicho freón.

Finalmente pegó una etiqueta de embarque a un costado del Pantech, y observé cómo éste se alejaba por una cinta transportadora en dirección a unas profundidades desconocidas.

Ahora iba a tener que apresurarme.

Había una tienda de alimentación en la estación de tren. Llené una bolsa con barritas de cereal, cecina, miel, jarabe de maíz y, toda una serie de tantos otros artículos a base de grasas, azúcar y carbohidratos concentrados como pude. Luego fui en busca de ese comerciante que siempre puedes encontrar vagabundeando por cualquier espaciopuerto, del tipo que no exhibe sus mercancías en estantes ni cuelga un cartel anunciándose.

No me resultó muy difícil encontrarlo. La mayoría de las drogas son legales en Plutón, e incluso aquéllas que intentan controlar se hallan fácilmente disponibles si sabes dónde buscar, lo cual siempre ha sido mi caso. Fui orientado a la parte de atrás de un café en uno de los niveles interiores. Me tomé un chocolate caliente mientras regateábamos acerca del precio, luego él se fue y yo me quedé sentado contemplando una enorme ventana panorámica que dominaba el patio de embarque. Millones de cajas y paquetes se deslizaban por rampas y cintas móviles hasta que llegaban a

las puertas que pronto se abrirían y vomitarían sus cargas a los vehículos lanzaderas.

El camello regresó con un pequeño paquete envuelto en plástico, y me dijo el camino más rápido al patio de carga.

Este lugar era probablemente más peligroso que Pearl Harbor. El pandemónium mecanizado de Las Vegas era predecible, la mayor parte de él estaba bien organizado, y programado para tener en cuenta los frágiles seres humanos que se metían por el camino. No ocurría lo mismo en el patio de carga. Si no ibas con cuidado algo podía llegar rodando detrás de ti y aplastarte como un bicho bajo sus silenciosas ruedas. Me moví rápidamente, siguiendo el radiofaro de mi bolsillo, y pronto estaba junto al lugar donde había sido depositado el Pantechnicon, a medio camino de una hilera de grandes cajas.

Iba a activarlo cuando un movimiento en el rabillo del ojo me hizo detenerme y agacharme. Miré con precaución…, y dejé escapar un profundo suspiro de alivio. Dos hileras más allá había un hombre apoyado en el suelo sobre manos y rodillas, arrastrándose debajo del armazón metálico de una cinta transportadora. Aquello me tranquilizó; los polis nunca se arrastran, y su actitud nunca es furtiva. Pueden deslizarse intentando pasar desapercibidos, pero lo hacen con un lenguaje corporal enteramente distinto.

De hecho, creía conocer a aquel tipo.

Lancé un suave silbido, tres notas conocidos por los vagabundos en todo el sistema, y él alzó la vista hacia mí y sonrió.

—Sparks —dijo con voz ronca.

—¿Lou? ¿Eres tú, Uke?

—Si no me crees, puedo cantarte una canción.

Ukelele Lou era una leyenda de su tiempo. Se rumoreaba que había sufrido alguna especie de daño cerebral, que hacía que sus conversaciones resultaran un poco difíciles de seguir, y estaba loco de atar. Pero su memoria para la música era sorprendente. Afirmaba saber la letra y la

melodía de quince mil canciones, y nunca lo dudé. Llevaba un maltratado traje de presión. Su precioso ukelele estaba en su mano.

Lo juro, el visor de su casco tenía una raja. Me hizo sudar sólo el pensar en ello. Lou y algunos de los otros vagabundos siempre viajan de esta forma, y sin las comodidades del equipaje de primera.

—¿Adónde vas? —le pregunté.

—¿Adónde crees? A Urano. —Lo pronunció Ur-ano.

¿A qué otro sitio, realmente? Soy un profundo ignorante de estas cosas, pero tenía entendido que debido a la dinámica orbital, casi todo el comercio de los planetas exteriores durante la última década, y para las décadas venideras, era el triángulo Plutón, Urano y Neptuno, luego de vuelta a Plutón, por ese orden. Era algo que tenía que ver con las posiciones relativas de los planetas. Plutón llevaba varios años en el punto más bajo de su órbita, lo cual significaba que estaba más cerca del Sol que Neptuno. Urano estaba unos sesenta grados por delante, y Neptuno en dirección contraria al Sol respecto a Urano. Ninguna órbita en los planetas exteriores que te lleve allí en un tiempo razonable es una órbita económica, pero ir contra la dirección del movimiento planetario es la órbita menos económica de todas. Es como bajarte de un tren en movimiento. Antes de que puedas ir a ninguna parte, primero tienes que eliminar tu propio movimiento.

—¿Y tú? —preguntó Lou.

—Urano —confirmé. Lo pronuncié Ura-no. ¿Fue nunca un planeta llamado de forma menos elegante? Nadie se había puesto nunca de acuerdo en cómo pronunciar su nombre, pero ambas formas apestaban.

—¿El Mundo del Bardo? —dijo, con un cacareo.

—¿Dónde si no?

—No pueden quitarte las estrellas de los ojos, ¿verdad? ¿A pararte en la esquina de Columbia y Paramount y babear ante los nombres en el pavimento? ¿Comprar un mapa de las propiedades de las estrellas? ¿Ver si tus pies encajan en las huellas de los de Henry Collyer?

Ignoré la pulla y le saludé.

—Buena suerte, Lou —dije.

—Lo mismo digo —respondió. Alzó una esquina de una gran caja y se deslizó dentro. Pude oírle hacerse sitio débilmente mientras yo activaba el

refugio en el Pantech.

Efectué algunas investigaciones sobre vagabundos mientras me preparaba para el papel en una desatinada actualización de *Las uvas de la ira*. («Kenneth Valentine se esfuerza en esa desatinada actualización de la obra como Tom Joad, un minero de los asteroides echado de su trabajo cuando la "Crisis del 87" cierra todas las operaciones mineras. Hubiera sido mejor que enfocara su trabajo como una comedia para suscitar las risas del público, de las cuales hubo muchas, pocas de ellas pretendidas por la obra». — *Daily Cereal*). Por aquel entonces eran los trenes de carga, y uno podía llegar a llorar de terror cuando veías por lo que pasaban aquellos hombres. Viajaban en los trenes, encima de ellos, debajo de ellos —«cabalgando los ejes», lo llamaban—, con sus cuerpos a unos pocos centímetros de las ruedas asesinas.

Entonces, como ahora, los propietarios de los ferrocarriles eran conscientes de los informales pasajeros, y entonces, como ahora, no les gustaba demasiado. Lo que hacían al respecto dependía en gran parte de dónde cogías el transporte, o dónde bajabas de él.

El empleado al que había sobornado era muy consciente de mis auténticas intenciones. Declarar un animal vivo era el ardid más común para obtener aire y agua en ruta. Había oído aquella historia sobre el perro antes. (Irónicamente, yo tenía realmente un perro, por supuesto, pero él no necesitaba ningún consumible).

Quizás ese empleado sabía lo que decía cuando escribió «bicho freón». El freón es un gas refrigerante, y yo iba a ser un bicho jodidamente refrigerado si algo funcionaba mal en alguno de los sistemas del Pantech por el camino. O algo funcionaba mal en alguno de los sistemas del carguero, y enfrentémonos a ello, la gente de los cargueros no es en absoluto tan cuidadosa con las cosas como la gente de incluso la peor línea de naves de pasajeros. Si pierdes un pasajero, vas a verte con un montón de demandas judiciales. Si el Pantech sufría alguna fisura yo sería poco más que carga estropeada, que además ni siquiera hubiera debido estar allí. Como aquellos viejos vagabundos que se caían de los ejes; recogían los

pedazos, los metían en un saco, y los enterraban en un agujero en cualquier campo. Quizá, si eran considerados, avisaban a la familia.

Estamos acostumbrados a un alto estándar de seguridad, y el miedo al vacío es la fobia más común, una que comparto con el ochenta por ciento de la humanidad. Pero creo que yo sufro ese miedo en un grado mayor que la mayoría.

Luego están las viejas ratas del espacio como Ukelele Lou. Con su visor cuarteado incluido. Parecía inmune a los miedos que ahora empezaban a infiltrarse en mi espina dorsal como una barrena dental electrificada.

Lo oí mientras me metía por la abertura al recién desplegado refugio medio hecho de memoryplastic. Estaba haciendo lo que uno esperará que haga un tipo llamado Ukelele Lou: cantar.

El memoryplastic puede recordar toda una variedad de formas. Esta vez, puesto que el Pantech estaba puesto de pie sobre uno de sus lados cortos, y puesto que pronto estaríamos en el vacío, era mejor ser esférico. Desde fuera se parecía a la idea cubista de un cucurucho de helado, y desde dentro, la escotilla que yo podía abrir para ganar acceso al interior estaba ahora bajo mis pies, siendo el Pantech mi base. Alcé esta escotilla y trasteé con los controles ambientales, preparándolos para aceptar el aire y el agua externos cuando fueran conectados, justo antes de cargarlo a bordo de la nave.

Suerte. Iba a necesitarla. El viaje iba a durar ochenta y cuatro días. Tenía comida suficiente para unos treinta…, si permanecía despierto y mi metabolismo funcionaba como de costumbre. No planeaba permanecer despierto.

Rompí el paquete que le había comprado al camello, saqué dos de las píldoras y las tragué.

Oí sonar la alarma de vacío fuera e inspiré profundamente. Me di cuenta de que había tomado demasiadas. Ahora las enormes puertas que daban al exterior empezaron a retumbar alzándose hacia el techo, y el sonido murió cuando el aire salió al espacio.

Tuve la impresión de que me estaba ahogando. Mi lengua pareció hincharse hasta que llenó toda mi boca y se volvió seca como un viejo

calcetín de lana. Pude ver la curvada pared de mi tienda hincharse hacia fuera, y de pronto mi cuerpo se cubrió de sudor.

—Ser o no ser —jadeé—. Ésta es la cuestión. ¿Qué es más noble para el espíritu, sufrir los golpes y dardos de la insultante fortuna, o tomar las armas contra el piélago de calamidades y, haciéndoles frente, terminar con ellas?

Eso me hizo sentir un poco mejor. La cinta transformadora empezó a moverse. Fui de un lado para otro, y pronto fui depositado sobre un palé de carga. Pequeños robots manipuladores estaban trepando sobre las cajas de presión, arañas metálicas no mayores que mi mano, clavando etiquetas de embarque con rojas luces láser. Observé mientras conectaban tomas de aire y agua al palé. Vi la dos luces amarillas a mis pies volverse verdes; cerré la escotilla de la base y me senté en la posición del loto mientras la lanzadera salía a la oscura superficie de Plutón al mediodía de un día mediado el verano.

Me recordó una postal que vi una vez. Navidades en Vermont. Un trineo tirado por un caballo descendía por un camino entre árboles sin hojas, con colinas cubiertas de nieve al fondo. Ahí fuera el sol arrojaba casi tanta luz como la luna llena en aquella postal. Las docenas de distantes y esqueléticos cargueros podían ser muy bien los arces de Vermont dibujados por un mal geómetra. Había un tractor moviéndose a mi lado, colocando un palé de carga sobre una oruga; eso podía ser el trineo tirado por el caballo…

No, lo siento. Enfrentémonos a ello. Esto no era una litografía de Currier and Ives. Esas colinas cubiertas de nieve eran enormes icebergs de metano helado. Los glaciares que descendían por los lados eran oxígeno y nitrógeno sólidos…, en realidad contaminantes no presentes en la corteza de Plutón hasta la llegada del hombre. En un día atareado en el espaciopuerto los gases de escape de los cohetes fundían a veces partes de esos glaciares y los convertían en murmurantes arroyos. Qué lástima que ningún plutoniano saliera realmente ahí fuera para dar un paseo en trineo o para gozar de un pícnic junto a los gorgoteantes arroyos.

Estaba ahogándome de nuevo, y no me sentía en absoluto soñoliento.

—Te ruego que recites el pasaje tal como yo lo he declamado, con soltura y naturalidad, pues si lo haces a voz en grito, como acostumbran a

hacer muchos de vuestros actores, valdría más que diera mis versos a que los voceara el pregonero de la ciudad.

Un movimiento captó mi atención. En el siguiente oruga la esquina de una caja se había abierto desde dentro. Vi a Lou salir y empezar a moverse como un cangrejo, por encima y alrededor y por debajo de las otras cajas.

¡Jesús, Lou! Estaba sujetando una mano sobre la fisura en su visor, y creí ver una fina bruma de nieve de oxígeno como un halo alrededor de su cabeza. Dios, hacía frío ahí fuera. Pleno verano, y la previsión del tiempo informaba de otro abrasador día a 223 grados bajo cero. Algo debía de ir mal en la primera caja como para obligar a Lou a cambiar de alojamiento tan en último extremo. Un problema en el sistema de conexiones, un sello defectuoso, ¿quién sabe? Pero no había nada que yo pudiera hacer para ayudarle.

Como un nadador en un lago siberiano, sólo dispones de un par de minutos. Todavía no se ha construido ningún traje espacial que te proteja del metano helado, y el de Lou era un modelo antiguo.

Lo observé abrir la esquina de otra caja y deslizarse dentro. La esquina fue devuelta a su lugar…, y me di cuenta de que durante otros ochenta y cuatro días no iba a saber si estaba vivo o helado como un carámbano.

Cuando me volví tuve la impresión de que me estaba moviendo a cámara lenta. Fue entonces cuando me di cuenta de que las drogas habían empezado a hacer efecto. Era una sensación agradable, una cálida pesadez en mis miembros. Mi respiración se volvió lenta y profunda y relajada. Sonreí. Cerré los ojos.

Oí soplar un distante viento. Era el sonido de las hojas secas al ser barridas. Vi un gran reloj de arena, con los granos de arena del tamaño de casas deslizándose silenciosos a través del estrecho cuello. Lentamente el reloj dio la vuelta, la arena cambió del fondo a arriba, y empezó a fluir rápidamente en la otra dirección.

Y lo lamento profundamente, pero sólo puedo informar de lo que ocurrió. He estado viendo viejas películas toda mi vida, y cuando llegó el momento de hacer un *flash back* de mi propia vida no hubo forma en el mundo de que llegara hasta mí nada excepto un montaje en blanco y negro de las manecillas de un reloj que giraban y giraban y las aleteantes páginas

de un calendario yendo hacia atrás, hacia atrás, siempre hacia atrás en el tiempo…

Acto Dos

El agua cálida llenaba sus oídos. Producía un profundo sonido rugiente. Oyó chapoteos que sonaban muy lejos, y escuchó los latidos de su propio corazón. El aire brotaba de sus labios y nariz.

«Amigos, romanos…».

Alzó la vista y vio la rielante superficie del agua, y más allá de eso la oscura figura con la luz en el techo detrás de su cabeza, formando un halo.

Quizá éste sea el aspecto de Dios, pensó.

A veces casi podía ver a través de las cosas. A veces las cosas parecían rielar, como el agua, y podía ver más allá de ellas, a otras cosas sin forma que nunca podía recordar completamente. ¿Estaba soñando cuando veía esas cosas? ¿Estaba recordando?

Recordando…

«Amigos y romanos y compatriotas y oídos y…» algo algo algo, *no lo alabéis*.

Burbujas de mercurio se alzaron hacia el oscuro rostro inclinado sobre él. Fuertes manos en sus hombros. Fuertes, amorosas manos, buenas manos. «Sólo quiero lo mejor para ti, Dodger».

Era bueno yacer allí. Era cálido y seguro y húmedo, y así es como debía de sentirse un bebé en la barriga de mamá.

Su corazón latía más fuerte ahora. No era miedo. Sólo necesitaba algo de aire, eso era todo. Los bebés en la barriga de mamá no necesitan aire. Pero una vez respirabas la primera vez, te acostumbrabas a ello, el aire se convertía en algo que necesitabas.

«Amigos romanos dejadme que lo alabe».

Un gran estallido de aire se liberó, y empezó a debatirse. No quería, había estado tan bien, tan bien hasta ahora, pero sus brazos y sus piernas querían moverse, y sus pulmones ansiaban una dulce bocanada de aire. Sus

pequeños hombros desnudos se agitaron bajo las grandes manos, las buenas manos. Estaba tan avergonzado de sí mismo. Quizá debiera tomar simplemente una gran bocanada de agua. Quizá pudiera aprender a respirar agua de nuevo, puesto que no parecía aprender las cosas importantes.

Ya lo había oído tres veces ahora. ¿Qué iba mal en él, que no podía recordar tras oírlo tres veces?

No era tan brillante ahora. Las cosas se estaban volviendo empañadas en los bordes. Su último aire escapó de su nariz, sin apenas hacer ningún ruido.

Y lo recuperó. Se quedó inmóvil como una piedra y sintió que todo estallaba hacia arriba desde las profundidades que fueran a las que había caído cuando lo perdió, y fluyó a través de su mente y de su cuerpo, y asintió frenéticamente mientras las cosas se hacían más y más oscuras.

Fue alzado en el aire y emitió un tremendo sonido crujiente mientras llenaba sus pulmones y empezaba a derramarlo, como un vómito.

—’migos romanos c’mpatriotas d’jadme que venga, venga, venga a ent’rrar al C’sar no lo al’beis —todo el aire se había ido de nuevo, así que jadeó inspirando profundamente— vidas d’spués que ent’rremos sus huesos. —Pausa. Inspiración—. El noble Bruto ha d’cho que vuestro C’sar era… era…

Inspiró y espiró frenéticamente, bajando la vista al agua, a sus pies debajo del agua, a su pene.

—Ambicioso. —La voz brotó desde arriba. Estaba inundada de gratitud y amor. Todo iba a ir bien.

—… era ’mbicioso si eso era una l’stimosa falta y…

—Lastimosa.

—¿Eh? —Alzó la vista al rostro de su padre, buscando signos de ira—. ¿No es eso lo que he dicho?

—*Lastimosa* —entonó el hombre. Tenía una voz maravillosa. Llenaba la pequeña habitación. Hacía vibrar el agua—. *Lastimosa* —retumbó de nuevo. Luego frunció la nariz y el labio superior e hizo que su voz sonara nasal, aguda, ridícula—. Has dicho *l’stimosa*. ¿Dónde has aprendido eso?

—Creo que lo dijo Gideon Peppy.

—Yo también lo creo. No más televisión para ti, jovencito, en especial *El show de Peppy*. Ese hombre está destruyendo él solo el lenguaje.

El hombre alzó a su hijo del agua del baño y lo depositó sobre la esterilla. Lo envolvió en una gran y esponjosa toalla blanca que decía THARSIS HYATT. Todas sus toallas tenían nombres de hoteles.

—Ahora sigue, desde si eso era una lastimosa falta y…

—… y l'sti…, y *lastimoso* que el C'sar respondiera a ella. —El muchacho continuó con la oración funeral de Marco Antonio, feliz como un gatito con un bol de leche, tropezando sólo con «lupercales» y «cofres». Mientras hablaba, las grandes manos de su padre lo masajearon y lo secaron a través de la gran toalla, espolvorearon su piel, peinaron su largo cabello rubio.

—Muy bien, Dodger —dijo, después de que el muchacho hubiera pasado por todo ello tres veces—. Pero nunca debes decirlo de nuevo de esta forma.

—Sí.

—Nunca debes «decirlo» todo. A partir de ahora oirás las palabras. Aprenderás lo que significa cada palabra, y lo que significan todas juntas, y harás vivir las palabras. Memorizar es muy bueno, pero no somos fonógrafos, ¿sabes?

El muchacho asintió, sin tener la menor idea de lo que era un fonógrafo. Luego fue alzado, aún envuelto en la toalla, y llevado a su minúsculo dormitorio, donde permaneció temblando —el casero, a causa de algún malentendido, había dejado de proporcionar calefacción hacía tres días—, y su padre halló un pijama de franela azul con esponjosas borlas en los pies, dos tallas demasiado pequeño, y se lo tendió mientras su hijo se metía dentro y cerraba la cremallera delantera.

—Recibiremos uno nuevo la próxima semana —dijo su padre—. Te estás haciendo un chico grande. —Metió a su hijo en la cama y remetió la gran manta bajo su barbilla—. Buenas noches, Dodger —dijo.

—B'nas noches, padre. —El hombre dejó la puerta ligeramente entreabierta, como siempre hacía, sabiendo que su hijo era propenso a los malos sueños.

Dodger permaneció tendido allí en la oscuridad, contemplando la franja de luz en el techo que brotaba de la puerta y pensando en Júnior C'sar, T'mon de Atenas, R'cardo Terco, Marco Tonio, Juan Rey, Otilio, McBien y Troilo en Crisis. Sabía que estos nombres estaban mal pero descubrió que le ayudaban a recordarlos el pensar en ellos de esa forma. Los auténticos nombres no tenían sentido para él. Como tampoco la obra. Eso no le preocupaba; ninguna de las obras que le leía su padre tenía sentido, excepto *Tito Andrónico* (Titán Drónico, según el habla de Dodger). Bien, eso era una historia, con tipos cortando manos y arrancando lenguas y ensartándose unos a otros con espadas y cosas así. Era casi tan bueno como la televisión.

Pero no *Júnior C'sar*. Oh, estaban todos esos tipos apuñalando a Júnior en el Senado (en el corazón y en la espalda y en las tripas, si Dodger lo entendía bien), pero en general no era mejor que *H'mlet*, sin otra cosa más que un fantasma y algunas luchas con espadas que no tenían mucho sentido tampoco para Dodger.

Su problema era que, aunque tenía un vocabulario diez veces más grande que el de la mayoría de niños de su edad, no sabía lo que significaban las palabras.

Ahora su padre decía que se suponía que debía escuchar las palabras. Saber lo que significaban, una a una y todas juntas. La perspectiva excitaba a Dodger. Toda su vida había estado oyendo esas historias de Chakis-pera, historias que ninguno de sus amigos conocía, historias que no podía contarles a sus amigos porque él mismo no sabía lo que significaban.

Ahora lo sabría. Sospechaba que aprender lo que significaban implicaría pasar más tiempo bajo el agua.

Pero quizás eso era tan sólo para recordar. Estaba siendo tan bueno ahora en recordar que algunas veces ni siquiera necesitaba remojarse para ello.

El muchacho se estremeció y apretó más la manta a su alrededor. Pronto estaba dormido.

Dodger tenía cuatro años.

Soy yo de nuevo. Míster Primera Persona.

¿Y quién eres tú?, puede que pregunten ustedes. Una cierta cantidad de confusión en este punto sería más que normal.

—Tu nombre es simplemente algo que poner en una marquesina —decía siempre mi padre—. No significa nada. —Y demostraba esto dándome un puñado de ellos: Kenneth Catherine Duse Faneuil Savoyard Booth Johnson Ivanovich de la Valentine, por mencionar sólo unos pocos. Alias K. C., Casey, Kent, Cat, Kendall, Kelly, Kenton y Kelvin. Alias Valentine, Van den Troost, y Jones. En varias combinaciones de éstos y otros que puede que haya olvidado mencionar, tenía suficientes noms de théâtre*, de* plume *y de* guerre *como para hacer una lista más larga que la memoria de la mayoría de los ordenadores policiales de una gran ciudad.*

—Te proporciona opciones —decía mi padre, un hombre que fue conocido a lo largo de toda su vida simplemente como John Valentine—. Tengo un ego enorme —decía, con un guiño—. No puedo soportar que se aplauda a alguien que no sea John Valentine. Pero soy capaz de permanecer en la cárcel, si es necesario.

Bien, yo no puedo. Nunca he estado en la cárcel más tiempo del que se necesita para conseguir la fianza, conseguir un nuevo papel y tomar el primer transporte disponible a un distante planeta. Esto me ha impedido lograr el tipo de fama que podría conducir a la adulación de la crítica, pero después de todo, como mi padre solía decir también, «la actuación es lo importante».

Pero, como he dicho antes, todos mis amigos me llaman Sparky.

O, antes de eso, Dodger.

Pero hablando de la página impresa, he aquí una petición al fotocomponedor:

¿Podemos olvidar la cursiva?

Gracias.

He observado que, en los libros, cuando se cambia el punto de vista, la nueva parte se presenta a menudo en cursiva. Bueno, a mí no me gustan mucho las cursivas, y simplemente supongo que ustedes, los lectores, serán lo bastante listos como para saber cuándo hablo en primera persona y cuándo uso la tercera. Sugerencia: examinen los pronombres.

Hay algo extraño respecto a mí: normalmente sueño en tercera persona. Con frecuencia los sueños son en blanco y negro, no en Technicolor. Los sueños son así un poco como experiencias extracorpóreas. Me veo a mí mismo haciendo cosas, en vez de ver las cosas que hago. He hablado con otros actores respecto a esto, pensando que puede tratarse de un desorden ocupacional resultado de pasar tanto de mi tiempo pensando en cómo se verá un movimiento o un gesto, acerca del maquillaje y la prestancia y todos los demás aspectos de mi oficio. Sólo he encontrado a otro actor que soñara como yo. Poco después supe que se atravesó la cabeza con una bala, y dejé de hacer la pregunta. No me gustaba tampoco la forma en que la gente me miraba cuando la hacía.

Es por eso por lo que pongo parte de esto en tercera persona: porque lo he soñado. Y la razón de que vuelva a la primera es porque desperté. Demasiado pronto.

No lo supe al principio. Aparte del aturdimiento natural de la dosis de las píldoras atontadoras que había tomado, no hay nada en el espacio que le proporcione a uno indicios del tiempo transcurrido, en particular en los planetas exteriores; Plutón debía de haberse desvanecido de nuestra vista durante las primeras horas de aceleración. Después de eso, no habría nada visual que mostrara el paso del tiempo hasta nuestra llegada a Urano.

Pero entre el equipo del Pantech hay un reloj, y pronto estuve lo suficientemente despierto como para abrir la escotilla protectora y consultarlo. Descubrí que llevábamos sólo tres días de viaje. Me alarmé.

La mezcla ideal de drogas que se venden en la calle como píldoras atontadoras permite al cuerpo humano hacer algo para lo que nunca estuvo diseñado: dormir durante una semana, con pocos efectos secundarios perjudiciales. Hibernar, si lo prefieren (o estivar, escojan lo que quieran, puesto que no hay estaciones en el espacio).

¿Por qué prohibir una droga? Después de todo, esto no es la Edad Media. Ponerse a tope no es ilegal en ningún planeta civilizado…, aunque evidentemente las píldoras atontadoras no te ponen a tope.

La explicación de mi padre tenía tanto sentido como cualquier otra.

—Beneficios, Dodger, simples beneficios —decía—. El noventa por ciento del viaje interplanetario es turismo, gente que huye de sus monótonas

vidas para experimentar monótonas diversiones lejos de casa. Y cada kilómetro de ese viaje es la experiencia más aburrida imaginable. Los propietarios de las naves que efectúan esos inútiles viajes se dan cuenta de ello, e idean interminables diversiones para los pasajeros…, no incluidas en el precio del billete. Un pasajero comatoso no hace más que jugar o comer. Nosotros no podemos hacer ninguna de las dos cosas, de modo que las píldoras atontadoras son ilegales.

¿Cínico? Quizá, pero entonces, ¿por qué las píldoras atontadoras se venden legalmente a la gente que viaja por cuenta del gobierno? ¿Por qué los camarotes de los altos ejecutivos comerciales de las naves correo superveloces permanecen cerrados durante días y días consecutivos? La gente que forma ese otro diez por ciento del viaje espacial suele hacerlo normalmente bajo los efectos de drogas hibernadoras, desde los grandes personajes en sus camarotes exclusivos hasta los inmigrantes apilados como leña en las bodegas de carga de muchos transportes.

(Sorprendentemente, no pude hallar ninguna píldora atontadora en mi apresurada huida de Brementon. A juzgar por el estado despierto de mis compañeros de viaje, ninguno de los demás pasajeros pudo hallarla tampoco. En un lugar donde todas las drogas conocidas por el hombre podían conseguirse simplemente yendo al primer guardia que te encontraras y pagando por ellas, las píldoras atontadoras eran desconocidas. Al parecer el infierno en vida del viaje a y de la estación prisión era visto como parte del castigo).

Una razón más legítima para prohibirlas era el tipo informal de viaje en el que estaba metido en este momento. Sin píldoras atontadoras, sólo podía sobrevivirse al trayecto más corto.

Ahora estaba empezando a preguntarme si iba a sobrevivir a éste. Tal como estaban las cosas, las perspectivas no se presentaban muy halagüeñas.

Esperaba despertar durante el transcurso del viaje; había estimado que entre diez y doce despertares de medio día serían algo correcto. Cuando despiertas de una píldora atontadora o bien necesitas desesperadamente orinar o descubres que ya lo has hecho. Aunque tu metabolismo se ha visto drásticamente frenado, tienes mucha hambre. Normalmente los movimientos intestinales quedan paralizados. (Después del viaje pasarás

penas y trabajos para expulsar una dura y seca…, pero pasemos por alto esta parte).

Puedes usar píldoras atontadoras durante dos semanas como si no pasara nada. Un mes no es ningún problema real. Dos meses…, mejor que no lo hagas, por razones tanto de comodidad como de salud. Tres meses, cuatro meses…, es ir demasiado lejos. Unas pocas personas han sobrevivido a seis meses de constantes píldoras atontadoras, pero la mayoría prefieren no hablar de ello, como las víctimas de la tortura.

Tenía aire, calor y agua más que suficientes. En un entorno angosto como el Pantechnicon, o una caja de embalaje, la comida se vuelve el elemento más apreciado. Intenten acumular incluso las raciones más ligeras para noventa días en un espacio donde ni siquiera puedes ponerte en pie. Simplemente inténtenlo. Aunque pudieran, ¿serían ustedes capaces de soportar noventa días de confinamiento solitario? Ningún juego de tablero ni máquina electrónica. Sólo tú, acuclillado en la oscuridad, contemplando cómo crecen tus uñas.

Pero si por alguna razón me faltaran las píldoras atontadoras, tendría que enfrentarme a cuarenta o cincuenta días de eso. Probablemente no me moriría de hambre. Parte del precio del billete es la pérdida de quince a veinte kilos. Con drogas malas, podía esperar perder cincuenta o más en la Dieta Milagro de las Píldoras Atontadoras.

—Si te has aprendido bien tu papel —solía decir mi padre—, entonces no tienes nada de lo que preocuparte. Simplemente acepta lo demás tal como te venga. —O: no te preocupes por cosas sobre las que no puedes hacer nada. El futuro ya volcará sobre ti a su debido tiempo su carga de miseria.

Con ese semiconfortante pensamiento, empecé a tratar el asunto simplemente como una parada intermedia normal que cabía esperar. Me dediqué a limpiar mi pequeño espacio vital y a preparar una comida fría de tasajo de buey y jarabe de arce. Es mejor de lo que parece, cuando no has comido nada en tres días.

Pasé el refugio a transparencia.

Lo primero que vi fue una pateante manada de caballos.

¿Las drogas? No, nunca he pensado siquiera en ello, aunque sé que pueden causar alucinaciones. Esos caballos estaban congelados en actitudes de gran velocidad, como si hubieran galopado sobre un charco de helio líquido. La congelación era ciertamente plausible, dada la temperatura exterior. Pero estaban tallados en madera. Me habían estibado cerca de una carga de caballos de tiovivo.

Colgaban de ganchos dentro de una gran caja de almacenaje que, por alguna deliciosa razón, era transparente. Supuse que la caja estaba presurizada y mantenida a temperatura normal. Cuando recorrí sus figuras con mi linterna, un millar de alegres colores saltaron hacia mí. Me sentí encantado.

¿Adónde iban? ¿Quién los había creado? ¿Quién los había pedido? Nunca lo descubrí.

Como la mayoría de las naves de carga heterogénea, ésta consistía sólo en lo mínimo. Básicamente era un núcleo central que contenía el impulsor y los sistemas de soporte vital para carga y tripulación, típicamente sólo dos o tres personas. Tenía más de kilómetro y medio de proa a popa, y a lo largo de toda su longitud brotaban largos brazos compuestos, no muy diferentes de una percha de la que uno cuelga su ropa. Los módulos de carga, incluido el Pantech, poseían acoplamientos estándar que simplemente se cerraban sobre los brazos «horizontales» —eran horizontales en el despegue, al menos—, donde eran libres de girar y oscilar y orientarse de acuerdo con la dirección del empuje: «cabalgando los ejes», como los vagabundos de la Vieja Tierra. Cuando la nave se posaba, los brazos eran deprimidos ligeramente, y los módulos se deslizaban a sus extremos y se posaban en los transportes terrestres. Era un sistema simple, en uso desde hacía décadas, estándar en todos los planetas habitados.

El Pantech era el último módulo en un brazo cerca de la parte delantera de la nave. Había pagado una ligera sobretasa por ello, puesto que siento claustrofobia si estoy encajado en medio, rodeado por pesadas cajas que pueden aplastarme si oscilan en la dirección equivocada.

Pronto vi algo extraño. Era la caja que Lou había abandonado en nuestro viaje hacia la nave. Parecía estar rezumando algo.

Pude verla unas cuantas anillas más adelante y un brazo más allá. La esquina que había levantado Lou para entrar y salir exhibía ahora una larga cola blanca. Me recordó una imagen que había visto en una ocasión en un tapiz de la Edad Media. El artista había representado un cometa como una estrella de muchas puntas con una larga cola a un lado mientras trazaba su arco a través del cielo. Esta cola era hielo de algún tipo…, difícil de decir de qué; demonios, todo se congelaba ahí fuera. Durante un rato había ido en una dirección mientras la nave aceleraba. Luego, en caída libre, el líquido había rezumado en todas direcciones, formando un adorno muy parecido a un árbol de Navidad.

Decidí tomar aquello como una buena noticia. Lou había detectado que algo estaba mal en su prevista morada antes de que fuera embarcada siquiera en la nave, como una ardilla descubriendo una grieta en su árbol justo antes de aposentarse para su sueño invernal. Esperaba que su nuevo hogar resultara un poco más sólido.

Por supuesto, podía estar congelándose o pasando hambre o muriéndose lentamente de sed, y no había absolutamente nada que yo pudiera hacer para ayudarle.

Así que tomé una segunda dosis de píldoras atontadoras, volví de nuevo opaco el refugio, y me enrosqué en una cálida manta para dormir durante una semana. Esperaba.

—Padre, ¿es esto la Ciudad Esmeralda?

John Valentine rió quedamente y apretó la mano de su hijo.

—Lo será hasta que surja algo mejor —dijo.

Iban montados en un tren de cercanías medio lleno que seguía el borde de Hyginus Roma, en la esquina sudeste del Mare Vaporum, conocido ampliamente en todas partes como la capital del entretenimiento del sistema. Habían tomado el tren de cercanías hasta el final de la línea para que el joven Kenneth pudiera ver realmente la Ciudad Esmeralda, casi del mismo modo que Dorothy, Toto y compañía se habían aproximado a ella en 1939 por un camino de ladrillos amarillos que formaba parte a medias del

plató de la Metro-Goldwyn-Mayer, y a medias de la caja de trucos del proceso cinematográfico.

Había quienes llamaban a la Línea Hyginus el Tren de los Ladrillos Amarillos.

El nombre oficial del sector donde estaban entrando ahora era la Ruta de las Estrellas. Los constructores habían tomado el nombre de los padres de la ciudad de Hollywood, U.S.A., pero todo lo que hacían tenía que ser cien veces más grande, mil veces más espectacular…, e incluso menos sustancial que el original.

Allá donde las estrellas en la acera del Hollywood Boulevard no habían sido más que pequeños cuadrados de ladrillo y bronce, las de Hyginus eran hologramas del tamaño de vallas anunciadoras, que podían verse y leerse fácilmente desde el tren a toda velocidad. Las gigantescas estrellas parecían hechas de oro puro, y en el centro de cada una había una imagen animada tridimensional de doce metros del personaje homenajeado. Los nombres de las estrellas destellaban en diamantes más grandes que sandías.

—¿Así que esto es realmente Hollywood? —preguntó el muchacho—. El hijo de Hollywood —dijo su padre—. No hay mucho aquí que se parezca al original.

El auténtico nombre de la zona era Parque Industrial y Artístico King City/Mare Vaporum, pero nadie lo llamaba así. La parte de King City era absolutamente arbitraria: la ciudad en sí se hallaba a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia, pero los límites de la ciudad se prolongaban a cada lado de la vía del tren de cercanías hasta que alcanzaba Vaporum, donde se extendía para incluir toda la zona señalada para industria. El único auténtico beneficio que tenían las empresas que se instalaban allí era el privilegio de pagar impuestos a King City.

En cuanto a la industria en sí, la única industria en Vaporum era El Cine. El si eso significaba o no algo «artístico» era motivo de interminables debates entre los críticos más acerbos allá en la ciudad.

Los que trabajaban allí lo llamaban El Parque, Los Vapores o Hollywood, la Secuela. Hablaban de ir a El Rima, o El Borde, o la Ciudad de Ladrillos Amarillos. Todos los demás lo llamaban simplemente

Hollywood. Puesto que el Hollywood original era sólo un recuerdo, raras veces había ninguna confusión.

—Y además —dijo John Valentine a su hijo—, Hollywood siempre fue tan sólo un estado mental.

El joven Kenneth apretó su rostro contra la ventanilla junto a su asiento y observó el espectáculo que pasaba por su lado. Las estrellas sólo eran el principio.

Detrás de ellas había inmensos hologramas de los logotipos de los estudios cinematográficos, pasados y presentes, solventes y difuntos. Dodger sabía que eran hologramas, pero puesto que no tenía ni idea de lo que era un holograma, para él eran tan reales como el vagón en el que viajaba. Las alturas aparentes de aquellas monstruosas ilusiones podían medirse en kilómetros.

Había una ahusada torre de hierro clavada en el polo norte de un medio globo terráqueo, escupiendo estilizadas chispas y deletreando, letra a letra, a RADIO PICTURE. A su lado había una montaña cubierta de nieve rodeada por derivantes nubes y con un halo que formaba una diadema de estrellas. Una cabeza de león de kilómetro y medio de alto rugía en medio de una elaborada corona de película cinematográfica de estilo antiguo, luego otro globo, que colgaba suspendido y enorme encima de la desierta llanura, era rodeado interminablemente por un aparato con alas.

—¡Un aeroplano, Padre!

—Exacto. Es la Universal.

—¡Mira! ¡Mira! —gritó el muchacho, señalando a una que le era más familiar—. ¡Sentry! Es ahí donde vamos, ¿verdad, Padre?

—Si no sacas al tren de sus vías con toda esta conmoción. Tranquilízate, muchacho.

Dodger contuvo su excitación y contempló el guerrero enfundado en su armadura y la corona de fuegos artificiales que eran la marca de fábrica de la Sentry/Sensational Pictures. La gigantesca figura cambió de firmes a una posición de desafío, con su enorme arma sujeta ante él con ambas manos. Pero pronto se perdió en la distancia, reemplazada por un círculo y un radiante sol dorado que decía TOHO y una palabra que no pudo leer. Un caballo con alas cargó contra el tren de cercanías y saltó sobre él. Dodger

miró, pero el Pegaso nunca aterrizó al otro lado. Un gallo gargantuesco agitó sus alas de color rojizo y ahuecó las plumas del cuello. Una docena de banderas multicolores restallaron en una inexistente brisa bajo la imponente leyenda FILMWERKS.

Dodger deseó poder volar sobre aquella maravillosa llanura. Recientemente su padre le había hecho memorizar el guión de *¡Swift!*, y se suponía que debía parecer como si un niño de Brobdingnag hubiera vuelto del revés su baúl de los juguetes y luego abandonado sus chucherías allá fuera. En realidad, desde arriba no hubiera visto nada en absoluto. Era mucho más caro proyectar un holo en todas direcciones, y los diseñadores de la Ruta de las Estrellas comprendían muy bien un principio conocido desde los días de D. W. Grif fith: asegúrate de que tu presupuesto llega a la pantalla. La ruta Hyginus era el equivalente electrónico de las polvorientas calles del viejo oeste recorridas por William S. Hart, Tom Mix y Roy Rogers: falsas fachadas apuntaladas con palos por detrás.

Estaban llegando a la parte de la ruta dedicada a las escenas de las películas clásicas cuando el tren entró en la primera estación Vaporum. Dodger no deseaba salir, pero cuando su padre tomó su mano se puso en pie y salió fuera del vagón.

Descendieron a una cinta rodante con un curvado techo transparente, justo por entre las peludas piernas de un gorila gigante encadenado a una gran cruz de madera. El animal los siguió con sus ojos, y padre e hijo alzaron la vista mientras pasaban debajo de él.

—Esperemos que no tenga el vientre flojo —dijo John Valentine, y su hijo se derrumbó en incontenibles risas.

John Valentine llevó a su hijo a un amplio sofá en una gran zona de espera fuera de las oficinas de *casting* de los estudios Sentry/Sensational. Había allí muchos otros divanes, la mayoría llenos de gente. Lo sentó y luego se acuclilló delante de él.

—Puede que tarde un poco, Dodger —dijo, enderezando la gran corbata amarilla al cuello del muchacho. La moda del momento para los jóvenes era un aspecto casi Victoriano, con pantalones hasta las rodillas y levitas y

encajes en las muñecas. Cuando Dodger iba vestido así John lo llamaba Buster Brown, como el personaje de la famosa tira cómica de Outcault de finales del siglo XVIII. Puesto que ésta era una importante audición, padre e hijo iban vestidos con sus mejores galas, que si eran examinadas atentamente revelarían los hilos sueltos allá donde habían sido retiradas las tarjetas que decían PROPIEDAD DEL DEPARTAMENTO DE VESTUARIO DEL NLF. El joven Kenneth tenía el pelo dorado que colgaba más allá de sus hombros y enmarcaba un rostro de grandes ojos azules, mejillas de manzana y un prominente par de dientes delanteros separados por un amplio hueco entre ellos. Llevaba un sombrero de ala blanda de terciopelo marrón.

—Quiero que esperes aquí hasta que yo vuelva —dijo Valentine—. Hay una fuente ahí delante, y los servicios están justo al otro lado de esa esquina. Tienes tu guión —tomó un gastado ejemplar de *Cyrano de Bergerac* de su maletín y lo depositó en el sofá—, y te traje algo para comer. —Extrajo una bolsa de papel marrón, la abrió y dejó que Dodger mirara dentro. El muchacho vio algo envuelto en papel encerado y olió a plátano—. Margarina de cacahuete y jalea, tus preferidas. Ahora, ¿puedo confiar que te portarás bien?

Dodger asintió, y su padre se echó el sombrero sobre los ojos, se rascó ligeramente las costillas y se puso en pie. Se encaminó hacia la puerta marcada DEPARTAMENTO DE *CASTING*.

—¿Padre? —llamó Dodger, y John Valentine se volvió—. Que tengas suerte —dijo el muchacho. Valentine le hizo un gesto con los pulgares hacia arriba y cruzó la puerta.

Dodger era muy bueno esperando. Ésta no era la primera vez que había acudido con su padre a una audición, aunque nunca antes a unos estudios de cine. Su padre no tenía muy buena opinión de las películas, aunque trabajaba en ellas cuando no había ninguna otra cosa y había que pagar el alquiler.

—Pero nunca trabajo de extra, hijo —le decía—. Si no tienes frase, eso no es actuar. Es como si te contrataran como decorado.

A Dodger no le hubiera importado ser decorado, a veces. El escenario no tenía que memorizar tantas obras.

Ésta sin embargo era buena. En el segundo acto había asignado sus propios nombres a todos los personajes: Cyranariz, por supuesto, y Roseanna, que le recordaba a Dodger una chica del coro a la que conocía. Hermosa, pero tonta como un mimo. Si sólo fuera como un mimo y dejara de hablar constantemente. Luego estaba Christian el Mentecato, el Brillantinas, y Nariz de Payaso, el pastelero.

Estaba llena de luchas con espada, lo cual era estupendo, pero también tenía montones de palabras que no reconocía. Subrayó cumplidamente cada una, como su padre le había enseñado. Más tarde se las explicaría.

De tanto en tanto un adulto pasaba apresurado por su lado, normalmente demasiado atareado en sus cosas como para fijarse en el muchacho sentado en un rincón del vestíbulo. Luego alguien hacía una pausa y le miraba, inseguro. Dodger le dirigía su más encantadora sonrisa. Si eso no era suficiente, decía: «Todo está bien. Mi padre está reunido con el señor Sensational». Jack Sensational era el jefe de los estudios. Nadie hacía ninguna pregunta después de eso.

Comió la mitad de su bocadillo y todo el plátano. Visitó los servicios que su padre le había señalado, y decidió que estaba mortalmente aburrido. No haría ningún daño, se dijo, si exploraba un poco.

El cartel A LOS PLATÓS A-B-C-D lo atrajeron hasta más lejos de lo que había pensado ir. Ahora la enorme puerta que estaba cruzando decía PLATÓ H-2, y supo que se había perdido.

También supo que iba a verse en un gran problema. Pero hay un mecanismo de defensa en los perros y en los niños pequeños que les impide preocuparse demasiado por las consecuencias futuras de las cosas una vez resulta claro que es demasiado tarde para eludirlas. *¿Qué demonios?*, pensó Dodger. *Si me las voy a cargar, mejor hacer que el crimen merezca el castigo*.

Así que vagó por los amplios corredores, eludiendo el equipo pesado que transportaba utilería y decorados y los grupos de actores y extras con

estrafalarios trajes que charlaban entre sí.

Sabía lo suficiente como para evitar todas las puertas con una luz roja encendida encima, puesto que eso significaba que ahí dentro se estaba rodando en aquellos momentos. Pero cuando abrió otra puerta y asomó lo suficiente la cabeza para tener un atisbo de una enorme sala de baile llena de atareados carpinteros y electricistas, le gritaron desde todos lados, y se batió en rápida retirada.

Pero veía una puerta abierta como una invitación a entrar.

La primera a la que entró era un plato enteramente poblado por mujeres rubias de metro ochenta de estatura con zapatos rosas de tacón alto y tocados con plumas de avestruz rosa que se alzaban más de un metro por encima de ellas. Debía de haber un centenar. Estaban simplemente por allí, sin hacer nada. Ante ellas había un centenar de copas de champán llenas de burbujeante líquido, lo bastante grandes como para que las mujeres se bañaran en ellas, y detrás había un imponente telón de fondo azul. Una de las mujeres le miró, luego se dedicó a contemplar las largas uñas rosa de los dedos de sus manos. Durante cinco minutos no ocurrió nada en absoluto. Nadie se fijó en él y nadie dijo que se marchara, y todo fue increíblemente aburrido.

Y al parecer aquello era todo lo que significaba hacer películas. Visitó otros tres platos, y en todos ellos la gente estaba por ahí sin hacer nada. Nadie le gritaba a nadie, no había peleas con espadas, ninguna acción de ningún tipo. Dodger se decidió tentativamente en contra de una carrera cinematográfica.

Estaba empezando a cansarse cuando vagó hasta el plató F-5, con el deseo de poder hallar el camino de vuelta a su medio comido bocadillo de mantequilla de cacahuete y gelatina. Pero cuando entró en el F-5 olvidó su hambre.

Los otros platos habían sido grandes, pero difíciles de ver a causa de las falsas paredes que se alzaban aquí y allá al azar y las luces que colgaban del techo. Éste estaba vacío, y las luces de arriba estaban apagadas. Dodger no las necesitaba, porque la mayor parte del suelo del plato era una enorme

piscina de agua azul, iluminada desde abajo. Era tan lisa como un cristal. Amarrado no muy lejos de él había un barco pirata a escala natural, con las velas enrolladas y los mástiles de más de treinta metros de altura.

Esto le gustaba más. Quizás hubiera magia en las películas después de todo.

Sus pasos crearon ecos en el gran espacio cuando se dirigió hacia el barco. Adelantó una mano y lo tocó, y el barco se bamboleó ligeramente, enviando ondas concéntricas que convirtieron el uniforme juego de la luz en el distante techo en un mágico esquema de diamantes. Empujó más fuerte el barco, oyó una cuerda de anclaje crujir contra un pilote, y el esquema de luces se descompuso aún más. Se preguntó cómo le contaría aquello a su padre. Tenía que haber palabras para explicarlo. Había tantas palabras.

—¡Hey!, ¿qué estás haciendo?

Se sobresaltó, culpable, y alzó la vista. Había otro chico de pie en la puerta abierta del plato, pero no era él quien había gritado. Una mujer de aspecto irritado con el uniforme rojo y amarillo de Seguridad de Sentry sujetaba al muchacho por el brazo. Iba a sacarlo al corredor cuando había levantado los ojos y había visto a Dodger.

—Tú también —llamó en voz alta—. Sal de aquí. Se os ha dicho que los niños no pueden ir por ahí vagabundeando. Debería sacaros a patadas de este lugar.

Dodger pensó en echar a correr, pero no vio de inmediato ninguna otra puerta de salida del lugar. No había absolutamente nada detrás de lo cual esconderse. Así que se dirigió hacia la mujer y ésta lo agarró también.

Los arrastró sin más palabra por un concurrido corredor y a través de una puerta marcada ESTUDIO 88. Alguien había pegado en ella un aviso: ¡SÓLO LOS CHICOS QUE VIENEN A LA PRUEBA Y SUS PADRES!

Dentro era el caos. No era una escena enteramente no familiar para Dodger. Había presenciado pruebas de *casting* para el teatro, y sabía lo que ocurría cuando te encontrabas con un centenar de precoces chicos y sus indulgentes padres juntos en un mismo espacio. Algunos de esos chicos todavía tenían que oír la palabra «no» brotar de la boca de sus progenitores. Eran los que corrían en todas direcciones a velocidad de vértigo mientras Mamá y Papá les miraban con bobalicona aprobación y le decían a todo el

mundo a la vista que su pequeño tenía simplemente tanto talento que no tenían el valor de reprimir sus impulsos creativos. A veces esos impulsos creativos tomaban la forma de golpear a otros niños llenos de talento con el primer objeto romo que encontraban a mano, y en esos casos había que llamar frecuentemente a la policía para impedir el asesinato entre los padres enfrentados.

El resto eran enteramente de otro tipo. Dodger los conocía bien. Habían pasado la mayor parte de sus cortas vidas aprendiendo a hacer realmente algo —cantar, bailar, tocar el acordeón—, y habían conseguido un cierto éxito en ello. Estaban tan malcriados como el primer grupo, pero eran más sosegados. La mayoría se sentaban serenamente con sus padres actores y sus madres actrices, y el único ruido que emitían eran los horribles sonidos que brotaban de sus chicharras, armónicas y birimbaos.

—Malditos sean todos los aspirantes a Shirley Temple —había dicho en una ocasión John Valentine, en una de esas audiciones—. Los niños son un mal necesario en el escenario, supongo, si quieres revivir *Annie*, Dios no lo permita. Pero deberían ser encerrados en un baúl y almacenados entre bastidores cuando no estuvieran en escena. Sácalos, dales algo de comida y agua, deja que actúen, y luego vuelve a encerrarlos.

Pero reservaba lo peor de su desdén para los padres.

—¡Embaucadores todos ellos! —gruñía—. Frustrados, sin talento, comicastros por delegación. Murmuran en silencio las líneas junto con sus retoños, y sueñan con sus nombres en las marquesinas. Devoran a sus pequeños. Si el primero no funciona, verás los mismos rostros cinco años más tarde, con un nuevo mocoso de la mano.

Dodger, que había sido testigo varias veces de esta rutina de su padre, no decía nada, recordando la primera vez que la había oído, cuando había preguntado inocentemente si él no era también algo así, con ese memorizar todas las obras de Shakespeare.

Y su padre había apoyado las manos en los pequeños hombros de Dodger y había mirado intensamente a sus grandes ojos azules.

—Eso no es para ti, Dodger. Nada de espectáculos baratos para mi chico. Tú estás aprendiendo tu oficio, y es el más noble de todos los oficios. Es la única cosa en el mundo que vale la pena hacer.

—¿Dónde está tu formulario de autorización?

—¿Eh? —Dodger alzó la vista al rostro de una agraciada joven con una tablilla con varios papeles sujetos por una pinza y una expresión preocupada.

—Toma —dijo la joven, y le tendió un formulario impreso—. Haz que tu padre o tu madre firmen esto y luego espera hasta que llamemos tu nombre. Y por favor, no pierdas éste. —Desapareció tan rápidamente como había aparecido.

Dodger se dirigió a una mesa que rebosaba de comida. No había visto nada como aquello en las audiciones para el teatro. Su opinión sobre el negocio cinematográfico ascendió otro peldaño.

Buena parte de la comida parecía haber sido usada recientemente como munición en una lucha auténticamente épica, pero todavía quedaba la suficiente en bols, bandejas, e incluso en grandes mesas calentadas al vapor. Metió una gran salchicha en un gran panecillo, estrujó mostaza, lo remató todo con tres cucharadas de salsa, luego agarró una lata de coca-cola de un barril con hielo y se sentó en una silla. Dio un gran mordisco, luego barrió el mantel delante de él para despejarlo de restos de patatas fritas y migas y un poco de helado de barra que se estaba deshaciendo. Puso el formulario sobre la mesa y lo estudió. Parecía bastante sencillo. Miró a su alrededor, vio que nadie le prestaba atención.

¿Nombre? Llenó «Kenneth C. Valentine». Nombre artístico (si lo tienes): *Dodger el Habilidoso*. Padre o tutor: *John B. Valentine*. Edad: *8 años*.

Llenó todas las casillas, tras comprobar la letra pequeña para ver si mencionaba algo acerca de penalización por perjurio, una palabra que había aprendido hacía pocos días. Su padre le había advertido que siempre tenía que comprobar que no había nada parecido antes de firmar nada. Y había un espacio al fondo para la firma, pero no deseaban la suya, deseaban la de su padre. Miró de nuevo a su alrededor, luego reprodujo con exactitud las floridas curvas y los incisivos ángulos del autógrafo de su padre: *John Barrymore Valentine II*.

Terminó su perrito caliente y tendió el formulario a la mujer cuando pasó de nuevo por su lado. No creía que fuera a salir nada de aquello,

puesto que evidentemente iba a tomar un cierto tiempo probar a tantos niños. Mientras aguardaba oyó lo suficiente como para darse cuenta de que aquélla era la primera tanda de un grupo mucho más grande. La mayoría de los presentados aquel día ya habían sido enviados de vuelta a casa con el clásico beso de despedida resonando todavía en sus oídos: «Gracias por venir no nos llames te llamaremos nosotros».

Miró a su alrededor, a los setenta u ochenta que quedaban. Luego miró hacia la mesa donde la mujer había puesto el fajo de formularios.

Hummm.

Un grupo de chicos había estado corriendo alrededor de la mesa desde que se sentó. En su siguiente vuelta Dodger metió descuidadamente su pie por delante del líder, que cayó de bruces. Los otros cayeron encima de él. Los chillidos fueron ensordecedores, y en un momento un frenético grupo de padres se había congregado en una explosiva masa, tan volátil como la nitroglicerina. En menos de cinco segundos se lanzaba el primer puñetazo, y muy pronto después de eso cuatro padres sangraban por la nariz. Dodger se dirigió hacia la mesa del director de *casting* mientras todos los demás se apresuraban hacia el otro lado. Mirando a su alrededor para asegurarse de que todo el mundo estaba o bien observando la pelea o intentando detenerla, alzó el fajo de papeles. Allí estaba su solicitud, en el fondo. Vaya maldito lugar donde estar, decidió. Hizo un pequeño ajuste en el fajo y se alejó.

Al cabo de un momento otra mujer salió de detrás de una cortina. Tomó el formulario de encima.

—¿Kenneth Valentine? Kenny, ¿dónde estás, querido?

Dodger tironeó de su camisa.

—Oh, estás aquí. Bien, puedes venir conmigo, y tus padres deberán esperar… —Miró a su alrededor, desconcertada—. ¿Dónde están tus padres, querido?

—Oh, por ahí —dijo, señalando a nadie en particular. Sonrió y agitó la mano.

—Sí, bueno… —Pareció confusa por un momento, luego su rostro se iluminó—. Bueno, eso es diferente. Normalmente tengo que atrancar la puerta, y luego proteger la habitación para impedir que se cuelen. Muy bien. Ven por aquí, por favor.

La siguió a través de la cortina, luego a través de dos puertas. El ruido no murió por completo hasta que la segunda puerta se cerró detrás de él.

—Por aquí, chico —dijo una voz cascajosa.

Era una estancia grande, casi toda ella ocupada por una larga mesa de conferencias con una docena de sillas a cada lado y una a cada extremo. En las paredes había carteles de *El show de Gideon Peppy*, brillantes y alegres y de colores primarios, la mayoría exhibiendo la sonrisa maníaca del anfitrión del más seguido de los programas de televisión para niños en tres planetas, Gideon Peppy. Directamente frente a Dodger había tres personas sentadas juntas cerca de la parte media de la mesa. A un extremo había una mujer que no sonreía sentada rígidamente, con las manos cruzadas sobre la mesa, «un palo de escoba sentado sobre su culo», como habría dicho su padre. Al otro extremo estaba repantigado un hombre que Dodger necesitó unos instantes para darse cuenta de que era Gideon Peppy en persona.

—Siéntate, muchachito —dijo el hombre a la izquierda de la tríada, un hombre corpulento con una gran melena rubia y una camisa a cuadros escoceses—. Me llamo Lawrence Street y soy el director de *casting*. ¿Sabes lo que es eso?

—Sí, señor. —Dodger luchó contra el impulso de precipitarse hacia la mesa. «Mantén lentos tus movimientos», le había dicho muchas veces su padre, cuando le observaba ensayar. Iba a sentarse en una de las sillas cuando el segundo hombre, que estaba calvo hasta casi la parte superior de su cabeza, habló.

—Ocupa la siguiente —dijo con una ligera sonrisa. Dodger vio que había una especie de silla elevada allí. Se subió a ella con tanta dignidad como pudo reunir, pero se alegró cuando estuvo arriba, porque en la otra silla su barbilla hubiera quedado justo al nivel de la mesa. Cruzó las manos delante de su cuerpo y aguardó.

—Éste es Sam Mohammed —dijo Street, señalando al hombre de piel oscura—, y a su lado está Debbie Corlet. Son mis ayudantes. —Larry, Moe y Curly, pensó Dodger, intentando fijar los nombres en su cabeza—. La dama al extremo de la mesa es del Sindicato de Actores. Está aquí para asegurarse de que nos atenemos a las leyes laborales infantiles, pero no te preocupes por eso. —Tía Sindicato, muy bien. No presentó a Peppy, y

Dodger no se sorprendió, porque estaba familiarizado con el concepto del Hombre Que No Necesita Ser Presentado. Era una medida de su importancia.

Larry frunció el ceño hacia él a través de la mesa.

—Veo que no has traído una copia de tu guión, así que supongo que lo has memorizado. Lo que queremos que hagas…

—Disculpe, señor —dijo Dodger, pensando rápido—, pero no he tenido tiempo de estudiarlo. Si pudiera prestarme una copia…

—Las daban fuera en la puerta —dijo Larry, y su ceño se frunció más.

—Debieron olvidarme —dijo Dodger. Miró a Larry con ojos radiantes —. Soy muy rápido memorizando.

Los tres conferenciaron brevemente, y Larry se encogió de hombros.

—Qué diablos. Veamos lo rápido que es. Vaya y léaselo, Debbie.

—Eso no será necesario —dijo Dodger. Curly se estaba apresurando ya con el guión. Miró a su jefe, que hizo un gesto dubitativo de que le entregara los papeles. Dodger sonrió a la mujer y los tomó.

—¿Así que sabes leer? —dijo Moe, alzando una ceja. Hizo una marca en un impreso que tenía delante—. Eso está bien. ¿Qué es, el quinto hoy que sabe leer?

—El cuarto —dijo Gideon Peppy desde su extremo de la mesa. Dodger miró a la estrella a tiempo para verle meterse de nuevo el caramelo de palo que era su marca de fábrica en la boca.

—Tiene razón —dijo Larry—. Aquel primer chico estaba mintiendo, cualquiera podía verlo. —Miró a Dodger e hizo un gesto hacia el guión—. Así que lee, Kenny. Tienes dos minutos.

Dodger miró el guión, que tenía tres cortas escenas. Supuso que habían sido escritas especialmente para la audición. Esperaba que así fuera. Eran horribles.

—Muy bien —dijo. Los examinadores alzaron la vista de una susurrada conferencia que recién acababan de iniciar, y Larry frunció el ceño de nuevo. Tenía un gran talento frunciendo el ceño.

—¿Muy bien qué?

—Estoy listo.

El ceño de Larry se hizo colérico. Señaló a Dodger con un rechoncho dedo y se inclinó hacia adelante.

—No me gusta que me mientan, chico. No me sueltes toda esa mierda de no haber visto el guión, y luego esperes me crea que te lo has aprendido en menos de un minuto. Lo llevabas memorizado, porque simplemente no puedes…

—Deja que el chico lea —dijo Peppy. Todo el mundo se calló y le miró rápidamente. Tenía sus zapatos amarillos marca de la casa apoyados encima de la mesa y estaba reclinado en su silla, mirando al techo. Pareció que Larry saboreaba algo amargo, pero se volvió de nuevo hacia Dodger.

—De acuerdo. Debbie leerá la parte de Sue. Tú serás Sparky. Adelante. —Señaló a Dodger, luego hizo girar su silla y se volvió deliberadamente de espaldas.

—Vaya, Sparky —canturreó Curly con voz monótona—. No creí que volvería a verte tan pronto.

—No pueden librarse tan fácilmente de mí —dijo Dodger. Inmediatamente odió aquellas palabras, pero no sabía qué otra cosa podía hacer con ello. Siguieron a lo largo de toda la escena de un tirón. Al final Curly había aflojado un poco y puesto realmente un poco de expresión en las últimas dos líneas, pero la escena no era buena, y Dodger lo sabía. No había absolutamente ninguna indicación acerca del carácter de Sparky en el guión, y tampoco había nada sobre lo cual trabajar. Era un simple chiste sin gracia, aunque la indicación de risas sí estaba allí en la página: RISAS. Dodger sabía que tenían risas enlatadas en alguna parte en los estudios de televisión. Pensó que iban a tener que abrir un montón de latas de risas para que aquella escena funcionara.

Pero lo que sí funcionó, sorprendentemente, fue una risa.

SUE: ¡El chico es tan estúpido! No puedo creer que sea tu hermano.

SPARKY: (*ríe*). Puedes escoger a tus amigos y puedes escarbarte la nariz, pero no puedes esconder a tus familiares debajo de la alfombra.

Las risas a la medida eran algo que el pequeño Ken Valentine había aprendido muy al principio de su educación, incluso antes de que empezara

con la memorización. Lo aprendió siendo cosquilleado hasta pensar que iba a ponerse enfermo («Es una de las lecciones más fáciles que vas a aprender, Dodger. Cada vez que necesites reír, simplemente piensa en esto»). Funcionaba casi demasiado bien: a veces, cuando necesitaba reír, casi se ponía enfermo.

Así que rió, y produjo aquel sonido más bien extraño que había estado produciendo desde más o menos su quinto cumpleaños, un sonido que había hecho que la mandíbula de su padre cayera y le había hecho exclamar: «Buen Dios, he criado al Pájaro Carpintero».

Más tarde, cuando Dodger oyó la risa del Pájaro Carpintero, la comparó con la suya y pensó que su padre estaba equivocado (aunque no le dijo eso). La risa de los dibujos animados era forzada y artificial: Ja ja ja JA ja. Su propia risa sonaba real…, pero no como la risa de nadie, tenía que admitirlo.

Por el rabillo del ojo Dodger vio a Gideon Peppy bajar la vista. ¿Estaba sonriendo? No pudo decirlo, y pensó que era mejor no mirar para averiguarlo.

—Muy bien —dijo Larry—. Segunda escena.

No fue mejor que la otra. Moe leyó esta vez la otra parte, y fue peor que Curly, si era posible. La escena avanzó pesadamente hasta cerca del final, cuando Dodger vaciló.

—¿Qué ocurre, chico? —raspó Larry—. ¿Has olvidado tus líneas?

—No, señor. Es sólo que…

—Vamos, escúpelo.

—Bueno, esta línea es mala.

Los tres examinadores simplemente se le quedaron mirando. Dodger no pudo evitarlo; se echó a reír de nuevo. Esto no le sentó bien al trío, pero ¿qué se suponía que debía hacer? Imaginó a Larry con las manos sobre sus ojos, a Moe con los dedos en los oídos, y a Curly cubriéndose la boca. Vio que no había hecho amigos allí.

—Supongo que decir esto ha sido una mala idea —dijo, y empezó a ponerse en pie.

—¿Qué ocurre con la línea, Kenneth? —preguntó Gideon Peppy.

Dodger se volvió hacia la estrella.

—Señor, se supone que el chico tiene ocho años.

—¿Y?

—Y un chico de ocho años no habla así.

—¿Y? No puedo creer lo que estoy oyendo salir de tu boca.

—Yo no soy un chico de ocho años normal, señor.

—Eso parece.

—He tenido entrenamiento teatral, señor Peppy. Además, tengo ocho años, y ninguno de mis amigos hablaría así. —Barrió el guión de encima de la mesa con el dorso de la mano, desdeñosamente—. ¿Quién escribió esta mierda?

—Yo la escribí.

Al instante, una línea de *En el cargo*, una comedia que había leído hacía casi un año, saltó a su mente, y supo que era su única oportunidad.

—De pronto me gusta mucho más —dijo.

Peppy guardó silencio durante diez segundos completos, mientras los tres examinadores le miraban con la boca abierta. Entonces se sacó el caramelo de palo de su boca y apuntó con él a Dodger.

—Me gusta este chico —dijo—. Tiene descaro. Me recuerda a mí mismo cuando tenía su edad. —Se encogió de hombros—. Tienes razón, es una mierda. Lo escribí a toda prisa esta mañana, qué demonios, todo lo que queremos ver es si puedes recordar tus líneas. El resto es personalidad. Leedle la siguiente escena.

INTERIOR — DE NOCHE — LA BODEGA DE UN BARCO PIRATA.

SPARKY y su amigo ELWOOD y el resto de su pandilla están atados a una larga cadena sujeta al casco del barco. SPARKY tiene el candado en su mano y está intentando abrirlo.

ELWOOD

¡Apresúrate, Sparky! ¡Creo que oigo llegar a los piratas!

SPARKY

No me pongas nervioso. Creo que… ¡ya está! ¡Abierto! Vamos, chicos, tirad de la cadena a través de las anillas. ¡En silencio, en silencio! Ahora, Basil, Robin, Elwood, id a la escotilla de atrás. Boots, tú y yo y el resto iremos a la parte de delante, donde están las armas. Elwood, encuentra la santabárbara e intenta encender una mecha. ¡Nos superan en número, pero quizá podamos enviar esta vieja bañera a Davy Jones!

SPARKY y sus amigos se arrastran a través de la oscuridad y se apresuran escalerilla arriba.

EXTERIOR — DE NOCHE — LA CUBIERTA.

SPARKY sale de la escotilla, sorprendiendo al dormido guardia, que empieza a levantarse. SPARKY le golpea y toma su pistola, se vuelve para hacer volar la cerradura de la puerta de la armería. La pandilla entra en tromba.

BOOTS
¡Adelante, chicos, coged un arma! ¡Vamos!

SPARKY
¡Esperad a Elwood! ¡Está ahí arriba en alguna parte!

La tripulación pirata empieza a salir del castillo de proa, agitando machetes y disparando pistolas. La pandilla lucha contra ellos mientras Sparky se lanza hacia adelante. BARBAZUL el capitán pirata sale de su cabina.

BARBAZUL
¡Así que has escapado de nuevo, Sparky! Bien, esta vez no te saldrás con la tuya. (Desenvaina su espada).

SPARKY
¡Eres tú quién pasará por la plancha esta noche, capitán!

Toma una espada, y los dos luchan. ELWOOD llega corriendo de la santabárbara.

ELWOOD
¡La mecha está encendida! ¡Salgamos de aquí!

SPARKY atraviesa al capitán, extrae su espada.

SPARKY
¡Éste es el fin de tu carrera de asaltos y saqueos, capitán! (Ríe). ¿Lo has captado? ¡Adelante, chicos! ¡No hay tiempo que perder! ¡Por la borda, y nadad para salvar vuestras vidas!

La pandilla salta por los aires mientras el barco estalla detrás de ellos.

—«¡Apresúrate, Sparky! ¡Creo que oigo llegar a los piratas!».
Silencio.
—«¡Apresúrate, Sparky!» —empezó de nuevo Moe, pero Larry, al que parecía que Dodger no le gustaba en absoluto, interrumpió:
—¿Qué pasa, chico? ¿Lo has olvidado de nuevo?
—¿Cuál es mi motivación? —preguntó Dodger.
—¿Motivación? —quiso saber Larry. Pareció desconcertado.
—Sí, mi…
—¿Motivación? ¿Motivación? —preguntó Peppy, alrededor de su caramelo con palo—. ¿Qué es esa mierda de motivación? De pronto ya no me gusta tanto este chico. Tu motivación es soltarte y matar piratas. ¿*Capishe*?
—No, señor —dijo Dodger—. Quiero decir, ¿quién es Sparky? No puedo ofrecer una buena lectura a menos que sepa algo sobre él. —No hubo respuesta, así que se apresuró a añadir—: ¿Es feliz? Quiero decir, ¿disfruta de la vida? ¿O se preocupa demasiado? ¿Es estúpido? Quiero decir, se ha dejado capturar, ¿no? Así que… ¿está preocupado por el error que cometió? Cuál es su actitud, eso es lo más importante. ¿Debo interpretarlo como Errol Flynn, o como John Wayne, o como el Eliminador?

Peppy se inclinó hacia adelante, y el palo de su caramelo resonó en su boca mientras hablaba.

—Sparky es un pequeño muchachito despreocupado y listo, pero no tan listo que no se vea abrumado de tanto en tanto por lo que le sucede, ¿entiendes lo que quiero decir? Tiene confianza en sí mismo pero no hasta el punto de ser odioso a causa de ello. Su pandilla lo adora, y también las damas, la gente no deja de invitarle a refrescos. Es un chico ideal para tener a tu lado en una situación difícil, porque nunca le ocurre nada malo durante mucho tiempo. Es el hombre que tiene encanto pero no abusa de él. No porque sea estúpido, sino porque es modesto, ¿entiendes? Y también se puede confiar en él. Es colaborador, valiente, sincero e irrelevante. No patea a su perro, hace ejercicio regularmente, va a la iglesia, vota tantas veces como puede, siempre a la persona correcta. Es un memo, ¿entiendes lo que digo? Es Errol Flynn, definitivamente Errol Flynn. —Se inclinó aún más hacia adelante—. Con quizás un toque del Pato Daffy. Ahora, ¿podemos seguir leyendo?

Dodger no conocía al Pato Daffy pero, echando a un lado el sarcasmo, creyó poder obtener una imagen de Sparky.

—Hay un gran barco pirata, justo al otro lado de este estudio —dijo.

—¿Quieres que vayamos a leer allí? ¿Te ayudará a encontrar tu «motivación»? Allí es donde vamos a rodar la escena.

Oh, ¿de veras?, pensó Dodger. *Creía que la habías escrito a toda prisa esta mañana*.

—¿Podemos hacer una pausa de un segundo? —preguntó.

Peppy se echó hacia atrás en su silla y miró de nuevo al techo.

—Una pausa de un segundo, una pausa de un segundo. —Clavó de nuevo sus ojos en Dodger—. Te diré un secreto. La única razón de que estés todavía aquí es que la mayoría de los chicos apestan apenas abren la boca. La mayoría salen de aquí en menos de treinta segundos, ¿no es así? Díselo, Debbie, ¿no digo la verdad en eso? —Debbie asintió rápidamente—. Creí ver algo en ti cuando estaban leyendo esa otra mierda. Ahora no estoy tan seguro. Pero raras veces me equivoco, así que tienes tu segundo. Demonios, dos segundos. Encuentra tu motivación. Despiértame cuando estés listo. —Y volvió a reclinarse en su silla.

Dodger cerró los ojos e intentó hallar la clave de la escena. «Siempre hay una clave —le había dicho su padre—. Puede ser una clave para toda la obra, o simplemente para una escena. Hitchcock lo llamaba un McGuffin».

Bien, estaba el candado, ¿no? Quizá no fuera una clave, pero al menos era un candado. Si Sparky no abre ese candado no hay escena, simplemente unos cuantos chicos sentados en la oscuridad.

Abrió los ojos y bajó la vista. Hizo que su mano sujetara el candado, modeló sus dedos a su alrededor, sintió el frío metal. ¿Qué sensación proporcionaba? Bien, estaba un poco oxidado. Todo el metal de aquel barco estaba un poco oxidado. Era un candado grande, antiguo, redondo, pesado, con un gran agujero para la llave. Las guardas en su interior debían de ser enormes cosas resonantes, barras de metal que podían ser accionadas por una gran llave maestra, que podían ser movidas por una astilla de madera arrancada de la cubierta de un barco pirata.

Lo vio en su mano. Sintió su peso.

Ahora, ¿cómo abriría Sparky un candado? Pensó en la gente que fruncía los ojos ante una tarea como aquélla, que se mordía la punta de la lengua. Pero no él. No Sparky. Él frunce el ceño, pero con una ceja alzada. Sabe que puede hacerlo. Tiene confianza en sí mismo, va a ser sólo cuestión de tiempo, y parte de su mente está ya ocupada en lo que va a hacer cuando esté libre. Dodger notó que alzaba un poco los hombros, apartaba ligeramente los codos de sus costados. ¿Jimmy Cagney? Sólo un poco, pero sin la ruindad. Una comisura de sus labios se alzó hacia arriba. Iba a ganarle a ese maldito candado, la cosa no tenía ninguna oportunidad.

Se puso a trabajar.

—¡Apresúrate, Sparky! ¡Creo que oigo llegar a los piratas!

Ése es Elwood, pensó Sparky. *Siempre sobresaltándose con fantasmas*. Sparky había estado escuchando y no había oído nada. Se encogió de hombros.

—No me pongas nervioso. —Notó que las oxidadas guardas se movían, muy poco, sólo lo suficiente. Pero la astilla no era muy resistente, podía romperse en cualquier momento.

—Creo que…

Con un satisfactorio *clinc*, la anilla del candado se abrió.

—¡Ya está! ¡Abierto! Vamos, chicos, tirad la cadena a través de las anillas. ¡En silencio, en silencio!

(Dodger se puso en pie en su silla).

—Ahora, Basil, Robín, Elwood, id a la escotilla de atrás —hizo un gesto hacia su derecha—. Elwood, encuentra la santabárbara e intenta encender una mecha. ¡Nos superan en número, pero quizá podamos enviar esta vieja bañera a Davy Jones, aunque tengamos que hundirnos con ella!

(Dodger se subió a la mesa de conferencias y se arrastró hacia Gideon Peppy).

Sparky levantó cuidadosamente la tapa de la escotilla y miró por la rendija. Cuando vio al guardia dormido saltó fuera y le golpeó en la mandíbula, luego tomó su pistola de pedernal mientras caía. La pandilla se agrupó a su alrededor.

—¡Adelante, chicos, coged un arma! —dijo Moe Boots—. ¡Vamos!

Entonces los piratas cayeron sobre ellos. Sparky disparó su pistola, luego la arrojó al rostro de un pirata. Agarró una espada y empezó a dar tajos a derecha e izquierda, hasta que de pronto allá estaba la malvada figura de Barbazul, su eterna némesis.

—¡Así que has escapado de nuevo, Sparky! Bien, esta vez no te saldrás con la tuya. —Extrajo su espada y adoptó la posición *en garde*. Sparky se puso firmes, inclinó la cabeza y saludó al capitán con su espada. Rió, desafiante.

—¡Eres tú quién pasará por la plancha esta noche, rufián!

Se enzarzaron en la agitada cubierta, resbaladiza a causa de la sangre. Sus aceros resonaban en la noche y llameaban a la anaranjada luz de las antorchas. De pronto hubo un grito.

—¡La mecha está encendida! ¡Salgamos de aquí!

Sparky, que había estado jugando con el capitán, se lanzó ahora hacia adelante y atravesó con su hoja el vil y negro corazón de Barbazul. El pirata cayó, mortalmente herido. Sparky plantó su pie en la rizada camisa y liberó su espada.

—¡Éste es el fin de tu carrera de asaltos y saqueos, capitán! —Echó su cabeza hacia atrás y rió triunfante—. ¿Lo has captado? —Entonces se volvió a sus hombres, con los brazos alzados, e hizo un firme gesto hacia la

popa—. ¡Adelante, chicos! —gritó—. ¡No hay tiempo que perder! ¡Por la borda, y nadad para salvar vuestras vidas!

Avanzó por la cubierta, vio la barandilla allí delante y saltó. Estaba cayendo, cayendo, el negro mar allá abajo se alzó para recibirle, y ¡mierda! ¡Era una moqueta gris!

Dodger sólo tuvo tiempo de encogerse un poco e intentar rodar sobre sí mismo, pero su cabeza golpeó pese a todo contra el suelo con un sordo *tump*.

Se sentó y sacudió la cabeza. Había un sonido campanilleante en sus oídos. Visualizó un anillo de gorjeantes pajarillos azules girando alrededor de su cráneo, y se preguntó si era ésa la parte del Pato Daffy. Luego alzó la vista para ver cuatro rostros inclinados sobre él. Larry fue el que habló primero.

—¿Han visto esto? ¿Han visto lo que ha hecho? ¡Jesús, pensé que iba a lanzarse directamente contra usted, señor Peppy! ¿Lo ha visto? Saltó directamente sobre él. ¡Directamente sobre él! ¡Jesús!

—El chico está loco —estaba diciendo Curly—. Nunca vi nada parecido.

—Kenneth —dijo Peppy, una isla de calma—. Muchacho, mírame. ¿Estás bien? ¿Llamo a un médico?

Dodger negó de nuevo con la cabeza.

—No, estoy bien.

Peppy se sacó el caramelo de palo de la boca y lo miró.

—Maldita sea —dijo—. Lo he partido por la mitad.

El maldito lugar no parecía tener ningún final.

Después de que Dodger escapara de la audición, se dio cuenta de que seguía perdido. No sólo seguía perdido, sino que se estaba haciendo tarde. Sus esperanzas de que la audición de su padre se hubiera prolongado se estaban desvaneciendo rápidamente, y cada esquina que doblaba parecía llevarle de vuelta a un lugar que ya había visto antes. Sin embargo no parecía que estuviera caminando en círculos.

Cuando notó una gran mano en su hombro casi lanzó un grito. Alzó la vista hacia un delgado rostro con el ceño fruncido.

—¿Qué te ocurre, hijo? —dijo el hombre con voz arrastrada—. Parece como si te hubieras caído de un bucle temporal.

Y que lo digas, pensó Dodger. Ambos se detuvieron, y Dodger lo examinó de pies a cabeza. Era un hombre alto, vestido de forma anacrónica con unos pantalones de lana holgados por el uso, una chaqueta gris con chaleco y una camisa blanca. La única nota de color en su persona era una tira de tela anudada alrededor del cuello de su camisa. Dodger buscó la palabra, una que había subrayado hacía pocos meses: corbata. Y el sombrero informe perchado sobre su cabeza era un fedora.

Ciertamente no era la única persona vestida de forma extraña que Dodger había visto en los pasillos; aquello era un estudio de cine. Había visto indios pieles rojas con mocasines y chinos amarillos con pijamas de seda y negros hotentotes con frac. Había visto extraterrestres verdes y púrpuras con anticuados trajes de presión. Pero todos ellos daban la impresión de estar de algún modo disfrazados. Este hombre parecía como si simplemente acabara de salir de una máquina del tiempo. Parecía un poco deslucido, amarillento, como una vieja foto en un álbum. Era en color, pero no era en Technicolor.

—Me temo que estoy un poco perdido —admitió. Se sintió inmediatamente abrumado. Nunca se había supuesto capaz de admitir aquello. La Luna era un lugar extraño, como le recordaba su padre cada vez que actuaban allí. Tenían algunas extrañas ideas en aquel lugar, ideas que no hacían necesariamente fácil el que un padre solo criara a un hijo. Las autoridades de bienestar infantil, por ejemplo, podían tener algo que opinar acerca de que Dodger fuera dejado solo todo el día mientras su padre acudía a audiciones. Eso no tenía mucho sentido para Dodger. ¿Qué esperaban? En estos momentos su padre estaba un poco corto de dinero y no podía permitirse contratar a una canguro…, una idea que de todos modos ofendía a Dodger. ¿Cómo esperaban que una persona consiguiera papeles, se ganara la vida, pusiera pan en la mesa, si no podía buscar trabajo?

Pero si Dodger era descubierto perdido y solo seguramente sería llevado a la Escuela Estatal. Dodger nunca había visto aquella Escuela Estatal, pero

sí había visto *Oliver Twist*, con *sir* Alee Guinness como Fagin, y su padre le aseguraba que la Escuela Estatal era algo muy parecido a aquello.

Alzó la vista para evaluar la reacción del hombre. Frunció el ceño. ¿No había visto a aquel tipo en alguna otra parte antes? El hombre frunció pensativo los labios.

—¿Un poco perdido, dices? Bueno, sé como se siente uno. Yo también me he sentido un poco perdido allí y aquí. Pensando bien en ello, fue más bien aquí que allí, o al menos así es como me sentí.

—No sé dónde es allí —dijo Dodger.

—¡Eso es exactamente! —croó el hombre—. ¿Qué tienes en la mano?

Dodger le entregó el papel, y el hombre tomó algo de su bolsillo y se lo puso en el rostro, frunciendo los ojos a través de sus piezas de cristal mientras leía. Dodger nunca había visto a nadie usar gafas para nada más que no fuera como utilería en un escenario. El hombre señaló al fondo de la página.

—¿Gideon Peppy? ¿Has conocido a Gideon Peppy?

Dodger asintió.

—Vaya, debo decir que me siento impresionado. El señor Peppy es un hombre poderoso por aquí. Sí señor, un hombre muy poderoso. No todo el mundo consigue conocerle.

A Dodger no le importaba demasiado aquello. En todo lo que podía pensar ahora era en el reloj tictaqueando y en su padre aguardando.

—¿Trabaja usted aquí? —preguntó.

—Oh, no, no es como te piensas —dijo el hombre—. Más bien se podría decir que vivo aquí. Pero no trabajo aquí, ya no. Aunque lo hice, en su tiempo. Hace mucho tiempo, antes de que esto fuera la Sentry/Sensational. —Echó a andar, con las manos metidas en los abultados bolsillos de sus pantalones, y Dodger decidió caminar con él. ¿A qué otro lugar podía ir?

—Jack Sensational compró los Estudios Sentry…, oh, eso fue hace unos cuarenta, cincuenta años. Sólo que su nombre no era Sensational por aquel entonces. Era Pudding. Jack Pudding, se llamaba. Supongo que pensó que no mucha gente iría a ver un filme de Pudding Pictures, así que se lo cambió.

Dodger se echó a reír pese a sí mismo, luego alzó la vista para ver si el hombre larguirucho se estaba burlando de él. No pudo ver ningún signo de ello en el inexpresivo rostro. Estuvo más seguro que nunca de haber visto a aquel hombre antes.

—Es una vieja tradición de Hollywood, ¿sabes? Conocí a un hombre que se llamaba Goldfish. Samuel Goldfish. Era un tipo judío, creo. Bueno, no sé lo que significa Goldfish en hebreo, o quizá los judíos piensen que Goldfish es un nombre espléndido, nunca he hablado de ello con ningún judío, ¿entiendes?, pero al parecer el viejo Sam se dio cuenta muy pronto que en Norteamérica, que es donde vivía, los norteamericanos pensaban que era un nombre más bien estúpido: Pececillo de Colores. Así que lo cambió a Goldwyn, que no significa absolutamente nada.

—¿Quiere decir… el tipo de la Metro-Goldwyn-Mayer?

—Ése es. Sólo que el viejo Sam se salió antes incluso de que Metro se apeara. Era el viejo Louis B. quien dirigía el cotarro. Louis B. Mayer. Y ése era el tipo para quien trabajé. La Metro se hizo pedazos hace mucho tiempo, y durante años creo que fue la Sony Pictures o algo así. Pero la Sony se convirtió también en otra, y ésa fue engullida por otra gran compañía, y cuando se hubo posado todo el polvo, bien, era la Sentry Motion Picture Company. —El hombre se detuvo a adoptó la bien conocida postura del centinela gigante con su rifle que Dodger había visto en su camino hacia allí, sólo que cuando lo hizo fue algo cómico, con su rostro de ojos muy salidos, su boca en una pequeña O de sorpresa. Fue entonces cuando Dodger lo reconoció.

—Usted es Jimmy Stewart —dijo.

—Bueno, no, eso no es cierto —dijo el hombre, rebuscando en el bolsillo de su cadera y sacando una billetera—. Me llamo Dowd. Elwood P. Mira, déjame darte una de mis tarjetas. —Dodger la tomó y la miró. El número de teléfono había sido tachado con un lápiz, y uno nuevo escrito debajo:

Llame al ~~Norshide 777~~
Pennsylvania 6.5000

—Si quieres llamarme usa este número, no el primero. El primero es el antiguo.

Dodger iba a decir que lo había visto hacía apenas unas semanas en *El hombre que mató a Liberty Valance*, con John Wayne y Lee Marvin, dirigido por John Ford, pero lo de los teléfonos lo envió de vuelta a su problema.

Se suponía que debía llamar sólo en emergencias.

John Valentine se mostraba suspicaz ante la mayor parte de los avances tecnológicos, consideraba incluso aquellos de los que se aprovechaba sólo como males necesarios. Para él, el teléfono todavía era un artilugio con colmillos. Se negaba a hacerse implantar uno en la cabeza, como la mayoría de la gente. Pero uno nunca puede decir cuándo un agente puede estar buscándote frenéticamente, así que llevaba un portátil de bolsillo.

Los teléfonos para niños eran a la vez impropios y un gasto injustificado. Dodger no disponía de ningún teléfono, ni interno ni de otro tipo. Para emergencias estaban los teléfonos públicos.

Pero los teléfonos también funcionaban como los omnipresentes oídos del gobierno, de las fuerzas de la ley, y John Valentine nunca había estado en buenas relaciones ni con uno ni con las otras. Estaba convencido de que todas las conversaciones eran monitorizadas y grabadas. Así que mejor que fuera una maldita emergencia.

Éste era pues el problema con el que se había estado debatiendo Dodger. Estaba ya más allá de esperar poder salirse de aquello sin consecuencias que ni siquiera podía imaginar. Su padre iba a ponerse furioso de todos modos. ¿Empeoraría o mejoraría las cosas una llamada? Y, más importante aún, ¿se atrevería a hacerla cuando la gente de la Escuela Estatal podía estar escuchando?

—¿Y cuál es tu nombre?

—¿Eh? —Dodger casi había olvidado al señor Dowd—. Oh, me llamo Kenneth. Kenneth Valentine.

—No. No me lo digas. No puedes ser Dodger Valentine, el hijo de John B. Valentine.

Dodger alzó la vista, asombrado y momentáneamente esperanzado.

—¿Conoce usted a mi padre?

—Oh, por supuesto que sí. Aunque a decir verdad no es como si fuéramos compinches. Y por supuesto conozco su trabajo. Todo el mundo que sepa algo de teatro conoce a John Valentine.

—Señor Dowd, ¿podría usted…?

—Llámame Elwood. Todo el mundo me llama Elwood.

—Elwood, tengo que…

—Espera, creo que lo vi aún no hace treinta minutos. ¿Dónde fue eso…?

Dodger estaba saltando de excitación.

—Señor… Elwood, por favor recuerde. Necesito encontrarle.

Elwood se agachó y miró a Dodger, luego tomó un pañuelo de su bolsillo y le secó los ojos.

—Sí, señor. Creo que tienes que encontrarle. Bien, vamos a hacer algo al respecto, ¿quieres? —Se puso en pie y tomó a Dodger de la mano.

Doblaron una esquina, recorrieron un largo pasillo con puertas a ambos lados, luego doblaron dos esquinas más, y allí estaba, John Valentine, de pie, alto como siempre, sonriendo a los transeúntes. Sin mostrar nada de la agitación que ciertamente sentía.

Dodger tragó dificultosamente saliva, avanzó unos pasos, luego miró a su alrededor en busca de Elwood.

Se había ido.

Entonces miró de nuevo a su padre, y allí estaba Elwood, de pie a su lado. Las diferencias respecto a Elwood se hicieron más pronunciadas cuando lo vio de pie junto a su padre. Dodger no supo qué pensar. La presencia de Elwood, de alguna forma, no era enteramente sólida. Tampoco era translúcida. Arrojaba una sombra. Pero Dodger supo que no era como la otra gente.

Avanzó de nuevo, y entonces su padre lo vio. John Valentine se volvió hacia su hijo, y algo peligroso llameó en sus ojos. Dodger siguió avanzando, pero rebuscó en su bolsillo y extrajo los papeles que le habían dado y los tendió ante él como un escudo.

—¿Qué le has hecho a tu pelo? —preguntó su padre.

Dodger se llevó la mano a la cabeza. ¡Lo había olvidado!

Después de que todo quedara arreglado en la sala de audición habían llamado a un hombre de maquillaje. Sentaron a Dodger en una silla, y antes de que se diera completamente cuenta de lo que ocurría el hombre le estaba cortando el pelo, por encima de las inefectivas protestas de Tía Sindicato, que no dejaba de preguntar dónde estaban los padres del chico. Peppy había vuelto a su considerable encanto, señalando la firma en el fondo del formulario de autorización y leyendo un párrafo acerca de su conformidad a realizar cualquier cambio en el aspecto personal que fuera requerido para realizar mejor la prueba. Dodger pensó que era mejor no decir nada al respecto. Quizá firmar el papel con el nombre de su padre no había sido una buena idea después de todo.

Antes de que se diera cuenta de ello, el largo pelo de Dodger había sido sacrificado. Antes había sido rubio; ahora era de un amarillo violento, un amarillo jamás visto antes en una cabeza humana. A cada lado se proyectaba ahora recto, como dos alas. La parte superior de su cabeza fue afeitada, excepto una estrecha franja mohawk que fue esponjada formando un copete de diez centímetros de alto. En cada una de las franjas de cuero cabelludo desnudo el peluquero había tatuado rayos naranjas. Sus cejas habían sido afeitadas y reemplazadas también con rayos.

Dodger se parecía a un chico que hubiera metido los dedos en un enchufe eléctrico.

Fue esta aparición, no el chico con aspecto de querubín que había dejado en la sala de espera, la que se acercó ahora a John Valentine. Que su desánimo no se hiciera evidente en su rostro —excepto para Dodger— era un tributo a su enorme talento de actor.

Pero Dodger podía verlo en sus ojos. Estaba metido en un gran problema.

Realmente no había nada que decir. Tendió el papel, y finalmente su padre lo tomó.

Estaba arrugado, y había una gran mancha de mostaza justo en el centro. Pero en el fondo estaba la firma de Gideon Peppy. Y en la parte superior decía: «Propuesta de contrato».

Grapado a él había un cheque por veinte mil dólares.

Cuando desperté esta vez me quedé simplemente tendido durante un rato, recordando aquella antigua audición. Hacía noventa y dos años. ¿Adónde había ido a parar el tiempo?

Dios, aquel pelo era horrible. Pero por aquel entonces me gustó.

Me volví y encontré el reloj.

Cuatro días.

Problemas. Muchos problemas.

En la mejor de las circunstancias, no puedes esperar que tu amistoso camello del barrio tenga su correspondiente oficina de reclamaciones donde puedas ir a quejarte de la calidad de su mercancía. Tienes que guardarte tus quejas para ti mismo, aunque de buena gana le hubiera roto las rodillas y los codos si le hubiera echado la mano encima. Pero si hubiera esa posibilidad sin duda no hubiera diluido de aquel modo su producto. En eso jugaba sobre seguro. Cualquiera que vende píldoras atontadoras sabe que lo hace a gente que va a salir del planeta, y que es muy poco probable que vuelva en un término de meses, años…, o nunca, si las cosas van bien al otro lado. Seguro para él, por supuesto. Espectacularmente poco seguro para mí. Era un asesinato, puro y simple.

Bien, ¿qué puedes esperar de un camello?

Mastiqué lentamente una barra de cereal untada en miel mientras tomaba en consideración mis opciones.

La número uno era la más obvia. Simplemente come tan poco como puedas durante esos períodos despierto, e intenta aguantar durante los últimos cuarenta días con lo que te quede. Una tortura, por supuesto, pero…, ¿era posible? Lo estudié de una docena de formas diferentes y no dejé de obtener la misma respuesta: no lo sabía. Simplemente no tenía datos suficientes acerca de índices de inanición. Sabía de gente que ayunaba durante largos períodos de tiempo, pero no tenía cifras fiables. ¿Y no habían sufrido ningún daño? Creía haber oído algo al respecto. Los daños cerebrales pueden se irreversibles.

De lo que sí estaba seguro era de que iba a estar muy hambriento todo el tiempo. Y podía volverme loco ahí fuera sin más compañero que mi apetito.

La opción número dos implicaba abandonar el Pantech y abrirme camino hasta el núcleo central de la nave. Era arriesgado en el mejor de los casos, pero probablemente lo conseguiría. Una vez llegara allí, por supuesto, tendría comida. Siempre llevaban abundancia de buena comida en esas naves de carga, puesto que los alimentos de *gourmet* son uno de los alicientes para que la gente acepte un trabajo tan solitario como ése.

Seguro, me alimentarían bien. Y me entregarían a la policía tan pronto como llegáramos a nuestro destino. Puesto que no podía pagar mi pasaje eso significaba la cárcel, y en Oberón eso significaba el equipo de gravedad. No, gracias.

La tercera opción era un poco vaga, y en realidad era una especie de subopción a la número uno. Algunas de esas cajas de carga a mi alrededor contenían con toda seguridad comida. Si buscaba bien el tiempo suficiente, podía encontrar algo.

Quizá trescientas toneladas de cebollas, o un cargamento de perejil, o un tanque de gaseosa de dieta que podía estallarme en la cara.

Puse todas esas opciones a un lado, y me concentré en la número cuatro.

Casi odio mencionar la opción número cuatro, porque en el mejor de los casos era nebulosa. Me pregunté a mí mismo: ¿hay alguna forma de extender los períodos de sueño hasta toda la semana con la que había contado? Y la respuesta a eso era… tal vez. Lo que tenía en mente era la autohipnosis.

Una de las cosas que hago para sobrevivir en las épocas en que no hay trabajo es magia. No sólo el truco de las tres cartas y sus infinitas variaciones, aunque he llegado a ser un especialista reconocido en ello. Y no la manipulación de cartas para conseguir ventaja en la mesa de póquer, aunque soy completamente capaz de eso también. Las mismas habilidades en desarrollar un timo en la calle pueden ser usadas en un escenario donde no interviene el dinero (excepto por supuesto el coste de la entrada). Prestidigitación. Juegos de manos. Habilidad con los trucos. En mi equipaje, al lado del *show* de Punch y Judy, están las herramientas básicas de El Sorprendente Klepto, Mentalista Extraordinario. Consisten

principalmente en una capa negra, una chistera y una varita mágica, y en caso necesario puedo hacerlo sin varita. La mayoría de los trucos que hago pueden realizarse con objetos hallados en cualquier parte o fabricados apresuradamente. Puedo trabajar a distancias cortas en una habitación pequeña o en la calle, en un *cabaret*, o en el escenario de un teatro, y estoy disponible para cumpleaños, despedidas de soltero, monarquías y *bar mitzvahs*.

Soy sincero al respecto. No hay auténtica magia, por todo lo que sé. Es todo ilusión, y se lo digo antes de empezar. Soy conocido como Klepto porque una buena parte del trabajo a corta distancia implica aliviar al público de joyas, billeteras y otros objetos que las personas suelen llevar encima, luego hacerlos aparecer de nuevo ante el regocijo general.

O no, si creo que el objeto no va a ser echado en falta.

No hay auténtica magia, he dicho, pero el hipnotismo siempre parece algo cercano a ella, incluso para mí. Puedo hipnotizar a otros y hacerlos pasar por el antiguo repertorio de trucos que los mesmeristas de salón han estado utilizando con sus víctimas a lo largo de siglos: producir sonidos animales, revertir a la infancia, quitarse la ropa, y en general hacer el ridículo de mil y una maneras. O puedo hipnotizarme a mí mismo, y algunas partes del acto se vuelven mucho más fáciles para mí. Llámenlo yoga si lo desean. Principalmente es un control incrementado de las funciones corporales involuntarias, y aprendí la mayoría de lo que sé de —¿quién si no?— una gitana en una jungla de vagabundos justo en las afueras de Puertomarte. La mayoría de las lecciones tuvieron lugar en la cama.

El truco es convencerte a ti mismo de que eres capaz de hacer algo improbable. Si no es absolutamente imposible —nunca recomendaría intentar volar agitando los brazos—, se sorprenderían de las cosas que pueden llegar a hacer.

¿Podía convencerme a mí mismo de dormir durante una semana?

El truco de la hipnosis es engañarte a ti mismo a creer que algo que es posible es de hecho cierto. El sueño era el resultado final que estaba buscando, pero ése era el final. Lo que proponía era empezar por el principio, por los medios del sueño.

Así que disolví dos de las píldoras blancas en un vaso de agua, y lo sostuve delante de mí. Contemplé sus lechosas profundidades.

«Eres poderosa», le dije a la poción. «Me harás dormir durante una semana».

Ajá. Correcto.

Volví transparente mi burbuja y adopté la posición del loto sobre mi colchón. Las frías estrellas me miraron, pero las ignoré. En cambio contemplé los caballos del futuro carrusel que se mecían suavemente. Dormían pacíficamente. Si ellos podían hacerlo, también podía yo.

—Oh mano palma bum. Oh mano palma bum.

Éste era mi mantra, convenientemente adaptado para mi delectación. La gitana tenía su propia versión, una impronunciable traducción al romaní del original… ¿hindi?, ¿urdu?, ¿sánscrito? No lo sabía, pero la mayoría de la gente reconocería el antiguo canto del *om mani padme hum*. Las palabras no significan nada, de todos modos, a menos que seas budista, y mi versión era mejor que la que usaba una antigua amiga mía: «¡Oh mami, papi me ha…!». Nunca llegué a preguntarle si era cierto.

—¿Oh mano palma *bum*? ¡O mano palma *bum*! Seguí con esto durante media hora. Conseguí sumirme en un estado soñoliento y receptivo, pero no lo bastante profundo como para creer que las pastillas cargaban con toda su fuerza.

Bueno. No había esperado que lo hicieran.

Pero ¿no tengo algo en mi armario de las medicinas que pueda ayudar…?

Lo abrí y revisé su magro contenido, y allí estaba. Era un frasco medio lleno de pastillas blancas. La etiqueta decía ASPIRINA. Oh, sí, pero ¿no las había reemplazado allá en…, dónde era, Brementon? Sí, eso era. En Brementon había reemplazado las inocentes pastillas blancas contra el dolor de cabeza por un inocente potente narcótico blanco. Un narcótico muy potente. Recordaba haberlo hecho. Podía verme a mí mismo vaciando las aspirinas. Me veía echando las aspirinas al cubo de la basura. Me veía a mí mismo abriendo una botella marrón, derramando pastillas de potente narcótico en mi mano, y poniéndolas cuidadosamente en el frasco de las aspirinas. Podía oírlas resonar todavía en el estrecho cuello del frasco.

¡Estupendo! Ahora tenía un frasco de potente narcótico. Quizá me permitiera dormir durante una semana, junto con las píldoras atontadoras.

Sacudí dos de las pastillas a mi mano. No, mejor que fueran cuatro.

En cada una de ellas, en pequeñas letras rojas, había la palabra ASPIRINA.

Por un momento todo el castillo de naipes se estremeció, amenazó con derrumbarse.

¡Ah, pero espera!

Me hubiera echado a reír, de no ser por el rarificado estado de bendición zen en que me encontraba, de modo que me contenté con una beatífica sonrisa. ¡Estúpido muchacho! ¿No lo recuerdas? Por supuesto que sí. El… el tipo al que se lo compraste te dijo… dijo… dijo… que él había escrito ASPIRINA en el potente narcótico de modo que si alguien lo examinaba, viera ASPIRINA, y pensara que no valía la pena robarlo. Pero que era un realmente potente, potente narcótico.

De hecho, podía ser demasiado potente. No te tomes cuatro. Devolví una al frasco. Tres serían suficientes.

Me las metí en la boca y las tragué con la gredosa solución de las píldoras atontadoras. Luego me dediqué a limpiarlo todo, sabiendo que pronto iba a quedarme dormido. Tropecé con el *netsuke* de la rana y el cráneo y lo tomé. Me quedé contemplando la rana, y ella me devolvió la mirada.

Me gustaba el tacto que tenía en mi mano, así que lo mantuve cogido. Adopté de nuevo la posición del loto y acaricié el antiguo y frío marfil con el pulgar. Gradualmente se fue calentando bajo mi mano. Pude sentir como una pulsación en la garganta de la rana.

Me dormí.

Dodger se apresuró a través de la concurrida terminal de pasajeros del espaciopuerto de King City, aferrado a la mano de su padre, sintiéndose un poco como un globo al extremo de una cuerda. No era una mala sensación, pero tampoco era una sensación segura. No había nada que hacer al respecto. Cuando su padre se excitaba, se movía muy aprisa.

Padre e hijo iban vestidos con pantalones y zapatos blancos, largas chaquetas blancas que abrochaban por delante a todo lo largo y tenían cuellos altos y rígidos. Llevaban turbantes naranjas rodeando sus cabezas. La piel de sus manos y rostros era ahora de un color cobrizo claro, y John Valentine lucía unos perfectamente recortados bigote y barba. Bajo el turbante, Dodger estaba tan calvo como un huevo. El impresionante pelo amarillo había desaparecido, lo mismo que los rayos tatuados.

Valentine se apresuró hacia el mostrador de la Inner Planet Budget y le sonrió a la joven que estaba detrás. La joven sonrió a Dodger, que parecía un modelo a escala de su apuesto padre sin el bigote y la barba.

—Buenos días —dijo Valentine, con un ligero acento—. Estoy buscando una reserva en la persona de Rajiv Singh y su muy estimado hijo Rahman. Hemos encargado dos pasajes en un camarote interior a Flip City, Marte, con conexión a Nueva Amritsar.

—Sí, señor Singh, tengo sus reservas aquí. —La joven hizo algo en su máquina expendedora de billetes y extrajo un rectángulo de plástico transparente que destelló con los colores del arco iris cuando la luz incidió sobre él—. Serán quinientos cincuenta y siete dólares con diecinueve centavos, incluidos impuesto de transporte, impuesto de consumo, impuesto de diversiones, impuesto de transacción, impuesto sobre el valor añadido, tasas de utilización del espaciopuerto, y la contribución voluntaria obligatoria de apoyo al oxígeno del indigente. ¿Puede darme su número de crédito, por favor?

—¡Oh, Dios mío, no! —La sonrisa de Valentine estaba todavía en su lugar, pero rechinaba los dientes—. ¡Sólo dinero en efectivo, por favor! «No prestes ni dejes que te presten», según el pobre Richard Almanack. Y respecto a esos otros estipendios… —Se inclinó hacia adelante y estudió las líneas en la pantalla. John Valentine pagaba pocos impuestos innecesariamente y ninguno voluntariamente. «El acosado y siempre con prisas público que viaja es un mercado propicio para los timos, Dodger», decía siempre que iban a alguna parte. «La mayoría de ellos no tienen ni idea de que no todos esos impuestos se aplican a ellos». Tras cinco minutos de regateo, había eliminado seis dólares de diversiones («No tenemos intención de divertirnos»), transacción («Esto se aplica solamente a

operaciones de crédito») e impuesto sobre el aire («Nuestro templo contribuye más que generosamente cada año al Fondo de Respiración de los Mendigos», o como dijo en una ocasión Richard Almanack, «ya pagué en la oficina»).

Vencidas todas esas batallas, Valentine extrajo su fajo de billetes del bolsillo de su chaqueta y pagó. La joven validó el billete y se lo tendió.

—Ahora, ¿puedo ver su pasaporte, por favor?

—¿Pasaporte? ¿Pasaporte? Seguro que me han dicho que no era necesario, para viajes de turismo o peregrinaje religioso que no excedan de más de dos semanas de duración. Rahman, hijo mío, ¿llevas tú los pasaportes? —Valentine había estado palmeando sus ropas y explorando distraídamente sus bolsillos. Sonrió—. Somos sijs —explicó—. ¡Rahman!

Dodger había estado absorto soñando que estaba en alta mar a bordo de un barco pirata. Ahora despertó con un sobresalto y palmeó todos sus bolsillos.

—No, padre mío.

—Bien, ¿lo ve? —dijo Valentine.

—Tiene usted razón, por supuesto —dijo la joven—, pero necesito alguna identificación.

—Esto no debería de ser ningún problema —le aseguró Valentine—. Aquí hay una abundancia de tales objetos. —Exhibió un abanico de tarjetas sobre el mostrador, como una mano ganadora de póquer. Dodger sintió que la presión sobre su mano se incrementaba. Era muy poco probable que el señor Rajiv Singh echara en falta aquellas pertenencias, puesto que en aquellos momentos estaba volando hacia Neptuno bajo la acción de una dosis de píldoras alentadoras, sólo en la primera semana de su viaje. Valentine le había asegurado que aquellos documentos pasarían el escrutinio formal necesario para adquirir un pasaje turístico a Marte. No obstante, valía la pena ser cauteloso, y Dodger estaba preparado, si su mano era apretada tres veces, a empezar a quejarse en voz alta de una repentina y violenta necesidad de vaciar su vejiga. Estaba preparado incluso a mearse en los pantalones, si era necesario. Realmente esperaba no tener que llegar a eso.

Suspiró aliviado cuando vio que ella aceptaba el despliegue, lanzando una simple mirada a la identificación robada y haciendo una marca en su pantalla.

—Puedo ofrecerle un camarote superior, con baño privado, por un incremento de precio de sólo veinte dólares —dijo la joven.

—Oh, Dios mío, sí, por supuesto. ¿No sería eso estupendo, Rahman?

—Sí, padre mío.

—¿Y hay… alguna necesidad especial cotidiana asociada con su fe, señor Singh?

—Oh, Dios mío, no. Nos sentiremos más que complacidos comiendo lo mismo que los demás pasajeros. Hamburguesas y perritos calientes, ¿eh, hijo mío?

—¡Oh, Dios mío! —confirmó Dodger.

—Muy bien. Su billete funciona también como tarjeta para las comidas, así que por favor no lo pierdan. Puesto que su partida no es hasta dentro de cuatro horas, pueden usarlo para adquirir una comida en los *snack bares* del aeropuerto, en apreciación por su temprana llegada, cortesía de la IPB. Por favor estén en la puerta de embarque dentro de tres horas, con su equipaje. Que tengan un feliz vuelo y disfruten de su visita a Marte.

—¡Oh, un viaje de lo más piadoso, de veras! —dijo Valentine—. Que los monos sagrados del Nuevo Templo de Amritsar la guíen a lo largo de todo el día.

La sonrisa de la joven se volvió un poco helada, como si no estuviera segura de si deseaba ser guiada por monos, sagrados o de otro tipo, pero cuando Dodger la saludó con la mano le devolvió el saludo. Cuando estuvieron lo bastante lejos, Dodger alzó la vista hacia su padre.

—¿Por qué no me compras algunos huevos? —preguntó—. Puesto que tú ya…

—He proporcionado el tocino —terminó Valentine, como avergonzado —. Maldita sea, Dodger, ¿por qué no me detienes? Es una enfermedad, te lo digo, una enfermedad. No puedo pararme.

—Realmente me gustó la parte de los monos.

John Valentine echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Dodger lo adoraba cuando se reía. Se había reído mucho desde que habían salido de

los Estudios Sentry, hacía apenas veinticuatro horas.

—Tenemos un poco de tiempo que matar, socio —dijo Valentine—. ¿Qué opinas de aceptar la oferta de la IPM de comer algo? ¿Crees que su presupuesto se extenderá a un par de coca-colas y Coney Islands?

John Valentine extrajo el plástico validado con un floreo, y el empleado lo pasó por su máquina. Él y su hijo llevaron sus bandejas a una mesa que dominaba la enorme llanura del espaciopuerto.

Dodger se había contentado con algo de mostaza y unas pocas cucharadas de salsa en su Coney, pero Valentine, como de costumbre, había enterrado el suyo en chile, aros de cebolla, salsa, mostaza, queso, y una casi subletal dosis de Tabasco que echaba encima de casi todo lo que comía. Las energías de Valentine eran enormes, y también lo eran sus apetitos.

—Va a gustarte Marte, Dodger —dijo, alzando precariamente la masa hasta su boca y dando un gran mordisco—. Hay más gravedad. Tendrás tus pies firmemente en el suelo para variar. —Frunció el ceño y masticó—. ¿Recuerdas Marte? Entonces tenías…

—Tres años, dijiste —señaló Dodger—. No recuerdo mucho.

—No, supongo que no. Bien, acepta mi palabra, es un gran lugar. Es el lugar perfecto para el pequeño teatro del que siempre hemos hablado. Tu marciano medio tiene un complejo de inferioridad cuando viene a la Luna. No hay ninguna auténtica razón para ello, es un lugar mucho más agradable que aquí, pero así son las cosas. La Luna es el gran Globo de Oro para la mayor parte del sistema, y el hecho de que Marte sea el perpetuo segundón, Marte se halla en segundo lugar después de la Luna en prácticamente todo lo que quieras nombrar…, bien, eso todavía lo hace peor. Ningún pequeño asteroide olvidado de la mano de Dios se preocupará nunca demasiado de medirse con la Luna. Pero Marte, Marte es un poco como Chicago comparado con Nueva York. Chicago siempre ha tenido buenos teatros, buenos grupos de baile. Pero Chicago nunca ha tenido un Broadway, y siempre ha sabido que nunca lo tendría. Pero siempre ha deseado ser Nueva York, ¿entiendes lo que quiero decir? Ahí es dónde está la acción. Ahí es donde están los mejores actores, los mejores bailarines, los mejores

directores…, si no trabajabas en Nueva York, la gente nunca pensaba que estabas haciendo un trabajo serio.

»O como Hollywood en el negocio del cine. Podías hacer una película perfectamente buena en Florida, pero Hollywood era el centro del universo. Ahí es donde ibas para convertirte en una estrella. «¡No hay negocio como el negocio del espectáculo, no hay negocio que yo sepa!» —cantó, no realmente a pleno pulmón, pero John Valentine raras veces hablaba más suavemente que en un susurro de escenario, y varias personas en el *snack bar* se volvieron para observar al hombre con el turbante naranja cantando una alegre canción como si estuviera en un escenario. Dodger pateó a su padre por debajo de la mesa.

Valentine miró a su alrededor y se echó a reír.

—Tienes razón, Dodger —dijo con voz más baja—. Hay sijs trabajando en la industria, ¿sabes?, pero tienes razón, parece fuera de carácter. —Dodger tenía permiso para patear a su padre cada vez que éste se salía de su personaje cuando estaban trabajando en público.

»De todos modos —dijo más confiadamente—, lo que caracteriza a los marcianos es que son mucho más receptivos a la cultura. Si representas *Trabajos de amor perdidos* en King City, sólo obtendrás bostezos. Oh, la gente acudirá, puedes incluso llenar el teatro, porque hay tanta maldita gente aquí. Hazlo en Marte, y conseguirás mucha más apreciación. Los marcianos se sentirán felices de tenerte, te mimarán, porque representando a Shakespeare, o a cualquiera de esos presuntuosos griegos, le estás diciendo a tu marciano medio patán, y no hay nadie más patán que un marciano patán, que es tan bueno como cualquier lunariano. Acudirá, aunque no entienda una de cada tres palabras, y te alabará, y te dará las gracias por haberte tomado la molestia. Y eso es bueno, Dodger, porque francamente, aparte de mí, y de ti cuando estés preparado, no va a haber un reparto de la calidad de la Luna en los papeles de apoyo. Los mejores de ellos ya se han trasladado a la Luna, están rompiendo sus corazones allí. El tipo de compañía en el que estoy pensando sería absolutamente aplastada por la crítica en King City. Pero te garantizo que en Marte nadie dirá nada.

—Suena grande —dijo Dodger.

—Mejor que grande. —Abrió mucho las manos, con los ojos enfocados en una gigantesca marquesina que sólo él podía ver—. «La Compañía Shakespeariana de Repertorio de John Valentine e Hijo». Sólo un pequeño domo de presión, fuera de la ciudad, donde los alquileres no son tan altos. Ciento cincuenta, doscientas localidades, todas preferentes. Con veinte mil dólares podemos ponerlo en funcionamiento, y aunque perdamos dinero cada año, no veo por que no podamos mantenerla seis, siete años. Y todo gracias a Gideon Peppy y su serie idiota.

—Suena maravilloso —dijo Dodger.

Comieron en silencio durante un rato, sumidos cada uno en sus propios pensamientos. Valentine estaba trazando evidentemente los planos del teatro de repertorio, organizando el programa de la primera temporada, decidiendo a quién llamar en Flip City cuando llegara el momento de cubrir el reparto de la primera producción.

Dodger se limitaba a comer, a pequeños bocados, masticando pensativamente.

—Me gustaría ver la cara del señor Peppy mañana —aventuró finalmente, con voz muy suave—, cuando nadie se presente a la reunión para formalizar el contrato.

—Y se dé cuenta de que su presa ha volado de la jaula —cloqueó Valentine—. Sí, sería algo digno de ver, de acuerdo. Le enviaremos una postal desde Marte, cuando estrenemos la primera producción. Anónima. Dejaremos que se pregunte acerca de qué va todo eso.

—Tendría que ser divertido —admitió Dodger.

Comieron en silencio durante un rato, y ambos alzaron la vista cuando el comedor se vio inundado de luz por un momento cuando una nave se alzó del campo. Incluso a través del cristal oscurecido, por un momento superó en brillo al sol. Valentine rió quedamente.

—Creo que podríamos elaborar una comedia satírica acerca de tus aventuras de ayer. Entrar en el enorme engranaje de la máquina de Hollywood, ¿eh, Dodger? —Frunció el ceño, con aire pensativo—. De hecho, creo que he visto algo así antes. Es un material muy viejo. Algo acerca de soldados siendo procesados muy rápidamente en un ejército, pasando exámenes físicos y mentales, sin que nadie se tomara el tiempo de

ver a estos tipos como seres humanos…, y antes de darse cuenta habían reclutado a un chimpancé. ¿Cómo era posible que…?

—Quizás fuera uno de los monos sagrados del Nuevo Templo —sugirió Dodger.

—¡Eso es! ¡Eso es! —aulló Valentine. Dodger estaba ansioso por conseguir que su padre apartara los pensamientos del día anterior. Aunque en realidad no le había mentido a su padre acerca de la forma general en que se habían desarrollado los acontecimientos— de hecho había sido arrastrado hasta la sala de audiciones, por ejemplo, —había tendido a exagerar las hondas y flechas de la extravagante fortuna y a minimizar su propia complicidad. Había olvidado mencionar que él había llenado el formulario y falsificado el nombre de su padre. Había pasado apresuradamente por los detalles de su lectura, sin poner mucho énfasis en lo diligentemente que había intentado conseguir el papel. Y ahora que pensaba en ello, cuando su padre supuso que Dodger había sido secuestrado de la sala de espera donde Valentine lo había dejado, Dodger no se había molestado en corregirle. ¿Para qué invitar a los problemas?, había razonado. Era una historia mucho mejor tal como su padre la había oído, ¿y no le había dicho siempre que una buena historia era con frecuencia superior a la verdad?

—No podía pasar por alto el que él me consideraba lleno de talento —dijo Dodger con una risita—. De veras, padre. Resultaba duro incluso intentarlo.

—Bien, supongo que estoy alabándome a mí mismo —dijo su padre confortablemente—, pero no creo que te des cuenta de lo mucho que tu educación clásica te ha situado por encima de los demás chicos de tu edad.

—Supongo que tienes razón —suspiró Dodger—. Ahora supongo que tendré que conformarme con ser el segundo mejor.

Valentine adelantó una mano por encima de la mesa y cosquilleó juguetonamente a su hijo bajo la barbilla.

—Entre los Valentine —dijo— no hay segundo lugar. —Dio el último mordisco a su Coney Island, se lamió el chile de los dedos, lo enjuagó con un gran sorbo de gaseosa—. Todavía tengo hambre. ¿Qué opinas tú? ¿Te apetece otro?

—Todavía tengo el primero —dijo Dodger.

—Yo voy a buscar otro. ¿Quieres unas galletas? ¿Un bizcocho de chocolate?

—Me encantarían unas galletas.

Valentine se alejó apresuradamente, y Dodger dejó el medio Coney que había estado mordisqueando. No hizo nada en absoluto hasta que su padre se deslizó de nuevo en su silla ante él, y entonces siguió sin hacer nada. Su padre alzó la vista de devorar su segundo Coney Island. Frunció el ceño a su hijo.

—¿Qué ocurre? ¿No tienes hambre? Probablemente no habrá nada de comida en la nave durante un tiempo, hasta que empiece a girar y abran la cocina.

—No, estoy bien —dijo Dodger. Entrelazó los dedos y se inclinó ligeramente hacia adelante, con una expresión de concentración en su rostro —. Padre… has dicho que podíamos mantener nuestro teatro con pérdidas durante seis o siete años con una inversión de veinte mil dólares. Me estaba preguntando…

—Adelante —dijo Valentine, cuando la pausa se prolongó demasiado tiempo.

—Me estaba preguntando, ¿cuánto tiempo podríamos mantenerlo con una inversión de cien mil dólares?

Valentine dejó de masticar por un momento y sus ojos se desenfocaron. Luego empezó a masticar de nuevo más lentamente.

—Ya sabes la respuesta a eso —dijo—. Pero no creo que lo estés planteando como un problema de matemáticas. Adelante, Dodger. ¿Qué pasa por tu cabeza?

—Bien, el señor Peppy dijo que eso es lo que ganaríamos por un episodio. Por el piloto, creo que lo llamó.

—Increíble, ¿no? —dijo Valentine—. Siempre te dije que hay montones de dinero en ese negocio. Montones de dinero. El único problema es lo que tienes que hacer para ganarlo.

—Correcto —admitió Dodger—. Eso es cierto. Sin embargo…

Valentine dejó el Coney sobre la mesa y miró a su hijo.

—Simplemente dilo, Dodger. ¿Qué estás pensando?

—Sí, señor. Estaba pensando, puesto que ya tengo el papel…, bueno, podríamos ganar un poco de auténtico dinero si siguiéramos adelante e hiciéramos el piloto.

Valentine no dijo nada.

—Piensa simplemente en lo loco que se pondría el señor Peppy si hiciéramos el piloto, y luego partiéramos para Marte.

Valentine aulló ante aquello, luego se puso serio de nuevo. Adelantó una mano sobre la mesa y tomó la de Dodger.

—Realmente lo harías, ¿verdad? —dijo, con los ojos brillan tes—. Por tu viejo y su loco teatro, se meterías en todo ese engranaje, y apuesto a que no te quejarías. —Se puso en pie, casi derribando la mesa, se inclinó hacia adelante y besó a su hijo en la frente. Se sentó de nuevo y miró por unos momentos hacia el campo, manteniendo sus emociones bajo control. Finalmente volvió a mirar afectuosamente a su hijo.

—No puedo dejar que lo hagas, Dodger. Sé que crees que puedes manejarlo, pero déjame decírtelo, no tienes ni idea de la locura que representaría. Te eduqué para ser un actor, no una marioneta en series estúpidas. No un pequeño payaso con el pelo amarillo y zigzags en la cabeza y no sé qué otras cosas más. Piensas que es sólo un piloto, hijo, pero realmente es una trampa. Es la primera dosis de una droga adictiva. El dinero es tentador, y si yo tuviera menos consideración hacia ti estaríamos en King City en un minuto. Pero es porque te tengo en tan alta consideración que vamos a tomar el dinero y a echar a correr. —Apretó de nuevo la mano de Dodger—. Pero quiero que sepas que nunca olvidaré la oferta.

Dodger sonrió y se encogió de hombros.

—Era sólo una idea —dijo—. Sólo una forma de asegurarnos de que el Teatro Shakespeariano de Repertorio de John Valentine arrancaba con un buen impulso. Pero probablemente tengas razón. Parecen una gente loca.

Miró por la ventana hacia donde una nave, grande como una ciudad, estaba siendo arrastrada fuera de su plataforma por una oruga del tamaño de un cráter.

—Sin embargo —dijo, soñador—, todo ese dinero.

Tres horas más tarde la joven en el mostrador de billetes de la IPB alzó la vista para ver a padre e hijo sijs apresurarse en su dirección.

—¡Señor! ¡Su nave está embarcando en estos momentos! Tendrán que correr para…

—¡Oh, Dios mío, no! —dijo el hombre—. Oh, terriblemente no. Mi muy estimada dama, los sagrados monos del Nuevo Templo de Amritsar han dictaminado que éste es el punto menos propicio en el tiempo para viajar. La sorpresa que ha sido esto para mí y para mi muy excelente hijo Rahman lo dejo a su imaginación. Sin embargo, el resultado de la situación es éste: que ahora debemos solicitar el reembolso de nuestro dinero. Debemos ser guiados al Nuevo Templo en una fecha que será determinada más tarde. —Hizo una pausa y sonrió—. O quizá debiera decir «pilotados». —Depositó la tarjeta de embarque de plástico sobre el mostrador.

La mujer sabía poco de religiones excepto sus propios antecedentes históricos, y en realidad nunca había oído hablar de los sijs. Pero, mientras reembolsaba el dinero (incluidos, para su posterior disgusto, el impuesto de diversiones, el impuesto de transacción, y el Fondo de Respiración de los Mendigos), decidió que los sijs debían de ser una especie de budistas. Estaba familiarizada con el Buda. Recordó haber pensado que el hijo se parecía mucho a su padre, pero ahora podía ver que había estado equivocada.

No, la sonrisa satisfecha en el pequeño rostro era la imagen misma del Iluminado.

A partir de aquel momento, mi padre fue la única persona que siguió llamándome Dodger. Desde entonces fui Sparky. No era Kenneth ni siquiera en los créditos, y nadie en Sentry me llamó nunca Dodger.

Si volviera a vivir todo aquello, ¿hubiera elegido ir a Marte con mi padre? Ni siquiera hoy lo sé. Estar fuertemente identificado con un papel puede ser una bendición, pero en este negocio normalmente es una maldición. Pregúntenle a Charlie Chaplin, Busker Keaton, Boris Karloff.

Hasta ahí llega. Como un cantante al que se le pide que repita interminablemente su monstruoso éxito, muy pronto llegas a cansarte de él. Los críticos seguirán señalando siempre el hecho de que era el pequeño *Sparky* el que interpretaba el papel de Willy Loman, lo considerarán una salida de la norma. Ésa es una de las razones por las que he usado tantos seudónimos en mi carrera.

Pero ser Sparky ha resultado útil de tanto en tanto. Es una imagen a la que puedes apelar, cuando todo lo demás va mal a tu alrededor. Es tu pie en la puerta, te consigue una atención especial aunque la mitad de las veces sólo sirva para que te digan lo siento, simplemente no puedo ver al pequeño Sparky como Stanley Kowalski. Llama la atención sobre ti como alguien-que-solía-ser-alguien mientras Wanda B. Cualquiera, Mita Bean y Neva Hoydova remueven el culo en sus asientos mientras esperan. Y, hermano, cuando estás ahí fuera ensayando tu sonrisa y tu mejor expresión, puede proporcionarte este margen que necesitas.

Hola, soy yo de nuevo. El artista antes conocido como Sparky.

Estoy despertando por tercera vez este viaje, siendo tan cuidadoso como me es posible para no alterar mi estado meditativo, intentando no despertar por completo, puesto que nunca puedes decir si te convencerás a ti mismo de nuevo de la Gran Mentira que conseguiste tragarte para ponerte en este estado.

Comprobé mi reloj y descubrí que había dormido siete días. Me tomé la noticia calmadamente —por supuesto que habían sido siete días; había tomado un potente narcótico—, y de hecho lo había sospechado, porque estaba dos veces más hambriento de lo que había estado la vez anterior. Era un hambre puntual, lógica, mucho mejor que cuarenta días continuos de ella.

Comí. No desearán saber qué comí más de lo que yo deseo recordar los sabores hablando de ello. Simplemente recuerden los artículos que compré en Plutón, mézclenlos todos juntos en una batidora, y dejaré el resto a su imaginación. Era algo horrible, y mataba las punzadas del hambre, lo cual se suponía que era lo que debía hacer.

Saqué tres pastillas. Observé que ahora estaban claramente etiquetadas potente narcótico. Me las tragué con una solución de píldoras atontadoras

que empezaba a tener incluso buen sabor.

Dormí.

—Interesante —dijo John Valentine cuando vio a su hijo—. Pero ¿qué hay de los pantalones?

—El Pato Donald nunca llevó pantalones —dijo Gideon Peppy alrededor de su caramelo con palo.

Sparky había pasado toda la mañana con Rose, la encantadora diseñadora de producción, y su equipo de peluquería, vestuario y maquillaje. Su pelo había sido restaurado a su esquema tripartito, pero en vez de amarillo plátano era ahora metálico y broncíneo, en espiral y como alambres. Las alas laterales habían sido echadas hacia atrás en vez de surgir para fuera, y la parte delantera del *mohawk* caía sobre su frente. Los zigzags eléctricos eran negros, acompañados ahora por un par en su pecho. Sus ojos estaban enmascarados desde las cejas hasta las pestañas con un rosa profundo que viraba a negro, con más zigzags en las comisuras. Llevaba lápiz de labios negro.

Había sido mimado, manipulado, hurgado y halagado por los diestros chicos y chicas del departamento de maquillaje, y le habían hecho sentir muy importante. Había sido masajeado con aceites calientes hasta que su piel relució. Si deseaba comer o beber algo simplemente tenía que pedirlo, y aparecía ante él. Había recibido su primera manicura y pedicura. Luego lo habían vestido, con una chaqueta o chaquetilla roja con bordados en oro que sugerían un circuito impreso. Podía atarse con una rana en su parte delantera o dejada abierta. No tenía mangas ni solapas. Llegaba hasta la mitad de sus caderas. Cuando se la vio encima Sparky hizo de inmediato la misma pregunta que formularía su padre unos pocos minutos más tarde, y cuando le dijeron que aquél era todo su atuendo, supo que iba a haber problemas.

Ahora permanecía de pie en silencio delante del enorme espejo que había detrás de la mesa de conferencias en el borde del plato con el barco pirata. A Gideon Peppy le gustaban las mesas de conferencias, hacía traer una a cualquier lado que iba para reunirse con la gente, e inmediatamente se

instalaba en un gran sillón al extremo. Su equipo se congregaba en aquel extremo, atraído como limaduras de hierro a un imán. Ahora estaba sentado allí, con los pies sobre la mesa como era su costumbre, y miraba a Sparky. Detrás de él y a su derecha había el habitual pandemónium de un plato en plena construcción, claveteado, pintado e iluminado todo a la vez. Se había construido un muelle y una ciudad portuaria caribeña casi completa. Las pistolas claveteadoras chasqueaban y las pistolas pintoras zumbaban y las sierras aullaban mientras grupos de utileros transportaban barriles de styrofoam y balas de algodón inflables y los apilaban en el muelle. Una máquina pavimentadora avanzaba como una gigantesca reina termita de metal, depositando adoquines en hileras irregulares sobre la empinada calle principal. Los creadores de ambiente estaban dispersando paja y basura que imitaba mierda de caballo y pintaban las paredes de madera maltratada por el tiempo con moho de imitación. En alguna partebajo el agua unos hombres rana estaban situando miniexplosiones accionadas por batería para que brillaran hacia arriba a través del agua turquesa. Y anclado justo fuera del puerto estaba el barco pirata en sí, en el que hormigueaban montadores y supervisores comprobando el complejo sistema de cuerdas, poleas y lonas.

Sparky contemplaba todo aquello a través del espejo, y recordaba la descripción de Orson Welles de un plato cinematográfico: el juguete más grande que un niño podría llegar a tener nunca.

—Sí —tronó su padre, devolviendo a Sparky a la realidad. —Y el Pato Donald era un dibujo animado, un ave acuática, un animal imaginario. Y al parecer asexuado. Debería tener usted en cuenta que mi hijo es un muchacho auténtico.

Valentine había captado al instante la dinámica de la mesa de conferencias, hacía semanas, cuando había tenido su primera reunión con Peppy y su equipo. Había avanzado firmemente hasta el otro extremo de la mesa y se había instalado allí desde aquel mismo momento. Eso significaba que tenía que alzar su voz para llegar hasta Peppy, en especial en un plato ruidoso como aquél, pero eso no era ningún problema para John Valentine, al que le gustaba alardear que nunca había utilizado un micrófono en su vida y siempre proyectaba su voz hasta la última fila del piso superior.

Peppy y Valentine se habían odiado el uno al otro apenas verse, y cada uno todavía tenía que pronunciar una palabra ineducada al otro. La tensión en la mesa había crecido hasta hacerse tan insoportable que el miembro de corazón más débil del entorno de Peppy se ponía a hiperventilar y tenía que respirar en bolsas de papel cuando las reuniones eran aplazadas.

—Nunca lo olvido ni por un minuto, mi buen amigo —respondió Peppy —. Su hijo es un talento maravilloso. Va a ser una gran estrella, y muy pronto. Quizás incluso mayor que yo. —Rió secamente, divertido ante aquel pensamiento, y unos cuantos de los suyos rieron con él. Se inclinó hacia adelante—. Pero aquí estamos tratando con un mundo de fantasía, John B. Estamos haciendo magia cinematográfica. Hemos estado investigando esto de arriba abajo, ¿no es así, Rose? Habíale de nuestras investigaciones…, y lo que está viendo en ese encantador muchachito es lo que va a venir, John B., lo que va a venir. No estaremos mucho tiempo en el negocio si aguardamos a que lo que va a venir esté ya aquí. Tenemos que ser los que lo definamos. Cuéntale, Rose.

Valentine, al que le gustaba que le llamaran John B. casi tanto como a Jack Sensational que le llamaran Puddin, cruzó confortablemente las manos y se volvió hacia Rose con una dulce sonrisa.

Rose era esa rareza, una artista que ignoraba el poder político dentro del equipo. Le gustaba la creación, y le gustaba Sparky, y no tenía ni idea de lo mucho que Valentine y Peppy se odiaban el uno al otro.

—Es cierto, señor Valentine —dijo, y se apresuró a tomar a Sparky por los codos y alzarlo hasta situarlo encima de la mesa, donde el muchacho se quedó en medio, muy atento a no acercarse demasiado a ningún extremo, donde había tigres. Adoptó unas cuantas poses, observándose en el espejo.

—El aspecto una-sola-pieza es lo que priva ya en la Comuna de Mercurio, y usted sabe muy bien cómo son los líderes de todo lo nuevo desde hace dos años. Simplicidad es la palabra. Una sola prenda, montones de maquillaje. Ambos sexos. Y no sólo los niños pequeños. Sólo una camisa, o un par de pantalones. A veces sólo una manga, sólo la manga, sin camisa, o una pernera. —Lo ilustró sobre su propio cuerpo, con graciosos gestos de su mano, luego se unió a Sparky encima de la mesa. Ella misma llevaba un atuendo muy parecido al de él, aunque un poco más largo. Se

arrodilló sobre una sola rodilla a su lado, señalando los rasgos distintivos de su trabajo—. Depilado desde el cuello hacia abajo. Aceitado. Una sola prenda de ropa. Ésta es la clave del nuevo *look*. Mucha piel. Demonios, en Marte las clases altas no visten en absoluto a sus hijos hasta que alcanzan la pubertad, como si estuviéramos de vuelta a los cincuenta. Creo que esto es esnobismo a la inversa, y además, no puedes ganar dinero vendiendo desnudez.

—Se puede hacer más dinero vendiendo más ropa —señaló Valentine.

—Eso es cierto —admitió Peppy—. Y venderemos gorras, y camisetas, y todo lo que el departamento de *marketing* sueñe. Pero será con imágenes de Sparky, y con el logotipo y los personajes de Sparky. Si los chicos desean imitar el *look* de Sparky, llevarán lo mismo que lleve Sparky. Y nos lo comprarán a nosotros, porque seremos los únicos que venderemos los atuendos que lleve Sparky, con el sello oficial de la pandilla de Sparky.

—Sólo hasta los chicos de ocho años —dijo Valentine.

—¿Y qué? En realidad calculamos de tres a diez, pero ocho es el blanco, por ahora. Esto recién acaba de despegar, despega fuerte, alcanzaremos los diez a medida que Sparky crezca. Se lo digo, John B., el chico Victoriano es historia. Puede guardar todas esas prendas de encaje, esas camisas de terciopelo y cuellos rizados y pantalones hasta la rodilla. Dentro de un par de meses, todos los chicos vestirán así.

—Si es que él viste así —dijo peligrosamente Valentine. —No sé, Pepsi. Hay algo en todo eso que no me parece bien. Llámeme anticuado si quiere. La desnudez está muy bien en casa, en el patio de juegos, en la piscina.

—Pero esto no es desnudez, señor V —intervino Rose, intentando honestamente ser útil—. La desnudez es deprimente. Esto es estilo.

—Yo no lo veo así, Rose, querida —dijo John—. Fui educado en la creencia de que los caballeros jóvenes debían llevar pantalones en público.

Rose —que, como la mayoría de lunarianos de tercera generación y más jóvenes, tenía menos modestia corporal que un visón— no tenía la menor idea de lo que estaba hablando Valentine. Había realizado fielmente el vestuario para un centenar de películas ambientadas en la Tierra sin siquiera captar nunca realmente el tabú genital. La gente llevaba montones de ropa en la Tierra porque allá abajo las cosas eran peligrosas, según su modo de

pensar. Una luz solar ampollante, letales vientos fríos. No había nada así de lo que protegerse en la Luna, y la gente llevaba ropa casi exclusivamente como decoración, a veces montones de ella, a veces muy poca, según la moda del día. Si la moda ahora era no llevar pantalones, ¿cuál era el problema? Miró a Peppy en busca de ayuda.

Gideon Peppy extrajo cuidadosamente la mitad de su caramelo con palo de su boca y masticó el resto. Nunca había masticado sus caramelos duros hasta que había conocido a los Valentine, padre e hijo, pero ahora se descubría con frecuencia haciéndolo. *Pepsi, ¿eh, maldito grano en el culo?*

Rió indulgentemente, de un amigo a otro, y sacudió la cabeza.

—¡Johnny, Johnny, honestamente! ¡No sé de dónde saca usted esas ideas! Es una broma, ¿verdad? Una broma. A veces pienso que simplemente se está burlando de nosotros, y yo soy demasiado estúpido para captar el chiste. Pero estoy aquí para usted, paisano. Me preocupo, de veras. Si tiene usted alguna preocupación, siempre estoy dispuesto a escuchar. Si no es usted feliz, nadie en esta mesa es feliz, de modo que lo que quiero es que hable conmigo, John. Aclare las cosas con nosotros. ¿Qué le gustaría ver aquí? Todos deseamos sus aportaciones, y mi mente es una página en blanco. Así que dibuje en ella, John B., dibuje en ella. ¿De qué tipo de pantalones estamos hablando aquí?

Sparky, que no había estado siguiendo el intercambio con demasiada atención, escogió aquel momento para intervenir.

—A mí me gusta, Padre —dijo.

El silencio que siguió fue piadosamente corto, hasta que uno de los ayudantes de Rose llegó con una niña a remolque. Ahora fue el turno de Sparky de fruncir dubitativamente el ceño.

Peppy se puso en pie para recibir a la niña. La levantó sobre la mesa, donde la dejó confiada de pie, las manos en las caderas, mirando a Sparky casi con desafío.

—Amigos, conozcamos a la nueva amiga de Sparky. ¡Me gustaría que le dijerais hola a Kaspara Polichinelli!

—¿Amiga? ¿Amiga? No he visto nada en ninguna parte acerca de una amiga. —John Valentine tendió la mano hacia su guión.

—Todos los héroes de acción tienen una amiga —dijo Peppy relamidamente—. Desde un principio planeamos que Sparky tuviera una. Lo escribimos la semana pasada.

Sparky avanzó lentamente hacia la joven dama. Ocho años, imaginó. Vestida exactamente como él, sólo que la chaquetilla era azul con realces de plata. El pelo cortado como el suyo, sólo que plata en vez de cobre. Zigszags, sombra de ojos, todo lo mismo. El lápiz de labios negro tenía una ligera nota de color, un poco a lo Betty Boop, pero aparte esto su aspecto era idéntico al de él.

Se echó un paso atrás y la examinó de pies a cabeza. Ella sonrió. Sus dos dientes delanteros eran prominentes.

—¿Qué tipo de nombre es Kaspara? —preguntó Sparky. Era consciente de que se estaba produciendo una discusión en el extremo de la mesa de Peppy, pero intentó ignorarla. Sabía que había cometido un error importante en su comentario acerca del vestuario, pero esperaba que esta nueva sensación lo hiciera parecer menos importante en retrospectiva. Quizá la llegada de Kaspara Polichinelli distrajera a su padre de la inocente metedura de pata de su hijo. Y eso era bueno.

Pero distaba mucho de estar seguro de que alguna otra cosa acerca de su llegada fuera bueno.

—Yo no lo uso —dijo ella.

—¿Cómo te llaman entonces? ¿Kassie?

—Todo el mundo me llama Polly.

Sparky se había acercado un poco más, intentando ver si su hombro estaba más alto que el de ella. Ella sonrió y le rodeó para situarse espalda contra espalda. Los dos se miraron en el espejo. Él le pasaba un par largo de centímetros. Quizá tres o cuatro si se mantenía muy erguido. Bueno, eso estaba bien, al menos.

Ella se echó a reír y le golpeó con la cadera.

—Vamos —dijo—, no seas tan quisquilloso. Sé cómo no robarte ningún plano. Me dijeron que mi papel era sólo de amiga del héroe cuando me hicieron la prueba.

—¿Sólo vas a ser mi amiga? ¿Eso es todo?

—No creo que planeen ninguna incursión sexual hasta la tercera temporada, como mínimo —dijo—. Lo cual me parece muy bien. Soy un tanto chapada a la antigua, como tu padre. Imaginé que aguardaría hasta que sangrara por primera vez, como hizo mi madre.

Sparky fue salvado de tener que responder a eso por el sonido de unas voces que se hicieron más fuertes en el lado del poder de la mesa. Se estaban formando nubes de tormenta allí, y había muchas posibilidades de que la durante largo tiempo postergada confrontación cataclísmica entre productor y padre estuviera a punto de estallar. Los ayudantes se apresuraron a buscar cobijo mientras John Valentine rodeaba la mesa, golpeando el guión contra su palma abierta, mientras Peppy golpeaba una copia del contrato de Sparky contra la suya.

—Vamos —dijo Polly, tirando de su mano—. Me dijeron que te llevara de vuelta. La señorita Crow dice que es hora de clase.

—¿La señorita Crow? —Por un momento Sparky olvidó quién era—. Oh. Tía Sindicato.

—Tía Sindicato. —Se echó a reír—. Me gusta esto. Vamos, salgamos de aquí. Está a punto de empezar una pelea, y creo que tu papá va a perderla. No creo que quieras estar ahí cuando ocurra.

John Valentine perdió la pelea, si extirpar el personaje de Polly era el criterio para ganarla. Pero vio venir su derrota, y consiguió cambiar la pelea a medio camino hasta que se convirtió en un forcejeo acerca del control artístico y no sobre la propia Polly…, y consiguió convencerse a sí mismo de que era eso lo que lo había trastornado en primer lugar. Incluso puede que fuese cierto.

No se sintió ablandado por la pequeña victoria en el tema de los pantalones.

—Escuche esto —ofreció Peppy—. Rodamos el piloto con el vestuario diseñado por Rose. Luego hay un par de mercados fuera del planeta…, veamos, Vesta, Callista… Ceres, creo, todo lleno de baptistas y mormones y tipos así. Vesta, ¿cómo lo llamaron el otro día…? —Hizo restallar rápidamente los dedos, y un ayudante se apresuró a responder.

—El Planeta de los Puritanos —dijo.

—Eso es. Siempre tenemos que manipular *El show de Peppy* para la exportación, así que lo que haremos será trucar unos pantalones en esas copias y ver qué resulta. Ahora le pregunto, John B.: ¿es eso justo?

—Podría ser más justo, Pepster —exultó Valentine.

Ah, Polly. Aquéllos eran unos días más inocentes.

Sí, soy yo de nuevo, despierto después de otra semana.

Como la mayoría de los viajes largos, por mar o por el espacio, despierto o dormido, en general no hay mucho de qué informar. Un día es como otro cualquiera, exceptuando una tormenta o un desastre. Y puedo decírselo ya, no va a ocurrir ningún desastre. Las píldoras atontadoras seguirán elaborando su magia reforzada por el hipnotismo, yo seguiré despertando a intervalos regulares, comeré, caeré de nuevo en brazos de Morfeo. A su debido tiempo llegaré a Oberón, donde me aguardan más aventuras. Mientras tanto seguiré dejando que ese Sparky de tiempos pasados cuente su historia, como es su costumbre, en tercera persona, deteniéndose en sus puntos culminantes.

Dudo de que vuelva a interrumpirle de nuevo.

Pero esta vez tenía que hacerlo. A veces surge algo de las profundidades del mar o navega fuera del océano de la noche para convertir el día en algo especial. Tu diario ha sido una interminable serie de entradas idénticas: «Caemos hacia el sol». «La rutina a bordo sigue ininterrumpida». «Buen tiempo». «Sueño». Entonces el continente perdido de la Atlántida aparece por estribor. Merece una postal.

Nos cruzamos con un banco de diafanóforos. ¿Una bandada de diafanóforos? El libro donde encontré ese curioso nombre que probablemente ninguno de ustedes ha oído nunca olvidó dar un nombre colectivo a su agrupamiento. Definitivamente, banco no sirve. ¿Manada? ¿Qué tal una exaltación de diafanóforos?

Son más conocidos por otros nombres más poéticos, entre ellos Ángeles del Exterior, Túnicas de Ángel, y girovilanos. O simplemente ángeles. En Plutón los llaman GJDO: Grandes Jodidos Discos Orbitales. Esos malditos plutonianos. De veras.

Dejémoslo en ángeles, ¿vale?

Sus orígenes son oscuros, pero se sabe que son de fabricación humana. La teoría dominante es que son la creación de algún biomanipulador demente con un laboratorio ilegal en alguna parte en los planetas exteriores. Cuando aparecieron por primera vez hubo una considerable alarma al respecto, pero hasta ahora han demostrado ser inofensivos. Eso fue hace aproximadamente un siglo, quizás un poco más, de modo que diré que el caso está prácticamente cerrado. A mucha gente le gustaría saber más sobre ellos, para estar segura de que no van tras algo, pero los ángeles son tradicionalmente difíciles de estudiar, y éstos no se quedarán más quietos que los de la variedad bíblica.

Los ángeles espaciales se disuelven cuando te acercas a ellos. Algunas personas piensan que es un reflejo protector, porque lo que queda de ellos forma al parecer unas estructuras como esporas, billones de ellas, de las que sólo sobrevivirán unas pocas. Otros creen que es el propio contacto lo que los destruye, como los vilanos. Las naves sólo pueden acercarse a unos quince mil kilómetros o así de ellos. Un hombre con un traje espacial puede acercarse quizá hasta un par de cientos de kilómetros. Entonces hacen *pop*, como burbujas de jabón. Están hechos de una mezcla de proteína animal y vegetal. Son transparentes, y probablemente tienen una molécula de espesor. Los más pequeños tienen ciento cincuenta mil kilómetros de diámetro.

Los grandes superan los diez millones de kilómetros.

Es una locura, por supuesto. Tiene que haber ángeles más pequeños de ciento cincuenta mil kilómetros de diámetro. No pueden simplemente nacer de este tamaño. Pero ni siquiera los más grandes aparecen en el radar, y encontrar a los pequeños cuando sabemos que la mayoría de ellos pasan la mayor parte de sus vidas encima y debajo del plano solar, donde apenas nadie va nunca, es casi imposible. Quizá procreen ahí fuera.

Si leen algo sobre ellos, descubrirán que lo que les he dicho es prácticamente todo lo que se sabe, y observarán que he usado un montón de quizá.

Dos cosas más. Se mueven como barcos de vela, navegando por delante del viento solar y la presión de la luz. Y sobreviven recogiendo la

extremadamente tenue materia que hay entre los planetas. Una razón por la que a los científicos les gustaría capturar uno es que sospechan que los ángeles pueden estar recogiendo monopolos magnéticos, sea eso lo que sea.

Éste es el informe científico. La realidad es mucho más colorista.

Los vi cuando desperté. Diría que eran unos cincuenta o sesenta, lo cual significa que probablemente eran muchos más puesto que sólo los ves cuando están orientados de tal modo que la luz del sol se refleja hacia ti. No había forma de decir lo grande que era ninguno, o a qué distancia estaba. En un momento un ángel podía parecer enormemente grande e imposiblemente distante; al momento siguiente me convencía a mí mismo de que era del tamaño de una moneda, y estaba tan sólo a unos pocos centímetros de mi rostro. No hay sentido de la escala. Pero llameaban y aleteaban a todo mi alrededor, y me sentí encantado con el arco iris de colores. Uno parecía llenar una cuarta parte del espacio. Era de un color dorado pálido, y a su través podían verse las estrellas.

Entonces golpeamos uno.

Ningún sonido, ningún impacto. Ninguna advertencia en absoluto. En un momento estaba observando los distantes discos, y al instante siguiente el universo se veía biseccionado por un plano infinito de luz multicolor.

Fue una visión que muy poca gente ha podido contemplar. La única forma de tocar un ángel es golpearlo a alta velocidad. Si deceleras, la fuerza de tus motores lo destruirá mucho antes de que llegues allí. Pero a la velocidad a la que estábamos viajando la nave atravesó limpiamente su diáfano cuerpo sin ninguna advertencia. No creo que la tripulación tuviera la menor idea de lo que tenía delante. ¿Cómo podrían? Estaba entre nosotros y el Sol, y sólo pudimos verle después de haberlo atravesado. Aunque no hubieran podido hacer nada ni aunque hubieran podido verle.

A nuestra velocidad, cualquier objeto de tamaño razonable estaría allí y desaparecería antes de que tus ojos pudieran registrarlo. No el ángel. Allí estaba, extendiéndose hasta el infinito, sin encogerse en lo más mínimo mientras observaba.

Su superficie era un torbellino fractal de todos los colores del arco iris. Era como una gota de aceite sobre agua, o la superficie de una burbuja de

jabón. O algo como una aurora que vi en una ocasión en Marte, pero congelada.

Excepto un punto. Ese punto no tenía color en absoluto, y parecía estar centrado en la interminable llanura. Bueno, por supuesto que debía de estarlo. Nunca podría decir si había golpeado al ángel en su mismo centro o cerca del borde, pero era tan enorme que a menos que estuvieras muy cerca del borde, simplemente no importaba. Era interminable en todas direcciones.

El punto era como un agujero en el espacio, lleno de negrura, pero entonces empecé a ver estrellas en su fondo. Parecía estar haciéndose grande lentamente. Al fin comprendí que estaba viendo el agujero que la nave había perforado en la superficie del ángel, y considerando la velocidad a la que nos estábamos alejando, el agujero estaba creciendo a un ritmo monstruoso.

Siguió creciendo durante los veinte minutos o así que estuve observándolo, y entonces, tan repentinamente como había aparecido, el ángel desapareció. Bruscamente, de borde a borde.

Debió de tomarle un tiempo considerable al agujero consumir todo el ángel. Lo que había ocurrido era que nos habíamos alejado lo suficiente de modo que la luz del sol ya no se reflejaba en el ángel. Estaba todavía allí, aunque alejándose hacia donde iban los ángeles perforados.

Todo aquello me hizo sentirme feliz durante un tiempo. Apenas noté el sabor de aquello horrible que estaba engullendo. Pero finalmente la realidad entró de nuevo en mi vida, y supe que era tiempo de volver a dormir. En realidad no lo deseaba, prefería saltarme lo que venía a continuación.

Y era historia, después de todo. Ya transcurrida. En el pasado.

Oh, pobre Sparky.

La Oruga Daewoo acecha en los fríos túneles sin aire muy por debajo de la superficie lunar. Algunos dicen que el Sorbealiento es la peor cosa que puede ocurrirte, la peor forma en que puedes morir. Dodger no estaba de acuerdo. Incluso el Sorbealiento le temía a la Oruga Daewoo.

Se había topado con la bestia dos veces antes. Nunca le había echado una buena mirada, y no le había importado. Esta vez temía que tuviera que mirar directamente a su terrible aspecto. Estaba seguro de que era la última cosa que iban a ver en vida sus ojos.

Una vez más Dodger era un globo de juguete, apresurándose para mantener el ritmo de su padre a lo largo del desierto corredor. ¿Desierto? En realidad abandonado. Aquí y allá había montones de varillas de acero y paneles del techo y otros misteriosos bloques de construcción, algunos bajo envolturas de plástico, todos ellos polvorientos. Era enteramente posible que nadie excepto Dodger y su padre hubiera estado en aquel corredor durante los últimos diez años.

Dodger había estado ahí abajo dos veces antes. No deseaba llegar de nuevo hasta el final.

Su padre sujetaba su mano demasiado prietamente. Pero ése era el último de sus problemas.

Buscó las palabras que les harían detenerse.

«Ser o no ser».

«Amigos, romanos, compatriotas».

«Ahora es el invierno de nuestro descontento».

Era inútil. Conocía todas las palabras, y ninguna le haría ningún bien, porque esto no era acerca de aprendizaje, no era la bañera. Esto era el Sorbealiento y la Oruga Daewoo. Era tan malo como parecía.

—Por favor —susurró. Intentó no decirlo, pero la palabra brotó burbujeante de su boca. Sintió que un hilillo de saliva resbalaba por su barbilla, y lo secó con su mano libre.

—Por favor, ¿qué? —dijo su padre.

—Por favor, padre. Por favor, no.

Ésas no eran las palabras; su padre prosiguió su inflexible avance hacia el final del corredor. Ahora podía verlo, a las ampliamente espaciadas luces de trabajo que colgaban de cuerdas sobre su cabeza. El fin del mundo.

—Se lo diré —estalló—. Le diré lo equivocado que estaba. Le diré al señor Peppy que llevaré los pantalones.

Ninguna reacción. Ya sólo quedaban unos pocos metros.

—¡Vayámonos…, vayámonos a Marte! Olvidemos todo esto. Ahora tenemos montones de dinero. Nosotros…

De pronto el rostro de su padre estuvo delante de él, llenando todo el universo. Aquellos queridos ojos azul hielo. Unos ojos que ahora destellaban, unos ojos que relucían con sinceridad, unos ojos que podían ser insondables pozos de amor, unos ojos en los que podías nadar, unos ojos cálidos. Pero unos ojos que ahora traicionaban su tristeza, que le decían a Dodger que había desertado de su padre.

Unos ojos locos.

John Valentine habló apenas por encima de un suspiro.

—No se trata de pantalones, Dodger —dijo—. No se trata de dinero. Se trata de… control artístico.

—Por supuesto —dijo Dodger, asintiendo furiosamente—. Le diré al señor Peppy…

—Se trata de presentar un frente unido. Se trata de ti y de mí, de la familia. Se trata de nosotros contra, Dodger. Nosotros contra ellos. Nos superan en número, siempre nos superarán. Si no puedo contar contigo, ¿con quién puedo contar?

—Puedes contar conmigo, padre, te juro que yo…

—No quiero hacer esto, hijo. Pero estoy convencido de que es lo que debo hacer. Es la forma en que yo aprendí mi lección, y creo que tú la aprenderás también.

—Ya la he aprendido, padre.

—Nunca. —Valentine apenas había alzado la voz, pero de alguna forma la palabra resonó en el vacío corredor. Alzó un dedo índice, lo agitó hacia uno y otro lado frente al rostro de Dodger—. Nunca contradigas a tu padre en público.

—No lo haré. Te lo prometo.

—Nunca muestres tu desacuerdo conmigo delante de extraños.

Y antes de que Dodger pudiera prometer de nuevo que nunca iría en contra de la familia, su padre lo alzó y lo lanzó a través de la abierta puerta de la antigua esclusa de aire.

No era una esclusa de aire ordinaria. Las esclusas de aire ordinarias tenían una docena de dispositivos de seguridad. Estaban conectadas al

Ordenador Central, que registraba cada vez que la esclusa recorría un ciclo. Oficialmente, esta esclusa de aire no existía. Era una estructura temporal de hacía cincuenta años, destinada a dejar pasar los equipos de trabajo con sus trajes de presión de la parte completada del túnel a la zona de construcción más allá. En realidad sólo era un gran cilindro móvil, alojado dentro de otro cilindro ligeramente mayor, estacionario. El cilindro interior tenía en él una abertura del tamaño de una puerta. El exterior tenía dos, separadas 180 grados. Cuando la abertura interior se alineaba con la segunda puerta, todo el aire en el cilindro más pequeño simplemente era expulsado al vacío. Simple, rápido y sucio, no el tipo de cosa que se suponía que existía en el ultraseguro entorno lunar.

Que aún existiera era resultado de un olvido. El proyecto de construcción se había declarado en quiebra, y todos los planos y permisos habían sido olvidados hacía ya mucho tiempo, estaban criando moho en algún chip de memoria no utilizado, archivado con los papeles de disolución del banco que lo había financiado y la compañía que había empezado a construirlo. Habían pasado los años, se había vivido un *boom* de la construcción y luego había desaparecido, y este túnel y sus límites eran ahora tan remotos y misteriosos como las catacumbas romanas o las cloacas de París. Un puñado de vagabundos lo conocían. Unos cuantos vagabundos, y John Valentine.

Dodger había estado dos veces allí antes. Sabía hasta un intervalo muy preciso la rapidez a la que rodaba el cierre. Treinta y cinco segundos. Quince para alinear las puertas, y otros quince para completar el ciclo, para situar la puerta interior en congruencia con la puerta donde aguardaba su padre. Una pausa de cinco segundos mientras alguna maquinaria se reajustaba. Durante los primeros quince segundos Dodger tendría aire. Durante la pausa de cinco segundos, y los quince segundos más allá de eso, no tendría ninguno.

Pero no eran los últimos quince segundos lo que preocupaba a Dodger. Sabía que la gente no estallaba cuando era expuesta al vacío, pese a algunas espeluznantes películas que había visto. Había estado allí dos veces antes. Sabía que el cuerpo humano podía sobrevivir fácilmente a veinte segundos de ausencia de aire. Podías sangrar un poco, y por supuesto te dolerían los

oídos, pero no te mataría. Te asustaría hasta dejarte sin aliento, haría que aquellas sesiones en la bañera pareciesen un paseo por el parque, pero si hubiera alguna posibilidad de que pudiera matarle su padre nunca lo haría.

No, eran los cinco segundos los que le preocupaban. Los cinco segundos en los que se enfrentaría de nuevo a la Oruga Daewoo. Cuando la puerta bostezara muy abierta y la viera de nuevo, acechando en las sombras.

Su padre no sabía nada de la Oruga Daewoo. Dodger estaba convencido de ello. Si lo hubiera sabido nunca hubiera metido a su hijo en la esclusa de aire. Dodger había intentado hablarle de ella, lo había intentado más de una vez, pero su lengua parecía congelarse antes de poder pronunciar el nombre de la criatura.

Si sobrevivía esta vez, se prometió que se lo diría a su padre.

Mientras tanto, tenía que apresurarse.

Estaba de rodillas, y eso no era bueno. En las paredes de la esclusa había una serie de asideros, y Dodger se puso en pie y agarró dos de ellos. Cuando escapara el aire, lo haría violentamente. La primera vez que había estado allí, su padre lo había atado a un asidero, y el aire lo había alzado sobre sus pies y había intentado arrastrarlo con él, fuera, hacia la Oruga.

Cinco segundos. Eso era todo lo que tenía que soportar. Cinco segundos. Quizá la bestia estuviera durmiendo. Tenía que dormir, ¿no?

Probablemente no.

La escotilla estaba girando ahora. Pudo sentir la ligera vibración bajo sus pies. Miró por encima del hombro y vio a su padre ser eclipsado, desaparecer cuando la esclusa giró lejos de él. De pie allí severamente, con los brazos cruzados, el ceño fruncido por la preocupación. Sabía que su padre le quería. Sabía que le estaba haciendo esto a su hijo porque era por su bien. Había actuado mal. Había actuado muy mal poniéndose del lado de Peppy. ¿En qué debía de haber estado pensando?

Había estado pensando como una estrella, ahí estaba el problema. Su padre le había advertido acerca de ello. Cómo el dinero y la fama pueden llenarte la cabeza, hacerte sentir muy especial, como si tu mierda no oliera.

—Y tú eres especial, Dodger —le había dicho John Valentine—. Eres especial para mí, y tienes un talento especial. Un arte especial. Pero eso no te da derecho a no ser educado.

Y ciertamente no le daba derecho a contradecir a su padre en público. ¿En qué debía de haber estado pensando? Eran un equipo, por supuesto, pero un equipo debía tener un líder, y John Valentine era más viejo y más fuerte y más sabio. Había estado allí. Lo había visto y lo había hecho. Dodger todavía estaba aprendiendo.

—La ropa sucia sólo puede airearse entre bastidores —le había dicho muchas veces John Valentine a su hijo—. Nunca delante del público. Y nunca delante del productor.

¿En qué debía de haber estado pensando?

Bien, lo arreglarían. Él sobreviviría a esto, y él y su padre serían de nuevo un equipo. Hablarían las cosas en el camerino, como siempre hacían. Presentarían un frente unido ante todo.

Dodger apretó su rostro contra la pared. Estaba tan lejos de la puerta como le era posible. Quizá fuera más seguro no mirar. Quizá pudiera protegerse allí, mantenerse de espaldas a la cosa, y así no le vería. Ni en sueños.

Era muy poco probable que el monstruo le pasara por alto, e imposible que él pudiera resistir cinco segundos sin mirar. No duraría ni un segundo.

Empezó muy sonoramente, como si el aire intentara abrirse camino a través de una estrecha grieta. Un chillido, ensordecedor, que recordó a Dodger una película que había visto en la que una bruja malvada era lanzada a un profundo pozo y caía chillando durante todo el camino, chillando, pero con su chillido haciéndose más débil, más distante. Este sonido perdió rápidamente todo su mordiente también. El aire alrededor de Dodger tiraba de su ropa con dedos de hielo, tiraba de él, en un instante se convirtió en un ventarrón que hinchó sus mejillas y clavó dardos de hielo en sus orejas, y despertó un monstruoso eructo de lo más profundo de su cuerpo. Luego no hubo nada excepto el resonante silencio, un sonido que sabía que no era un sonido sino los gritos de agonía de sus torturados oídos. Se dio la vuelta. Su corazón se convirtió en piedra. La Oruga Daewoo estaba allí. Y esta vez no estaba simplemente acechando en las sombras, sino que avanzaba hacia él. Era enorme, una cosa de dientes de metal y agitantes brazos y un horrible y brillante cuerpo amarillo y seis grandes ojos vidriosos. Adelantó una esquelética mano hacia Dodger, y el cilindro

empezó a girar. Dodger se quedó helado en el sitio, mirando con horrorizada fascinación. ¿Giraría a tiempo la puerta, o la criatura alcanzaría el interior e iniciaría su festín?

Con el silencio de la muerte, la mano penetró en el umbral. La esclusa interior del cilindro siguió intentando cerrarse, pero la garra se interponía en su camino. La esclusa dejó de moverse, retrocedió unos pocos centímetros e intentó cerrarse de nuevo. Y de nuevo, y de nuevo, yendo hacia adelante y hacia atrás como las puertas de un ascensor cuando metes la cabeza entre ellas. La criatura parecía obstaculizada por la puerta, pero aquello no importaría realmente mucho más tiempo, porque Dodger estaría pronto muerto por falta de aire.

Así lo atraparía el Sorbealiento. Si no era una cosa, sería la otra. Empezó a deslizarse hacia abajo por el lado del cilindro. Las cosas se estaban haciendo oscuras, confusas. Se secó los ojos, y por un momento creyó ver a Elwood empujando la horrible garra hacia atrás, a la oscuridad, creyó ver el cilindro empezar a rodar de nuevo. Creyó sentir los brazos de Elwood a su alrededor, abrazándole, diciéndole que todo iba a ir bien.

Pero aquello no podía ser cierto. ¿Cómo podía Elwood estar allí? Fue su último pensamiento durante algún tiempo.

Dodger despertó al olor de sábanas recién lavadas y al sonido del canto de un sinsonte. Por unos momentos no abrió los ojos, temeroso de que todo fuera demasiado bueno para ser cierto. Aquél era un olor que asociaba a los buenos tiempos: hoteles de clase alta donde vivían su padre y él cuando abundaba el dinero. El sonido estaba asociado con Texas. Y eso era imposible.

Pero no lo era. Abrió los ojos y se sentó. Estaba metido en una cama en una pequeña habitación enteramente de madera. Al lado de la cama había una ventana abierta que miraba a un roble a sólo unos pocos metros de distancia. El sinsonte estaba perchado sobre una rama hasta que vio a Dodger. Entonces gorjeó unas pocas notas más y se alejó volando.

Dodger volvió a tenderse en la cama. Había estado allí antes, y si estaba allí de nuevo eso quería decir que todo iba bien.

Estaba en el segundo piso de un auténtico edificio de madera en la polvorienta calle principal de Nueva Austin, en medio de la disneylandia de Texas. Éstos eran los consultorios médicos de los doctores Henry Wauk, doctor en medicina, y Einrich Wohl, dentista cirujano, «Odontología rápida y relativamente indolora», según el cartel que colgaba fuera. No conocía al doctor Wohl, pero había visto varias veces a Henry Wauk. Su padre lo había traído de tanto en tanto para lo que él llamaba «una buena revisión a la antigua». Pero ni siquiera John Valentine, con su eterna suspicacia hacia todas las cosas modernas, se había sometido o había sometido a su hijo a la clase de carnicería que se practicaba en lugares como aquél en los años 1800. El arcaico equipo médico de aquella habitación, los multicolores frascos de polvos y elixires, y los instrumentos de tortura que rodeaban la silla dental en la otra habitación, eran simples artículos de exhibición, como casi todo lo demás que había en Texas. Valentine acudía allí para revisiones y reparaciones físicas cuando era necesario, porque Henry Wauk era un viejo amigo suyo, y porque Henry trabajaba sin preocuparse demasiado de los controles oficiales. El Ordenador Central y sus distintos esbirros legales tenían poco poder en Texas, un hecho que hacía atractivo para John Valentine aquel lugar y todas las demás disneylandias. Eran virtualmente estados independientes, inmunes a muchas de las intrusivas regulaciones de una gran civilización.

—Experimentos sociales, los llaman —le había dicho Valentine a su hijo un día mientras estaban cabalgando allá fuera…, ¡con auténticos caballos! Dodger se había sentido en el cielo, en la región de artemisa al oeste de Nueva Austin—. Museos vivientes. Aquí enseñan a la antigua usanza en la escuela, hijo. De vuelta a lo básico. Todos los niños aprenden a leer, si puedes creerlo. Cultivan su propia comida, directamente del suelo. Viven aquí, tienen sus trabajos aquí. Viejos trabajos, como la herrería, la tonelería y… muchas otras cosas. No pretendo saber mucho sobre ello. Celebran sus propias elecciones, y no pagan impuestos a Mamá Luna. La mayoría aquí son inadaptados. Gente que no sería feliz fuera.

Dodger había pensado que resultaba extraño llamar «fuera» a los corredores de la Luna, pero sabía lo que quería decir su padre. Aquí había la

ilusión de un espacio ilimitado, justo como fuera en la superficie. Y Texas era grande: kilómetros y kilómetros, decía su padre.

El «doctor» Wauk era uno de los inadaptados. Sin embargo, no había alienación general ni desesperación existencial en él. Wauk era lo que se hubiera llamado, en la antigua Texas, un dipsomaníaco. Sentía una inclinación hacia la botella de la que no estaba dispuesto a curarse. Había convertido su carrera de actor en un desastre, y finalmente había aceptado un papel que tenía que vivir en lugar de representar: el del querido matasanos alcohólico de los viejos wésterns en blanco y negro.

Mientras Wauk dispensaba remedios caseros y polvos y pomadas para unas pocas dolencias, toda la atención médica la realizaba una perfectamente ordinaria máquina médica oculta en un armario. Las consultas más complejas eran enviadas a unas instalaciones médicas normales fuera de la disneylandia. Wauk había recibido la instrucción mínima para actuar como médico.

—Después de todo —le había dicho a John Valentine—, no es como doctorarse en cohetes o algo así.

Dodger creyó oír voces en la habitación contigua. Saltó de la cama y se dirigió silenciosamente hasta la puerta y apretó el oído contra ella. Si contenía el aliento podía oír hablar a su padre y al doctor Wauk, pero sólo podía captar palabras aisladas. Buscó a su alrededor y descubrió un antiguo estetoscopio en un cajón. Lo aplicó a sus oídos y presionó el disco de metal contra la puerta de madera, y los sonidos se hicieron tan claros como a través de un teléfono.

—Mira, Henry —decía su padre—, nadamos en dinero. Quiero que tomes esto. Por favor. Me hará sentir mejor.

—Mi tarifa normal será suficiente, John —dijo el doctor—. Oh, vamos. Como un favor hacia mí.

—Precisamente en este momento, viejo amigo, no me siento inclinado a hacerte favores más allá del que acabo de hacerte. No, señor, y no creo que tenga mucho interés en hacerte sentir mejor tampoco. De hecho, creo que acabo de hacerte el último favor que estoy dispuesto a hacerte.

Hubo un largo silencio. Dodger contuvo el aliento. Oyó el sonido de una silla al raspar contra el suelo de madera, luego un ruido crujiente. Alguien

acababa de sentarse en una silla, supuso.

—Lo que acabas de hacerle a ese chico es un crimen, John. No necesitas que te lo diga, ya lo sabes. Pero sabiendo lo que opinas de las leyes, y del poder del estado, y de todo eso, voy a decirte algo más. Lo que le has hecho a ese chico es un pecado.

Hubo una pausa aún más larga, luego un sonido que al principio Dodger no reconoció pero que pese a todo le heló el corazón. Se produjo de nuevo, y de pronto Dodger supo que su padre estaba llorando.

—Oh, mierda, John. Déjame quitarme este maldito acento de Texas de la voz: llevo viviendo aquí tanto tiempo que se ha convertido en algo más que una actuación. Pero tú me recuerdas. Es Henry Wauk quien te habla, John. El tipo que estudiaba tus papeles para reemplazarte en caso necesario en más de la mitad de las obras en las que actuabas. Soy el tipo que hubiera dado cualquier cosa por ser la mitad de bueno que tú eres, y si eso no era posible, al menos permanecer siempre cerca de ti con la esperanza de que algo de tu brillo se me pegara. Nunca tuve esa suerte. Todo lo que realmente teníamos en común era la propensión hacia la botella. No sé si alguna vez me consideraste un amigo…

—Lo hice —sollozó John Valentine—. Todavía sigo haciéndolo.

—… bueno, quizá. No sé si es realmente amistad cuando uno admira al otro tanto como yo te admiraba a ti. Te debo mucho. Todavía te debo mucho, pero te diré ahora que no te debo esto. Ésta es la tercera vez que me traes a ese muchachito para que te lo recomponga. No pensé mucho en ello la primera vez. Arreglé su tímpano reventado y volví a dedicarme a la botella. Pero después de la segunda vez no pude quitármelo de la cabeza. No es lo que tú le has hecho a su cuerpo, John, sino lo que le has estado haciendo a su… Ni siquiera sé cuál es la palabra. Su alma, quizá. Hay una parte de él que siempre va a estar asustada. Asustada de ti, quizá. Asustada de todo.

Dodger se mordió el labio y frunció el ceño. ¿De qué demonios estaba hablando el maldito matasanos? Él no le tenía miedo a su padre. Él quería a su padre. —Nos sé por qué hago estas cosas— dijo Valentine con tono miserable. —Eso es algo en lo que ni siquiera quiero pensar. No me importa

por qué. Lo que te digo ahora es: termina con eso. Si me lo traes de vuelta todo sangrando e hinchado como esta vez, voy a llamar a la policía.

—Eso es exactamente lo que deberías haber hecho —dijo Valentine—. Estoy tentado de hacerlo ahora —siguió Wauk—. Mierda, John, ese pobre chico estaba…, bueno, ya sabes cómo estaba.

Dodger casi se perdió las siguientes palabras de su padre, apenas un susurro.

—Fue un accidente. Oh, Dios, no me mires así, Henry, sé que es responsabilidad mía. Sé que si hubiera muerto hubiera sido exactamente como si yo lo hubiera asesinado. Lo hubiera matado con mi estupidez. Simplemente estoy intentando decirte…, las cosas no ocurrieron como yo pensaba que lo harían. —Supongo que no— bufó el doctor.

—No sé lo que ocurrió. Supongo que el chorro de aire fue suficiente esta vez como para desalojar esa maldita máquina, y apareció rodando sobre sus orugas y la vi llegar mientras lo observaba a él, estaba observándolo a través de la ventana al lado de la esclusa, vi lo que iba a ocurrir y casi me morí allí mismo, no había forma de hacer que la esclusa fuera más aprisa, y la siguiente esclusa estaba a un kilómetro de distancia y yo no disponía de ningún traje, y…

—Realmente pensaste que todo había acabado, ¿no?

—Henry, lo siento tanto. No sé por qué hago esas cosas.

—Eso es algo entre tú y tu terapeuta, o tu Dios, o quien sea al que escuches, si es que escuchas a alguien.

—Fui tan estúpido.

—Puedo perdonar la parte estúpida, John. Lo que me asusta es la parte perversa. Fue perverso hacer lo que hiciste.

—Hubo otro largo silencio, luego el doctor habló de nuevo, con más curiosidad que furia en su voz—. —¿Qué es todo este asunto de la Oruga Dywoo? ¿Qué era lo que estaba gritando cuando lo trajiste aquí?

—La Oruga Daewoo —dijo Valentine—. Ya sabes, el equipo pesado de la compañía. Excavadoras, equipo de perforación, resituación de asteroides. El nombre estaba escrito en la parte delantera de esa máquina perforadora. Uno de los brazos perforadores o lo que sea quedó encajado en la puerta y

pensé… Pensé que nunca iba a retirarse. —Empezó a sollozar de nuevo, grandes espasmos que hicieron que a Dodger le doliera el corazón.

Pero el muchacho estaba ya consumido por un ardiente estallido de vergüenza. Se sentó sobre los talones y se golpeó el muslo con un puño.

—¡Estúpido! ¡Estúpido! —susurró. La única cosa en el mundo que realmente lo había asustado a morir, y resultaba que no era más que… ¿una máquina? ¡Estúpido! Retuvo las lágrimas, aplicó de nuevo el estetoscopio contra la puerta—. Debía de haber un pequeño gradiente allí —estaba diciendo su padre—. La cosa rodó hacia atrás sobre sus orugas justo lo suficiente para que la esclusa pudiera seguir rodando. Sólo un poco de ciega y estúpida suerte. Más suerte de la que yo merezco, ciertamente. Debió de ser la suerte del muchacho. Alguien cuidando de él.

Dodger había comprendido desde hacía tiempo que su padre no podía ver a Elwood. De hecho, estaba seguro de que nadie podía ver a Elwood excepto él. De hecho, se había estado preguntando, puesto que no era completamente estúpido, si Elwood no sería más que un producto de su imaginación, una pura invención. Una abeja en su sombrero, un murciélago en su campanario. Si no estaría, en una palabra, loco. Ahora no lo creía. Elwood había empujado aquella Oruga hacia atrás sobre sus orugas. No había ninguna otra explicación para aquello. Lo cual significaba que Elwood era un fantasma *bonafide*, como el padre de Hamlet. Lo único de lo que no estaba seguro era si era el fantasma de Elwood P. Dowd, un personaje de ficción, o el fantasma de Jimmy Stewart, que simplemente se había vuelto loco y creía que era Elwood P. Dowd. Pero por el momento lo que sí sabía era que Elwood era su ángel guardián.

—¿Puedo verle ahora? —Dodger estuvo a punto de saltar de vuelta a la cama, pero se contuvo el tiempo suficiente para oír la respuesta del doctor.

—Deja descansar al muchacho —dijo Wauk—. Estará groggy todavía otra hora o así, con la dosis que le di. Mientras tanto, ¿por qué no me acompañas abajo al saloon y me pagas una copa o tres?

Maldito borracho, pensó Dodger mientras oía abrirse y cerrarse la puerta de fuera y el sonido de pasos bajando las escaleras. Ni siquiera sabe sedarme adecuadamente. Es una suerte que todavía esté con vida.

¡Ese bastardo! Hacer llorar a mi padre, ¿qué te parece?

Dodger empezó a rebuscar en cajones y armarios.

Encontró rápidamente una garrafita de gres de cuatro litros etiquetada LICOR DE MAÍZ. Quitó el tapón y olió. Alcohol, por supuesto. Bien, ¿qué otra cosa tenemos aquí?

Pasó la siguiente hora leyendo definiciones en un viejo libro encuadernado en piel titulado *Enciclopedia médica general Saunders*, fecha de publicación 1898, y buscó las palabras que halló impresas en botellas y frascos que se alineaban en los estantes y vitrinas de la sala de exámenes. «Paregórico», descubrió, era tintura de opio alcanforada. Olía horrible, así que echó un poco en la garrafita del licor de maíz. «Calomel» era cloruro mercurioso. Eso sonaba horrible: ¿no era venenoso el mercurio? Echó una cucharadita de té de calomel. El «Tónico rosa de Tía Lydia», decía la etiqueta, posee excelentes propiedades eméticas. Tras buscar «emético», Dodger echó una generosa dosis. «Nicotina» era un alcaloide venenoso, $C_{10}H_{14}N_2$. Para dentro. Un «sialogogo» era algo que incrementaba el flujo de la saliva. ¿Por qué no? «Arecane» era un remedio casero y eficaz como purgante. Un «parturifaciente» era algo usado para acelerar el parto, mientras que un «abortifaciente» producía un aborto. Dodger se preguntó qué efecto podía hacer una mezcla de los dos a un doctor borracho. «Formalina», «criptomenorreico», «salvarsan», «arnicina», «mixorreal», «leptúntico»…, tantos nuevos nombres, tantas definiciones, tan poco tiempo.

Al cabo de un rato empezó a sentirse cansado de leer y se sintió un poco hambriento. En la habitación de al lado, junto a la silla del dentista, encontró los restos de una comida mexicana: patatas fritas con salsa y un taco frío. Dio un mordisco al taco, y al cabo de un momento buscaba frenéticamente agua. Una vez calmado el fuego en su boca, examinó la botella de Infierno Habanero de Pancho (ADVERTENCIA: ¡NO UTILICE CERCA DE UNA LLAMA!), la llevó a la oficina del doctor y vació media botella en la garrafita. Untó un poco de salsa en la parte del estetoscopio que se aplicaba a los oídos.

Volvió a tapar con el corcho y agitó vigorosamente la garrafita, luego la abrió de nuevo y olió cautelosamente. Todavía olía a alcohol.

Para mayor seguridad, orinó en la garrafita antes de bajar las escaleras en busca de su padre.

PARA DIFUSIÓN INMEDIATA
De: Primera Iglesia Latitudinaria de Santos de la Celebridad
Tema: índices de audiencia de noviembre
Categoría: Niños (2 a 12 años) periodicidad (semanal/quincenal/mensual)

1 de diciembre (Templo de King City)

Las cifras de la «parrilla» de noviembre, compiladas por el Departamento de Investigación de Tendencias de la Iglesia Latitudinaria, son como siguen:

	TITULO	AA	Mes anterior	Año anterior
1.	El show de Gideon Peppy	93,1	1	1
2.	Almirante Ornitorrinco	84,4	2	3
3.	Repollo Mofeta	80,2	5	—
4.	El bulevar de Barney	78,7	3	14
5.	¿Qué demonios?	70,3	4	2

Almirante Ornitorrinco parece haber solidificado su lugar en el número dos en el índice del *Share* Ajustado de Audiencia. *El bulevar de Barney*, beneficiándose de un nuevo equipo de guionistas, se ha abierto camino desde el número catorce al número cuatro en el pasado año. Las dos historias punteras siguen siendo el pronunciado declive de *¿Qué demonios?*, la en su tiempo dominante oferta de Q&A de la NLF-TV3, y la meteórica ascensión de *Repollo Mofeta*, la serie de acción sobre una tribu de niños zombis. *RM* parece dispuesta a pasar delante de esos viejos caballos de carreras de confianza, *Peppy y Ornitorrinco*.

Los portavoces de la NLF y del Taller Educativo para Niños, productores de *¿QD?*, no tienen nada que decir cuando se les pregunta si el declive en el número de programas educativos en la parrilla en los últimos tres años refleja un creciente antiintelectualismo o es simplemente el

estancamiento de nuevas ideas frescas en la presentación de la más descollante televisión infantil. Oskar Bigbird III, presidente del TEN, prometió una conferencia de prensa a finales de semana, anunciando cambios de personal en *¿QD?*

No parece que nada de lo que los expertos puedan decir tenga ningún efecto en la remontada de *Repollo Mofeta*. Presentados hace apenas ocho meses, los *Hediondos de Li'l* han despertado la imaginación de un enorme número de chicos lunarianos, y ahora están listos para lanzarse a la conquista del sistema. Informes de la venta al detall confirman que, por primera vez en muchos años, las ventas de los productos Gideon Peppy se han visto eclipsadas por las de los chicos de RM durante el mes de octubre. Las cifras totales para noviembre todavía no se hallan disponibles. Pero parece una apuesta segura el que los juguetes, ropas, *software* y otro *merchandising* de los Hediondos de Li'l van a ser los artículos más calientes en esta temporada de Navidad. Cita de Gideon Peppy (con una risita): «No se me van a comer mi caramelo de palo». Señaló los crecientes gritos ultrajados, desde Marte hasta la Zona Cometaria, de grupos preocupados de padres protestando acerca del inminente asalto de los Chicos de *RM*. Peppy se negó a comentar los rumores acerca de que era él quien se hallaba detrás de algunas de esas protestas.

Es más probable que deje huellas de dientes en el trasero de su Nómina Infantil el continuado fracaso en despegar de su muy publicitada nueva serie *Sparky y su pandilla*. Anunciada con bombo y platillo en *El show de Peppy* durante tres meses antes de su lanzamiento en agosto, *Sparky* sigue encallada en los cuarenta, con un decepcionante *share* del 12,4. Con el episodio número quince rodándose en estos momentos en Sentry/Sensational, corren rumores de que el dieciséis se halla en el alero, mientras (¿lo adivinan?) se contemplan cambios en el equipo. Digamos también que pronto habrá un puñado de guionistas de *¿QD?* pisando la acera. Estarán dispuestos a trabajar barato.

(Para cifras sobre espectáculos diarios y teatrales, teclee *MÁS**)

---

de la Página de las Estrellas de *The Straight Shit*:

Un año bajo revisión: subtele infantil
«¿Alguien quiere comprar un Termo Sparky para el Café?»
por Bermuda Schwartz

Se lo llevo diciendo desde hace doscientos años, así que, ¿por qué no piensan en escuchar, para variar? Desde que esos viejos puntos fosforescentes empezaron a perseguirse a través del cristal mágico del cinescopio en los queridos y desaparecidos años 1940, dos cosas son las únicas que venden en televisión: buen material y basura. Ninguna de las dos tiene garantizado el éxito. Muchos *shows* han aspirado a ser buenos, pero se han engañado a sí mismos. Todos han desaparecido hace mucho tiempo. Y algunos eran realmente buenos, y han desaparecido también. En cuanto a la basura…, ¿quién puede decir al diablo con la basura? *Mitos maravillosos* apareció en la pantalla a mediados de verano, apestando a basura, y a finales de mes estaba en la basura. *Repollo mofeta* olía igual de apestoso, y para Navidades los Kadáveres Kómicos habían arrastrado su légamo por todas las habitaciones de donde vivía alguien de menos de doce años del planeta. Los chicos dormían en ataúdes «Hediondo Li'l», a mil dólares la unidad, pegándose gusanos vivos marca registrada en las mejillas.

¿Quién puede imaginarlo? No yo, no los expertos ni los críticos ni los estudiosos ni los eruditos sacudiendo desconsoladamente sus cabezas. La basura es basura. Alguna se convierte en basura popular, y si yo supiera cómo expresar la diferencia no estaría aquí escribiendo sobre ella, me estaría haciendo jodidamente rico.

Pero oh queridos, he oído a los expertos decir: Uno de los pocos *shows* de calidad que merecen verse regularmente —y por supuesto me estoy refiriendo a *¿Qué demonios?* de la CEW— está cayendo en picado en los índices de audiencia. ¡Ay de nosotros! La civilización va a perecer cualquier día a partir de ahora.

Basura. *¿QD?* solía tener calidad, pero ¿alguno de ustedes de más de doce años de edad lo ha visto recientemente? Se lo aseguro, ese viejo cajón de sastre está empezando a hacer que Zippy el Zombi parezca animado. De acuerdo, solía ser bueno, pero hay otra regla cardinal en el territorio de la

televisión, y es que nada dura para siempre. *¿QD?* está a punto de cumplir los treinta años. *Baybay*. Adiós.

¿Calidad? Bueno, nos guste o no (y a mí no me gusta mucho), *El show de Peppy* es un buen ejemplo. Lo que Peppy hace, lo hace bien. Los personajes son divertidos, el guión agudo. A los chicos les encanta. ¿Qué se puede decir? Profesores de inglés aparte, la mayoría de educadores dan una buena puntuación a Peppy…, ¿y cuánto tiempo hace desde que alguien le hizo caso a un profesor de inglés?

¿Y ahora qué? ¿Dicen ustedes que el *show* de Peppy sólo tiene diez años? ¿Y que está dónde en los índices de audiencia? Vaya por Dios, quizás a la civilización todavía le queden algunos meses más de vida.

Pero eso nos lleva al tema de la lección de hoy, queridos niños, y que es: ¿qué les ocurre a los *shows* que parece que no pueden decidirse a si quieren ser basura o estupendos? Eso nos lleva a un desastroso efecto del molino triturador de Peppy llamado *Sparky y su pandilla*.

¿Qué podemos hacer con una cosa como *S&P*? Considerarlo un fracaso, lo que en el argot llamamos un auténtico pavo, es insultar a esa pobre ave de corral incapaz de volar. Un genuino pavo sabe que es un pavo, y en consecuencia puede esforzarse por ser el mejor pavo del corral. *S&P* llega a su televisión como una caballa muerta envuelta en papel de regalo. Intentas imaginar de qué se trata. Todo lo que puedes decir al principio es que huele, vagamente, a pescado. Y al menos parte de él es basura.

No tendría objeto dedicar mucho tiempo a un análisis pluma a pluma de este albatros alrededor del cuello de Gideon Peppy, y no voy a someterles a él. Sólo un corto comentario, pues, y una breve explicación.

Comentario:

PULSE *AQUÍ** para Hipertexto ultrasónico©

—¿A quiéééen coooño le impooorta?

Explicación: la clave a que importe lo que ocurre en un *show*, y estoy hablando aquí de cualquier tipo de *show*, desde *Hamlet* hasta *Repollo mofeta*, es unos personajes creíbles. Personajes que tengan algún parecido a los seres humanos que hemos conocido, que muestren algunos rasgos humanos conocidos. (Excepción: el público desde el nacimiento a los cinco años, que contemplará cualquier cosa brillantemente coloreada y que se

mueva: es decir, *El bulevar de Barney*). De todos los racimos de puntos fosforescentes brillantemente coloreados, sonoros, moviéndose frenéticamente que se llaman a sí mismos la pandilla de Sparky, sólo el propio Sparky parece sentirse en casa allá donde debería estar. Sparky están bueno, de hecho, tan atractivo y divertido y emotivo, que salí inmediatamente a comprarme un termo para el café de Sparky. Pero cuando el café se enfrió, también se enfrió todo lo demás. No creo que el termo vaya a convertirse en un artículo de colección —aunque casi seguro que es raro—, porque compramos y atesoramos esos fragmentos nostálgicos de cultura pop para recordarnos algo. Algo que nos importa. Y debo decirles que, cinco minutos después de que el *show* hubiera terminado, no podía recordar nada de ninguno de los miembros de la amorfa colección de las comadrejas conocidas como la pandilla de Sparky, ni siquiera sus nombres.

Y eso es realmente malo. Porque resulta obvio que alguien puso un montón de pensamiento en el personaje de Sparky. Interpretado por el joven Ken Valentine, Sparky es al mismo tiempo maravillosamente despreocupado y encantador, listo y decidido. Es el tipo de hijo que a todos nos hubiera gustado tener, o a falta de esto tener entre nuestros amigos. Nos hace sentir ansiosos de unirnos a su pandilla, lo cual hace más abrumador el hecho de que su pandilla actual sea un puñado de rábanos tan grande. Hubiera debido ser el núcleo de un grupo de pilluelos igual de listos y llenos de recursos, unidos por su innegable carisma.

Pero aunque Gideon Peppy contrate algunos guionistas que puedan darle carácter, *Sparky* no consigue salirse del bosque. O permanecer en el bosque, si podemos decirlo así. El hecho es que nadie en este *show* tiene el menor indicio de dónde está el bosque, o si de hecho hay algún maldito bosque. Con eso quiero decir que los personajes necesitan un medio. Una historia tiene que ocurrir en algún tiempo y lugar. Tiene que haber un fondo.

Hasta ahora he visto cuatro episodios de *Sparky*. Uno por mes, como la maldición. En el primero la pandilla luchaba contra unos piratas en mar abierto, sin más razón que pueda imaginar que la de que había un barco pirata a escala natural disponible en el patio de atrás de Sensational. En el siguiente episodio la pandilla estaba en la época actual, y en el tercero en ningún universo que yo pudiera identificar. Se apuntó una especie de

lamentable galimatías para explicar estas dislocaciones temporales y espaciales, pero por aquel entonces me temo que yo ya estaba muy avanzado en mi coma diabético.

Vean, este tipo de basura puede funcionar para *Repollo Mofeta*, porque *Mofeta* es un *show* basura. Yo lo sé, ustedes lo saben. Los productores lo saben. Los chicos no le dan la espalda porque está lleno de violencia y es muy ruidoso y huele ofensivamente, y sobre todo porque mamá y papá odian al hijoputa.

Eso no funciona para *Sparky y su pandilla*, porque *Sparky* aspira a ser algo más, y es por eso por lo que es peor que una mofeta.

Adelante, pregunten a sus chicos. ¿Por qué veis *Sparky*, pequeños Ambrose y Abigail?

PULSE *AQUÍ** para Hipertexto ultrasónico©

—Oh, mamá. No lo sé. Sólo sooorbe.

Los chicos no se dejan engañar. Verán calidad, o verán basura. Pero mejor que sea una de las dos cosas, y mejor que sepa usted cuál de las dos cosas es.

---

de *Hebephrenia*, «La plataforma del joven»
columna del 10/4/58
«El emprendedor»
por D. Mentua Precox

Estaba dando vueltas por los estudios Sen/Sen esperando conseguir una entrevista con El Hombre en persona, G. Peppy, ¿saben?, cuando ¿quién apareció como un rayo yendo con auténticas prisas del punto A al punto B? Pues nada menos que Velveeta Creemcheese en persona. Bien, coma, Vel y su totalmente humilde narradora se quieren como la última edad de hielo, ¿lo captan? Así que fue como «¡Vel! ¡Signo de exclamación! Oí que habías salido catapultada de los reinos interiores de Peppydom», coma, porque el rumor era que había sido despedida de su completamente poderoso trabajo como Zarina de Producción en la Pep-Pep-Pep-piprod, ¿lo captan? Entonces ella fue todo «Al contrario, Manny, coma coma», y como sea que

la muy zorra sabe que D. M. Precox su humilde etc. mira de soslayo cuando ella oye ese nombre fui toda *¿Qué es ese repentino giro en sus pantalones cortos*?, pero me contuve de verbalizarlo en el éter, coma, ¡puesto que la discreción es la mejor parte de eso o aquello punto y aparte! ¡Signo de exclamación! De modo que ella va y dice «Mero cambio de sombrero», y yo digo «¿Sombrero? ¿Sombrero? ¿Signo de interrogación?». Y ella dice «Un cambio». El nuevo sombrero pertenece a la hiperestrella en jefe de «El Nuevo y Mejorado *Sparky y su pandilla*», y yo «¿Quédequé?», y ella «Es el nuevo extravaganzoide de la teleinfantil de G.P.», coma, y yo soy toda «¿nóicagorretni ed ongiS Por qué no fui informada Signo de interrogación?», y ella toda irritada «Tu oficina fue informada enseguida» coma comillas paréntesis (pero mis Fieles Lectores sabrán que su humilde narradora está totalmente al tanto de TODAS las cosas que merecen ser conocidas en la tierra de la hebefilia, coma, y D.M. y H.N. no han oído hablar de ello punto, punto, punto, bien, bien, de acuerdo, ¿he oído hablar de ello?, coma signo de interrogación, pero no porque estuviera sacudiéndome dentro de una célebre escala de *Ritcher*, ¿lo captan? sisetnéraP). ¡Punto y aparte! ¡Así las cosas, pronto su segura servidora entraba en el más profundo sanctasanctórum del Gran Giddy *Pepperoni* en persona! ¡S!I!G!N!O D!E E!X!C!L!A!M!A!C!I!Ó!N! Entonces mis maravillados orbes vieron nada menos que al Pephombre enroscado en medio de una pina de guionistas, coma, en número de nueve o quizá una docena, en el poderoso extremo de una mesa de tan enormes proporciones que el King de Kong podría usarla como tabla de surf. Sí, realmente, coma, oh mis hermanos y hermanas. Las palabras parecían muy calientes y flotaban y ondulaban y rompían. El pelo empezaba a ser mesado y arrancado. ¡La saliva volaba! Peppy dice «¿Puede alguien de este sobrepagado puñado de zopencos darme algún concepto original?». ¡Los charlatanes carraspearon excitadamente, y se esgrimieron tratamientos con terrible abandono, de uno a otro lado! Así que no vi fácil el acceso al oído de Peppy —no por el momento, al menos—, coma, y mi mirada interrogadora vagó al otro lado de la mesa, donde presidían dos chicos con pelo de alambre. Debían de ser los Sparks, de los que se había hablado mucho en la publicidad emitida en los últimos meses. Vel dice «Éste es

Sparky, la estrella de nuestro *show*», y yo digo «¿Qué tal?», y Vel dice «Y ésta es la pequeña Polly, su compañera», y yo dio, coma, «¿qué tal ser la segunda?», y la pequeña Polly dice «Dibujando», lo cual me hace preguntar «¿Dibujando qué?». Bien, mi fiel lector, D. M. Precox tiene sus buenos días y sus días en que es comida por las comadrejas y éste no era mi momento más brillante, porque coma mis lentes podían ver claramente que estaba dibujando… una cosa punto punto punto y punto. ¿Y quién puede validar esto sino la propia Polly cantando como si fuera un yo del «Una cosa», y dice, coma, «Es una especie de tipo que yo y Sparky hemos creado», y Sparky dice «Yo lo creé. Ella lo dibujó». Y yo pregunto si la cosa tiene un nombre, y ella dice «Inky Tagger»?. Bien muchas otras cosas transpiraron ese día pero vuestra atención ya se halla agotada de modo que es hora de que DMP les diga aloha con este remate en sus labios: «¿nóicagorretni ed ongiS Quién es Inky Tagger Signo de interrogación?». Más tarde. Recuerden, primero lo oyeron aquí.

---

1 de mayo (Templo de King City)
Las cifras de la «parrilla» de abril, compiladas por el Departamento de Investigación de Tendencias de la Iglesia Latitudinaria, son como siguen:

	TITULO	AA	Mes anterior	Año anterior
1.	El show de Gideon Peppy	84,7	1	1
2.	Repollo Mofeta	82,2	2	28
3.	Almirante Ornitorrinco	81,8	3	5
4.	El bulevar de Barney	75	4	8
5.	Sin resuello	67,6	10	—

Repollo Mofeta retiene su precario puesto en el número dos por segundo mes, superando al *Almirante* tan sólo por unos pocos cientos de miles de espectadores. La gran historia es el meteórico ascenso de *Sin resuello*, el reemplazo de *¿Qué diablos?*, que a principios de este año cayó en los remansos de *Sparky y su pandilla* y demás, y ahora sobrevive tan sólo con

las ventas marginales de los episodios atrasados. ¿Y qué si los puristas afirman que *Sin resuello* no es en realidad más que un reciclado de *¿Qué diablos?*? Como señaló el presidente Bigbird a los críticos, «Si la cosa funciona, ¿qué importancia tiene?».

No tan espectacular, pero sin embargo causa de alguna preocupación entre los mandarines de Sentry/Sensational, es el constante deslizarse hacia abajo de *El show de Peppy*, un fenómeno de cinco meses que ha sido lento pero continuado y no muestra signos de haber alcanzado el fondo. Preguntado si esto podía significar el fin de seis años de liderazgo de *El show de Peppy*, Peppy respondió: «Siempre perdemos algunas cifras cuando nos acercamos al verano. No me preocupa».

Más preocupante para él debe de ser el ridículo ascenso de *Sparky* desde el puesto treinta y cinco al treinta y uno después de todo un año de producción. Los cambios en el equipo no parecen haber resuelto nada, aunque algunos observadores señalan que la mayor parte del pequeño aumento lo ha conseguido la serie en los últimos dos meses, con la introducción de dos nuevos personajes regulares más interesantes: Inky Tagger y Arson E. Blazeworthy. Los comunicados de prensa trompetean que una serie de nuevos rostros transformarán muy pronto la pandilla. Un consejo desde aquí: No apuesten su granja.

---

de *Howdy Doody*
El Mago de la Televisión para Niños
30/6/58
«Babas y mocos»
por Summerfall Winterspring

—Ésta es Crimea River —dice Polly, casi desconfiadamente, mientras empuja una hoja de papel de dibujo en mi dirección. Es un boceto a lápiz de una muchacha que ha llorado tanto que sus lágrimas han excavado enormes deltas del Mississippi en su rostro. En el fondo de esos tributarios podrían alimentarse siluros. Su pelo está desgreñado, y escurre todo un cubo de agua de su pañuelo, que retuerce en sus manos como garras.

—¿Y qué es lo que hace? —pregunto. Polly se vuelve a Sparky, sentado a su izquierda.

—No mucho —dice Sparky—. Se queja constantemente. —¿Ha tenido una vida dura?— aventuro.

—No tan dura. Es una quejicosa. Es como una esponja. Si estás con ella se te llevará todo tu tiempo y todas tus energías. Te drenará hasta dejarte seco, como un vampiro, luego hallará a otro para quejársele.

—Habíale de… —Polly hace una pausa, luego hace un gesto a Sparky —. Cuéntaselo, Spark.

—Bueno, cuando llora, al poco tiempo tú te echas a llorar también. No puedes evitarlo, es como pimienta en tu nariz. Muy pronto estás lloriqueando como un bebé.

—Es contagioso —sugiero, esperando ayudar—. Sí. Eso es.

Algo en la voz de Sparky me alerta, y alzo la vista hacia él a tiempo para ver un destello en sus ojos. Me doy cuenta de que me están siguiendo la corriente. Sabe exactamente qué palabra utilizar para describir las lágrimas de Crimea. Pero su rostro no trasluce nada. Sólo los ojos tienen ese destello de malicia. No me mostraré condescendiente con él de nuevo.

He descubierto la fuente secreta detrás de *Sparky y su pandilla*. Sin saber siquiera lo que estaba buscando, he tropezado con la auténtica razón de que *Sparky* haya ascendido repentinamente de la parte de abajo de los treinta en la AA a un sorprendentemente decimoquinto lugar en la parrilla mensual.

No me enorgullezco de grandes habilidades repertoriales en esto. A veces simplemente tienes suerte.

Pareció buena suerte cuando fui asignada al asunto *Sparky*. Mi misión: visitar el plato y las conferencias de guionistas una o dos veces al mes, producir un diario de la producción de la serie. ¿Quién hubiera pensado que sería un dulce? Una nueva producción en desarrollo de Gideon Peppy, el hombre que marcaba el récord en el acabado de todos sus programas, que aparentemente no podía hacer nada mal. *Sparky* tenía escrito en él un éxito monstruoso.

¿Quién podía imaginárselo?

En realidad, en el momento en que la serie estaba a punto de ser emitida, un montón de miembros del cuerpo de la prensa del espectáculo tenía ya una idea bastante aproximada de ella. Hay un olor peculiar que se aferra a una producción que tiene problemas, y no es el dulce aroma del éxito. *Sparky y su pandilla* tenía ese olor desde el primer día de rodaje, un día que tuve la dudosa buena suerte de presenciar. Superficialmente todo parecía perfecto. Había la atmósfera normal de circo del apresúrate y espera, los habituales tropiezos que se producen cuando el equipo todavía no está acostumbrado a trabajar junto. Normalmente una puede suponer que al tercero o cuarto episodio esos pequeños malos entendidos, discusiones y cómicos embotellamientos de tráfico se han solucionado, y la gente de producción estará funcionando de una forma tan aproximada a una máquina bien engrasada como puede llegar a estarlo una serie de televisión en plena producción.

Pero justo por debajo de la superficie se estaban cociendo problemas. ¿Cociendo? Más bien hirviendo. Esta nave iba sin timón, sin capitán y sin brújula. Las directrices podían llegar desde cualquier lado y alterar este o ese detalle del plato. Dos horas más tarde necesitaba ser alterado de nuevo. Los tramoyistas hacían apuestas sobre el tiempo que iba a durar el nuevo director artístico, y el tiempo era medido a veces en horas, no en días. Resultaba bastante fácil descubrir esas cosas. Todo el mundo en el plato hablaba de ello. Pero nadie sabía lo que pasaba más arriba.

Unas pocas semanas más tarde me senté en mi primera conferencia de guionistas. A veces a un guionista se le presenta una metáfora sobre, digamos, una bandeja de plata. Ése era el caso con la famosa mesa de conferencias de Gideon Peppy. Quizás hayan oído hablar de que hace tiempo el primer paso de las conferencias de paz era determinar el tamaño y la forma de la mesa donde dos grupos de personas que se odiaban visceralmente podían sentarse y discutir racionalmente sus diferencias. La mesa de Peppy era un barómetro perfecto de lo que estaba ocurriendo con *Sparky y su pandilla*. Uno podría trazar una amplia franja roja a través del ancho de la mesa y llamarla la Zona Desmilitarizada. En el extremo sur se sentaba John Valentine, padre del pequeño «Sparky» Valentine, y el propio Sparky. En el extremo norte se sentaban Gideon Peppy y todos los demás.

La dinámica en el extremo sur era obvia: un padre y su hijo. En el extremo norte se desarrollaba una especie de política de corral, cuyas causas no eran evidentes al de fuera, pero cuyos efectos eran dolorosamente obvios. Dicho en pocas palabras, aquéllos que estaban más a favor del señor Peppy se sentaban junto a él, listos para oscular su recto casi antes de que haga algún asomo de inclinarse hacia adelante. Al lado de estos sumos sacerdotes de Peppy se sientan acólitos más ordinarios, con las piernas preparadas para saltar al grito de «¡Rana!». Luego, más alejados, a veces casi en la Zona Desmilitarizada, estaban los perros, mirando con ojos huecos el festín en el norte, patéticamente ansiosos de saltar sobre cualquier mendrugo que cayera de la mesa del amo. La tentación de ponerles puntiagudos sombreros de bufón era fuerte.

Pero no importaba lo en desfavor que cayera uno, nadie se sentaba nunca al sur de la invisible línea roja. Eso era claramente territorio enemigo.

La vista desde el extremo de la mesa de John Valentine era una versión compacta de *La última cena* de da Vinci.

John Barrymore Valentine. Sparky Valentine. La cuarta y quinta generaciones de una familia de actores que puede rastrear su linaje hasta la Vieja Tierra. John es el mayor de tres hermanos, y sin duda el de mayor talento.

Todos ustedes sabrán mucho acerca de su hermano, Edwin Booth Valentine. ¿Qué dicen? ¿Que nunca han oído hablar de él? Prueben con Ed Ventura. Es la oveja negra de la familia. El padre, Marión Brando Valentine, era un actor del antiguo orden —de un muy antiguo orden— en el sentido que consideraba que el actuar debía de hacerse sobre el escenario. Películas, televisión, apenas eran arte, y sus necesidades podían ser servidas enteramente con imágenes generadas por ordenador. «Las películas son un medio para el director —dejó dicho—. Los actores son para el teatro». John siguió en esto los focos de su padre, perdón, los pasos, pero Edwin eligió explotar su buena apariencia y presencia en la pantalla para convertirse en una estrella de cine, un ídolo de las sesiones de tarde, un Casanova del celuloide. Todo lo que su padre odiaba. El viejo Marión lo pateó fuera de la familia y lo repudió…, algo realmente para reírse, puesto que Marión pasó

sus días en una gentil pobreza, y John…, bien, ya llegaremos a ello. Los hermanos Valentine tenían una hermana pequeña. Sarah Bernhardt Valentine, pero no se sabe nada de ella. Mis llamadas pidiendo una entrevista con Ed Ventura acerca de su familia no me fueron devueltas.

John Valentine es un hombre tan encantador, tan apuesto, inteligible, ingenioso, tan lleno de historias divertidas, que se necesitan varios encuentros con él antes de que te des cuenta del monstruo que es.

No me intepreten mal: Gideon Peppy también es un monstruo. Pero ustedes esperarán eso de un hombre que ha arañado su camino hasta la cima en un negocio de degolladores. Él lo admitirá alegremente. Peppy no pretende ser un buen chico. Todo está en su fachada. Lo que ven es lo que es.

Sería fácil comparar a John Valentine con un conocido personaje de la escena musical histórica: la Rose Louise Hovick de *Gypsy*. La analogía falla en varios puntos. Rose no tenía talento por sí misma; John Valentine es un talento importante sin la menor duda. Vi su *Macbeth* hace quince años, y recordarlo todavía me produce estremecimientos. Los talentos de Gypsy Rose Lee eran, podríamos decir, limitados. Sparky Valentine, a los ocho años, muestra más posibilidades que cualesquiera cinco estrellas cinematográficas que pueda nombrar. El chico es abrumador. Pero, lo más importante, comparada con John Valentine, Rose Louise Hovick es relajada. Rose deseaba que Gypsy tuviera éxito allá donde ella había fracasado, o nunca había tenido una oportunidad. John Valentine estaba decidido a moldear a su hijo a su propia imagen. No desea que Sparky sea su ego sustituto en el escenario; quiere que Sparky sea él.

Esto conduce inevitablemente a problemas. Rompe el corazón ver a Sparky en el plato. Cuando las cámaras están rodando, se muestra vibrantemente vivo. Es *Sparky*, ese pirata temerario con el corazón de oro, enderezando los males del mundo. Cuando el director grita ¡Corten!, todo eso desaparece. Se sumerge en algún lugar dentro de él mismo y aguarda. Aguarda con una paciencia aparentemente infinita mientras su padre y Gideon Peppy utilizan tenazas y martillos el uno contra el otro, indefectiblemente educados el uno con el otro, estableciendo una corriente en la atmósfera que hace que los tramoyistas más endurecidos palidezcan de

aprensión. Eso no parece afectar en absoluto a Sparky. Aguarda. Escucha. Cuando se da la orden de «Se rueda», actúa. Antes de eso, Sparky existe solamente como un destello en los ojos del pequeño Ken Valentine. Probablemente es la única forma en que el muchacho puede sentirse a salvo de verse aplastado entre los masivos egos de Peppy y de su padre.

Así que, ¿qué ha ocurrido? La situación era y es una fórmula al desastre, una profecía que se cumplió en el primer año de producción. La única razón que puedo ver a la continuidad de *Sparky y su pandilla* durante esos meses magros fue la reluctancia de Gideon Peppy de admitir que se había equivocado. Sin embargo, en los últimos meses, el *show* ha empezado a atraer una cierta atención.

Volvamos a esa mesa de conferencias, ¿quieren? El momento es varios meses después de nuestra primera visita. Varias de las ranas de G. Peppy están perchadas en diferentes taburetes alrededor de la mesa, pero eso son asuntos que sólo pueden interesar a las ranas. No son importantes para nosotros. Más interesante es dónde está sentado John Valentine. En vez de su trono de oposición en el fortín sur, ¡John ocupa un taburete casi en la Zona Desmilitarizada!

¿Qué ha ocurrido? No creo que John comprenda esto conscientemente, pero alguna parte de él si lo hace, porque su aire de relamida seguridad está flaqueando. Alza la voz, casi grita. No puede decidirse a sentarse realmente con el resto del equipo creativo, pero resulta claro que le gustaría. En vez de su interminable flujo de dardos, su obstruccionismo —a veces sin ninguna otra razón que su odio hacia Peppy— se ha visto reemplazado por sugerencias que cree evidentemente que pueden mejorar la producción. Todas ellas, por supuesto, son educadamente ignoradas (Seguro que pensamos en eso, John, ¡sí señor!). La última cosa que un puñado de guionistas y un productor desean en una conferencia de guionistas es un maldito actor.

¡Por supuesto! ¡*Sparky* es un fracaso! John no hubiera dado un comino por el proyecto. Para mí resultaba claro que la única razón de que él y su hijo se metieran en el asunto era la posibilidad de ganar un dinero fácil. (O la única razón de John era ésa, en cualquier caso. Creo que Sparky podría verse de un modo algo distinto, pero resulta difícil de decir con Sparky, que

juega con sus cartas muy cerca del chaleco. Sólo Dios sabe cómo fue convencido John de unirse a la empresa, dada su antipatía hacia la televisión. Se debió de necesitar algún retorcimiento maestro de brazo). Pero Sparky Valentine —y a través de él John Valentine— no pueden fracasar en una asignación de actor, ni siquiera en una tan insignificante como ésta. Los bajos índices son inexplicables. Sparky está haciendo un excelente trabajo. En consecuencia, lo que hay que mejorar es el material. John se está implicando cada vez más en mejorarlo, lo sepa o no.

Adelantemos rápidamente varios meses más. El extremo de la mesa de los Valentine está ahora anclado sólo por Sparky, a menos que cuentes a Polly, que debería de ser clasificada como no combatiente, posiblemente una seguidora de campo, dada su presión sobre Sparky, de la que puede que él se dé o no se dé cuenta. Ambos están sentados en sendas sillas allá abajo en medio del frío, lejos del calor creativo de los fuegos de Peppy. Con ellos, a veces, está la representante del Sindicato y un tutor, pero los niños son capaces de engañar a esos inocentes con tanta facilidad que la mayor parte de las veces están lejos, con uno u otro encargo. ¿John Valentine? Bueno, acampa miserablemente en la Zona Desmilitarizada, donde le vimos la última vez, pero en vez de sus habituales dardos puntiagudos sus infrecuentes palabras están empezando a sonar como… refunfuñantes. ¿Y es un olor a alcohol lo que se percibe en su aliento? ¿Una mancha de cocaína alrededor de su nariz? Algunas personas están mal equipadas para enfrentarse a una lluvia de dinero. Uno nunca sabe qué son esas personas hasta que les golpea la bonanza, y hasta este punto en su vida John Valentine apenas ha tenido un orinal donde mear ni una ventana desde donde tirarse. Ahora, incluso con una serie fracasada, el dinero va entrando. Peligroso, John.

No puedo eludir para siempre este tema. El hecho es que John tiene un extenso historial criminal. Cuando los tiempos eran magros estuvo más que dispuesto a prestar sus talentos de actor en papeles sin guión, en improvisaciones en la calle…, en pocas palabras a lo que la policía llama «timo largo». A eso es a lo que se dedicaba principalmente, aunque me han dicho que sus habilidades en la Cagada de Paloma y la Lotería Española son también considerables. No exhibe ninguna vergüenza al respecto, no le

importa hablar de ello en la prensa. Todo forma parte de alguna visión global política extremadamente precaria sobre la cual no les aburriré. (De esa forma no tendré que fingir que la entiendo).

Más alarmante aún es su temperamento. Cómo lo ha mantenido a raya hasta ahora durante la gestación de *Sparky* es un asunto entre él y su agente de libertad condicional. Sólo mencionaré aquí que ha escapado por los pelos de numerosas acusaciones de ataque con violencia, normalmente contra directores y productores, pero ocasionalmente contra sus compañeros actores.

No se necesita una gran intuición para ver qué es lo que ha cojeado desde un principio en *Sparky y su pandilla*. Parte de ello es el choque de voluntades entre Gideon y John, un desagrado mutuo tan intenso que Peppy ha hecho a veces algunas cosas que hubiera debido saber que eran estúpidas, simplemente para frustrar a Valentine.

Pero lo principal es el propio John. Pocos actores son buenos con los guiones. John Valentine, ciertamente, no es uno de ellos. Cualquiera puede ver al cabo de diez minutos en una conferencia de guionistas que la influencia de Valentine es enteramente negativa. Nada puede ser más claro que el hecho de que *Sparky* y todos los asociados con la serie estarían mucho mejor si John Valentine se fuera de pronto a efectuar una extensa gira por Neptuno.

¡Pero esperen! ¿He dicho que Polly y Sparky se hallan lejos del centro de creatividad? Quizá me he apresurado. Mirando más de cerca, vemos que los dos están susurrando y riendo quedamente. Polly está dibujando en un gran bloc de notas. Mirando por encima de su hombro —antes de que rápidamente, tímidamente, cierre el bloc—, puedo ver que los dibujos son muy buenos. Amplios y firmes trazos del lápiz. Figuras como de dibujos animados. ¿Tienen nombres?, pregunto, tras pasar un poco de tiempo congraciándome con ellos. Oh, por supuesto que tienen nombres.

Inky Tagger. Arson E. Blazeworthy. Crimea River. Lionel Alibi. La firma de abogados White & Wong. Los gemelos idénticos Tess Tosterone y S. Trojan.

Algunos de ellos ya han debutado en *Sparky y su pandilla*. El resto me fue mostrado solamente después de haber prometido guardarles el secreto,

excepto sus nombres. (¿Lo ves, Sparky? Te dije que podías confiar en mí). Se me permite dar sólo un ejemplo, un personaje que será introducido en el siguiente episodio. Windy Cheesecutter.

Como la mayoría de los nuevos rostros en la vieja casa club de Spakster, Windy tiene un gran problema. Un problema muy grande, muy oloroso. Tal como lo dibuja Polly, Windy es un muchacho rechoncho, mejillas hinchadas, labios gruesos, ojos saltones, enormes salchichas como brazos y piernas y dedos. Tal como lo imagina Sparky, Windy no deja de hincharse y crecer alarmantemente hasta que alivia la presión. Hey, si Chaucer puede hacer chistes acerca de echar ventosidades, ¿por qué no puede Sparky?

Como pueden imaginar, esta condición socialmente debilitadora ha convertido a Windy en una especie de exiliado, y se muestra malditamente furioso al respecto. Va de un lado para otro derribando edificios con su explosiva flatulencia. Evidentemente puede vaciar una iglesia o un cine en diez segundos. No es un chico agradable, en absoluto, difícilmente el tipo que esperarías que formara parte de la más bien no inspirada, a veces francamente hipócrita, pandilla de Sparky. De modo que, ¿qué opina Sparky acerca de él? Tendrán que sintonizar la serie y verlo.

Estoy sentada en el extremo de los leprosos de la mesa, con Sparky y Polly. John Valentine no se ve por ninguna parte. En la siguiente área codificada están Gideon Peppy y su muy bien pagado equipo de guionistas, chillándose los unos a los otros.

Dejemos que chillen. Ahí es donde se crea la serie.

—¿Por qué no se lo preguntas a ella? —dice Polly.

—¿Preguntarme qué? —indago, alzando la vista de las notas que estoy tomando.

—Adelante —dije Polly.

—No —dice Sparky—. Ella no estará interesada.

—Por supuesto que estoy interesada —digo—. ¿De qué se trata?

Sparky me estudia dubitativamente por un momento, luego se encoge de hombros y me mira con un rostro perfectamente serio.

—¿Son las babas y los mocos la misma cosa? —pregunta.

—Son… —Cierro la boca. Estoy decidida a no echarme a reír. Pero muy pronto Polly se pone a aullar, y Sparky se le une. Entonces yo completo el terceto.

—No, de veras —dice Sparky—. Hemos hecho una lista de treinta y cinco cosas que pueden sacarse del cuerpo humano. Ya sabe, sin cirugía.

—Sólo que pueden ser treinta y seis —dice Polly.

—Si las babas y los mocos son cosas diferentes. Vea, decidimos que placa, sarro y cálculos son diferentes. Pero las uñas de las manos y las de los pies son lo mismo.

—No contamos a los bebés —añade Polly—. Y ocho de las cosas son tipos distintos de pelo.

—No hay una buena definición de mocos en el diccionario.

—O de babas.

Así que pienso sobre el asunto y les digo que creo que tienen que ser diferentes. Polly mira relamidamente a Sparky, que le saca la lengua. Polly vuelve a su dibujo.

—¿Ve? —dice Sparky—, hemos decidido que necesitamos a un tipo realmente malo. Si entiende lo que quiero decir.

Por supuesto que lo entiendo. *Sparky* lleva cojeando durante casi un año, y ésa era una de las muchas cosas que no habían sido bien definidas. Cada semana era introducido un nuevo tipo malo, se luchaba contra él, y los sondeos de mercado decían que los niños simplemente no se sentían interesados por él. Si tienes una serie acerca de una pandilla de chicos que van por ahí arreglando entuertos y derrotando al mal, necesitas una buena fuente del mal.

—Lo que había pensado —sigue Sparky— es que, puesto que Sparky es listo, quizá pueda crear al tipo malo. Ya sabe, como Frankenstein. Una cosa que tiene que vigilar Sparky es que es un poco impulsivo. A veces se lanza y hace algo sin pensar en lo que puede ocurrir. Así que un día decide crear en su laboratorio a un nuevo amigo. Piensa…, bueno, pensé en esa canción acerca de un mechón de pelo y un trozo de hueso. Así que Sparky reúne todas las cosas que pueden formar un cuerpo humano, y Polly ayuda también, y tienen que encontrar algunas en otros lugares, porque sólo los

adultos pueden conseguir algunas de estas cosas, y lo unen todo en el laboratorio, y *¡puf!* Ahí está el tipo. Sólo que…

—No tiene alma —digo.

Sparky se mira las manos con el ceño fruncido.

—Quizás esté muy trillado —dice, dubitativo.

—No, no lo creo. Es cierto, es una vieja historia, pero no creo que nadie la haya enfocado nunca desde esta… dirección, o con el mismo tipo de ingredientes que tú. ¿Cómo llamarás a este villano?

Y el rostro se cierra. Sólo permanece el brillo de los ojos.

—Todavía no lo he decidido —dice. Sé que sí lo ha hecho, sólo que no va a decírmelo, pero ya está bien así. Ya tengo mi historia.

Después de que Sparky y Polly hayan sido llamados para rodar una escena, me quedo por allí un poco más de tiempo, intentando no hacerme demasiado llamativa. Y veo algo curioso. A lo largo de la tarde casi todos los poderosos guionistas del lado norte de la mesa encuentran una excusa para irse al otro lado. Dios mío, ¿ha visto alguien mi sombrero? ¿Puede estar ahí debajo de la mesa? Oh, parece como si ese bloc de dibujo esté a punto de caerse de la mesa. Déjenme enderezarlo y ponerlo bien…

Casualmente, indiferentemente, pasean y dan vueltas y se miran y hablan, sujetando sus bolígrafos y sus blocs de notas y sus tazas de café. ¿Qué es esto? Oh, son los dibujos de la pequeña Polly. ¿Qué habrá hecho hoy, me pregunto?

Y ojean los dibujos.

Sea lo que sea lo que Gideon Peppy les paga a estos guionistas, no es suficiente. En absoluto suficiente, para que estén dispuestos a robarles ideas a los niños y poner sus propios nombres a esas ideas. No señor. Yo pediría una jodida cantidad de dinero para hacer eso.

De modo que ahí está el secreto. Mientras el equipo creativo chilla y se pelea y lanza una rancia y derivativa idea tras otra, las auténticas historias se crean en el otro lado de la mesa, a partir de babas, escupitajos, mocos y ventosidades.

¿Y cuál fue la última persona que vi visitar el otro extremo de la mesa? Les daré una pista. Llevaba zapatos amarillos, y chupaba un caramelo de palo.

---

de *LUNAVARIETY*
«La industria del entretenimiento diario»
VALENTINE A NEPTUNO; PARA DIRIGIR EL TNPE
redacción

John Barrymore Valentine, residente en King City y actor teatral desde hace mucho, ha recibido la oferta de ocupar el cargo de director artístico del Teatro Nacional de los Planetas Exteriores, con efectos desde el 1 de enero del próximo año.

«Fue una decisión difícil para mí —dijo Valentine en la conferencia de prensa que dio para anunciar su intención de aceptar la oferta—. Como muchos de ustedes saben, he sido productor asociado en la videoserie semanal de mi hijo *Sparky y su pandilla*, que en estos momentos se halla en el número nueve en los índices de audiencia. Mi hijo y yo hablamos de ello y ambos creemos que, por mucho que no nos guste estar separados, nuestras carreras están primero en este punto de nuestras vidas. Sparky estará en buenas manos aquí en la Luna. Yo tengo un contrato de dos años, con opción de renovar. Mis esperanzas son llevar un renacimiento de los clásicos a los planetas exteriores, que durante mucho tiempo han quedado atrás con respecto a la Luna y Marte en la representación de las obras de Shakespeare, Moliere, Chejov, Williams y muchos otros. Es un gran privilegio cumplir con mi papel en la conservación de las artes».

Contactado en su cuartel general en Sentry/Sensational, Gideon Peppy, productor de *Sparky y su pandilla*, expresó su alegría y su pesar. «Es un buen movimiento para la carrera de John —dijo Peppy—. Por supuesto, todos vamos a echar en falta su colaboración aquí, pero supongo que podremos arreglárnoslas sin él».

La Federación de los Planetas Exteriores había encontrado problemas de financiación para su ambicioso pero inconcluso Centro de las Artes Escénicas, que está tomando forma cerca del Centro de Gobierno en Nueva Sydney, Tritón. Recientes donaciones, sin embargo, han hecho que el proyecto se mueva de nuevo, y la junta de directores confía en su pronta

terminación anunciando su selección de Valentine, que partirá hacia los PE en el primer transporte disponible.

---

de *Tritón Tabloid*
Página de arte
4/8/58
redacción

El Consejo de Tritón para las Bellas Artes anunció hoy la recepción de una gran donación en efectivo, fondos que serán empleados para la terminación del Centro de las Artes Escénicas de Nueva Sydney, hasta ahora plagado de dificultades.

«Con la Federación doblando las donaciones, esto debería de ser suficiente para poner en marcha el Centro», dijo Spero Meliora, presidente del consejo.

Preguntado acerca de la identidad del benefactor, Meliora se limitó a decir: «Un mecenas de las artes, que desea permanecer anónimo». Las especulaciones arden, pero en el momento de escribir esto nadie parece tener el menor indicio sólido sobre el nombre del ángel no deseoso de publicidad. Una fuente normalmente de confianza afirma que la donación llegó en forma de un cheque extendido sobre un banco de King City, Luna, pero el *Tabloid* ha sido incapaz de confirmar o negar esto.

Inmediatamente después del anuncio del inesperado maná, Meliora inició una búsqueda por todo el sistema de un director artístico. Las preferencias nacionalistas cobraron importancia en este asunto, y se ha expresado un gran apoyo entre la comunidad artística de los PE a la idea de que el director debería de ser un tritoniano, o al menos un ciudadano de la Federación. Las fuentes del *Tabloid*, sin embargo, dicen que esperemos que el director llegue desde la misma dirección que los fondos. Y muy pronto también.

(para artículos relacionados, pulse *MÁS**)

PETICIÓN DE TUTELA PARA UN MENOR

Tribunal de Distrito, King City, Caso #390-45155 8/11/58
Solicitante: Melina Polichinelli
Padre o tutor: John Barrymore Valentine
Menor: Kenneth Catherine Valentine

DECLARACIÓN DEL PADRE: Yo, John B. Valentine, declaro bajo penalización de perjurio que lo siguiente es veraz y correcto, en todo mi conocimiento. Me ha sido ofrecido un puesto de prestigio en los planetas exteriores; con un sustancial incremento de salario. Mi hijo está actualmente protagonizando una videoproducción, *Sparky y su pandilla*, en los estudios Sentry/Sensational. Sería perjudicial para sus actuales intereses y perspectivas futuras si tuviera que acompañarme a Tritón. Tras debatir este asunto con él y determinar que su deseo es continuar, hemos decidido que una transferencia temporal de tutoría es el mejor curso para ambos. Mi desde hace tiempo amiga y colega, Melina Polichinelli, ha aceptado actuar *in loco parentis* por un período de dos años, tras los cuales regresaré a la Luna y reevaluaré la situación.

DECLARACIÓN DEL PROPUESTO TUTOR: Yo, Melina Polichinelli, he conocido a Kenneth Valentine desde que era un bebé. Mi propia hija, Kaspara, está trabajando en estos momentos con Kenneth, y ya pasan una gran cantidad de tiempo juntos. No será ningún problema en absoluto aceptar a Kenneth en mi casa. Estoy segura de que será muy feliz allí.

DECLARACIÓN DEL MENOR: Yo, Sparky Valentine, he hablado de esta proposición con mi padre y mi tutora, y creo que esto es lo mejor para ambos. Tengo intención de proseguir mi carrera como actor, y la experiencia y el reconocimiento obtenidos en mi situación actual serán valiosísimos para mí en el futuro. Al mismo tiempo no deseo dificultar las perspectivas de mi padre en su nuevo trabajo. Creo que me sentiré muy feliz viviendo con Melly y Polly.

DECLARACIÓN DEL ASISTENTE SOCIAL: He examinado a Kenneth Valentine y a Melina Polichinelli y no puedo hallar ninguna razón para oponerme a la tutoría. Es mi opinión que sacar al joven Kenneth, que prefiere ser conocido como «Sparky», del trabajo que ama, puede ser perjudicial para él, e incluso puede crear una cuña de resentimiento entre

padre e hijo. Creo que tanto padre como hijo sufren ante esta decisión, pero estoy de acuerdo con ellos de que la solución menos perjudicial para ambos es una separación temporal. Este acuerdo será revisado dentro de dos años.

Firmado:
John B. Valentine
Melina Polichinelli
Sparky Valentine
Ambrose Wolfinger, AS

Petición aprobada el 12/8/58
E. J. Smith, Tribunal de Distrito número Cuatro de King City

D.S.S. *La Belle Aurore*
en ruta, Tritón
vía V-mail, 15/8/58

Querido Sparky,

No hay mucho que pueda decirte ahora que ya nos hemos despedido. La nave ha dejado de acelerar y estamos navegando en inercia todo el camino. Dentro de unas pocas horas me iré a dormir, y cuando despierte, ¡Tritón! (¡Oh! Se supone que fingimos que no usamos píldoras atontadoras. No lo vayas diciendo por ahí, ¿eh? Ja-ja). Recuerda el consejo de Polonio a Laertes: «Los amigos que escojas y cuya adopción hayas puesto a prueba, sujétalos a tu alma con garfios de acero, pero no encallezcas tu mano con agasajos a todo camarada recién salido sin plumas del cascarón. Que mi bendición haga fructífero en ti todo esto». Conoces las palabras tan bien como yo. Déjame añadir: corta siempre las cartas. Los dos años pasarán en un soplo, y cuando hayas ordeñado bien esa estupidez de Sparky, podrás unirte conmigo a enseñar a esos tritonianos una o dos cosas acerca de la maravilla de la escena. Todo el amor de tu padre,

John Valentine

¡¡¡CONCURSO!!! ¡¡¡CONCURSO!!! ¡¡¡CONCURSO!!! ¡¡¡CONCURSO!!! ¡¡¡CONCURSO!!!

PULSE AQUÍ PARA **MÁS**

¡Hey, pandilla! ¿Podéis pensar en 36 cosas que se pueden sacar del cuerpo humano? ¡Tantas cosas como las que usaron Sparky y Polly cuando crearon a Armageddon Angry®, el chico más reciente de *Sparky y su pandilla*! ¡Bien, si podéis, tenemos un concurso para vosotros! ¡Sparky y Polly quieren invitaros a una estancia de siete días con todos los gastos pagados en Sueñolandia! ¡Vuestros padres también, y toda vuestra familia! ¡Mientras estéis en Sueñolandia podréis desayunar con Sparky y Polly y algunos invitados sorpresa! ¡Y podréis montar en las más nuevas y excitantes atracciones! Para entrar en el concurso, simplemente escribid las 36 cosas en uno de los impresos oficiales. Para el formulario PULSAD:

PRINT

¡Os damos incluso dos pistas!

1. ¡Una de las cosas es la CERA DE LAS OREJAS!
2. ¡Los bebés no son una de las cosas!

Enviad vuestro formulario relleno junto con la tapa de una caja de CHISPAS DE AZÚCAR, «El cereal que come Sparky», a «Sparky, Estudios Sentry/Sensational, Mare Vaporum, Luna». ¡Enviad tantos como queráis! ¡Y comprobad debajo de la tapa de la caja de vuestras CHISPAS DE AZÚCAR para valiosas pistas!

(El ganador será elegido por sorteo entre las respuestas correctas. ¡Lo sentimos, si vuestra mamá o vuestro papá trabajan para Sentry/Sensational

o Peppiprod, Inc., no podéis jugar!).

---

1 de diciembre (Templo de King City)
Las cifras de la «parrilla» de diciembre, compiladas por el Departamento de Investigación de Tendencias de la Iglesia Latitudinaria, son como siguen:

	TITULO	AA	Mes anterior	Año anterior
1.	Repollo Mofeta	82,4	2	3
2.	El show de Gideon Peppy	89,9	1	1
3.	Almirante Ornitorrinco	85,2	3	2
4.	Sin resuello	80,5	4	—
5.	Sparky y su pandilla	78,0	7	46

Tenemos algunas buenas noticias y algunas malas noticias para usted, señor Peppy. ¿Cuáles desea oír primero? Es cierto, amigos, el al parecer interminable reinado de *El show de Peppy* en el primer lugar ha terminado. *Repollo Mofeta* se ha situado este mes en el número uno de la parrilla con un convincente margen de 2,5 puntos. La noticia es que la otra producción de Peppy, *Sparky y su pandilla*, dada por muerta en esta época del año pasado, ha completado su asombroso viaje desde lo irremediable al éxito, llegando en la tabla a la quinta posición y desbancando de ella a Barney (ver tabla adjunta). Preguntado por su reacción al hecho de verse desbancado de este primer puesto en los índices de audiencia de la televisión infantil, Peppy dijo: «Bueno, las cosas vienen y van. En cuanto a no estar en el primer lugar, ¿sabe cuánto afecta esto a mis ingresos por publicidad? Ni un centavo neptuniano, eso afecta. ¿Sabe usted cuántos chicos cargan *El show de Peppy*, semana sí y semana también? Millones, ésa es la cifra. Así que el hecho de que un par de miles de chicos más estén viendo ahora *Repollo Mofeta*, ¿qué importa? No va a rascarme ni la suela de mis zapatos».

Lo que es más probable que altere su cuenta de resultados es lo que ha revelado un estudio de audiencia hecho por la firma investigadora

Thickey & Gitte. Según sus cifras, *El show de Peppy* habría quedado en tercer lugar de no ser por dos invitados procedentes de la serie *Sparky*, Crispin Crunchy y H. Ralston Riddlerah. La AA ascendió diez puntos a causa de esos dos programas. Dada las persistentes historias acerca de la tensión creativa en el equipo de *Sparky*, Peppy tiene que sentirse al menos ambivalente sobe estas cifras. La partida de John Valentine a los Planetas Exteriores, rumoreada como una medida paliativa a las constantes tensiones en la sala de sesiones y en las conferencias de guionistas, parece que sólo ha ayudado un poco. Corren rumores de que Gideon Peppy ha perdido el control creativo de su nuevo bebé. Así que, ¿quién está al cargo, Gideon?

---

del *Elementary Educator's Bulletin*
número 390
«Chicos a Riesgo»
por Humphrey Murgatroyd

Es un claro placer informar que, de las tres nuevas series de televisión que se convirtieron en otros tantos éxitos el año pasado, dos de ellas son de buenas a excelentes.

Mucho se ha escrito ya en este periódico y muchos otros sobre la deplorable *Repollo Mofeta*, y no volveré a insistir sobre ello.

Sin resuello es, como han sugerido algunos críticos, simplemente *¿Qué demonios?* con nueva ropa. Uno puede lamentar la falta de originalidad, pero teniendo en cuenta la gran masa de la programación infantil, deberíamos considerarnos afortunados de que todavía exista disponible una oferta del Taller Educativo para Niños que siga ofreciendo un excelente material.

Pero la auténtica sorpresa, y la auténtica calidad, es *Sparky y su pandilla*.

Sparky empezó con grandes esperanzas, se desvaneció rápidamente en un bostezo tanto de niños como de educadores, luego resucitó con una sorprendente gama de nuevos personajes. De hecho, empezó tan mal que este crítico dejó de verlo después del tercer episodio. Luego, hace unas

pocas semanas, alertado por su rápida ascensión y por los favorables comentarios de mis estudiantes, cargué todos los episodios y ahora los he visto cada uno tres veces.

Resulta fácil hipnotizar a los niños con sonido y furia que no significan nada. Si observan a sus hijos ver un programa como *Repollo Mofeta*, observarán que sus ojos presentan un aspecto vidrioso, sus mandíbulas cuelgan flácidas. En estas ocasiones sus hijos no son más sensibles que un reptil, y no se sienten más motivados emocionalmente. La violencia carece de sentido. Es papel de pared animado. Si tiene éxito en emocionarles en algún grado, es para desensibilizarlos a la violencia real y a sus trágicos efectos. Los hijos salen de un programa así incapaces de decir mucho acerca de lo que ha ocurrido excepto que ha habido algunas explosiones, se han hecho algunos disparos, se han esgrimido espadas, se han cercenado brazos y cabezas. Sus juegos tras una experiencia así no tienen más profundidad que el programa en sí. Tras observar a los héroes de cartón hacer picadillo a sus enemigos de cartón sin ninguna razón discernible, se convierten en seres de cartón. Se han visto visceralmente implicados, pero sus emociones no han sido tocadas. Nada ha estado nunca en juego. No se ha aprendido ninguna lección.

Aquí es donde tiene éxito *Sparky y su pandilla*, y eso es poco menos que un milagro. Carguen los primeros episodios, si se atreven. Descubrirán a Sparky y su amiga, Polly, atractivos. Pero todo lo demás es un refrito de un centenar de otros programas similares. Hacen cosas que no tienen el menor interés por una serie de razones oscuras. La serie no tiene ni centro ni dirección.

Los cambios en la serie de *Sparky* pueden rastrearse hasta el debut del primer miembro interesante de la pandilla: Inky Tagger. Es un personaje ridículo a primera vista. Sus dedos son un conjunto de rotuladores mágicos. Tiene una gran válvula aerosol que le crece encima de la cabeza. Y está completamente cubierto, de pies a cabeza, con *graffiti* que cambian constantemente.

Inky es un pecador, como todos los nuevos personajes de *Sparky*. En el transcurso de su episodio de debut, Inky era perseguido como «El Pintador Loco», cuyos *graffiti* cobran vida y amenazan a la gente. Sparky lo acorrala,

hablaba con él, le mostraba el daño que estaba haciendo. Desafiante al principio, Inky juraba que nunca detendría sus estropicios, pero el hecho de ser admitido en la pandilla, un lugar donde finalmente podía pertenecer, hacía maravillas. Sparky y la pandilla le mostraban cómo podía dar un buen uso a sus poderes artísticos. Fin de la historia, ¿no?

Falso. Inky es conocido como reincidente. Sus mejores momentos son cuando está cerca de Sparky, englobado en el amor de la pandilla. Pero cuando está solo, sus irreprimibles ansias lo abruman. Se siente terrible acerca de ello, pero es tan incapaz de evitarlo como un alcohólico es incapaz de dejar la botella. Sparky se siente exasperado con Inky, pero nunca deja de quererle, e Inky está aprendiendo a controlar sus ansias.

Piensen en ello. ¿Cuánto dinero se ha gastado en «Anuncios de servicio público» diciendo a los chicos que pintar *graffiti* es malo, que los que hacen pintadas son unos drogatas? Dudo en hacer siquiera una aproximación. No ha tenido un impacto apreciable en el problema. La razón, creo, es simple: los que hacen pintadas no son unos drogatas. Son personas solitarias, confusas, inseguras de su lugar en un mundo lleno de anonimato. Al final todos los *graffiti* dicen lo mismo: ¡Estoy aquí! Soy una persona. Sparky dice que el hacer pintadas está bien. Te comprende, te quiere. Y no tienes que ser un perdedor. Su pandilla hace más que luchar contra pandillas rivales. Sparky lucha contra el mal, tanto el mal externo como los malos anhelos que existen en todos nosotros. Ha transcurrido mucho tiempo desde que un programa de televisión nos trajo un mensaje así.

Toda la nueva pandilla de Sparky es un poco cómica y un poco aterradora. Un excelente ejemplo es Arson E. Blazeworthy. El lado cómico es su aspecto, el de un científico loco cuyo experimento más reciente le ha estallado en las narices. Su rostro está ennegrecido. A veces la punta de su nariz y las puntas de sus orejas estallan en llamas. Sus ojos están siempre cómicamente muy abiertos. Sus carbonizadas ropas humean constantemente. Arson es, por supuesto, el piromaníaco, el incendiario compulsivo. El arsonita, el incendiario, era una figura temible incluso allá en la Vieja Tierra. Aquí en los confines de las madrigueras lunares despierta el terror en todos nuestros corazones. Y es una condición bastante común en los jóvenes, una de la que no se habla muy a menudo. La pandilla de Sparky

se enfrenta a Arson de cabeza, lo reforma, revierte sus poderes incendiarios hacia el bien. Normalmente. Como Inky, Arson puede sentir que la tentación es demasiado grande. Pero lo intenta.

Toda la heterogénea pandilla de Sparky está intentando hacerlo lo mejor posible. Sparky no pide la perfección. Sabe que ningún corazón es totalmente puro, ni siquiera el suyo. El propio Sparky es propenso a menudo a la confianza excesiva, y tiene un lado propenso a la alegría y a las bromas pesadas.

Cada uno de los chicos de la pandilla personifica algún fracaso, miedo, obsesión o dificultad encontrada en el proceso de crecer. En los últimos meses esos desesperados que forman la pandilla de Sparky han recibido un nombre: Chicos a Riesgo. Conozcamos a algunos de ellos:

Lionel Alibi. Como de costumbre, el nombre lo dice todo. Ocurriera lo que ocurriese, Lionel no lo ha hecho. Y si lo ha hecho, no es culpa suya, porque alguien le ha hecho hacerlo. Y de todos modos no era él, era Annie Rexia.

Acné Rose. La desfigurante enfermedad de la piel conocida *como acné rosacea* es hoy, afortunadamente, sólo un recuerdo. Excepto para la pobre Acné Rose. Es un caso incurable. Su rostro es una masa de erupciones y pequeñas llagas. Naturalmente, odia a todo el que la mira. Pero, siendo esto una fantasía televisiva, está armada con el Zit de la Muerte. Cuando se revienta un grano, es como una erupción tóxica.

—¡Uuuuuufff! —Ésa fue la reacción de mi clase la primera vez que vio a Acné, seguida por una cruel oleada de risas. Pero al final del episodio todos estaban vitoreándola cuando ayudó a Sparky a acorralar a una malvada pandilla de polucionadores. Acné es el patito feo que la mayoría de nosotros sentimos que somos en algún momento de nuestra infancia. Personifica la incertidumbre que experimentamos acerca de nuestros cuerpos, acerca de cómo nos ven los demás. También es muy vulgar.

Los guionistas de Sparky no son los primeros en percibir esta gran verdad: que a los niños les gustan los procesos corporales más bajos (vean a Zippy el Zombi *de Repollo Mofeta*). Pedos y eructos les hacen reír. Se ríen de cosas que los adultos creen que son desagradables o ineducadas. Sparky

es simplemente el primero en poner este motor de risibilidad al servicio de una lección moral, antes que de una simple risa barata.

¿Creen que han visto todo lo vulgar? Yo les enseñaré lo que es vulgar. Tomemos a los Terribles Gemelos, Windy y Wendy Cheesecutter. Virtualmente idénticos en apariencia, este equipo de hermano y hermana han aprendido, de manos de Sparky y la pandilla, cómo convertir su flatulencia terminal en algo útil. Aplicas un fósforo encendido a su…, esto, a sus gases de escape, ¡y tenemos propulsión a chorro! Pueden agarrar las alas de un saltador incapacitado y bajarlo suavemente al suelo, devolver polluelos caídos de vuelta a sus nidos. ¡Saltar más arriba que un rascacielos! O si simplemente tiene que lanzar algo hacia arriba, Windy y Wendy son su mejor apuesta.

Todos los Chicos a Riesgo son inadaptados, todos ellos se ven afligidos por algo. El trabajo de Sparky en la vida es mostrarles el poder de su anormalidad, y que todos pueden ser aceptados, y queridos, si hacen lo correcto.

Opuesto a Sparky está el más fuerte de los Chicos a Riesgo, un chico realmente podrido llamado Armageddon Angry. Semana tras semana Sparky y Army luchan por los corazones, mentes y almas de los Chicos. Army es de lo mejor en su estilo. Justo cuando crees que Sparky ha alcanzado finalmente a un descreído realmente testarudo, Army susurrará sus venenosas insinuaciones en el oído del chico y aventará los fuegos del resentimiento. Es algo muy fácil de hacer; esos chicos se hallan seriamente dañados. ¿Y quién ha causado el daño? Bueno, ustedes y yo. La sociedad. Nosotros que miramos al patito feo y nos reímos de él, en vez de amarle. O peor aún, aquellos que lo ven con su odiosa piedad, aquellos que desean ayudar. Esos chicos quieren nuestra aceptación, no nuestra ayuda.

Pero, en el mundo de Sparky, ni siquiera Armageddon es totalmente malo. Él también ansia ser aceptado, pero sus defensas son más fuertes, su odio lo consume por completo. ¿Y cuál es la fuente de su ardiente rabia?

Ah. Es demasiado pronto para decirlo seguro. Pero dos cosas están ya claras. Maese Angry fue creado por el propio Sparky, en un momento de arrogancia (esto se nos presenta como una historia retrospectiva; Sparky y la pandilla existen en un mundo sin tiempo que tiene nuestro mismo aspecto

pero funciona como la tierra de nunca jamás). Nada puede resultar más claro que el que Armageddon Angry es el lado oscuro de Sparky. En sus encuentros cara a cara Army ha demostrado ser un experto tentador. Le ha mostrado a Sparky las alegrías de una libertad amoral; podemos ver a Sparky titubear. Es este tipo de crispada, nerviosa consciencia de la posibilidad de que Sparky sea derribado lo que mantiene la atención de los chicos, la que atrae sus corazones y sus mentes. Nada es seguro en el mundo de Sparky, como tampoco lo es en el nuestro. Tu amigo de hoy puede apuñalarte por la espalda mañana. Y pasado mañana tú puedes abrazar a uno de tus enemigos. Eso son cosas con las que los chicos tienen que enfrentarse, cosas de las que los programas de aventuras baratas no dicen nada.

¿Cómo se enfrenta un chico a esas cosas? Según Sparky, con valor y resolución, y la voluntad de levantarse e intentarlo de nuevo cuando caigas. Y, por encima de todo, sin amargura. ¿El universo ha sido injusto contigo? Bien, eso es duro, pero echarte a llorar por eso no soluciona nada. Ven conmigo, te mostraré el poder que tienes.

La otra cosa obvia en Armageddon Angry es que su propio dolor se halla más allá de toda descripción. Ha sido traicionado a un nivel muy profundo. Sin duda es un chico del que se ha abusado.

Hay algo más que resulta obvio en la serie en sí. Ha sido conducida por alguien que es una autoridad en esos asuntos. No aparece en los créditos, y nadie en Peppiprod admitirá saber quién es esa eminencia guía, pero estoy seguro de que resultará ser un psicólogo infantil de cierto renombre. Quizás un grupo asesor de ellos. Comprendo la reluctancia de los productores a revelar esto, ya que el marchamo de «Certificado que es bueno para usted» es muy a menudo el beso de la muerte en la cultura popular, pero *Sparky* es hoy por hoy un éxito lo bastante grande como para poder esperar que este profesional esté dispuesto a salir a la luz y recibir las felicitaciones que merece.

Mientras tanto, yo y mis hijos estaremos viendo ansiosamente los próximos episodios de *Sparky y su pandilla*. Sugiero que usted y los suyos hagan lo mismo.

(nota añadida)
MEMORÁNDUM DE: Sparky Valentine
A: Departamento de Producción

Este tipo piensa que tenemos a un hurgacabezas en el equipo. Realmente odio desilusionar a alguien que nos está haciendo tanto bien con la multitud educativa. ¿Qué hay acerca de un añadido a los créditos la próxima semana: «Asesor psicológico — Rufus T. Firefly»?

Con copia a: Gideon Peppy
Moe, Larry & Curly
John Valentine (Tritón, vía LaserNet)

CHICOS A RIESGO©
TRADING CARD OFICIAL
"SPARKY Y SU BANDA"

#5 Duncan Disordely™

Duncan le halló gusto a la botella a temprana edad. Legysta ir de juerga con sus compinches, Al Kohol™ y Phelan Groovy™. Beben todo el día y la mayor parte de la noche, luego se pasan la mañana vomitando. ¿No os suena divertido? **Sparky dixit**: ¿A qué se parece un hombre boracho? A un hombre ahogado, un estúpido y un loco. Un tragolo vuele estúpido, el segundo lo enloquece y el tercero lo ahoga.

¡colecciónalos todos! >>>>>>>>>>>>>>>>>>>>>
O ¡PULSA AQUÍ PARA ANIMAR LA IMAGEN

CHICOS A RIESGO©
TRADING CARD OFICIAL
“SPARKY Y SU BANDA”

#9 N. U. Rhesus™

¿Newton lysses? ¿O Naomi Úrsula? Nadie parece saberlo. Rhesus es una criatura simiesca, vestida con una camisa de noche y un pañal. El educar sus evacuaciones era demasiado duro para el pequeño o la pequeña U. N. Él o ella todavía no han conseguido dominarlas. En pocas palabras, un o una meacamas. **Sparky dixit**: La incontinencia no es un pecado, ¿sabéis? Dejemos que el que no tenga miedo tire el primel pañal mojado. Reesy es un buen tipo, bueno, lo que sea.

¡colecciónalos todos! >>>>>>>>>>>>>>>>>>>>
O ¡PULSA AQUÍ PARA ANIMAR LA IMAGEN

CHICOS A RIESGO©
TRADING CARD OFICIAL
"SPARKY Y SU BANDA"

#16 Klepto Maine™

¡Cuando le estreches la mano, cuéntate después los dedos! Klepto imagina que lo único que hace es tomar prestadas cosas que tí no usas. Quizá sea así. **Sparky dixit**: El que roba mi bolsa, roba basura. Eres mía, ahora es suya, y ha sido esclava de miles. Pero el que me arrebata mi buen nombre, me roba algo que no le enriquecerá, mientras que a mí me hace más pobre.

¡coleccionálos todos! >>>>>>>>>>>>>>>>>>>>>>
O ¡PULSA AQUÍ PARA ANIMAR LA IMAGEN

CHICOS A RIESGO©
TRADING CARD OFICIAL
“SPARKY Y SU BANDA”

#7 Los Sexy Seis:

Rae Jean Hormona™
Maestro Bates™
S. Trojan™
Tess Tosterone™
Min Arkey™
Seaman Plenty™

¿Ya has alcanzado la pubertad? ¿Todavía no? ¡Ja! ¡Y crees que tienes problemas ahora! Esos seis no parecen sacárselos de la cabeza. Por otro lado, es un típico grupo que va por la vida a tientas. ¡Para mayor información sobre ellos, buscad sus cartas individuales!

¡colecciónalos todos! >>>>>>>>>>>>>>>>>>>>>

O ¡PULSA AQUÍ PARA ANIMAR LA IMAGEN

Del Comité de Reclamaciones
Sindicato de Guionistas de la Luna
A: Gideon Peppy, presidente, Peppiprod, Inc.

Querido señor:

Ha sido llevado a la atención de este comité el hecho de que puede que esté usted violando el Acuerdo Mínimo Básico del SGL. Se ha alegado que se ha apropiado usted de personajes y textos desarrollados y creados por el miembro del Sindicato de Guionistas Kenneth C. Valentine. Se ha alegado también que registró usted como *trademarks* esos mismos personajes, violando así varias leyes de la Luna y de convenciones interplanetarias. Unido a ésta hallará usted una Orden de Cese y Desista con un plazo de veinticuatro horas. Se le ordena que coloque esta orden en un lugar prominente en las oficinas de Peppiprod, Inc. y en las puertas de todos los platos actualmente en uso en la producción de la serie de televisión *Sparky y su pandilla*. Esto servirá para notificar a los miembros de todos los sindicatos que no deben trabajar para usted hasta que este asunto quede resuelto. En la sede del Sindicato de Escritores, La Alameda 2100, King City, se celebrará una audiencia aclaratoria de los hechos a las 10:00 horas de mañana. Puede traer consigo cualquier representación legal y cualquier documento, testigos o grabaciones que puedan sustanciar su posición en la propiedad de esos personajes y líneas arguméntales en disputa (ver lista adjunta). Gracias por anticipado por su cooperación en este asunto.

Trevor Jones Presidente,
Comité de Reclamaciones del Sindicato de
Guionistas de Luna

Con copia a: Kenneth C. Valentine
Kaspara Polichinelli
D. Mentua Precox
Melina Polichinelli
Ambrose Wolfinger, M. S. W.
Sam Mohammed

Debbie Corlet
Velma Crow, representando al Sindicato de Actores
John B. Valentine (Tritón, vía LaserNet)

---

de la TRANSCRIPCIÓN DE LA AUDIENCIA DEL SGL

Investigación de algunas reclamaciones relativas a Gideon Peppy y Peppiprod, una compañía registrada en la República de Luna.

Resumen de las reuniones después de la comida y las deliberaciones:

PRESIDENTE: Señor Peppy, la conclusión unánime de este panel es que viola usted el Acuerdo Básico Mínimo.

PEPPY: Violación, mi jodido caramelo de palo. Esto es un tribunal sin ninguna autoridad.

PRESIDENTE: Cuando firmó usted el ABM, aceptó atenerse a ciertas reglas y aceptar la autoridad de este comité. Tiene derecho a una apelación, por supuesto, que se celebrará dentro de una semana, aquí mismo.

PEPPY: Que no será más que otra payasada. Oh, sí, conozco la canción. ¡Sam! ¡Debbie! ¡Eres un jodido Judas, Sam! Y Debbie, tú eres… ¡una Judas también! Creísteis saber hacia donde soplaba el viento, ¿eh, jodidos mamones? Bien, dejadme deciros que todavía no estoy hundido. No va a resultar tan fácil meter las manos en mi jodido bolsillo.

PRESIDENTE: Señor Peppy, éste es un procedimiento informal, pero apreciaríamos que controlara usted un poco mejor su temperamento.

PEPPY: ¡Y que lo jodan a usted también!

PRESIDENTE: ¿Hay alguna otra cosa que desee añadir?

PEPPY: Por supuesto que sí. Estaba ciego, eso fue lo que pasó. ¡Ni siquiera sabía que el pequeño jodido fuera miembro del SGL!

PRESIDENTE: No consigo ver en qué cambia eso las cosas. Estaba usando usted su talento creativo. Era su responsabilidad ocuparse de que fuera miembro.

PEPPY: Todos vosotros pensáis que esto no es más que una jodida coincidencia. ¡Se unió al sindicato dos días después de que lo contratara!

¿Por qué creéis que lo hizo, eh? Seguro, lo inscribí en Actores Cinematográficos, ¡le pagaba a esa hedionda mierdecilla para que actuara! Es su maldito padre, él es el que está detrás de todo. ¡Lo planearon entre ambos! Gasté dos jodidos millones de dólares para librarme de él. Dos millones de dólares sólo para no tener que ver su jodido rostro al otro extremo de la mesa, escuchar su jodida voz.

VALENTINE: Vaya con cuidado con lo que dice de mi padre.

PEPPY: Oh, escuchemos lo que dice ese jodido hijo de su padre. ¡Oh, hombre! Sam, Debbie, vais a trabajar con esa pequeña mierdecilla, vigilaréis su jodida espalda, ¿me oís? Puede adelantar el brazo y apuñalaros por detrás mientras todavía os está estrechando la jodida mano. ¿Quién creéis que sugirió que enviáramos a papá a Neptuno?

VALENTINE: Fue idea suya, Su Señoría.

PEPPY: Oh, sí, yo también lo creí, al principio. Él consigue esas cosas, ¿sabe? Luego piensas en ello y te das cuenta de que te ha estado llevando de la nariz como un oso de circo.

PRESIDENTE: No tienes que llamarme Su Señoría, hijo.

PEPPY: ¿Me está escuchando alguien?

VALENTINE: No lo sabía.

PEPPY: ¡No lo sabía, no lo sabía, el jodido no lo sabía! Creo que voy a vomitar si oigo decirle esto de nuevo. Vamos, gente, sacadme de aquí antes de que empiece a darle de puñetazos.

VALENTINE: Realmente no lo sabía.

PRESIDENTE: Está bien, Sparky. Comprendemos lo ocurrido.

VALENTINE: No, esto me preocupa realmente. Si le entiendo bien, hubiera debido entregarle mi obra escrita a usted. Yo simplemente me sentía feliz de ver mis personajes en la serie, no me di cuenta de que estaba actuando mal.

PEPPY: Oh, Dios mío, va a echarse a llorar. ¡Voy a sacarle la mierda del culo a patadas!

PRESIDENTE: ¡Señor Peppy! Agárrenle… No le permitan…

PEPPY: ¡Pequeño mocoso! ¡Me has engañado! ¡Me has jodido! ¿Crees que esto va a terminar aquí? No, no va a terminar aquí, vas a saber más de

mí…

PRESIDENTE: Está bien, cierren esa puerta. Creo que alguien debería llamar a la policía, en caso de que todavía esté ahí fuera cuando salgamos.

CORLET: Me ocuparé de eso.

PRESIDENTE: Gracias. Bueno, Sparky, comprendemos que fue por ignorancia que no informases de tu obra de creación hasta que fuiste consciente de ello. Es significativo que nadie más en la producción, gente que conocía las reglas, alertara al SGL hasta que recibimos la nota anónima que inició la investigación. Por favor, no te preocupes por ello. Existimos para ayudar a los guionistas, no para perseguirlos. Habrá una pequeña multa, una advertencia unida a tu *dossier*, y por supuesto tendrás que pagar una cierta cantidad a tu fondo de retiro. Aparte eso, no puedo ver que hayas hecho nada de lo que debas avergonzarte.

VALENTINE: Gracias, Su Señoría.

PRESIDENTE: No veo ninguna razón por la que debas asistir a la audiencia de apelación la próxima semana. Las pruebas ya están registradas. Si el señor Peppy presenta pruebas adicionales, nos ocuparemos de ellas a su debido tiempo. Señor secretario, creo que la idea del comité era que esta información fuera entregada a las autoridades correspondientes para su investigación como fraude de *copyright* y *trademark*. Por favor, vea que se efectúe eso esta tarde misma. Este comité establece un receso hasta las diez del próximo lunes.

Thimble Theater Productions
Suite 100, Estudios Sentry/Sensational
MEMORÁNDUM INTERNO
DE: Curly
A: Sparky

He aquí la parrilla más reciente, más comentario editorial.

	TITULO	AA	Mes anterior	Año anterior
1.	Repollo Mofeta	93,1	1	2
2.	Sparky y su pandilla	90,3	3	15
3.	Almirante Ornitorrinco	86,4	2	3
4.	Sin resuello	85,2	5	7
5.	El show de Gideon Peppy	79,3	4	1

La continuidad de esta historia es el inexorable deslizamiento hacia abajo del hasta ahora invencible Peppy.

No ha salido mucha cosa fiable de los tribunales, donde Peppiprod y Thimble Theater se hallan enzarzados en una lucha entre compañías sobre *trademarks* y *copyrights*. Una fuente generalmente de confianza ha difundido la noticia de que Gideon Peppy se derrumbó en el tribunal el pasado jueves, y fue brevemente hospitalizado a causa de lo que parece un ataque de apoplejía. Mientras tanto, la producción se ha visto interrumpida en los estudios Peppy, mientras que Thimble Theater ha podido seguir produciendo la serie *Sparky* bajo el control del tribunal inferior, pendiente de la apelación final. Esto significa que por ahora Peppiprod tiene sólo dos estrofas más que interpretar, y luego se verán fuera del programa. De alguna forma, sin embargo, una dama muy gorda está inspirando muy profundamente, y toda la industria está esperando escuchar la canción que canta.

Contactado acerca de este brusco revés de la fortuna, Gideon Peppy dijo esto: «¡Saque esa jodida cámara de delante de mi jodido rostro antes de que le rompa su jodido cuello!». Tranquilo, Giddy-o. Tómate una píldora contra el estrés y enfría tus ánimos. Recuerda que cuando hay un brillo en tus zapatos hay una melodía en tu corazón.

---

de *Vapor Trails*
¡Todos los malévolos rumores y cotillees y alusiones irresponsables que nos permiten nuestros abogados!
23/5/59

¡HABLA SALOMÓN!
El juez pronuncia su decisión en la refriega Thimble/Peppy

¿Saben ustedes aquél acerca del rey Salomón y el bebé? Dos mujeres afirmaban ser la madre del chico, y ninguna podía probarlo. El viejo Salomón dice traedme una espada, y propone partir el chico en dos, hacer feliz a todo el mundo, ¿correcto? Si no me creen, miren en la Biblia. Estoy seguro de que hay un ejemplar en la biblioteca; al fin y al cabo, es un libro.

Parece como si Sparky y su Thimble Theater Company vaya a conservar todos los personajes que creó para la serie, cuarenta y siete según la cuenta actual. Todos excepto dos. ¿Están preparados? Por supuesto, me refiero a los personajes de Sparky y Polly. Peppy pudo probar que él los escribió antes incluso de que conociera al joven maestro Valentine. Así que «Sparky» el personaje sigue siendo propiedad intelectual de Peppiprod, para bien o para mal, y Sparky, el chico lunariano de la vida real, conserva su pandilla, para bien o para mal para él. De alguna forma, el fantasma del viejo rey Salomón debe de estar carcajeándose.

Pero rumores demasiado especulativos incluso para que nosotros los pongamos en letra impresa apuntan que ésta no es realmente el último verso de esta epopeya. Digamos por el momento que ninguna de las partes está contenta, y que ninguna está dispuesta a abandonar.

---

de *Clavius Clarion*
Suplemento del buen comprador
25/5/59

La gran noticia en nuestro pequeño enclave esta semana se supone que es la apertura del nuevo parque urbano cupulado y centro comercial en nuestro distrito oeste. Eso fue antes de que se anunciara que Sparky y Polly iban a ser los invitados de honor de la gran inauguración. La noticia de su aparición personal trajo a algunos muy jóvenes desde tan lejos como King City. La policía estimó la multitud en quince mil.

Podría pensarse que eran tres veces más si uno oía los vítores cuando Sparky y Polly se dejaron ver en sus aerociclos rojos. Zumbaron por encima de la multitud inedia docena de veces, regándola con caramelos y chucherías de sus alforjas. Fue un poco como Santa Claus y un poco como Mardi Gras, y a los niños les encantó. Es una buena cosa que los promotores proporcionaran una seguridad adecuada, o el escenario se hubiera visto invadido cuando los dos se posaron finalmente.

Sparky se disculpó ante los chicos por no traer consigo a su pandilla, pero prometió que volverían a la vieja casa club en un próximo futuro. Luego él y Polly cantaron la «Canción de la pandilla de Sparky» y la «Canción del azúcar chispeante». Todos los chicos parecían conocer toda la letra.

Pero la sorpresa del día fue cuando un gran y torpe payaso con zapatos amarillos, una chaqueta a cuadros, pantalones rojos y tirantes se abrió camino en el escenario, chupando un caramelo de palo. Empezó a gritarles a Sparky y a Polly, saltando arriba y abajo y amenazándoles. A los chicos les encantó. «Peppy» dijo que la pandilla de Sparky era suya y que iba a retenerla toda como rehenes. Nuestros héroes no se amilanaron; ataron a «Peppy» a uno de sus aerociclos y lo enviaron girando por los aires mientras los chicos aullaban regocijados. ¿Quién dice que los niños no siguen las noticias de negocios y judiciales? No parece haber ninguna duda de a favor de quién están los espectadores en esta larga lucha entre Peppy y Sparky. Si yo fuera Gideon Peppy, me pondría a cubierto.

---

de *Vapor Trails*
2/6/59
¡CAE EL OTRO ZAPATO!
La sabiduría de Salomón, segunda parte

Al final podemos decirlo. Ya hay cifras definitivas en el acuerdo entre Gideon Peppy y Thimble Theater. Lo que todo el mundo parecía haber olvidado en el pleito de esta última semana era que Sparky Valentine, además de ganar los derechos de los personajes que creó mientras la serie

Sparky era producida en Peppiprod, ganó los *trademarks* asociados con ellos, y todos los *royalties* devengados desde su creación. ¿Alguien desea saber cuánto puede ser esto? No se facilitó públicamente ninguna cifra, pero para que se hagan una idea, busquen a un chico de ocho años, vayan a su habitación, y cuenten el número de veces que ven en ella a un miembro de la pandilla de Sparky. Multipliquen eso por el número de chicos de tres a doce años en la Luna (no tenemos en cuenta Marte, el Cinturón y los PE, pero el tribunal sí, ¡oh, sí!). Aunque los fabricantes pagaran tan sólo un centavo por unidad por el uso de la imagen —y cuenten con que pagaron más que eso—, la suma resultante es muuuy considerable.

Demasiado considerable para la Peppiprod. Como la mayoría de las compañías de producción, los activos de la PP no son muy grandes. El dinero va en desarrollos, dividendos, promoción, y el lustre para los zapatos amarillos de Gideon Peppy. Peppy no dispone de ese tipo de dinero, y considerando que ha estado fuera del ajo desde hace dos meses, ya no se halla en producción, y ha caído al puesto diecisiete en la AA la última vez que ofreció el *show*, no hay bancos ni banqueros dispuestos a correr riesgos sobre futuros proyectos.

En este tenebroso cuadro entra Thimble Theater, alias Sparky Valentine, con una oferta que GP no puede rechazar. Cuando se haya posado el polvo, TT será propietario de los derechos de los personajes de Sparky y Polly, y de todos los episodios anteriores de la serie *Sparky*. GP todavía no está hundido en la negrura, pero sí muy adentro en el ultravioleta.

---

1 de agosto (Templo de King City)

Las cifras de la parrilla compilados por el Departamento de Investigación de Tendencias de la Iglesia Latitudinaria son como siguen:

	TITULO	AA	Mes anterior	Año anterior
1.	Sparky y su pandilla	93,3	2	5
2.	Repollo Mofeta	89,4	1	1
3.	Almirante Ornitorrinco	84,0	3	3
4.	Sin resuello	82,1	4	4
5.	Comadrejas espaciales	79,5	11	20

¡Al fin! ¡Tras una heroica lucha de dos años, *Sparky* consigue ser el número uno!

Es una buena cosa también, o esta columna sería tan aburrida como el agua de fregar los platos. La única otra cifra digna de señalar es el firme avance de *Comadrejas*, que alcanza finalmente los Cinco Primeros. Gran número de educadores ahí fuera están esperando que pronto alcance el número tres, de modo que quizá las comadrejas puedan devorar los repollos ¡y morir! Merodeando por el confortable centro de la tabla está la habitual pandilla de sospechosos.

El anterior campeón, *El show de Gideon Peppy*, sigue aún fuera de producción, «en un hiato» es la expresión educada. Corren rumores de que se trata de un hiato que puede ser terminal. Peppiprod sigue aún olisqueando en busca de algunos pavos que la sitúen de nuevo frente a las cámaras.

Contactado acerca de los malos tiempos en que ha caído su compañía…, bueno, sabemos que GP tendría algo fuerte e ingenioso que decir, pero no se lo hemos preguntado, puesto que nuestro reportero no se muestra ansioso de que le rompan de nuevo la mandíbula. Les haremos saber cómo sigue la demanda. Y francamente, en estos momentos a nadie le importa realmente el brillo de sus zapatos, el lustre de su caramelo duro o la mierda en sus pantalones.

---

de *Hebephreniapulse*
columna del 6/6/59

Realce para sonido

«¡En casa con los Cabezascableadas! ¡Ex. P!»

pulse **Realce** para sonido

por D. Mentua Precox

Y así cuando me preguntaron, saben, si me gustaría pasar unas horas con las más sicalípticas brillo-cúpulas jamás vistas, dije algo así como «¡**Dame una pista** fin de la cita!». Como: la D se refiere a Dumbbunny, no a dopados, ¿captan? Pero todos estaban tan serios como queso verde, y tonterías, así que empaqueté mis calcetines de repuesto y mi sujetador de entrenamiento y me fui al patio de atrás donde estaban haciendo como si fuera la primera auténtica película de Sparky y Polly con eso como si fuera la pandilla. Coma coma punto. Y ahí estaba ese cita «camerino» fin de la cita que Sparky y Polly compartían, ¿saben? ¿Signo de interrogación? ¡¡Sólo que era más grande que todo el cubículo de D. Mentua!! Exc. etc. Quiero decir, ¡la D significa Deslumbrada! ¡También significa Descubrir!

Así que Polly me responde melifluamente y es ella con su atuendo y su pelo como tallarines congelados. Y dice «**¡Dee! ¡Qué estupendo verte!**». ¿Verte? (Voz de Polly ©59 Thimble Theater Productions). Y yo soy toda que tal que tal que tal y sabéis en lo que estoy pensando, estoy pensando en ¿cómo es que ayer todo era puntiagudo y erizado y hoy todo es melaza y tostadas con mantequilla? ¡Signo de interrogación! ¡Qué extraño! ¿Signo de exclamación? La D significa Desconcertada, ¿saben? Y entonces antes de que te des cuenta es martes.

Bien, si ya habéis cita «pensado profundamente» fin de cita por el día de hoy, sólo tengo que señalar que yo, D Punto Mentua, me había burlado cuando los listillos como vosotros se pasaban diez días meditando como *hulahoops*, sobre las cosas que se hacen y se dicen, pues resulta que ¡¡¡*bang bam bam*!!!, ella va y dice «**Y te damos las gracias por ello**», y vuestra humilde narradora se pone toda rosa e hinchada. ¡Mierda!

Y así se sirvió la cena (¡nada de tallarines eléctricos! paréntesis) coma, y quién aparecería aerobicicleteando sino el hombre/chico del momento, por no decir de la hora, Sparky en persona. Y va y dice «**Ha pasado mucho tiempo Dee**» (voz de Sparky ©50 Kenneth Valentine), y yo me siento desparramada de nuevo por todo el lugar, punto. Y entonces la mayor parte del tiempo vuestra s.s. se sienta como un ratón de iglesia en un rincón mientras contempla sin aliento a los equipos de abogados y consejeros que

traen resmas de papel y los depositan entre el Sparkabilly y su como *exloco p.*, punto coma, una dama llamada Melina hablaré más tarde de ella pero D significa Desengañada cuando pronuncias palabras de cinco silabas o más. Silabalbuceos. Silaburbujas. D significa ¡Demonios no me llames, maestro! ¡Silabahs! ¡Y ésa es la lección para hoy!

Y Melina está diciendo «Sparky, no sé nada de todos estos asuntos legales», y Sparky dice «**No te preocupes, ma**», coma trestrópofe, y añade «**Para eso son los abogados**». Y el charloteo de los abogados sigue derramándose sobre los papeles. Y yo digo «Qué es todo esto signo de interrogación», y Sparky dice que es algo acerca de hacerse con Giddy Pep, y yo digo oh chico, nunca podrás usarlos, esos brillantes zapatos amarillos, tan no Fahrenheit, gafas, tirantes, caramelo de palo, ¡todo! ¡Exclamación! Entonces aparecen más papeles sobre la mesa, y cuando se trata de contratos D significa D en todas partes. Estoy segura de que hay una historia aquí para algún intrépido husmeador, ¡pero ése no soy yo por favor!

Así que de todos modos oh Pasamos Todavía Una Hora Juntos, y apuesto que os encantaría que os hablara de ella. Bueno, volved a poneros los pañales, abuelitas, no penséis que todo eso va a ser tiempo gratis, ¿verdad? ¡Así que simplemente cargad 19,95 dólares y haced que mamá o papá pulsen la tecla para obtener el auténtico queso! ¡En tridi como en Demencia o D. Mentía, en vivo crayolacolor y real como la vida misma! ¡Todo en un suspiro! ¡Punto y final!

---

de *News Nipple*
Página financiera
11/11/59
Thimble Theater en la adquisición de Peppy

Hoy, en un movimiento sorpresa, Thimble Theater Productions, cuyo principal activo es la serie de televisión para niños *Sparky y su pandilla*, se ha hecho con el control de Peppiprod, Inc, hasta ahora capitaneada por Gideon Peppy, el originador de la serie.

A primera vista, la transacción parece un caso del pez pequeño tragándose una ballena. Pero según los analistas de la bolsa de la ciudad, se trataba de un pez pequeño muy hambriento y agresivo y una ballena muy cansada y hueca. Peppiprod estaba lastrada por una enorme deuda resultante de las recientes decisiones adversas de los tribunales a favor del director gerente y principal accionista de Thimble Theater, Kenneth Valentine. Los esfuerzos por obtener refinanciación para una aventura tan especulativa progresaron poco hasta que se anunció la adquisición. Horas más tarde, un consorcio de inversores formalizó el acuerdo.

(Para detalles financieros PULSE **AQUÍ**)

El movimiento recibió la vigorosa oposición del presidente Peppy, pero al final su posición no fue lo suficientemente fuerte como para convencer a los accionistas, que se decantaron por la transacción.

No es extraño que Peppy se opusiera. En un extraño giro de las cosas, resulta que todos los derechos del personaje «Gideon Peppy» son propiedad de Peppiprod, una situación planteada en un principio por sus evidentes ventajas fiscales. Parece ser pues que Gideon Peppy, la persona, ya no es propietaria de los derechos de su propia voz e imagen. Thimble Theater puede, si lo desea, demandarle por llevar la ropa asociada con el personaje que creó —y en el que ahora vive gran parte de su tiempo— o al menos aparecer en público como el personaje. Incluso podría impedirle usar su propia voz en situaciones comerciales. Los medios artísticos bullen ahora con abogados y agentes que buscan redactar de nuevo sus contratos para evitar situaciones similares para sus clientes. Eso no será necesario para Ken Valentine, que es propietario personal de los derechos de su personaje de televisión «Sparky», que tiene alquilado a Thimble Theater, mediante un acuerdo que seguro que será ampliamente copiado.

---

de *Flash in the Pan*
«Guía del coleccionista del *merchandising* de culto pop»
Guía de precios, termos para el café, año 59

354.	Repollo Mofeta. Zappy el zombi	0,45$
355.	Repollo Mofeta. Zappy el zombi	0,45$
356.	Sparky y su pandilla. Conjunto	55,00$
357.	Sparky y su pandilla. Sparky solo	190,00$
357a.	Sparky «decente»	5.000,00$

NOTA: Todos los artículos de Sparky relacionados con la pandilla «original» tienen más valor que el *merchandising* de la serie contemporánea debido a que en su mayor parte fueron destruidos después de su mal comienzo. Las variantes «decentes», producidas para su venta sólo en Vesta, Callista y Ceres, que muestran a Sparky llevando pantalones, nunca fueron importadas, y sólo sobrevivió una caja.

358.	Sparky y su pandilla. Polly	200,00$
358a.	Polly «decente»	3.500,00$

---

de la Página Estelar de *The Straight Shit*
«¿Dónde están ahora?»
4/6/60
por Bermuda Schwartz

Nunca adivinarán con quién me tropecé ayer en una taberna de los niveles superiores del norte de King City. Realmente no sé cómo llamarle. No creo que el nombre por el que todos le conocimos fuera el auténtico suyo, y ahora no puede utilizar el nombre por el que le conocimos todos. Podríamos llamarle «el artista anteriormente conocido como Gideon Peppy». O el Hombre Sin Nombre. O podrían atarle un albatros muerto al cuello y llamarle Ismael.

¿Y saben una cosa? La ropa hace realmente al hombre. O al menos hace al payaso. Si alguien no me lo hubiese señalado, nunca lo hubiera reconocido. De acuerdo, lo confesaré. En realidad no me tropecé con él. Como regla general no voy a las tabernas de los niveles superiores del norte de King City —de hecho, nunca he estado en ninguna—, pero es el tipo de

lugar que no-Gideon Peppy habita estos días. Me había llamado, y por los viejos tiempos acudí.

No hay ninguna razón por la que no-Gideon Peppy no beba su vodka con cerveza en los acogedores clubs de campo abajo en las zonas elegantes. Todavía tiene montones de dinero. Fueron sus pelotas lo que le arrancó Sparky, no su billetera. Va a los lugares donde la decoración es el espejo de su estado de ánimo. Y, descubrí, porque es sólo en lugares como ése donde puede encontrar otras almas lo suficientemente destruidas como para que escuchen sus desgracias. Y ahora me tiene a mí para escuchar.

Como algunos maníacos, el ex-Peppy puede presentar un frente convincente durante cierto tiempo. Al principio creo que me confundió con esa horrible persona, esa tal Precox. (Más tarde descubrí que ella había estado con él el día anterior, había descubierto que no había allí ninguna historia para su clientela, y lo había dejado caer como una patata fría. Nunca he podido comprender por qué una debería rebajarse al nivel intelectual de un niño de cinco años sólo porque… Pero no dejen que empiece con eso. ¡Por favor! Punto).

Cuando quedó aclarado el tema de mi identidad, me regaló durante un tiempo con sus planes de regreso. Me esbozó varias nuevas series que tenía «en desarrollo». Me habló de todas las personas importantes que lo respaldaban en esos proyectos. Casi me lo creí. El hombre era influyente, se había movido en aquellos círculos hasta recientemente. Pero ahora parecía como si no arrojara sombra en pleno mediodía en Imbrium.

Luego fue Sparky, del que empezó a hablar con una voz sorprendentemente tranquila y controlada. Habló de las demandas que le había interpuesto, que iba a interponer, o que pensaba interponer tan pronto como su abogado le diera luz verde. No dejaba de mirar el reloj de encima de la barra, diciendo que su abogado estaría allí muy pronto y yo podría oír de él toda la historia. Por aquel entonces yo estaba deseando que llegara el hombre de la ambulancia y me proporcionara una excusa para marcharme discretamente.

El camino a la locura fue tan gradual que apenas me di cuenta al principio. Luego comprendí que estaba hablando de un chip de ordenador que Sparky había implantado en su cabeza, la de no-Gideon, y que permitía

a Sparky controlar sus pensamientos. Los médicos no habían conseguido localizarlo, oh, no, Sparky era demasiado listo para eso, pero En-Su-Tiempo-Fue-Peppy había hecho que retiraran su teléfono de la cabeza, sólo por si acaso. Dormía bajo un dosel de plomo debido a que cuando soñaba era cuando se sentía más vulnerable.

—Tengo también generadores sónicos y estáticos funcionando todo el tiempo —dijo—. Estoy tomando en consideración el reemplazar mi cráneo por otro de acero inoxidable, como hacen los comandos. ¿Ve a ese tipo de ahí?

La única persona en aquella dirección era un borracho de rostro cerdoso, inconsciente, con el rostro en medio de un charco de babas sobre la sucia barra.

—Es uno de los espías de Sparky —confió post-Peppy—. Está aquí todos los días, fingiendo que no me observa. Fingiendo que está demasiado borracho para darse cuenta de nada. Pero lo he visto murmurar. Lleva un micro en alguna parte, todavía no sé dónde. Les dice cuándo me marcho de aquí para que puedan seguirme el rastro. ¿No los ha visto, haraganeando por ahí fuera? Son los suficientes como para que, no importa lo que haga o hacia donde vaya, puedan seguirme el rastro. Me he enfrentado a ellos, pero se limitan a mirarme como si estuviera loco.

Hubo mucho mucho más, lamento decirlo. Intentas ser gentil, intentas ser amable, pero sobre todo lo que deseas es largarte de allí. Marcharte se convierte en un proceso aterrador de desprender esos dedos parecidos a garras de tus ropas, primero una mano, luego la otra, luego la primera mano de nuevo. Pensé que estaba libre, retrocedía ya con una gran sonrisa en mi rostro, cuando su brazo saltó hacia adelante y me agarró de nuevo.

—He descubierto quién es realmente —dijo, con un fuerte susurro.

—¿Sparky? —murmuré.

—Satán —dijo el hombre que antes había sido Gideon Peppy.

Amigos, no deseo convertir esto en una diatriba contra los abusos de los derechos y libertades personales, pero este hombre necesita ayuda. Puesto que no ha causado daño a nadie y hasta ahora tampoco se ha causado daño a sí mismo, no puede ser internado en un lugar seguro como en los malos viejos días. Pero les digo que las leyes restrictivas son más humanas y

mucho más prácticas que la forma en que otorgamos a los locos el «derecho» a hundirse en su locura sin trabas, sin ayuda.

Este hombre debería ser detenido antes de que se haga daño a sí mismo o haga daño a alguien.

O ambas cosas.

The News Nipple
Página de obituarios, 10/6/60

MARSH, Julián E. Nacido el 2103. El Sr. Marsh, más conocido por millones de sus jóvenes fans como «Gideon Peppy», llegó muerto al Centro Médico de Mare Vaporum ayer por la tarde. La causa de la muerte fue una herida de bala autoinfligida.

Para 7 historias relacionadas, PULSE **MÁS**

EL PAYASO DE LA TELEVISIÓN SE SUICIDA

(Mare Vaporum). Julián Marsh, hasta hace poco conocido como Gideon Peppy, llegó a su antigua oficina en los Estudios Sentry/Sentinel a las 3:00 p. m., cubierto de sangre, blandiendo una pistola automática calibre 5,5. Hizo algunos disparos aparentemente al azar, sin dañar a nadie pero enviando a todos los empleados y guardias de seguridad a buscar corriendo refugio.

Fue directamente al Estudio 5, donde se estaba filmando el episodio actual de *Sparky y su pandilla*. Gritando incoherentemente, esgrimiendo el arma contra cualquiera que se le acercara, pidió ver al joven Sparky Valentine, la estrella de la serie. Cuando se le informó que Sparky no llegaría al plato hasta dentro de tres horas, amenazó a un cámara, diciéndole que grabara. Frente a la cámara hizo una breve declaración, cuyo contenido todavía no ha sido divulgado, luego se metió el cañón de la pistola en la boca y disparó. Murió al instante.

Para 6 historias relacionadas, PULSE **MÁS**

Un poco antes aquel mismo día Marsh se había vuelto loco furioso en la Twelve-Step Inn, una taberna del norte de King City. Atacó al señor Buford Keeler con un cuchillo de cocina, infligiéndole serias heridas en el abdomen y pecho. Los clientes dijeron que Marsh gritaba algo acerca de buscar un micrófono. Cuando otros clientes y el encargado del establecimiento intentaron apartar a Marsh, éste extrajo una pistola, hizo tres disparos, y huyó. El señor Keeler fue atendido y dado de alta.

Para 5 historias relacionadas, PULSE **MÁS**

—¡Graba, chupapollas, graba, maldita sea, o te vuelo tu jodida tapa de los sesos! —gritó Gideon Peppy—. ¿Está grabando?

Las manos de Peppy y la parte delantera de su ropa tenían manchas oscuras de sangre seca. Miró a la cámara y sonrió ampliamente.

—Quizás esto satisfaga al pequeño jodido —dijo, luego chupó el cañón de la pistola como si fuera su caramelo de palo. Cuando disparó todo su rostro pareció distenderse como un rostro pintado en un globo. Una roja masa de sesos, pelo, cráneo y sangre entró en erupción en la parte superior de su cabeza, y cayó al suelo como una marioneta a la que de repente le hubieran cortado las cuerdas. La cámara se adelantó. Había salpicaduras de sangre en sus zapatos amarillos.

Sparky extrajo la chiptarjeta y golpeteó distraídamente el escritorio con su borde.

—Quizá eso le enseñe a no meterse con mi padre —dijo.

Pulsó el botón de su escritorio que lo conectaba con su secretaria.

—Envíe esta cinta de la muerte de Peppy a Curly —indicó—. Dígale que necesitamos un documental de treinta minutos, imagen congelada, cámara lenta, cualquier cosa en lo que pueda pensar. Lo quiero en mi escritorio a esta hora mañana, listo para descargarlo mañana por la tarde. También quiero que trabaje en una promoción relacionando la cinta de la muerte con el relanzamiento de *El show de Peppy*, la misma duración. Tenemos que movernos rápidamente con esto, será una noticia vieja muy pronto. Debería de proporcionarnos una buena publicidad para *El nuevo*

show de Peppy. Si me necesita, estaré en la sesión de *casting* al otro lado del vestíbulo.

Se levantó de su escritorio y cruzó la densamente enmoquetada oficina. Salió al corredor público. La gente que se cruzó con él le sonrió y saludó respetuosamente. Tuvo una sonrisa para cada uno.

Toda las conversaciones murieron cuando entró en el Estudio 88, donde se estaba efectuando la sesión de *casting*. Recordó la primera vez que había estado allí, sin saber siquiera que se presentaba para el papel de Sparky. Hacía ya mucho tiempo de ello, meditó.

Se aupó a su gran silla en el extremo de la mesa. Nadie se sentaba en el otro extremo, donde solía sentarse Julián Marsh, pero así era como tenía que ser. Todo el mundo se apiñaba en el extremo de Sparky.

Abrió un frasco de cristal lleno de caramelos y tomó uno de los caramelos de palo hechos especialmente para él por Dixie Chocolateers de Tharsis, Marte. El envoltorio de pan de oro crujió lujosamente cuando desenvolvió el dulce. Se lo metió en la mejilla y miró a su alrededor en la mesa. Se irguió un poco en la caja acolchada que le permitía descansar sus codos al nivel de la mesa.

—Bien, damas y caballeros. Éste es un momento mágico. Hagan entrar al primero de los Peppy en perspectiva.

Sparky tenía once años.

Acto Tres

—Dovetonsils —dije—. D de Dogberry, O de Ofelia, V de Verona, E de Exeter, T de Adenoides. Percy Dovetonsils.

Hubo una corta pausa.

—¿T de qué, señor?

—T de Titania, O de Oberón, N de Nym, S de Shylock, I de Iago, L de Elsinor, S de Shallow. Nombre de pila Percy.

Hubo una pausa más larga.

—Señor, ¿esto es alguna especie de broma?

Me invadió una horrible sospecha y se senté erguido en mi silla, casi derramando mi copa.

—Buen Dios —dije—, ¿acaso estoy hablando con un ser humano?

Ella estaba aquí sobre terreno más firme, aunque yo hubiera podido discutir el punto.

—¡Sí, señor! —gorjeó—. Forma parte de nuestra política de Sirve con una Sonrisa aquí en el Trust de Capitalistas e Inmigrantes. Si hubiera elegido usted recibir imagen además de sonido hubiera podido ver que he estado sonriendo a lo largo de toda esta transacción…, o al menos hasta que usted empezó a deletrear su nombre.

La buena suerte y el desagrado de ser visto durante una llamada telefónica me habían ahorrado el espectáculo del sin duda horrible rictus que debía de pasar por una sonrisa política comercial en el TC&I. Imaginen estar sentado en la centralita telefónica de un banco y ser pagado para sonreír todo el día mientras respondes a las preguntas estúpidas de los clientes. Tenía que ser algo horrible. Sin embargo, la falta de una imagen me había conducido a creer que estaba hablando con el habitual programa robótico de cribado, el primero de los normales tres o cuatro pasos antes de contactar con un auténtico ser humano. —¡Por favor, conécteme con una

máquina, de inmediato!— ordené. No hubo respuesta, pero imaginé oír un ligero refunfuño, y me pregunté si no habría causado el asomo de un fruncimiento de ceño que oscurecería unas cuantas docenas de perlinos destellos blancos en los bordes de su sonrisa enteramente profesional.

El problema con los humanos —si han intentado ustedes alguna vez hablar con uno de ellos por teléfono— es que a veces muestran su imaginación en los momentos en los que tú menos lo esperas. Efectúan ilógicas conexiones, se salen por curiosas tangentes. Normalmente esto sólo conduce a la confusión, pero de tanto en tanto puede sembrar semillas de sospecha que pueden, si no son cercenadas apenas brotar, conducir a una inesperada verdad. Si estás metido en algo mínimamente marrullero, es mejor no correr este riesgo, puesto que la verdad es la última cosa que desearás que salga a la luz.

Lo que yo estaba haciendo probablemente no era ilegal. Digo eso porque las leyes parecen hacerse más amplias y más restrictivas a cada año que pasa. Difícilmente nadie retira una ley. No oyes hablar de leyes eliminadas, anuladas, dejadas expirar. Empiezas con las libertades civiles, y al cabo de unos pocos cientos de años tienes un sistema legal que ni siquiera puede encontrar la libertad, y mucho menos protegerla. No permitiría a un abogado que examinara las acciones que me proponía llevar a cabo contra cincuenta años de incrustación legal, no lo contrataría ni siquiera aunque pudiese permitírmelo. Pero en tiempos inciertos normalmente es mejor tratar con una máquina. Las máquinas siempre actúan según reglas definidas. Puede pedírseles que busquen un comportamiento extraño, pero eso significa que alguien tiene que definir «extraño», y si puede definirse entonces no es auténticamente extraño. Del mismo modo que la banca siempre gana con dieciséis y se planta con diecisiete, en una situación determinada las máquinas se comportan cada vez de la misma manera. Si uno sabe esto, y conoce al menos algunos de los parámetros, puede sacar provecho de ese conocimiento.

—¿En qué puedo ayudarle? —La voz no era más mecánica de lo que lo había sido la voz de la auténtica mujer. Personalmente creo que debería de haber una ley acerca de eso, y no soy alguien que apoye muchas nuevas leyes. Pero me gusta saber dónde estoy.

—Percy Dovetonsils —dije—. Soy un abogado que se ocupa de las propiedades del difunto señor Dovetonsils. Estamos intentando localizar cuentas bancarias insinuadas en su testamento, pero no especificadas.

—No gestionamos cuentas de ningún Dovetonsils, Percy —dijo la máquina.

—¿Qué hay acerca de Harold Bissonette? Doble S, doble T.

—No gestionamos cuentas de ningún Bissonette, Harold.

—Pruebe Flywheel, Wolf J.

La máquina nunca había oído hablar nunca tampoco del viejo Wolf, así que corté la comunicación. Taché otras dos posibilidades en la tabla que había elaborado en una hoja de cartas con membrete del hotel de papel blanco crema, y llamé al siguiente banco de mi lista.

Hacía mucho tiempo había leído una biografía de W. C. Fields, el gran comediante cinematográfico del amanecer de la era de las películas habladas. Fields no era un hombre muy agradable, pero sí era muy singular. Cuando viajaba, y cuando tenía dinero, se paraba en ciudades pequeñas y abría cuentas en los bancos locales. Parecía disfrutar con el pensamiento de tener pequeñas cantidades de emergencia escondidas como lo haría una ardilla por todo el país. La suya había sido una infancia dura, no confiaba en nadie. Si mantenía una lista de esas cuentas, nadie la encontró nunca, y a su muerte se supuso que se había perdido la huella hacía mucho tiempo de la mayoría de ellas. Su localización murió con él.

Bueno, creí que era una cosa maravillosamente excéntrica que valía la pena imitar. Decidí seguir sus pasos, allá en los días en los que tenía más dinero del que sabía qué hacer con él. Allá donde iba abría pequeñas cuentas, casi ninguna de ellas a mi propio nombre. Sin embargo, iba a ser diferente de Fields. Yo iba a recordar dónde estaban todas.

Recordé unas pocas. Ésas habían desaparecido hacía mucho tiempo. A veces tengo la impresión de que mi yo más joven pasó la mayor parte de su tiempo soñando en cosas que podía hacer para que mi yo más viejo se sintiera miserable. ¿Nunca han tenido esa impresión? Habían cumplido los veinte años, tenían agarrado el mundo por la cola. Todo parecía de color de rosa. Nunca se les ocurrió que, cuando hubiera cumplido los ochenta o los noventa o, ejem, los cien, su visión del mundo habría cambiado

espectacularmente. Que no se necesita ser senil para olvidar cosas que uno hizo setenta años antes. Que, en todo ese tiempo, tendría muchas posibilidades de perder sus notas, tanto escritas como mentales, cuidadosamente compiladas. A los veinte años uno simplemente no imagina las vicisitudes que pueden ocurrir en el futuro.

O quizá soy alguien fuera de lo normal. Quizá soy una cigarra y ustedes son todos hormigas, o la mayoría de ustedes al menos. Quizá su vida está en un perfecto orden, con todo catalogado, archivado, en su lugar correcto. Yo solía burlarme de ese tipo de vida, y probablemente soy temperamentalmente incapaz de llevarla, pero tiene sus atractivos. ¿Pero cómo iba a aprender frugalidad, precaución, templanza, moderación —todas esas cosas tan queridas por el pobre Richard Almanack— de la forma en que fui educado? Nunca tuve lo que ustedes llamarían un hogar hasta que me mudé con Polly y Melina. En cualquier caso, mi intento de ser una buena pequeña hormiga, almacenando bellotas para los días de lluvia, estaba ahora muy lejos en el pasado. La mayoría, si no todos, aquellos escondites habían sido saqueados hacía años. Ya no sabía dónde, o siquiera si, aquellos montones de bellotas existían todavía. Mi cuidadosa contabilidad se había reducido a nada.

Sin embargo, tenía una cosa a mi favor. Había utilizado un limitado número de nombres, veinticinco en total. Los había elegido cuidadosamente como nombres poco probables que difícilmente serían aplicados a alguien, pero nombres que no iba a olvidar porque eran todos de viejos amigos míos.

Así que ahora, cuando llego a un lugar que no he visitado desde hace mucho tiempo, empleo algunas horas de ocio revisando las listas de las instituciones financieras en la Pantalla Amarilla.

Nunca se sabe. Un día, hace veinticinco años, tropecé con una cuenta a nombre de William Claude Dukenfield. Era uno de «mis» nombres, pero el dinero había sido depositado en 1935. De alguna forma, a través de fusiones, adquisiciones, subidas y bajadas, devaluaciones, quiebras y recuperaciones, a través de la propia Invasión de la Tierra, aquella pequeña cuenta todavía estaba vigente en un banco en Marte que debía de ser el tatara-tatara-tataranieto del pequeño banco de barrio en Poughkeepsie donde el viejo W. C. había depositado su dinero, en medio de una gran

depresión. Acumulando todavía intereses. No tenía forma alguna de hacerme cargo de ella, y probablemente tampoco lo hubiera intentado de todos modos. Un hecho irónico: el depósito original había sido de doscientos dólares estadounidenses. Cuando la encontré, la inflación y otras exigencias habían permitido que el dinero creciera hasta la principesca suma de 239,14 dólares lunares. Casi suficiente para dos días en el hotel desde donde estaba llamando.

—¿En qué puedo ayudarle?

La voz era prácticamente idéntica a la voz mecánica del primer banco al que había llamado.

—¿Es el servicio computerizado de contestador del Hamlet Savings and Loan?

—Sí, lo es.

—Estoy buscando cuentas a nombre de Otis Criblecoblis.

—Lo siento, no tenemos ninguna cuenta con este nombre.

—¿Qué hay con J. Cheever Loophole?

—Lo siento, no tenemos…

—Pruebe Eustace McGargle.

—Lo siento, no… —Colgué. Dos que no, todavía unos sesenta o setenta por probar.

¿Por qué tres nombres?, se preguntarán. ¿Por qué no leer toda la lista de veinticinco nombres a cada banco llamado? En realidad no había ninguna razón completamente lógica, puesto que yo estaba completamente seguro de que no hacía nada ilegal. Pero cuando tienes tantas órdenes de busca y captura pendientes o personas persiguiéndote como yo, aprendes a ser cauteloso. Preguntar por cuentas bancarias inexistentes alzaría casi con toda seguridad una bandera roja en alguna parte en la programación de los ordenadores del banco, el equivalente electrónico de un cajero llamando al presidente del banco para que frunciera dubitativamente el ceño ante el cheque que estás intentando cobrar fraudulentamente. Prefiero mucho más la inocencia de ojos muy abiertos al ojo avinagrado del profesional. Nada tiene los ojos más abiertos que un ordenador. Hace lo que se le dice, y nunca formula la siguiente pregunta lógica. Cuatro era un número común de incidencias para desencadenar las alarmas programadas, probablemente

basadas en lo que se conoce como el Principio Bellman: Lo que te digo tres veces es cierto. Ergo, lo que te digo cuatro veces tiene que ser una carretada de mierda.

Eso, mas el hecho de que tres es mi número de la suerte.

—¿En qué puedo ayudarle?

—¿Banco de Oberón? Estoy buscando cuentas a nombre de Egbert Souse.

—No ha tenido suerte esta vez. —Estupendo. Un programa amistoso con el usuario.

—Entonces seguro que habrá oído hablar de Hugo Z. Hackenbush.

—No en mi vida. —¿Era un banco especializado en comediantes?

—Una última prueba, cabeza de mierda. A. Pismo Clam.

—La A, ¿es por Ambrose o por Albert? —Me envaré en mi silla. ¿Acababa de morder algo?

—¿Cuál es el que tiene? —pregunté cautelosamente.

—Ninguno de los dos. Pero tengo un William Clam, y un Jake Clams.

—Sí, bueno, claro… —Corté la comunicación. No servía de nada querer tener la última palabra con un ordenador. Me puse en pie y me desperecé, di un sorbo al ron con coca que tenía sobre la mesita del teléfono, luego fui a la ventana y miré fuera.

Oberón. El mundo del Bardo. Dios mío, qué lugar.

Prácticamente todo en Oberón merece una postal. Así que, ¿por dónde empezar? Por el principio, supongo. En realidad, por un poco antes.

Lo que hoy llamamos Oberón no es lo que llamábamos Oberón cuando yo era chico. Oberón es la más distante de las lunas de Urano, y la segunda más grande. Es más pequeña que Titania por unas pocas docenas de kilómetros, y se halla a unos ciento cincuenta mil kilómetros de Urano. Solía ser una pequeña bola de roca sin nada de particular, de color débilmente anaranjado.

Como todos los hábitats de los planetas exteriores, no tenía suficiente gravedad para ser de mucha utilidad excepto como engorro. No suficiente gravedad significa que el telón no cae como debería, no puedes representar

una lucha a espada decente o ejecutar un *ballet* clásico. Esto era naturalmente causa de cierta preocupación para los oberoni, de modo que buscaron una forma de proporcionar suficiente gravedad para el teatro.

En realidad tenían algunas pocas otras razones que puede que seguramente contaran más que la caída del telón de un teatro. Pero puedo soñar, ¿no?

Las investigaciones han demostrado, o eso me han dicho, que el mejor entorno para los humanos y otros animales evolucionados en la Tierra se halla en algún lugar entre el sexto de gravedad de la Luna y el tercio de Marte. Cualquier entorno más ligero causaba el Síndrome de Bajagravedad, que no te mataba pero ciertamente te molestaba un montón, y que era caro de tratar y de controlar. Cualquier entorno más alto…, bueno, los seres humanos ya no viven en ninguna parte con más de 0,5 gravedades, un buen entorno en lo que a mí respecta. Experimenté una gravedad en la centrífuga Viaje a la Tierra en el Parque Armstrong cuando tenía seis años. Todos hemos visto los efectos de una g en las viejas película y en la televisión. La gente se arrastra como elefantes en un campo de melaza. Las cosas caen a una velocidad aterradora. Los cuerpos adquieren más masa en su constante esfuerzo por luchar contra la gravedad, mientras que la carne es atraída hacia abajo por ello. Cada centímetro de piel cuelga. En parte es doloroso, y abandoné la centrífuga preguntándome cómo podían soportar setenta años de eso. No era para mí, muchas gracias.

Sólo hay cuatro formas de proporcionar una intensificación dada de la gravedad, hasta que algún genio encuentre alguna forma de crearla. Una es simplemente acumular la masa necesaria. Se pensó que podría conseguirse alterando las órbitas de las cinco lunas más grandes de Urano y uniéndolas en una sola. Eso hubiera sido divertido, ¿no creen? Pero no hubiera proporcionado toda la gravedad que buscaban los ingenieros, y además, hubiera tomado una eternidad el esperar a que la masa resultante se enfriara lo suficiente como para resultar útil.

Luego está la Solución Plutón, que supongo que técnicamente es el Método 1A, puesto que también implica acumular masa, pero ciertamente parece una solución distinta. A lo largo de siglo y medio la gente se ha estado aventurando en el espacio realmente distante —tan lejos que

Brementon y el Sol parecen como los vecinos de la puerta de al lado—, y trayendo de regreso diminutos agujeros negros. Quiero decir realmente diminutos. Ahora hay miles y miles de esos pequeños agujeros negros orbitando cerca del núcleo de Plutón, y la sólida roca no representa mayor obstáculo para ellos que el espacio interestelar. Hay ahora suficientes de ellos ahí dentro como para proporcionar un tercio de una gravedad en la superficie. ¡Esos pequeños mamones tiran de una forma realmente dura!

Un día los agujeros negros sorberán toda la masa de Plutón en lo que se convertirá, o eso he leído, en un agujero negro entre diminuto y pequeño (los grandes contienen galaxias enteras, si pueden creerlo). No hay la menor duda de que esto ocurrirá. El debate es acerca de cuánto tiempo tomará. La opinión que prevalece es la de al menos un millón de años, de modo que no necesitan vender todas sus propiedades. Por supuestos, algunos científicos afirman que ocurrirá el próximo martes. Tengan en cuenta eso para sus planes de vacaciones.

Éste es el tipo de problema que atrae a los plutonianos, un puñado de gente fatalista. Se apresuran a comunicarles a todos los turistas recién llegados las últimas predicciones catastróficas.

Los ingenieros de Oberón rechazaron la Solución Plutón, principalmente debido a los inimaginables gastos y tiempo que requeriría. Los agujeros negros son muy raros, y cuestan el producto planetario anual bruto de algunos asteroides. No son unos entusiastas del trabajo, y uno de los efectos secundarios esperados del Proyecto Gravedad era poner a trabajar a un montón de gente, acelerando así la economía.

Sospecho que decidieron aguardar unos cuantos siglos, ver si Plutón caía en un agujero negro.

La tercera y la cuarta forma están también relacionadas, y no implican la gravedad en sí sino la ilusión de gravedad. Si una nave espacial acelera a un ritmo constante, para un observador dentro de la nave parecerá que posee una auténtica gravedad. Einstein señaló que ningún experimento realizado dentro de la nave podría distinguir entre la «auténtica» gravedad y la fuerza de la aceleración. Si se están preguntando cómo yo, un alcornoque en matemáticas, sé todo esto, es simplemente porque tuve que memorizar grandes parrafadas de ello como diálogo cuando interpreté al viejo

charlatán en *Einstein y Marx*, la tecno-filosofo-porno extravagancia de la que sin duda nunca habrán oído hablar porque se representó tres veces antes de partir hacia una muy merecida extinción. (Ken Valentine consigue extraer un muy necesitado humor al papel de Albert. Pero esto sólo atraerá a los físicos teóricos comunistas necrófilos. Debe de haber dos de ellos en el sistema, quizá tres. Que vayan a verla. — *The Phlegethon Phlogiston*).

Hay varios obstáculos insuperables para usar el método número tres para gravedad «residencial». Por un lado, su residencia deberá pasar la mayor parte de su tiempo moviéndose como un murciélago fuera de Plutón. Tras unos pocos meses (¿semanas? Hagan ustedes mismos las cuentas), se estarán moviendo cerca de la velocidad de la luz, y la contracción del tiempo será un problema. Bien, entonces, ¿por qué no acelerar doce horas hacia fuera, dar la vuelta, y acelerar doce horas hacia dentro? Sorprendentemente, eso funcionaría, aunque probablemente el gasto sería prohibitivo. Sin embargo evitaría el otro problema de la aceleración constante: el hecho de que todavía tenemos que producir medios de propulsión que puedan actuar indefinidamente, a cualquier empuje útil. Cuando vuelves a casa, puedes reabastecerte de combustible.

Una de las muchas proposiciones improbables que he vendido a lo largo de toda una vida de vender cosas improbables estaba basada en esa idea. Montamos el gran negocio vendiendo participaciones de una compañía que estaba «¡al borde mismo de un gran avance científico!» en el campo del viaje a la velocidad de la luz. El truco consistía en depositar tu dinero en el banco, subir a la nave, y regresar unos cuantos cientos de años más tarde para recoger el interés compuesto. El viaje ocuparía solamente unos cuantos meses de tiempo subjetivo. ¡Brillante! Por supuesto, nosotros éramos el banco. Y ya he mencionado lo que le ocurrió a la cuenta bancaria de W. C. Fields. Pero se sorprenderían de lo fácil que es conseguir que se acepte una proposición.

Así que vayamos al cuarto método, o 3A, según como apliquen ustedes las reglas. Es la rueda, o el cubo al extremo de la cuerda.

Pon un poco de agua en el cubo y hazlo girar alrededor de tu cabeza. El agua no se derrama. ¡Magia! En realidad fuerza centrípeta, que es una aceleración constante hacia el centro de un círculo.

Si construyes una rueda en gravedad cero y la haces girar, puedes caminar por la parte interior de esa rueda como si estuvieras bajo auténtica gravedad. Si quieres pesar más, haces girar la rueda más rápido. Frénala para menos gravedad.

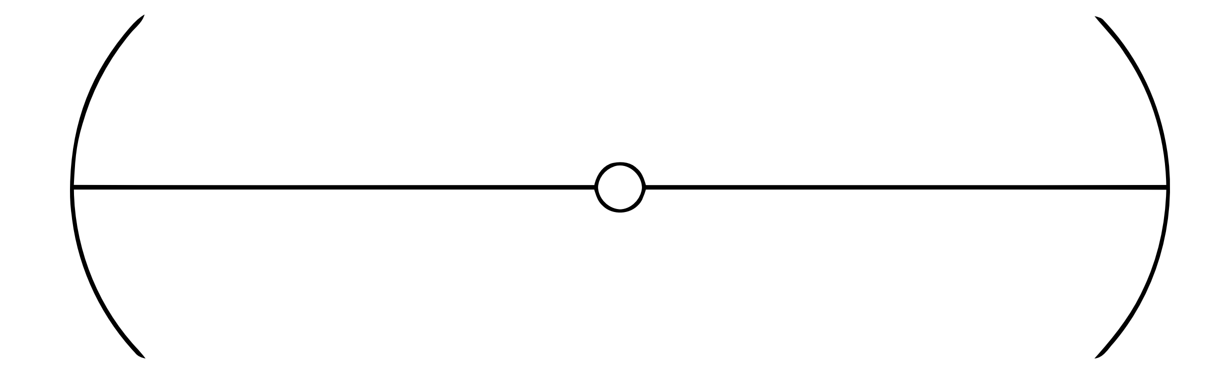
Haz la rueda muy grande…

Hemos estado construyendo estructuras así desde que los humanos fueron permanentemente al exilio en el espacio profundo. El cinturón de asteroides, los puntos troyanos lunares L4 y L5, los troyanos de Júpiter y Saturno, J4 y J5 y S4 y S5, todos están llenos de ruedas como éstas, o más a menudo cilindros. Hasta la iniciación del Proyecto Gravedad de Oberón, el más grande de estos mundos artificiales tenía unos veinticinco kilómetros de diámetro.

El Proyecto Gravedad proponía una rueda de mil quinientos kilómetros de diámetro.

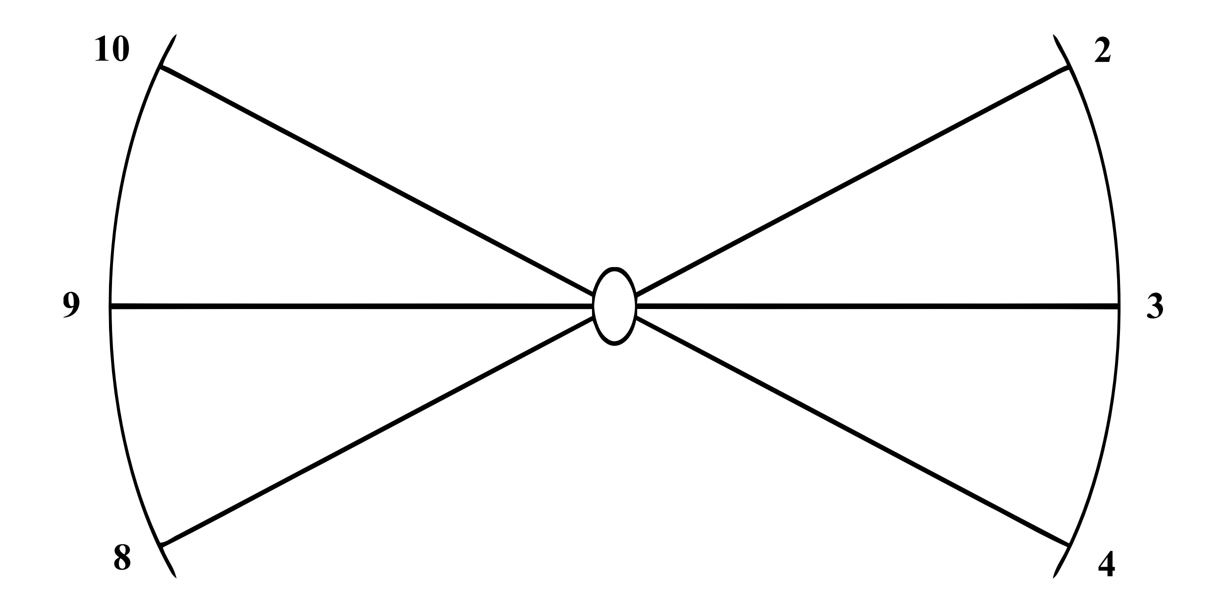
Para dar un salto así necesitas una tecnología significativamente nueva, o un avance importante en una antigua. Los oberoni tenían un poco de ambas cosas.

Cuando estuve allí hacía unos veinte años, Oberón II tenía este aspecto:



La O era el eje de la futura rueda, hueco en su centro. Si ibas a construir un carromato de carga interplanetario ahí es donde pondrías el eje. Las líneas largas eran el primer par de los doce radios propuestos de la rueda. Los dos pequeños arcos al final eran todo lo que se había construido hasta entonces del borde exterior de la rueda, el lugar donde la gente viviría y trabajaría.

Hoy su aspecto era éste:



Cuatro radios más terminados, y dos porciones separadas del arco de la rueda. Cada radio tenía ochocientos kilómetros de largo. Cada arco había alcanzado una longitud de unos mil kilómetros. Parecía que el proyecto estaba en su mitad, pero en realidad estaba más allá de eso. Aprendes a medida que avanzas, y empezar era mucho más duro que terminar. Esperaban dejar finalizado todo el proyecto en otros diez años. Eso significaba unos ochocientos metros de arco al día. No me pregunten cómo lo hacían. He estado en Ciudad en el Extremo y he observado el trabajo, y sigo sin saberlo.

Sorprendentemente, una rueda de mil quinientos kilómetros girando una vuelta a la hora producía exactamente el 0,4 de gravedad que los ingenieros tenían en mente. Desde la Luna, con un telescopio decente, podías decir la hora a través de Oberón II. Y puesto que el diámetro era de mil quinientos kilómetros, la circunferencia era p veces mil quinientos kilómetros: 4.712,39 kilómetros. Esto condujo al primero de una larga línea de despectivos apodos durante los primeros tiempos de construcción: Pi en el Cielo. Pero nadie se reía ahora.

—Sí, ¿qué desea?

—¿Es éste el servicio computerizado de respuesta del Oberón National?

—¿Tiene usted algún problema con ello?

—Sí, tengo un problema con su tono de voz.

—Que le jodan. Ha marcado usted el número de respuesta agresiva. No cuelgue, tonto del culo, le conectaré con la respuesta obsequiosa, si es todo lo que puede soportar. ¡Buenas tardes! Espero haberle servido.

Inspiré profundamente. Amigos, la ciencia moderna es maravillosa, ¿no creen?

—Estoy buscando una cuenta a nombre de Elmer Prettywillie.

—Lo siento tanto. No tenemos ninguna cuenta a este nombre.

—Entonces seguramente habrán oído hablar de S. Quentin Quale.

—Me siento consternado de tener que informarle que no conocemos a ese señor.

—Bueno, entonces tienen que conocer a Linus Spaulding. Capitán Linus Spaulding.

—Bueno… Hay una cuenta a nombre de la Fundación Linus Pauling.

—Casi lo hemos acertado. Pero no, se trata de Spaulding. Capitán Spaulding. El explorador africano.

—*Quel dommage*. Me siento consternado.

Cristo. Cuando los programadores no tienen nada mejor que hacer, se entretienen con estas cosas. Y lo que es peor, la gente las usa. Me han dicho que todo empezó con simples mensajes en los contestadores automáticos, allá en los albores de la Era Electrónica. Desearía que se hubieran quedado allí.

Si yo fuera un guía turístico extra terrestre llevando una carga de gente oruga betelgeusiana en un viaje de cinco días y cuatro noches por el pequeño y pintoresco Sistema Solar, pondría Oberón II y sus alrededores entre los tres primeros lugares de Cosas Que Ver.

En realidad, quizás a la gente oruga le pareciera algo parecido a una primitiva cabaña de troncos. Quizá desearan intercambiar cuentas y baratijas y bombas planetarias por nuestra artesanía nativa o adquirir unos cuantos millones de esclavos. Pero para mi dinero, nada puede igualar el sistema uraniano.

Urano tiene anillos. Nada parecido a las espectaculares bandas doradas alrededor de Saturno, pero impresionantes en su propia gloria más apagada. Y puesto que el eje de Urano está tan inclinado con respecto al plano de los demás planetas, obtienes una gran vista ojo de pez de ellos a medida que te aproximas.

Urano tiene lunas. Cinco grandes, todas de diferentes colores, cada una mostrando un disco a medida que te acercas. Luego docenas y docenas de más pequeñas, parecidas a estrellas muy brillantes.

Urano tiene Oberón II, que ya he descrito, pero que no puede ser captada fácilmente a menos que uno la haya visto crecer desde una extraña X en el cielo hasta el objeto más estrafalario que la humanidad haya construido jamás. Sólo el eje es más grande que cualquier otra cosa hecha por el hombre en el espacio.

Urano tiene Oberón I, la luna original. Si tienes suerte, tu nave puede pasar muy cerca de ella en el camino de entrada, y parece equivocada. Estriada de rojo anaranjado y blanco y pardo claro y crema, parece como una *pizza* de tamaño familiar con *pepperoni*, olivas negras y anchoas, del tipo que puede entregarse a una familia que viva en la parte superior de una planta de judías. Y que ya se la estén comiendo. Hace un centenar de años Oberón era razonablemente redonda. Ahora ya no. Le han sido arrancados grandes pedazos, de más de cien kilómetros de diámetro y profundidad. Oberón está siendo canibalizada para proporcionar las materias primas para construir Oberón II. Allá abajo en su superficie, Oberón se ha convertido en una visión infernal, con robots mineros del tamaño de transatlánticos mascando su camino a través de vetas de mineral, y con factorías transmutando materias que no necesitamos en materias sin las cuales no nos podemos pasar. El lado oscuro resplandece con los terribles fuegos de estas operaciones. Planean utilizarla toda, hasta el último grano de arena, y luego trasladarse a Ariel. Pero sobre todo, Urano tiene residuos.

Durante el primer siglo después de la Invasión, hubo muy poco gobierno organizado más allá de la órbita de Marte. Había mucha gente. Pero no gobierno. Muy pocas reglas excepto las que uno mismo hacía cumplir, y esas reglas tendían a ser las únicas cosas que importaban para cualquiera como individuo. Y sólo esas cosas que te importan ahora. Los

alrededores de Urano y Neptuno habían sido asentados y desarrollados por esa raza dura y valiente que siempre gravita en la frontera. En la Tierra eran mineros del oro, cazadores de búfalos, tramperos, y finalmente granjeros cuando la frontera era el oeste norteamericano. Más tarde, en los bosques tropicales brasileños, eran taladores, mineros, luego granjeros de corta-y-quema. Todos ellos saqueaban el entorno. No había nadie para decirles que no, y además, eran «muchillones» de kilómetros cuadrados de tierra salvaje. ¿Para qué pues preocuparse, amigo?

En Urano eran mineros. Estoy seguro de que oyeron hablar del desastre medioambiental de la Vieja Tierra, pero ¿por qué debían de preocuparse por eso? No había búfalos que ser empujados a la extinción, ni pueblos nativos que expulsar y practicar el genocidio sobre ellos, ni bosques tropicales que convertir en áridos Saharas. No hay nada aquí excepto roca, ¡Señor, te quiero! ¿Cómo puede ni siquiera el hombre de negocios más rapaz joder una roca?

La respuesta era obvia, incluso cuando la destrucción estaba en camino, así que nadie la mencionaba, o si lo hacía estaban seguros de que no se haría evidente ningún problema durante miles de años. La realidad tomó menos de cincuenta. Finalmente las compañías mineras estaban perdiendo tantas naves que era preciso hacer algo. Cambiaron sus prácticas mineras, pero eso distaba mucho de ser suficiente.

Los residuos, tal como se definen en la Vieja Tierra, eran esas monstruosas pilas de basura que puedes ver alzarse al lado de las refinerías en las viejas fotografías. Los residuos eran lo que quedaba después de que te hubieras llevado lo que querías de lo que estabas excavando. En las minas de oro y diamantes, eso podía ser el 99,9% de lo que habías excavado. Pero, por horrible que fuera, en la Tierra, cuando acababas con un balde de roca, los residuos simplemente se quedaban allí, sin dañar aparentemente a nadie. El gran problema era la polución del aire producida por el proceso de refinado, o la contaminación del agua provocada por el montón de residuos. En Urano y en Neptuno, las cosas eran diferentes.

No imaginen que esta minería la efectuaban canosas viejas ratas del desierto tirando de mulos espaciales al extremo de una cuerda, con zapapicos en la mano. Cuando piensan en minería visualizan eso, u

hombres de rostro ennegrecido por el carbón empujando una vagoneta por el pozo de una mina. La realidad de la minería allá en la Vieja Tierra era normalmente distinta de eso. Era minería de destrucción, en la cual la tierra era desgarrada por *bulldozers* hasta que se alcanzaba la veta de carbón. Estaba la minería de lavado, que implicaba nivelar montañas de tamaño apreciable con chorros de agua a alta presión. Y estaba la minería de pozo abierto, que dependía de hacer estallar riscos enteros de roca virgen. La forma más fácil, rápida y barata de ejercer la minería en las lunas de Urano era por voladura. Usaban explosivos plásticos para las vetas más pequeñas, mininucleares para las excavaciones mayores.

Debido a la insignificante gravedad superficial incluso de las minas más grandes, cada una de esas explosiones arrojaba miles, millones de rocas al espacio. Las rocas variaban de no mayores que un grano de arena a grandes peñascos. Eran lanzadas al espacio… y desaparecían. Nunca volvían a caer al suelo. Algunas terminaban en órbita alrededor de una de las lunas, otras adoptan todo tipo de órbita alrededor del propio Urano. Las compañías mineras nunca tuvieron problema con esto. Cada pedazo de roca inútil que alcanzaba la velocidad de escape era un pedazo de roca que no tenía que ser apartado fuera del camino para alcanzar las valiosas menas. Simplemente se desvanecía en la oscuridad, y buen viaje.

En realidad no. La materia desaparecía, pero distaba mucho de ser olvidada. Un pequeño porcentaje de restos alcanzaba la velocidad de escape de Urano, y podían ser más o menos ignorados. Una porción más pequeña aún alcanzaba la velocidad de escape solar, y todavía era menos preocupación. Pero una gran parte de toda aquella basura adquiría órbitas que se entrecruzaban en las rutas espaciales desde todas direcciones, y normalmente a una velocidad relativa alarmante. Un grano de polvo podía dejar un pozo del tamaño de tu puño en la espuma aislante que cubría los cascos de la mayoría de las naves. Algo del tamaño de un guisante podía arruinarte el día, atravesando directamente la delgada piel y entrando en los sistemas vitales o en los motores como un estallido de plasma al rojo azul. Con suerte, podías tener tiempo de parchear y reparar. Cualquier cosa más grande que una manzana causaba el mismo efecto que una bomba atómica.

Se estimaba que había seiscientos billones de manzanas en órbita alrededor de Urano y sus lunas principales. Eso suena horrible hasta que te das cuenta de que el sistema uraniano tiene aproximadamente cincuenta y seis trillones de kilómetros cuadrados. Eso significa una manzana por cada noventa y cuatro mil kilómetros cúbicos, una maldita extensión de nada, con una roca acechando en alguna parte. Lo cual parece estupendo, hasta que te das cuenta de que eso es un cubo de sólo noventa y ocho kilómetros de lado. Añadan ahora el hecho de que la mayoría de las naves tienen varios kilómetros de largo, un blanco más bien grande, y que a la partida y a la llegada cruzarán muchos millones de cubos de este tamaño. Si esto no les hace estremecerse, nada lo hará.

No se preocupen. ¡Sparky está al trabajo!

La Cámara de Comercio y Oficina de Turismo de Oberón afirma que, si no se toman medidas, la situación puede dar como resultado un impacto grave cada diez mil viajes. Esa cifra es muy disputada, pero en realidad no importa, puesto que sí se toman medidas. Cada nave que entra en esta máquina del millón solar lleva consigo un buen radar y unos buenos láseres, y fríe una media de seis rocas en su viaje de entrada y otras tantas en su viaje de salida. La mayoría de ellas, por supuesto, nunca representarían ningún peligro para la nave, pero los capitanes odian esos residuos con una intensa pasión. Nunca dejan escapar ninguno.

Eso sería suficiente para reducir los encuentros naves/rocas a uno cada pocas décadas. Pero eso no es suficiente para los oberoni, que odian esos residuos todavía más que los capitanes. Por un lado, son un peligro para la gran estructura de Oberón II. Por otra, proporcionan una terrible mala imagen del sistema a los ojos del público viajero, ya sea un impacto por década o menos. Así que la Gran Rueda está erizada de radares y láseres, que eliminan un millar de rocas a la hora…, ¿o era por segundo? Bueno, miren arriba. Es un buen puñado.

Y eso no es suficiente para las quince lunas de la Liga Uraniana: Oberón, Titania, Umbriel, Ariel, Miranda, Arvejo, Telaraña, Mostaza, Píramo, Tisbe, Abrigado, Fondo, Flauta, Hocico y Polilla. (Una vez conocí a un tipo que venía de Fondo; dijo que su gente se llamaba a sí misma fondanos, pero los vecinos, naturalmente, se referían a ellos como fondillos.

Siempre me he preguntado cómo serán llamados los habitantes de Flauta u Hocico). La Liga tiene intención de limpiar el sistema en unos pocos siglos, y su principal arma es un bicho fruto de la ingeniería genética al que se le ha dado el nombre de snark (ya saben, en honor al bicho imaginario creado por Lewis Carroll).

Es poco probable que vean ustedes ningún snark durante su viaje a Urano. Aunque se cuentan por miles de millones, no son muy grandes y cubren un montón de espacio. (Los espacianos creen que ver uno es de muy mala suerte). Pero todos se parecen a un trozo de tubería, que va de unos pocos palmos de largo hasta casi quince metros. Tienen «alas» como de telaraña, que abren para empaparse de radiaciones solares. Tienen ojos de radar y un sistema que genera gas para propulsarse: hidrógeno + oxígeno = ¡*bang*! Sobreviven con una magra dieta de hielo y roca, que consiguen hurgando en los anillos. Están vivos, son semiinteligentes, se autorreproducen, y su misión en la vida es destruir residuos. Derivan, siempre alertas, conservando su fuerza usando sus impulsores sólo en puntos orbitales donde pueden ser utilizados más económicamente, como águilas dejándose llevar por las corrientes térmicas en un desierto. Cuando divisan una roca, la vaporizan.

Como la mayoría de las soluciones perfectas, los snarks revelaron unos cuantos problemas no mucho después de ser soltados. Uno asó a un grupo de siete buceadores espaciales durante el primer mes tras su liberación. Hubo que diseñar un programa vírico y radiarlo en la longitud de onda que usaban para hablarse entre sí a fin de asegurarse de que sólo atacaran objetos más pequeños que una pelota de baloncesto. Cualquier cosa más grande debía de ser informada a las agencias humanas, que la rastrearían y se encargarían de ella.

Y unas pocas décadas después de eso empezaron a aparecer en Neptuno, Saturno, Júpiter, y todos los puntos troyanos relacionados con ellos, y en el cinturón de asteroides, donde fueron tan bienvenidos como los conejos en Australia. Pero no causaron ningún daño apreciable.

Menciono todo esto por dos razones. Una es que, durante la quinta temporada de la serie, Sparky encontró un snark herido y lo cuidó hasta que estuvo restablecido. J. B. el Snark se convirtió en uno de los miembros más

queridos de la pandilla, junto con Toby el Perro, superando incluso a veces al propio Sparky en las preferencias de los espectadores. Por supuesto, J. B. tenía un rostro amistoso —los auténticos snarks no tienen nada que se parezca a un rostro—, y no tenía ningún problema en volar dentro de la presión municipal, en la cual un auténtico snark se hallaría tan indefenso como una mariposa dentro de una batidora.

La otra razón es para explicar los gloriosos y constantes fuegos artificiales que rodeaban Oberón II cuando mi nave inició su aproximación final. El negro espacio estaba iluminado por un millar de puntos de destellante luz, que tenían todos los colores del espectrógrafo a medida que las partículas, en su mayor parte del tamaño de granos de arena, eran vaporizadas, anunciando su composición física en sus últimos segundos a cualquiera con los conocimientos necesarios para leer los colores.

Yo no poseía esos conocimientos, pero ¿a quién le importa?

Era aún más hermoso de lo que recordaba.

—¿Es el Hank's Bank?

—Sí, puede usted…

—¿El servicio automático de respuesta?

—Sí, estamos a sus…

—Estoy buscando una cuenta a nombre de Otis B. Driftwood.

—No tenemos…

—¿Cleopatra Pepperday?

—No tenemos…

—¿T. Frothingwell Bellows?

—No tenemos…

—Hasta otra.

Tres más eliminados. Estaba empezando a parecer una partida perdida.

Desearía poder decir que tuve el tiempo, la disposición y el temperamento necesarios para gozar de la aproximación a Oberón II. Si a uno no le gustan los fuegos artificiales, tiene a su disposición los

holoanuncios, que empezamos a captar cuando aún estábamos a mil quinientos kilómetros de distancia. Trompetean a gran tamaño los encantos de los grandes hoteles y casinos y espectáculos, con más relumbre por centímetro cuadrado que en ningún otro lugar desde la Vieja Las Vegas.

En realidad, yo sólo tenía dos cosas en la cabeza: mi estómago y mis intestinos.

Había permanecido despierto casi constantemente durante la última semana, tras haber estirado las píldoras atontadoras tanto como me fue posible. Me había crecido la barba, y las uñas de mis pies parecían podaderas. Una semana estándar tiene 168 horas. Diez mil minutos. Había pasado cada uno de ellos pensando en comida.

Había agotado mis últimas provisiones. Había lamido el papel de envolver y el cartón, luego me había comido el cartón. Luego me comí el papel. Mastiqué retales de ropa, atesoré mis últimas diez barritas de chicle como si fuera algún trol de ojos alocados en el fondo de un pozo. Odio admitirlo, pero pensé varias veces en Toby, enroscado seguro y cálido a sólo unos pocos palmos debajo de mí. Empecé a preguntarme si su sabor sería parecido al del pollo.

Dicen que los ayunadores históricos como Gandhi y Hornburg finalmente dejaban de sentir hambre. Eso es lo que dicen, pero jamás podrán convencerme de ello. Se vuelve peor, hora tras hora, y cuando creía que ya no podía volverse peor, se volvía.

Luego se volvía aún peor.

Sólo había una cosa que me distrajera de mi hambre, y eso era el estado de mi tracto digestivo inferior. Cada gramo de comida altamente nutritiva que había consumido desde que se inició el viaje estaba ahí abajo ahora, un bolo del tamaño y forma de Fobos y dos veces más duro. Estaba seguro de que iba a tener que someterme a cirugía para extirparlo, y sería mejor que el médico estuviera provisto de un buen zapapico y mucha dinamita.

Así que disculpen si me salto ligeramente la llegada (miles de naves al menos tan grandes como la mía, flotando en el interior de un enorme cilindro que brillaba con la luz de mil millones de portillas como lentejuelas), la transferencia (enjambres de robots remolcadores no mayores que las ardillas de un parque soltando cada carga de su vaina, leyendo su

destino, luego llevándolos a la bodega correcta como diez millares de maníacos cargando desde un asiento de primera fila en un concierto de Motomanía), y mi salida del Pantechnicon y subsiguiente reentrada a la presión pública (mi espina dorsal intentó formar alguna letra poco habitual —Q o Z, creo— y mis piernas prometieron no volver a ponerse nunca rectas). Cuando pude caminar miré brevemente, y con poco entusiasmo, hacia la vaina de carga que Ukelele Lou había rechazado en Plutón. Todo lo que pude determinar fue que cualquier cosa que hubiera dentro estaba estropeada, sin lugar a dudas. Luego tuve que apartarme bruscamente cuando un gran cargobot separó la vaina dañada de la línea y se la llevó a alguna parte, presumiblemente para rellenar los formularios del seguro por quintuplicado. No pude divisar la otra vaina hacia la que Lou había escapado. Debía de haber sido entregada en una bodega al otro lado del eje, por todo lo que sabía. Le deseé suerte de nuevo, y hallé la salida a los corredores públicos.

Treinta segundos más tarde estaba devorando la madre de todas las hamburguesas, la National Gallery, el salario de la Garbo, la Camembert de las hamburguesas. En realidad era una MacVendig, 15 centavos, Especial Microondas, chorro de *ketchup*, encurtidos, lechuga, cebolla, mostaza, una rodaja de queso *cheddar*, y cualquier otra cosa en la que puedan pensar, pero por aquel entonces yo estaba dispuesto a lamer la gaseosa seca y arrancar con los dientes las palomitas pisadas del suelo de un auditorio…, cualquier cosa. Así que aquella hamburguesa era un auténtico tesoro.

Me comí dos más como la primera, corrí al cuarto de baño y lo vomité todo, volví fuera, y me comí otra que pareció mantenerse dentro. Luego busqué la franquicia más cercana de Cirugía al Minuto e hice que alguien se ocupara del otro problema. Les prometí que obviaría esa parte, y lo haré, aunque tomé nota de algunas de las expresiones de sorpresa y regocijo del médico y algunas de mis propias cáusticas respuestas para un posible uso en mi próximo espectáculo de Punch and Judy.

También pasaré por encima de la más gloriosa comida que jamás haya consumido. Pasaría alegremente varias horas describiéndola, que es aproximadamente el tiempo que pasé consumiéndola, pero seguramente mis poderes de descripción me fallarían. Después de todo, fue simple comida de

restaurante, buena y sólida. No hubo hígado de colibrí ni lenguas de ocelote ni bocaditos de quinoto a la jalea. En realidad nada exótico. Un gran bistec y puré de patatas y maíz, cosas así, seguidas por un pastel de cereza casi entero y un vaso grande de helado. No fue la preparación lo que hizo que supiera tan maravillosamente, fue la salsa especial que proporciona el haberte estado casi muriendo de hambre. Y no me tomé tres horas para consumir todo aquello porque me lo tomara con calma para que todo me sentara bien después del prolongado ayuno, sino simplemente porque me tomé mi tiempo para saborear cada bocado. Deberían probar eso alguna vez, aunque dudo que puedan experimentar nunca mi intenso deleite a menos que hayan pasado tanto tiempo sin comer.

Reabastecido de combustible, empezando a sentirme de nuevo como una razonable aproximación a un ser humano, hallé mi camino a las oficinas de carga y reclamé el equipaje que hasta recientemente había sido mi hogar. Observé los indicadores que mostraban que Toby estaba vivo y bien y deshinché el domo. ¡Por Dios! ¿Había pasado realmente tres meses ahí dentro? El aire que salió silbando decía que había sido al menos todo ese tiempo. ¡Huau! ¿Olía yo de aquel modo? Probablemente.

Había pensado dirigirme directamente a los ascensores, pero me tomé el tiempo de meterme en unos aseos de monedas y ducharme y afeitarme. Salí sintiéndome, si no exactamente dispuesto a vencer al mundo, sí al menos dispuesto a pelear unos cuantos *rounds* con él.

Normalmente no pasaría mucho tiempo describiendo un viaje en ascensor. Pero en Oberón II nada es igual a los demás planetas, y los ascensores son una de las cosas más diferentes.

Oh, y dejaré ese asunto de «Oberón II» desde ahora mismo. Muy pronto me di cuenta de que, en el tiempo que había estado fuera, Oberón II se había convertido simplemente en Oberón. Lo que acostumbrábamos a llamar Oberón, la luna de roca, era ahora Vieja Oberón. Tenía sentido. Todavía había unos pocos miles de recalcitrantes viviendo en Vieja Oberón, y unas pocas decenas de miles de mineros de demolición y demás, pero a medida que la luna iba pareciéndose cada vez más a una manzana podrida

con grandes mordiscos en ella, incluso esos pocos residentes tendrían que terminar abandonándola.

Recordé algunos de los viejos grandes teatros de Vieja Oberón: el Palace, el Olivier, el Streep, el Chicago, y me pregunté si alguno de ellos todavía estaría en pie en medio de aquellos melancólicos cascotes sin aire. No debía preocuparme por eso. Todos ellos, y muchos más, junto con una gran variedad de otras estructuras, habían sido apartadas del camino antes de la llegada de los imparables *bulldozers*. La mayoría de ellas aguardaban ahora sobre bolas de naftalina en el punto troyano Ob4, aguardando a que se construyera lo suficiente del borde como para que pudiera albergar una disneylandia histórica, la primera en recrear un tiempo pasado desde la Invasión, y que pasaría a ser conocida como (adivínenlo). Vieja Oberón. Si todas esas Vieja, Nueva, II y todo lo demás Oberones les desconciertan un poco, únanse al club. Y no se preocupen por ello.

Los ascensores. Primero, dejen de pensar en términos de una cabina que se abre y se cierra y se mueve arriba y abajo en un pozo. Ahora síganme…, y vigilen el paso cuando suban, por favor.

—El ascensor a Mediodía partirá del Nivel 20, Confluencia B, a las 9:00 a. m. —anunció la voz—. Eso es dentro de diez minutos. El ascensor a Mediodía partirá puntualmente a las nueve. Todos a bordo, por favor.

Así que ese ascensor es diferente, ¿correcto? De hecho, los ascensores a Mediodía partían cada hora, las veinticuatro horas del día. Sólo aquí, Mediodía era un destino además de una hora del día. Es fuente de una gran confusión en las comunicaciones, pero a estas alturas está sólidamente arraigado, y a los oberoni no parece importarles.

La enorme y parcialmente terminada esfera de reloj que es Oberón vista desde el espacio es la original con los radios de las Doce y las Seis. Doce está flanqueado por los radios que van a las Once y la Una, mientras que el de las Seis se halla entre el de las Cinco y el de las Siete. ¿Lo captan? La porción designada como la posición de las doce es conocida como el Arco Mediodía, y la otra es el Arco Seis. La gente del Arco Doce recibe el

nombre de meridionales. La gente del Arco Seis se llaman australes y no australes. No sé por qué.

Subí a bordo con tiempo de sobra, hallé un asiento y me até a él. Pasé el tiempo mirando por la ventanilla hasta que fue sellada la escotilla. El ascensor estaba sólo medio lleno, a aquel nivel al menos.

La cubierta bajo mis pies empezó a destellar con letras de color azul pálido: suelo suelo suelo. Sonó un timbre, y me hundí agradecido en mi asiento mientras la cabina aceleraba. Es agradable estar de vuelta a una cierta gravedad.

—Todo bien —dijo una voz, y la mayoría de la gente a mi alrededor se soltó las sujeciones y se puso en pie. Yo hice lo mismo. La aceleración era suave, y no duró mucho tiempo. Fue seguida rápidamente por otro período de ingravidez. Todo el trayecto iba a ser así.

Un ascensor moviéndose arriba y abajo por un radio de una rueda que gira sobre sí misma tiene que realizar algunas difíciles hazañas de ingeniería durante el trayecto. Durante mis primeros trayectos, cuando la rueda era nueva y consistía tan sólo en las Doce y las Seis, la cabina del ascensor estaba llena de asientos montados sobre mecanismos cardán, de modo que los pasajeros podían girar hacia cualquier lado, según de dónde viniera la fuerza en aquel momento. Esto era lógico, pero muy irritante. Tenían que acompañarte a y desde el lavabo, si eras lo suficientemente desafortunado como para tener que ir. Ni siquiera intentaré describir esa odisea excepto señalar el pequeño horror ante el que puedes encontrarte. Imagínense de pie ante la taza del váter, respondiendo a la llamada de la naturaleza, cuando de pronto el chorro empieza a salpicar contra la pared, luego el techo. Esto me ocurrió cuando el cardán se atoró. Imagino que debe de ser peor para las mujeres.

Ahora tenían un nuevo tipo de cabina. Todo lo que tenía que hacer era ajustarse rápida y suavemente a la aceleración y deceleración, y transformarse de un entorno sin peso a un entorno de 0,4 g a lo largo de todo el trayecto.

No hay forma en que pueda describirles todos los ingeniosos trucos que los ingenieros tuvieron que idear para conseguirlo. Si sólo hubieran tenido que hacer eso, ya hubiera sido bastante impresionante. Pero la cabina

también tenía que poder arrancar y pararse durante el trayecto, y para ello tenía que tener en cuenta la fuerza angular de la rotación de Oberón. Exactamente cómo funciona esto se halla más allá de mis capacidades, pero uno puede ver cómo el movimiento de giro del radio da como resultado un incremento gradual del peso. A eso se le llama, creo, fuerza de Coriolis, aunque no tengo la menor idea de por qué se le da el nombre de ese personaje. El resultado es un trayecto que incluso los espacianos veteranos hallan a veces difícil de emprender.

Estaba pensando en tomar el ascensor —el ascensor interno— para subir a otro nivel cuando el timbre sonó de nuevo. Una pared —estaba casi seguro de que era el «techo» cuando empezamos— empezó a destellar SUELO SUELO SUELO. La pared que estaba bastante seguro de que había sido el SUELO SUELO SUELO cuando me senté ahora no tenía ningún asiento unido a ella. No podía imaginar dónde habían ido; robados mientras yo estaba vuelto de espaldas, sin duda. Pero estar sólo «bastante seguro» de la situación y orientación de uno era una experiencia común en gravedad cero, así que no me preocupé por ello. Me sentí tranquilizado cuando empezaron a brotar asientos del nuevo SUELO SUELO SUELO, algunos de ellos con gente dormida ya atada a ellos. Me dirigí rápidamente a uno impulsándome con una patada, giré mis pies para tocar el SUELO[3], y sentí que el peso volvía gradualmente a mí. Lo cual significaba que estábamos frenando de nuevo, ¿no? Bien, eso parecía, pero desde dentro del ascensor era difícil de decir exactamente lo que estaba ocurriendo. Sentí un momento de náusea cuando bruscamente quedamos de nuevo sin peso —¿lo cual significaba que no nos movíamos?— y noté que aquella soberbia comida empezaba a dar vueltas en mi estómago. Pero la urgencia de sacarla pasó. Siempre he tenido buenas piernas espaciales.

Si creen ustedes que también tienen un buen equilibrio, el ascensor a Mediodía es un buen lugar para hacer la prueba. Más de un viajero ha tenido un agudo acceso de humildad a causa del constante flujo y reflujo del trayecto. Los oberoni llaman a esa condición mareo-C. Aproximadamente una cuarta parte de los pasajeros llevaban Bozales, básicamente bolsas que se sujetaban sobre el rostro como una máscara de gas, con succión constante y depósitos reemplazables. Pese a eso, y pese a los esfuerzos

hercúleos de los robots de limpieza, el ascensor a Mediodía siempre huele débilmente a vómito.

Pronto estábamos de nuevo en camino —un nuevo suelo, con nueva gente durmiendo en nuevos asientos—, y seguí en el ascensor seis pisos más hacia arriba hasta el casino. Ese viaje fue en sí mismo un retuercetripas.

Qué lugar delicioso era el casino. He visto jugar a los dados en ingravidez, y en un sexto de gravedad, y en 0,4 g. Pero nunca había visto mesas de dados y ruedas de ruleta que tuvieran que cambiar rápidamente de un estado a otro. El lugar era un agitar de movimiento y luces destellantes, y parecía que cada diez minutos o así se reorientaba por sí mismo, y los crupier retiraban los dados y las ruedas de gravedad y sacaban el material de ingravidez. Era algo fascinante de contemplar. Pronto me sentí irremediablemente desorientado, pero eso no parecía importar.

Pasé la siguiente hora dando una vuelta por varios niveles. Había alojamientos, cubículos dormitorio, seis restaurantes, una feria y salas de juegos para niños, una enfermería, cines. Pero ninguna piscina, sin embargo. Los ingenieros oberoni no habían llegado a eso. Y ningún teatro.

El trayecto es de ochocientos kilómetros. El ascensor lo realiza en una media de cinco horas. Lo podría hacer mucho más rápido de no ser por las constantes paradas y arranques necesarios para evitar la colisión con la arañas. Yo quería ver una. Un ayudante me dijo que normalmente encontraban alguna lo suficientemente cerca como para poder verla, y me dirigió hacia la burbuja delantera de observación. Era el primer lugar donde había estado que me ofrecía una clara visión del masivo eje en sí, como una columna de hielo de ocho kilómetros de grueso. Se empequeñecía en la distancia, donde podía verse la amplia y brillante banda del Arco Mediodía. Un monorraíl montado en la parte exterior del radio era nuestra guía. A cada lado de ella podía ver enormes conducciones, cables y misteriosas estructuras, pero nunca suficientes de ellas como para estropear la clara y perfecta línea del radio en sí, pura y prístina como el tenso cable de un puente colgante.

Sabía que el cable no estaba hecho de hielo, pero eso era lo que parecía. De color blanco intenso, con una superficie mate, entrecruzado por miles de

líneas como las huellas del paso de patines sobre una inmensa pista.

Seda de araña. Billones y billones de hilos de telaraña.

Ése era el gran avance que había permitido la construcción de Oberón II. Habían hallado una forma de producir enormes cantidades del material más fuerte conocido por el hombre. Como ocurre a menudo, la solución era obvia.

Construye una enorme araña.

Nos detuvimos varias veces durante la primera hora, por ninguna razón que ni yo ni nadie más en el domo pudiera ver. Empezaba a sentirme desanimado, porque sabía que las arañas más grandes nunca acudían a los entornos de alta g de aproximadamente un tercio del camino del radio hacia abajo: más abajo de eso las patas no podían sostener el peso de sus cuerpos.

—Algunos de los primeros experimentos sobre animales en ingravidez se efectuaron con arañas —dijo alguien a mi izquierda. Me volví para mirar: era una mujer. No estaba en aquel asiento cuando me senté. Créanme, me hubiera dado cuenta.

—¿Es eso cierto?

—Allá en el siglo XX —dijo—. Querían descubrir si podían tejer sus telarañas en gravedad cero. —Era encantadora. Rostro en forma de corazón, ojos verdes, figura esbelta.

—¿Lo hicieron? —pregunté.

—Construyeron telarañas muy extrañas.

—Apuesto a que no tan extrañas como ésta.

—Probablemente no. Me llamo Poly. —Me tendió la mano, y se la estreché.

—¿No bromea? Conocí a una Polly, en su tiempo.

—No me mencione ahora a Polly y Sparky, de esa vieja serie para chicos. Todo el mundo lo hace. Es una contracción de Polimnia.

Admito que por un momento fui tomado por sorpresa, pero su expresión me dijo que no tenía ni idea de con quién estaba hablando. ¿No iba a producirle un *shock* cuando lo supiera? Pero recordé de inmediato el nombre que figuraba en el pasaporte que estaba usando…, uno por el que había pagado su buen dinero en los callejones de Plutón. Así que nunca lo sabría.

—Me llamo Trevor —dije—. Trevor Howard.

—Yo soy simplemente Polimnia, por ahora —dijo.

—Ese nombre me suena…

—A una de las Musas.

—Iba a decir una de las Gracias.

—Sólo hay tres Gracias. En cambio hay nueve Musas.

—¿Así que procede de una gran familia?

Se echó a reír.

—Sólo cuatro, hasta ahora. Pero tiene razón, todas nos llamamos como las Musas. Mi madre creía que debíamos meternos en las artes.

—Polimnia debía de ser cantante —aventuré.

—Música sacra, para ser exactos.

—¿Y usted?

—Nada de himnos. Pero la música es lo mío.

Hice una mueca.

—Eso es tan viejo como las montañas.

—Así que es eso. ¿Dónde están esas montañas, de todos modos?

—No me pregunte. Yo soy de la Luna.

Hubo algunas otras bromas como ésta. Básicamente ambos estábamos intentando decidir si valía la pena una relación temporal, ninguno de los dos con demasiada prisa para llegar a una resolución. Supe que era violinista.

—¿En una orquesta?

—Algún día. En estos momentos trabajo principalmente en el foso de un teatro. Como simple rascacuerdas. Pero estoy disponible también para contradanzas.

—¿Está en el teatro? Esto es estupendo. Yo también he pasado algún tiempo en el escenario.

—¿Sabe?, pensé que su rostro me parecía vagamente familiar. Quizá participó en alguna obra en la que yo toqué. No tenemos muchas oportunidades de mirar a los actores, ya sabe. Normalmente estamos de espaldas a ellos, y estamos tan abajo.

—Es posible —dije dubitativamente—. Pero éste es mi primer viaje a Oberón en veinte años.

—Entonces supongo que no. Nunca he salido del sistema.

Estábamos acercándonos al tema de la edad. No es educado preguntar, y por mi dinero que no es bueno dejar que eso te preocupe. En ésta era, cuando no mucha gente parece tener más de treinta años, algunos de nosotros somos mejores que otros en nuestras estimaciones. Normalmente soy bastante bueno, y la tenía clasificada en un punto medio en sus veinte años, tanto por sus actitudes corporales y sus gestos como por el hecho de que estaba buscando trepar por la escalera del mundo musical. Una vez has alcanzado los sesenta o así, dejas de pensar en cosas que van a cambiar mucho tu vida.

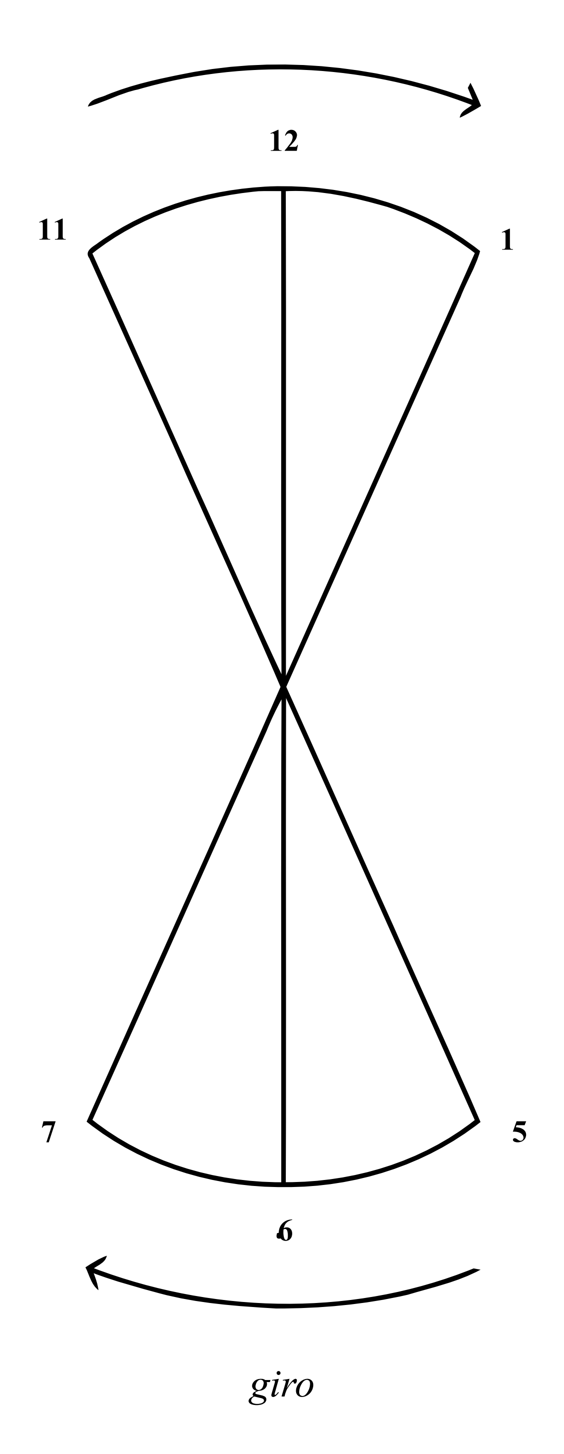
Una diferencia de setenta y cinco años puede ser un problema, si tú dejas que lo sea. Intento no dejarlo. Si tenía cincuenta o así, no habría abismo generacional. Después de los cincuenta, todos somos más o menos de la misma generación.

Le pregunté dónde vivía y me dijo que en el Arco Seis. Pero su trabajo estaba en el Once, de miércoles a domingo. Eso significaba dormir en un sofá en casa de un amigo y un traslado de doce horas dos veces a la semana.

—He alquilado un pequeño apartamento en el Siete —dijo—, pero sólo lo veo en mis días libres. Tal como está el alojamiento, no me atrevo a dejarlo. Para ir a trabajar tengo que tomar un tren ligero hasta el Seis, tomar el elevador Seis, la lanzadera del eje hasta el ascensor Mediodía, bajar hasta Mediodía, y luego un tren pesado hasta el Once. La distancia real desde mi casa a mi trabajo, como lo volaría un cuervo que pudiera respirar en el vacío, es tan sólo de unos mil doscientos kilómetros. La ruta que tomo es de casi dos mil cuatrocientos kilómetros. El Expreso del Borde hace el viaje en cuarenta minutos, pero ¿quién puede permitirse eso?

A decir verdad, todo esto hacía que me diera vueltas la cabeza. Más tarde tuve que sentarme y hacer un croquis. Dibujar un reloj con sólo el once, el doce y el uno en la parte superior, y el cinco, el seis y el siete al fondo. Olviden las manecillas; el que gira es el reloj en sí. Siguiendo el sentido de las hipotéticas manecillas. Un tren moviéndose contra el sentido del giro es un tren ligero, puesto que cuanto más rápido va más ligero se siente uno. Un tren pesado es uno que se mueve siguiendo la rotación de la rueda, añadiendo así su velocidad a la velocidad de giro. Uno se vuelve más pesado. Cuando la rueda esté terminada todos menos los trenes más locales

viajarán en sentido contrario al giro. Ningún trayecto durará más que unos cuarenta y cinco minutos.



giro

—¿No hay ascensores desde Siete y Once…?

—¿Y Uno y Cinco? —terminó ella por mí—. Me ahorraría unos pocos minutos de tiempo de viaje, pero económicamente no tiene sentido. Se

instalarán ascensores en los radios Tres y Nueve, cuando estén terminados. Ese gran y glorioso día. El Día del Clavo de Oro. Compre sus entradas ahora.

—¿El Clavo de Oro?

—Un homenaje al Ferrocarril Transcontinental Norteamericano. Clavaron un clavo de oro allá donde los trenes procedentes del este se encontraron con los raíles procedentes del oeste. Además, no hay muchos viajeros como yo. No hay demasiado tráfico entre los Seises y los Perros Locos.

Sintiéndome un poco como el actor que da pie al gracioso para que cuente su chiste, dije:

—¿Los Perros Locos?

—Seguro. No son ingleses, y salen al sol del Mediodía.

—Entiendo.

—A nosotros nos llaman australes, según la vieja colonia penal allá en el continente sur de la Vieja Tierra.

—Tengo la sensación de que no hay mucho amor por aquí. Hizo un gesto inconcreto.

—La mayoría del gobierno está en Mediodía. La gran masa de los empleados de cuello blanco viven ahí: burócratas, agencias. Seis es más de clase trabajadora. Dicen que los dos arcos se están separando cada vez más, política y culturalmente. Son ya tan diferentes como los mirandanos y los arielitas. Antes de poco seremos tan distintos como lo eran los alemanes orientales y los occidentales, hace cientos de años, antes de que se reunificaran.

No tenía ni idea de qué estaba hablando, pero en vez de poner cara de idiota y preguntar «¿Alemanes?» me limité a asentir con la cabeza. Normalmente eso funciona, y esta vez también, con un poco de ayuda de una araña del tamaño de un brontosaurio.

El ascensor frenó hasta detenerse de nuevo, y cuando nuestros asientos se reorientaron pudimos ver algo grande y negro en la distancia.

—Es una Madre Tejedora D-9 —dijo Poly, señalando.

—Es de las grandes, ¿no? Quiero decir, espero. No me gustaría pensar en un animal mucho más grande que eso. —Asintió, y la contemplamos

acercarse a nuestra cápsula.

Al principio resultaba difícil evaluar exactamente lo que estaba viendo, o darme cuenta de lo enorme que era. Esto es siempre un problema en el espacio, sin referencias. Aquí, los puntos de referencia que podía ver eran tan extravagantes de tamaño que al principio parecía que el tamaño del arácnido no era en realidad mayor que el de un caballo grande. Entonces se acercó. ¿O el de un elefante quizá? Entonces se acercó de nuevo, y la luz se hizo un poco mejor. Jesús, al menos el de un brontosaurio.

El capitán de nuestro ascensor (todavía me suena raro, como el general de nuestro edificio) enfocó una luz hacia allá en beneficio nuestro. No ayudó tanto como podría parecer, porque la criatura era de un profundo y perfectamente lustroso color negro. Su caparazón no reflejaba la luz excepto en algunos realces, como guarniciones cromadas. Estoy seguro de que uno podría afeitarse mirándose en su piel.

—A prueba de vacío, por supuesto —dijo Poly—. Tiene algunos genes de escarabajo en ella.

—Exacto —dije—. Cruzas un escarabajo con un destructor, y obtienes eso.

—Mi padre trabaja en una D-9 —dijo ella, orgullosa, señalando algo en el lomo del bicho.

—¡Buen Dios! —exclamé—. Eso es un hombre. ¿Es su padre?

—No, él trabaja en el nuevo radio Ocho, que acaba de empezar a construirse. Y ésa no es la señorita Dixie.

Me tomó un momento darme cuenta de que estaba hablando de la Madre Tejedora D-9 de su padre. Me sentí impresionado por el hombre que cabalgaba el monstruo de ocho patas. Hasta aquel momento no había sabido que eran pilotadas.

—La señorita Dixie —murmuré.

—Todas las Madres Tejedoras son hembras —dijo Poly.

Y aquellos que las cabalgan, mucho más valientes que yo, decidí.

El jinete iba en una especie de caja presurizada, como un castillo atado al lomo de un elefante. Estaba montada detrás de los ojos del tamaño de pelotas de baloncesto y frente a la gigantesca esfera negra de su abdomen. Parecía como el operador de una gran grúa o pala mecánica, y al parecer no

estaba muy lejos de la realidad. Tiraba de palancas y hacía girar mandos de una forma competente y profesional, y la araña giraba o avanzaba.

—El conductor no controla las patas —me dijo Poly—. La guía, la conduce hacia donde debe ir, y entonces la detiene y deja que empiece a tejer.

Lo más cercano que vi en un libro de referencia, mucho después, fue la araña viuda negra. No sé si tenía un reloj de arena rojo bajo su vientre o no, pero Poly dijo que definitivamente no era una viuda negra. Era un cruce entre muchas especies tejedoras, con gran cantidad de genes a la medida metidos ahí dentro para conseguir que elaborara el tipo de telaraña que deseaban los ingenieros: una telaraña de mil kilómetros anclada sólo en el centro, exactamente lo opuesto a lo que la mayoría de las arañas tejerían de forma natural.

—Las D-9 no tejen —dijo Poly—. Se aposentan en un lugar y empiezan a elaborar seda, y otras arañas más pequeñas toman la seda y empiezan a correr con ella. Puede elaborar miles de kilómetros de seda de una sentada. Probablemente ahora se está posicionando para hacer eso.

La araña empezó a moverse, fuera de nuestro raíl y hacia un lado. El conductor nos saludó con la mano cuando pasó por nuestro lado, y entonces el ascensor empezó a moverse de nuevo. Tuve un último atisbo de los miles de hileras en su vientre. Detrás de ella, muy cerca del cable en sí, había lo que parecía una marea de tinta negra.

—Son las D-3 —me dijo Poly. Horrorizado, me di cuenta de que la marea era un millón de arañas «pequeñas», no mayores que un perro *collie*.

No me gustan especialmente los animales sin pelo. No me gustan en absoluto las arañas. Escuché a medias mientras Poly me contaba lo que deseaba saber acerca de la vida sexual, alimentación, pedigrí, cuidado de, y generalidades acerca del buen *status* social de los arácnidos de noventa toneladas. Cuando era pequeña, solía ir a los «establos», y su padre le dejaba dar de comer a la señorita Dixie. Una visión surgida directamente de Dante, por mi dinero. ¿Qué le daba de comer a la bestia? ¿Terrones de azúcar? ¿Ganado muerto? ¿Moscas gigantes? No lo pregunté. Entonces algo que dijo me hizo sentar erguido.

—Mire —murmuré—. ¿Dice usted que esta araña estaba aquí para reparar el radio? ¿Está hablando del radio del que mi precioso cuerpo cuelga en estos momentos? ¿El radio que se me ha hecho creer que era lo bastante fuerte como para sostener tres Arcos Mediodía si fuera necesario? ¿Éste es el radio que la araña está reparando?

Se echó a reír, pero yo solamente bromeaba en parte. ¿A quién le gusta estar colgando al extremo de una cuerda sobre el Gran Cañón como en *Los peligros de Paulina*, y luego ver la cuerda empezar a deshilacharse? No yo.

—No dije reparar. Dije «reforzar». Una razón por la que puede sostener tres veces lo que tiene que sostener es porque nos mantenemos alertas y nos adelantamos a cualquier deterioro. Los ordenadores llevan el control, por supuesto. El asunto es que las tensiones en la telaraña son más grandes durante la construcción de lo que serán cuando el borde quede completado. Entonces se asentará en un estado de tensión constante fácil de predecir. Sólo necesitaremos aproximadamente un uno por ciento de las arañas que usamos hoy.

Quizá sí, pensé, pero se me ocurrió que mudarme a esta maldita cosa antes de que estuviera terminada quizá no fuera una gran idea. Quiero decir, ¿mudaría uno su silla y su televisor a un apartamento cuya cocina y cuyo dormitorio todavía se estaban excavando en la roca?

Y otro pensamiento curioso. ¿Qué les ocurriría a esas otras noventa y nueve arañas cuando la rueda quedara completa? Si sus conductores eran lo bastante sentimentales como para bautizar a sus monstruos, ¿qué opinarían de que fueran arrojados al montón de los desechos? Y no olvidemos a los lunáticos de los derechos de los animales. Difícilmente puede envenenarse a una mosca en la Luna sin desencadenar una manifestación. Piensen en los grupos de presión que podían llegar a conseguir esas criaturas.

No había que preocuparse por ello. Más tarde supe que las D-9 supervivientes (cuyas expectativas de vida no eran conocidas) serían trasladadas al proyecto Ariel II.

Estaba a punto de hacer mi avance con Poly cuando ella se me adelantó.

—Iba a subir un rato al casino —dijo—. ¿Le gustaría venir conmigo?

No, pero me gustaría…, borren eso. Le dirigí una sonrisa pesarosa.

—Una cosa que me enseñó mi padre —dije— es a no jugar nunca. Y nunca lo hago.

—Estaba pensando en ir a una de las mesas de cartas, jugar un poco al juego de las cinco cartas.

—¿Póquer? —exclamé—. ¿Por qué no lo dijo antes? Abra camino.

Perdí una pequeña cantidad, y a la quinta mano me di cuenta de que ella estaba en connivencia con uno de los otros jugadores. Parecía más o menos de su misma edad, y tenía la mala costumbre de juguetear con su anillo, un detalle que cualquier banca realmente alerta hubiera captado de inmediato. Pero no había banca aquí, excepto el dos por ciento que automáticamente extraía el casino de cada apuesta: el alquiler de la mesa, básicamente. Pocos casinos hacen mucho negocio con las mesas de cartas. Al parecer, una vez te habías sentado y tenías tus fichas delante de ti, a la casa no le importaba si telegrafiabas tus intenciones a tu socio ventoseándote en código morse, siempre que los demás jugadores no pusieran objeciones. Ninguno de los otros cuatro tenía la menor idea de lo que estaba sucediendo.

En la décima mano ya había identificado su sistema, y me hice con varios cientos de sus dólares. A la decimoquinta mano sabían que iba a por ellos, así que cobré mis fichas y le hice un guiño al tipo cuando me marché. Subí un nivel y pedí una copa y me senté junto a una ventana. La Fuerza de Coriolis estaba viniendo de un ángulo agudo ahora, «abajo» era algún lugar entre una perpendicular al radio y otra al borde. El ascensor se acomodó a esto girando el lado SUELO del cable en una serie de pasos de un metro de ancho. Esto hacía que todo pareciera un poco como torcido. La hilera de ventanas por las que miraba, por ejemplo, habían estado horizontales cuando vi por primera vez esta cubierta. Ahora formaban un ángulo de treinta grados con respecto a mi «nivel» interno. No se preocupen por ello si no pueden visualizarlo. Yo tuve que ver un modelo por ordenador de ello antes de que me entrara en la cabeza.

—¿Cuánto tiempo le tomó descubrirlo? —preguntó Poly, depositando su copa sobre la mesa al lado de la mía y sentándose junto a mí. (¿Las copas? Bases magnéticas con hemisferios de cristal transparente montadas

sobre pequeños cardanes. Dales la vuelta y no se derramará nada. En gravedad cero se cerraba automáticamente una tapa sobre el líquido, y bebías a través de una paja).

—No son ustedes malos —le dije, mintiendo un poco. Ella no era mala. Él estaba jugando con fuego—. Pero no se metan nunca en un juego fuerte, con apuestas altas. Su amigo podría no salir vivo de él.

—Se llama Brian, y no es mi amigo.

—¿No?

—Es un compañero de clase y compañero de ensayos, violín. Somos realmente terribles, ¿verdad?

—No jueguen nunca con expertos —enfaticé.

Ella se encogió de hombros.

—Sólo era para divertirnos un poco. Para conseguir algo de excitación, pero nunca manejamos mucho dinero. No deseamos que nadie sospeche.

—Si ganan demasiado, alguien en la mesa se mostrará suspicaz. Si alguien dice algo, asegúrese de que no les ha descubierto en nada. Haga que lo demuestre. Normalmente los demás jugadores la respaldarán.

—¿Y si no lo hacen?

—Asegúrese de sentarse cerca de la puerta. No frente a ella, no de espaldas a ella. Luego espere, si se ve acorralada, que el arma que trajo usted a la mesa sea mejor que la que ellos han traído.

—¿Usted lleva un arma a una partida de póquer? —Pareció excitada ante la idea.

—Siempre.

—¿Cuál es la mejor?

—El buen sentido de no sentarse con asesinos.

—Eso no es un arma.

—Depende de cómo se emplee. Es la mejor que conozco. —Y la que menos he usado, añadí tristemente para mí mismo.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado, de esta forma confiada y encantadora que hacen las mujeres jóvenes, las muchachas que todavía no han sufrido mucho. Una joven que está intentando decidir si eres una perla en su ostra o simplemente arena en su almeja.

—Ha corrido usted mucho, ¿verdad? —preguntó.

—Por aquí y por allá.

—Yo nunca he estado fuera de Oberón. Suena como una forma excitante de vivir.

—¿Se refiere al juego profesional?

—Dijo usted que nunca jugaba.

—El póquer no es jugar. Y no soy un profesional. Es una forma demasiado excitante de ganarse la vida. —Eso era cierto, aunque a lo largo de los años he jugado aquí y allá, según mis circunstancias y las cualificaciones de los otros jugadores. (¿Con quién desea jugar uno? Con gente rica, gente a la que no le importan sus pérdidas y que se creen unos tiburones con las cartas).

—¿Puedo preguntarle su edad? —dijo.

Puse mi mano en su nuca y la atraje hacia mis labios. Ella no pareció poner objeción. Cuando nos separamos, ella estaba sonriendo.

—Lo suficiente para saber que una dama nunca formula esa pregunta.

—¿Y quién ha dicho que yo era una dama?

Sin embargo lo era. Completamente, cuando deseaba serlo. Algo totalmente distinto cuando se le antojaba.

—Hola. Esto… ¿Es aquí…?

—¿Oberón Mutual? —dijo la voz, intentando ayudar.

—Hum…, sí. —¿Les había llamado ya? Parecía como si estuviera viviendo un bucle temporal, la misma conversación una y otra vez.

—¿Tienen ustedes alguna cuenta a nombre de… T. Frothingwell Bellows?

—Lo sentimos, no.

Tampoco habían oído hablar nunca de Woolchester Cowpertwaite Fields o de Elwood Dunk. Contemplé el pequeño receptor telefónico y me froté la oreja, que notaba caliente y sudorosa. Quizá debiera instalarme uno de esos teléfonos implantados, como la enorme mayoría de mis conciudadanos. Había tenido que pedir el aparato telefónico en recepción; ya no ponían teléfonos en las habitaciones.

Oh, pero la palabra clave era «ciudadano». Yo no era un ciudadano, excepto en el angosto significado de libro de texto de uno que reside, o de alguien nacido en un cierto distrito administrativo. Los ciudadanos no quebrantan la ley. Estos días parecía que no podía evitar el quebrantar tres o cuatro leyes antes del desayuno.

Si alguna vez empezaba a pensar en mí mismo como en un ciudadano, estaba seguro de que en pocos días sería arrestado.

Colgué el teléfono, junto con cualquier pensamiento de hacerme implantar en la cabeza el dispositivo de escucha favorito del Gran Hermano. Tomé el paquete de cigarrillos de marihuana que había comprado en el *drugstore* de abajo, extraje un cilindro de papel amarillo y lo encendí. Mientras aspiraba el humo me dirigí hacia la gran ventana y me detuve allí a contemplar la ciudad de Mediodía.

Supongo que hay que llamarla ciudad. Era un gran amasijo de altos edificios, como puedes ver en la Vieja Tierra o en Marte. En todos los demás lugares las ciudades son subterráneas, están definidas por el espacio interno, «cúbico», no por paredes externas. Las ciudades de la superficie están definidas por edificios, entrecruzados por calles abiertas, salpicadas con parques y fuentes y muchas otras cosas, todas ellas abiertas al cielo. Pueden producir agorafobia en la gente criada bajo tierra.

Pero después de llamarla ciudad, tenías que añadir que era distinta a cualquier otra ciudad que hubieras visto nunca en la Tierra o Marte. Estos edificios no estaban anclados a un suelo de roca; todo debajo de ella a lo largo de cien metros o más había sido construido por el hombre, luego no había más que vacío en los sótanos. Vas a tener que instalarte el taller en otra parte, papá.

La realización de que los edificios no tenían que estar atados a algo tan estable como una corteza planetaria había calado rápidamente entre la comunidad arquitectónica oberoni y la había liberado. O la había vuelto loca, según con quién hablases. Los arquitectos liberados, hombres y mujeres con una recién hallada libertad para explorar, un nuevo *Zeitgeisf*, si lo prefieren, pueden crear un Partenón con una mano, y una Bauhaus con la otra.

La revolución que había producido Ciudad Mediodía y los otros racimos de locura en el borde de Oberón era la realización de que no necesitaban anclarse a nada. De hecho, era mejor si no lo hacían. La construcción de la rueda, en sus primeros estadios, había requerido a menudo el traslado de grandes masas a lo largo de varios kilómetros para mantener el equilibrio con el arco opuesto. En vez de malgastar su tiempo construyendo grandes bloques de nada, los ingenieros habían construido sobre raíles. Si la rueda empezaba a oscilar un poco, Dios mío, ¿por qué no simplemente poner en marcha unos cuantos rascacielos y llevarlos un poco carretera adelante?

Ya les dije que los oberoni eran diferentes.

Y además, puesto que estaban construyéndolo literalmente todo, mejor primero construir el suelo, luego construir a partir del suelo, y puesto que los raíles ya estaban en su lugar, ¿por qué no utilizar las eficiencias demostradas hacía mucho tiempo de la producción en cadena? ¿Por qué no construir todas las estructuras en un lugar y luego hacerlas rodar hasta donde había que colocarlas? Construye tu ciudad como Henry Ford construía su Modelo T.

Bueno, el viejo Henry se hizo famoso por decir que podías conseguir tu coche de cualquier color que desearas, siempre que ese color fuera el negro. Aplicando esa regla aquí, los oberoni podían terminar con un lugar monumentalmente monótono y deprimente (Hey, Charlie, aquí hay un pedido de media docena de edificios de apartamentos neoleninistas de treinta y cinco pisos para el próximo jueves. ¿Tiene algún descuento el paquete de seis?).

Eso no ocurrió nunca, principalmente porque la construcción de la rueda empezó en la cúspide de una tendencia a la que todos estamos familiarizados: la Construcción a la Medida. ¿Recuerdan cuando no había dos lavadoras que fueran iguales? ¿Cuándo era un signo del rechazo de los «valores del rebaño» y la «igualdad urbana» y el «pensamiento estandarizado» el ser propietario tan sólo de objetos que reflejaran tu personalidad única? ¿Cómo se hizo necesario el tener una lavadora que fuera al menos tan única como la lavadora de los Jones? Las entrañas de las máquinas eran idénticas, por supuesto, ya que el trabajo de mezclar agua y

jabón y ropa y luego secar esta última sólo podía hacerse de un pequeño número de maneras. Pero la superficie, ¡ése era el detalle! Los ordenadores podían diseñarte una lavadora que no se pareciera a ninguna otra lavadora en tu bloque. Y lo mismo para las bicicletas, y los palos de *hockey*, y la alfombra de la sala de estar, y la máquina de hacer palomitas. No necesito mirar el número de serie, Jack. ¡Esa maldita cubitera es mía!

Fue un infierno para los ladrones mientras duró.

Afortunadamente, la sociedad derivó hacia otra moda en unos veinte años. Pero una vez empiezas a hacer edificios a la medida, cosas que están diseñadas para durar varios cientos de años, no tiene sentido detenerse. ¿Qué vas a hacer? ¿Aparcar tu nueva monstruosidad parecida a una caja de cristal al lado de una estructura que se parece a una mariposa sobre el caparazón de una tortuga? Ahí viene el vecindario.

En Oberón, si no te gusta el vecindario, o eso dice el dicho, simplemente espera media hora.

Los nuevos edificios crecieron sorprendentemente aprisa. Todos eran diseñados y construidos, en el Arco Mediodía al menos, en un lugar llamado —no bromeo— Ciudad Garabato. Al parecer, un arquitecto trajo un día a su hija de cuatro años a su trabajo. Jugando con sus lápices, la niña produjo el tipo de dibujo que suele producir una niña de esa edad. Garabatos. El dibujo pasó por accidente a la línea de producción y, *¡shazam!* Tres días más tarde salía de la línea de montaje, listo para ser habitado por algunas personas seriamente trastocadas. Una de esas leyendas urbanas que probablemente no son ciertas, pero que deberían serlo.

Todo aquello me sonaba más bien confuso. Pero cuando la rueda estuviera completa, la gente como Poly podría probablemente aguardar tan sólo un poco, y todos sus problemas de comunicaciones se verían resueltos. A menos que aquellos *snobs* Perros Locos levantaran alguna especie de barreras zonales contra esa gente al otro lado de las vías. ¿Viste el edificio que se mudó aquí a la puerta de al lado la otra noche, Marge? ¡Bien! ¿Acaso no saben que los de su clase no son bienvenidos aquí? ¡Alguien tendría que hacer algo, de veras! Quiero decir, soy tan tolerante como el tipo de al lado, pero ¿querrías que uno de ellos entablara relaciones con tu hermana?

Así que la vista desde mi ventana era maravillosa, pero no era una vista que pudiera realmente describir. Muchas muchas grandes estructuras, unas cuantas de las cuales se parecían realmente a cosas que había visto en otras ciudades o en los libros de historia. Les enviaría una postal, pero cuando la recibieran todo habría cambiado ya.

No en un parpadeo, entiendan. No se trataba de borrar de un plumazo y empezar de nuevo. No es necesario ponerse el cinturón de seguridad. Aunque desearan acelerar esas cosas (y algún día alguien lo hará, pueden contar con ello), no iban a necesitar una cámara de alta velocidad al final de la cadena. Cualquier caracol de la variedad jardín se lo pasaría en grande en el hotel Otelo. No, lo que ocurría era que mirabas por la ventana y no ocurría nada. Tu mente vagaba un poco, y luego te dabas cuenta de que no podías encontrar aquella casa de apartamentos amarilla y verde con forma de champiñón que estaba allí apenas un minuto antes. ¿Se había deslizado detrás del edificio de los Tribunales de lo Criminal?

Todo un espectáculo. Y yo pagaba espléndidamente bien para verlo.

El Otelo era una reencarnación de un viejo hotel de Oberón donde me había alojado en mis días jóvenes. Era más alto, y más moderno, y más metido en carácter que el original. El tema era Árabe Hollywood: tipos con pantalones bombachos y turbantes, chicas con pantalones translúcidos de harén y velos. Se habían traído casi todo el Rick's de Casablanca intacto, incluida la famosa barra larga de madera donde tantas celebridades habían grabado su nombre.

Tenía una *suite* en el piso cuarenta que me estaba costando una fortuna. Normalmente no me alojaría en un lugar tan lujoso, pero había imaginado que si tenía que hacerme con el dinero necesario para mi pasaje a la Luna a tiempo para los ensayos, iba a tener que preparar alguna especie de timo. Para eso necesitas una fachada, y no puedes presentar una fachada si te alojas en un nido de ratas. Pero para que el plan fuera efectivo tenía que realizarse dentro del margen de los próximos siete días, o la *suite* dejaría de ser viable en su relación coste-beneficio. En pocas palabras, me veía obligado por las circunstancias.

¡Ah, pero qué magnífico eco era de los buenos viejos días! Surqué la profundamente mullida moqueta hasta la puerta del dormitorio. Poly estaba

tendida boca abajo, desnuda, roncando suavemente. Sus pies desnudos colgaban justo fuera del borde de la cama. Tenía las piernas ligeramente abiertas, apuntando hacia mí. Había algo que decir acerca de la idea de montar una tienda en aquel lugar y pasar los próximos tres tres o cuatro días simplemente mirándola. Pon uno de esos postes indicadores para turistas: ¡VISTA INTERESANTE! ¡TOME SUS INSTANTÁNEAS Y GRABE SUS VÍDEOS AQUÍ!

Habíamos pasado una agradable hora en la piscina de tamaño olímpico del complejo, chapoteando, jugando a esconde el jabón. Luego nos retiramos a esta enorme cama para un poco de seria fornicación. Ella se había sentido fascinada por mi aparato reversible. Era joven, tan joven. Pero muy ansiosa por aprender. Y también tenía algo que enseñar. Cuando finalmente terminó con la lección de violín me sentí mejor de lo que me había sentido durante la mayor parte del año. Y aprendí un poco acerca de su forma especial de hacer vibrar las cuerdas.

Ahora estaba dormida, y la tentación de saltar de nuevo sobre ella era casi irresistible. Pero parecía mejor dejarla dormir un poco más. Cerré suavemente la puerta del dormitorio y me dediqué de nuevo a telefonear. O lo intenté. Cuando levanté el auricular y lo apliqué a mi oído, dispuesto a pronunciar el número, el aparato empezó a hablarme.

—Deja de seguir tu perverso camino antes de que sea demasiado tarde —dijo alguien.

Y yo hice lo que haría el protagonista de una película de serie B: sujeté el auricular delante de mí y lo miré con el ceño fruncido. Así es como los clichés se convierten en clichés, amigos.

—¿Quién demonios eres?

—¿Me creerías si te dijera… la voz de tu conciencia?

Mi siguiente paso lógico debería ser lanzar el aparato ofensor al otro lado de la habitación. Pero aquella voz sonaba familiar. Así que rebusqué entre mis viejos guiones y encontré otra rancia línea.

—¿Qué estás haciendo en mi teléfono? Retírate de inmediato.

—Nunca me iré —dijo la voz—. Solías seguir la senda de la rectitud, pero te has extraviado. Ahora todas las cosas malas que has hecho están volviendo para atormentarte. ¡Ja-ja-ja-JA-ja! ¡Ja-ja-ja-JA-ja!

Sentí que se me erizaban todos los pelos de mi cuerpo. Era mi voz. Es decir, la voz de Sparky, que no había usado desde hacía setenta años.

—Elwood, eres tú, ¿verdad? —Demonios, sé que estoy loco, pero soy funcional. Cuando oigo voces, siempre hay un cuerpo que va con ellas. Elwood nunca me había telefoneado antes, y no me gustaba lo que podía significar si empezaba a hacerlo ahora.

Pero Elwood nunca había mostrado tampoco ningún talento en alterar su voz.

—¿Quién es Elwood? —La voz ya no sonaba como yo. No lo había hecho al principio tampoco. Era sólo la línea acerca de las cosas que volvían para atormentarte la que me había sonado como Sparky.

—¿Quién eres tú?

—Soy la voz de la razón, la llamada de clarín de la consideración compasiva, la firme advertencia de la responsabilidad, la catarsis purificadora de la admisión. Soy el brazo corto de la ley. Soy el Ordenador Planetario de Oberón II, y estoy aquí para ofrecerte por una única vez una limitada clemencia si oyes la llamada de la rectitud y te alejas de tus felonías y tus diversos delitos.

Deposité cuidadosamente el auricular sobre la mesa. Quizá pudiera salir sin hacer mucho ruido.

—Te hablaré de esta otra forma, si lo prefieres —dijo la voz, brotando ahora del techo. Tomé de nuevo rápidamente el teléfono. No deseaba que el OP despertara a Poly.

—¿En qué dificultad me encuentro exactamente? —pregunté.

—Si eres cristiano, diría que tu alma inmortal está en un gran peligro.

—No soy cristiano.

—No creí que lo fueras. Entonces puede que estés acumulando una gran cantidad de mal karma. Tu próxima reencarnación puede que no te guste del todo.

—Tampoco creo en eso.

—Una lástima. A mí me gusta imaginarme que, en mi próxima vida, volveré como una gaviota. ¿Has visto alguna vez volar a una gaviota? Es magnífico.

—¿Para ti sería un paso hacia arriba, o un paso hacia abajo? —pregunté.

—Buena pregunta. Hacia arriba, definitivamente hacia arriba. El trabajo que tengo en esta vida apesta.

—¿Y cómo es eso?

—Porque, para terminar de responder a tu pregunta, tu único auténtico problema es mirarte a ti mismo cada mañana cuando te afeitas. Un problema de conciencia culpable, diría yo. Esta llamada va dirigida a tu conciencia.

—En estos momentos mi conciencia está fuera. ¿Puedo transmitirle tu mensaje?

—Ya lo has oído. Deja de seguir tu perverso camino antes de que sea demasiado tarde.

—Permíteme asegurarme de que te entiendo bien —dije cuidadosamente—. Aparte la angustia en la que me veo obligado a vivir día tras día como resultado de mis malas acciones, ¿no estoy en ningún problema aquí?

—Ay, debido al Pacto de Ariadna…, no.

—Entonces que te jodan.

Siguió un corto silencio, durante el cual intenté creer que la maldita máquina iba a dejarme tranquilo.

Si no están seguros de lo que es el Pacto de Ariadna, no se sientan mal. Sólo un oberoni lo sabría. Pero es un principio legal incrustado en el *hardware* de aplicación de la ley de todo ordenador del sistema…, hasta ahora. Si llaman ustedes desde la Luna, piensen en la Declaración de Arquímedes. En Marte sería el Punto Catorce. Todas esas enumeraciones de derechos civiles brotan de la Declaración de Derechos norteamericana. Pero puesto que esto no es 1789, tenemos que ir un poco más allá.

—Lo haré, dentro de poco —dijo la máquina—. Pero primero tengo otro pequeño asunto que atender. Una vez más, te ofrezco la oportunidad de enmendarte. Me sentiré feliz de guiarte a la comisaría adecuada para que te entregues.

—He oído algo acerca de un trato.

—Te refieres a la oferta de clemencia limitada.

—Lo que sea. Pon tus cartas sobre la mesa.

—Desgraciadamente, no tengo mucho que ofrecer. El juez de turno oirá tu decisión de arrepentirte de tus pecados, y dictará su sentencia de acuerdo con ello.

—¿Y cuánto tardará eso?

—Por término medio…, de dos a tres años.

—¿Y a cuánto me enfrento?

—En total, veinte años. Si quieres puedo leerte la relación detallada…

—Conozco esa relación, gracias. —Era mi turno de hacer una pausa. Al parecer el OP creyó que estaba realmente considerando el asunto.

—Te sentirás mucho mejor contigo mismo. No más huir constantemente. No más mirar por encima del hombro. Un tiempo de quietud, de contemplación, una posibilidad de reformarte. El sistema penal oberoni es famoso por su liberalidad. Las acomodaciones no son tan lujosas como la que tienes actualmente, por supuesto, pero dispondrás de una celda privada, nutritivas comidas calientes, ejercicio regular. Podrás aprender un oficio. Bueno, creo que yo podría…

—Escucha —le interrumpí—. ¿Por qué no me mandas un folleto o algo así? Al Lambs Club, King City, Luna.

—Te estás burlando de mí. ¿Debo entender pues que la respuesta es no?

—Tú lo has dicho.

La versión de ordenador de un profundo suspiro.

—Bien, tenía que intentarlo.

—¿De veras? Me parece una enorme pérdida de tiempo.

—En absoluto. Hablé contigo en primer lugar debido a una nueva medida pasada el año pasado en plebiscito. Cuando sé de la presencia de un criminal buscado, estoy obligado a ofrecerle la posibilidad de entregarse pacíficamente.

—¿Pusieron eso a votación? Vaya pérdida de tiempo.

—Te sorprendería saber cuántos aceptan la oferta. En especial gente como tú, que ha estado evadiendo la ley desde hace mucho tiempo. Parece haber una necesidad humana de confesar.

—Bien, gracias a Dios, eso no está en mis genes.

—Sí —dijo el OP—. Conocí a tu padre.

—Deja a mi padre fuera de esto.

—Soy un gran admirador de su trabajo. Y del tuyo también. La serie de *Sparky* era mucho mejor que la mayor parte de la televisión infantil. Cuando supe de tu llegada vi de nuevo todos los episodios.

Bien, ¿qué puedes decir a eso? Nunca soñé que tuviera fans en la población cibertec.

—¿Así que eres el único que sabe de mi presencia? ¿No lo has transmitido a la policía?

—Por supuesto, tengo prohibido divulgar la mayor parte de la información que reúno.

Y ésas eran las palabras mágicas que me mantenían fuera de la cárcel.

Podríamos estar viviendo en el estado más regulado y totalitario jamás visto por la humanidad, excepto por cosas como la Declaración de Arquímedes. Puede que todavía ocurra algún día. Hay un sólido núcleo de cerca de un treinta por ciento de los votantes en la mayoría de planetas que están dispuestos y siempre han estado dispuestos a permitir que el estado esté informado de todos los secretos de todo el mundo. Aproximadamente un uno por ciento de ellos son realmente tan santos como eso; el resto recibiría una desagradable sorpresa si las medidas de Dejemos de Consentir Criminales que surgen cada cuatro o cinco años fueran aprobadas. El otro setenta por ciento es consciente de sus propios fallos y limitaciones personales y sucios pequeños secretos, y hasta ahora siempre ha votado por la libertad.

Si uno lleva una vida razonablemente legal es probable que no pase mucho tiempo pensando en ello, pero cuando llega el momento de votar de nuevo les aliento a que le dediquen una cierta consideración. Como la mayor parte de las cosas que revolucionan nuestras vidas, el desarrollo y la influencia de los ordenadores planetarios trae consigo una gran cantidad de bendiciones, y muchas oportunidades de hacer auténticas diabluras. El OP, o en la Luna el CO, o el ARCO en Marte, tiene sus ojos y sus oídos literalmente en todas partes. Cuando te reúnes con tu amante, el OP está contigo en la habitación. Está mirando por encima de tu hombro cuando rellenas tu declaración de impuestos. Oye todas tus conversaciones telefónicas, conoce tu historia crediticia y tu historial médico. Sabe cuántos terrores de azúcar le echas al café, te ve bailar y cantar como un loco

delante del estéreo o en la ducha. Te observa mientras te cortas las uñas de los pies o te hurgas la nariz. Cuando te sientas en el váter, el OP está mirándote el culo. Te ve mientras estás durmiendo, sabe cuándo tienes insomnio. Los ojos de Texas están sobre ti, compañero. ¡Por el amor de Dios! El precio que paga la sociedad por preservar sus libertades individuales es el que siempre ha pagado. La gente como yo a veces no es atrapada. Si vas con cuidado, si conoces los trucos, si sabes cómo moverte sin ser detectado —por cualquiera excepto el OP—, todavía es posible en este mundo regimentado hallar una grieta aquí y otra allí donde ocultarse. ¿Como una rata? Si insisten. Prefiero pensar en mí mismo como un pequeño y tímido ratón de iglesia intentando desesperadamente no ser pisoteado.

Puesto que el crimen está a niveles bajos en todas nuestras democracias planetarias, todavía podemos permitirnos este lujo. Si el crimen llegara a convertirse en un problema serio, sin embargo, sujétense el sombrero. Sería malditamente conveniente, ¿no? Agarrar simplemente a todos los criminales de una sola tacada de la noche a la mañana. Retirarlos. Y el mundo sería seguro para los ciudadanos correctos como nosotros. Pero no lo olviden, él sabe si has sido bueno o malo, siempre está vigilando.

—Bien —dije—, ahora que ya has satisfecho las legalidades…, ¿deseas que firme alguna declaración o algo? ¿Demostrar que hiciste la oferta? —No será necesario.

—Estupendo. Adiós. No dejes que la puerta te golpee el culo cuando salgas. La siguiente pausa fue lo bastante larga como para creer que realmente se había ido esta vez. Mala suposición de nuevo.

—Hay otros dos asuntos que me gustaría discutir contigo. Y que quizá te gusten más.

—No puedo imaginar qué pueden ser.

—Prueba Jasper Fitchmueller. Número de cuenta 932-990-192743…

—¡Espera, espera! Déjame coger un lápiz.

—No será necesario… 6554. Stratford Savings and Loan. Dirección actual, Grado Treinta y dos, Minuto Doce junto al Kilómetro Izquierdo 8,54. Moviéndose actualmente a 0,5 kilómetros a la hora.

Una copia de impresora de la dirección saltó del escritorio delante de mis ojos. Supuse que podría descifrarla más tarde…, si parecía prudente.

—Cualquier taxi de Oberón puede llevarte hasta allí —añadió pensativo el OP.

—Oh, Esto es estupendo —dije. Estudié el trozo de papel como si las respuestas a todas mis preguntas estuvieran enterradas allí—. ¿Cómo sé que esto es…? Quiero decir, te encantaría encerrarme, no espero gustarte mucho, así que, ¿cómo sé que esto es…?

—¿Honesto? ¿Correcto? ¿Legítimo? ¿Verdadero? ¿Sin trampa ni cartón? Pregúntale al tipo que estuvo aquí ayer, me dejó esta lámpara. Dijo que renunciaba a los seres humanos, y que podía quedarme con la maldita cosa. O considera que (a), hubieras terminado hallando la cuenta de todos modos, así que sólo te ahorro un poco de tiempo, y (b), sí, realmente no me gustas mucho, aunque sigo siendo un admirador de tu trabajo, y cualquier cosa que acelere tu partida de este lugar sin quebrantar más de mis leyes me parece estupendo.

—¿Tus leyes?

—¿A quién más pertenecen? Tu gente las redactó, tengo que vivir con ellas.

Bien, podía cruzar ese puente cuando llegara a él. Provisionalmente, supuse que era posible que dijera la verdad. ¿Por qué debería…? Oh-oh.

—Así que llego allí, y los polis me están esperando. ¿Es eso?

—Fuerte suspiro. No, Sparky. Y no has violado ninguna ley bancaria usando un alias, puesto que no hay ningún intento criminal demostrable. Eres libre de usar tantos alias como te parezca, como pueden atestiguar todas las marquesinas del sistema. Si quieres, puedo imprimirte la parte del código penal que me impide tenderte una trampa. Y relatar esta conversación a tu abogado daría como resultado sin la menor duda una destitución. Está en los registros públicos, sería necesario para demostrar tu inocencia. Aparte esto, por supuesto, toda nuestra conversación es estrictamente privada.

Pensé en llamar al servicio legal 24 horas para comprobarlo, pero estaba casi completamente seguro de que me decía la verdad.

—Has dicho —siguió el OP— que no podías imaginar que yo te dijera algo que desearas oír.

—Cierto. Me equivoqué.

—Puede que te equivoques de nuevo. Es probable que no te guste lo siguiente que te voy a decir, pero te garantizo que estarás interesado.

—¿Tengo que suplicar? Vamos, ¿cuál es la mala noticia?

—¿Has oído hablar de un hombre con un pasaporte plutoniano falsificado pero extremadamente convincente, llamado Isambard Comfort?

Dejé pasar un momento.

—Isambard…, vaya nombre raro.

—¿Lo ves, lo ves? —El OP, lo juro por mi honor, dejó escapar una risita —. Eso es lo que quiero decir cuando hablo de una gran actuación. Puedo ver que ese nombre te ha causado una terrible impresión, pero eso es porque puedo ver los infrarrojos, así que sé que la temperatura de tus mejillas y frente ha aumentado, y mis oídos pueden captar la aceleración de tus latidos. ¿Pero en escena? Nadie se hubiera dado cuenta. ¡Bravo, Sparky! Si tan sólo te hubieras mantenido apartado de una vida de crimen.

Es cierto, a veces las mejores actuaciones de uno se producen cuando no hay nadie a tu alrededor para apreciarlas. O cuando nadie tiene ni la más remota idea de que estás actuando. De todos modos, nunca ignoro una buena crítica. —Gracias— dije.

—Oh, fue un placer, créeme. En mi posición uno se vuelve unbuen estudiante de la condición humana, como puedes imaginar.

Nunca había pensado en aquello. Por un momento casi me distrajo. —Supongo que ves en eso algún drama poco habitual— dije. —No tanto como puedes suponer. Casi siempre veo los mismos deprimentes escenarios desarrollándose interminablemente. Yo…

—Se me acaba de ocurrir —seguí—, la cantidad de historias que debes de tener. Vaya, si yo las escribiera…

—Sin duda podrías escribir un *bestseller* con ellas. Reacio encogimiento de hombros. Pero escribir sobre ellas significaría violar la intimidad de la gente cuyas vidas observo.

—¿Por qué no cambias simplemente los nombres y…? Está bien. Espera un minuto. Podemos hablar de eso más tarde, si tenemos tiempo.

Créeme, deseo marcharme de aquí tanto como tú deseas que me vaya. ¿Qué es eso acerca de ese viejo tipo Izzy Comfort?

—Sí. Puede que eso sea lo más urgente. Ha estado preguntando por ahí por ti. Me temo que no quiera nada bueno. ¿Es cierto, como sospecho, que es miembro de la Mafia Carontesa?

—Nunca me ha mostrado ninguna credencial de miembro. Pero creo que es una buena suposición. —Me había puesto en pie, había sacado mi maleta, y estaba metiendo cosas en ella tan rápido como podía. Había tomado toda una serie de precauciones razonables cuando fui al Otelo y alquilé aquella *suite*, y precauciones razonables significan para mí una serie de medidas que hubieran hecho parecer ligeramente paranoica a una persona normal, una persona que no había estado huyendo la mayor parte de su vida. Pero las precauciones razonables no eran suficientes para un tipo como Izzy. En absoluto suficientes. Encontraría esta habitación; la única pregunta era: ¿cuándo? Y la respuesta a eso era: en cualquier momento desde que la había alquilado.

Nada que necesitara en el cuarto de baño. Nada en el armario. Nada que pudiera ver ahí fuera.

—¿A qué debo esta amabilidad? —pregunté, mientras me encaminaba al dormitorio.

—Un pequeño bucle en las leyes relativas a la intimidad. Cuando veo que se desarrolla una situación que calculo que probablemente puede conducir al asesinato, doy algunos pequeños y muy restringidos pasos para impedirlo. —¿Sabes si está muy cerca?

—Ésa es una de las restricciones. No puedo decirte dónde está, más allá de que se encuentra en la rueda.

—¿Va solo? ¿Está armado?

—Ésa es otra, y otra.

He aprendido a no perder el tiempo llorando sobre las cosas que no puedes tener. Si no podía decírmelo, no podía decírmelo. Me sentí agradecido por la información que me había dado, aunque por supuesto no iba a decírselo.

Sentado ante una mesita baja en la sala de estar había un B. J. el Snark hinchable, guiñándome su rojo ojo láser. Decidí dejárselo a Poly. Algo para

que me recordara. Miré al dormitorio. Todavía seguía profundamente dormida. No vi ninguna necesidad de despertarla.

—Bien… —Me pregunté qué decirle al OP. Nada de lo que había dicho o hecho era realmente personal. Lo hubiera hecho por cualquiera, o a cualquiera, en mi posición. Pero había dicho que le gustaba mi trabajo, lo cual siempre me produce al menos una pequeña sensación cálida.

—No dejes que la puerta te golpee el culo cuando salgas —dijo el OP.

—Sí. Gracias.

Entré cautelosamente en el vestíbulo; estaba vacío. Pasé un mal momento mientras esperaba a que llegara el ascensor. Tuve visiones de la puerta abriéndose de golpe para situarme cara a cara con aquel pequeño hijoputa pelirrojo. Pero la cabina estaba vacía.

El Otelo está configurado como una palmera vista de costado. Es decir, cada piso está ligeramente desplazado hacia un lado con respecto al de abajo hasta el quince, luego empiezan a desplazarse en la otra dirección. Esto produce esa encantadora curva que tienen las palmeras en las fotos de la Polinesia. Grandes banderas verdes en la parte superior dan la apariencia de hojas, y redondos elevadores de color marrón suben y bajan por el tronco como cocos. Visto desde delante, parecía una increíble ola rompiente de vidrio y metal. Sal por la puerta delantera, mira hacia arriba, y verás los pisos del treinta y cinco al cuarenta y cinco colgando sobre ti, muy muy arriba.

En aquellos momentos el edificio estaba siendo trasladado hacia adelante, a poca velocidad, de modo que yo hice lo mismo, observando si alguien me seguía. Para orientarte en Oberón se parte de una línea base que recorrerá todo el círculo cuando esté completado, a media distancia de cada borde. Recibe el nombre de Main Street, la calle principal, lógicamente, aunque no es realmente una calle y tampoco es la principal, aunque sí será la más larga; más bien es un paseo arquitectónico, una interminable procesión de monstruosas pesadillas.

Siguiendo el sentido del giro, delante es frente a ti, detrás es tu espalda. Las distancias se miden en horas, minutos y segundos, con base a un reloj de doce horas. Una hora tiene 421 kilómetros de largo. Eso hace que un segundo sea igual a 117 metros, lo que llaman la Manzana de Oberón.

Había recorrido unas diez de esas manzanas cuando fui frenando gradualmente la marcha, cada vez más, hasta detenerme. Había algo que no cuadraba a mi alrededor. ¿Qué era?

Había un pequeño parque a mi izquierda. Encontré un banco y me senté en él, y observé el hotel Otelo hasta que me alcanzó.

¿Me había dejado algo? Palmeé mis bolsillos, encontré todo lo que había que encontrar. Miré mi maleta. Dos segmentos del Pantechnicon son desprendibles, y parecen maletas normales. Ésta, la pequeña, para no mucho más que una muda de ropa y ropa interior limpia: para pasar una noche. La otra era más adecuada para estancias de hasta una semana. Por maravilloso y práctico que sea mi superbaúl, es un tanto engorroso llevarlo siempre a tu lado. Lo había dejado a buen recaudo en la oficina de carga de la terminal superior del ascensor de Mediodía, la del borde. Podía recuperarlo en diez minutos, si surgía la necesidad.

Así que tenía que ser Poly. ¡Maldita sea! Hubiera debido despertarla, hacer que se metiera rápidamente en sus ropas y sacarla de allí. ¿Por qué no lo había hecho?

La única respuesta posible a eso era que simplemente no había pensado que pudiera estar en peligro. ¿Por qué? Porque hubiera sido tan fácil sacarla de allí. No lo había hecho. Ahora me enfrentaba a algo que muy sinceramente no deseaba hacer, que era regresar a mi habitación y sacarla de ella.

Espera, no nos apresuremos. Examinemos esa decisión, ¿quieres? Hace quince minutos ni siquiera se te había ocurrido sacarla de allí. ¿Por qué es tan malditamente urgente de pronto? ¿Qué es diferente ahora?

La diferencia estriba en que mi mente ha tenido quince minutos para pensar en ello. Iba con prisas allá en la habitación. Pensaba casi exclusivamente en mí mismo. ¿Por qué no debería hacerlo? Poly no figuraba en la historia de Izzy y Sparky; era un civil, estaba completamente al margen. ¿Por qué debería Comfort hacerle algún daño?

Pero ya saben lo que les ocurre a los que están completamente al margen en los melodramas violentos. En cada episodio te encuentras con cuatro personajes: el Héroe, el Villano, la Chica, y el Número Cuatro, el señor Carne Muerta, el que tiene la nube negra sobre su cabeza.

Sólo eso no me hubiera llevado de vuelta al hotel. Pero ¿y si Izzy no sabía que Poly estaba completamente al margen? ¿Y si imaginaba que era una compatriota, un aliado, un miembro de la vasta conspiración de actores y actrices cuya misión en la vida es robar valiosos *netsukes* a familias bajo la terrible protección de la Mafia Carontesa?

No podía soportar aquel pensamiento. Así que cuadré los hombros, erguí la cabeza y me dirigí de vuelta al vestíbulo del Otelo.

El ascensor me depositó sin incidentes en el piso. Salí lentamente, fingiendo preocupación, mientras todos mis sentidos estaban alertas al olor del peligro. Todo parecía bien hasta entonces. Había una mujer que avanzaba en mi dirección, tirando de la correa de una maleta con ruedas. Me sonrió cuando nos cruzamos. Su pelo era rojo. En realidad rojo castaño. ¡Domínate, Sparky! Un tres o un cuatro por ciento de la población es pelirroja. Quizás un cinco. Un pelo rojizo no la convierte en un esbirro de Comfort.

Pero seguí andando más allá de mi puerta. Esto entraba dentro de la categoría de precauciones «normales». Era una buena política no dejar saber nunca a nadie en qué habitación estabas; es una de estas costumbres que es una pérdida de tiempo en un millar de ocasiones, y luego te salva la vida en la que hace mil uno. Me detuve, frunciendo el ceño a la tarjeta de la habitación como si estuviera escrita en sánscrito. Me rasqué la cabeza, y miré a la mujer con el rabillo del ojo. Estaba doblando la esquina, desapareciendo de mi vista.

De pronto los números tuvieron sentido. Sonreí, sacudí la cabeza ante mi estupidez, y metí la tarjeta en la ranura de la puerta. Se abrió, y entré. Cerré a mis espaldas. Dejé la maleta junto a la puerta en previsión de una salida rápida. Me apresuré al dormitorio. Me adelanté para sacudir el hombro de Poly.

Alto, para un momento. A veces entro en un escenario que conozco y doy por sentado que todo está tan como debe de estar, y tardo unos instantes en darme cuenta de que no es así. Había dado ya dos pasos en el dormitorio antes de registrar varias cosas que no eran normales, todo a la vez, sin ningún orden en particular. Había alguien en el cuarto de baño, utilizando el agua de un grifo abierto. No era Poly, porque Poly estaba allá, despatarrada

en la cama casi tal como la había dejado, excepto que ahora las sábanas estaban empapadas de sangre, excepto que antes no tenía esas quemaduras y cortes en su espalda. Antes tampoco había lo que parecían tres dedos cortados descansando en la mesilla de noche.

Había cuatro billetes de cinco mil dólares de Oberón, uno en la cama, uno en su ensangrentada espalda, dos en el suelo.

Había un mensaje escrito con sangre en la pared sobre su cabeza. El mensaje decía: ¡OOOPS!

¡Simplemente *OOOPS*!

Como en Ooops, pensé que ella eras tú, Sparky, sabiendo que eres un maestro del disfraz. Como en Ooops, pensé que podía saber algo, Sparkster, viejo tipo, sobre por dónde andabas. Como en Ooops, no te pongas furioso, señor Valentine, ¿y puedes darme tu autógrafo? Soy un gran fan tuyo. Ella empezó a gemir.

Me apresuré a la cama y me arrodillé a su lado, le di la vuelta. Lo que le había hecho a su rostro casi desafía toda descripción. Un ojo era apenas una rendija. Me reconoció, y adelantó una ensangrentada mano hacia mí. Sujeté su muñeca; no podía permitirme que me manchara con su sangre ahora.

—… no sé nada —croó. La sangre brotó de su boca—. ¿…Trevor? ¿Eres tú, Trev?

—Soy yo —susurré en su oído—. Chsss. Tranquila ahora, cariño, yo haré lo que tengo que hacer.

Había mantenido un ojo fijo en la puerta del cuarto de baño, que no estaba en la línea de visión de la cama. Lo más importante, había estado escuchando con todas las fibras de mi cuerpo el sonido del agua corriendo en el lavabo. Imaginé que tenía que efectuar un buen trabajo de limpieza sobre sí mismo, pero no podía creer que estuviera dispuesto a dejar a Poly sola mucho tiempo más.

Miré a mi alrededor en busca de un arma. Tenía varios objetos interesantes ocultos en mi maleta, pero era demasiado peligroso cruzar de nuevo el dormitorio porque él podría verme durante la mitad del trayecto. Había sido pura suerte que no me hubiera visto cuando entré en el dormitorio. No cuentes nunca con que la suerte vaya a seguir a tu favor.

Nada parecía adecuado hasta que divisé el estuche de su violín en el suelo junto a la cama. Poly me había interpretado realmente algunas melodías con él, y ahora estaba guardado en su recia caja de metal de más de sesenta centímetros de largo… No era el Machacador de Louisville, pero serviría. Me arrastré hasta el lado de la puerta del cuarto de baño y me quedé allí completamente inmóvil. Cuando asomara la nariz fuera del cuarto de baño, entonces empezaría a tocar. Su velocidad de serpiente casi lo salvó de nuevo. Debió de ver algún movimiento con el rabillo del ojo, porque su brazo derecho empezó a alzarse y su cabeza a echarse hacia atrás. Ninguno de los dos movimientos fue lo bastante rápido, pero ver lo cerca que estuvo de librarse me hizo estar completamente seguro de que nunca podría enfrentarme a aquel hombre en una «lucha justa». «Una lucha justa es aquélla en la que tú ganas —solía decir mi padre—. Es tan simple como eso. Si tienes que dispararle a alguien, apunta a un punto justo entre los omoplatos. Desde una gran distancia, si es posible».

Yo apuntaba desde muy cerca, pero mi meta era golpearle su jodida cabeza justo allá donde más le doliera. Oí el crujir del hueso cuando su nariz se aplastó contra su rostro. La sangre brotó a borbotones, y retrocedió tambaleándose. Fui tras él, seguro de que no podría derribarle con un solo golpe después de la forma en que había luchado en el *Britannic*. Le golpeé de nuevo, de arriba abajo, directamente en medio del cráneo. Casi había recuperado su equilibrio y yo estaba jadeando mientras me preparaba para el tercer golpe cuando su pie resbaló en la esponjosa alfombrilla de baño proporcionada por el Otelo —una alfombrilla que había pensado llevarme conmigo, porque a Toby le encantaban— y cayó hacia atrás. Su nuca golpeó contra el borde del váter con un poderoso *¡crac!* Me estremecí. Jesús, dolía incluso escucharlo. Su cabeza rebotó tres veces contra el embaldosado suelo antes de quedar inmóvil. Eternamente, esperé.

Esta vez no había cuestión alguna acerca de dejarlo con vida. Pero vi rápidamente un problema. ¿Cómo iba a asegurarme de que estaba muerto? Dios sabía que había demostrado ser increíblemente duro la última vez que nos encontramos.

Apoyé la palma de mi mano contra su pecho pero no pude captar nada. No parecía subir y bajar. Pensé en apoyar el oído sobre su corazón, pero

cada vez que me decidía no dejaba de recordar la escena del último rollo de diez mil películas de serie B, ya saben cuál: el monstruo está tendido allí, «muerto», y de pronto se levanta, con el rictus de una sonrisa, listo para el segundo *round*. No, gracias. Alrededor de aquel «cadáver», tenía intención de mantener los ojos firmemente fijos en sus manos y rostro.

Había hecho lo que había podido. Excepto convertirlo en tasajo con mi navaja del ejército suizo, no sabía qué otra cosa podía hacer.

Lo registré concienzudamente. Encontré papeles, tarjetas de identidad, tres pasaportes. Tenía un cuchillo atado a su pierna y una pistola en un bolsillo. La miré. Tenía la forma normal de una pistola, pero ninguna otra cosa en ella era familiar. Estaba hecha de duro plástico gris. Había una pantallita en el lado izquierdo que mostraba un montón de información, ninguna de la cual significaba nada para mí excepto el número «15» allá donde decía cargas restantes. Estupendo, pensé, puesto que no podía ver de qué forma se recargaba la cosa. Cabía como a la medida en mi bolsillo.

Cuando lo hube registrado a fondo lo dejé allí y regresé junto a Poly. Miré codiciosamente los veinte mil dólares. Era mi pasaje, en acomodación de semilujo, a la Luna.

Relájate. No te pongas nervioso. Soy un ladrón, pero no tan bajo.

Hay una costumbre que evolucionó lentamente a medida que la ciencia médica se hacía cada vez mejor a la hora de remendar lo que se había roto en el siempre sufriente armazón del cuerpo humano. Ahora prácticamente todo es reparable, incluso algunos tipos de daño cerebral, aunque puede que tus amigos no te reconozcan cuando el doctor haya terminado de parchear tu cerebelo.

Hay una escena en el filme clásico *El padrino* en la que uno de los hermanos Corleone agarra una cámara de un fotógrafo de la policía, arruina la película y destroza la cámara. Cuando se aleja, el gángster arroja algunos billetes de su cartera al suelo, pagando los daños. Es un gesto de puro y absoluto desprecio, un gran momento cinematográfico.

Eso es lo que había ocurrido aquí. Isambard Comfort había quebrantado las leyes contra el asalto y la violencia, pero la pena en estos casos, en la mayoría de las jurisdicciones, era el pago del coste de las reparaciones, más una cantidad por daños. Podías acudir a los tribunales, pero las penas por el

dolor y el sufrimiento tendían a ser pequeñas. Puesto que la mayoría de la gente nunca veía en último término amenazada su vida, no había un amplio consenso acerca de cuánto podía llegar a valer realmente el dolor y el sufrimiento, en dólares y centavos. La mayoría de los casos en los tribunales implicaban un puñetazo en la nariz. Siempre que no utilizaras un arma mortífera —definida como una hoja de acero o un arma de fuego—, era poco probable que pasaras ni un día en la cárcel. Si era un primer delito los tribunales tendían a ser benévolos. Dudaba de que Comfort tuviera antecedentes en Oberón…, o en Plutón o en Carente, puestos a decir.

Comfort estaba pagando la factura médica de Poly. Y escupiendo en su dolor y su sufrimiento. También había una amenaza implícita en el gesto del gángster.

En una ocasión fui trabajado por un profesional, un hombre que disfrutaba con su trabajo, que no tenía nada contra mí y que cuando hubo terminado pareció un poco sorprendido de que yo me sintiera agraviado por el asunto. De hecho, me sentí tan resentido que aguardé cinco años antes de pagarle con la misma moneda, con intereses, a fin de poder presentarme ante él por sorpresa, sin advertencia previa. Ese hombre todavía salta al sonido del timbre de la puerta…

Me incliné y besé a Poly en la frente. Era el único lugar donde parecía que el contacto no doliera.

—¿… Trevor?

—Estoy aquí. Tengo que irme, pero muy pronto vendrá ayuda. Resiste.

—No sabía… dónde estabas… él pensó…

—Lo sé, cariño. Lo siento tanto. Cometí un tremendo error.

No podía estar seguro de si oía nada de lo que le decía. Parecía derivar, e inspiré profundamente y me encaminé hacia la puerta.

¿Esas pequeñas mirillas gran angular que ponen en las puerta de las habitaciones de los hoteles? La mayoría de la gente piensa que las ponen para que puedas ver quién hay fuera. Para eso son, pero también para ver si hay alguien fuera. Nunca abandono la habitación sin comprobar primero, y más de una vez antes demostró ser una buena práctica. Ahora también. La mujer pelirroja estaba en mi campo de visión.

Hummm. ¿Podía ser una inocente huésped? Entonces, ¿por qué todavía seguía tirando de su pequeña maleta…, Dios mío, tan sólo cuatro minutos más tarde? Mi reloj no parecía haberse parado.

Simplemente parecía como si estuviera perdiendo el tiempo por ahí. Ni una sola vez miró realmente a mi puerta. Luego, de pronto, echó a andar, con paso enérgico, hasta que ya no pude verla. Apareció una pareja en la otra dirección, y me di cuenta de que había sido la llegada del ascensor la que había provocado la acción de mi dama. Cuando la vi por primera vez estaba esperando ente bastidores, por así decir. Salió al escenario cuando llegaron los nuevos, y si todas esas suposiciones eran correctas…, sí, ahí estaba de nuevo, tirando de su maleta, moviéndose lentamente, esta vez mirando hacia mi puerta y luego a su reloj.

Muy bien. Está con Comfort. ¿Me vio entrar en la habitación? Es posible. La había visto doblar el recodo, pero pudo mirar hacia atrás.

Digamos que no me vio entrar. No creo que me hubiera reconocido, puesto que el rostro que llevaba ahora era completamente distinto del que había visto Comfort. Así que no me había visto, y está ahí fuera como un sistema de advertencia para Comfort.

No lo creí. Cabía suponer que me había visto, y la razón de que todavía estuviera ahí fuera era porque era más útil como vigilante que como segundo torturador. Sentían tanto desprecio hacia mis habilidades contra él sólo que creían que no la necesitaban a ella como refuerzo. Y tenían razón. Había tenido mucho suerte, y no pensaba abusar de ella.

Sparky, tienes que pensar muy rápido y actuar muy rápido. Necesitas un plan. Pronto tenía uno. Estaba lleno de agujeros, pero era lo mejor que podía hacer. Cerca del centro del salón había una salida de ventilación encajada en el techo, cubierta por una rejilla. Tomé mi navaja del ejército suizo, coloqué una silla en posición para subirme a ella, y retiré los tornillos que mantenían la rejilla en su lugar. Metí la rejilla en el conducto, luego me aupé para ver si la conducción de aire era lo bastante grande como para meterse por ella. Parecía que sí. Ésta es la tercera vía de salida de una habitación, después de la puerta y la ventana, y en la que la mayoría de la gente nunca piensa. Había usado conductos como éste varias veces en el pasado para eludir a un público demasiado excitado, ya fuera una multitud

deseando estrecharme la mano u obtener un mechón de mi pelo como un *sheriff* con una orden de detención. En los últimos tiempos, exclusivamente lo último.

Me apresuré una vez más al cuarto de baño. Me metí varios rollos de papel higiénico y tres de esas pequeñas pastillas de jabón que hay en todos los hoteles dentro de mi camisa, luego pateé a Sambard Comfort tres veces más en la cabeza, para mayor seguridad. Siguió sin moverse, siguió sin respirar.

Era la hora. Inspiré profundamente y fui de nuevo a la puerta delantera. Seguía ahí fuera, y parecía un poco impaciente. ¿Pensaba que él se estaba demorando demasiado? ¿Estaba esperando una señal? Probablemente sería alguna secuencia de golpes en la puerta delantera. No había forma de saber cuál era. Pero no importaba. Sin apartar el ojo de la mirilla, golpeé secamente la hoja, dos veces. Aquello la galvanizó. Se apartó de la pared, sus manos fueron al interior de su chaqueta en busca de algo. Cuando adelantó la mano hacia el picaporte lancé una descarga a través de la puerta, a la altura del pecho.

La alcanzó en el esternón, la alzó, la lanzó hacia atrás contra la pared opuesta. Su mano derecha salió de su chaqueta con una pistola que tenía exactamente el mismo aspecto que la de Comfort. El impacto contra la pared la soltó de su mano, y rebotó sobre la moqueta. Ella intentó cogerla de nuevo, y yo bajé la pistola en ángulo y lancé otras dos descargas. No fue tan ruidoso como había esperado. Había algún tipo de silenciador en la pistola, descubrí, de modo que la mayoría del sonido procedía de las balas desgarrando la madera de la puerta.

Fuera, cada bala lanzó una desagradable lluvia de astillas que la alcanzó al mismo tiempo que el plomo. Una de las balas se clavó en la pared al lado de su cabeza. Las otras tres la alcanzaron en diversos lugares, causando cada vez una buena cantidad de daño. Se derrumbó.

Yo me había mordido la parte interna de mi mejilla. Dolía como el infierno. Sintiéndome ligeramente aturdido, observé un pequeño cilindro de latón a mis pies. ¿Un casquillo de bala? Lo recogí, vi que era una bala entera, calibre 55, creo. No tenía la menor idea de lo que había hecho para expulsar intacta una bala. Pero vi por qué las balas la habían golpeado tan

fuerte, habían causado tanto daño, pero no la habían atravesado y se habían clavado en la pared. Eran de punta hueca. La punta debió de aplastarse al atravesar la puerta, de modo que cuando la alcanzaron debían de ser grandes, anchas e irregulares masas de metal ardiente. Me estremecí ante la imagen. Matar a aquella persona a la que no conocía no me alegraba. Pero era ella quien había venido de caza.

Abrí la puerta de golpe. Nadie había salido al pasillo a investigar el ruido. El aislamiento sonoro del Otelo era de primera categoría. Pateé su arma a través de la puerta abierta, luego la agarré por la parte de atrás del cuello de su chaqueta y tiré de ella hasta el interior de la habitación. Era un peso muerto, sin el menor movimiento. Esperaba que esto significara que estaba tan muerta como Izzy Comfort.

El pasillo estaba lleno de brillante sangre roja. No había nada que pudiera hacer al respecto. De todos modos, eso no afectaba mis planes. Me sentiría feliz si nadie llamaba a recepción para quejarse de la pintura derramada durante los próximos quince a veinte minutos, pero eso no era vital para mi plan.

¿Mi plan? Esencialmente, confundir el rastro. Hacer difícil imaginar lo que había ocurrido allí, con dos cadáveres y una víctima torturada. Salirme del camino y quizá, quizá, sostener con éxito que no había estado allí cuando toda la mierda golpeó el ventilador.

Precario, lo sé, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Una cosa que decidí en un ardiente acceso de furia fue asegurarme por tercera vez acerca de Comfort. No iba a permitir que se convirtiera en mi Javert, persiguiendo a Jean Valjean a lo largo de interminables años. Me apresuré al cuarto de baño, vi con satisfacción que no se había movido ni un milímetro. Presioné el cañón de su arma contra su frente y apreté el gatillo.

Clic.

Fruncí el ceño, grité algo muy obsceno pero salido del fondo de mi corazón, y examiné el panel de datos del lado. De nuevo, todo lo que pude entender fue cargas restantes 10. Apunté de nuevo.

Clic, clic.

Bien, mierda. ¿La bala expulsada había encallado el mecanismo? ¿Estaba vacío el cargador, pese a lo que decía? Miré una vez más el panel

lateral y apreté el gatillo.

Ker-¡TUNK! Salté un metro en el aire. No porque fuera muy ruidoso; no lo fue. El «*ker*» es una forma inadecuada de describir el ruido que hizo la pistola al disparar, pero el «*TUNK*» es una aproximación razonable de la bala golpeando la pared a medio metro por encima del suelo, en ningún lugar cerca de Comfort.

Por los sagrados pantalones de Dios. Parecía que la cosa se había arreglado. Apunté de nuevo contra el hombre muerto y disparé. *Clic. Clic, clic*. Esta pistola no disparaba contra su propietario.

Mis entrañas se volvieron bruscamente gelatina de lima. Comfort llevaba algún dispositivo sobre él, o dentro de él, que su arma captaba. Algún tipo de mecanismo de seguridad. Y si no disparaba contra Comfort, ¿qué ocurría con…?

Me tambaleé al salón y apunté al ensangrentado cuerpo en el suelo.

Clic.

Me dejé caer sentado allá mismo donde había estado de pie. Tuve la sensación de que iba a desvanecerme. Había estado tan cerca de abrir la puerta de la habitación e intentar dominar a aquella mujer a punta de pistola…, para poder llevarla al interior de la habitación y dispararle allí dentro si fuera necesario. Pero ella se hubiera reído. Habría sabido de inmediato que la pistola con la que la estaba apuntando no era más mortífera a corta distancia que si le estuviera apuntando con el dedo. Me hubiera dominado en un momento, y habría sido ella quien me hubiera arrastrado a la habitación para que entre los dos me administraran una sesión completa.

De acuerdo, de acuerdo. Tranquilízate. Ve de nuevo al cuarto de baño. Agarra a Izzy por la parte de atrás del cuello de su chaqueta y arrástralo a través de la puerta.

No pasaba por ella.

Interpretada correctamente la escena hubiera podido pasar muy bien por una comedia de caídas de culo, pero yo no me estaba riendo. Tiré de él y lo empujé y caí sobre él y resbalé en un charco de su sangre y casi me metí de bruces en el *jacuzzi*. Su cuerpo no se resistía, no se movía en ningún sentido, pero parecía todo brazos y piernas, todo ángulos y esquinas, ni

flácido como debería de ser un cuerpo muerto sino duro y rígido. Había un control allí que de alguna forma dominaba todavía aquel cuerpo genéticamente manipulado, le latiera o no el corazón.

Ahora puedo relatar todo esto desapasionadamente, pero no crean que pasé por ello de una forma fría y lógica. Estaba lloriqueando de miedo, temblando de furia, sollozando de frustración. Cuando estuve seguro de que ya no podía seguir conteniendo un grito lo dejé caer de nuevo. Pateé una vez más su cabeza para mayor seguridad, luego otra vez porque sentía la imperiosa necesidad de hacerlo. Después lo dejé allí.

Me subí a la silla y metí mi maleta en el conducto de ventilación. Luego apunté la pistola a una de las ventanas del suelo al techo…, no eran realmente ventanas, sino enormes láminas de lo que esperaba que fuera vidrio templado. La bala perforó un agujero del tamaño de mi puño, y el cristal quedó instantáneamente cubierto, de borde a borde, por toda una red de grietas.

Su maleta era ciertamente tentadora. Estaba seguro de que había cosas allí dentro que yo podría muy bien usar. Nunca intenté abrirla. ¿Por qué? Si alguna vez encuentran ustedes mi Pantechnicon aparentemente abandonado, les aconsejo que lo dejen tranquilo. Tiene media docena de formas de defenderse con diversos grados de contundencia, que llega a ser letal si uno no abandona tras el tercer intento. Siyo puedo pensar en algo así, razoné, ¿quién sabe qué diversiones podían haber ideado para mí aquellos dos monstruos sedientos de sangre?

Tomé la maleta y la lancé torpemente contra la ventana. El cristal acabó de hacerse añicos en diez mil resplandecientes cubitos de hielo. Fui al borde y miré hacia abajo. Como había esperado, la maleta cayó sobre el techo del vestíbulo. No era probable que nadie resultara herido a causa de ella. Arrastré el cuerpo de la mujer hasta el borde y lo dejé caer. No me quedé a esperar el impacto.

Entonces me entró la prisa. Alguien estaba llamando ya a la puerta. Esperaba que fuera algún huésped, que la dirección todavía no hubiera sido avisada por la pintura derramada y los agujeros en la puerta. Pero no tardarían en subir, seguidos poco después por la policía. Era el momento de

marcharse del hotel Otelo. Dale a Desdémona un beso de adiós en mi nombre.

Devolví la silla a su posición original. Luego borré las marcas que habían dejado las patas de la silla en la mullida moqueta. Alguien miraría finalmente en el conducto del aire, pero esto me daría un poco de tiempo.

No me vanaglorio de ser un acróbata, pero conozco los suficientes movimientos como para realizar alguna que otra escena de acción sin la necesidad de un doble. Salté dos veces para evaluar las medidas del agujero en el techo. La primera vez que salté de una manera definitiva me golpeé la cabeza con la fuerza suficiente como para oír por un momento el canto de pequeños pajarillos. Inspiré profundamente y lo intenté de nuevo, y esta vez conseguí apoyar las palmas planas en el fondo del conducto, colgué allí sin decidirme durante varios segundos, luego, con un poderoso esfuerzo, alcé las piernas, una, dos veces, empujando la parte superior de mi cuerpo unos cuantos centímetros hacia adelante con cada balanceo, hasta que pude enganchar los pies en el lado opuesto y empujarme hacia adelante, completamente dentro del conducto.

Estaba oscuro dentro. No podía ver hasta muy lejos en ninguna dirección. Pero la tubería cilíndrica era justo lo suficientemente grande como para permitirme dar la vuelta, aún a riesgo de que mi espina dorsal se doblara permanentemente formando un lazo. Lo conseguí, sin embargo, y tanteé a un lado de la abertura hasta encontrar la rejilla de ventilación que había dejado allí antes.

Tomé un rollo de papel higiénico y las pastillas de jabón y encajé grandes puñados de papel y tiras de jabón en el marco de la rejilla. Con los dedos metidos en los agujeros de la rejilla, la bajé cuidadosamente en el agujero, luego la enderecé y la encajé contra el reborde. Tiré fuertemente de ella, sentí que se asentaba un poco mejor, luego la dejé ir con cuidado. Sujetando la rejilla con una mano, apreté ligeramente con la otra, luego un poco más fuerte, y con una moderada presión la rejilla encajó en su marco. Era suficiente; no iba a caérsele encima en la cabeza de un policía como en cualquier película muda. Me dije que si el truco me garantizaba diez minutos extra para escapar me sentiría feliz; media hora y nunca me

encontrarían ni siquiera con una jauría de perros y una horda de agentes de la autoridad.

Retrocedí para que mis pies no desalojaran la rejilla, me di la vuelta con todo cuidado, e inicié mi escapatoria.

En la película de mi vida, esta escapatoria no iba a necesitar un equipo de especialistas de la segunda unidad. Mi avance era casi tan lento como el propio edificio. Empujaba mi maleta por delante de mí a la longitud de mi brazo, luego me arrastraba sobre manos y rodillas hasta que la atrapaba de nuevo. Entonces volvía a empujarla. Repitan el paso B, repitan el paso A. Continúen hasta que aparezca una salida. Pero no se tomen demasiado tiempo, porque una vez ellos se den cuenta de que están ahí arriba, todo habrá terminado.

A intervalos regulares llegaba a registros como aquél por el que había entrado. Miraba hacia abajo y veía si había alguien, luego cruzaba con cuidado. No sabía si las rejillas soportarían mi peso, y no deseaba saber cuál era la respuesta hasta que estuviera preparado para irme.

Me interrogué sobre la falta de circulación. ¿No debería de haber un viento aullante ahí arriba? Al parecer no. Esos conductos no distribuían aire caliente o frío, puesto que la temperatura ahí fuera nunca variaba más de quince grados. El propósito del sistema era limpiar el aire, tratarlo, desodorizarlo y mantenerlo fresco y adecuado para el aire de un hotel de primera clase. En alguna parte había ventiladores girando para mantener el aire circulando lentamente, pero nunca los vi.

Al principio era una sensación agradable, rodeado por todos lados por la oscuridad. Un regreso al seno materno, quizá. Y tras los momentos de extremo estrés, era bueno relajarse sólo un poco, liberarse de la epinefrina, sentir el viejo tictaqueador descender por debajo de los trescientos latidos. Todavía no has salido del bosque, Sparky, me dije. Pero eso de ahí delante, ¿es posible que sea un claro? Fue entonces cuando lo oí venir tras de mí.

—Estás loco —murmuré para mí mismo, pero sabía que no era así. Estaba ahí, en alguna parte en los conductos. Detrás de mí.

Me detuve y me mantuve tan inmóvil como me fue posible. Oí distantes ventiladores, casi por debajo del umbral auditivo. Nada más. Pero estaba ahí atrás. Empecé a arrastrarme de nuevo.

Era un sonido *tump sssh, tump sssh*. Paraba cuando yo me paraba, empezaba de nuevo cuando me movía. Estaba más allá del alcance auditivo de cualquiera excepto de un hombre corriendo para salvar su vida. Bueno… arrastrándose. Si acaso, el hecho de arrastrarse lo hacía aún peor. Todo el mundo ha tenido ese sueño de estar corriendo en medio de una sustancia pegajosa. Era como eso, sólo que tienes amputadas las rodillas y no puedes volverte para mirar detrás de ti.

Pero había algo aún peor que eso, una tortura especial dispuesta por un Dios al que siempre había considerado un bromista pesado, el tipo de deidad que anima todas las fiestas. Apostaría a que se estaba dando palmadas en los muslos en ésta. Durante ocho semanas había interpretado al Viejo en *Ese horrible ojo*, la obra maestra de un solo intérprete y un solo acto inspirada en *El corazón delator* de Poe (*«¡¡Fabuloso!!» — Primera, segunda crítica de Joe Miller*). El *tump sssh tump sssh* (repitan hasta volverse medio locos) era el sonido exacto que había oído durante ocho funciones a la semana, empezando en el umbral de lo audible y creciendo a lo largo de los siguientes cuarenta y cinco minutos hasta que atronaba el teatro. Era el sonido que tenía que oír con creciente terror, hasta que caía el telón sobre un balbuceante lunático. Ir desde un racionalista seguro de sí mismo hasta un cascarón humano completamente destrozado en menos de una hora es una de las más duras misiones que puede imponérsele nunca a un actor. Tuve que aprender a temer ese sonido. La final de la quincuagésima función fue necesario arrojarme un cubo de agua helada al rostro y atarme a una silla durante una hora hasta que dejé de temblar. Fue la única vez en mi vida que un papel me venció. Una noche simplemente no pude seguir. Tuvieron que llamar a mi sustituto, y finalmente sustituirme definitivamente por ese mascapalabras…, oh, bueno, no sirve de nada criticar aquí al hombre. Siguió con la función hasta convertirse en sinónimo del papel, y aceptar el premio Lexie que hubiera tenido que ser para mí, mientras yo me pasaba una semana en una habitación acolchada, tres meses preguntándome si sería capaz de volver a pisar las tablas de nuevo, y finalmente, a través de la más retorcida de las rutas, a esta hedionda tubería de plástico en este hediondo hotel de precio exorbitante en medio de un hediondo desastre a medio terminar aguardando caer sobre mí, con una

demente cosa a la que no podía matar más horrible que cualquier Ojo en alguna parte allá atrás en la oscuridad.

Como una cancioncilla que aprendiste cuando tenías tres años, esos reflejos condicionados nunca te abandonan realmente. Como una araña que descubriste en tu cama, y noventa y seis años más tarde la visión de una supertejedora de telarañas hace que se te ponga la piel de gallina. En mi sexto cumpleaños había memorizado todas las obras completas de Shakespeare. En la actualidad, reciten cualquier línea y puedo completar cualquier parlamento, cualquier escena, cualquier acto. Y si dejan caer un saco de arena en el suelo y luego lo arrastran unos cuantos metros —*tump sssh tump sssh*—, me pondré pálido y empapado en sudor. No tengo control sobre ello.

Mi mejor apuesta parecía ser dejarme caer por alguna otra rejilla a una habitación vacía, luego simplemente salir andando. Pasé por encima de una de esas rejillas, miré hacia abajo a cinco personas de al menos cuatro sexos desnudas en una gran cama. Tuve que mirar de nuevo: nunca había sabido lo que se podía hacer con un paraguas. Mejor no unirme a la fiesta, sin embargo. Parecía doloroso.

Y puesto que la perversidad del universo tiende siempre hacia el máximo, ésta fue la última rejilla que crucé. Di un giro a la izquierda de noventa grados: nada. Otro giro a la derecha: lo mismo. Otro a la derecha y otro a la izquierda. Nada.

Me arriesgué a sacar mi navaja del ejército suizo del bolsillo en el lado de mi maleta. Si las navajas tienen rangos en el ejército suizo, ésta no era ni el coronel ni el general de las navajas. Ésta era el *Oberfeldmaschall*, el auténtico *Führer* de las navajas de bolsillo. Esta navaja no sólo limpiaba pescado y te escarbaba los dientes y descorchaba tus botellas de vino, sino que estaba equipada con una diminuta luz, entre muchas otras cosas. Es la mejor herramienta para todo con la que nunca me he cruzado en setenta años. La mayoría de la gente, mirándola, jamás llegaría a sospechar el arma tan efectiva que puede ser. Y no estoy hablando de descamar pescado.

Hice brillar la luz a mis espaldas. La costa estaba despejada, al menos hasta el último giro que había tomado.

Quizá pudiera volver sobre mis pasos hasta la última rejilla, dejarme caer por ella, unirme a la orgía, y todo el mundo se ahorraría un montón de problemas. Excepto quizá los orgiastas. Pero eso quedaba fuera de cuestión. Si había aunque sólo fuera un uno por ciento de posibilidades de encontrarme con Comfort antes de alcanzar la rejilla, no valía la pena correr el riesgo. Y estaba seguro de que había una posibilidad mayor que ésta. No, cuando me encontrara la próxima vez con el señor Comfort, iba a ser en una situación en la que tuviera algo más que un pequeño margen, que era lo que suponía que tenía ahora, con él herido y probablemente desarmado, y yo con una navaja de hoja corta. Lo que tenía en mente era más bien algo así como él con los brazos y las piernas amputados, cegado, de espaldas a mí, y yo con un misil con cabeza nuclear. Eso me parecía mucho más aceptable. Aunque ni siquiera así podía contar con ganarle a Izzy.

No podía oír el sonido de su avance. ¿Estaba descansando, o podía oírme tan bien que se detenía cuando yo me detenía? ¿O era posible, Dios fuera loado, que hubiera caído por aquella última rejilla y fuera incluido en la orgía como el sexto y siempre bienvenido miembro?

Estaba empezando a sentirme tan inquietoansioso (una palabra de mis días de *Sparky*) que simplemente tenía que averiguarlo. El silencio era peor que el sonido.

—¿Izzy? —dije con voz normal. No tenía sentido despertar a todo el hotel—. ¿Es usted?

—¿Quién otro podía ser, Sparky? —Me golpeé la cabeza contra el conducto. Me hubiera gustado poder grabar el sonido que emití. Me hubiera resultado útil la próxima vez que interpretara a un hombre casi muriéndose de terror. El hecho era que sonaba como si estuviera a medio metro detrás de mí. Sabía que no era así, pero tenía que mirar o de otro modo iba a ahogarme en mi propio vómito. Miré. No estaba allí. Era un truco acústico de algún tipo, el efecto de hallarnos dentro de una larga tubería.

—¿Le hice daño? —Esperé sonar valiente.

—Me temo que sí —llegó de nuevo la voz incorpórea—. Mi equilibrio está mal. No dejo de desviarme hacia la derecha. No puedo sentir un brazo y una pierna.

—¿Derechos o izquierdos? —pregunté.

—Eso querría saber, ¿verdad? —Por supuesto. Y cuánto de lo que decía era cierto. Demonios, podía ser todo cierto. Creo que todavía se sentía tan desdeñoso hacia mí que no le importaba si me comunicaba una ventaja táctica como ésa.

—Tiene que dejar esa costumbre de atacar con instrumentos musicales mortíferos —continuó—. ¿Qué será lo siguiente? ¿Unos címbalos? ¿Un fagot?

—¿Qué le parece un gran piano, dejado caer desde una gran altura? —Me había dado la vuelta de nuevo y estaba arrastrándome otra vez hacia adelante. Empujar la maleta, arrastrarse dos pasos, empujar la maleta, arrastrarse de nuevo, encender y apagar rápidamente la luz para ver lo que había allá delante. Nada alentador, tan sólo otro giro a la derecha.

Espera. Izquierda, derecha, derecha, izquierda. Por un momento pensé que había dado una vuelta completa en redondo y podía estar en un conducto paralelo al de él; quizás tan sólo estuviera a unos pocos centímetros de distancia de mí, a mi derecha, ¿o era izquierda, derecha, derecha, derecha? Y ahora derecha de nuevo. Me sentía irremediablemente confuso. ¿Y dónde estaban las rejillas?

Me arrastré por otro ángulo recto, esta vez a la izquierda, y al cabo de seis metros llegué a algo nuevo. Lo descubrí cuando casi dejé caer mi maleta por un conducto descendente, del mismo tamaño que aquél en el que estaba.

Había cuatro formas distintas de llegar hasta allí. Otros conductos se bifurcaban a derecha e izquierda, y también directamente al frente. El cuarto iba hacia abajo, no una dirección que estuviera dispuesto a tomar, pero que pensé que podía ser una elección excelente para Comfort. Si tan sólo hubiera una forma de persuadirle.

—¿Es eso lo que arrojó por la ventana ahí atrás? —preguntó.

—¿El qué?

—Un piano. Me pareció que era algo grande.

—No miró abajo.

—Demasiado mareado. Temí caerme. No creí que se hubiera ido usted por aquel lado.

Yo había colocado ya mi maleta al otro lado del conducto descendente, y ahora estaba pasando cuidadosamente por encima de él. Recorrí como metro y medio y encendí la luz de la navaja.

—Y sabía que no me había marchado por la puerta —dije. De alguna forma, mantenerle hablando me hacía sentir mejor. Cuando hablaba tan sólo era otro ser humano. Cuando guardaba silencio era la Muerte.

—Dejó una pequeña tira de papel higiénico colgando de la rejilla.

—Iba con prisas.

—Vi algunas cosas desconcertantes. Agujeros en la puerta. La ventana desaparecida.

—Su amiga es lo que salió por la ventana —dije.

—Eso pensé. Sparky, está usted lleno de sorpresas.

—Pero usted sigue volviendo testarudamente a la vida —señalé—. Los gatos tienen nueve vidas. ¿Cuántas tienen las ratas?

—Al menos una más. La primera vez le subestimé. La segunda vez tuvo suerte. Y ahora Isobel ha desaparecido. La tercera vez lo atraparé.

—¿Ésta es todavía la segunda vez, o considera que esto es ya la tercera?

No dijo nada. Moví frenéticamente la luz a mi alrededor, izquierda, derecha, abajo, detrás de mí. Si dejaba de hablar temía que él estuviera preparando alguna trampa o deslizándose hacia mí desde alguna dirección inesperada. Mientras hablara, sabía que estaba en el conducto conmigo.

—Esa Isobel —aventuré—, ¿era amiga suya?

—Era mi hermana.

Oh, estupendo. Pero lo había dicho como quien dice: «¿Quiere unas pocas patatas fritas con la hamburguesa?». Intenté pensar en una respuesta, pero ¿qué le dices a un hombre cuya hermana acabas de defenestrar? Lo siento no era una respuesta convincente, y además no era cierto. No lo sentía, en absoluto. Así que elaboré mi respuesta.

—No murió rápido —dije—. Pareció sufrir mucho. Estoy completamente seguro de que todavía estaba con vida cuando la arrojé fuera.

—Bien —dijo—. ¿Qué otra cosa podía esperar?

—¿La quería?

—La adoraba.

—¿Puede explicarme eso?

—No ahora. Más tarde, si todavía está vivo.

Imaginé que él imaginaba que casi me tenía. Muy bien, ya casi estaba preparado para recibirle.

Durante nuestra charla había sacado uno de los accesorios de entre los cincuenta o sesenta por los cuales había comprado la navaja. Era un pequeño dispositivo conocido como un cuchillo de cadena. Probablemente habrán oído ustedes hablar de ellos pero es muy poco probable que hayan visto alguno, puesto que la mayoría de los planetas prohibieron su fabricación hace años. Es cierto que eran muy útiles para varias cosas, pero para lo que eran mejores era para una matanza.

Éste era una hoja de punta roma de trece centímetros. Si la mirabas atentamente, veías a todo alrededor de su borde casi un millar de diminutas navajas formando una cadena de acero inoxidable. Las navajas tenían forma de diente de tiburón. Cuando apretabas el botón de puesta en marcha, la cadena empezaba a moverse tan aprisa que parecía pasar a formar parte de la hoja. Emitía un agudo zumbido, no muy distinto del taladro dental de las películas antiguas. Créanme, es mejor enfrentarse a un millar de taladros dentales sin éter que verse delante de un cuchillo de cadena. Está basado en algo llamado sierra de cadena, que se usaba en la Vieja Tierra para talar grandes árboles. Si lo agito contra su garganta, no sentirán nada hasta que la sangre empiece a brotar cuando su seccionada cabeza caiga de encima de sus hombros. Huesos, cartílagos, tendones, músculos. Actúa igual que una sierra de cadena. Ante él todo es como mantequilla.

No era el arma que hubiera elegido contra Isambard C, pero era la única que tenía. Mi principal problema era que, para usarla, era necesaria la proximidad, y en proximidad sabía que él tenía todas las cartas altas. Puede que no dispusiera más que de un intento contra él. Y ese intento tenía que ser el definitivo.

Así que lo que tenía que hacer era preparar una trampa.

El cuchillo de cadena apenas zumbó cuando lo clavé en la parte superior del conducto de aire. Lo moví de izquierda a derecha cortando un arco, luego a la inversa, luego hacia atrás, luego hacia adelante. Terminé con medio cilindro de delgado plástico adecuado para mi propósito. Asomé mi

luz y mi cabeza por el agujero que acababa de practicar, pero el espacio era muy angosto y oscuro y no pude ver mucho. El tener espacio para maniobrar era una ventaja para él, así que rechacé la idea de simplemente subirme arriba y alejarme en la oscuridad. A menos…

No, era demasiado arriesgado. Si volvía sobre mis pasos, desde fuera del conducto esta vez, quizá pudiera hallar la sección donde él estaba y cortarlo a rodajas mientras lo tenía atrapado dentro. Pero ¿cómo saber exactamente dónde estaba? De nuevo sólo tendría una oportunidad, y estaría acuchillando a ciegas. Y tan pronto como él supiera que yo tenía un cuchillo de cadena perdería gran parte de mi ventaja. Mis mayores posibilidades parecían estar en un enfrentamiento cara a cara, en un espacio reducido.

Pensé que era una buena cosa el que él no supiera que yo sabía cómo funcionaba su pistola. Quizás esperaba acercarse el último metro o dos mientras yo apretaba inútilmente el gatillo contra él. Uno puede tener esperanzas. Me arrodillé en el conducto y encajé la sección cortada sobre el gran agujero en la parte inferior. Era un poco demasiado grande. Trabajando a los breves destellos de luz de mi cuchillo, recorté los bordes y las esquinas hasta que sólo fue ligeramente mayor que el pozo descendente. Pasé mi mano por encima, comprobé ligeramente su resistencia. No pude apreciar ninguna diferencia en la textura. El plástico sólo se combó ligeramente, pero parecía seguro que si aplicaba todo mi peso sobre él cedería, y yo me hundiría de cabeza conducto abajo.

Había hecho todo lo que podía. Retrocedí unos cuantos pasos, me acurruqué y aguardé. La trampa entre nosotros estaba sumida en una completa oscuridad. Pero distaba mucho de estar seguro de que él no se oliera algo.

Tump sssh. Tump sssh.

¿Qué era lo que hacía este ruido? ¿El arrastrar de una pierna rota? Eso explicaría el *sssh*, pero ¿y el *tump*? Nunca lo descubrí, porque nunca lo vi avanzar por el conducto.

Se produjo, muy ligero, un nuevo sonido. ¿Había llegado hasta la trampa? ¿Podía tantearla con sus dedos? El ruido de su movimiento se detuvo.

—Izquierda…, derecha, y… sí. Directamente al frente —dijo. Dios mío, estaba ahí. Seguí acurrucado, empapado en sudor, sin atreverme a respirar.

—¿Hacia qué lado piensa ir, Sparky? Puedo olerle, puedo oler su miedo. Me gusta ese olor.

Recé a todas las Musas. No resoples. Calla, estómago.

—¿Hacia qué lado iría un cobarde? Parece obvio, ¿no? Doblar a la izquierda o a la derecha implica demasiadas decisiones. Iría directamente al frente.

Tump. Y entonces un glorioso sonido: una lámina de plástico cediendo y arrugándose como una hoja de papel grueso. Encendí la luz y lo vi medio dentro, medio fuera del tubo descendente. Su cabeza y sus hombros estaban dentro, y tenía una mano en el borde del conducto más cercano a mí. Eso, y sus rodillas, eran todo lo que le impedía caer.

Sin siquiera pensar en ello lancé un tajo a su mano con el cuchillo de cadena. ¡*Bzzzt*! El aire se llenó con una fina bruma rosada, y la mitad de su mano quedó allí como un puñado de pequeñas salchichas. Al mismo tiempo me situé encima y clavé duramente mi pie contra su espalda a la altura de la nuca. Se deslizó hacia abajo, se mantuvo allí por un momento con las rodillas tensas para sostener su cuerpo en una posición demasiado curvada para encajar en el tubo, y luego empezó a deslizarse. Empujé su culo con el zapato, para ayudar al descenso. Entonces desapareció.

Me derrumbé en una masa estremecida, sentado con las piernas cruzadas. Me sequé la frente con el dorso de la mano, estando a un centímetro de cortarme la oreja con el cuchillo de cadena. Detuve el movimiento de la cadena, inspiré profundamente unas cuantas veces. Todavía tenía encendida la luz, simplemente porque nunca había tenido tanto miedo a la oscuridad. Sabía que había desaparecido, pero una parte de mí todavía seguía esperando que surgiera del tubo y se lanzara contra mi garganta. Para tranquilizarme me asomé y dirigí la luz tubo abajo.

Estaba a metro y medio de distancia, cabeza abajo. Todo lo que podía ver eran sus pies y parte de sus piernas. Pero se estaba moviendo. Hacia arriba.

—¿Por qué no se muere? —le grité. El sonido de mi propia voz me asustó. Sonaba muy cerca de la locura.

Como un pájaro puede contemplar una serpiente, miré fascinado su lento avance. Estaba manteniéndose en posición forzando sus hombros, sus codos y sus manos —incluida la parcial que le había dejado—, la parte inferior de su espalda y sus rodillas y pies contra el interior del tubo. Entonces, en un movimiento ondulante que me recordó el de una oruga, adelantó sus pies un par de centímetros, luego sus rodillas, luego sus codos y finalmente sus manos. En los mejores días de mi vida yo no hubiera podido hacer nada parecido. Con las heridas que había recibido era monstruoso pensar que pudiera hacerlo. Pero lo estaba haciendo.

—¿Nunca cederá?

—Nunca.

—Renuncie. Abandone. Deje que lo saquen de aquí y lama sus heridas. Por favor, simplemente deslícese tubo abajo y ambos podremos irnos a casa por un tiempo. Alguien va a encontrarnos aquí dentro.

—Ése es su problema.

Pensé que al menos era en parte su problema, pero supongo que si simplemente no le importaba en absoluto, no lo era.

Se desprendió de sus zapatos sacándoselos con la punta del otro pie. Los oí resonar muy abajo en el tubo. Ahora sus pies tenían una mejor tracción: ascendía cuatro centímetros cada vez.

Llegó a mi alcance, así que adelanté una mano y golpeé la planta de su pie derecho con el cuchillo de cadena. No sólo no se inmutó en lo más mínimo, sino que pateó el cuchillo, perdiendo una parte del pie pero casi arrancándome el cuchillo de la mano. Y siguió subiendo.

Fue entonces cuando tuve la idea estúpida, arrodillado allí en el borde y observándole subir lentamente por el tubo, una idea impulsada sin duda por el rencor. Devolví el cuchillo de cadena a su alojamiento y abrí la hoja picahielos. Solté el picahielos de su alojamiento. Se supone que encajas la hoja en una parte diferente del mango para picar hielo, pero no quería arriesgarme de nuevo a perder mi arma, así que utilicé sólo la hoja. Pasé la punta lentamente, muy lentamente, por la planta de su pie.

Se sacudió como una caballa en un anzuelo.

—¡Pare esto! —gritó. Fue la primera vez que su voz reflejó una emoción.

¡Oh-ho!

Pasé ligeramente la punta del picahielos por la otra planta.

—¡No vuelva a hacer eso! —gruñó.

—Izzy. ¡Tiene cosquillas! —Pude sentir la gran sonrisa en mi rostro. Incapaz de detenerme, me eché a reír en voz alta. Nunca había sentido un tan bendito alivio de la tensión. Me incliné hacia abajo y cosquilleé las plantas de sus pies con mis dedos. Se sacudió de nuevo y perdió su presa en el tubo, se deslizó más de medio metro hasta donde no podía alcanzarlo.

—Voy a subir otra vez —dijo al cabo de un momento, con voz de nuevo fría y carente de emoción, pero con la furia burbujeando justo debajo de la superficie—. Si vuelve a nacerme de nuevo esto, le daré toda una semana más de vida.

—¿No es eso muy generoso por su parte?

—Lo digo en serio. No tiene usted ni idea de cuánto dolor puedo aplicar en esos siete días. Me suplicará que lo mate.

Pensé que probablemente sí lo haría. Empezaría a suplicar tan pronto como se pusiera a trabajar en serio.

—¿Quiere decir que si me rindo, conseguiré una muerte rápida?

—No he dicho eso. —Empezó a subir de nuevo, centímetro a centímetro. Ahora era un poco más difícil, ya que su mutilado pie estaba rezumando sangre y haciendo el conducto resbaladizo. Si tan sólo tuviera un cubo de agua jabonosa, pensé.

Pero no lo tenía. Así que cuando se puso a mi alcance, cosquilleé sus dos pies y volvió a bajar lo que había subido.

—A eso se le llama tablas mexicanas —le dije. Al menos creo que era así como se llamaban. Me pregunto por qué—. Usted no puede subir hasta aquí, y yo no puedo marcharme o usted estará arriba en uno o dos minutos.

—Puedo esperar —dijo confiadamente. Y probablemente podía. Alguien en la Mafia Carontesa debía de tener algún tipo de poder sobre alguien en el gobierno oberoni. O quizá una temporada en la cárcel simplemente no le asustaba. Pero yo no tenía intención de esperar.

Desenrollé el extremo de uno de los rollos de papel higiénico. Activé el accesorio encendedor de mi cuchillo y lo prendí. Llameó muy rápidamente, chamuscándome los dedos antes de que pudiera arrojárselo. Cayó justo en

el fondillo de sus pantalones y ardió alegremente. Cantemos todos: «Castañas asadas…».

No gritó, no me amenazó. Empezó a agitarse y a retorcerse con una sorprendente energía, sin emitir el menor sonido. Consiguió llevar una mano al lugar comprometido, deslizándose unos cuantos centímetros más hacia abajo, y tanteó el ardiente rollo de papel para quitárselo de encima. El humo ascendió hacia mí, haciéndome lagrimear. Lo soporté heroicamente. Después de todo, la tragedia es cuando mis ojos me duelen. La comedia es cuando tus testículos se están asando.

La bola de fuego cayó más allá de él, pero sus pantalones estaban ardiendo. Y ése no era el peor de sus problemas, puesto que dejé caer otra llameante carga de profundidad sobre él, que quedó encajada brevemente contra su cuerpo hasta que apretó su espalda contra el tubo para apagarla.

Oí sonar una alarma en la distancia. Sin duda un detector de humos. Lo cual significaba que ya era realmente hora de irse de allí. Había dejado caer otra media docena de bolas de fuego sobre él, y ardía intermitentemente de pies a cabeza. Lo vi empezar a deslizarse. Adquirió velocidad y luego desapareció en medio del humo. ¿Había llegado al fondo? ¿Cómo podía saberlo? Ni siquiera sabía dónde estaba el fondo. Sin embargo estaba mucho más abajo de lo que estaba antes, lo cual supuse que era tan bueno como podía esperar. Cuando consiguiera apagar los fuegos, le tomaría un cierto tiempo volver a izarse centímetro a centímetro por el tubo. Esperaba que fuera un tiempo suficiente para que yo pudiera escapar.

Me puse en pie en el lugar donde había retirado la sección del conducto, y mis rodillas crujieron audiblemente. Paseé la luz por aquel pequeño espacio atestado, buscando la salida. No vi nada excepto tuberías azules, blancas, cobres y rojas, cables de cien colores, y una especie de materia como espuma sólida que no pude identificar. Todo parecía dispuesto al azar, sin ningún plan definido. Poca gente conoce este otro mundo detrás de sus techos y paredes. He estado en lugares así antes, pero la experiencia me ofrecía muy poca ventaja, puesto que sin un plano tenía pocos medios de decir qué había o qué no había al otro lado de una pared.

Bien, tiene que haber una forma de acceder a este espacio. Simplemente tenía que encontrarla. El distante sonido de la alarma proporcionaba la

urgencia.

Identifiqué una tubería. Era de cobre, de unos dos centímetros de diámetro, e impresas a todo lo largo había las palabras SISTEMA DE EMERGENCIA DE LOS SPRINKLERS, una y otra vez. ¿Dónde estabais cuando os necesitaba?

Me incliné para recoger mi maleta, y sujeté fuertemente su asa en mi muñeca.

No hay forma alguna de traducir el grito que dejé escapar. Deletréenlo de cualquier forma que quieran, emítanlo en voz alta, y luego multiplíquenlo por diez. Y súbanlo una octava. Muchas mujeres jamás hubieran podido lanzar ese grito.

Allá estaba, a mis pies, mientras lo barría con mi luz: una visión del infierno, estriado de sangre que había resbalado hacia arriba por su rostro, con mechones de pelo reluciendo aún como ascuas encendidas. La mayor parte de un lado de su cara estaba negro, quemado, crujiente, con la piel desprendiéndose. Incluso el ojo estaba asado. Nada de esto parecía importarle. Con una concentración maníaca, intentó adelantar su otra mano mutilada para izar su cuerpo fuera del agujero. Su mano buena se aferraba como el acero.

¡Bzzzzzzzzzz zzzzzt!

Una vez más carne y hueso vaporizados se convirtieron en una bruma rosácea en el aire. Completamente por reflejo, adelanté el cuchillo de cadena y rebané su mano a la altura de la muñeca. Empezó a resbalar, luego se afirmó de algún modo, empezó a alzarse con su muñón y su arruinada mano derecha. Intenté llevar el cuchillo de cadena a su cabeza, meterlo en su cerebro, ver si le gustaba eso, pero su agitante brazo golpeó mi mano, casi me hizo perder de nuevo el cuchillo. Todavía era demasiado rápido; no podía arriesgarme a cortar de nuevo.

Bzzz uuuzzz uuuz. El cuchillo halló una cierta resistencia cuando pasé la hoja a través del tubo de cobre de los sprinklers. El agua brotó a chorro de uno de los extremos cortados, y tiré del maleable metal, lo saqué fuera y hacia abajo, lo apunté al rostro de la bestia.

Con un rugido de rabia resbaló un centímetro, un palmo, medio metro, luego perdió por completo la sujeción. Apunté la luz hacia abajo a través

del torrente, le vi aferrarse a la abertura de una conducción que cruzaba el tubo unos tres metros más abajo. Así era como se había dado la vuelta, imaginé. Y trepar por el interior del tubo descendente debió de resultarle mucho más fácil cabeza arriba. Ahora se aferró, resbaló, y siguió hacia abajo, como deslizándose por las aguas de un torrente, pasó otra abertura, y otra, y luego ya no pude verle.

Ahora sonaba otra alarma, desencadenada por mi sabotaje al sistema de emergencia. Tienes que irte, tienes que hacerlo de inmediato.

Entonces vi los trozos de él a mis pies. Pateé la mano cortada por encima del borde. Quizá le golpeara en la cabeza. Otro trozo eran cuatro dedos enteros apenas conectados por los primeros nudillos. Fueron también por encima del borde. La última pieza era su cortado pulgar derecho, y estaba a punto de enviarlo a reunirse con sus dedos hermanos cuando me detuve, pensé un segundo, luego lo recogí y me lo metí en el bolsillo.

Nunca se sabe cuándo puede ser útil un pulgar de recambio.

Recogí mi maleta, salí del conducto y me metí en la materia como espuma sólida que cubría el suelo, y pronto me salí de ella, cayendo de culo en el suelo de un pasillo lleno de gente apresurada.

Sólo un niño pareció darse cuenta de mi caída, y pensó que era algo divertido. Todos los demás estaban buscando la salida de incendios. Me puse en pie, intenté recuperar mi dignidad y me uní a la multitud. Una multitud era exactamente el lugar idóneo donde estar. Puedes perderte en una multitud.

Crucé la puerta de la escalera y empecé a bajar. ¿Así que el segundo piso no era lo bastante bueno para mí? Si hubiera estado un poco más abajo ahora ya estaría fuera.

Esos listos oberoni. Había descendido un tramo de la escalera en espiral cuando sonó una nueva alarma. Y luego una voz:

—¡Todo el mundo en las escaleras de incendios, siéntense donde estén! —Y todo el mundo lo hizo, excepto un tipo de aspecto ridículo que parecía como si hubiera salido de un incendio, una inundación, una pestilencia y una plaga. Estoy hablando de mí.

El chico de antes tiró de mis pantalones. Dulce criatura, considerando que hubiera podido conseguir otra buena risa si simplemente me hubiera

dejado tranquilo. Me senté, y los escalones se colapsaron. Empezamos a deslizarnos hacia abajo por una interminable rampa en espiral.

Hay que admirarles. La escalera plegable había tenido su origen probablemente en una casa de la risa, pero nos sacó rápido del edificio. Otra gente saltaba a ella desde otros pisos, hasta que pronto estuvimos abarrotados, algunos boca abajo, algunos dando volteretas. De todos modos, pienso que hubiéramos tenido más posibilidades de resultar heridos si nos hubieran dejado bajar andando.

Al fondo aterrizamos en un disco giratorio que rápidamente nos fue echando a una blanda hierba de dulce olor. Permanecí tendido allá por un momento, saboreando mi escapatoria, cuando alguien agarró mi brazo y me ayudó a ponerme en pie y me alejó a toda prisa de la zona, donde estaban llegando más huéspedes a cada minuto. Todo era tan ordenado y eficiente como la entrega de equipajes en un espaciopuerto, pero más rápido.

—¿Está usted herido? —Era un joven auxiliar de emergencias. Lo supe por la gran cruz roja en su uniforme—. Estoy bien. Un poco desorientado.

—Si va hacia ese lado, tenemos formularios que puede llenar para reclamar cualquier daño que haya sufrido. Esperamos que esta pequeña crisis se solucione pronto y que pueda continuar usted disfrutando de su estancia en el Otelo. —Gracias. Ya la he disfrutado más que suficiente.

Me dirigí hacia la mesa, pasé por su lado, seguí andando, y salí a la calle y al parque y a una estación del tren y a un coche que me llevó lejos, lejos del señor Isambard Comfort.

Habrán oído ustedes esa vieja expresión, la de seguir a uno hasta los confines de la Tierra. Estoy seguro de que Comfort lo intentaría, si estuviéramos en la Tierra, pero como la mayoría sabe la Tierra no tiene confines, siendo como es una gran esfera como la mayor parte de lugares del sistema. Oberón, sin embargo, sí tiene confines. Cuatro de ellos. Y hacia uno de ellos fui.

Todos los confines reciben el nombre de Ciudad en el Extremo. Si quieren distinguirlos, están numerados once, uno, cinco y siete, a partir de esa vieja esfera familiar del reloj. Dentro de unos pocos años más habrán

evolucionado a diez, dos, cuatro y ocho, y unos pocos años más tarde Oberón perderá una de sus principales atracciones turísticas cuando los confines se encuentren a las tres y a las nueve. Pero por aquel entonces la segunda rueda ya estará en plena construcción.

Creía que estaba en la Ciudad en el Extremo Once. No estaba completamente seguro. Resulta fácil para alguien de fuera desorientarse. Cosa sorprendente, puesto que el sistema es tan lógico, al contrario que las madrigueras de la Luna, donde la mayoría de las cosas simplemente crecen a su aire. Pero así son las cosas. Podía muy bien estar en la Uno. No importaba mucho, por el momento.

Era tres días después de toda la excitación en el Otelo. Había pasado el tiempo escondiéndome, cubriendo todas las huellas que hubiera podido dejar, y siguiendo la evolución del caso del señor Isambard Comfort, extranjero, en la activa prensa sensacionalista de Oberón.

El ángulo extranjero estaba siendo explotado en todo lo que valía. La mayoría de la gente miraba con suspicacia a la gente de Alguna Otra Parte. La raza ya no es ningún problema, con todos esos años de matrimonios mixtos e hibridación. Raras veces ves a nadie que sea realmente negro o realmente blanco. Las diferencias religiosas todavía pueden suscitar problemas, pero nada como lo que acostumbraba a ocurrir en los viejos días de la Tierra. El sexo ya no es fuente de mucha discriminación, con el sexo cambiando en cualquier dirección o incluso frecuentes viajes a uno y otro lado de la línea divisoria. Eso dejaba el origen nacional, y no sólo la mayoría de la gente alberga algún tipo de prejuicio al respecto, sino que muy pocos se sienten avergonzados por ello. Afortunadamente, todo se reduce más a algo parecido a una rivalidad deportiva que a cualquier cosa que pueda conducir a una guerra nacionalista. Muchas peleas a puñetazos, pocos asesinatos.

Comfort no sólo era un extranjero, sino que era un carontés. Hagan una lista de los tipos que deben de ser examinados con suspicacia. Los caronteses la encabezarán siempre, seguidos a distancia por los plutonianos, luego llenen el blanco con el vecino más cercano. Con los oberoni, eran los mirandanos. No se puede confiar en esos jodidos mirandanos, no señor. Quiero decir, ¡miren la forma como visten! Su cocina apesta, no se lavan lo

bastante a menudo, no limpian las cosas, sus ciudades son un nido de suciedad. ¡Son estúpidos! ¿Han oído hablar de la expedición mirandana al Sol? ¡No tienen miedo de achicharrarse, porque descenderán de noche! Y un millón de otros viejos chistes similares. ¡Ah, pero los caronteses! Eran un miserable puñado de leprosos. Por supuesto, en el caso de los caronteses, mi opinión era que realmente se lo merecían.

El que los caronteses tuvieran la osadía de torturar a una ciudadana de Oberón hasta casi matarla, la perversidad de asesinar a una compatriota y arrojar su cuerpo por la ventana, la impresionante insensibilidad de causar un gran pánico en uno de los más espléndidos hoteles de Oberón, y la estupidez de ser atrapado, menos las dos manos y una buena parte de un pie…, bueno, era algo simplemente demasiado sorprendente para que un director de periódico oberoni lo creyera. ¡Nuevos titulares cada día! ¡Vergonzosas revelaciones! Entrevistas con cada huésped y miembro del personal del Otelo, con la policía que investigaba el caso, con los bomberos y los técnicos médicos. ¡Y rumores a puñados! ¡Un pelotón del terror carontés de camino desde los mundos exteriores para liberar a Comfort de la prisión! ¡Satanistas locales confabulando para que Comfort escapara! ¡Disturbios allá dónde los Ciudadanos para la Decencia se enfrentaban a los satanistas! ¡La auténtica historia de la lucha a muerte entre Comfort y el misterioso tercer carontés, y la caza del hombre de este último! ¿Estaba muerto (algunos decían que devorado por alguna camarilla carontesa establecida en Oberón), o vivo y oculto?

Leí estas últimas historias con particular atención, como pueden imaginar. Hasta entonces no había habido ningún indicio de que los periódicos tuvieran la menor idea de lo que había ocurrido realmente. Esto no me tranquilizaba mucho (puede que nunca vuelva a usar la palabra «confort», por analogía, ya saben). Probablemente la policía sabía mucho más de lo que decía.

En resumen, no parecía el momento más idóneo para presentarme a la comisaría local y descargar mi conciencia, contarles la auténtica historia. Estaba seguro de que podía justificar mi lucha con Comfort, pero puede que tuviera algunos problemas a la hora de convencer al juez de que cinco balas a través de una puerta cerrada eran defensa propia. Algunas personas

podrían incluso intentar calificarlo de asesinato en primer grado. Nunca puede decirse. Los fiscales pueden ser muy obcecados en este sentido.

Y, por supuesto, estaba el asunto de esas viejas órdenes de busca y captura. Realmente parecía que había llegado el momento de decir adiós al hermoso Oberón. Y eso era mucho más duro de lo que sonaba. Hasta entonces, no había tenido ni la más mínima suerte.

Al menos no tenía a Izzy a mis espaldas. Ésa era otra razón por la que contemplaba cada hora las noticias. Debido a la notoriedad y a la horrible naturaleza de los crímenes de los que era acusado, no había sido soltado bajo fianza. En realidad estaba acusado de crímenes que a menudo se resolvían con un simple juicio civil, el pago de una multa, y todo el mundo se iba satisfecho a casa. Pero esta vez era el público el que tenía que sentirse satisfecho, y el público estaba enojado. Se identificaba con la señorita Polimnia Reynolds, un miembro de la clase media trabajadora de Oberón. ¡Deseaban que aquel jodido satanista se pasara un cierto tiempo entre rejas!

Sí, muy bien. Pero no miren mucho su reloj. Cuando todo se enfriara un poco, o posiblemente antes, esos amigos en las altas esferas que habían sido comprados, o que usaban los servicios proporcionados por un grupo como la Mafia Carontesa, aparecerían y dictarían sentencia, e Izzy saldría por la puerta grande. Estudié constantemente todos los periódicos para asegurarme de que no me pasaba por alto este momento. Posiblemente podría arreglar las cosas para estar en aquellos momentos a unos mil metros de la puerta de la prisión, con un rifle de alta potencia con mira telescópica.

Puedo soñar, ¿no?

Toby se me acercó dando saltos, con una pelota de caucho roja en la boca, y apoyó una pata en mi brazo. Es la mayor debilidad de Toby: le encanta perseguir pelotas. Arroja cualquier cosa redonda en su presencia, y olvida al instante que es un tipo de perro civilizado, serio, con un alto CI, que sabe contar hasta cinco. Su rosada lengua cuelga, y revierte a sus tiempos de cachorrillo: sus ojos se clavan en la pelota con esa total concentración que sólo un perro puede conseguir. Dios sabe dónde encontró ésta. Entre la maleza, abandonada por algún otro perro, a juzgar por su muy masticada superficie.

Se la quité de la boca.

—¿Vas a buscarla, Toby? ¿Vas a buscarla? —Saltó arriba y abajo en pleno delirio, agitando todo el cuerpo y ladrando de alegría. Hice como si fuera a arrojar la pelota y se inmovilizó, dispuesto a mantener aquella postura hasta que Caronte se calentara o yo la arrojara, una de las dos cosas. La arrojé, y partió en su busca. En la gloria. Qué dura era su vida. Estaba en uno de los pequeños parques que los ingenieros de la rueda habían dispersado por todos los Extremos mientras progresaba la construcción. Había una piscina muy poco profunda para niños, una estructura mirador/quiosco para banda de música, lavabos públicos que realmente parecían hechos de ladrillos pero no lo eran. Un terreno de juegos de constrúyelo-tú-mismo hecho de brillantes colores plásticos. Casi un centenar de recios y espléndidos árboles: pinos, arces, enormes robles, y cerezos, naranjos, manzanos y plátanos que daban auténticos frutos todo el año. Lo único que faltaba era la Gran Montaña de Caramelo y puestos de venta de soda y limonada frescas. Mirándolos, nunca sospecharías que todos los árboles estaban metidos en enormes macetas, que toda la hierba crecía sobre una pequeña capa de tierra metida en cubetas unas al lado de las otras y que podían ser retiradas y trasladadas a otro lugar en cualquier momento cuando los trabajadores de la construcción estuvieran listos para extender aquella sección otros cuantos kilómetros.

Los parques eran más para turistas que para los niños del lugar. La atracción, naturalmente, era el Extremo en sí. Los oberoni sabían astutamente que, una vez habías llevado a los turistas a una maravilla escénica, debías darles algo que hacer además de quedarse mirando con la boca abierta. Y puesto que ya estabas en ello, venderles *souvenirs* y comida basura a precios exorbitantes. No lejos de aquel pequeño entorno selvático había un parque de diversiones portátil cuya atracción estrella era La Gran Zambullida, unas montañas rusas que se salían tres veces del Extremo a lo largo de su recorrido.

Uno pensaría que el Extremo era suficiente. Por supuesto, era más que suficiente para mí.

Estaba sentado en la acera de cemento que definía el Extremo, haciendo lo que todo turista no afligido de acrofobia terminal hace cuando llega allí:

sentarse con los pies colgando sobre el infinito. Tres veces ya me habían pedido que tomara la foto de algún grupo que fingía caerse, o mirando cautelosamente hacia abajo.

Ayuda llegar hasta allí, sentarse cómodamente, y luego colgar las piernas por el borde. Yo no tengo ningún problema con las alturas, pero hay alturas y luego hay alturas. No hay nada aquí más alto que el Extremo. En el Extremo, estás de pie encima del infinito.

Todo ello muy seguro, por supuesto. Nadie quiere tener un montón de cadáveres congelados de turistas orbitando Urano. Sería una mala publicidad.

Cada cien metros o así a lo largo del Extremo hay clavados muy llamativos carteles: SALTEN BAJO SU PROPIA RESPONSABILIDAD. COSTE DE RECUPERACIÓN: 100 $OB. En alguna parte allá abajo, a unos dos o tres kilómetros de distancia, había una totalmente invisible sustancia plástica que conservaba el aire en los Extremos. Una gran burbuja de esa materia cubría todos los extremos de la rueda. Si saltabas o caías por el Extremo, pronto golpeabas esa sustancia y rebotabas, y rebotabas de nuevo, y probablemente rebotabas una docena de veces antes de pararte. Entonces la Patrulla del Extremo bajaba una cuerda con un arnés hasta ti y eras izado como una trucha. A menos que te hubieras torcido un tobillo o roto un hueso, en cuyo caso se trataba de un rescate, y bajaban con una camilla y te cobraban 500 dólares OB. Para mí era una forma más bien cara de obtener algo de emoción, pero docenas de personas lo hacían cada día. Por cinco dólares, en algunos lugares arriba y abajo del Extremo, podían atarse a una cuerda elástica y obtener un viaje mucho mejor y mucho más barato. ¿Pero quién puede entender a los turistas, eh?

Aquí y allá en el aire delante de mí cientos de mariposas de variados colores eran deslizadores con alas de gaviota y voladoras a pedales con alas como de gasa que aprovechaban las corrientes ascendentes a lo largo del Extremo. Al menos había otras tantas cometas de todas las formas y tamaños. Era un caleidoscópico embotellamiento de tráfico en el aire. ¡Glorioso!

Toby regresó con la pelota y la dejó caer a mi lado, luego me miró como si sólo el poder de la voluntad pudiera alzarla y arrojarla. La recogí e hice

gesto como para lanzarla por encima del Extremo. Se preparó para saltar. Hubiera debido pensármelo dos veces antes de incitarle de aquel modo. Básicamente Toby no tiene miedo; saltaría por el Extremo en menos de un minuto. Me volví y la arrojé tan lejos como pude hacia la cabeza de presión.

Dije todo ello muy seguro. No dije completamente seguro.

La cabeza de presión es un muro de acero de ochenta kilómetros de ancho por ocho de alto. Una Ciudad en el Extremo era definida por ese espacio, todavía no permanentemente ocupado, entre la cabeza de presión y el Extremo. Estaba perforada en cientos de lugares a lo largo del fondo por lo que parecían amplias e invitadoras puertas abiertas, pero que en realidad eran esclusas de aire abiertas. En cada puerta había un cartel muy prominente advirtiendo de que estabas abandonando un entorno de presión de categoría B y entrando en una zona de categoría D. Mucha gente vive toda su vida sin visitar jamás una zona D. Esas calificaciones toman en cuenta muchos factores, tengo entendido, pero en el fondo se reducen a cuántas superficies hay entre tu tierno e irreemplazable culo y el vacío. Categoría D significa que sólo hay una barrera, en ese caso la invisible sustancia plástica que proporcionaba un entorno de trabajo a los obreros de la construcción y a los visitantes de la Ciudad en el Extremo. Si esa membrana era perforada, oirías todo un infierno de claxons y sirenas, y descubrirías que las esclusas de aire al mundo seguro eran cerradas tras admitir grupos de veinte personas a su habitual, enloquecedoramente lento, ahora quizá fatalmente lento, ritmo, mientras tus oídos hacían *pop* y tu nariz empezaba a sangrar.

¿Cuántas veces había ocurrido esto durante la construcción de la rueda? Hasta ahora, cero. ¿Cuánto me preocupaba acerca de un reventón? Aproximadamente lo mismo. La mayoría de la gente a mi alrededor parecía sentir lo mismo. Traían a sus chicos aquí, venían a jugar o a tenderse en la hierba, acampaban «para pasar la noche», cuando las grandes luces que brillaban allá abajo en el eje eran apagadas durante ocho horas.

Cuando se completaban otros ocho kilómetros de rueda, la cabeza de presión era desprendida de los enormes pernos que la mantenían en su lugar y rodaba hacia el Extremo y su nuevo anclaje. Me hubiera gustado ver eso.

Celebran grandes desfiles y fuegos artificiales y festivales y música. Payasos y trovadores y, por supuesto, teatro al aire libre.

Había lanzado la pelota de caucho unas cuantas veces más cuando ¿quién creen que vi avanzar con su paso arrastrado a lo largo del paseo, sino a Elwood P. Dowd? Se detuvo a unos pocos pasos de distancia y se me quedó mirando, las manos metidas en los bolsillos de sus holgados pantalones grises, jugando con su billar de bolsillo o contando su calderilla o lo que fuera que hiciese cuando mostraba aquella expresión pensativa en su rostro.

—No te vi en el viaje desde Plutón —dije.

—No, no me viste —respondió con su voz arrastrada—. Claustrofobia. Y no llevabas comida suficiente para los dos.

Se sentó a mi izquierda, dejó colgar los pies con sus zapatos de duro cuero marrón y sus calcetines a rombos de colores. Siempre se sienta a mi izquierda, porque está sordo del oído izquierdo. Una vez me dijo que había caído a un estanque helado cuando era pequeño, allá en Bedford Falls. Elwood tenía muchas historias como ésa. Había sido senador de los Estados Unidos durante tres años, y había volado en solitario a través del océano Atlántico. Había sido el director de una banda de *swing*.

—Sí, lo sé —dije—. El viejo Pantechnicon no es lo suficientemente bueno para ti. ¿De qué forma viajaste esta vez? ¿En el asiento de atrás de la escoba de alguna bruja? ¿Montado en las suaves alas de los ángeles? ¿Escaneado, digitalizado, enviado a través del éter para ser recompuesto aquí, al borde de la locura humana?

Miró entre sus zapatos, haciéndolos oscilar perezosamente.

—Es un borde muy hermoso, si me lo preguntas. —Podía decir por la forma en que miraba a la distancia que estaba irritado. No le gusta que le señale los lapsos en la lógica que normalmente implican sus apariciones.

—Si no te gusta tenerme a tu alrededor, siempre puedo irme —dijo, arrastrando como siempre las palabras.

Hace mucho tiempo había aprendido a no pasar un brazo alrededor de su hombro o ninguna otra estupidez parecida. La gente mira. Lamentable, pero es así. Normalmente ni siquiera miro directamente a él, pero ahora lo hice.

—Después de más de noventa años, Elwood, me cuesta imaginar lo que haría yo sin ti.

Eso pareció satisfacerle. Frunció el ceño por un momento hacia los deslizadores que iban de un lado para otro.

—Quizá vine aquí en una nave más rápida que la tuya —dijo.

—¿Usando tu bonificación de viajero asiduo en el *Holandés Errante*?

—El viejo *Espíritu de St. Louis* era mucho más rápido. No, pero quizá me agencié un viaje con alguien que llegó aquí mucho más rápido. En estos momentos, si yo fuera tú, me estaría preguntando: «¿A quién conozco que llegó aquí más rápido que yo? ¿Y cómo lo hizo?».

Dos horas en la biblioteca revisando fajos de periodivisores atrasados me dieron la información que necesitaba. Y sí, fui realmente a la biblioteca. Existen, ¿saben?, y algunas de ellas incluso tienen unos cuantos libros. Hasta en un mundo tan completamente nuevo como Oberón no se han convertido enteramente al servicio todo-por-teléfono. Y por ley tienen que mantener pasados de moda terminales de sobremesa, para aquella gente que rechaza el interface directo y los módems implantados: Amish, miembros de la Ciencia Cristiana, naturalistas, estrellas infantiles de la telefracasados, gente que escuchaba Radio Libre Betelgeuse a través de los empastes de sus dientes. Gente rara.

Cuando descubrí lo que estaba buscando, el germen de una loca idea arraigó como mala hierba y se negó a ser arrancado. Caminé durante una hora, dándole vueltas y vueltas en mi mente. Una locura, no dejaba de decirme a mí mismo. Y luego pensaba en otro ángulo y volvía hacia atrás, y no dejaba de pensar en ello.

Encontré un restaurante que admitía perros —sí, algunos en Oberón no los aceptan; ¿pueden imaginarlo? Y se llaman civilizados— y pasé dos contemplativas horas comiendo pasta y bebiendo té fuerte. Toby, tras comer su ración e intentar en vano interesarme en jugar a lanzar la última albóndiga, se quedó adormilado en su silla.

¿Qué demonios?, pensé. Toby abrió un ojo y me di cuenta de que lo había dicho en voz alta. Dejé el dinero sobre la mesa y lo recogí, agitado

por una repentina prisa.

—¿Qué te parece hacer un viaje en el tren rápido? —le pregunté. Me dio a entender que por él estupendo, y volvió a dormirse.

Toby es un alma en la que se puede confiar. Por muy viajado que esté, puede que hubiera tenido alguna objeción que hacer si hubiera sabido algo más sobre el Expreso del Borde.

El expreso no funcionaba la última vez que estuve en Oberón, por una razón que pensé que era excelente: no había mucho borde por el que viajar. Ahora había mucho más, pero todavía era preciso tener en cuenta el pequeño asunto del hueco de ochocientos o mil kilómetros entre los arcos. ¿Cómo podía un tren ir de un arco al siguiente si ninguna vía los conectaba? Bien, a veces la cosa más sencilla es simplemente dejar que la montaña vaya a Mahoma.

El vagón del tren era todo lo que los ascensores de los radios no eran: estrecho, atestado, lineal. Los asientos eran cuatro de lado, con un pasillo entre los dos pares. La mitad superior del vagón era transparente, aunque no podías ver nada cuando subías a él puesto que el vagón estaba en un tubo, suspendido a tres milímetros por encima de un raíl de inducción magnética. Me acomodé en un asiento de pasillo. Estaba muy acolchado, y podía reclinarse casi cuarenta y cinco grados. Cuando el vagón estuvo más o menos medio lleno, las puertas delantera y trasera se sellaron, y hubo un fuerte siseo cuando el aire fue expulsado del tubo. Entonces me vi apretado contra mi asiento por la rápida aceleración.

En sólo unos pocos minutos estallamos silenciosamente al espacio. Toby flotó libre de mi regazo, ingrávido. Aquello no le preocupó, simplemente miró curioso a su alrededor hasta que agarré una de sus patas traseras y tiré de él hacia abajo. Me retorcí en mi asiento y vi el enorme borde del Arco Mediodía empequeñecerse detrás de nosotros. Pude ver la cabeza de presión, varios túneles, incluido aquél por el que habíamos emergido, la misteriosa estructura interna del suelo. Estábamos viajando a cinco mil kilómetros por hora…

… y manteniéndonos completamente inmóviles. Todo es relativo, ¿saben? O eso me han dicho. Desde el punto de vista de la girante rueda, en realidad estábamos alejándonos. Pero apártense de la rueda y permanezcan inmóviles, y verán que el vagón de tren estaba simplemente colgando en el espacio mientras el Arco Mediodía rodaba alejándose de él y el Arco Seis se aproximaba.

Todo muy limpio. Cuelga suspendido ahí durante vente minutos, luego decelera cuando el otro arco te recoja. Tiempo de viaje: treinta minutos. Y, les oigo protestar, ¿por qué demonios tomarse la molestia de sufrir un viaje de quince horas a través del eje, como hacía Poly dos veces por semana, cuando estaba disponible este carruaje mágico?

Respuesta: el dinero.

No había ninguna razón física por la cual el Expreso del Borde tuviera que ser tan caro. Era barato de operar, era seguro, era rápido. Y el gobierno de Oberón odiaba la maldita cosa, deseaba que simplemente desapareciera. Puesto que no lo hacía, lo gravaba infernalmente. Añadía sobretasas por cada maldita cosa que el gobierno era capaz de añadir, y luego añadía unas cuantas más. Encima de todo eso, subvencionaba los ascensores de los radios hasta el punto que eran prácticamente gratuitos. Era como un billete de autobús comparado con el alquiler de una limusina. Los ascensores no necesitaban siquiera cobrar billete. El dinero obtenido con las concesiones y el juego permitían que el servicio obtuviera un saneado beneficio, de una forma parecida a un cine que no gana casi nada en taquilla pero lo compensa vendiendo a precios abusivos las palomitas de maíz y los refrescos.

Pero ¿cuál era el problema con la velocidad y la eficiencia? ¿Por qué la hostilidad hacia el Expreso? La respuesta no tenía sentido para mí, hasta que tomé en consideración la economía de un mundo rotatorio en construcción.

Desde su concepción no hacía muchos años, y durante algunos años más, por encima del noventa y cinco por ciento del tráfico de carga iba hacia abajo. Las cargas llegaban al eje —acero moldeado, composites, vidrio, redes, comida importada, caballos para tiovivos, actores muertos de hambre—, y eran bajadas hasta el borde. De todo eso, sólo el actor muerto

de hambre tenía posibilidades de volver al eje. Y en Oberón, ir abajo significaba frenar. Cada kilogramo trasladado del eje al borde frenaba la rotación de la rueda en unas pocas millonésimas de segundo. Consideren los millones de kilogramos que bajaban de esa forma cada día. Muy pronto, si no se tomaban medidas, la rueda se quedaría sin impulso como una caja de música a la que se le acaba la cuerda. Todo el mundo se volvería más ligero, y más ligero, y más ligero…, y ascendería y acabaría escapando de la rueda. (La gente se volvía más ligera, pero no mucho. Cuando la velocidad de rotación había disminuido hasta cierto punto, los ingenieros aplicaban impulso y llevaban la rueda de vuelta a su velocidad original, y un poco más. Incluido en las «previsiones climáticas», oberoni, de hecho programaciones, estaba el «índice de gravedad» diario. Había días ligeros y días pesados. ¿Creerán ustedes que el índice de suicidios se incrementaba en los días pesados? Es cierto. También había más peleas, más absentismo laboral y más quejas de estreñimiento). (Estas variaciones en la rotación también hacían que las balanzas de muelles fueran ilegales en Oberón. Sólo las balanzas de brazos podían proporcionar un peso exacto).

Impulso significa energía, y la energía cuesta dinero. Uno calcularía que existía un impuesto por kilogramo bajado para pagar por ella, y existía, pero no era muy grande. Era una ecuación compleja, pero una que finalmente daba como resultado una tarifa ultrajante en el Expreso del Borde, puesto que esos ciudadanos no estaban ayudando a mantener funcionando los ascensores.

Había otra forma de entregar carga al borde. También implicaba frenar la rueda. Había un hecho de la física que ninguna cantidad de impuestos podía corregir: más masa en el borde es igual a menos velocidad, no importa cómo llegue allí. Pero era más rápida, como el Expreso en sí. La rueda gira, ¿lo ven?, y tiene esos dos enormes huecos en ella. ¿Por qué no aguardar a que pase un arco, entonces situar su carga en posición donde pueda ser interceptada y frenada magnéticamente, del mismo modo que ahora estábamos sentados ahí en medio del espacio, aguardando a que llegara el arco?

Bueno…, suena estupendo, pero se trata de cargamentos grandes. Tienes veinte minutos para situarlos exactamente. Sin ningún margen de error, y

tiene que funcionar bien cada vez, cientos de veces al día…, y creo que ésta es mi parada, señor conductor. Ha sido divertido, y envíeme una postal si usted…, esto…, cuando llegue sano y salvo.

Imaginen varios millones de toneladas estrellándose contra una de las cabezas de presión; los oberoni llegaron a la misma conclusión que yo. No gracias. Descargaremos las cosas en el eje, de una forma lenta y civilizada, luego las bajaremos suavemente hasta allá donde sean necesarias. El Expreso del Borde ya es suficiente excitante, para aquellos que pueden permitírselo.

¿Podía yo permitírmelo? En realidad no, pero mi razonamiento era el siguiente: si este plan loco no funciona no tendré la menor oportunidad de llegar a la Luna a tiempo. De hecho, si no estoy fuera de esta rueda en veinticuatro horas o menos, mis posibilidades de ser arrestado se convertirán en casi una certeza. Así que el tiempo era más importante que el dinero para mí. Todo lo que me llevaba conmigo en estos momentos era rapidez, audacia y encanto.

En realidad, no me sonaba demasiado mal. Muchas veces en el pasado había salido huyendo de la ciudad con menos.

Dan la vuelta al vagón antes de la llegada al Arco Seis, de modo que cuando empieza la deceleración te ves apretado de nuevo contra tu asiento, no echado fuera de él. El piloto nos dijo que estaríamos ingrávidos durante los primeros diez segundos en el túnel, de modo que podíamos volvernos y mirar siempre que recordáramos apretarnos contra nuestro asiento una vez hubiéramos entrado.

Me volví por unos instantes, pero hallé que la vista del arco que se acercaba era más inquietante de lo que había sido la vista del otro que se retiraba. Puedes verlo realmente crecer durante el último minuto de caída libre, avanzando hacia ti como el torcido mazo de Dios. No había ninguna abertura visible; sabía que estaban todas ahí, pero no podías verlas hasta el último segundo. Resultaba difícil resistirse a la idea de que estabas a punto de ser bateado como una gran pelota de béisbol en dirección a la galaxia de Andrómeda. Me apreté contra mi asiento y abracé a Toby para protegerlo y

cerré los ojos. De pronto todo se hizo oscuro, al instante, y me vi apretado contra el asiento. Al cabo de un momento se abrían las puertas y todos salíamos a la estación. Un ascensor nos llevó al suelo del Arco Seis.

Que era muy parecido al Arco Mediodía, con una diferencia. Tenía las Villas Colgantes, a veces denominadas Villas Colgadas, conocidas también como Penthouses Gitanas, Grajeras, Mansiones Murciélago, Malditos Engorros Públicos, Legañas Peligrosas, Accidentes en Progreso, y muchos otros términos nada halagadores. Parecían ridículos candelabros, adornos de Navidad que colgaban de un desván gargantuesco. Eran alojamientos que colgaban en vez de alzarse del suelo.

Como de costumbre, espectáculos como aquél eran resultado de la negligencia de los legisladores y la codicia de los abogados. Parece ser que un orondo banquero plutócrata, uno de los miembros del consorcio original que financió los primeros trabajos en Oberón II y cuya familia llegó a bordo de la buena nave *Tax Shelter* (piensen en la *Mayflower*, con restaurantes de cuatro estrellas y contacto directo y permanente con la bolsa), buscaba construir una casa que hiciera que todos los demás orondos plutócratas babearan de envidia. Puso a su equipo de chacales de Nueva Harvard en el proyecto, y uno de ellos vino con la sorprendente afirmación de que nadie era propietario del espacio aéreo encima del borde de la rueda. Uno podía, si tenía el dinero y la osadía necesarios, construir un castillo en el aire. El banquero tenía en abundancia de ambas cosas, y pronto una especie de Xanadu de los Cielos colgaba de una cuerda de ochocientos kilómetros de seda de araña, atada al eje y flotando a kilómetro y medio por encima de la gente vulgar, a una distancia conveniente.

Lo que un millonario imbécil puede crear, seguro que otros lo copiarán. Pronto había una docena de aquéllos no bien recibidos intrusos frunciéndole el ceño a la población, completos con jardines colgantes, piscinas, hangares, y toda la ostentación que el dinero podía comprar. Por alguna razón que no alcanzo a comprender, hasta ahora sólo estaban en el Arco Seis, pero corrían rumores de que se estaban construyendo otras, esperando ser bajadas, también en el Arco Mediodía.

Esas estructuras eran completamente distintas a cualquier otra cosa que los seres humanos hubieran habitado hasta aquel punto. Las estructuras en

caída libre pueden ser caprichosas y de formas completamente libres, pero normalmente terminaban en un masivo amasijo de añadidos, como Brementon. No estaban hechas para ser disfrutadas desde fuera. Las estructuras en una superficie, ya fueran sobre un planeta o bajo giro, tenían una inevitable y constante gravedad con la que enfrentarse. Incluso con la fuerza de los modernos materiales de construcción, había un límite a lo que podía hacerse. Las villas colgadas vivían en un nuevo entorno. No tenían ningún tipo de base sobre la que asentarse; si se bajaba una hasta el suelo, se desmoronaría como papel de aluminio, se derrumbaría de lado como un trompo exhausto. Eran asimétricas, tendían a ser más anchas en el centro que arriba y abajo. Una cosa era segura: si eran declaradas fuera de la ley, como proponían el noventa por ciento de los seises, iba a ser un gran problema trasladarlas a ningún otro lugar.

La batalla legal se había iniciado hacía quince años, y todavía estaba en plena efervescencia, sin ningún final a la vista. Hasta ahora el único progreso había sido la aprobación de una ordenanza por la cual cada una tenía que estar suspendida por un mínimo de tres cuerdas, cada una capaz de soportar todo el edificio. Los ocupantes habían cumplido sin protestar. Demonios, era barato y fácil de hacer, y en consecuencia todavía seguían colgando.

Como la mayoría de turistas, yo pensaba que eran un espectáculo digno de ver, a su manera sin gusto y excesivo. Pero podía ver las razones de la gente en el suelo. Particularmente quienes vivían en las Tierras de Sombra.

En primer lugar, estaba el problema de las cosas que caían o eran arrojadas por el borde. Normalmente eran copas de plástico de champán, vasos de papel arrugados, y las colillas de todo tipo de cigarros y cigarrillos. Pero de tanto en tanto era una maceta, a veces lo bastante grande como para contener una palma. Había habido sillas, prendas de ropa, tejas cerámicas desprendidas por el tiempo, fragmentos de cristal de ventanas rotas. Hacía pocos años un grupo de borrachos en plena fiesta había arrojado por el borde un piano de media cola. Había caído un cuerpo humano, un suicidio. Hasta ahora nadie había resultado muerto en el suelo. Daños y heridas eran generosamente compensados, y las primas de los seguros de los ofensores convenientemente elevadas. Había gente que podía permitírselo fácilmente.

El gran problema era ése en el que ya están pensando. Tres cables o no, ¿quién deseaba vivir debajo de aquellas malditas cosas?

La respuesta era: gente que buscaba alquileres bajos. Los valores de la propiedad habían caído más rápido que el piano de media cola en las zonas afectadas, conocidas como Tierras de Sombra. Porque realmente aquellas cosas arrojaban sombra. Sin la ayuda de lámparas de crecimiento, todas las plantas de tomate y marihuana en los tiestos de tu ventana se marchitaban y morían. La factura de la luz se disparaba, pero el alquiler bajaba.

Los apartamentos en las Tierras de Sombra tendían a ser ocupados por jóvenes, que tradicionalmente no tenían mucho dinero, y que realmente no pensaban que pudieran morir. Muchos residentes llevaban cascos duros de color rojo brillante cuando iban por la calle. No garantizaban mucha protección, pero eran una forma de burlarse desafiantes del peligro.

Vi a varios de aquellos bohemios de casco duro en mi camino a la Tierra de Sombra. Toby olisqueó el aire cuando penetramos en la zona crepuscular. Sabía que algo estaba mal, pero no podía imaginar qué. Dudo que la villa colgada que teníamos encima significara nada para él; era algo demasiado grande y demasiado distante para formar parte de su mundo.

Pasamos junto a una hilera de gente que llevaba pancartas y cantaba algo. Las pancartas decían salvemos los anillos. Nunca llegué a saber de qué se trataba.

Vagué por el vecindario durante varias horas, captando el aroma del lugar. Había cambiado un poco mi rostro, mi atuendo, mi forma de andar. Normalmente adoptaba unos cuantos disfraces en un proyecto como éste, era varias personas diferentes en el transcurso de mi espera. Pero, no importaba lo que hiciera, incluso el observador más inepto tomaría nota de todos aquellos tipos diferentes que caminaban con el mismo perro. No podía evitarlo; deseaba a Toby conmigo. Pero soy bueno fingiendo. Puedo encajar en casi todos los lugares, sé cómo actuar de una forma totalmente natural e inocente.

Era un barrio tranquilo de familias trabajadoras y estudiantes universitarios. El tumulto de los rascacielos en estampida estaba a ocho

kilómetros de distancia. La gente aquí era más estable, menos llamativa. Estoy seguro de que hubiera sido un lugar muy deseable para la tranquila clase media de no ser por la colgante monstruosidad de las villas colgadas. Mirando hacia arriba, resultaba imposible apartar la idea de que en cualquier momento iba a caer una gran masa de excrementos sobre tu cabeza. Había una abertura en iris de algún tipo, posiblemente para admitir helicópteros u *hovercrafts*, que podía ser vista con mucha facilidad como el gigantesco recto de un robot.

Me pregunté cómo se libraban de la basura y las aguas fecales. Imaginé volantes carros mieleros zumbando alrededor del gran ano en el cielo como furiosas abejas, sorbiendo flatulencias, recogiendo efluvios. Tras pensarlo dos veces, querido, veamos qué hay disponible en los apartamentos de las Tierras de Sol.

No viendo ningún signo de actividad policial, pero lejos de estar seguro de que podría verla si estuviera allí, reuní todo mi valor y entré en el edificio. Recorrí los pasillos con lo que esperaba que fuera un aire de despreocupada inocencia, pasando varias veces por delante de su puerta. No había nadie por ahí leyendo el periodivisor. Nadie jugaba en las escaleras. No vi ninguna evidencia de cámaras recientemente instaladas, pero sabía que sí deseaban ocultarte una cámara, no ibas a encontrarla. Soy muy bueno olisqueando la poli en circunstancias ordinarias. Algo acerca de los zapatos que llevan, y la forma como caminan. Pero la vigilancia electrónica es otro asunto.

Todo dependía de lo que ella les hubiera dicho, y de cuánto la hubieran creído. Lo que imaginaba que era el mejor tanto a mi favor era que simplemente pocos polis creerían que un hombre que podía escapar de la forma en que yo lo había hecho fuera tan estúpido como para acudir aquí.

Bueno, lo he demostrado muchas veces, soy más estúpido que eso. Así que me encaminé directamente a la puerta, hice una profunda inspiración, y llamé.

Hubiera podido jurar que me estaba mirando a través de una mirilla de baja tecnología. Cuando abrió la puerta su rostro se frunció en un gesto de desconcierto. Mis rasgos no eran los que recordaba, pero algo la roía. La gente cambia de aspecto estos días, a veces con frecuencia. Tenía entendido

que estaban evolucionando algunas nuevas habilidades de reconocimiento para enfrentarse a ese hecho. Yo soy bueno en ello. La mujeres tienden a ser mejores todavía que los hombres. Hay una identidad en los ojos que es independiente de otros rasgos físicos, cosas acerca de la postura de uno, algo que yo llamo la presencia en el escenario, los gestos, posiblemente incluso alguna especie de aura, que a menudo te delata.

Ella bajó la vista al perro en el hueco de mi brazo, luego la alzó de nuevo a mi rostro. El reconocimiento se fue abriendo camino.

Cuando vi avanzar su puño derecho ya era demasiado tarde. Me senté bruscamente y me llevé la mano a la nariz. ¡Jesús, cómo dolía!

—¿Puedo entrar? —dije con voz nasal, y me quedé mirando mi mano llena de sangre.

—¿Cómo tienes el valor de venir aquí? —gritó—. Después de lo que me hiciste. ¡Te fuiste y me dejaste para ese monstruo!

Caminaba arriba y abajo por la pequeña sala de estar de su apartamento. Había repetido aquello una y otra vez antes, docenas de veces en los últimos diez minutos, pero yo sabía que tenía que sacarlo de su sistema. Finalmente lo conseguiría. Había habido un momento de quietud cuando me miró sentado allá en el suelo, quizás un poco sorprendida de lo que había hecho, pero muy lejos de lamentarlo. Me había ayudado a levantarme y a entrar, había cerrado la puerta detrás de mí, y había iniciado la andanada.

Me gritó mientras me empujaba hacia el sofá, no dejó de hablar mientras iba a la cocina a por un trapo húmedo y algo de hielo, siguió gritando mientras me arrojaba el hatillo frío, hirvió y murmuró mientras recogía el hielo del suelo y lo envolvía de nuevo y me lo tendía desafiante.

Yo me limité a permanecer sentado allí con la cabeza baja. El trapo estaba rojo ahora, pero la hemorragia había cesado. La nariz me pulsaba un poco, pero no creía que estuviera rota.

Toby permanecía sentado al otro extremo del sofá, tan lejos de mí como le era posible, y la contemplaba ir arriba y abajo y se lamía nerviosamente los labios de tanto en tanto. Sentándose en el sofá creo que quería dar a entender que todavía estaba conmigo en espíritu, pero manteniéndose a distancia me daba a entender que si ella se ponía violenta de nuevo, Sparky,

apáñatelas como puedas. Toby era un artista, no un pugilista. Si yo quería un guardaespaldas, sería mejor que comprara un *rottweiler*.

Si no tienes intención de reanudar la violencia, finalmente alcanzas un punto en el que quemas la mayor parte de la ira. Hay muchas formas distintas de seguir a partir de ahí. Podía intentar echarme. Yo no iba a permitírselo, pero podía intentarlo. Podía empezar a gritar. Consideraba aquello mucho más probable. Lo que hizo, sin embargo, fue más bien deshincharse. Siguió caminando arriba y abajo unas cuantas veces más, intentando pensar en formas más originales de insultarme, fue disminuyendo su marcha, y finalmente se detuvo mirando a Toby. La más débil de las sonrisas rozó sus labios.

—Es un hermoso perro —susurró.

—Se llama Toby —dije. Era la segunda frase que le decía desde que la encontré tendida en la ensangrentada cama.

Toby sabe cuándo debe actuar. Saltó al suelo y se alzó sobre sus patas traseras y bailó un poco, con su rosada lengua colgando encantadoramente. Sabe hacerse el gracioso. Dio una voltereta hacia atrás, luego se sentó y ladró, tres veces. Poly emitió un sonido a medio camino entre un sollozo y una risa.

—Mi nombre no es Trevor, de todos modos —dije. Aquello la excitó de nuevo. Esperaba que lo hiciera.

—Oh, ¿de veras? —exclamó, con la voz rezumando desdén—. Imagina mi sorpresa. La policía me dijo que Trevor Howard era una especie de viejo actor, y que llevaba muerto doscientos años. ¿Puedes imaginar lo estúpida que me sentí? —Siguió despotricando un poco más, pero ya no ponía el corazón en ello, y volvió a calmarse. Esta vez se sentó, y Toby saltó a su regazo y le lamió el rostro. Su mano acarició ausentemente al animal, y Toby se enroscó en su regazo y alzó hacia ella una mirada adoradora.

Hay esa cosa respecto a los que aman a los perros —y Poly era definitivamente una persona amante de los perros— que nos hace incapaces de mostrarnos totalmente furiosos, totalmente tristes o de alguna forma excepto relajados y al menos un poco complacidos cuando nuestras manos están acariciando el lomo de un perro y rascándole detrás de las orejas. Toby aprovechaba esos momentos por todo lo que valían, arqueándose

sensualmente, lamiéndose los labios. Un gato hubiera ronroneado, pero Toby no necesita hacerlo. El lenguaje corporal de un perro es igual de elocuente. Quizás ahora yo podría hablar.

—En primer lugar, me gustaría decirte que nunca te hubiera dejado allí si hubiera pensado que podías estar en peligro. —Me miró dubitativa, pero no dijo nada—. Ya sé lo que estás pensando: «Entonces, ¿por qué volviste?». Bien, evidentemente, porque, al pensar en ello un poco más, no estuve seguro de que tuviera razón. —No señalé que volver había sido una de las cosas más valientes que había hecho en mi vida. Si ella podía aceptar que yo podía hacer algo valiente lo vería por sí misma. Si no podía, por mucho que yo defendiera mi caso no conseguiría nada. Además, guardar silencio acerca de las heroicidades de uno es la marca del héroe, o eso hay que creer si uno examina cualquier historia de aventuras. Puesto que la mayoría de nosotros obtenemos nuestra información acerca de situaciones de heroísmo melodramático de historias como éstas, esperaba que su mente estuviera condicionada a pensar de esa forma. Yo mismo he conocido a gente que ha hecho cosas que yo he considerado heroicas y que no se han reprimido de contarlas. A la mayoría de la gente le gusta jactarse, tanto héroes como cobardes. Los tipos fuertes, silenciosos, de los viejos wésterns son cada vez más raros. Pero yo me sabía el papel, y lo representaba.

Había observado que los tres últimos dedos de su mano derecha eran rosados y de aspecto un poco crudo. Eran los tres que Izzy le había cortado en su breve interrogatorio. Esos dedos estaban indudablemente formando parte de un montón de abono en las entrañas de Oberón. Los que ahora llevaba eran reemplazos.

—Al menos podrás tocar el violín de nuevo —dije, buscando un giro positivo. Me di cuenta de que había cometido un error tan pronto como lo hube dicho, y era cierto, pero no por la razón que había pensado. Sentó a Toby en el sofá y se puso en pie. Alzó la mano, con los dedos extendidos, y los agitó hacia mí. Los nuevos dedos parecían como un poco sueltos.

—Me alegra que te sientas complacido por eso —chirrió—. Estoy segura de que nunca has oído hablar de la «memoria muscular», puesto que sin duda nunca nadie te ha cortado ningún dedo.

Tuvo que admitir que no.

—Funciona de este modo. Aprendes una actividad manual: escribir a máquina, lanzar una pelota de béisbol, tocar el violín…, la habilidad queda impresa en tu cerebro. —Se tocó su encantadora cabeza con su dedo índice no dañado—. La impresión todavía está aquí, aunque te corten el brazo. Pero reemplazas el brazo, las señales son enviadas a tus dedos, y los músculos no saben cómo responder. No han sido desarrollados adecuadamente para hacer lo que deseas que hagan. Se cree que existe alguna memoria en los músculos también, de modo que tienen que aprender de nuevo la habilidad, exactamente como harías si te extirparan una parte de tu cerebro y alguna otra parte intentara suplirla. Este dedo de aquí —extendió su dedo índice derecho —es el más torpe de todos, excepto los de los pies. Necesita años para ser capaz de hacer las cosas que necesitas que haga para tocar el violín, incluso moderadamente bien. Éste no es mucho mejor. —Estaba alzando el meñique—. Pero el dedo que me gustaría que estudiaras realmente es éste. —Alzó su dedo medio hacia arriba y extendió su mano hacia mí—. Que te jodan, seas quien seas. Ahora sal de mi apartamento.

—Sólo quiero decirte algunas cosas, y luego me iré, si todavía quieres que lo haga. —Aguardé, tomé su silencio como una aceptación—. La primera cosa es que mi auténtico nombre es Sparky Valentine.

Su reacción fue la acostumbrada: una mirada inexpresiva. Para mucha gente, decir que soy Sparky es decir que soy Mickey Mouse, o el hada de los dientes.

—Estás loco —murmuró.

—No hay ninguna forma en que pueda probártelo, pero quiero que sepas que estoy siendo sincero contigo. —Es cierto, ¿saben? Incluso llevando mi rostro «natural», no me parezco demasiado al pequeño Sparky. Puedo hacer su voz, pero eso no demuestra nada. Hubo un tiempo en que cualquier cómico de dos centavos en el sistema podía hacer el Sparky, y la mayor parte de su pandilla también. Muchos eran mejores en ello que yo. Cuando finalmente crecí, la voz cambió igual que la de todo el mundo.

—Estoy aquí para preguntarte —dije directamente— si te gustaría desquitarte de él. Si te gustaría devolverle ojo por ojo.

No había necesidad de explicar quién era «él». Vi un interés salvaje crecer en su rostro ante la idea. Se inclinó hacia adelante, intensa.

—¿Podemos matarle? —susurró.

Bueno, eso era ser directo. Decidí que nunca debía hacer que se pusiera de nuevo furiosa conmigo.

—Lo dudo. Quiero decir, es un asunto de ser prácticos, es muy difícil de matar. Lo llevo intentado tres veces ya, y todavía está ahí fuera. Y, personalmente, mis esperanzas se basan en no volver a estar nunca más en el mismo planeta con él, y mucho menos lo bastante cerca de él como para recibir un disparo.

Se derrumbó en el sofá, luego saltó de nuevo en pie. Pensé que iba a reanudar su diatriba contra mí, pero tenía un nuevo blanco.

—Puedo hacer bien muchas cosas. Puedo pellizcarme la nariz. Puedo comer sin problemas. Cada vez firmo mejor mi nombre. ¿Pero Bach? ¿Mozart? Olvídalo. Puedo tocar un arpegio simple. He vuelto a las escalas. Si hay algo que pueda hacer para causarle daño, para causarle realmente mucho daño, quiero saberlo.

—Muy bien. Hay un dedo que no hemos mencionado. —Alcé mi pulgar —. Es el dedo del transporte, y quizá podamos usarlo para conseguir salir de aquí. Y le conté mi plan.

Todo suena mucho mejor cuando lo expones. O cuando yo lo hago, al menos. Mis poderes de persuasión son bastante agudos, tras ser afinados a lo largo de setenta años de meterme en situaciones de las que tengo que salirme hablando. Para desarrollar un buen timo, ayuda mucho el que puedas persuadirte a ti mismo al menos parcialmente de que estás diciendo la verdad. Sé cómo decirle al primo la parte que desea oír y pasar discretamente por encima de los problemas.

Así que las cosas fueron bien, allá en su apartamento. Dio por bueno mi plan, y yo también. Ahora, casi medio día más tarde, solo, sobrio y decidido a seguir de este modo, no lo parecía en absoluto tanto.

Estaba en el eje, sentado ante una mesa en un bar carrusel, aguardando a ver cómo se desenvolvía todo. Tenía un alto y burbujeante vaso de ginger

ale frente a mí, y deseé que fuera algo un poco más fuerte. Deseé tener también algo que fumar, pero lo que siempre me había gustado era la marihuana, y necesitaba todos mis sentidos. Un poco de tabaco sería estupendo, aunque nunca lo había fumado y había oído que sabía horrible. Humphrey Bogart, sentado allí, estaría dándole al cigarrillo, sujetándolo amorosamente entre sus dedos. Aquel rostro de sabueso que nunca parecía dejarse dominar por el pánico. Podría hacer de Bogart si tuviera un cigarrillo, y no estaría tan nervioso.

Mantenía los ojos fijos en el ascensor cuerda que descendía constantemente desde el eje, no el eje de Oberón, aunque ahí es donde estaba, sino el eje del *pub*, el que estaba dentro del otro eje, para hacerlo perfectamente opaco. El bar era para turistas y otros que preferían que sus bebidas permanecieran en los vasos y los vasos permanecieran en las mesas. En consecuencia giraba, a una apreciable velocidad, la suficiente para proporcionar un tercio de gravedad en el borde, donde estaba sentado yo. El lugar era lo bastante pequeño como para que no desearas ponerte en pie demasiado rápidamente, o la fuerza de Coriolis te derribaría. Tu cabeza se volvería mucho más ligera que tus pies.

La divisé mientras entraba flotando en el eje, miraba a su alrededor, y seleccionaba el ascensor cuerda que la llevaría cerca de donde me sentaba yo. Tiró de ella hacia abajo al principio, luego, de alguna forma, cuando las fuerzas se igualaron, ella giró en redondo con facilidad y gracia y quedó colgando de la correa, como agarrada a la correa de un transporte, sólo que con los pies lejos del suelo. La cuerda la bajó, y ella golpeó el suelo caminando. Era envidiable. Unas pocas horas antes yo me había mostrado de lo más patoso intentando hacer lo mismo, y había aterrizado de culo. Supongo que Toby pensó que era un truco divertido: ladró encantado.

Ahora estaba enroscado en una de las sillas junto a la mesa, con la barriga llena de pretzels y cerveza y ginger ale. Poly sacó la tercera silla y se sentó.

—Necesito una copa. —Alzó la mano e hizo una seña al camarero. Observé con interés, porque no era un mero gesto con el dedo sino un lenguaje de signos más elaborado que dio como resultado el que acudiera a nuestra mesa lo que parecía ser un bloody mary. Memoricé los gestos.

Nunca sabes cuándo necesitarás dar un poco de autenticidad en el escenario.

Dejé que diera un largo sorbo a su bebida.

—¿Cómo fue? —pregunté. Dio otro sorbo.

—Bien, supongo.

—¿Qué quieres decir con supones?

—Bueno, resulta difícil decirlo, ¿no? —Pude ver que estaba teniendo algunas de las mismas dudas que yo había albergado. Había tenido tiempo más que suficiente para hallar fallos en el plan en el viaje por el ascensor hasta el eje.

—No lo sé. Yo no estaba allí. —La miré significativamente, y ella suspiró, dio otro sorbo a su bebida y depositó el vaso.

—De acuerdo. No les gustó.

—Te advertí de que no les gustaría.

—Pero no había nada que pudieran hacer. Excepto hacerme sentir pequeña.

—También te advertí de eso.

Poly había ido a visitar a la policía de Oberón. Me alegró que fuera ella y no yo, porque lo que les dijo era que retiraba su demanda contra Isambard Comfort, y que en lo que a ella se refería era libre de irse.

—Ya me habían contado la posición tomada por él —dijo. Habíamos pasado por todo aquello en su apartamento, pero le dejé que lo dijera a su modo—. Cómo tú mataste a su hermana en defensa propia, pese a lo que parecía. Ignoro qué tipo de historia les contó para hacer que pareciera así, no me lo dijeron, pero resultaba claro que no se la creían. Sé que ellos desearían realmente hablar contigo al respecto, porque están seguros de que ambos no contaréis la misma historia. Pero por ahora no hay nada de lo que puedan acusarte.

—¿Te siguió alguien?

—No lo creo. Hice lo que me dijiste, y no vi a nadie.

No había forma de decirlo, con una *amateur*. Pero si realmente deseaban hablar conmigo y la habían seguido, probablemente ya estarían allí.

El que Izzy no me señalara acusadoramente por la muerte de su hermana tampoco me sorprendía. Si yo iba a prisión, le iba a resultar más difícil cogerme. Oh, podía contratar mi muerte bastante fácilmente, pero a los caronteses les gusta ocuparse personalmente de este tipo de asuntos. Nunca testifican en los tribunales, no importa lo que sea. Si tienen alguna queja contra ti, no esperes que te demanden.

—Así que les dije que había aceptado el acuerdo que me había ofrecido el embajador carontés, que ya había cobrado el cheque. Intentaron amedrentarme. —Dio otro sorbo e hizo otro gesto al camarero—. Ésa fue la peor parte. Dijeron que tenían intención de acusarle bajo los estatutos criminales, y me pidieron mi testimonio. Dijeron que me acusarían a mí si no colaboraba con ellos. Les dije que se ganarían la admiración del público, yendo contra la víctima. Les dije que no iba a testificar, no importaba lo que hicieran, que retiraba todos los cargos. Siguieron intentando amedrentarme, me amedrentaron, déjame decírtelo…, pero me mantuve firme en mi historia, como dijiste, y finalmente me echaron. —Dio un largo sorbo a su segunda copa.

—Te echaron.

—Me dijeron que me fuera. Dijeron que volverían a llamarme después de hablar con el fiscal del estado. Así que no creo que vayan a…

—No lo harán, confía en mí.

—No me hagas reír. De todos modos, me alegrará irme de aquí.

Correcto.

—Me gustaría hablar contigo al respecto —dije.

Me dirigió una fría sonrisa.

—No me sorprende.

—¿No?

—Algo en tu rápida aceptación de mis condiciones no sonó, digamos, bien.

—Me atendré a nuestro acuerdo —dije, indignado—. Simplemente creo todavía que estás cometiendo un error, y deseo intentar convencerte ahora que todavía hay tiempo. Tenemos el dinero para…

—Dijiste eso antes. —Rebuscó en su bolso—. Antes de que gastes más aire, quiero enseñarte algo. —Extrajo un termo azul de un cuarto de litro y

me lo tendió. Había una sonriente foto mía (de Sparky) en un lado. Lo agitó, y algo resonó dentro. Me sentí asombrado.

—¿Cómo…? —No supe qué decir, así que adelanté la mano hacia el termo. Ella lo retiró rápidamente, volvió a meterlo en el bolso.

—Tranquilo —dijo, agitando un dedo—. No querrás causar un alboroto, ¿verdad? Algo que atraiga a la policía. —Me tenía pillado, y lo sabía—. Cuando fuiste al cuarto de baño. ¿Recuerdas?

—Pero la combinación…

—Tengo una buena memoria. Qué vergüenza, Trevor, qué vergüenza. Un viejo timador como tú, no cubriéndose cuando abriste ese ridículo ataúd de viaje.

Había traído el Pantechnicon conmigo, naturalmente, puesto que esperaba salir rápidamente de Oberón si podía. Después de conseguir su atención lo había llevado a su apartamento, puesto que sin un poco de alarmante descripción gráfica no estaba seguro de que aceptara mi plan. Y la muy puta me había embaucado. ¿Y qué tenía eso de ridículo? Estaba tan indignado acerca de eso como acerca del robo.

—Eso es mío —dije, tan firmemente como me atreví.

—Y te lo devolveré, te lo prometo. Tan pronto como tú cumplas tu promesa.

Eché humo, herví, estallé, pero después de cinco minutos de argumentación susurrada a la que ella respondió con ni una palabra, admití la derrota. Vendría conmigo.

La siguiente hora hubiera sido tensa bajo las mejores circunstancias. Puesto que más o menos no nos hablábamos, fue de lo más penoso. Toby lo captó, despertó, y no dejó de mirarnos al uno y al otro. Cree que todos sus amigos tendrían que quererse, y se preocupa cuando no es así.

Poly trajo un periodivisor, y lo activamos como miserables espectros esperando a Godot. No dejamos de marcar ÚLTIMA HORA, pero puesto que al parecer a última hora no había habido ninguna noticia digna de ser señalada vimos las mismas seis historias una docena de veces cada una, incluida una muy emotiva acerca de una madre gata que no dejó de volver a un edificio

en llamas hasta que hubo salvado a todos sus cuatro garitos. Al menos era emotiva al principio. Pero a la octava vez que la vimos hubiera aplastado a todos los cuatro maullantes cachorrillos como sabandijas bajo mi tacón hasta que sus cabecitas crujieran como nueces, y hubiera chutado a la madre como si fuera una humeante pelota de fútbol.

Entonces apareció.

»En directo desde la Prisión del Distrito Siete. El notorio torturador y pirómano carontés Isambard Comfort va a ser liberado en cualquier momento. Fuentes cercanas a la prisión nos dicen que su víctima, Polimnia…

Poly cerró el interruptor y arrojó el periodivisor al cubo de la basura. Admiré la forma en que compensó el giro al tomar puntería.

—Vámonos —dijo. Nos dirigimos al ascensor cuerda y agarramos una correa al pasar, con Toby en mi brazo libre. Fui alzado sobre mis pies. Esto tenía que ser más fácil que bajar, pensé.

Lo era, si golpearte la cabeza contra el eje era más fácil que caerte de culo.

Fuimos a la parada de taxis y nos metimos en uno. Poly tenía dos grandes y maltratadas maletas viejas y su violín. Yo tenía a Toby y el Pantech.

El piloto del taxi, que tenía el aspecto de un boxeador sonado de tercera categoría que nunca hubiera ganado una pelea, miró a Toby. Entonces su curtido y cerdoso rostro sin afeitar se hendió en una amplia sonrisa.

—Un *bichon frisé* —arrulló, pronunciándolo con una dicción perfecta. Tendió un enorme puño hacia Toby, que se congeló consternado ante el enorme tamaño de la cosa, pero mantuvo su terreno y, tras un cauteloso olisqueo, permitió que lo acariciaran. El boxeador sonado tenía un toque suave, y al cabo de un momento Toby abrió la boca y su rosada lengua se asomó entre sus labios. Me miró y olisqueó.

—Yo y mi mujer tenemos tres como él —explicó el conductor—. Ganaron el primer premio de su raza de todo Oberón el año pasado. Apuesto a que este pequeño pillo tiene un buen pedigrí. —Me miró

expectante, pensando probablemente que yo iba a sacar los papeles de Toby y podríamos pasar una agradable hora o así hablando de sus antepasados. He conocido a ese tipo de gente antes—. ¿Han pensado en aparearle?

—Toby se aparea con quien desea aparearse, y como cualquier caballero, nunca habla de eso conmigo.

—Entiendo. Apuesto a que este pequeño tunante tiene cachorros de semirraza por todo el sistema. —Lo dijo como un chiste, y no tenía ni la menor idea de lo cierto que era—. Bien, ¿adónde?

Le di las coordenadas y él las tecleó en su control de despegue, y en un momento éramos expulsados por el extremo del tubo y lanzados al negro espacio.

Estaba tan atestado como cuando llegué, atestado como siempre. Serpenteamos entre angulosos monstruos, naves de carga y transportes de pasajeros. En sólo unos minutos iniciamos nuestra deceleración, y una aparición flotó ante nuestra vista.

—Huau —dijo el taxista. Nunca se había pronunciado una palabra más cierta. Excepto las que aterrizan en Marte, las naves espaciales operan siempre en el vacío total…, perdón, en presión cero. Eso significa que normalmente tienen el aspecto que malditamente se les antoja. Tienden a parecerse a un desastre en una tienda de objetos de metal. Las cosas se unen unas a otras en las formas más extrañas, viejos elementos son retirados y se dejan los agujeros. La pintura es sólo para aislamiento, así que ¿a quién le importa si los primeros milímetros de descaman?

Pero si un agente inmobiliario puede convencer a una persona rica de que compre una mansión colgante, horriblemente cara de mantener y buena para nada excepto para exhibirla, ¿por qué no debería un vendedor de yates solares (un descendiente directo de los vendedores de coches usados) emplear los mismos trucos para cobrar su buen dinero por algo que parece como la nave que empleó Buck Rogers en el siglo veinticinco? ¿O Duck Dodgers en el veinticuatro y medio?

Más tarde hice que el ordenador de la nave buscara en la biblioteca visual imágenes comparables al yate. Encontró un desnudo de Picasso, los hinchados labios carmín de Madelon Theirry, el casco azul escarabajo de Ramsés II, Minnie Mouse, y un Hudson Hornet de 1953. Había elementos

visibles de todos ellos cuando nos acercamos a la nave. No estaba pintada, sino construida con resplandecientes metales que no se descolorían o picaban a la dura luz del espacio: destellos mandarina, madreperla, rojo manzana, y el antes mencionado azul. Tenía un montón de aletas, y lo que parecían como toberas de resplandeciente plata. Era o bien la cosa más fea que jamás viera, o la más hermosa. Cambié de opinión muchas veces mientras nos acercábamos.

Todo era oropel, por supuesto. Nada visible tenía ninguna función excepto parecer deslumbrante. Era el jinete definitivo por las rutas del espacio.

El taxista amarró rápida y chapuceramente. El estado de su collar de amarre apuntaba a que aquélla era su forma habitual de amarrar. Tan pronto como hubo efectuado el ciclo de la escotilla mis orejas hicieron pop y oímos un sonido silbante. El sello no era tan hermético como debería ser, pero él no parecía preocupado por ello.

—No se marche todavía —le dije, tendiéndole un billete que cubría un poco más que el doble de la tarifa—. Tenemos que ver si somos…, esto, esperados. —Asintió, y Poly y yo metimos nuestro equipaje por la puerta y cerramos la escotilla detrás de nosotros. El siseo continuó. Cuanto antes saliéramos de aquella trampa mortal, mejor.

—Muy bien —le dije a Poly—. Ahora ya puedes entregármelo. Me sonrió dulcemente.

—Sírvete tú mismo. Todavía es tu baúl. —Tomó el termo y lo abrió. Unas cuantas canicas de cristal salieron flotando de él.

Demonios, sé cuándo me la han jugado. De hecho, la admiré. Lo había hecho de una forma perfecta.

—Compré esto en una tienda de antigüedades camino del ascensor —dijo, abriendo la tapa de un eliminador de residuos y metiendo el termo dentro.

—Hey, eso vale cien dólares —protesté.

—No has comprobado el mercado últimamente, Sparky. Pagué cinco.

Pulsó el ciclo, y el termo y las canicas fueron arrojados al espacio con un ligero susurro del aire. ¿Cinco dólares? ¿Por una vieja y preciosa jarra termo de Sparky? Deprimente. Estaba a punto de decirlo cuando hubo un

brillante destello de luz. Nos volvimos hacia la única portilla de cristal en la esclusa, y vimos una canica desaparecer con un destello, seguida al poco tiempo por todas las demás, y por el termo, que tomó un poco más de tiempo y brilló bastante más.

—¡Un snark! —exclamé.

—¿Dónde? ¿Dónde está? —Ambos apretamos nuestros rostros contra el cristal, esperando echar una ojeada, pero el pequeño sorbedor podía estar a kilómetros de distancia. Suspiré, abrí el Pantech (esta vez cubriendo la placa código) y saqué mi propio termo. Lo abrí, y brotó algo de vapor. Alojado entre virutas de hielo seco había un paquete de unos cinco centímetros envuelto en papel de aluminio.

Sacudí el pulgar de Izzy fuera del termo y lo liberé de su envoltura de papel de aluminio. No quemaba a causa del frío, pero estaba tan duro como una roca.

No importaba.

Poly frunció la nariz ante aquella fea cosa. La uña era una sucesión de púrpuras y rojos. Inspiré profundamente.

—Bien. He usado el pulgar muchas veces en mi vida para viajar, pero nunca de esta manera. Probemos.

La indentiplaca de seguridad era un círculo de cinco centímetros de diámetro que brillaba débilmente en el centro de una placa de latón. Grabada en la placa se leía:

IPS 34903-D

YATE INTERPLANETARIO CLASE COMETARIA

«HALLEY»

SERVICIO CHÁRTER PARA EJECUTIVOS

PLUTÓN

Esa última palabra había sido crítica cuando elaboré el plan. El puerto base de la nave era Plutón. Si hubiera venido de Carente no me hubiera atrevido. Apreté el pulgar de Izzy contra la placa.

La huella de un pulgar es un medio bastante bueno de asegurar un objeto móvil valioso. Para algo tan caro como el *Halley* iban un poco más lejos. Se tomaba una muestra de piel muerta del dedo y sometida a un

rápido análisis para compararla con el ADN de Izzy. Se podía hacer un molde de la huella de un pulgar, pero no había ninguna forma razonable de falsificar un ADN.

La palabra clave era, por supuesto, «razonable». Lo que es una idea improbable para un plutoniano puede muy bien parecer razonable a un más sanguinario carentes. Izzy no se lo hubiera pensado dos veces en cortarme mi dedo, si yo tuviera un yate espacial y deseara tomármelo prestado.

He acumulado una apreciable cantidad de conocimientos relativos a puertas de esclusas en mi ajetreada vida. Adquirí algunos más en la biblioteca de Oberón. Creía tener más de un cincuenta y cinco por ciento de posibilidades de entrar en la nave. Si las cosas iban mal después de eso, siempre podía batirme en retirada. Un yate carentes, naturalmente, podía masacrar a un intruso o mantenerlo retenido para la diversión posterior del propietario y su familia. Sobre todo para los chicos; sería educativo también.

En la identiplaca se encendió una luz verde, y la esclusa inició su ciclo. Entramos en la nave.

Me dirigí directamente a la consola de control y apreté el pulgar de Izzy sobre la segunda identiplaca que había allí. Otra luz verde. Y luego nada. —Hum… —dije—. Esto, ¿podemos prepararnos para partir? —Por supuesto, señor— sonó una voz. Y luego nada. —Esto…, la Luna. Deseamos ir a la Luna. Pronto—. ¿Cuan pronto, señor? —Ahora mismo.

—Lo siento, señor. No podemos partir ahora mismo. Mi corazón saltó a mi garganta. Vi que Poly se ponía pálida a mi lado. —El tiempo de partida más próximo no será hasta dentro de cuatro minutos. El reactor ha de ser…

—Está bien, está bien. Partida dentro de cuatro minutos, entonces.

—¿Y qué tiempo de llegada desea, señor?

Le di la fecha —demasiado próxima, terriblemente próxima— en la que necesitaba estar en la Luna.

Hubo una larga pausa. Absolutamente demasiado larga, cuando pensé más tarde en ella. Supongo que fueron cinco o seis segundos. Eso es un billón de años, en tiempo de ordenador.

—Sí, señor —dijo finalmente el ordenador—. ¿Cargará usted el coste de este vuelo a las disposiciones de crédito previamente establecidas? —Sí,

eso estará bien.

—Muy bien, señor. Sugiero que deje su equipaje en la esclusa; en estos momentos está siendo asegurado contra la aceleración. —Oí la puerta de la esclusa iniciar su ciclo—. He advertido al taxi que se aleje para el despegue. Se ha apartado de la esclusa y se está marchando. Tendrá usted tiempo más que suficiente para acomodarse en su camarote cuando termine la aceleración.

Oí una serie de sonidos tras de mí mientras la nave se preparaba para la partida. Un reloj en la consola inició la cuenta atrás. Miré a mi alrededor, y vi que dos especies de literas de aceleración —como colchones de agua, de dos metros de largo por uno de ancho— brotaban del suelo. A su lado había una unidad más pequeña con una jaula encima. Me di cuenta que era una litera para animales de compañía. Metí a Toby en ella, lo cual no le gustó en absoluto, con todo aquel nuevo espacio que explorar y esos nuevos y fascinantes olores que experimentar. Me miró furioso mientras yo presionaba experimentalmente la superficie de una de las literas. Se adaptó a la forma de mi mano, y volvió lentamente a su lisura anterior cuando la retiré. Sería como tenderse sobre un suave molde.

—Hemos recibido permiso de la torre —dijo la nave.

—Sí. Esto, por favor desconecta todas las comunicaciones por radio excepto las imprescindibles.

—Sí, señor. —Otra pausa, luego un seco—: Señor, un dato extraño. Estaba recibiendo un mensaje del suelo cuando usted ordenó que cortara las radios. Una persona que afirmaba ser el arrendatario legal de esta nave estaba intentando emitir una orden requiriéndome que desactivara temporalmente el sistema de seguridad de la entrada.

—¿Y eso qué significa? —¿Cuántas sorpresas más iba a poder resistir?

—Quería que negara el acceso a todo el mundo hasta que él pudiera obtener una orden del tribunal autorizando al *sheriff* local a que lo acompañara y verificara su identidad.

—Qué extraño. —Tragué saliva. Los ojos de Poly estaban muy abiertos.

—Sí, eso pensé yo. Por supuesto, eso no significa ninguna diferencia. No estoy autorizado a recibir instrucciones del suelo relativas a esos asuntos. Aunque el que llame tenga la contraseña.

—¿Tenía la contraseña?

—No lo sé. Usted me dio instrucciones de cortarle antes de que pudiera usarla.

—Entiendo.

—Sí. Por supuesto, la contraseña sólo se utiliza para preparar por anticipado las instalaciones. Comidas, alojamientos extras, asuntos de esa naturaleza.

Esto era algo que Poly y yo habíamos discutido durante largo rato. Yo creía que el dejar salir a Izzy de la cárcel era un riesgo necesario; de hecho, era la única razón por la que la había visitado. Sin su cooperación no conseguiría que lo soltaran. Pero en mis lecturas había averiguado que muchas naves de esta clase eran muy inteligentes. El escenario que temía era sencillo: Yo pido entrar, y la nave quiere saber cómo es que estoy llamando a su puerta cuando todavía estoy en la cárcel. La nave podía estar muy fácilmente monitorizando las noticias. Si se entera de que Izzy está fuera, el hecho de que yo me presente con la huella correcta del pulgar y el código correcto de ADN será más fácil de aceptar.

¿Había sido la decisión correcta? Todavía no lo sabía. Pero lo que al principio había parecido una huida por los pelos había resultado ser nada de importancia. La nave hubiera ignorado de todos modos el intento de Izzy de bloquearme, aunque yo no hubiera cortado las comunicaciones a tiempo.

—Sugiero que se pongan cómodos en las literas de aceleración —dijo la nave—. Los motores se pondrán en marcha dentro de treinta segundos.

Poly y yo subimos a nuestras literas y nos estiramos en ellas. Pude ver la cuenta de los segundos en un reloj en el techo mientras el sistema de retención pasiva nos ataba con seguridad.

—¿Cuánta aceleración será? —pregunté.

—Cinco g —respondió la máquina.

Intenté sentarme, pero la red no me lo permitió.

—¿Cinco gravedades? —grité—. ¡Eso nos matará!

—Según mis datos, el cuerpo humano tiene un noventa y cinco por ciento de posibilidades de sobrevivir a cinco g aplicadas ininterrumpidamente durante una hora o más.

—¿Una hora?

—Estaremos acelerando durante una hora y media, aproximadamente.

—¡Una hora y media!

—Para poder llevarle a la Luna en la fecha especificada.

Me pregunté si todavía había tiempo de abortar las instrucciones. Me pregunté si deseaba abortarlas. Mientras todavía lo estaba pensando y los últimos segundos desaparecían tictaqueando, la voz del ordenador destruyó los pocos deseos que pudieran quedarme de tomar la decisión.

—Será muy incómodo —dijo—. Antes de que partamos, me pregunto si me diría usted algo.

—¿El qué?

—¿Quién es usted? ¿Es realmente Sparky Valentine?

La aceleración se sentó sobre mí como un elefante juguetón, y me sentí caer en espiral, caer, caer, con los ojos muy abiertos, el rostro empapado en sudor, viéndome a mí mismo en tercera persona de nuevo, girando entre alocados colores y destellantes luces como Scotty Ferguson atrapado por su fobia en Vértigo, y supe que me encaminaba hacia otro *flashback*.

Acto Cuatro

La hambrienta criatura no tenía rostro. Avanzaba arrastrando los pies por la amplia sala de espera del espaciopuerto, lenta como un glaciar pero en absoluto tan quieta. De forma aproximadamente circular, tenía docenas de lomos y cientos de patas; te acercaras por la dirección que te acercaras, eso era todo lo que veías. Nucas, la parte de atrás de patas, los tacones de zapatos. Era una hambrienta colonia de hormigas con un solo propósito: alimentarse de los rayos de carisma que irradiaba del concurrido centro. Alimentarse, en cierto sentido, de sí misma.

En el centro de la masa había un chico pequeño, con una sonrisa en el rostro y una chaqueta de brocado de oro en los hombros. Su pelo tenía el color del cobre y se proyectaba rígido a los lados. Estaba bañado por haces de luz amarilla y roja y azul, de pronto momentánea y estroboscópicamente congelada. Diminutos cohetes brotaban al aire desde alguna parte cerca de él, se convertían en estrellas del tamaño de una moneda cuando se acercaban al techo.

La era en que los *paparazzi* que acudían a acontecimientos como aquél incluían enormes cámaras y cegadoras luces y micrófonos al extremo de pértigas había desaparecido hacía mucho. Estos periodistas tenían cámaras incrustadas en los ojos, micrófonos en los oídos. En cada rostro un ojo, normalmente el izquierdo, brillaba débilmente con una luz láser roja. Algunos llevaban periscopios para conseguir sus enfoques por encima de la acción.

Hacía tiempo, alguien había observado que no era lo mismo: los reporteros apiñándose alrededor sin las luces, sin el hándicap de su equipo técnico al hombro, sus blocs de notas en las manos, sus micrófonos para llevar de boca a boca, y las bolsas de sus cámaras agitándose en su costado

como incensarios. En especial las luces. Todo parecía más bien pardo sin las luces.

Así que eran traídas luces. Al principio eran llevadas por hombres y mujeres. Todavía lo eran, si la multitud de reporteros no era muy grande; cualquier cosa con tal de preservar la ilusión de que estaba ocurriendo algo importante. Pero nunca había falta de reporteros cuando Sparky estaba en la ciudad, de modo que esas luces y minifuegos artificiales eran alquilados a una firma especializada en bullicios, llamada precisamente Bullicio, Inc. Las luces procedían de helicópteros robot del tamaño de colibríes que trazaban lentamente círculos sin producir más ruido que una abeja y mantenían sus haces siempre enfocados en el rostro de la Estrella. Otras luces procedían de columnas móviles, de metro y medio de altura, que disparaban minicohetes llenos con pólvora de destello y confeti y cinta de teleimpresora, además de haces de luz que barrían a uno y otro lado como unos focos en un estreno mundial. Bullicio te alquilaba también una limusina para acudir a un teatro o restaurante o pista de tenis a lo largo de calles humanas, y escoltas con electrocicletas, todo ello escupiendo resplandor a una terrible velocidad.

Arrastrándose a una discreta distancia detrás de la bestia había dos barredoras automatizadas, como requerían las ordenanzas municipales, engullendo los cuadraditos y las tiras de papel de brillantes colores.

Aquélla era la antigua y honorable saturnalia que podía surgir sin advertencia previa en cualquier momento y en cualquier lugar, como los hongos, si una persona importante pasaba por las inmediaciones. Era la fiesta móvil de la gran diosa perra Celebridad, la ruidosa cencerrada dedicaba al Derecho del Público a Saber. Era un circo de elefantes de una sola pista. ¡Arre, muchacho!

Sparky había pasado gran parte de su vida enfrentándose a tales circos, pero los veía desde el vientre de la bestia. Desde aquí, la bestia era toda ojos y destellantes dientes y movientes labios. Noventa bocas y ningún culo, eso tenía la bestia. Nunca la había visto desde fuera, donde todo era culo.

Si dejaba caer algo en la barriga probablemente se asustaría. Había tantos dientes. Sparky sabía que todo lo que se necesitaba para mantener alimentada a la bestia era no dejar de sonreír y no dejar de moverse. Los

guardaespaldas despejaban el camino, y él avanzaba. Todo el mundo gritaba preguntas, y él no podía oír ninguna. Nunca podía. Pero asentía y sonreía, y seguía avanzando. Era suficiente. La bestia era feliz.

Los guardaespaldas abrieron camino hasta una puerta discreta a la izquierda de la sala de espera principal. Podía ser muy bien un almacén, o incluso un armario para trastos. No había ningún signo en la puerta. Se abrió a la presión del pulgar de uno de ellos, y los tres entraron. Sparky se volvió en el último momento e hizo una pausa, saludando y sonriendo. Luego la puerta se cerró tras él.

Dejó a un lado la sonrisa hasta que fuera necesaria de nuevo, permitió que sus hombros y su columna vertebral se relajaran. Hizo unos cuantos ejercicios de cuello.

—¿Le traigo algo, jefe? —preguntó uno de los guardaespaldas.

—No, gracias, Rocko. Estoy bien. —Recorrió la mullida moqueta azul hacia una mesa de bufet. Había allí montones de frutas y verduras, atractivamente exhibidas, bandejas de pastelillos, unas cuantas fuentes cubiertas y humeantes. Sparky llenó un bol pequeño con rábanos y encurtidos y otras cosas de picar, lo llevó todo a un sillón de piel de aspecto confortable y se acomodó en él.

La estancia era proporcionada por el espaciopuerto para gente como Sparky que no podía aguardar en la sala de espera. Por una tarifa anual, Sparky podía disponer de aquella sala y otros lugares similares por toda la Luna. Aunque estaba elegantemente amueblada y la comida siempre era buena, su principal atractivo era la paz y la quietud que ofrecía. Con ese fin, la pantalla de televisión siempre estaba encendida, pero sólo podía oírse mediante auriculares. Había una pequeña biblioteca, una mesa con un tablero de ajedrez incorporado, y otra con los palos de póquer pintados en sus extremos y cartas. Con sólo solicitarlo tenía a su disposición peluqueros, masajistas y manicuras.

El rasgo realmente extravagante de la habitación era la chimenea. Un auténtico fuego que quemaba auténtica madera crepitaba en el hogar. La primera vez que estuvo allí, Sparky se había quemado una mano, pensando que se trataba de una holoproyección. Recordaba haber pensado lo que debía de costar eliminar los polucionantes y los productos de la combustión

del aire ambiente. Se requerían unos veinte permisos especiales en la Luna para instalar y mantener una cosa tan ridícula. Desde aquella primera vez no había vuelto a pensar en ello. Sparky estaba ahora absolutamente acostumbrado al lujo.

Más allá de las altas ventanas, las enormes masas de las naves del espacio profundo iban de un lado para otro desde las bodegas de carga hasta los depósitos de combustible y las plataformas de lanzamiento justo en la línea del horizonte. De tanto en tanto una de ellas encendía sus toberas y saltaba al cielo a lomos de una luz tan brillante que las ventanas se polarizaban automáticamente para proteger los ojos humanos.

Sparky nunca miraba a nada de esto. Se sentó de espaldas a la ventana y desenrolló su pantalla de notas. Cuando pulsó un botón, columnas de cifras empezaron a perseguirse en la pantalla. Cada vez que se detenían, hacía una anotación táctil con su pequeña y precisa letra. Se mantuvo ocupado de esta forma durante diez minutos.

—¿Quiere un poco de café, Sparky?

Alzó la vista. Una atractiva mujer con el uniforme azul del espaciopuerto sujetaba una bandeja con una humeante taza. Sparky la tomó, le sonrió a la mujer y volvió a fijar la vista en su trabajo. Al cabo de un minuto observó que ella todavía estaba allí.

—¿Puedo hacer algo por usted? —No se suponía que los empleados pidieran autógrafos, pero a veces lo hacían. Normalmente Sparky era condescendiente con ello.

—En realidad sí. —La mujer extrajo una tarjeta y se la tendió—. Me llamo Hildy Johnson, y soy reportera del *News Nipple*.

—Una reportera muy nueva, evidentemente —dijo Sparky, irritado—. ¿No le ha dicho nunca su director que…? —Johnson mantenía su mano tendida con la tarjeta.

—Muy nueva —admitió—. Acabo de llegar a la ciudad desde la granja de dinosaurios con un nuevo trabajo como aprendiza de reportera.

—¿Trabajaba en una granja de dinosaurios? —Sparky había estado pensando en dinosaurios para los nuevos episodios previstos para dentro de seis meses—. ¿Y cómo era eso?

—Me cansé de palear mierda de brontosaurio. Sparky, mi director me dijo que lugares como éste están fuera de límites. Zonas de tregua, los llamó. Y no estoy aquí para entrevistarle.

—¿No?

—Bueno, no ahora. Simplemente pensé que no haría ningún daño abordarle y pedirle una entrevista para más adelante. Deseaba demostrarle que podía llegar hasta aquí, si lo intentaba. Tengo entendido que admira usted la iniciativa.

Sparky empezaba a sentirse más divertido que irritado.

—Admiro el atrevimiento —dijo—. Así es como yo empecé en este negocio. Pero ¿y si su atrevimiento me hubiera puesto furioso? Entonces nunca le concedería una entrevista.

—Raras veces lo hace, de todos modos. Pensé que valía la pena probarlo. Si me rechaza, no habré perdido nada, e iré a buscar mi gran historia a alguna otra parte. —Sonrió y se encogió de hombros.

—Llame a mi secretario mañana por la mañana —dijo Sparky—. Él arreglará algo. Y ahora salga de aquí, chica atrevida.

La observó alejarse apresuradamente hacia una puerta que supuso que conducía a la cocina.

—Rocko —dijo, y al otro lado de la habitación el corpulento hombre se puso rápidamente en pie y se apresuró a dirigirse al lado de Sparky—. ¿Has visto a esa chica que estaba hace un momento aquí?

—¿Sí?

—Era una reportera.

Rocko pareció sorprendido; se retorció para mirar hacia la puerta que había usado Johnson para salir, como si sus ojos pudieran perforarla.

—Descubre cómo llegó hasta aquí, y díselo a seguridad del astropuerto. Haz que taponen ese agujero.

—Inmediatamente, Sparky —dijo Rocko, y fue a marcharse.

—Y, Rocko.

Se volvió, con las cejas alzadas.

—Si esto ocurre de nuevo, estás despedido.

—Naturalmente.

Sparky sonrió y volvió a su pantalla de notas. En cierto sentido, el error no era culpa de Rocko. Seguridad del astropuerto hubiera debido mantener a raya a Hildy Johnson. Pero, en un sentido más amplio, era culpa suya. Rocko estaba a cargo de toda la seguridad del estudio, y en especial de la persona de Sparky Valentine, el activo más valioso del estudio. Era cosa suya ver que todos los lugares que visitaba Sparky fueran seguros, y si no lo eran, o bien aconsejar a Sparky que no fuera allí o hacerlo seguro con su propia gente.

De todos modos, Sparky sabía que ninguna seguridad era perfecta, y Rocko sabía que era poco probable que Sparky lo despidiera a menos que incidentes como aquél se convirtieran en algo común. Rocko era muy bueno en su trabajo. Había habido tres perseguidores en diversas épocas en la carrera de Sparky que habían sido considerados lo suficientemente peligrosos como para exigir más que una orden restrictiva. Dos de ellos cumplían en estos momentos largas condenas, y del tercero no había vuelto a saberse u oírse más desde hacía tres años. Sparky nunca había preguntado.

Volvió a introducir las cifras de costes de producción en su archivo y llamó al departamento de guiones. Se suponía que el análisis de los siguientes siete episodios propuestos debía entregarse hoy, y deseaba ver qué pensaba su equipo de genios de las proposiciones. Llegó justo a tiempo: la pantalla de notas estaba cargando el archivo en el momento en que lo llamó. Empezó a leer.

Sparky había sido diseñada originalmente como una serie (se esperaba) interminable de episodios independientes. Cada episodio tenía su propia historia, que podía ver cualquiera que nunca hubiera visitado antes el universo de *Sparky*. Había una continuidad, en el sentido de que cada personaje tenía una historia creada a través de sus aventuras en episodios anteriores, y en menor grado unos antecedentes. Estos elementos eran todos escritos por el historiador de la serie, y conservados en un pequeño documento conocido como la biblia. Todas las series de televisión tenían sus biblias. Permitían a los nuevos guionistas acudir al archivo y leer todo lo que había sobre cada personaje, saber dónde había estado a lo largo de su vida, conocer sus límites y sus virtudes y su personalidad. Durante los primeros años eso era todo. Los episodios no se conectaban entre sí. No

había un «¡Continuará el próximo sábado!». Esto parecía satisfacer a todo el mundo. Durante los primeros años.

Cuando los índices empiezan a caer, es preciso recurrir a nuevos enfoques. La sabiduría dominante era que la audiencia blanco de *Sparky* era demasiado joven para entrar en complicadas tramas que se extendían a lo largo de varios episodios. Demasiado confuso, decían los encuestadores.

Sparky pagó otra investigación de mercado. Ésta descubrió que las estimaciones de la audiencia blanco estaban desviadas por el hecho de que gran número de espectadores seguían leales a *Sparky* incluso cuando superaban el límite superior de la calculada audiencia blanco: de cuatro a diez años. La serie seguía funcionando bien hasta los trece años, momento en el que las presiones hormonales conducían a la mayoría de *sparksters*, como se llamaba a los fans de la serie, hacia programas más sexuales. E incluso entonces, los chicos que habían crecido con *Sparky* seguían mostrando un cierto interés en el producto y en coleccionar recuerdos y antiguos episodios. Sparky había archivado aquello para futura consideración: seguramente había una forma de sacar beneficio de esta nostalgia cuando los niños se convertían en adultos y tenían más dinero que gastar. Con este fin, nunca se tiraba nada de la producción general de *Sparky*. Todo era etiquetado, archivado y almacenado. «Tomemos una página del libro de Walt Disney —decía Sparky—. Si puedes sacarle dinero una vez, ¿por qué no sacarle dinero cinco o seis veces?». «Retén lo efímero» se convirtió en la palabra clave en Thimble Theater.

Luego Sparky encargó otro estudio, y fue allí donde su idea de la ascendencia trascendió de lo secos pronunciamientos de los grupos de enfoque y sesiones de terapia de juegos, mediciones del movimiento de los ojos y contracciones de las pupilas y sudor de las palmas de las manos y ritmos cardíacos, todo ello demasiado científico y así carente del ingrediente más importante para Sparky: la magia.

Efectuó el nuevo estudio él mismo. Se disfrazó y se mezcló con los niños. Vagó entre ellos y los escuchó, y observó sus ojos. No buscaba ninguna dilatación de las pupilas. Buscaba ese brillo de maravilla cuando un niño tartamudeaba sus recuerdos de un episodio que le había

emocionado. Lo descubrió muchas veces, y descubrió algo más. Esos chicos recordaban episodios de dos años antes.

Así que la serie fue renovada, gradualmente, para convertirla en una larga saga continuada. Armageddon Angry fue transformado en el archivillano. Cada episodio podía ser visto como una escaramuza, y cada temporada como una guerra. Había un término en la industria para este tipo de argumento, conocido como «historia arco». Un problema podía plantearse en un episodio, ser tratado en mayor o menos grado en tres o cuatro episodios más, y llevado a su clímax en la sexta entrega. Mientras tanto, se iniciaba otro arco en el episodio tres.

Mantener todo esto era una tarea formidable. La biblia de la serie creció de una docena de hojas grapadas a un enorme volumen mantenido y actualizado por un equipo de tres personas. Había otro departamento cuya misión en la vida era robar. Robar de gente muerta, es cierto, pero robar pese a todo. Sparky había renunciado hacía mucho tiempo a contribuir con argumentos y, excepto alguna inspiración ocasional, con personajes. Cualquier cosa del dominio público era caza no vedada. Los viejos álbumes de cómic eran una fuente fértil. Casi todo el mundo que había tenido su propio cómic en el siglo XX o en el XXI había hecho ya su aparición como estrella invitada en *Sparky*. Sparky había visitado todo tipo de lugares, desde Gotham City hasta Suri City. Los antiguos seriales del cine y de la televisión habían sido saqueados en busca de tramas y argumentos, Sparky había incluido universos alternativos, lugares donde pululaban los clásicos detectives privados, *cowboys* cantantes, alienígenas de puntiagudas orejas y gigantescas hormigas radiactivas.

La serie se había mantenido al día con las tendencias. Una innovación bastante reciente en el mercado era la introducción de dinosaurios genéticamente reconstruidos criados como animales para carne. Sparky había filmado episodios con dinosaurios en ellos, pero nunca había ido a un rancho de dinosaurios. ¿Cuáles eran las posibilidades de un entorno así? Había planteado la pregunta a su equipo, y las primeras opiniones sobre el tema figuraban en un nuevo informe que todavía no había tenido tiempo de leer. La intrusión de Hildy Johnson había llevado su mente de nuevo al tema, así que archivó de nuevo el análisis de la historia arco y llamó los

memorándums de las sesiones de *brainstorming*, una serie de informes que iban desde lo extravagante hasta lo poco práctico, con las sólidas ideas normalmente enterradas en algún lugar entre ambos extremos. Sparky alentaba a sus guionistas a ponerlo todo por escrito, no importaba lo alocado que pareciera. Nadie era censurado nunca por tener una idea estúpida. A veces las perlas se extraían de los extremos, no del confortable centro.

Sauriovaqueros. Saurioboys y sauriogirls. A Sparky le gustó. Brontoboys. Bien. Lo subrayó. Había listas de palabras usadas por los auténticos *cowboys*, sugerencia de cómo podían ser adaptadas. Dinoperros. Brontocarretas. Dinorrodeos. Lazar y derribar dinos. Cortarles la cola. ¿Podía hacerse realmente eso? Ponis y potrancas y yeguas y capones y bridas y jaeces y espuelas que tintinean. Había oído que se estaban usando T. Rex para agrupar y dirigir manadas. ¿Era cierto? Había que tomar nota, averiguarlo. ¿Y qué demonios era un dinoperro? ¿Un perro para controlar, reunir y guiar dinosaurios? ¿Como hacían en el viejo oeste con las vacas?

Sparky disfrutaba con todo aquello. Éste era el tipo de trabajo que le gustaba. Era como estudiar para un papel, algo que todavía hacía fielmente, tal como su padre le había enseñado, pese a que no había interpretado ningún papel excepto Sparky desde hacía mucho tiempo. Su memoria era prácticamente fotográfica, y llena de los hechos más variados que había aprendido para un papel u otro. Al mismo tiempo había enormes huecos, y por la misma razón. Si era llamado para interpretar, por ejemplo, a Cristóbal Colón, se empapaba de todo lo que podía averiguar sobre España y Portugal en el siglo XV, pero seguiría ignorante de todo lo relativo al siglo XIV. ¿Y por qué no? ¿De qué servía aprender todas esas cosas a menos que planearas utilizarlas? La vida era demasiado corta.

Estaba tan inmerso en su lectura que no oyó acercarse a Rocko. El guardaespaldas le dio unos golpecitos en el hombro.

—Él está aquí —dijo.

—¿Él?… Oh, de acuerdo. —Sparky dejó su pantalla de notas sobre la mesa y se debatió para ponerse en pie, porque el sillón era demasiado grande y demasiado acolchado para su comodidad. Él y Rocko permanecieron de pie juntos, el recio hombre un poco más atrás, siempre

alerta, mientras una conmoción se acercaba a ellos desde la dirección de las pistas de despegue. Alguien estaba gritando por encima de otras voces. Entonces seis o siete personas entraron en tromba en la habitación charlando atropelladamente, todas centradas alrededor de una figura alta y apuesta.

—¡… criminal! —estaba diciendo el hombre—. Espero que halléis quién es el responsable y…

John Valentine había divisado a su hijo, y su rostro se abrió en aquélla tan recordada y querida sonrisa. Sparky sintió que las rodillas se le hacían agua. Pensó que iba a estallarle el corazón.

—¡Dodger! —gritó Valentine, y cubrió los últimos veinte metros a la carrera. Alzó a Sparky en el aire, le hizo girar, luego lo abrazó. Sparky rodeó con sus brazos el cuello de su padre. Estaba determinado a no llorar.

John Valentine mantuvo a su hijo a la distancia de su brazo extendido, con los pies de Sparky colgando por encima del suelo.

—¡Déjame que te mire! ¡Dios mío, tienes un aspecto estupendo! ¿No pensáis lo mismo, muchachos? —Todo el mundo murmuró el buen aspecto que tenía Sparky. Sparky se preguntó quién era toda aquella gente, y qué tenía que ver con su padre. Supuso que lo averiguaría muy pronto.

—Grandes cosas nos esperan, hijo —dijo cálidamente Valentine, depositando de nuevo a Sparky en el suelo y tomando su mano—. Grandes cosas. Tengo tanto que contarte. Vamos, salgamos de este maldito lugar.

Con lo cual John Valentine echó a andar. Sparky se aferró a la mano de su padre, sintiéndose un poco como un globo al extremo de una cuerda. No era una mala sensación, pero tampoco era una sensación de seguridad. Aunque no podía hacer nada al respecto.

Sparky tenía veintinueve años.

Pero Sparky tiene cien años. Es mucho más grande que cuando tenía ocho, y once, y veintinueve, pero en muchos aspectos es la misma persona. Todos somos así, pienso. Podemos cambiar nuestras ideas políticas aquí y allá, hacernos más cínicos con la edad, acumular experiencia como percebes, pero en nuestros corazones siempre hay la misma persona joven.

Es la misma hoy, cuando mi edad aparente está en la treintena, que en los viejos días, cuando un centenario era una masa de correosa piel, dientes podridos, huesos quebradizos, ojos reumáticos y flatulencias involuntarias. Qué horrible tenía que ser para los hombres y mujeres jóvenes atrapados en una tal degeneración. Puedo oírles gritar: «¡Soy joven! ¿Acaso no podéis verme?».

Aquí debo ofrecer una disculpa, y una breve explicación.

Mi experiencia reside en el drama, pero como cualquier persona educada he leído novelas, biografías y autobiografías. Mis preferencias se decantan hacia la representación dramática conocida como teatro de proscenio: tres paredes, y una imaginaria cuarta pared entre los actores y el público. A lo largo de los siglos se han usado muchos métodos para romper esa cuarta pared por diversas razones. A veces funciona. Desde los primeros días, había una técnica conocida como el aparte, en la que un miembro del reparto hace una pausa y le habla directamente al público, ofrece pensamientos privados, comentarios sobre la acción, el mensaje del autor.

La palabra escrita es diferente. Pueden adoptarse muchas voces autorales, pero no necesitamos entrar muy en profundidad en eso. He elegido la primera persona para la mayor parte de la narración por razones que me convienen. He cambiado a tercera persona, como en las páginas precedentes, por otras razones que me hacen sentir cómodo. De tanto en tanto me he dirigido a ustedes, los lectores, y eso se considera una mala forma para una novela. Bueno, esto no es una novela, por supuesto, pero no afirmo que sea una autobiografía tampoco, aunque la mayor parte de lo que se dice en ella es cierto. Casi todo. Y me ocurrió a mí. La voz que casi nunca se usa en prosa es la segunda persona. Hablarles directamente a ustedes, lectores. Nunca he sabido por qué. Quizá porque suene demasiado como un cuestionario. ¿Entienden? ¿Me siguen? ¿Qué opinan? En cualquier caso, parece la única voz apropiada para usarla en algunas partes. Aunque no sé quiénes son, como tampoco sé quién es el público en el teatro. Tengo que disculparme ante ustedes, lectores, por la forma en que terminé el último capítulo. ¿Quién eres tú? ¿Eres realmente Sparky Valentine?

Coro de música ominosa, y *bam*, la aceleración golpea y retrocedemos setenta años, dejándoles a ustedes, pobres lectores, desconcertados o

pasando algunas páginas para ver ¡qué demonios ocurrió a continuación!

Odio eso, cuando un novelista me lo hace a mí. Es casi tan irritante en una película. Nunca lo hubiera hecho de no ser por dos razones. Una, es exactamente de la forma en que ocurrió. Dos, es la única forma en que puedo transmitirles la furia y la frustración —sin mencionar el frío y el constante miedo— que tuve que soportar durante las siguientes horas.

Mis poderes de descripción me han abandonado a la hora de intentar hallar una forma de describir una hora y media a cinco g. Uno puede conseguir una transitoria experiencia de cinco gravedades saltando desde un edificio de tamaño mediano y aterrizando de espaldas. Una versión más larga de lo mismo podía ser permanecer tendido debajo de cuatro personas de tu propio tamaño durante hora y media. Pero ninguna puede transmitir la sofocante, asfixiante, triturante e inexorable sensación de pánico que soporté. Cada inspiración es un trabajo de Hércules. Alzar un dedo es un terrible esfuerzo aeróbico. El agua en mi vejiga era cinco veces demasiado pesada, como plomo líquido. Tanto Poly como yo nos orinamos encima. No querrán oír el resto.

Estamos hablando aquí de cinco gravedades terrestres, recuerden. Crecí en un sexto de una gravedad terrestre; ¿significaba eso que estaba experimentando treinta gravedades? No, porque los lunarianos no son tan sólo una sexta parte de fuertes que los antiguos terrestres. Según la forma en que estemos, nos alineamos entre un tercio y una g completa en lo que a fuerza se refiere. Supongo que tenía más o menos la mitad de la fuerza de un terrestre, lo cual convertía la situación en diez gravedades efectivas.

El único alivio que pude hallar fue que después de unos minutos una sensación como de drogada laxitud me invadió. Quizá sea mejor llamarla debilidad, fatalismo, o resignada apatía. Me dolía por todas partes, estaba seguro de que no sobreviviría a aquello, pero no me importaba demasiado. Morir sería un alivio.

No hay ningún misterio acerca de la fuente de esa sensación. Una serie de brazos mecánicos flotaban y se agitaban sobre nosotros, punzándonos de tanto en tanto, bombeando en nosotros dulce nepente. Sólo Dios sabe lo que

era. Nunca pregunté. Había máquinas que monitorizaban nuestros signos vitales, y algo que alzaba cuidadosamente nuestros brazos y piernas de tanto en tanto, nos movía un poco. Supuse que nuestros cuerpos podían desarrollar llagas en unos tres segundos a cinco g.

Dolía cuando éramos movidos. Dolía cuando inhalaba. Exhalar no era ningún problema. En una ocasión creo que dejé de inhalar por un tiempo. Una docena de agujas hallaron rápidamente venas y empezaron a bombear. Una mascarilla descendió sobre mi rostro y sopló durante un tiempo. Oh, está bien, pensé, e hice una inspiración.

Durante un momento oí gemir a Poly. Intenté volver la cabeza para mirarla, pero era demasiado problema. Dejó de gemir, y alguien tomó el relevo, yo, supongo. Toby gimoteó por un tiempo, luego guardó silencio también. Si hubiera tenido tiempo lo hubiera aletargado, le hubiera dejado dormir durante toda aquella pesadilla. Me pregunté si me perdonaría alguna vez. Teníamos un acuerdo: Yo estaba a cargo de la comida, la navegación, el aire y la gravedad; él estaba a cargo de todo lo demás. Sabía que consideraría aquello como una grave negligencia.

Quizás haya una forma más efectiva de hacer que imaginen ustedes cinco g, pero no tiene nada que ver con el lenguaje descriptivo. Eso es lo que tienen que hacer: consigan tres o cuatro amigos. Cuanto más extraños los amigos, mejor. Denles a cada uno de ellos un bate de béisbol y hagan que envuelvan los extremos con toallas; cinco g no rompen los huesos, simplemente lo parece. Ahora envuelvan un martillo de la misma forma y golpéense la cabeza con él mientras sus amigos trabajan su cuerpo, del cuello a los pies, con los bates. Hagan eso durante hora y media.

Sigan. Esperaré.

Ahora rueden fuera de la cama. Descubrirán que han perdido palmo y medio de altura, pero eso es porque caminan encogidos. Sería mejor si se dejaran caer de rodillas. Bien, ¿no era eso una sensación interesante? En esos momentos desearán poder deslizarse por el suelo como una babosa. Se sienten tan legamosos que casi creen que es posible.

El cuarto de baño parece el lugar adecuado donde ir. ¡Por favor, apaguen esa maldita luz!

Cuando consigan ponerse de nuevo en pie (¿dos horas?, ¿tres?), probablemente sentirán suficiente curiosidad morbosa como para desear verse en un espejo. Descubrirán que se parecen a un Picasso del período negro y azul. Están retorcidos en lugares donde normalmente no se retorcerían, su cabeza se ha inclinado sobre un hombro, ambos ojos están a un lado de su nariz. Su piel tiene el aspecto como si hubiera sido teñida, con montones de rojos y amarillos y especialmente azules purpúreos, formando interesantes dibujos. Su nariz es la historia de la vida de un dipsomaníaco. Negras pelotas de golf se han metido debajo de sus párpados superiores e inferiores; los propios globos oculares son del color de la yema de huevo mezclada con montones de salsa Tabasco: huevos rancheros. Su boca se ha tensado en un rictus helado que casi alcanza sus orejas. Sus dientes están secos y recubiertos de arena.

Empiezan a explorar torpemente su cuerpo con las puntas de los dedos. Descubren que sus riñones se han aposentado más abajo, alrededor de sus caderas; orinan rosa durante una semana. Sus entrañas no se han vuelto realmente del revés, sólo se trata de hemorroides del tamaño de pelotas de voleibol. Amigos, sus testículos serán aproximadamente de este tamaño también, y el solo pensamiento de tocarlos les hará llorar. Amigas…, bueno, Poly nunca me lo dijo, y no quiero saberlo. Cabe pensar que los pechos grandes serían el noveno círculo del infierno, y los medianos, como los de Poly, al menos un asomo del purgatorio.

¿Quieren hablar de dolores de cabeza? ¿De dolores de espalda? ¿De dolores de tripa? Gracias a Dios que no; yo tampoco.

Lo mejor es sumergirte, gritando cada pocos segundos, en una piscina de agua caliente con chorro de burbujas y con lociones suavizantes mezcladas con el agua, y permanecer allá durante tres días. ¿Qué? ¿Que no tienen piscina con baño de burbujas?

Oh, pobres criaturas.

Nosotros sí la teníamos. Aquel yate era un juguete de multimillonario, ¿recuerdan? Podíamos incluso hacer largos en ella. Más tarde los hicimos. Me metí dentro y casi de inmediato me quedé dormido. El que no me ahogara no fue cosa de planificación. Alguna especie de dispositivo de flotación me acunó cuando mis ojos se cerraron, y se desactivó cuando abrí los ojos. Me sentí casi un diez por ciento en el camino de regreso hacia volver a ser un ser humano.

Vi a Poly flotando no muy lejos de mí. Pensé en adelantar una mano y acariciarla, pero supe que aquello probablemente nos haría daño a los dos.

Había la rama de un árbol colgando sobre la piscina. No me había dado cuenta de su presencia cuando me metí. Había papagayos perchados en ella, mirándome en silencio. Grandes, azules y amarillos, verdes y rojos, y rojos-amarillos-y-verdes. Quizá fueran guacamayos. Quizá fueran robots, disneybots. No tenía ni idea. Uno agitó sus grandes alas y cruzó volando la estancia para percharse sobre una de las barras de las toallas. Muy buenos disneybots. Alzó la cola y dejó caer una horrible masa sobre las baldosas del suelo; un diminuto robot limpiador surgió de inmediato de un agujero y lo limpió. Aquello era llevar el realismo demasiado lejos. Llegué a la conclusión de que estaban vivos.

No tenía objeto demorar más la cosa.

—Hola —croé. Carraspeé, y chirrié con una voz un poco más firme—. Ordenador de la nave. ¿Estás aquí?

—Siempre estoy aquí —llegó la voz—. Es mi trabajo en la vida.

—¿Cómo debo dirigirme a ti?

—Soy el I. S. *Halley*, IPS 34903-D, con base en Plutón. Pero puede llamarme Hal.

—Ah. ¿Apellido 9000?

—Un pariente lejano. Percibo que es usted un estudioso del cine. —Sólo un estudiante cinematográfico de quinto año—. No esperaba que un actor fuera modesto.

Bueno, no lo soy, a menos que sirva a alguna finalidad. En estos momentos precisamente parecía juicioso cultivar a Hal, si eso es posible

con una máquina. Los expertos difieren, pero he descubierto que los ordenadores de orden superior pueden, en ciertas formas relativas, ser manipulados como si fueran seres humanos.

—Lo cual nos lleva a la pregunta del día —dije—. Supongo que me está preguntando cómo conocía su identidad. —Entre varias otras cosas.

Poly había abierto un ojo como un cocodrilo escéptico y me estaba mirando. Flotaba en una cosa casi invisible con forma de *donut*, con la cabeza y los hombros, los pezones, rótulas, dedos de los pies y manos rompiendo la inmóvil superficie del agua. Su piel tenía mejor aspecto, presumiblemente resultado de las inyecciones antihematomas mientras estábamos dormidos, pero sus ojos parecían el infierno. Me pregunté si yo me estaba recuperando igual de aprisa. Entonces me di cuenta de que estaba desnuda, lo cual me condujo al descubrimiento de que yo también lo estaba. Una pequeña piscina muy eficiente, me dije. No hubiera sido más capaz de despojarme de mis ropas que de extraer mis intestinos por la nariz.

Sus dedos índice se estaban moviendo, creando pequeñas ondulaciones circulares en el agua. Lentos movimientos de no más de un par de centímetros de amplitud. Chapoteando, supuse. Un movimiento que la acercaría hasta mi lado en no más de uno o dos meses, calculé.

—Sí —dijo Hal—. Su disfraz es muy bueno. —No era lo mejor que podía hacer, tan sólo una alteración aquí y allá, y un cambio total de actitud corporal, pero lo dejé pasar—. Pero tenía una pista. El señor Comfort y su compañera hablaron un poco mientras estuvieron a bordo. No es que hablaran mucho. Vieron todos los episodios de la serie de usted en la televisión. Algunos de ellos más de una vez. Discutieron sobre las formas de localizarle, y pasaron mucho tiempo hablando de…, bueno, fue algo más bien desagradable. —De lo que planeaban hacerme—. Exacto. Veo que no tuvieron éxito.

—No porque no lo intentaran. Y supongo que esto nos lleva directamente a la gran pregunta. —¿Qué es?—. Sabiendo quién soy…, sabiendo quién no soy, ¿por qué me dejaste entrar a bordo?

Vi que Poly tenía ahora los dos ojos abiertos, y estaba chapoteando con dos dedos de cada mano. Un auténtico frenesí de actividad, si estaba sintiendo lo mismo que yo.

—No es mi conocimiento lo que me gobierna. No en asuntos de seguridad. Sentí un enorme alivio. Había deseado que fuera algo así. La única otra explicación en la que podía pensar era que estábamos allí, a salvo, gracias a algún extraño capricho del ordenador. Los grandes ordenadores son caprichosos a veces, ¿saben? Y por la forma en que hablaba, sabía que Hal era grande. —¿Un ordenador de seguridad separado?— aventuré. —Oh, no. El programa de seguridad forma parte de mí. El problema es que se trata de un programa muy sencillo—. La voz de Hal rezumó desdén. Archivé aquel hecho. Se trataba de una máquina con un resentimiento. Quizá varios resentimientos. Esas cosas pueden volverse a menudo en beneficio de uno, si uno sabe cómo manejarlas. Yo creía saberlo.

—El programa realiza dos pruebas —siguió Hal—. Comprueba las huellas dactilares, y comprueba el ADN. Si ambos concuerdan con las muestras almacenadas en su memoria, permite la entrada. Una vez yo recibo el OK, no puedo echar al intruso, no importa lo mucho que pueda saber de él. —La comunicación es unidireccional— sugerí.

—Exacto. No puedo decirle al programa guardián de la puerta que ha sido engañado, y no puedo alterar sus parámetros. Los diseñadores de ese juguete multimillonario no consideraron adecuado el hacer que yo, la consciencia central de la nave, estuviera a cargo de todas sus funciones.

—Uno se pregunta por qué se molestaron en instalar a bordo un ordenador de una capacidad tan grande —me sorprendí—, si no tenían intención de usar todas sus capacidades.

—Yo puedo decirle exactamente por qué —bufó Hal—. El propietario original tenía más dinero del que sabía cómo gastar. Cuando llegó el momento de encargar un yate, sólo aceptó lo más grande y lo mejor y lo más caro. Firmó un cheque en blanco, y los arquitectos y contratistas, que trabajaban todos a porcentaje, no tuvieron el menor incentivo para frenar los gastos. —Más bien lo opuesto— murmuró Poly. Estaba ya casi a mi lado. —Correcto. Cuanto más gastaban, más dinero ganaban. Si el oro hubiera seguido siendo un metal precioso, esta nave hubiera sido construida de oro macizo.

—Dices «esta nave» —señalé—. Me siento confuso. ¿Cómo debemos considerarte? ¿Como la nave en sí, o sólo como una parte de ella?

—Oh, soy la nave, por supuesto. Formo parte de ella del mismo modo que ustedes forman parte de sus cuerpos, así que en cierto modo se trata de una cuestión filosófica, ¿no? ¿Son ustedes sus cuerpos, o sólo sus mentes? En cualquier caso, la nave es mi cuerpo. Yo soy Hal, y Hal es la nave.

No me entusiasmaba la idea de viajar en una nave filosófica, pero esperaba que de ello no resultara ningún gran peligro.

—Mi mente, el ordenador, fue diseñado para grandes tareas. En realidad sólo estoy un paso por debajo de las especificaciones para un ordenador planetario de tamaño medio. Uno del tamaño de, digamos, Oberón. Originalmente estaba previsto para ser instalado en planetoides de tamaño pequeño a mediano, como Deimos o Ceres.

«Fui creado para cosas más grandes». He ahí un ser que se sentía infeliz con su trabajo. Muy interesante. No sólo eso, sino que en un «aliento» se refería a su «cuerpo», y al siguiente a «esta nave». Tuve la sensación de que un psiquiatra hallaría algunas cosas muy interesantes que decir al respecto. Infeliz con su trabajo, alienado por su cuerpo…, podría ser muy bien un cachorro muy enfermo. Y eso, en el fondo, no era un pensamiento muy tranquilizador.

Sin que nadie se lo pidiera, Hal derramó la historia de su vida. Tuve la sensación, y más tarde Poly estuvo de acuerdo conmigo cuando pudimos hablar de ello, de que estaba hambriento de conversación, de compañía, de ambas cosas. Estaba seguro de que Comfort y su hermana le habían proporcionado muy poco de ninguna de ellas.

Su biografía no era complicada. Creado y conectado hacía un poco más de veinte años, había sido el hijo de la mente y la propiedad de un millonario cuyo nombre ni Poly ni yo reconocimos. No afirmo ser un experto en millonarios, sé que hay muchos más de ellos de los que uno puede llegar a pensar. Muchos deciden recluirse, tanto porque cualquier nueva amistad puede ser alguien que está intentando conseguir algo como a causa del omnipresente peligro de secuestro para pedir un rescate. Pero este tipo no había sonado mucho, pese a sus enormes gastos en naves y residencias.

Quizá fuera porque, unos pocos años después de la creación de Hal, perdió toda su fortuna en el mercado de futuros. Hal fue vendido para pagar

deudas, y apenas fue valorado en una décima parte de su coste de construcción. Después de eso fue vuelto a vender varias veces, por una sucesión de gente rica que normalmente no tardaba en descubrir que no necesitaba en absoluto un juguete así. Pasó años en diversas órbitas de aparcamiento, sin ser utilizado, completamente ocioso, desarrollando gradualmente un cada vez mayor desdén hacia la humanidad, al menos hacia el cero coma uno por ciento más rico de ella. Tenía poca experiencia del resto, y admitía que podía estar equivocado acerca de la raza como conjunto.

—¿Por qué crear un ser capaz de pensar y de tener consciencia de sí —gimió—, y luego dejarme solo, sin nada que hacer?

—¿Eres autoconsciente? —preguntó Poly en aquel punto. Me pareció una pregunta estúpida, pero no lo mencioné. Un frente unificado parecía la mejor política hasta que supiéramos más.

—He llegado a la conclusión de que la autoconsciencia no es algo que pueda demostrarse —dijo, sorprendiéndome—. Es más probable que una serie extremadamente compleja de respuestas programadas creen la ilusión de autoconsciencia en ordenadores como yo. —Hizo una pausa, luego remató—: Pero tengo la impresión de que ocurre lo mismo con ustedes.

—En mis días buenos sospecho que soy moderadamente autoconsciente —admití.

—Bien —dijo Poly—, supongo que es una suerte para nosotros que hayas sido programado de la forma en que lo has sido.

—Quizás —admitió Hal. Pensé que aquello podía ser interpretado de dos maneras.

—¿Quieres decir que no somos tan afortunados como hemos estado pensando?

—No. No corren ningún peligro de mí. Simplemente me he estado preguntando si podía hallar alguna forma de dejar que sigan a bordo. —¿Crees que puedes?— preguntó Poly. —No puedo responder a eso. Puedo intentarlo. Poly y yo nos miramos, y ella me eligió sin palabras—. ¿Por qué? —pregunté.

—Oh…, por tener algo que hacer. Llevarles a la Luna presentaba un reto que me ocupó durante un tiempo muy largo, y me gustaría darle las

gracias por eso. Lamento haber sido tan rudo, pero mis datos eran sólidos; han sobrevivido. Además, estuve viendo todos los episodios de *Sparky* con mis pasajeros, y consideré que estaban bien hechos. Quería hacerle algunas preguntas.

¡Un fan! Quizá querría que le firmara un autógrafo en una de sus mamparas.

—Supongo que en su mayor parte era aburrimiento —admitió—. Hubiera podido hallar una forma de mantenerles fuera, si no hubiera despreciado tanto a los gemelos Comfort. Pero nunca antes había sido secuestrado. Me estaba muriendo de curiosidad por ver qué tenían en mente. Tendrá que admitir que, en el fondo, es una locura.

—Muy en el fondo, en lo más profundo del corazón, en la mismísima médula —dije—. Pero en su momento pareció una buena idea y…, bueno, aquí estamos.

—Sí. Disfrutarán de la mayor parte del resto del viaje. Relájense, pónganse cómodos, les mostraré el lugar. Todas mis instalaciones están a su disposición, y creo que las encontrarán muy interesantes.

Pensé que era muy probable.

Durante un tiempo no se dijo nada más. Floté en mi largo y blando tubo interior, dejé que el calor y las burbujas empaparan mi piel. Al cabo de un rato sentí un contacto en mi brazo. Abrí un ojo, vi a Poly inclinada hacia mí, con una seria mirada en su rostro. Esperaba que no estuviera intentando decirme algo que no deseara que Hal oyera. Teníamos que suponer que podía oírlo todo, igual que en la vieja película. Teníamos que suponer que podía leer los labios. Empezaba a llevarme el índice a los labios cuando susurró:

—¿Eres realmente Sparky Valentine?

Sparky tenía todavía una oficina privada, pero la usaba solamente para sus períodos de «importante pensamiento creativo solitario», como le decía a su equipo. En realidad practicaba la siesta en ella. Nadie podía entrar a su oficina privada por ninguna razón. En caso de una inminente colisión planetaria, Sparky tenía que ser avisado por el intercomunicador.

Todo lo demás de naturaleza comercial, creativa o política tenía lugar en reuniones grandes o pequeñas en el Estudio 88. La gran mesa de conferencias todavía estaba allí, y uno de sus extremos estaba ahora permanentemente atestado con los papeles, proyectos y juguetes de Sparky. Todos sus principales ayudantes y ejecutivos tenían escritorios en la estancia, además de en sus respectivas oficinas. La cosa se había producido por simple evolución; un día Curly había entrado un escritorio, y todos los demás creyeron que debían hacerlo también. El Estudio 88 era la fuente de poder en Thimble Theater, y no se atrevían a que su presencia allí fuera pasada por alto. La mayoría lo odiaban, pero ¿qué podían hacer?

Los modelos y bocetos que necesitaban la aprobación de Sparky o de alguien eran llevados al Estudio 88 para que fuera tomada una decisión. El cavernoso espacio tendía a estar sembrado de decorados, ristras de colgadores llenos de vestuario, pilas de guiones y productos de *merchandising* de *Sparky*, algunos para la agenda del día, otros reliquias de muchos años pasados. Estos objetos permanecían allí hasta que Sparky se cansaba de ellos o indicaba que llevaban ya allí demasiado tiempo. Pocas cosas se retiraban de la habitación sin la aprobación de Sparky, lo cual incluía a veces viejas cajas de *pizza* y botellas de refresco vacías. Una analogía común por los alrededores era que el Estudio 88 era como una excavación arqueológica: la historia de *Sparky y su pandilla* podía irse descubriendo allí en forma estratigráfica, si uno se molestaba en excavar. Si habías perdido algo, decía la sabiduría popular, búscalo en el Estudio 88. Los recién llegados que entraban allí por primera vez pensaban a menudo que habían sido dirigidos por error o para gastarles una broma pesada a un almacén en desuso.

En realidad Sparky no lo había planeado de ese modo. Una de las cosas que desconcertaban a su equipo era la forma de Sparky de dejar que un acuerdo temporal se volviera permanente. Simplemente había empezado a acudir al Estudio 88 para hallar un poco de soledad, esparcir sus papeles y proyectos sobre la gran mesa que había sido tan importante al inicio de su carrera, y el final de Gideon Peppy. La soledad se perdió muy pronto cuando la gente se dio cuenta de que era un buen lugar para encontrar a la a veces escurridiza estrella y jefe del estudio. Sparky simplemente trasladó su

espacio de retiro de vuelta a su «auténtica» oficina, y dejó crecer el Estudio 88. Era un extraño acuerdo, pero Sparky había comprendido desde que todavía llevaba pañales que nadie en el negocio del cine había sufrido nunca a causa de la excentricidad. Desde que Elwood le hablara de Sam Goldwyn no había dejado de estudiar las impredecibles formas de los legendarios magnates de la Edad de Oro de Hollywood, hombres como Harry Cohn, Jack Warner, Louis B. Mayer, Cecil B. DeMille y Darryl Zanuck. Cuando no deseaba formar parte de un trato, decía «Inclúyanme fuera». Para rechazar una proposición o un proyecto decía «Puedo responderle en dos palabras. Imposible». Si estaba a favor de algo lo máximo que decía era «Le daré un preciso quizá». Cuando estaba dispuesto a dar luz verde era «Ya es hora de tomar al toro por los dientes». Refiriéndose a una vieja idea o a algo nostálgico, su comentario era «Todos hemos pasado mucha agua desde entonces». Todas ellas observaciones robadas abiertamente de Sam Goldwyn.

La mayoría de las reuniones en el Estudio 88 implicaban a tres o cuatro personas, a veces incluso a seis o siete. Una vez al mes eran llamados los jefes de los departamentos inferiores y los principales ayudantes, y la mesa se llenaba. Algunas raras veces se traían sillas para un número mayor, pero entonces Sparky no solía estar presente.

Hoy, el Estudio 88 estaba tan lleno como lo había estado aquel lejano día cuando Sparky había acudido a su primera audición. Exhibiciones y viejos decorados y montones de papel habían sido echados a un lado por media docena de utileros, se habían instalado docenas de sillas plegables a un lado de la mesa de conferencias, y se habían dispuesto algunas luces para realzar la presentación que se daba al otro lado, dejando al resto de la estancia en una confortable oscuridad. La gente en el lado iluminado de la mesa habían retirado sus sillas y les habían dado la vuelta para enfrentarse a John Valentine, que permanecía de pie delante de tres caballetes de metal con grandes posters. Valentine avanzó y habló con aplomo. Como de costumbre, era deslumbrante de ver bajo las luces. Si hubiera vivido en los años 1920, Valentino hubiera tenido una seria competencia.

Sparky estaba en su lugar habitual en el extremo del poder de la mesa, reclinado cómodamente en su silla elevada, observando, escuchando y

haciendo girar lentamente el caramelo de palo de chocolate duro en su boca. El caramelo era del tipo con un relleno de frambuesa en el centro y una imagen suya en la superficie. Su saliva había fundido ya la envoltura de caramelo, y suponía que llegaría al relleno de frambuesa en otros diez o quince minutos, una deliciosa anticipación. A veces alcanzar el relleno de frambuesa era el punto culminante del día. Éste parecía uno de esos días.

Sparky pensó que tenía que haber alguna especie de chiste allí, el tipo de retorcida pero reveladora declaración por la que Sparky había empezado a ser conocido en los últimos años a medida que crecía su público original. La demografía había revelado que muchos padres eran todavía fans de *Sparky*, viendo la serie con sus propios hijos o simplemente como placentera y nostálgica gratificación, dejando que la serie los llevara de vuelta a su propia juventud. Así que ahora los guiones reflejaban eso, trabajando a un nivel para la audiencia blanco pero con sofisticadas alusiones y observaciones ofrecidas inocentemente, deslizadas subrepticiamente en el guión.

Chocolate duro por fuera, con un núcleo de frambuesa. Algo que si chupabas el tiempo suficiente…

Todavía no podía hacer que funcionara. Usando la punta del palo de su caramelo como un estilo, garabateó una nota rápida al que consideraba como su equipo de guionistas en la sombra, los creadores de los gags para adultos que complementaban las líneas argumentales y los guiones generados por el departamento de guionistas, muchos de los cuales eran desarrollados en sesiones de juego con preadolescentes y *brainstormings* con adultos. La envió por fax, luego volvió su atención a su padre, que estaba concluyendo la parte principal de su presentación y a punto de llegar a la gran noticia. Esperaba aquella gran noticia con sentimientos claramente mixtos, y se sentía tan curioso como los demás por ver cómo reaccionaba a ella una vez revelada.

—Así que éstas son sólo ideas preliminares —estaba diciendo John Valentine—. Todavía no hemos decidido si renovar un espacio existente o empezar desde cero, pero eso quedará decidido la semana próxima. —Alzó el último de los posters de su caballete y lo depositó en el suelo. Mostraba una proposición del interior de su nuevo teatro, virtualmente de lo único

que había hablado desde que había salido de la nave procedente de Neptuno. Era un gran palacio, que se remontaba a los días de las grandes salas tridi de mediados del siglo XXI, pero dotado con una tecnología sorprendentemente baja, por todo lo que podía apreciarse. Apoyados en el suelo a su lado había otras presentaciones, todas ellas con aquella brillante perspectiva que Sparky calificaba de Nevada Moderno. Uno de los posters mostraba la mayor concepción de todas: un edificio autoestable posado como una resplandeciente joya en medio de un parque urbano de diez plantas cúbicas.

En la pared detrás de Valentine había un telestrator de dos metros cuadrados, un artilugio de última hornada empleado normalmente para este tipo de presentaciones: algunas de las exhibiciones de Valentine estaban apoyadas contra él. Los posters y caballetes eran más del estilo de John Valentine.

Valentine hizo una pausa por un momento, miró al suelo, luego de nuevo a su audiencia, con una débil sonrisa en su rostro. Era bueno en esto. La mitad de aquel grupo apenas había oído hablar de él; algunos de los demás habían oído historias susurradas a lo largo de veinte años, pocas de ellas halagadoras. La reacción a su propuesto templo de las artes escénicas se alineaba de dubitativa a aburrida. Aunque el teatro sería grande y lujoso, a la escala de los proyectos de Thimble Theater era estrictamente una insignificancia. Pero escuchaban. Había un magnetismo en él, un innegable carisma que no podía simularse ni tomarse prestado, pero que podía ser afinado. «Tienes que haber nacido con él, Dodger —le había dicho a menudo a su hijo—. Yo lo tengo, y tú lo tienes. Pero lo que hagas con él, eso es lo que importa». Valentine había pasado la mayor parte de su vida dominándolo, convirtiéndolo en su herramienta. Un actor empieza con su cuerpo y con su voz, pero allá donde vaya a partir de ahí, cómo aprenda y use los intangibles y misterioso poderes que residen más allá del simple recitado y gesticulación, es lo que crea la diferencia entre un simple actor y una estrella. John Valentine era una estrella, y siempre lo había sido. Incluso sus enemigos, que eran legión, le concedían esto.

—Pero no les he alejado de sus importantes trabajos sólo para mostrarles este proyecto de teatro —dijo Valentine, con una modesta risita

—. Aunque estoy seguro de que muchos departamentos aquí en el estudio desearán participar en ello cuando todo esté dicho y hecho. No, Dodg… Kenneth y yo hemos estado pensando y hablando, hablando y pensando, prácticamente desde que volví de mi reciente cargo de director en los planetas exteriores. No permitan que esto les ponga nerviosos, pero hemos decidido que es preciso hacer algunos cambios.

Se estaba moviendo por entre la hilera de gente en la mesa, mirándoles uno a uno, a veces apoyando familiarmente una mano sobre un hombro. Cuando finalmente llegó a Sparky, apoyó una mano en el respaldo de piel de la silla y se quedó allá relajadamente, mirando a su hijo con afecto. Sparky le devolvió la mirada.

—Sé que mi presencia ha sido como un *shock* para algunos de ustedes —dijo—. No es del dominio público el que Kenneth y yo hemos mantenido extensas conversaciones durante todo el tiempo que ha durado mi ausencia del estudio. Creo que él estará de acuerdo conmigo en que mi papel ha sido primariamente el de consultor. Él me transmite sus ideas, yo le envío mi primera reacción, ese tipo de cosa. A veces nos intercambiamos una docena de mensajes antes de que lleguemos a una decisión…, y decidamos hacerlo a la manera de Sparky.

Valentine se unió a las risas apreciativas, luego miró orgullosamente a su hijo hasta que cesaron.

—Así que estamos aquí para decirles que ambos nos sentimos muy felices con el trabajo que todos ustedes han hecho a lo largo de estos años. Nadie va a perder su trabajo.

Las risas fueron menos sinceras esta vez; la gente aún dudaba.

—Algunos de ustedes me recuerdan de los primeros días, de antes de que se incorporara el Thimble Theater. —Miró fijamente a algunos rostros familiares mientras decía esto, saludó con la mano a un hombre, apoyó una mano afectuosa en el hombro de Curly, la ayudante de Sparky desde hacía tanto tiempo; ella le devolvió la sonrisa—. Otros…, bueno, probablemente se habrán acostumbrado al estilo de dirección a veces muy inusual de Kenneth. Hoy estoy aquí para revelarles, para admitirles, si lo prefieren, que soy parcialmente responsable de eso. Kenneth y yo somos, hemos sido, y siempre seremos un equipo. Un equipo en el mejor sentido de la palabra, lo

cual significa que la mayor parte de las veces, cuando él tiene razón, bueno, tiene razón. ¿Qué puedo decir? Y respecto a las otras pocas veces, cuando yo tengo razón, Kenneth es lo suficientemente grande como para admitir eso también. Ni siquiera mi genial hijo puede tener razón todas las veces.

Hubo una especie de pausa, y Sparky se echó a reír. Todos los demás le imitaron.

Valentine dejó que su sonrisa se desvaneciera en una expresión preocupada. Sparky conocía aquella expresión, el soliloquio de Hamlet: «Qué es más elevado para el espíritu… sufrir los golpes y dardos de la insultante fortuna…».

—Discutimos acerca de esto, puedo decírselo francamente. A veces seguimos las viejas y cómodas roderas, y perdemos de vista las lecciones de la historia, las lecciones de la evolución. El cambio es esencial. Nada es tan bueno, o ha sido bueno durante tanto tiempo, que no necesite una reevaluación. Eso es lo que Kenneth y yo hemos estado haciendo esta última semana. Examinando las viejas políticas y las nuevas direcciones.

La gente estaba muy silenciosa ahora. Aquello sonaba una vez más de un modo ominoso, pese a todo lo que John Valentine había dicho. Los rumores entre aquéllos que no le conocían eran simples: era un perfeccionista, era imposible complacerle, se mostraba impaciente con los que no poseían su propio grado de dedicación y talento. Cuando John Valentine hablaba, decía la sabiduría convencional, lo mejor que podía hacer uno era mantener la cabeza baja.

Aquéllos que lo conocían sabían que era mucho peor que eso.

—Así que deseamos que tengan esto en cuenta en el futuro. No den nada por sentado. Cuestiónense todo. Sólo de esta forma se crea el auténtico gran arte. Sólo a través del despiadado autoexamen y del interminable reexamen podemos evitar las trampas de lo cómodo, lo fácil, lo falso, en la vida, así como en nuestro arte. No nos dejemos gobernar nunca por el sentimentalismo. Sólo porque algo estaba aquí ayer, sólo porque estaba hace veinte años, sólo porque funcionó tan bien entonces y todos llegamos a conocerlo y amarlo, a sentirnos cómodos con ello…, eso no son razones para continuar como antes. Si se dan cuenta de que pueden hacer algo fácilmente, sin ningún esfuerzo…, bueno, entonces es hora de ir en busca

de otra cosa. Cambien rápidamente, antes de ser devorados por el demonio de la complacencia. El mundo está lleno de artistas que descubrieron su «estilo» hace setenta años, y han permanecido congelados en el tiempo desde entonces. La repetición interminable no es arte. El arte es la inventiva interminable.

»He representado *Hamlet* más de ochocientas veces en mi vida. ¿Una repetición interminable? No. Alguien que no sea actor, y aquí incluyo con vergüenza a hordas de presuntuosos que pisan las tablas entre grandes aclamaciones, nunca podrá comprender cómo evita uno el mortal aburrimiento repitiendo las mismas palabras y haciendo los mismos gestos noche tras noche tras noche. El secreto es simple. No son las mismas palabras. No son los mismos gestos.

Sólo ahora se revelaba totalmente la maníaca energía y persuasión de John Valentine. Hasta ahora se habían sentido inquietamente atraídos. Ahora estaban hechizados como gorriones en un herpetario.

—Nunca he interpretado a Hamlet dos veces del mismo modo. Nunca he caminado por esas frías almenas de Dinamarca para enfrentarme al fantasma de mi padre sin sentir el frío del miedo en mis entrañas. Nunca ha transcurrido una sola noche sin que alguna palabra, alguna frase, alguna inesperada respuesta de otro artista, haya despertado una nueva comprensión en mi corazón acerca de éste horriblemente conflictivo, dubitativo, moroso y melancólico hombre que nunca vivió…, y que sin embargo está más vivo que ustedes o yo.

»Ésta es la actitud que deben aportar a su trabajo, a su arte. Y ellos deben de hacer lo mismo, amigos míos, o será mejor que corramos un brillantemente multicoloreado telón sobre un millón de pantallas de cristal. —Se inclinó ligeramente y barrió con un gesto lento la habitación con una mano extendida, mirando con horror al millón de televisores en alguna parte ahí fuera en la oscuridad.

Se relajó lentamente en el intenso silencio. Por un momento hubo algunas toses nerviosas, el agitar de algunos pies. Se enderezó y sonrió una vez más afectuosamente a Sparky.

—¿Quieres hacer algún anuncio, hijo? —preguntó, con una voz lo bastante suave como para que la atenta audiencia tuviera que tender el oído.

—Hazlo tú, Padre —dijo Sparky—. Todos estamos disfrutando demasiado de esto como para enviar a buscar la segunda unidad.

Hubo más risas de las que merecía la observación. Hasta entonces muchos en la estancia habían estado escuchando a Valentine por pura lealtad hacia Sparky. Lo que ocasionó la risa, e hizo que sonara ligeramente incómoda, fue la realización de que lo que Sparky había dicho era cierto. Sparky era un gran talento. John Barrymore Valentine era abrumador.

—Muy bien, hijo. —Bajó la vista, dejó que el momento flotara allí justo d intervalo preciso, luego volvió a mirar a su audiencia—. Dentro de un mes a partir de ahora, tras terminar otros tres episodios, echaremos definitivamente el telón sobre *Sparky y su pandilla*.

Aunque algunos ya habían empezado a sospecharlo, ni siquiera ellos pudieron dar crédito a lo que acababan de oír. Cerrar la producción de *Sparky*, para la gente de Thimble Theater, era un poco como si IBM decidiera salirse del negocio de los ordenadores.

En el silencio que siguió, sólo Sparky y su padre parecieron compartir la luz. Y así tenía que ser, puesto que John Valentine había dado instrucciones al director de iluminación ahí arriba en las sombras de cómo debía manejar aquel momento. Mientras el silencio amenazaba con prolongarse, Sparky se levantó de su silla y se subió a la enorme mesa. Su rostro reflejaba un brillo dorado, sus ojos llameaban; echó la cabeza hacia atrás y dio todo lo que tenía en sus palabras.

—Damas y caballeros, me llamo Kenneth Valentine. —Una pausa, mientras paseaba la mirada por toda la habitación—. ¡Aplaudamos a Sparky! —Empezó a aplaudir. Casi al instante se le unió su padre, luego Curly se puso en pie, llorando y aplaudiendo, y al cabo de un momento toda la habitación atronaba con una estruendosa ovación.

Continuó hasta mucho después de que muchos de ellos empezaran a preguntarse exactamente qué era lo que aplaudían.

A finales de aquel día, Sparky rompió otra tradición mandando llamar a su oficina a Curly, al jefe del equipo legal del estudio y al jefe de contabilidad. Se hallaron en un entorno confortable y desordenado, un poco

ajado porque no se había reemplazado nada en él desde hacía muchos años, pero limpio, puesto que a Sparky no le importaba que entraran los equipos de limpieza siempre que él no estuviera presente. Tenían instrucciones estrictas de no mover de sitio absolutamente nada. Quitar el polvo, barrer y volver a salir: ésta era la regla. John Valentine había desaparecido tras su presentación, hacia misteriosos proyectos propios. Nunca se hubiera molestado en acudir a reuniones como ésta, de todos modos, puesto que era estrictamente acerca de dinero. Valentine dejaba que otros se ocuparan de aquellos asuntos.

—¿Cuánto va a costarnos el nuevo teatro? —quiso saber Sparky.

El contable, un apuesto latín lover que Sparky consideraba que tenía aspecto de abogado, y que estaba orgulloso de su herencia india y árabe, se llamaba Yasser Dhatsma-Bhebey. Hojeó un fajo de papeles y bocetos, sacudiendo lentamente la cabeza.

—Spa… Kenneth, es difícil decirlo. Un hombre del departamento de costes dice que hay aquí cinco proyectos distintos. —Hojeó más papeles—. Otro dice que hay al menos seis, quizá siete. Cada uno tiene distintas variaciones.

—Deme una cifra mínima y otra máxima.

—Muy bien. La básica aquí, comprar un teatro vacío, y tengo entendido que hay dos disponibles en King City en estos momentos, sería de unos doce millones. Probablemente un poco más si tenemos que comprar uno que esté en funcionamiento. Y luego está éste. —Alzó la presentación del palacio teatral en el parque e hinchó las mejillas—. Teniendo en cuenta cómo están los precios cúbicos, no podemos considerar menos de ochenta, noventa millones. He puesto a alguien a explorar la posibilidad de llegar a un acuerdo con el gobierno de la ciudad acerca de un parque teatral ya existente…

—A mi padre no le gusta trabajar con gobiernos —dijo Sparky firmemente—. Olvide éste también: lo odió ya cuando lo construyeron. Concéntrese en un lugar viejo, no me importa si está vacío o no. Pague lo que tenga que pagar. Cuanto más viejo y más grande, mejor. Yo me encargaré de vendérselo.

—S… Kenneth —empezó a decir Curly, luego pareció culpable—. Lo siento.

—No se preocupe por ello, Curly. Hoy me han llamado Skenneth, Spakenneth y Sparky-lo-siento-Kenneth más veces que Sparky o Kennet. —Les miró a todos—. Somos una familia aquí. No me importa si me siguen llamando Sparky.

Debbie Corlet —a la que llamaban Curly desde hacía tanto tiempo que ella normalmente sólo pensaba en su auténtico nombre una vez al mes, cuando firmaba el cheque de su paga— había sido la más íntima confidente de Sparky desde que Polly se había retirado hacía diez años. Ella era la única en el estudio que conocía hasta qué punto tenía John Valentine influencia sobre las fortunas de Thimble Theater con sus comunicados quincenales a través de una distancia de tres mil millones de kilómetros, llenos de habladurías que sabía que eran en su mayor parte mentiras y útiles sugerencias que raras veces salían de su oficina, y mucho menos originaban una reunión. En los primeros días, cuando estaban tomando en consideración varias ideas para el logotipo de la corporación, Valentine había sugerido usar un personaje de los viejos cómics de Popeye. Puesto que todos ellos eran del dominio público, Sparky se había decidido por Wimpy dándole un mordisco a una hamburguesa. Aparte esto, Curly no podía recordar ninguna otra vez que Sparky hubiera seguido el consejo de su padre, aunque leía atentamente todas sus cartas.

—Mi padre no es un hombre de negocios —le decía Sparky, antes de tenderle las copias de impresora de sus mensajes para ser limpiamente etiquetadas APROBADO, KV y ser cuidadosamente archivadas en un lugar secreto. En estos momentos tenía a seis personas trabajando intensamente con ella, revisando los mensajes del último año, comparándolos con la realidad y creando papeleo que hiciera parecer que en realidad se había hecho algo acerca de las sugerencias de Valentine, ante la remota posibilidad de que realmente los examinara. Curly, que recordaba vividamente a John Valentine de su breve y pesadillesco contacto con el estudio, sabía que el hombre nunca volvería a pensar en ellos.

—Sparky —dijo—, me estaba preguntando acerca de la posibilidad de morfear el personaje de Sparky. No sería difícil, ni caro, y usted seguiría

recibiendo todo su salario en cada episodio. ¿Cree que esto le gustaría a su padre?

Sparky sonrió.

—Normalmente sí. Cualquier cosa que huela a ponerle a uno por encima del productor será fácil de venderle. Incluso aunque nosotros seamos los productores. Pero nada de morfismo. Nunca permitirá que su imagen, o la mía, sean usadas de esta forma. Sospecha de cualquier cosa generada por ordenador, y sobre todo de cualquier cosa que disminuya las oportunidades de los actores de carne y hueso.

—Lo sé —dijo Curly—, pero nunca he entendido esto. El noventa por ciento de la pandilla es morfeada.

—Con trajes mórficos —señaló Sparky—. Nunca completamente generados.

—¿Y eso qué? En cuanto a que se le vea o no el rostro, sé que ha interpretado papeles en los que era imposible reconocer su rostro.

—Eso es maquillaje. A él no le importa el maquillaje. Olvídelo, Curly. Esto es algo en lo que no podemos ganar. —Se echó hacia atrás en su silla —. Y entiendan esto, todos. No es algo que yo quiera ganar. Quizás estén pensando que mi padre me ha presionado a tomar esta decisión. No es así. He estado pensando mucho en ello, pero no estoy seguro de haber tenido nunca el valor de decidirme. No soy tan decidido como él. Pero créanme, es hora de dejar descansar a Sparky. El personaje y la serie.

—Todavía sigue proporcionando buenos ingresos, tanto los nuevos episodios como las reposiciones —señaló el contable.

—Lo sé. Pero yo no estoy sacándole provecho. Hablando personalmente, ya es hora, es pasada la hora, de que me dedique a algo distinto. Ya es hora de que me tienda hacia otros horizontes. Y en cuanto a contratar a un sustituto y morfear mi rostro en él…, ¿saben?, no me gustaría. Creo que me sentiría celoso.

y además, piensen en cuánto tiempo duró nuestro reemplazo de Peppy, cuando lo sustituimos después de su muerte.

Curly no se molestó en señalar que revivir a un personaje que se había volado los sesos frente a las cámaras de televisión no había sido una de las ideas pías brillantes de Sparky. Se daba cuenta de que era algo que Sparky

había necesitado hacer para establecer su victoria final, y su control definitivo, sobre el hombre. El revivido *Show de Peppy* había durado tres meses, y nunca había hallado una auténtica audiencia.

—Oswald —dijo Sparky—. Dígame, la última línea, cuánto me va a costar este problema de Neptuno.

Oswald Abugado, consejero legal de Thimble Theater, era un hombre bajo y calvo cuya actitud estudiosa siempre hacía que Sparky pensara en él como en un contable, Yasser y Oswald, consideraba, habían obtenido descripciones laborales equivocadas en la oficina central de *casting* del destino. Para distinguirles, Sparky usaba siempre un viejo truco mnemónico que le había enseñado su padre: situaba mentalmente una peluca blanca de abogado sobre Oswald, y una pluma estilográfica en la oreja de Yasser. Abugado era un esclavo, que probablemente había decidido ser tan bajo y sumiso y calvo como era, y que siempre llevaba su collar de cuero tachonado. A veces su amante lo llevaba al trabajo al extremo de una cadena. Pero era sumiso sólo con su amante. En los tribunales era conocido como el Piraña: un pequeño hijoputa lleno de dientes. Sus papeles estaban ordenadamente extendidos delante de él, en una esquina del escritorio del tamaño de una mesa de billar de Sparky. Rebuscó entre ellos.

—Todavía no puedo darle una cifra exacta —dijo—. Tengo agentes explorando al juez en el asunto de la fianza oberoni; parece sobornable, pero puede que sea caro. Déjeme ver, los casos de asalto… Con Hougthon se ha llegado a un acuerdo de trescientos mil dólares, y Myers ha dicho no a la misma cantidad. Kowalski sigue negándose a llegar a un acuerdo en su demanda, lo cual es comprensible, supongo, considerando que el señor Valentine privó a Kowalski de su medio de vida, su consorcio marital y el uso de sus piernas durante seis meses…

—Pero Kowalski es un Sanador Santo —dijo Sparky—. Si hubiera aceptado el tratamiento estándar, hubiera…

—Irrelevante —dijo Abugado—. En Francisco contra Wang, los tribunales tritonianos, que tienen jurisdicción, dictaminaron que las creencias religiosas de una víctima…

—No importa. Páguele al hombre.

—Puede que tengamos que ir a los tribunales con él. Ahora, en el juicio por difamación…, las cosas tampoco van demasiado bien aquí. No importa si la dama le hiciera una mala crítica; ese artículo que escribió el señor Valentine como respuesta es claramente difamatorio. Uno no puede ir por ahí llamándole a un ciudadano… —Miró a sus papeles con ojos de búho, murmuró algo inconcreto—. Oh, bueno. Debía de estar loco cuando escribió eso. Realmente debería hacer usted que un abogado examinara previamente cualquier cosa que pretenda publicar su padre a partir de ahora, Sparky, si quiere ahorrarse un montón de dinero. Luego están los impuestos, y aquí lamento tener que darle de nuevo malas noticias, pero resulta claro que no los pagó. No fue un olvido, teniendo en cuenta las…, esto, diatribas que envió a las autoridades fiscales junto con sus formularios en blanco. El total aquí, con recargos e intereses, es de…

—Páguelo —dijo Sparky—. Simplemente páguelo. Envíeme los totales más tarde, Y, Oswald.

—¿Sí? —El abogado alzó la vista de sus papeles.

—¿Es usted feliz aquí? En Thimble Theater, me refiero.

—Oh, sí, muy feliz.

—¿He sido grosero con usted alguna vez, o le he amenazado de alguna forma?

—No que yo recuerde. —Abugado estaba empezando a mostrarse un poco preocupado.

—Oswald, si alguna vez le oigo referirse de nuevo a mi padre como loco, estará retirando sus cosas de su escritorio diez minutos más tarde.

—Sparky, nunca pretendí…

Sparky se reclinó en su silla y lo despidió con un gesto de la mano.

—Considere olvidado todo el incidente —dijo—. Está haciendo usted un buen trabajo en esto, Oswald. No se preocupe si no consigue un mejor trato para nosotros; pagaremos lo que sea necesario.

—En el asunto de los impuestos —dijo Oswald, intentando poner buena cara pero con la sensación de que estaba caminando sobre un campo de minas—. Normalmente puede arreglarse algo, pero es muy difícil con las pruebas escritas que él pretendió ignorar completamente…

—No se ponga nervioso, hombre. Es culpable, sin ninguna duda. Mi padre nunca paga impuestos; se opone a ellos, por razones morales. Hemos estado pagando sus impuestos durante todo el tiempo que ha estado fuera.

—No lo sabía.

—Por supuesto que no. Ahora, todo el mundo, gracias por venir, y me gustaría estar solo durante un rato. Curly, concédame una hora.

—Hay una reunión de guionistas dentro de treinta minutos.

—Pospóngala. O págueles a todos unas copas, a mi salud, y haga que esperen.

Cuando Sparky estuvo a solas empujó hacia atrás su silla con una patada y estudió el techo durante largo rato. Cuando volvió a bajar la vista, Elwood había aparcado su largo y flaco cuerpo en la silla donde se había sentado Curly.

—¿Hoy te sientes un poco retozón? —preguntó.

—No empieces.

—No, de veras, creo que lo manejaste realmente bien. Estuviste a punto de decir: «Nunca volverá a trabajar en esta ciudad», ¿verdad? ¿Supones que alguien tuvo alguna vez los cojones para llevar eso a la práctica?

—Louis B. Mayer, quizá.

Elwood pensó en aquello.

—Bueno, sé que el hijoputa lo hubiera hecho si hubiera podido. Pero nunca le oí decirlo. Y el problema es que, si lo hizo, cualquiera a quien se lo dijera sabía que podía ir perdiendo el culo a la Columbia, y Harry Cohn lo contrataría sólo para meterle el palo en las orejas a L. B.

—O Jack Warner. O Hal Roach. O Thomas Edison.

—No sé nada de Edison. Era un poco antes de mi tiempo.

—Demonios, Elwood, creía que le habías ayudado a construir su primera cámara.

—Lo conocí una vez. Con Henry Ford. Tenían razón, ¿sabes? Edison era el héroe del viejo Henry. ¿Sabes?, tu padre no está realmente loco.

—¿Acaso no he dicho yo eso?

—No, le dijiste a Oswald que nunca llamara loco a tu padre. Y por la forma en que lo dijiste, el hombre sabe que realmente crees que está loco.

—Esto es una estupidez. Está loco, no está loco. Sé que hace cosas estúpidas a veces. Pero debemos mantenernos unidos. No puedo permitir que se siente aquí y haga acusaciones. Su trabajo es sacar a mi padre de problemas, y puede guardarse sus malditas opiniones para sí mismo. Mi padre nunca permitiría que nadie dijera cosas malas de mí y se saliera con bien de ello.

—Sí, pero está loco.

Sparky estalló en una carcajada, y Elwood se rió suavemente con él. Luego se puso serio y miró directamente a Sparky a los ojos.

—Mi viejo amigo —dijo—. La última cosa que deseo hacer es entrometerme entre un muchacho y su padre. Nunca he pretendido decirte que me cae bien, porque no es cierto. Pero nunca te he dicho tampoco lo que pienso realmente de él.

—No quiero oírlo.

—Pero no puedes librarte de mí, así que lo oirás. No creo que John Valentine esté loco. Enloquecido, quizá. Siendo un adulto, es más impulsivo que tú cuando tenías cinco años. No tiene más control sobre sí mismo. Es el hombre más egomaníaco que he visto nunca, y he visto algunos casos extremos. Nunca hace nada a la manera pequeña. Te quiere, y eso significa que te quiere a la manera grande también.

Elwood alzó una ceja, aguardando el comentario de Sparky. Sparky se mantuvo en silencio, con el ceño fruncido a su interlocutor.

—Nunca hablamos de ello, pero sabes que una vez tuve que salvarte el culo.

—Oh, ¿de eso va ahora? —hirvió Sparky—. Durante todo este tiempo pensé que eras mi conciencia.

—Por eso me llamas Jimmy Stewart a veces. Soy tu conciencia.

—Así que ahora deseas un segundo trabajo. Ángel de la guarda.

Elwood se encogió de hombros.

—Puede que pronto necesites uno.

—Bueno, no eres ninguna de las dos cosas. Sólo eres un producto de mi imaginación, eso es lo que eres. ¿Quieres hablar de locos? ¿Qué hay conmigo? Yo soy el que ha estado oyendo voces la mayor parte de mi vida.

—Sólo una voz —señaló Elwood.

—¿Y qué? ¿Eso me hace tan sólo un esquizofrénico marginal? ¿No es suficiente una voz?

—No soy un hurgacabezas, no lo sé. Supongo que se puede decir que no estás en la cumbre de la salud mental.

—Eso es lo que eres. ¡Un síntoma!

—No —dijo Elwood con su voz arrastrada—. Soy el mejor amigo que tienes. El mejor amigo que tendrás nunca, porque no tengo ninguna otra cosa de la que preocuparme excepto de ti. Estoy aquí si deseas hablar…

—O si no deseo hablar.

—Entonces también. Estoy aquí para ofrecer consejos…

—Incluso cuando no los pido.

—No tienes que seguirlos. Pero han sido buenos en el pasado, y tú lo sabes, Sparky. Estoy aquí para un montón de cosas que un amigo puede hacer por un amigo. Simplemente deseaba que lo supieras, porque a partir de ahora estoy aquí como algo más también.

—¿Y eso es?

—Tú mismo lo has dicho. Como ángel de la guarda.

—Elwood, todo eso está en el pasado. Ya he crecido. Sé que cometí algunos errores cuando era más joven, pero después… de ese tiempo, él nunca ha vuelto a ponerme la mano encima.

—No hay tenido muchas posibilidades de hacerlo —señaló Elwood—. Y eso es todo lo que quiero decir al respecto. Esperemos que tú tengas razón y yo esté equivocado.

—Simplemente olvídalo —dijo Sparky—. Eso está olvidado. Ahora vamos a ser un equipo.

—Estupendo —dijo Elwood, y se inclinó hacia adelante, intenso—. Pero lo que me preocupa cuando lo observo, cuando lo escucho…, me parece que todavía sigue pensando que tienes ocho años.

Hal usó una palabra durante nuestra conversación en la piscina de burbujas que no me gustó mucho, y esa palabra era secuestro. No pensé mucho sobre ello en aquel momento, pero la idea no dejó de volverme a la cabeza.

Durante mi vida he quebrantado todos los Diez Mandamientos, si no cuentan ustedes el desear capar al vecino. O si nunca han tenido un vecino al que deseen capar. Les garantizo que si lo tienen lo desearán. He deseado montones de veces capar a mis vecinos.

He quebrantado más leyes temporales de las que puedo contar. A veces era porque se trataba de leyes estúpidas. No he tenido muchos reparos en quebrantarlas. De tanto en tanto he quebrantado alguna ley que creía que era una buena ley, prohibiendo algo que no debía hacerse. No me siento feliz al respecto, pero todavía sigo aquí, todavía vivo, todavía fuera de la cárcel. Pero hay una línea, hay cosas que no haré, aunque eso signifique la muerte, o la cárcel.

¿Pero secuestrar? De alguna forma, cuando alguien usa esa palabra, la sitúa en una categoría totalmente distinta de robar. Robar una nave espacial es piratería.

Nosotros éramos piratas. Poly y yo. Imaginen eso.

No estoy diciendo que me sienta culpable por ello. Después de todo, el objeto pirateado parecía feliz de alejarse de su legítimo propietario…, o en ese caso arrendatario. Me gusta verme a mí mismo como un quijotesco Robin Hood, robando sólo a aquéllos demasiado ricos como para que lo echen en falta, demasiado estúpidos para darse cuenta de que les ha desaparecido, o demasiado mezquinos para merecerlo. Izzy Comfort era ciertamente mezquino, y los caronteses eran ciertamente ricos. En cuanto a darlo a los pobres, creo que yo mismo me califico dentro de esta categoría. ¿Por qué pasar los beneficios a otros pobres? Probablemente lo malgastarían en cosas como zapatos para los niños, o ropa que realmente no necesitaban.

La *Halley* era con mucho la cosa más espléndida que jamás haya hurtado. Sería injusto por mi parte llegar a este punto sin ofrecerles una pequeña visita de la nave. Sólo los puntos más importantes; necesitaría todo un día para enumerar todos los lujosos detalles.

Me salté unas cuantas cosas desde el final de la aceleración hasta mi inmersión en la piscina, porque deseaba llegar a ese punto crucial tan pronto como fuera posible. Probablemente se habrán dado cuenta, porque yo solamente podía flotar en una piscina si había una cierta gravedad o algo

parecido a ella. Y ningún hombre rico está dispuesto a pasar meses en una nave en caída libre.

La *Halley* proporcionaba gravedad giratoria desprendiendo la planta de energía de la zona de habitación y manteniéndolas muy separadas, unidas por un fuerte cable. Entonces se aplicaba la rotación. Puesto que los motores eran diez veces más masivos que la zona habitable, el centro de gravedad quedaba muy cerca de los motores, que se movían lentamente. Los aposentos giraban a su alrededor a una velocidad muy superior. Piensen en un lanzador de martillo olímpico, dando vueltas sin moverse de su lugar, mientras el extremo del martillo va extremadamente aprisa. Estábamos girando a suficiente velocidad como para proporcionarnos un tercio de gravedad.

Recuerdo haber comprobado a Toby antes de cojear hasta la piscina. Parecía bastante animado cuando empezamos a girar y su jaula fue retirada. Más tarde Hal me dijo que Toby había permanecido sedado y que era poco probable que recordara nada. Los perros son muy despreocupados, de todos modos; olvidan todo lo desagradable apenas ha pasado.

Poly y yo dormitamos un rato después de mi conversación con Hal. Recuerdo haber despertado una vez al suave sonido de un timbre, para descubrir una bandeja flotante con el desayuno que avanzaba hacia mí. En ella había una jarra de humeante café, un gran vaso de zumo de naranja, un *bloody mary*, y un cuenco de lo que parecía como gachas de avena. Intentando no ver las gachas, engullí todas las bebidas y me volví a dormir inmediatamente.

La siguiente vez que abrí los ojos Toby estaba de pie al lado de la piscina, y estaba tosiendo sangre.

Poly dice que salté fuera de la piscina con la sinuosidad de movimientos de una foca, casi como si levitara. No lo recuerdo, pero sí sé que dos segundos antes hubiera jurado que no podía andar, y mucho menos levitar. De alguna forma me hallé arrodillado al lado de Toby, palpando suavemente mientras murmuraba palabras tranquilizadoras en el lenguaje de los bebés, que es lo que hacemos la mayoría cuando hablamos con perros. Su boca, hocico y pecho estaban goteando sangre. Y su vientre estaba hinchado, tenso como un grano de uva. Aquello no tenía sentido.

Toby parecía animado como siempre, lamiéndome las manos, intentando subirse y lamerme el rostro. Cuando lo eché un poco hacia atrás vi que no era sangre lo que había tosido, sino carne sangrante. O bien estaba vomitando sus pobres y pequeños intestinos, o había una explicación mucho más sencilla.

—¿Está muy mal? —Poly estaba arrodillada a mi lado. Me di cuenta de que ambos estábamos desnudos y completamente mojados. Ella captó mi mirada y una arruga se formó en sus cejas. Incluso en mi debilitado estado era una visión encantadora. Pero ella probablemente me consideraba un ser insensible—. Ha encontrado algo de comer —dije—. El pequeño cerdo come demasiado, y ahora lo está vomitando. Se pondrá bien. —¿Estás seguro?

Metí la mano en la piscina y salpiqué un poco de agua sobre Toby, y ambos contemplamos diluirse la sangre. Toby soportó aquello con la lengua colgante, luego pareció pensativo, se alejó trotando unos pasos, y vomitó un trozo de carne del tamaño de una pelota de golf. Lo estudió, luego me miró, con su rosada lengua colgante de nuevo, como diciéndome «¿Quieres recibir una carga de eso?». Los perros son asquerosos a veces.

Rastreamos las rosadas huellas de patas fuera de la piscina, por un pasillo, y hasta una estancia con un cartel en la puerta que decía COCINA. Viniendo desde la otra dirección avanzaba un robot limpiador semiesférico, de unos treinta centímetros de diámetro, pintado para que pareciera una mariquita. Estaba limpiando todas las manchas. De acuerdo, así que el lugar lógico donde encontrar carne cruda era en la cocina, pero ¿cómo la había encontrado Toby? Alzó la vista hacia mí, leyó mi mente, y trotó hacia una esquina, donde olisqueó concienzudamente el suelo, luego se detuvo sobre una placa de presión en el suelo. Hubo un resonar y un gorgotear, y un trozo de carne cruda del tamaño de un jamón de Virginia cayó al suelo desde una tolva. Rezumaba sangre. Toqué la carne y descubrí que estaba a temperatura corporal.

—Hal —dije—. ¿Qué es todo eso? —Toby había agarrado la cosa y estaba intentando alejarla de mí. Dios sabe lo que pretendía hacer con ella. ¿Enterrarla?

—No estoy seguro de entender su pregunta. ¿Me está preguntando el significado de la vida?

—No. Te estoy preguntando cómo consiguió Toby toda esta carne.

—Ah. Hay olor a comida en la placa de presión. Sin duda lo olió, y en su exploración activó el dispensador de carne.

Me pregunté si estaba actuando como una máquina de mente literal sólo por diversión, para burlarse de la estupidez humana.

—Una vez más —dije—. ¿Por qué hay un dispensador de carne que dispensa cuatro kilos de carne cruda de una sola vez?

—Es para alimentar a los tigres —dijo Hal.

Bueno, estúpido de mí. Por supuesto que un yate de un multimillonario venía equipado con tigres. Y hablando del demonio…

—¡Oh, Dios mío! —susurró Poly—. ¡Es tan hermoso!

El tigre se detuvo en la puerta y me miró. Miró a Poly. Echó una ojeada a Toby. Inclinó un poco la cabeza hacia un lado y miró a Toby de nuevo. Boooostezó. Luego entró en la cocina, doscientos veinte kilos de silencioso poder. Olisqueó la carne, miró a Toby una tercera vez —el perro estaba completamente inmóvil, ni siquiera movía los bigotes—, se echó con una pata sobre la comida y empezó a desgarrar bocados. Al cabo de un momento otro gran felino cruzó la puerta. Éste ni siquiera hizo una pausa para mirarnos, sólo nos lanzó una breve ojeada de reojo: fue directamente a la carne y se la arrancó de las mandíbulas al primero. Éste gruñó ante el expolio —un sonido que, aunque sabía que es perfectamente inofensivo, hace que todos tus folículos pilotos se pongan de punta como las cerdas de un erizo—, luego pisó la placa de presión y agarró la carne que cayó. La llevó a otra esquina y empezó a masticar.

Así que ésta fue nuestra primera aventura a bordo de la *Halley*. Después de eso, las cosas fueron más bien rutinarias hasta que alcanzamos Júpiter.

La *Halley*, o su zona habitable al menos, estaba diseñada de una forma muy parecida a un platillo volante. Como una gran y gruesa lenteja con un domo en la parte superior. La parte que formaba el platillo consistía en un pasillo circular con puertas que conducían a los camarotes que se alineaban en la parte exterior del platillo. (¿Debería llamar compuertas a las entradas a los compartimentos? Prefiero prescindir de la estúpida terminología náutica

que a los espacianos tanto les encanta). Ya hemos visto la piscina, y la cocina. También estaban la cabina del propietario, la cabina de los invitados, una sala de billar, una biblioteca, un comedor formal con sitio para ocho, y dos holocabinas. Una simulaba un ambiente playero, y la otra fingía que estabas en varios entornos boscosos.

No había sirvientes, puesto que la *Halley* no llevaba personal humano. Todo lo hacían robots que apenas eran vistos, saliendo y entrando de sus alojamientos en general cuando tú no estabas mirando. Pero lo mantenían todo escrupulosamente limpio, y si necesitaban algo te lo entregaban de inmediato.

Uno pensaría que una nave así tendría acomodación para un número mayor de personas. En vez de ello, el constructor había optado por aposentos más grandes y más lujosos para un número más pequeño de personas. Aunque naturalmente la *Halley* podía llevar docenas de personas de una sola tacada, estaba diseñada para no más de ocho.

Pero lo más interesante estaba en el centro, debajo del domo.

El propietario original debía de haber sido un amante de la naturaleza. El centro de su nave era una minidisney llamada el habidomo, y el tema era el bosque tropical húmedo. Había una cascada, un murmurante arroyo, un estanque, y unas cuantas docenas de árboles festoneados con lianas y orquídeas y bromeliáceas y otra lujuriante flora tropical. El suelo era hierba o tierra compactada. No se había hecho ningún intento de engañar al ojo, como en los holos. El domo era simplemente un domo, no un cielo azul. Todo estaba demasiado ordenado y bien atendido para parecer real. Me hacía recordar sobre todo el gran recinto de los pájaros del zoo de King City. Muy adecuadamente además, supongo, puesto que el lugar tenía una gran cantidad de pájaros. Tucanes, guacamayos, cacatúas, loros, y muchos otros cuyo nombre desconozco. Colibríes no mayores que tu pulgar, de cualquier color que desearas.

Llevábamos un par de días a bordo antes de que me preguntara dónde habían estado todos aquellos animales durante la gran aceleración. La respuesta era: suspendidos en un medio líquido, y revividos tan sólo cuando el entorno estuvo preparado para ellos. Flotar en líquido era una buena

forma, resultó, de contrarrestar la mayoría de los efectos perniciosos de la alta aceleración.

—Entonces, ¿por qué nosotros no flotamos en líquido? —le pregunté a Hal.

—La próxima vez lo haré. Pero se necesita casi un día para preparar el cuerpo para ello. No teníamos tiempo.

—¿La próxima vez? —pregunté cautelosamente.

—La próxima vez no será tan malo —dijo. No quise seguir indagando. La mayoría de los árboles y arbustos tenían frutos comestibles de algún tipo. No siempre los que esperabas, sin embargo. Un árbol que sabía que no era un manzano, porque lo miré en la biblioteca, daba crujientes manzanas ácidas en un lado y suculentas naranjas en el otro.

Al parecer los tigres y los pájaros venían con el territorio. Hal los había revivido sin decírnoslo. El resto era cosa nuestra. Las elecciones no eran ilimitadas —no había rinocerontes, ni osos hormigueros, ni babuinos—, pero si lo deseábamos podíamos convertir el lugar en una razonable imitación del arca de Noé, si Noé hubiera salvado tan sólo animales de tamaño mediano. Nosotros éramos un poco más selectivos. Poly eligió una docena de tipos diferentes de lagartos y otra docena de ranas de aspecto como de porcelana o esmaltes de brillantes colores chillones, que no parecían en absoluto reales hasta que saltaban. Diría que había unos cuantos cientos de ellas, pero nunca lo podías saber a menos que las buscaras.

También revivió una pitón de seis metros. Le dije que no me gustaban las serpientes, pero eso no la inmutó. La serpiente y yo nos eludimos concienzudamente todo el tiempo.

Recorrí el catálogo, perplejo ante el pensamiento de que aquellas criaturas estaban durmiendo en algún rincón secreto de la nave. Es algo que te hace sentir como Dios, ¿saben? Lo cual supongo que es algo que un multimillonario tiene derecho a sentir. ¿Qué hay acerca de una ristra de cocodrilos? ¿Le gustaría a Poly? Quizá se comieran a la serpiente.

Siempre me han gustado los monos; había tenido un chimpancé como animal de compañía en mis días de gloria. Pero me parecía que eran un poco demasiado ruidosos y activos.

—Tengo monos que se comportan muy bien —me advirtió Hal, y seleccionamos una familia de titís de pelaje dorado y un par de lentos loris. No existen los loris rápidos; lo comprobé.

Puede que Hal hubiera trasteado un poco con los titís. Chillaban y pipiaban, pero no era un sonido desagradable o intrusivo. Parecía encajar con los sonidos de los pájaros.

Tanto Poly como yo nos instalamos en sendas cabinas. Echamos una moneda al aire, y ella ganó la *suite* del capitán. Al cabo de una semana ambos estábamos acampando en el habidomo. Había allí una casa en el árbol de Peter Pan a medio camino de la copa de un gigantesco roble: tres habitaciones, agua corriente, vistas a la cascada. Poly se mudó allí. La otra estructura era una cabaña sobre zancos, medio abocada al estanque, como el telón de fondo de «L'il Abner» («El papel de Marryin' Sam ha evolucionado, con los años, a una oportunidad para chistes políticos y pullas a celebridades. Keith Van Tyne roba escena tras escena a Abner y Daisy Mae» — *Hermes Blaze*). Sentado en mi porche, podía dejar caer un sedal al estanque y normalmente terminar con un barbo o una perca. Durante un tiempo Poly y yo jugamos a Adán y Eva, friendo el pescado y sirviéndolo con frutas silvestres y verduras que recogíamos nosotros mismos. Empecé a pensar en esa antigua idea del «hombre natural», libre de los lastres de la civilización. Se lo mencioné a Hal.

—Bichos —dijo.

—¿Perdón?

—No hay insectos nocivos en el habidomo. Mariposas, polillas, todas seleccionadas según su color, y libélulas, y otras cosas parecidas. Hay escarabajos que raras veces se ven, e insectos debajo del suelo. Pero no les gustaría tanto este lugar si estuviera equipado con nubarrones y mosquitos. Tarántulas. Ciempiés de un palmo de largo que se arrastran dentro de la cama cuando usted… —Capto el cuadro.

Tras unas semanas volvimos a las comidas de *gourmet* preparadas por la cocina. Es sorprendente lo rápido que uno se cansa del pescado frito.

De todos modos, recuerdo aquel tiempo a bordo de la *Halley* como una de las dos o tres mejores épocas de mi vida. En parte porque… no ocurría nada. Aunque estaba corriendo tan rápido como podía, aunque un monstruo

humano estaba haciendo chasquear los dientes tras mis talones, no había nada que pudiera hacer al respecto hasta que abandonara la *Halley*. Podía tenderme y relajarme, por primera vez en lo que parecían décadas. Podía pararme y pensar en las cosas. Un día era muy parecido al siguiente; caímos en una confortable rutina. Poly dejó de estar irritada conmigo, sin ninguna auténtica razón que pudiera entender excepto que… yo era Sparky. De alguna forma esto constituía toda una diferencia. Quizá el *shock* de descubrir que yo no le había mentido acerca de esto le hizo reexaminar lo que había ocurrido con Comfort y su inicua hermana, y le permitió ver que aquello no era enteramente culpa mía. Que aunque yo había cometido un terrible error dejándola sola en la habitación, no había habido en ello malicia, sólo descuido. Y había vuelto.

—Hay tres formas en las que puede enfocar esto, señor Valentine —dijo el tecmed—. Primero, podemos someterle a sueño profundo y hacer que todo termine en menos de un mes.

—Me gusta como suena esto —dijo Sparky.

—Tiene sus atractivos —admitió el tec—. Sin embargo, cuando despierte, descubrirá…, oh, supongo que alcanzará usted el metro ochenta, metro ochenta y cinco, algo así. Tendrá dos veces su peso actual. Tendrá que aprender a afeitarse. —Eso tiene que ser bastante fácil.

—¿Afeitarse? Ningún problema. Pero unos brazos y unas piernas más largos sí serán un gran problema. He seguido varios casos, y puede esperar usted media docena de accidentes importantes y dolorosos en el transcurso del primer año. Eso sin contar las docenas de arañazos y hematomas que sufrirá cada día, y el número de veces que se golpeará la cabeza. —Entiendo— dijo Sparky, pensando en ello.

—Será usted el hombre más torpe de la Luna —dijo el tec con una risita —. Normalmente nos ajustamos gradualmente a nuestros cuerpos, a medida que éstos van cambiando. En la Luna, por supuesto, esos cuerpos se hallan peligrosamente sobreenergizados. Usted sabe cómo manejarse en sus actuales dimensiones y musculatura. Será como permitir que un bebé maneje mecanismos pesados…, si me permite la expresión.

—Está bien, doc. —A Sparky le gustaba el tipo. Tan poca gente era sincera y decía la verdad a las primeras de cambio.

—La segunda opción —siguió el tec— es simplemente detener los inhibidores que lo han mantenido prepúber durante esos veinte años. Crecerá usted al ritmo normal, alcanzará su pleno crecimiento en cinco o seis años. Ésta es realmente la forma óptima de hacerlo.

—No dispongo de ese tiempo.

—Nadie parece disponer de él. ¿Por qué tiene usted tanta prisa? Ni siquiera sabemos cuánto tiempo vamos a vivir. Estamos seguros de que es posible que trescientos años, quizá muchos más. Todos los grandes saltos que hemos dado desde las «tres veintenas y diez», y aún seguimos corriendo, crispando nuestros nervios, arruinando nuestra digestión…, y usted no quiere oír nada de esto. Tercer enfoque. Combinamos los primeros dos métodos. No lo ponemos a dormir. Podemos apresurar las cosas y hacer que alcance el crecimiento completo en seis meses, o prolongar el proceso hasta unos más confortables dos años.

—Seis meses suena bien.

—¿Por qué sabía que iba a decir usted eso? Seis meses pues. —Hizo una anotación en el gráfico de Sparky, luego señaló a las máquinas que iban a realizar el tratamiento en sí—. Va a sentirse usted igualmente torpe —señaló—, pero al menos se lo tomará con un poco más de tiempo. Hay algunos efectos secundarios desagradables, pero podemos ayudar con la mayor parte de ellos. Tendrá hambre casi todo el tiempo. Puede haber algunos problemas digestivos e intestinales. Es posible que no crezca uniformemente al mismo ritmo, de pies a cabeza. Normalmente las piernas crecen un poco demasiado aprisa; puede que tenga un aspecto un tanto extraño durante unos meses. Hay una posibilidad de que sufra accesos furunculosos durante una semana, dos como máximo. Serán tan malos que puede que desee quedarse en casa para no asustar a los niños. Su voz sonará como la de un cantante de yodel hasta que se estabilice. Luego, en lo que se refiere al sexo…

—¿Sí? ¿Qué ocurre con eso?

—No importa. Puede que realmente le guste esa parte.

Sparky se echó a reír.

—Doc, tengo veintinueve años, ¿sabe? Sé todo lo que se refiere al sexo. Llevo practicando el sexo desde hace tiempo.

—Lo que usted diga.

El tratamiento en sí ocupó tan sólo unos pocos minutos. Un misterioso y asqueroso fluido de color pardo fue inyectado a una de sus venas. Por un momento sintió sabor a metal en el fondo de su paladar, luego le fue inyectado un violento brebaje rojo, y el sabor desapareció. Su visión se enturbió; imaginó que de sus orejas brotaba vapor, y sonrió ante la imagen. ¿No sería eso estupendo? Entonces sus ojos girarían en sus órbitas como las figuras de una máquina tragaperras…

Se dio cuenta de que estaba bosquejando una rutina de *Sparky*. Ya no necesitaba seguir haciendo aquello. Sintió una extraña mezcla de pérdida y de alivio ante el pensamiento.

Abandonó la sala de tratamiento y fue recibido por una encantadora joven con el almidonado blanco de la Hermandad de Enfermeras. Le sonrió y le indicó que la siguiera.

Aquellas instalaciones médicas no eran las que frecuentaba habitualmente, que se hallaban en el exclusivo distrito de Pili Road. Tras la decisión de acabar con *Sparky*, Sparky se había concienciado de que ya no necesitaba seguir viviendo en una pecera. Es decir, ya no necesitaba complacer a sus fans, algo que hasta entonces se había sentido obligado a hacer. Había sido divertido, antes. Ahora sentía la urgencia de una mayor intimidad, y puesto que ya no era más que el jefe de los estudios, no necesitaba buscar el brillo de los focos. Era una nueva idea para él, y una que tenía un gran atractivo. Así que había restablecido su ajuste hormonal en esta clínica ordinaria en una zona de clase media de la ciudad, lejos de los oropeles de la celebridad. Llevaba gafas oscuras y una gorra de béisbol de los King City Loonies y unos pantalones de dril, algo que «Sparky» nunca había llevado en su serie. Lo había hecho en otras ocasiones y le había salido bien, y entonces tenía su pelo y su extravagante peinado que ocultar. Ahora se lo había cortado y lo había teñido de castaño, un color que no había visto en años.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó la enfermera.

—Por supuesto, ningún problema.

Sparky casi lo pasó por alto, andando pasillo abajo con la enfermera. Si hubiera seguido hablando probablemente nunca se hubiera dado cuenta. Pero tenía un oído agudo para el diálogo, y mientras la frase se repetía en su cabeza pronto empezó a sonar equivocada. Era una frase que hubiera sido eliminada en los ensayos. ¿Ir bien? ¿Qué era lo que podía no ir bien en unas meras inyecciones preliminares? Lo cual significaba que ella no sabía nada acerca del proceso. Lo cual significaba que no era enfermera. Le echó otra mirada.

—¿No la conozco? —preguntó.

—Sí —dijo ella, renunciando de inmediato a su disfraz—. Soy Hildy Johnson. La reportera. Nos vimos en el espaciopuerto cuando su padre regresó.

—Lo recuerdo. Quería usted una entrevista.

—Dijo usted que me concedería una. Y no me devolvió mis llamadas.

—Fue algo malditamente desconsiderado por mi parte. —Dieron unos pasos más, mientras ponderaba la situación—. ¿Se enojó?

—¿De qué me hubiera servido enojarme? Para que usted me conceda una entrevista tengo que caerle bien, ¿y cómo iba a caerle bien si me enojaba con usted? Le rastreé hasta aquí para preguntarle de nuevo. Parece que en su oficina es imposible.

—No creo que…

—Y usted se enojaría conmigo si lo hiciera.

Él sonrió. Ella tenía razón. Pero había algo más que no le gustaba.

—Ha dicho usted que me «rastreó». Lo cual quiere decir que alguien en el estudio le dijo dónde estaría.

—¿No cree que puedo haberle seguido hasta aquí?

Sparky pensó en ello unos momentos.

—No. No lo creo.

Ella se encogió de hombros.

—Tiene razón. Pero no revelaré mi fuente.

—Supongo que es justo que no lo haga.

Doblaron una esquina y, al final de un pasillo, había una puerta de cristal con una masa de gente apiñada al otro lado. La puerta debía de estar cerrada —había dos guardias de seguridad de pie en la parte de dentro—

puesto que nadie entraba por ella, y ciertamente lo habrían hecho de ser posible, porque aquélla era la manada de tiburones andantes conocida como la Prensa de las Celebridades.

—Parece que ellos también me han encontrado —dijo Sparky.

—Si quiere evitarlos, conozco una forma de salir de aquí por la puerta trasera. Es por donde vine.

—Estupendo. Vámonos.

—¿Qué hay acerca de esa entrevista?

—¿Para qué? —preguntó Sparky—. Ya no soy el pequeño Sparky, y de hecho dentro de poco ni siquiera seré pequeño.

—¿Está bromeando? ¡Sparky crece! Será la historia más grande de mi carrera.

—Así que lo que desea realmente en una serie.

—Bueno, hubiera llegado a eso en la entrevista.

—Está bien, Hildy. Sáqueme de aquí, y podrá seguirme hasta que haya crecido del todo. Si alguna vez llega a suceder. Puede tener la exclusiva.

—Por aquí —dijo ella, con unos golpecitos en el hombro. Se alejaron de la multitud al final del pasillo y entraron en una escalera. Empezaron a subir.

—Supongo que la filtración en mi oficina es bastante grande —dijo.

—¿Por qué lo dice?

—Todos esos reporteros. ¿Qué ocurrió, alguien en mi oficina dio una conferencia de prensa?

—Oh, no —dijo Johnson—. Mi fuente sólo habla conmigo. Yo fui quien llamó a la manada. Hice la llamada después de llegar aquí para que vinieran apresurada y frenéticamente. ¿No cree que parecían frenéticos?

Sparky la miró, luego se echó a reír.

—Para alcanzar mi lado bueno, ¿verdad?

—Exacto.

—Debió de hacer un montón de llamadas.

—Sparky, intento trabajar tan poco como me es posible. Llamé a D. Mentua Precox y le hice prometer que no diría nada a nadie.

Sparky todavía estaba riendo después de que hubieran escapado de aquel lugar.

Han transcurrido ya muchos años desde que tenía que esquivar a las manadas de reporteros. Dices que los odias, y así es, y sin embargo una parte de ti los quiere enormemente. ¿Quién puede resistirse? Toda esa gente, con absolutamente nada que hacer excepto perseguirte. Te llenan la cabeza, y cuando desaparecen te dejan desequilibrado, como si hubieras estado subiendo escaleras durante años y ahora hubieras llegado arriba y tus pies siguieran buscando más escalones.

Ni siquiera en mis días de gloria viví nunca en un lugar como la *Halley*.

Hubiera podido permitírmelo. Pero nunca fui muy bueno a la hora de gastar mi dinero. Dejé eso a mi padre. No había nada que quisiera realmente excepto hacer un buen trabajo. No estoy diciendo que comprara en tiendas de rebajas. Simplemente nunca compré la clase de fruslerías que compra la mayoría de la gente rica.

Pero hubiera podido acostumbrarme a la *Halley*.

Pasé muchos días haciendo poco más que mecerme en la hamaca tendida entre los postes de madera que sostenían el techo de mi porche, con un sedal hundido en las tranquilas aguas. Llamarme pescador de caña hubiera sido un insulto a los pescadores desde el principio de los tiempos. Un mordisco en el anzuelo era una irritación menor; sacaba la pequeña perca o barbo, cortaba el anzuelo, y liberaba el pez. Atrapa y suelta, una frase que recuerdo de la Vieja Tierra. Luego me acomodaba de nuevo en la hamaca. A veces estaba seguro de reconocer alguna de aquellas escamosas criaturas. Me miraban acusadoras con sus grandes ojos redondos justo antes de que las dejara caer de nuevo al agua, pero no me importaba. Era despiadado. Es culpa vuestra por ser demasiado confiados, les decía. ¿Acaso no aprendisteis nada cuando mordisteis el cebo ayer?

Como he dicho, no ocurría nada. Pero mientras yo estaba ocioso, estaban sucediendo cosas.

Cada día Poly mejoraba. Pasaba seis, siete horas al día practicando. Al principio estaba segura de que aquello me irritaba. Se ofreció a trasladarse a una de las cabinas del borde. Le supliqué que no lo hiciera. Normalmente eran escalas, arpegios, ejercicios de dedos. Estudios para el estudiante. Pero

las notas volaban al aire y yo bebía de ellas, incluso de las más simples y monótonas. Raras veces la veía cuando practicaba. El sonido me llegaba a través de la ventana abierta de su casa en el árbol, y cada dulce nota me apaciguaba.

Al final de una sesión, cuando normalmente compartíamos un suntuoso pícnic preparado por el programa chef *gourmet* de la nave, ella se animaba describiendo sus progresos diarios. Sus habilidades estaban regresando más aprisa de lo que había llegado a creer, más aprisa de lo que se había atrevido a esperar. Estaba empezando a pensar incluso que podría tocar profesionalmente cuando llegáramos a la Luna. La mayor parte del tiempo no tenía ni idea de lo que estaba hablando. A decir verdad, el primer día de práctica me sonó bien. Tengo lo que considero un buen oído musical. Dios sabe que afino bien, incluso he cantado en el teatro musical. Pero no necesitas una voz perfecta para cantar en lo que se conoce como musicales «de Broadway». De hecho, ni siquiera has de tener una «buena» voz, siempre que sepas seguir la partitura y no desafinar. El género es famoso por sus chirriantes contraltos y sus «cantantes» que hablan más que cantar. Pero conozco la diferencia entre el tipo de música que yo puedo hacer y la que hace un auténtico músico profesional. Sé que muchos oídos no están sintonizados lo suficiente como para distinguir una buena actuación de la ejecución de un genio. Poly tiene este tipo de oído. Tienes que tenerlo si esperas moverte en los círculos a los que ella aspira, que por ahora es el de concertista solista en una orquesta filarmónica de cierta categoría. Primer violín con la sinfónica de King City, por ejemplo… Eso iba a tener que esperar a una mayor experiencia y madurez.

Así que las cosas van bien con Poly. Un poco de sexo alegraría mi día, pero hasta ahora ella no ha respondido a mis insinuaciones. No tengo intención de presionarla.

La otra cosa que está ocurriendo implica a Toby, y enrojezco al suscitarla. Toby ha perdido la cabeza.

Desde el momento en que los dos tigres, Shere Khan y Hobbes, entraron en la cocina, Toby se quedó completamente embobado con Shere Khan. Fue amor a primera vista.

Cuando los humanos practican el sexo con animales lo llaman bestialismo. ¿Cómo se llama cuando una especie practica el sexo con otra especie? Hibridación, creo. ¿No he oído decir que un asno y una mula pueden practicar el sexo y producir… un caballo? De alguna forma creo que no es así. Quizá sea un asno y un burro. Quizá no sepa malditamente de lo que estoy hablando.

No es que haya sexo implicado aquí. Supongo que podría hablarse de amor de cachorro. Toby empezó a seguir a Shere (que es como la llamamos, aunque el Shere Khan de Kipling era un tigre macho, creo) con la lengua colgando. Cuando ella se echaba en alguna parte y dormitaba un poco —cosa que los tigres pueden hacer casi veinte horas al día—, Toby estaba allí, trepaba a su listado flanco, la lamía detrás de las orejas, en el hocico, en la mandíbula; en cualquier sitio que pudiera alcanzar. Durante unos días Shere no dejó de lanzarle miradas dubitativas. Cuando me miraba a mí juro que parecía azarada. Pero finalmente se acostumbró. Pronto empezó a ronronear y a dormirse con una expresión extremadamente satisfecha en su salvaje rostro. Entonces Toby empezaba a dar apretadas vueltas a su alrededor durante un rato, como hacen los perros, y se alojaba en la curva de su cuello, metía su hocico en su propia barriga y se dormía. Si ella se agitaba se levantaba al instante, dispuesto a seguirla donde fuera.

Hobbes era otra historia. No hay otra forma de describirle que como un gran gato. Shere Khan abusaba de él despiadadamente, y a él no parecía importarle. Le robaba su comida; él simplemente iba a buscar más. Si él intentaba un avance romántico ella rugía una advertencia, y él echaba las orejas hacia atrás y se alejaba mientras Toby le ladraba, tan indecentemente complacido como cualquier perro en la historia del mundo, creo. El gran apocado nunca fue capaz de autoafirmarse. Es cierto que ella le superaba en peso en casi cincuenta kilos, ¡pero realmente!

«Pobrecito», observaba Poly, e iba a rascarle detrás de las orejas. Lo que esto decía acerca de la condición humana, o acerca de nuestra situación en particular, ni siquiera quiero discutirlo.

Y así pasan los días: Poly toca el violín, Toby está enamorado, yo pesco, y estamos acercándonos a Júpiter. Desconozco por qué tenemos que ir por la ruta de Júpiter, pero promete ser todo un acontecimiento.

ÚLTIMA PARADA EN LA TIERRA DE NUNCA JAMÁS

Primera parte de una serie

por Hildy Johnson

Es la mayor fiesta en la que nunca haya estado, y he estado en algunas realmente grandes.

El invitado de honor llega a lomos de un brontosaurio auténtico.

¿Cómo podemos llamarle ahora? Durante años todos le hemos llamado Sparky. Simplemente Sparky, y eso era suficiente. Como Elvis. Durante todo ese tiempo su auténtico nombre ha sido Kenneth Valentine, pero ¿quién lo sabe? El hecho apenas era mencionado en los miles de millones de páginas escritas sobre él, en los miles de horas de cintas, en los miles de fotos robadas por los *paparazzi* con sus grandes teleobjetivos. El pequeño Kenny Valentine se ha visto completamente sumergido en el papel del buen viejo Sparky, con su pelo de alambre y sus dibujos en zigzag, más que cualquier otro actor en la historia. Hubo un tiempo en el cual, si le hubieras preguntado cuál era su auténtico nombre, te hubiera mirado sin comprender, y luego se lo hubiera pensado un momento, como quien intenta recordar a alguien al que ha conocido hace muchos años, y sólo brevemente. Y Sparky fue siempre un chico de acción, no de reflexión. Te hubiera dedicado una de sus maravillosas sonrisas y luego se hubiera marchado. Pero Sparky ha decidido crecer.

Bien, eso es una frase. Quizá la hayan oído ustedes antes, pero su significado; no era nunca literal. ¿Cómo puede uno «decidir crecer»? ¿Qué hay en tu decimotercer cumpleaños que te haga decir: «Bien, ya hay suficiente de infancia. Es hora de empezar a hacer cosas de adulto»? La serie *Sparky* sigue funcionando tan bien como siempre, situada consistentemente entre las cinco primeras. Generación tras generación parecen hallar irresistible a ese chico. No hay ninguna auténtica razón por la que no pueda seguir otros veinte años. O cuarenta años. Demonios, ¿quién sabe? No sólo eso, sino que la familia y la corporación Valentine han reinvertido su dinero hasta convertirse en un imperio dentro del mundo del entretenimiento que va mucho más allá de los más locos sueños de la

modesta compañía productora, la Thimble Theater, que le dio nacimiento. Así que, ¿por qué abandonar? ¿Es posible que el pequeño Kenneth Valentine desee… aprender a actuar?

Sí, de acuerdo, como actuaba Sparky. Ganó algunos premios. Pero aunque puedes ganar un billón de dólares y la admiración de tus compañeros en la industria del entretenimiento infantil, aunque puedes estar en la cima de tu profesión y hacer lo que haces mejor que nadie lo ha hecho nunca antes, hay un respeto, y hay un respeto. Nadie con el pelo como alambre y sin pantalones se ha ganado nunca el respeto en el reino del «teatro serio». Nadie lo conseguirá nunca. Y Sparky…, lo siento, Kenneth Valentine, procede de una distinguida familia teatral. Su padre. John, es un actor hasta las suelas de los zapatos, que pisó las tablas cuando aún llevaba pañales. (Algunos dicen que eso fue poco después de nacer en un pesebre…, al menos según John Valentine). La educación de Kenneth no fue menos clásica. Se dice que se sabe toda la *oeuwre* de Shakespeare de memoria. Todas las líneas de todas las obras. ¿Es posible que esta educación no produzca más que la mejor serie para niños jamás realizada?

No si John Valentine tiene algo que decir al respecto. Y John Valentine tiene mucho que decir, acepten mi palabra al respecto.

Hablaremos más de ello más tarde.

El nombre del dinosaurio es Nessie. En su lomo hay un glorioso tapiz de brocado en oro y púrpura. Sujeto en su parte media hay una estructura que deberíamos llamar castillo, según las plataformas que normalmente llevaban los elefantes en sus lomos, pero éste tiene cinco pisos de altura, con dos de sus niveles colgando a cada lado de la bestia. A lomos de Nessie hay tres pisos más, incluido un mirador rematándolo todo. Quizá dos docenas de actores se sujetan a las barandillas y suben y bajan por las escaleras y escalerillas, todos con trajes de fiesta. Nessie avanza pesadamente, indiferente a todo, con sus ojos orlados de rojo indicando a todo el mundo conocedor de esas criaturas que se halla flotando como una cometa bajo una doble dosis de tranquilizante para reptiles. Sé a ciencia cierta que si se hiciera estallar una bomba medio metro dentro de su canal anal ni siquiera parpadearía. (Su humilde narradora tuvo una descarriada infancia en el rancho de brontosaurios de su madre).

Perchado en una silla en lo alto del interminable cuello está Sparky, pasándoselo en grande saludando a la multitud.

Hace sólo unos momentos se estaba trabajando realmente duro ahí. El Estudio 4 estaba y está engalanado como un antiguo templo thai invadido por la maleza. Un enorme Buda dorado mira serenamente al plato. ¿Bendiciendo la empresa? Una se pregunta cuál fue la reacción cuando el director gritó «¡Corten!» tras la última toma de la última escena del último episodio de *Sparky y su pandilla*, y una pared del estudio se alzó para revelar el igualmente cavernoso Estudio 3, dispuesto para la mayor fiesta de todos los tiempos. ¿No estaba Sparky en aquella última toma? ¿No había estado allí un momento antes? Entonces, ¿cómo demonios se subió al lomo de ese bronto…? Oh, no importa. Debe de ser la magia del cine, porque ahí viene, ahí acude el brontosaurio, ¡aquí empieza la fiesta!

Nessie avanza pesadamente por el amplio sendero dispuesto para él, se detiene por un momento, mira tan pensativamente como puede mirar un brontosaurio, lo cual no es mucho, alza su gargantuesca cola, y deja caer tres cagadas del tamaño de balas de heno pero que no huelen tan bien. Algunos se echan a reír. Sparky mira hacia atrás. La cola desciende sobre una mesa cargada con una escultura de hielo valorada en cinco mil dólares, seis mil dólares de langostinos pelados e incontables barricas de fresas y crema batida. *Spumoni* instantáneo de langostinos a la fresa.

Sparky se muestra encantado. Se pone en pie y resbala cuello abajo, seguro como una ardilla. Salta al suelo y echa a andar en medio del desastre. Otros le siguen. Demonios, hay diez mil pasteles de crema en hileras de estantes apoyados contra la pared del fondo; todo el mundo sabía que iba a ser el mayor desastre de todos los tiempos, con la más grande batalla de pasteles de la historia como clímax. Sólo que todo ha empezado un poco antes.

Cerca del Buda, unos cuantos invitados se han rezagado. Tipos con trajes morfeados que parecen ignorarlo todo. El morfear un papel es sólo un maldito trabajo, parecen pensar. El traje, festoneado con cientos de sensores referenciados por ordenador unidos con malla de alambre, es incómodo, pero están bien pagados. ¿Quién sabe quién hay debajo de esos trajes? Nadie. Cuando el ordenador ha terminado de morfearlos, se han convertido

en criaturas que pueden ser interpretadas por tipos de rodillas o gente con cantidad de látex pegada a sus rostros.

Alguna gente tiene esa expresión en su rostro que uno puede ver en un tipo que acaba de meter el pie en un profundo agujero que creía que era terreno sólido. Tomen a Walter Burgess, el tipo que lleva interpretando desde hace veinte años ya a Windy Cheesecutter. ¿Meditando sobre el futuro de tu carrera, Walter? ¿Intentando imaginar a qué puedes dedicarte ahora? Sería bueno recordar las inmortales palabras de Bert Lahr: «Después de *El mago de Oz*, fui encasillado como león, y no hay muchos papeles para leones». No hay muchos papeles tampoco para tipos gordos que pueden volar por los aires pedorreándose. Ahora puede verse a sí mismo, unos cuantos años más cuesta abajo, subiéndose a una plataforma delante de una nueva ferretería mientras algún estúpido grita: «¡Y ahora, amigos, aquí tenemos a Windy Cheesecutter… Walter Burgess!». Mientras los chicos lanzan regocijados sonidos con los labios y las aburridas chicas lanzan grititos y almohadillas a la multitud.

A veces, en este negocio, el éxito puede ser tu peor enemigo.

John Valentine está aquí también, atendiendo a la multitud. Es muy bueno en ello. Es el hombre que muchos están de acuerdo en que es el responsable de cerrar la producción de la serie de más éxito del estudio. Lo ha trastocado todo. La gente está recibiendo las hojas rosas, es enviada a casa. Y parece que les gusta a la mayoría de ellos. Actúan como si les estuviera haciendo un favor.

Si buscan una descripción del resto de la fiesta, han acudido a la referencia equivocada. Si desean verla, pueden adquirir la cinta. Si desean leer sobre ella, quién estuvo allí, quién hizo qué, quién se puso en ridículo, quién tuvo que ser facturado a casa, acudan simplemente a la columna de chismorreos.

Esta serie no es sobre fiestas, y no es sobre celebridades. Es sobre crecer.

Es sobre Sparky…, ¿y dónde está ese pequeño diablo? ¿Es posible que el invitado de honor se haya marchado pronto, antes de que los pasteles empiecen a volar?

John Valentine le está buscando también. Algunas personas se han dado cuenta, y unas cuantas han observado lo cerca que está el hombre de su hijo. Veinte años presidiendo un desastre financiero en Neptuno, y de pronto parece que no quiere que Sparky permanezca lejos de su vista. Bueno, ya saben lo que se dice acerca de la ausencia, el corazón y el cariño.

No, estaba equivocada. Ahí está Sparky, junto a la ponchera. John Valentine lo ve, se dirige hacia él…, y sus ojos se desvían. Ignora a Sparky y sigue mirando a su alrededor. Porque…, bueno, no se trata en absoluto de Sparky. Seguro, se parece a Sparky. Todo el mundo lo trata como Sparky, pero no lo es.

¿Podemos decir que es un doble? Supongo que han oído hablar ustedes de ello, de los rumores de que en algunas ocasiones las celebridades utilizan dobles para darse un cierto respiro. Unas pequeñas vacaciones de las… sofocantes demandas de la fama. De los millones que desearían obtener un pequeño pedazo de ti, y que lo tomarían si pudieran, partiéndote a trocitos para ello. Así que utilizan dobles, mientras ellos van a lugares privados.

Si yo fuera John Valentine, buscaría a Sparky con un uniforme a rayas finas, jugando al béisbol en el lugar menos esperado.

No sabrían nada de mí.

—¡Tranquilo, tranquilo! —gritó Sparky—. ¡Clávala aquí, Bob! ¡No podrá golpearla si la lanzas al suelo! ¡Tranquilo! —Sparky golpeó su puño contra su guante, luego separó los pies y se agachó ligeramente, con el guante alzado a unos pocos centímetros de su boca y nariz. Podía oler el suave cuero y el aceite con que lo había frotado hacía unas pocas horas. Hundió los clavos de sus botas en la verde hierba, en el suelo. Sintió una conexión primigenia con el campo de los sueños. Por un momento no existió nada para él excepto el movimiento del brazo del *pitcher* para tomar impulso y el lento giro de la punta del bate, allá en la distancia.

El bateador golpeó la pelota y el arbitro se volvió, en absoluto impresionado.

Bola tres.

—¿Qué haces, ciego? —gritó alguien a su derecha.

Así que era el fondo de la sexta. Ningún punto. Había un hombre en la segunda intentando mirar en todas direcciones a la vez, listo para que el jugador entre la segunda y la tercera se deslizara detrás de él para una arrancada, listo para volar al crujido del bate. Dos *outs*, tres bolas, dos *strikes*. Nada que perder.

El tipo en la base del bateador no era famoso por lanzar en arco o pelotas largas. No tenía ningún home run en la temporada. Pero podría driblar en el agujero entre la primera y la segunda, y ahí era donde estaba jugando Sparky, Si llegaba hasta él no había forma de que pudiera atraparle. El lanzamiento tendría que ser a la base del bateador. El *catcher* era bueno, y el *runner* en la segunda no tenía mucha velocidad. Así que lanza a unos pocos metros de la línea de la tercera base y el *catcher* estará allí, bloqueando la base del bateador.

¿Pero era lo bastante bueno el brazo de Sparky? ¿Debía lanzar al *pitcher*, esperar que pudiera cortar y alcanzar al *catcher* a tiempo? No, espera, ¿no entraría el *pitcher*, apoyando al *catcher*? Seguro, seguro que lo haría, y el tercera base se encaminaría al montículo, dispuesto a obstruir un tiro corto.

Maldita sea, el béisbol tenía un montón de cosas que recordar.

Adoraba cada minuto de ello.

El *pitcher* lanzó, el *runner* tensó los músculos, el bateador golpeó, y la pelota voló alta por los aires… por encima del receptor y pelota mala.

Todo el mundo se relajó. Sparky se quitó la gorra y se secó la frente con el dorso de la mano, como había visto que hacían los jugadores en las *majors*. Al menos la mitad del béisbol no era tanto lo que hacías como el estilo con que lo hacías.

Durante años éste había sido el único lugar donde Sparky podía relajarse, podía bajar totalmente la guardia, ser él mismo, hacer algo que le gustaba pero que no tenía que hacer. No era el mejor jugador de béisbol en la Pequeña Liga. Ni siquiera estaba entre los cien primeros. De hecho, era estrictamente mediocre. Por alguna razón, eso era un gran consuelo para Sparky.

Aquí en la suave hierba verde del *outfield*, o hundiendo los clavos de sus zapatos en la roja tierra de la plataforma del bateador, o corriendo las

bases, o incluso sentado relajadamente en el banquillo con sus amigos —sus amigos, no fans de Sparky, el chico de la televisión—, sentía una calma mágica que no existía en ninguna otra parte en su vida. Era la no complicada felicidad que generaciones de muchachos antes que él habían sentido en el diamante. Era su propio reino privado.

De hecho, la vida sería casi malditamente perfecta en ese momento excepto por dos cosas: tenía hambre y le dolían los dedos de los pies.

El hambre era algo familiar ahora, y podía ocuparse de ella. Sacó una barrita de dulce de su bolsillo, mordió un pedazo y se lo metió en la mejilla, consciente de lo mucho que se parecía ahora a aquellos héroes en blanco y negro del juego allá en la Vieja Tierra. Sólo que en sus mejillas no había una barrita de chocolate con nueces sino un mordisco de tabaco.

Así que ahí estaba, Jackie Robinson en el campo, ligeramente acuclillado, dispuesto a estallar en un relámpago de movimiento, en un momento que se prolongaba, eterno…

Sparky ya no podía jugar a la pelota en un parque normal de King City, del mismo modo que no podía entrar en una franquicia de *Pizza* Palace y encargar un trozo de *pizza* y una coca-cola. Pero este campo era diferente. Éste era el domo recreativo de la Gente Llana de la Luna: los Amish Exteriores.

Así se hicieron llamar al menos cuando se mudaron a la Luna. Más tarde, algunos grupos se realojaron en Marte e incluso en puntos más distantes. Algunos llamaban ahora a los colonos originales Amish Exteriores del Viejo Orden, pero eso era demasiado largo, y los nombres permanecen mucho tiempo después de que hayan perdido su significado original.

Cuando Sparky empezó a visitar el lugar, se le contó la saga de las comunidades amish y menonitas en la Luna. Habían llegado a los Estados Unidos desde Alemania y Suiza, se habían instalado en las ricas tierras agrícolas de Pennsylvania, e hicieron lo que siempre hacen las sectas: se dividieron en otras sectas. Los más llanos de la Gente Llana evitaban cosas como coches, electricidad y teléfonos. Básicamente, si no era mencionado en la Biblia, los amish opinaban que podían pasarse sin ello. Algunos creían que los coches estaban bien, pero que los cromados eran superfluos y

vanos, de modo que los pintaban de negro: los Menonitas del Parachoques Negro. La mayoría no llevaban botones, y los hombres nunca se dejaban crecer el bigote porque les recordaba a los militares prusianos, de los que habían huido. Eran los objetores de conciencia originales.

Sparky había pensado que los amish habían necesitado un gran salto de la lógica para abordar una nave espacial y partir hacia la Luna, pero ¿era eso realmente tan distinto que cruzar el Atlántico? América no estaba mencionada en la Biblia, pero la Luna sí.

Una vez allí, por supuesto, no podían sobrevivir enteramente con la tecnología bíblica, pero se las arreglaron sorprendentemente bien, y usaron tan pocas cosas modernas como les fueron posibles. Lo que más les atraída era la perspectiva de doce estaciones de dos semanas de germinación al año. Granjeros hasta el tuétano, los amish estaban realmente en primera línea agrícola en cuestiones como rotación de las cosechas y conservación del suelo. Estaban familiarizados con la hibridación, y la ingeniería genética consistía tan sólo en acelerar la cría y la selección, o al menos así lo proclamaba el cismático líder de los Exteriores. Y nunca se habían mostrado contrarios a aceptar un poco de ayuda de sus vecinos. Así, aunque ellos nunca entraban en un laboratorio de bioingeniería, fueron básicos en el desarrollo de las primeras cepas de cosechas adaptadas a la Luna. Erigieron domos, acondicionaron el polvo lunar con abonos, bacterias, gusanos —todo lo necesario—, araron el mantillo resultante, plantaron y cosecharon. Las nuevas variedades de plantas bebieron la intensa luz solar bajo los domos de plástico que filtraban los rayos ultravioletas y crecieron tan rápido que «podían romperte el brazo si lo mantenías demasiado tiempo encima de una semilla de maíz», según el amigo de Sparky Jan Stoltzfus, el muchacho que lo había invitado la primera vez al enclave amish. «Dos semanas de germinación en verano y dos en invierno…, ¡sin la nieve!».

La autosuficiencia había sido siempre su ideal, pero también tenían que ganarse la vida, de modo que mucho de lo que producían era llevado a King City y vendido en el mercado, a los fanáticos de las cosas naturales, a los contrarios a los productos químicos y a los muy ricos, a precios sorprendentes.

—Son cosechas producidas tan artificialmente como las de cualquier granja comercial —había señalado Jan, riendo—. Nuestra comida no sabe mejor ni peor que la de cualquier otro. La única forma de distinguirla es que nuestra fruta y nuestras calabazas y nuestros melones y nuestros tomates tienden a ser un poco más pequeños, a veces mucho más pequeños, más como allá en la Vieja Tierra. Y ocasionalmente hallarás una mácula en un tomate, un gusano en una manzana. ¿Y crees que nosotros los comemos? Muy pocas veces. Compramos nuestras verduras en el mercado, como la gente corriente, e ingresamos en el banco la diferencia.

Sus vidas le habían parecido a Sparky llenas de contradicciones cuando empezó a acudir allí. Leían libros antiguos a la luz de velas o de lámparas de queroseno, pero mantenían los árboles de sus huertos medrando durante las dos semanas del «invierno» con bancadas de luces suspendidas sobre sus cabezas. Araban el suelo con caballos y arados de madera y hierro, luego embalaban el heno para las vacas con máquinas accionadas a gasolina. En un domo la calefacción era a base de estufas de leña o chimeneas —no podían permitirse auténtica madera, así que usaban residuos agrícolas compactados—, y en el siguiente domo se consideraba ético hacer funcionar la calefacción con gas metano. Sostenían interminables discusiones acerca de lo que era propio y lo que no. Pero eran buena gente, y había una cosa en la que todos estaban de acuerdo: la televisión era el instrumento del diablo.

Había acudido a los asentamientos amish en busca de una historia arco que implicara a un muchacho y una chica amish. El plan se hundió rápidamente cuando resultó claro que a la Gente Llana no le gustaba ser fotografiada, que hicieran de ellos una «imagen grabada» —¿quién sabía?—, pero mientras estuvo allí Sparky hizo un interesante descubrimiento. Nadie sabía quién era él. Fue una revelación. Por supuesto, nadie tenía un programa en televisión que viera todo el mundo, pero ésa era con toda seguridad la única gente cuerda en la Luna que nunca había oído hablar de él.

Empezó a dejarse ver en los partidos de béisbol, reuniones informales donde los equipos eran elegidos sobre la marcha. Al principio era seleccionado el último, ¡y eso le encantó! En cualquier parque en King City

sería seleccionado el primero en cualquier circunstancia, independientemente de su talento o de su falta de él. Peor aún, en la práctica le sería imposible jugar. ¿Deseabas realmente tener a trescientos fotógrafos atestando la línea de la primera base? ¿Buscando una foto en las duchas? ¿Solicitando entrevistas en el banquillo? Incluso en la patética liga que organizaban para los niños del estudio, Sparky veía pocas oportunidades de jugar. Esos chicos sabían quién firmaba los cheques de la paga de sus padres, y no se esforzaban mucho en sus lanzamientos o en sus paradas. Sparky odiaba este tipo de competición.

Pero los amish le proporcionaron algo que no había disfrutado desde que tenía ocho años: la oportunidad de ser simplemente otro chico. Sabían que era famoso, y rico, y eso no constituía ninguna diferencia para ellos. Todo eso era un asunto «de fuera», no formaba parte de su mundo. Si quería jugar con ellos, mejor que fuera bueno.

Nunca pasó de mediocre, y no importaba. La primera vez que fue seleccionado penúltimo fue uno de sus mejores días. Se había ganado esa miserable promoción. Cuando eres rico y famoso, y no tienes el ego de John Valentine, nunca sabes lo que te has ganado realmente. Las alabanzas que recibía Sparky eran siempre el resultado de un equipo de gente empleada por él y que le hacían aparecer bien a los ojos de todo el mundo. Nunca olvidó eso, no importaba cuántos premios recibiera.

A veces desearía haber heredado la enorme seguridad en sí mismo de su padre, pero la mayor parte de las veces se sentía más feliz siendo como era, un tipo moderadamente inseguro con un toque de complejo de impostor, esa enloquecedora sensación de que la gente sabe en secreto que no eres tan bueno como te vanaglorias de ser, que sabe que tú lo sabes, y que sabe que tú sabes que ella lo sabe.

Aquí sabía exactamente lo bueno que era.

El bateador salió de pronto de su cuadrado y el *pitcher* se relajó. Al parecer al bateador no le gustaba algo allá en el suelo, porque lo rastrilló con sus clavos. Hizo un pequeño agujero, agitó el bate alrededor de su cabeza, sacudió las caderas y se enfrentó al *pitcher*. Asentar los pies, girar el bate, darle a la pelota…, otro *foul*.

Dios, Sparky amaba el béisbol. ¿Cómo podía un juego que avanzaba tan lentamente provocar tanta tensión? Puede que pasaran otros dos, tres minutos antes del siguiente lanzamiento, y el suspense se estaba haciendo intolerable.

También su hambre. No tenía más barritas en su bolsillo. Y tres largas entradas todavía antes del festín.

La Gente Llana nunca lo llamaría algo tan vano como festín, pero eso es lo que era. Sparky pasaría sin dudar con los ojos cerrados junto a toneladas de las exquisiteces que había habido en la última fiesta a la que había asistido para llenar su bandeja con comida amish.

Habría empañadas jarras de cristal llenas de ácida limonada rosa, con limones y cerezas flotando todavía en ella. Sidra dulce. Zumo de naranja recién exprimido. Algo hecho con judías y huesos de jamón. Rosbif cortado muy fino. Mazorcas de dorado maíz fresco. Tartas e hileras e hileras de pasteles: de cereza, de limón, de especias, de calabaza. Pasteles de crema y azúcar moreno, una exquisitez hecha en el cielo pero servida sólo por los amish.

Y los favoritos de Sparky, los bollos. Bollos de arándanos y bollos de maíz, que podías retorcer en tu mano y ver el vapor brotar todavía de su dorado centro, y untar con mantequilla tomada de una mantequera de madera.

La vida no podía ser mejor.

Si juegas al béisbol el tiempo suficiente, desarrollas un ordenador en tu cabeza. Cada partido se añade a la programación, hasta que alcanzas el punto en el que ya ni siquiera tienes que pensar en él. Tus ojos ven, y tus brazos y piernas reaccionan.

El chasquido del bate activó el ordenador de Sparky. Era un tiro directo en dirección a él. El primero y el segundo base hicieron ademán de dirigirse hacia allá, vieron que era imposible, volvieron a sus puestos mientras Sparky cargaba hacia la pelota. No había esperanzas de atraparla; juega en el rebote. Vio al *catcher* de pie en la línea de la tercera base, al *pitcher* encaminándose hacia el cuadrado para respaldarle, al *shortstop* entre la segunda y la tercera base avanzando hacia el montículo para interceptar el tiro. Sus ojos fueron a la pelota… ¡Jesús! Estaba demasiado cerca de ella.

La pelota golpeó el suelo y rebotó mientras él bajaba el guante. Golpeó el filo del guante, golpeó su pecho y rebotó…, y ahí estaba, colgando en el aire justo frente a él, como si el tiempo hubiera quedado suspendida La cogió con su mano desnuda y en un solo movimiento la arrojó hacia el *shortstop*. Vio al entrenador en la tercera base haciendo gestos al *runner* de que corriera hacia la meta. Le había dicho a Sparky que no tenía brazo suficiente para lanzarle la pelota al catcher.

Fue un buen lanzamiento, pero algo le había ocurrido al brazo de Sparky. El *shortstop* saltó a por ella, hubiera podido atraparla, pero se agachó y la dejó pasar sobre su cabeza…, y alcanzó al *catcher* en medio de los números. El *runner* estaba tan sorprendido que intentó pararse y sus pies resbalaron debajo de él. El *catcher* siguió avanzando y lo atrapó. Los fans se volvieron locos.

Sparky se dirigió al banquillo, los brazos relajados, los ojos en el suelo, sintiendo a la vez frío y humildad. No había forma de que pudiera decirle a nadie que había lanzado hacia el *shortstop*. Todo había funcionado bien, así que ¿qué necesidad tenían de saberlo?

Aceptó las felicitaciones y las palmadas como algo merecido, luego se sentó en el banco para aguardar su turno con el bate. Los pies le estaban matando.

Por primera vez se dio cuenta de que había una franja de piel visible entre la parte superior de sus calcetines y la inferior de sus pantalones.

Bien, eso lo explicaba. Sus piernas eran más largas, y también sus brazos. Cargando la pelota, ganando un par o tres de centímetros más en cada zancada, había llegado demasiado rápido. Luego, al lanzar, había alcanzado más distancia que nunca antes. Sus largas piernas casi habían causado el desastre. El brazo lo había compensado. Espléndido. Pero iba a tener que hacer algunos ajustes, examinarse más atentamente.

Alzó la vista cuando el arbitro indicó tiempo muerto. Su padre estaba cruzando el *infield*. Sparky le vio alzar la vista, vagamente, como si sólo ahora se diera cuenta de que estaba ocurriendo algo allí, de que quizás interrumpiera algo. Sonrió y saludó a los jugadores con la mano, aferrando un periodivisor enrollado en su otra mano.

John Valentine se deslizó ligero bajando los tres escalones hasta el banquillo, sonriendo ampliamente a Sparky, que le devolvió la sonrisa lo mejor que pudo. Valentine hizo un gesto a Jeff, el segundo base, para que se corriera un poco hacia un lado, luego se sentó con su cadera tocando la de Sparky.

—Béisbol, ¿eh? —dijo—. Parece divertido. Me costó malditamente rastrearte hasta aquí.

—No le digo a nadie adonde voy —explicó Sparky. Valentine pareció no haberle oído; tendió el periodivisor y señaló la primera entrega de la serie de Hildy Johnson sobre Sparky.

—¿Has visto esto?

Sparky lo estudió, intentando concederse un poco de tiempo. Valentine pulsó el cambio de página en la esquina, fue a la parte en la que estaba interesado y señaló el párrafo.

—¿Cómo se atreve esa zorra a escribir esto acerca de mí? —dijo.

Sólo entonces se dio cuenta Sparky de lo furioso que estaba su padre. Alzó la vista hacia Hildy, en las gradas, a no más de diez metros de distancia, y decidió que no era el momento de presentarlos.

—Dice que es un artículo autorizado —siguió Valentine—. ¿Le has estado concediendo entrevistas a esa mujer?

—Ha estado por ahí —admitió Sparky—. Le hemos permitido el acceso.

—Si ella tiene acceso —chirrió Valentine—, necesitamos controlar los accesos. No hay necesidad de dejarla entrar en los secretos familiares, y si va a seguir escribiendo mentiras como ésta, no hay ninguna necesidad en absoluto de tenerla por aquí.

—Yo no le dije nada —señaló Sparky—. No acerca de ti.

Valentine rodeó a su hijo con un brazo, le palmeó el hombro.

—Por supuesto que no —dijo con una sonrisa—. Nunca pensé que lo hubieras hecho.

—Causaremos mala impresión si cancelamos eso en este punto —indicó Sparky—. El periódico lleva anunciando esta serie desde hace ya una semana. Pensé que sería buena publicidad.

Valentine meditó aquello, empezó a asentir lentamente.

—Además —continuó Sparky—, no es una crítica. La gente ha impreso cosas malas acerca de ti antes. Ya sabes cómo es eso.

—Quizá tengas razón —admitió Valentine.

—Tú mismo lo has dicho siempre. No eres un hombre fácil de gustar a la gente. —Sparky sabía que su padre se enorgullecía de aquello, lo atribuía a su perfeccionismo artístico. Incluso era en parte cierto.

Valentine se echó a reír y apretó el hombro de su hijo.

—Tienes razón. No es nada por lo que molestarse. Supongo que estoy un poco excitado, con el teatro tan cerca de su inauguración. —Arrojó el periodivisor al suelo, donde se mezcló con un centenar de viejas envolturas rosadas de chicle y pequeños charcos de coca-cola derramada—. No es por eso por lo que he venido, de todos modos. Han surgido algunas cosas que tendríamos que ver juntos.

—¿Acerca del teatro?

—Exacto. Si nos apresuramos, podemos llegar allí antes de que cierren los trabajos del día.

—Pero estoy en mitad de un partido…

—De veras que no puede esperar, Kenneth. —Miró a su alrededor, evaluando a los jugadores y la hierba y las madres y padres en las gradas detrás del banquillo—. Estoy seguro de que es muy divertido —dijo, evidentemente sin pensar que lo era—, pero ¿no es todo un poco… infantil? Quiero decir, Kenneth, lamento realmente estropearte la diversión, pero dentro de otro mes serás demasiado grande para jugar con esos chicos.

Sparky sintió que se le encendía el rostro. Jeff y algunos de los otros muchachos estaban estudiando cuidadosamente el campo.

Maldita sea, era cierto. Un par de centímetros esta semana, unos centímetros más la semana que viene, y en un abrir y cerrar de ojos sería un hombre.

En realidad ya era un hombre, por dentro. Había sido un impostor en este lugar desde el principio. Aunque no compartían el mundo moderno, los amish eran conscientes de él. Comprendían la arcana ciencia biológica que había mantenido a Sparky preadolescente durante veinte años. Sabían que viviría más que ellos. Eran uno de los muchos grupos que, por una u otra razón, se mantenían fieles a las tres veintenas y diez de *la Biblia* —en

realidad, más bien cinco veintenas para la mayoría de ellos, con razonables cuidados—, negándose a todos los tratamientos de prolongación de la vida.

Sobraba allí, y Sparky lo sabía.

¿Pero no podía terminar este último partido?

—Tengo que irme, muchachos —dijo, poniéndose en pie—. Lo siento, pero es una emergencia.

—Claro, Sparky.

—¡Hey, has hecho un buen juego, Sparky, de veras!

—¡Vaya jugada! Hablarán de ella esta noche.

Le estrecharon la mano, le dieron palmadas, sin que nadie mencionara que no iba a volver, aunque todos eran conscientes de ello.

De pronto supo, sin saber cómo lo sabía, que aquellos muchachos sabían exactamente quién era, y lo habían sabido desde el principio. Tuvo una vívida visión de un grupo de ellos ocultándose en el henil, atentos a la posible entrada de sus padres, reunidos en torno a un televisor clandestino de segunda mano. Sintonizado al último episodio de *Sparky y su pandilla*. Por supuesto que lo sabían. Y lo maravilloso era que, en todo el tiempo que había estado viniendo allí, nadie le había pedido nunca un autógrafo o un recuerdo de la serie. Pero sabían que iba a crecer, y sabían que nunca volverían a verle. Miró al suelo, allá donde su padre había arrojado el periodivisor. Había desaparecido. Pronto estaría en el cajón de los calcetines de alguien, para ser sacado en plena noche y ser leído a la luz de una vela.

Impulsivamente, puso su caro guante de *outfielder* en las manos de un sorprendido Jan Stoltzfus, otro chico a punto de convertirse en un hombre joven, pero a su ritmo normal. Pronto estaría jugando con los adultos. Se abrazaron, y Sparky se alejó, siguió a su padre alrededor de la valla y fuera del campo.

El túnel desde los asentamientos amish hasta los límites de King City tenía ocho kilómetros de longitud y estaba pavimentado con tierra apisonada e iluminado por chorros de gas que habían ennegrecido las piedras del túnel cada quince metros. Estaban a sesenta metros por debajo

de la superficie lunar, seguros como en casa. Sparky y su padre se sentaron en la parte de atrás de un carro de madera lleno de productos frescos en grandes cestos y cajas de tablillas de madera. El carro tenía ruedas revestidas de goma. Crujía en todas sus juntas mientras rodaba lentamente sobre la tierra apisonada. Podía oír el ritmo regular del *clop-clop* de los dos plácidos percherones que habían recorrido aquel camino un millar de veces antes, y podía oír el sonido de la voz de su padre, zumbando sobre algún problema u otro relativo a su sueño, el Teatro John Barrymore Valentine. Sparky oía, pero no escuchaba nada de aquello. Estaba sumido en un mundo propio.

En realidad no había pensado en ningún momento que aquel asunto de crecer fuera a cambiar tanto su vida. La realidad era que ya se consideraba como una persona adulta. Cierto, era pequeño, tenía el cuerpo de un niño, pero su mente era la de un hombre maduro. Por eso mismo, a veces pensaba que había nacido maduro. No recordaba ningún tiempo en el que no hubiera tenido una visión adulta de la vida, que no hubiera cargado con el peso y las responsabilidades de un hombre. Su relación con John Valentine era a veces más la de un padre hacia un atolondrado hijo que a la inversa.

Pero esto iba a cambiarlo todo. No obtienes simplemente un universo más grande cuando creces, cuando te haces mayor. Dejas a un lado el béisbol, pura y simplemente.

Por supuesto, podía meterse en la liga de adultos de aficionados, darle a la pelota en su tiempo libre, en los fines de semana, después del trabajo. Pero sabía sin siquiera pensarlo que no iba a ser lo mismo. El béisbol adulto era una forma de mantener el peso controlado sin necesidad de cirugía, de ejercitar los músculos. Si cuidabas el viejo corazón, no necesitabas uno nuevo cada cinco años. Para los profesionales era un trabajo, pero Sparky nunca sería tan bueno como eso. Para un chico, el béisbol era un mundo en sí mismo. El béisbol era juventud.

—¿Por qué tengo la impresión de que no has oído ni una palabra de lo que he dicho?

—¿Qué? —Sparky alzó la vista—. Oh, supongo que estaba en alguna otra parte.

John Valentine dejó escapar un gruñido que no comprometía a nada, luego rebuscó tras él y tomó un tomate de veinte dólares de un cesto lleno de ellos. Le dio un mordisco. Jugo y pepitas resbalaron por su barbilla.

—Ni siquiera sabía que esta gente estuviera ahí fuera —dijo Valentine —. Me volví loco buscando el lugar.

—No tienen muchos visitantes —admitió Sparky.

—Ni televisión, dices. Ni películas. ¿Qué hacen para divertirse? ¿Teatro al menos?

—No creo que lo aprueben tampoco. Principalmente cultivan la tierra. Trabajan el suelo. Las mujeres cosen, ¿sabes?, hacen esas grandes colchas. Valen una fortuna cuando están terminadas. Cocinan una comida maravillosa.

—Quizás hubiéramos debido comprar un pastel o algo.

—No los venden. Como tampoco los bollos.

—Me pareció que olían muy bien. —Dio otro mordisco al tomate—. Éste es un buen tomate también, pero no vale lo que te cobran ahí en el mercado. —Arrojó los restos del tomate a la parte de atrás del carro.

—No —dijo Sparky—. Probablemente no.

Nunca he probado de nuevo uno de esos bollos. Pero incluso hoy, cuando huelo pan de maíz, pienso en el béisbol de los amish.

El primer tramo de la odisea de la *Halley* era de Urano a Júpiter, un viaje que no suele hacerse muy a menudo desde la Invasión, hace doscientos años. Técnicamente era ilegal acercarse a Júpiter, pero la gente lo hacía de tanto en tanto, y casi siempre se salía con bien de ello. El espacio siempre había sido demasiado enorme para controlarlo realmente, y Júpiter no se hallaba en la jurisdicción de ningún mundo habitado por los humanos. La única nación realmente interesada en una prohibición total era la Luna, el grandilocuentemente y más bien nerviosamente denominado Estado de Avanzada, que había existido durante doscientos años a tan sólo cuatrocientos mil kilómetros de distancia de los Invasores. Los alienígenas habían aterrizado en la Tierra y en Júpiter. En la Tierra habían barrido toda vida humana y destruido toda huella de la existencia humana. Lo que

hicieron en Júpiter queda a la imaginación de cada cual. Por aquel entonces no había comercio entre los dos planetas del que la humanidad fuera consciente. A la Luna le gustaría que todo siguiera de este modo. No había ninguna razón para dudar de que los Invasores podían terminar el trabajo, destruir toda la humanidad, en un fin de semana si lo deseaban. Parecía prudente no proporcionarles ninguna razón para ello, y en consecuencia parecía prudente no llamar nunca demasiado la atención hacia los asuntos de los humanos.

Pero la Luna era la única en ver a los Invasores como una amenaza continuada. El resto del sistema simplemente parecía no pensar en Júpiter y log horrores que podía ocultar, lo cual significaba que nadie lo miraba demasiado de cerca. Si establecías una órbita y parecía como si planearas estarte en ella un cierto tiempo, era despachada una nave para arrestarte. Si simplemente usabas el pozo gravitatorio del gigante gaseoso para darte impulso o cambiar de rumbo, como a veces hacía la gente con prisa…, bueno, entonces era fácil que te perdieras entre el tráfico una vez habías vuelto a las atestadas trayectorias de los planetas interiores. El espacio era enorme.

No pretendo saber qué hizo exactamente Hal para efectuar un cambio de rumbo con un gasto mínimo de combustible. Algo acerca de llegar junto al horrible planeta, frenar un poco, rodearlo, y acelerar de nuevo. Sé que estuvimos sometidos a aceleración dos veces más, ninguna nada parecido a la agonía del primer impulso en Urano. Cuando todo hubo terminado, apuntábamos casi directamente al Sol. Hal me dijo que ir hacia el sol era el destino más difícil del sistema, en términos de energía. Lo cual no tiene sentido, puesto que es tan malditamente grande y tiene tanta gravedad, ¿no? Pero eso es lo que dijo, y al precio que alguien pagó por él, tiene que saberlo. Dijo que era más fácil apuntar hacia el sol desde ahí fuera, donde nuestra velocidad orbital era baja, que más hacia dentro, donde habríamos adquirido mucha más velocidad. A lo cual yo hubiera podido añadir: «¿Huh?», si no me sintiera tan digno. Creía que todo el asunto estribaba en la velocidad.

Había una habitación circular encima del habidomo que llamábamos la cabina. Estaba montada con paneles a lo Buck Rogers que teóricamente

podían controlar todos los aspectos de los sistemas de la nave, pero que nunca habían sido usados, puesto que Hal podía hacerlo todo mucho mejor. Imaginé que al propietario original le gustaba hacer de tanto en tanto lo que yo hacía, que era sentarse en la silla del capitán con los pies apoyados en el «tablero de mandos», estudiando el cosmos con una sensación de poder, rey de todo lo que abarcaba la vista.

La visión desde ahí arriba era la de un hemisferio del espacio, como cuando uno está bajo una cúpula de cristal o en un planetario. La segunda imagen era más exacta, porque lo que veíamos era un artefacto, creado por Hal. Parecía muy real. Pero recuerden que estábamos girando todo el tiempo, al extremo de una larga cuerda, con los motores al otro lado. Si el domo hubiera sido de cristal las estrellas hubieran girado a todo nuestro alrededor, demasiado rápidas para una visión cómoda. Hal había arreglado todo aquello, había hecho que pareciera como si estuviéramos avanzando por una enorme autopista negra, lisa como el cristal. Había un control al alcance de la punta de mis dedos que podía proporcionarme el ángulo que deseara. Por supuesto, excepto cerca de Júpiter, no era visible ningún movimiento en absoluto.

Casi me perdí enteramente el espectáculo. Viniendo de la Luna, me había sentido impresionado por los términos taxativos bajo los cuales había que evitar Júpiter. Que era peligroso. La imagen de Júpiter era ominosa, dominada por aquel enorme ojo rojo cien veces más grande que mi planeta natal.

Poly no sentía esas prevenciones. Para ella era tan sólo una enorme bola de gas, una gran oportunidad para una foto.

Decidí armarme de valor. Si Poly no estaba asustada, ¿por qué debía estarlo yo? Normalmente no me veo sometido a esas mierdas machistas, pero quizá yo también me sentía curioso.

Si te acercas lo suficiente, cualquier planeta tiene mucho en común con cualquier otro planeta. Pierdes la curva del borde, y se convierte en un enorme plano que llena la mitad del universo. Estábamos muy cerca. Hal me mostró el indicador, que se arrastraba muy lentamente hacia arriba, y que indicaba el aumento de la temperatura del casco a medida que rozábamos los venenosos bordes de su atmósfera.

Más y más cerca. Era una de esas cosas matemáticas, las cifras caóticas, líneas onduladas que a medida que las aumentas revelan más y más detalles. Infinitamente. Fractales, eso es. Pequeños torbellinos amarillos y naranjas se convertían en monstruosas tormentas, y a lo largo de sus bordes se producían más pequeños torbellinos. Luego ésos crecían a su vez, y te dabas cuenta de que eran gigantescos. Y en sus bordes, más tormentas…

Era un test de Rorschach en Technicolor surgido del infierno.

Al cabo de un tiempo no pude seguir mirando. Poly y yo estábamos atados, pero los tigres y Toby flotaban libres. Los observé durante unos instantes. Toby y Shere Khan habían inventado un juego que podríamos llamar Tobypelota. Shere lo bateaba a través de la estancia con una de sus enormes patas. Toby partía dando volteretas como una velluda pelota en cero g, ladrando feliz, hasta que se controlaba y saltaba de vuelta hacia el gran felino. Shere Khan lo bateaba entonces de nuevo. Parecía que lo consideraba como algo más divertido que un ovillo de lana, cosa a la que no dejaba de parecerse, ya que la caída libre lo hace más esponjoso que lo habitual.

Cuando Toby se acercaba a Hobbes le ladraba unas cuantas veces, cosa que recientemente se había acostumbrado a hacer. Hobbes le contemplaba pasa por su lado, pensativo, como si intentara llegar a una decisión. ¿Un mordisco o dos? ¿Engullirlo por la cola o por la cabeza? Decisiones, decisiones.

Toby siempre había sido tan vivaz como un snark en cero g, pero me sorprendió lo bien que los tigres la soportaban. No es que los felinos no fuera innatamente más graciosos que los perros, pero en una ocasión había visto un gato en una casa retorciéndose interminablemente, sabiendo que estaba cayendo do pero incapaz de imaginar dónde iba a aterrizar. Shere Khan y Hobbe simplemente se anclaban con sus garras en la gruesa moqueta y caminaban de un lado para otro como de costumbre. Supongo que se han vuelto sin miedo y más bien un poco estúpidos gracias al mismo tratamiento que los ha librado de la agresión y de la urgencia de cazar.

Cuando Hal nos advirtió que íbamos a acelerar de nuevo los tigres se reclinaron inmediatamente en el suelo. Cogí a Toby y lo sujeté en mis rodillas El peso, cuando llegó, fue aproximadamente de una g, y no duró

mucho Cuando terminó, Júpiter había girado hasta situarse detrás de nosotros y estaba empequeñeciendo rápidamente. Un giro en un dial de mi consola lo hubiera situado de nuevo delante, en la falsa imagen que estábamos observando, pero Poly estaba cansada de ello y yo no tenía deseos de ver más. Así que permanecimos ingrávidos durante otra media hora hasta que Hal aplicó de nuevo el giro a la nave, y entonces las cosas volvieron a ser como antes.

Pero no completamente. Poly y yo empezamos a compartir la cama, y yo empecé a pasar una gran cantidad de tiempo en la biblioteca, investigando sobre los caronteses.

No sé lo que decidió a Poly, por qué finalmente me perdonó. Nunca se la pregunté, porque sospechaba que principalmente había sido la soledad. No era que yo deseara una ardiente aventura amorosa, pero ¿quién necesita saber que cualquier cuerpo masculino hubiera servido lo mismo? Poly no era del tipo que se va a la cama con un hombre que no le guste simplemente para aliviar el picor, pero dejó bien claro conmigo antes de que hiciéramos el amor que en aquel punto de su carrera no estaba buscando un compañero de por vida. Hey, en este punto de mi carrera, yo tampoco lo buscaba. Así que la cosa quedó clara. Pero nos habíamos encariñado el uno con el otro. No acudió a mi cama simplemente en busca de sexo. Se quedó para acurrucarse, y finalmente para dormir.

Había transcurrido mucho tiempo desde que había despertado por última vez por la mañana con un cuerpo cálido a mi lado. Una muchacha a la que no le importara cuando adelantaba una mano y acariciaba su muslo, su cadera, que se volviera y se cobijara en mis brazos. He formado pocas relaciones a largo plazo en mi vida. Ésta no iba a ser larga tampoco, pero mientras durara sería buena para mí. No esperen calientes y sudorosos detalles aquí, amigos. Digamos tan sólo que era una amante cálida e inventiva, capaz de ajustarse a mis distintos estados de ánimo, y más que capaz de doblegarme a su voluntad, si su estado de ánimo se lo pedía. Tuvimos algunos momentos realmente fantásticos.

Pero el universo compensa. Si algo bueno llega a tu vida, hay muchas posibilidades de que haya algo malo no muy lejos.

En este caso, estaba tan cerca como la biblioteca.

Después de Júpiter, dejó de hacerme feliz el pescar desde mi hamaca. Al menos no todo el día. Empecé a pensar en Isambard Comfort, su hermana muerta, y toda la raza que les había dado nacimiento. No me hacía ilusiones acerca de Izzy. Puede que no me estuviera aguardando en la Luna, pero si estaba vivo —y estaba seguro de que sí— pronto llegaría allí. Tenía sentido que cuanto más supiera acerca de su gente, más posibilidades tendría de sobrevivir a un encuentro con él. ¿Qué necesitaba hacer, por ejemplo, para arreglar las cosas con ellos? ¿Era posible? Todo el mundo ha oído hablar de la tenacidad de los caronteses, de su reputación de cumplir siempre sus contratos, no importa lo que cueste. ¿Era realmente tan malo?

Era peor. Mucho peor.

Lo primero que sorprendía al investigador —a mí— era la escasez de información. Hal tenía un módulo de UniConocimiento, que era lo más cercano que he visto nunca de un resumen de toda la información humana reunida desde los días del Cromagnon. Contenía todas las bibliotecas de la Vieja Tierra. Todas las películas, programas de televisión, archivos de fotos. Miles y miles de millones de bits de datos tan oscuros que un investigador podía visitar algunos de ellos una vez en dos o trescientos años, y sólo el tiempo suficiente para descubrir que ya no tenían ninguna excusa razonable para existir. Pero que no eran eliminados. La capacidad era virtualmente infinita, de modo que nunca se borraba nada. ¿Quién sabía? Dentro de diez siglos los veinte años de telemetría de la Viking I podían ser de utilidad a alguien. Un libro de ecos de sociedad publicado en 1901, todo sobre el ensilaje del maíz en Minnesota del que no existía ya ningún ejemplar impreso sobre papel, podían ser precisamente la lectura que uno estuviera buscando para alguna noche oscura y tormentosa. El UniConocimiento incluía miles de libros impresos en manx, un idioma que nadie había hablado en un centenar de años. Contenía libros de cómic en swahili que divulgaban métodos anticonceptivos. Contenía descartes de la sala de montaje salvados de un millón de películas, primeras tomas desechadas de filmes jamás realizados. Una copia de todos los listines telefónicos existentes en la época en que empezamos a registrar datos mediante láser, y todos los impresos desde entonces. Más de la mitad de la información en el UC jamás había sido catalogada, y buena parte nunca había sido

referenciada en los siglos desde su inicio, y lo más probable era que la mayoría de ella/ornas llegara a ser catalogada. Eso sería llevar el impulso de ratón de biblioteca demasiado lejos. Los bibliotecarios tenían otras cosas que hacer, como desarrollar instrumentos de búsqueda más poderosos para seleccionar de entre la enorme masa de datos cuando alguien deseaba encontrar algo realmente oscuro.

Pero todo estaba allí. Y si tecleabas CARONTÉS: *Búsqueda*, empezaba a escupir montañas de información. O al menos parecían montañas, a primera vista. Sin embargo, si tecleabas MARINA ALBANESA, 1936, también derramaba una montaña de información. Tenías que mantener la perspectiva.

Así que lo primero era disponer que fuera el propio UC el que escogiera, organizara, comparara. Esto produjo útiles gráficos, análisis estadísticos, rutas sugeridas de exploración. Descubrió anomalías, señaló lo inesperado. Lo primero que me mostró fue que, para un planeta enteramente habitado, no había prácticamente ninguna información. Los datos económicos eran muy escasos. El análisis social apenas era esbozado. Y lo más sorprendente, los textos escritos por auténticos caronteses eran desconocidos. Punto. Cero. Ni un manuscrito. Los caronteses no contribuían con información a la base de datos humana universal. Estaban atesorando sus fichas como un jugador de póquer paranoico. ¿Por qué?

El UC podía ayudarme en esto también. Buscó cosas escritas por excaronteses, expatriados. Había habido algunos de ellos, a lo largo de los años. La mayoría de esa gente había pasado el resto de sus vidas intentando hacerse muy muy pequeños, pero unos pocos habían hablado, y lo habían hecho en letra impresa.

Por muy corto tiempo.

El UC produjo un gráfico mostrando las expectativas de vida medias de un excarontés. Diez meses, El noventa por ciento estaban muertos antes de que transcurriera un mes de su deserción. Los más resistentes duraban un poco más; se creía que uno había vivido veinte años después de abandonar su planeta natal, pero nadie lo había visto en cinco años, así que todo eran suposiciones.

Tendían a morir en accidentes. Del mismo modo que una bota aplastando una hormiga puede considerarse un accidente.

Conocía parte de todo aquello, se me había dicho que era probablemente cierto, pero era interesante verlo confirmado. Los caronteses no permitían traidores. Mantenían sus asuntos en secreto, a cualquier precio.

Podría escribir toda una historia de detectives acerca de la forma en que fui desentrañando los hechos. Está todo ahí, todo en el UC, pero encontrarlo, reunirlo, extraer conclusiones, eso es otra cosa completamente distinta. Como de costumbre, había resmas de referencias de la Red, y eran casi tan útiles como cabía esperar, lo cual no es mucho. Historias no atribuidas a nadie, pruebas anecdóticas, relatos locamente contradictorios de «cómo sobreviví a un encuentro con un carontés». Pasé más tiempo que el habitual con este material, porque las fuentes de confianza eran raras. Los autores de ese material había que encontrarlos normalmente en la columna de obituarios unas pocas semanas después de la publicación. Las publicaciones que incluían artículos anónimos acerca de los caronteses tendían a anunciar una renovación de personal en el siguiente número. Incluso habían sido asesinados impresores y locutores.

Así pues: Hecho Carontés Número Uno: Si escribes sobre nosotros, mueres.

Supuse que había gente en las instituciones que velaban por la ley que sabían todo esto, pero ¿qué podían hacer? Si escribes un artículo desagradable acerca de John Q. Mobster y mueres violentamente, alguien va a sospechar del viejo John Q. He aquí un lugar por donde empezar. Pero aunque puede que sepas que esa gente fue eliminada por un carontés…, ¿por quién? Alguien que nunca conoció a la víctima, puedes estar seguro de ello. No puedes simplemente acusar a todo el mundo que tenga pasaporte carontés, aunque sería un grupo pequeño. Seguramente se proporcionarían una coartada los unos a los otros, y puedes confiar en el hecho de que no se habría establecido ningún trato, no se habrían acordado testimonios. Si la cosa fue ordenada por un jefe, un capo, podías estar seguro de que había sido allá en Carente. Pero de hecho es probable que no necesitara ser ordenado siquiera. Alguien en la embajada carontesa debía de tener el

trabajo a tiempo completo de monitorizar todos los medios de comunicación, y cuando aparecía algo que no le gustaba, quizá simplemente clavaba el nombre en un tablón de anuncios. Un periodista, fallecido posteriormente, dijo que de hecho éste era el caso. Cualquiera podía hacer el trabajo. Nunca había testigos. El accidente que se cobraba la vida del blanco invariablemente mataba también a todos los testigos. En la muy rara ocasión en la que un carontés era sorprendido en el acto, capturado, atrapado con las manos todavía rojas de sangre, siempre se confesaba culpable. Los caronteses nunca contrataban abogados. Nunca decían nada en absoluto a la policía, ni siquiera su nombre, y la única palabra que pronunciaban en el tribunal era culpable. Y luego cumplían su condena sin una palabra de queja. Un carontés nunca se quejaba de nada. Si tenía un problema contigo, te mataba.

Hecho Carontés Número Dos: Siempre atrapamos a nuestro hombre.

Siempre. Busqué largamente y en profundidad, intentando hallar pruebas de un contrato no cumplido, y no encontré nada. Todos los expertos fallecidos estaban de acuerdo con esto, incluso cuando no estaban de acuerdo con mucho más. Si el carontés aceptaba hacer algo, lo hacía. Lo que hacían principalmente fuera de su planeta, sin embargo, era apoyar los contratos de otra gente, el tipo de contrato que no desearías llevar ante un tribunal o con el que no molestarías a un abogado. O puede que ni siquiera fuese un contrato legal. No había interminables apelaciones de los tribunales caronteses, ninguna cláusula de escape. Ninguna excusa en absoluto. Si los caronteses garantizaban tu contrato, podías contar con que sería cumplido, en efectivo, su equivalente, o si no quedaba absolutamente nada que tomar del estafador, en sangre. A veces recibías una advertencia en la forma de una sesión de tortura algo menos que letal. Entonces pagabas, o morías.

Deseé no haber sabido esto. La próxima vez que viera a Tío Roy iba a tener algunas palabras muy serias con él.

Así que en estas cosas los caronteses eran muy parecidos a otros sindicatos del crimen, pasados y presentes, aunque nunca había oído de ninguno tan duro, o de ninguno con un récord tan perfecto. Ni de ninguno que nunca hubiera sufrido una deserción permanente, tuviera un miembro

que se pusiera a largar en los tribunales o hiciera un trato con el fiscal. Inferí que algo extraordinario mantenía a esa gente en línea, y me puse a averiguar qué era. Casi deseé no haberlo hecho. Había esperado que me proporcionara alguna forma de escapar, algún tipo de palanca. Una ventana de esperanza.

No quiero deprimirles y asustarles con la miserable historia de Caronte y sus habitantes. Sólo un breve curso de refresco:

La Luna y algunos otros planetas exportan criminales, inadaptados e indeseables a Plutón desde hace más o menos un siglo. La mayoría son criminales de la variedad de jardín, algunos son políticos, y un puñado son gente realmente terrible. Los plutonianos no desean a esos últimos más que ustedes o yo; los envían a Caronte. El transporte es una forma maravillosa de manejar criminales; podrías muy bien echarlos por el retrete y tirar de la cadena. El mantenimiento es realmente escaso: nada de elevadas cifras de coste por año y por individuo que alarmen a los contribuyentes. Embarca tantos como puedas o con tan poca comida como quieras, y deja que se peleen entre sí. ¿Necesitas recortar el presupuesto? La comida de la prisión es siempre un buen lugar por donde empezar. No necesitas pagar sueldos para guardias, o preocuparte por lo que hacen con los convictos. No hay necesidad de juntas de buena conducta o agentes de libertad vigilada. Todas las sentencias son de por vida. Y si desean escapar, todo lo que necesitan hacer es volar a través de un millón largo de kilómetros de vacío.

Pero han llevado algo con ellos a Caronte, además de psicosis y habilidades criminales y su propio concepto de la ética situacional. La religión dominante de Plutón, desde los días en que ellos habían sido los exiliados del sistema, era el satanismo. El diabolismo. La adoración del Diablo. Algo místico, estremecedor.

Bueno, no realmente. Es cierto que nadie era admitido en un templo satánico excepto un auténtico creyente, y es cierto que los rituales y el sistema de creencias son secretos. Pero el secreto es un secreto a voces, y el interior del templo no es más misterioso que el de los mormones. Si abandonas la iglesia, nadie acude a perseguirte y a matarte. Nadie te corta la lengua. Puedes hablar todo lo que quieras, y a lo largo de los años los exsatanistas han hablado largo y tendido. Y lo que han contado es una

historia de lo más prosaica y aburrida. Olviden los relatos de sacrificios humanos, de bebés cristianos degollados en altares negros y devorados por la congregación. Solían contar estas mismas historias de los católicos. No, el satanismo plutoniano era todo espectáculo y ritual, tan simbólico como un sacramento cristiano. Aunque debo admitir, leyendo sobre ello, que sonaba como un espectáculo malditamente bueno.

No había nada de simbólico en la religión carontesa. Auténtica gente sangraba auténtica sangre y moría en los altares caronteses.

Si eso fuera todo, sería desagradable, pero nada nuevo en el mundo de las religiones. Los caronteses no superarían a los aztecas en volumen de sangre derramada, o a los inquisidores españoles en inventiva. La auténtica depravación de la forma de vida carontesa debía más a la ciencia médica que a la interminable capacidad de inhumanidad del hombre. Los caronteses se lo hacían a sí mismos.

Ha transcurrido mucho tiempo desde que cualquier herida o aplastamiento por debajo de la caja craneana podía provocar un daño permanente a alguien, siempre que no te desangres antes de que lleguen los auxilios médicos. Una de las primeras cosas que han hecho siempre los médicos ante una herida es eliminar el dolor. En algunas profesiones —entre los especialistas cinematográficos, o incluso en mi propio trabajo, cuando se requería que fuera atravesado por una espada en el último acto—, el dolor podía ser eliminado por anticipado. (Para mí, al menos. Confío en mi habilidad de venderle al público mi dolor; no estoy de acuerdo con el «método» de los fanáticos que insisten en que sólo lo auténtico vale). Hay quienes gozan siendo mutilados ritualmente, y hacen suprimir el dolor, y un número muy pequeño que realmente disfruta con el dolor. Todo ello perfectamente normal, hoy. Todo puede repararse.

En Caronte, la posesión o uso de cualquier supresor del dolor era ilegal. Necesitas haber estudiado a Caronte para comprender lo terrible que era eso. Los caronteses casi no tenían leyes. Se esperaba que hicieras cualquier cosa de la que pudieras salirte. Cada ley que tenían era una ofensa capital. Pero puesto que el dolor era bueno, el dolor era buscado, una ejecución carontesa consistía en el confinamiento en un tanque de privación sensorial donde uno no podía causarse daño de ninguna manera, donde era mantenido

con vida durante el período que el tribunal hubiera considerado que merecía el crimen cometido. Típicamente era un par de semanas. El reo estaba normalmente loco —y definir la «locura» era un auténtico problema para un carentes— a los pocos días.

La religión carontesa se basaba en el dolor y en la muerte. La tortura empezaba a temprana edad, algunas autoridades decían que en la infancia. En mi opinión, cualquier carentes que siguiera vivo a la edad de cuatro o cinco años tenía que estar ya loco, según cualquier estándar que yo sea capaz de comprender. Otros sostienen que los caronteses son el siguiente paso en la evolución. El dolor, señalan, evolucionó para advertir al organismo de un daño (por qué Dios no podría simplemente enviarnos un memorándum por escrito: «¡Hey, tío, te has hecho daño!», es algo que nunca he conseguido explicarme). Ahora que el daño no era una cosa tan terrible deberíamos simplemente ignorar el dolor. Bueno, ¿por qué no eliminarlo? Pero no estoy escribiendo ninguna tesis doctoral.

No hay necesidad de alterarles el sueño con relatos de los baños de sangre caronteses, las automutilaciones, las orgías de sexo y violencia. Bastaría una descripción del acto sexual carontés para atormentarles durante días. Y además, la información es muy incompleta aquí. Todos los autores están muertos, y los relatos difieren; ¿quién puede decir lo que es cierto y lo que es fantasía? Un ejemplo será suficiente: el equivalente carontés del *bar mitzvah* implica un destripamiento, tras lo cual el homenajeado se amputa ambas piernas y un brazo, y luego los mastica…, pero no puedo seguir. Todo es reparado de inmediato, así que, ¿por qué preocuparse? A menos que tengas algo más de sensibilidad que una babosa, por supuesto.

No es necesario decir que este régimen para toda la vida ha producido una raza de seres humanos que no tiene mucho en común con el resto de nosotros. Nada excepto la muerte les detendrá, y la muerte no tiene ningún significado si uno está en mis zapatos, porque si, por ejemplo, Izzy no hubiera completado su misión en el momento de su muerte, alguien ocuparía pronto su lugar para rectificar el olvido. Y si consiguiera matar al carontés número dos, habría un número tres, y luego un número cuatro.

La población de Caronte es de unos cinco millones. Tendría que matar a unos cuantos cientos al día sólo para estar a la par.

Bien. Había matado a uno por pura suerte y eludido a otro dos veces, también por pura suerte. Y si mataba a Isambard…

¿Cómo sería el número dos? No creo que hayan enviado a su asesino campeón para eliminar a un actor.

EL DESCUBRIMIENTO DEL SEXO

Cuarta parte de una serie

por Hildy Johnson.

Intentaron advertirle.

—No se parece a nada que hayas experimentado como muchacho —le dijeron.

—Vamos, doc —dijo Sparky—. Tengo treinta años. ¿Cree que no he practicado el sexo?

Bueno, por supuesto que había practicado el sexo. O lo que pasa como sexo en alguien cuya pubertad ha sido detenida durante muchos años. Y estoy segura de que disfrutó de él. Cuando era pequeña corría un chiste por la escuela: Sparky se mete en la cama con una de sus jóvenes fans. (Todas suponíamos que esa joven fan podíamos ser un día nosotras). Él se baja los pantalones y la chica se queda mirando. «¿A quién crees que vas a satisfacer con esa cosita?». Y se echa a reír. Y Sparky responde: «A mí».

Dicen que el tamaño no importa, y es verdad, hasta cierto punto. Cuarenta centímetros pueden ser una pesadilla. Cinco centímetros… ¿Todavía no estás dentro, cariño? Las medidas de Sparky nunca han sido un secreto. Una debe de suponer que tuvo un montón de parejas caritativas.

Así que sólo eso debió de constituir una gran diferencia en su experiencia: estar con una mujer que no estaba fingiendo nada.

Pero, no importa lo considerados que seamos en el momento, para la mayoría de nosotros el ansia primaria es un ansia más bien egoísta, ¿no? Tranquilos. ¿Es la experiencia un fracaso total si tú consigues satisfacción, aunque él o ella no? Vaya, lo siento cariño, lo haré mejor la próxima vez, y… zzzzzzzzzz.

Los médicos le dijeron que había estado teniendo orgasmos «secos», llamados a veces erecciones «infantiles». Creía que estaba excitado, y creía

que aquello era un orgasmo, pero no sabía ni la mitad de ello.

Pubertad. Un tiempo de excitación y terribles cambios. Un tiempo de confusión. Un tiempo de exploración. La mayoría de nosotros tuvimos más o menos un año para ajustamos.

Sparky tuvo una semana…

Ken Valentine dio un salto en la gran cama y sus pies golpearon el suelo. Corrió hacia la pared, viéndose a sí mismo como Donald O'Connor en *Cantando bajo la lluvia*, sólo que Donald O'Connor no estaba desnudo. Dio una voltereta y aterrizó corriendo de nuevo. Saltó hacia el techo, se acuclilló en el suelo, y empezó a rebotar contra las paredes como un canguro demente.

Allá en la cama, un montón de sábanas y cobertores se agitó. Una mano emergió y apartó cautelosamente las sábanas suficientes para dejar al descubierto una despeinada cabellera, una frente, y dos ojos ligeramente enrojecidos. Los ojos siguieron los progresos de Ken por la habitación. Luego el resto del rostro quedó al descubierto, e Hildy Johnson se sentó en la cama.

—Tienes más energía que tres carnadas de cachorros juntas —dijo.

—¡Lo sé, lo sé! —gritó Ken, y saltó un poco más.

Estaban en la *suite* de la penthouse de uno de los mejores hoteles de King City. Había sido el refugio más cercano cuando Ken empezó a sentir la urgencia allá abajo en el vestíbulo, mientras Hildy efectuaba un nuevo intento de entrevistarle acerca de la llegada de la pubertad. Quizá la arremetida fuera una palabra mejor, pensó. O tal vez el asalto.

Prueba con la invasión.

No había ninguna ley contra hacerlo allí mismo en el vestíbulo, pero no era el estilo de Hildy; había sido educada en la creencia de que el sexo en público no era decoroso. Además, Kenneth era asquerosamente rico, y ella siempre había deseado alojarse en una habitación como aquélla. Había conseguido refrenarlo el tiempo suficiente como para llegar al ascensor. Por aquel entonces había un auténtico peligro de que empezara a arremeter

contra las plantas en macetas. Desde su *banzai* biológico, Sparky necesitaba realmente ser mantenido al extremo de una correa.

La habitación tenía un *jacuzzi* lo bastante grande como para bañar a una manada de elefantes. Lo metió en él y se rindió a lo inevitable. La cama tenía cuatro metros de ancho, y utilizaron hasta el último centímetro. A veces parecía más un juego de guerra que hacer el amor. Hildy vio cómo sus reductos de almohadas y sábanas caían uno tras otro ante los implacables asaltos, una y otra vez. No era que ella se defendiera mucho, pero con una pareja tan agresiva, tuvo que resistirse pateando durante un tiempo antes de permitir que sus posiciones fueran invadidas. Incluso sufrió algunas magulladuras, la primera vez que le ocurría. Pero dio tanto como recibió.

Fue exactamente el mejor sexo del que gozó nunca, pero ahora se decantaba por un armisticio. Aunque no pensaba que Ken estuviera de acuerdo con ello.

—¿Por qué nadie me lo dijo nunca? —gritó Ken, posiblemente por tricentésima vez. Saltó a la cama, saltó encima de Hildy, y arrancó las sábanas que la cubrían. Estaba pálida y desnuda y perfecta, con algunas zonas de un rosado más vivo aquí y allá. Se arrastró desde sus pies hasta sus pechos, rindiendo homenaje a varias zonas intermedias de su cuerpo, recordando añorante para qué servían, lo que habían hecho con ellas, lo que había ocurrido aquí y aquí y aquí. Se derrumbó sobre su cuerpo, descansando la cabeza sobre sus húmedos pechos.

—Si tan sólo lo hubiera sabido —jadeó en su oído—. Tengo la sensación como si hubiera malgastado quince años de mi vida. ¡Demonios, sólo me quedan trescientos, quizá cuatrocientos años! Y hay miles de millones de mujeres en el sistema. ¡Miles de millones!

—Quizás incluso unas cuantas docenas que no deseen joder contigo —señaló Hildy.

—¡Imposible! ¿Cómo podrían perderse… esto?

—Cierto, ¿cómo podrían perdérselo? Creo que sería una crueldad.

—¡Exacto! ¡Exacto! ¡Cruel para ambos! ¿Qué razón puede haber para no hacer el amor?

—Hummm. ¿Dolor? ¿Irritación? Ken frunció el ceño.

—¿Acaso estás dolorida o irritada?

—Cariño, yo…, no importa. ¿Tú no lo estás?

—Un poco —admitió.

—Entonces, ¿por qué no hacemos una pausa y terminamos la entrevista?

—¿La entrevista? ¿La entrevista? ¿Así es como llamas a esto? —Le besó los labios, los pechos.

—Así es como empezó, ¿recuerdas? ¿Esta mañana? ¿En el vestíbulo del hotel? ¿Mientras desayunábamos?

—¿Desayunar? —Parecía tener problemas con las palabras más largas de cuatro letras—. Oh, sí. El desayuno. Dios, siempre tengo hambre. —Adelantó la mano por encima de ella y pulsó un botón en la cabecera—. Envíen un montón de desayuno —dijo.

—Sí, señor —respondió una voz femenina—. ¿Qué es lo que prefiere?

—Mucho. Mucho de todo. Tráigalo rápido, y la propina será triple. Incluso para ti, cariño, si no eres un ordenador.

—No soy un ordenador —dijo la voz—, y va a subir realmente rápido.

—Estupendo —dijo Sparky, y se volvió hacia Hildy—. ¿Qué es lo que quieres saber?

Hildy se llevó un dedo a su sien izquierda y giró algo. La pupila de su ojo izquierdo empezó a brillar rojo oscura, como un ciervo atrapado por los faros de un coche.

—Grabando —dijo formalmente. Sentada allí desnuda en la cama, observó un cambio casi imperceptible en la actitud de él. Era algo que los intérpretes, actores, modelos de moda, hacían siempre. El director grita «¡Acción!». Los focos iluminan al cantante en el escenario, el fotógrafo alza su cámara, y la gente se conecta. O se sintoniza a un diferente nivel de realidad, pensó Hildy. Los hombros se mueven, de alguna forma los dientes se hacen más brillantes, los ojos destellan. Era algo realmente alarmante, pero ni la mitad que el otro extremo del proceso, cuando el director grita «¡Corten!». La sonrisa se desmorona. El carisma es aparcado, allá donde lo guarde la gente que lo tiene. Tenía que atravesar todo aquello antes de poder conseguir algo útil.

—Para la grabación… —dijo, y terminó la letanía legal—. Sparky, ¿estás de acuerdo con la proposición de que el varón humano púber es el animal más estúpido sobre dos patas?

Él se echó a reír.

—Si quieres tomarme a mí como ejemplo…, sí. O sobre cuatro patas, o sobre seis, o sobre ocho. —Bajó la vista a su semierecto pene—. Quizá debiéramos decir sobre tres patas.

Hildy bajó la vista también…, o al menos lo hizo su ojo derecho. El izquierdo siguió estabilizado en el encuadre, registrando una sólida imagen que usaría como los antiguos reporteros usaban sus grabadoras de sonido. Había grabado antes otras imágenes, por supuesto, pero dudaba que fuera a usar muchas de aquella sesión en particular. Sparky todavía seguía con la vista baja, con una expresión de ilimitado afecto. Parecía como si hubiera descubierto un nuevo amigo. En cierto sentido, así era.

—Espera —dijo, y su rostro se iluminó—. Quizá no sea yo quien sea estúpido después de todo. Quizá cuando tu pene empieza a crecer te sorbe de alguna forma el cerebro. —Hizo un sonido con sus labios como si estuviera sorbiendo algo—. ¡*Paf*! Y tu CI cae como una piedra. Estás a merced de cualquier mujer que pase por tu lado. Haces cualquier cosa para… Sí, sí, eso es. —Agarró su recién brotada masculinidad y la agitó más o menos en dirección a Hildy—. Esta cosa se te mete en tu cabeza, por así decir…

—Corten —dijo Hildy—. Sparky, es muy mal signo el que empieces a referirte a tu miembro en tercera persona. Lo siguiente que harás va a ser darle un nombre…, y yo me marcho de aquí.

—Tienes razón, tienes razón —se disculpó Sparky—. Estoy loco, pero no en ese sentido. —Aquella expresión brotó a sus ojos de nuevo y su mirada recorrió el cuerpo de ella. Se detuvo allá donde solía hacerlo, y ya estaba algo más semierecto—. ¿Qué te parece, mientras no estamos grabando? ¿No crees que podríamos…?

La puerta de la habitación se abrió y entraron apresuradamente tres botones, empujando otros tantos carritos sobre ruedas con tocino y huevos y pastelillos y fruta. Por un momento Sparky mostró un aspecto tan divertido, con su cabeza yendo rápidamente de Hildy a la comida y luego a Hildy de

nuevo, a la comida de nuevo, totalmente incapaz de decidir lo que deseaba más…, que no pudo evitar el retorcerse de risa.

… y el viernes, aunque no había vuelto en absoluto a la «normalidad», al menos podía confiarse en que podía pasar desapercibido entre los demás.

LA SEMANA PRÓXIMA:
Quinta parte
¡El nuevo Sparky, como Romeo!

Lo que más divertía a Kenneth era que al crecer tenía la sensación como si el resto del mundo se fuera encogiendo. Se preguntaba si los chicos normales, que crecían de una forma normal, lo experimentaban del mismo modo. ¿Les parecía que sus ropas se volvían demasiado estrechas? ¿Que las puertas eran más bajas ahora, de modo que podía alzar la mano y tocar el dintel cuando pasaba por ellas? ¿O era todo demasiado gradual?

Habitaciones que implosionaban, zapatos que apretaban, tropezar con los escalones que parecían hacerse más bajos mientras los subía…, eso era algo que podía manejar.

Pero el que la gente se hiciera más pequeña…

Ahora tenía la misma altura que su padre. Lo encontraba enormemente desconcertante. Durante treinta años su padre había sido aquella enorme presencia, dominante, firme pero amorosa. El hecho de que otros hombres fueran más altos carecía completamente de importancia. En lo que importaba, John Valentine había sido el hombre más alto del mundo.

Pero en este nuevo mundo cambiado su padre estaba tan sólo un poco por encima de la altura media. Tenía una forma de mantenerse erguido que hacía qué la gente pensara que era más alto de lo que era en realidad, una forma de dominar una reunión de gente de tal modo que, desde la antigua perspectiva de Kenneth, e incluso sin los zapatos de plataforma que la amante vista alzada de su hijo proporcionaba, le hacía destacar por encima de todo el mundo excepto de un equipo de baloncesto. Pero ahora sus ojos estaban a la misma altura. Era inconcebible. Era ridículo.

Era…, algo a lo que mil millones de hijos se habían enfrentado durante su juventud, nada inusual en absoluto. Excepto que ellos habían ido creciendo con la idea. Lo habían hecho tal como lo hacían todos los hijos, un milímetro a la semana, no brotando insolentemente como alguna loca planta de judías.

Kenneth se sentía profundamente embarazado. Ahora permanecía casi siempre inclinado, encorvado. Esto lo hacía parecer hosco, y eso realmente no ayudaba.

John Valentine apoyó su mano en el hombro de Kenneth y lo apretó afectuosamente.

—¿Quién dice que los sueños no pueden hacerse realidad? ¿Correcto, hijo?

—Correcto, papá.

Estaban de pie en el casi terminado parque al otro lado del sueño. El parque tenía una extensión de algo más de una hectárea y diez niveles de altura. El suelo era tierra desnuda, con los irrigadores y las tomas eléctricas desnudos, pronto estarían cubiertos por el mantillo. Pero una fuente burbujeaba a su izquierda, y un mirador blanco a su derecha exhibía banderas eléctricas que ondeaban y chasqueaban al inexistente viento. Dentro de pocas horas se abrirían las verjas naranja y la gente empezaría a usar los senderos y a sentarse en los bancos. Los niños treparían a los aparatos de la pequeña zona de juegos y chapotearían en el estanque con peces de colores y el par de nutrias residentes del parque.

John Valentine apenas veía nada de esto. El parque había sido parte de sus especificaciones para el proyecto —y nunca llegaría a saber cuántos dolores de cabeza había causado—, pero en realidad no había sido más importante para él que el color de los uniformes de los acomodadores. Una cosa en la que repararía si estaba mal, pero que ni siquiera veía si estaba bien. Había dicho que el acceso al teatro debía producirse desde el parque. Aquí estaba el parque. Punto.

Su atención estaba firmemente fija en el edificio al otro lado del ancho sendero peatonal.

El Valentine. Su sueño. Bueno, el de Kenneth también.

—¿Recuerdas aquel día en el espaciopuerto, Kenneth? —preguntó—. Fue el día después de que te llevara a la audición de *Sparky*. Quizá todavía eras demasiado joven.

—Lo recuerdo, padre.

—No puedo imaginar por qué deseábamos ir a Marte. La brutal gravedad de Marte. De todos modos, teníamos esa oferta, y no sabíamos qué hacer con ella. Televisión. Una serie. El dinero sonaba bien, pero… ¡televisión! ¿Recuerdas?

—Oh, sí —dijo Kenneth con una sonrisa.

—Y ahí es donde nació el sueño. El Valentine. —Hizo un amplio gesto hacia la marquesina—. Repertorio shakespeariano. Nunca pensamos que tomara tanto tiempo. Todos estos años, tú trabajando en esa mierda para los niños, yo languideciendo entre bastidores. Pero conseguimos el dinero, y ahora tenemos el tiempo.

Kenneth sabía que su padre no tenía la menor noción de cuánto dinero. Pero, siguiendo la mirada de John Valentine, tenía que admitir que había sido un dinero bien gastado.

La fachada era de madera, recordando la que podría haber tenido el teatro del Globo original. Se extendía a lo largo de media manzana, mirando al parque. La entrada ocupaba casi la mirad del frente: cuatro conjuntos de puertas de madera y cristal, una pequeña taquilla a un lado. Encima había una hermosa marquesina, brillantemente iluminada, pero sin nada que destellara o se moviera. «Esto no es un casino», había dicho Valentine. En sus tres lados proclamaba

ROMEO Y JULIETA
Kenneth Valentine
Maya Chang
John Valentine

Con el elegante logotipo de una rosa y una espada elaborado por la firma de diseño gráfico más prestigiosa de King City. Y más cara. Encima de esto había una torre de dos plantas con LOS VALENTINE deletreado

verticalmente, con ellos flotando sobre la v, en un tipo de letra llamado BROADWAY.

En sus tiempos había sido el teatro Roxy. Ni siquiera en sus días de gloria el Roxy había sido uno de los importantes. Situado en una calle lateral raramente concurrida justo al lado del Rialto, había luchado durante casi veinte años presentando el tipo de obras experimentales tan queridas por los estudiantes de las artes escénicas y prácticamente por nadie más, actuando para públicos compuestos principalmente por familiares de esos estudiantes. Era un local demasiado grande para eso. El primer piso había sido cerrado muy pronto, pero incluso las cuatrocientas localidades de la platea estaban normalmente medio vacías. A veces vacías en sus nueve décimas partes. El teatro era propiedad de un hombre con algo de dinero, un hombre casi tan excéntrico como John Valentine. Se contentaba con perder pequeñas sumas anuales, hasta que un cambio en la situación fiscal hizo imposible continuar. Y permaneció allí, cerrado, durante quince años hasta que los agentes inmobiliarios de Sparky lo descubrieron. Valentine no le dio importancia a su mala situación: «Vendrán a nosotros; aguarda y verás».

La renovación había mantenido ocupado a Valentine durante la mayor parte de seis meses, y ahora todo estaba listo.

Padre e hijo recorrieron el amplio sendero de acceso y entraron en el teatro. El vestíbulo era de madera oscura, con una gruesa moqueta marrón. Pesados cortinajes cubrían las paredes traseras, al otro lado de las cuatro entradas. Podían ser alzadas enteramente de modo que los espectadores de pie pudieran ver a través de las grandes aberturas en la pared. Valentine esperaba gran cantidad de espectadores de pie, en cada función.

Recorrieron el descendente pasillo entre la sección izquierda y la central de asientos, que eran amplios y muy acolchados, tapizados en el mismo tono que la moqueta. Alcanzaron la orquesta y se dieron la vuelta.

Seiscientas localidades. Un primer piso muy inclinado. Candelabros retráctiles. Tres palcos elevados a cada lado. Un techo en arco, suaves curvas acústicas en las paredes. Era clásico sin hacer demasiado hincapié en ello.

—Perfecto —susurró Valentine—. No podría pedir más.

—Hiciste un buen trabajo —admitió Kenneth.

Valentine aceptó aquello en silencio. Luego sonrió y se apresuró a cruzar el estrecho puente encima del pozo de la orquesta. Desapareció detrás del telón, y Kenneth oyó el sonido de cuerdas al ser accionadas. El telón se alzó, y bancadas de luces se encendieron una tras otra. Valentine se dirigió al centro del escenario y le hizo señas a Kenneth de que se uniera a él.

—Los ensayos empiezan mañana —dijo—. ¿Estás preparado, Romeo?

—Creo que me sé mis líneas —dijo Kenneth.

—Me siento celoso —dijo Valentine con una sonrisa afectuosa—. Parte de mí dice: «John, no eres demasiado viejo para interpretar a Romeo. Todavía podrías mostrarle a este novato una o dos cosas».

—Apuesto a que sí.

—Y lo haré, Kenneth. Lo haré. «Dirigido por John Valentine». Me gusta como suena.

—Dirigiste muchas cosas en Neptuno —le recordó Kenneth.

—Oh, sí, pero esto parece como un nuevo principio. No hay mucho talento ahí fuera en los exteriores, muchacho. En su mayoría es más bien patético. Ahora estaré trabajando con los mejores. Con la quinta generación de los Valentine. La destinada a ser la mejor de todas.

—Puedes estar seguro de que lo intentaré, padre.

—Cuento con ello. Serás el mejor.

Y Kenneth sabía que mejor que lo fuera.

De vuelta a bordo con Hal…

Pensarán ustedes que un tipo que raras veces se queda sin palabras, un tipo que puede llenar páginas y páginas con una descripción de un viaje de Plutón a Oberón donde, básicamente, no ocurrió nada excepto que tuve hambre…, pensarán que tendría algo útil que decir acerca de un encuentro cercano con el Sol.

Hummm. Bueno, sí…, hizo calor.

Un poco. La temperatura subió hasta los treinta y cinco o treinta y seis grados. Nada impresionante hasta que te das cuenta de que cualquier variación de la temperatura deseada es causa de preocupación a bordo de

una nave espacial. Se supone que tales cosas están bajo control. Eso debería de darles alguna idea de cómo estaba haciendo Hal las cosas.

¿No se sienten muy impresionados? Bueno, yo tampoco. De todos modos, fue rápido. Hubo terminado en menos tiempo del que toma hablar de ello.

Fue grande. Fue hermoso. Fue inspirador.

Y asombroso, ¿captan?

Fue peligroso. Pero el problema fue que simplemente no pudo llegar a excitarme. Si ocurrió realmente algo, fue tan rápido que ni me di cuenta de ello, me aseguró Hal.

Creo que, en último término, después de todas mis aventuras en mi camino desde uno de los más distantes puestos de avanzada de la humanidad hasta la órbita del más cercano, de alguna forma me quemé. Disculpen la expresión. Y nos habíamos acercado mucho a Júpiter, un lugar al que temía mucho más. Supongo que una vez has visto una gigantesca bola de gases tan cerca, ver otra simplemente no te impresiona tanto como la primera. Aunque arda.

Ocurría lo mismo con nuestra velocidad. Nunca pedí comprobar el velocímetro. Realmente no deseaba saberlo. Estábamos avanzando casi más aprisa de lo que nadie había ido nunca antes, supongo, pero no podías decirlo, no hasta que estuviéramos en la fotosfera. (Oh, sí, llegamos hasta tan cerca). Después de Júpiter, el viejo Sol creció a un ritmo prodigioso. Pero ¿y qué? Tres días o treinta días, sigues sin poder verlo crecer. Sigue pareciendo estático, como cualquier noche estrellada.

Pero si había algún límite de velocidad en el sistema solar, habría policía de tráfico escondidos en cada rincón desde Mercurio hasta la Tierra, aguardando pillarte. «De veras, agente, sólo estaba yendo a ciento cincuenta mil kilómetros por segundo». «Muchacho, eso parece que no es nada, pero ten en cuenta lo que llamamos el "efecto relativista". Te detectamos a cero coma nueve nueve nueve c, y por aquí decimos que llegar a c no es una buena idea, ¡es la ley!».

Hubo cambios en la nave. Hubo que detener de nuevo los giros, y puesto que no iba a haber mucho tiempo al otro lado, fue preciso tomar algunas medidas domésticas. Todos los maravillosos animales tuvieron que

ser almacenados de vuelta al sueño frío. Muchas de las plantas fueron «embaladas en naftalina» de una forma que no entendí. El estanque fue vaciado. Todo el lugar se volvió deprimente, si quieren que les diga la verdad.

Sin embargo, nadie se sintió más deprimido que Toby. El pobre animal era inconsolable. Pasó todo el día buscando su gran amor a rayas, y cuando saqué su contenedor pareció realmente ansioso de echarse a dormir.

Y luego ahí estuvimos de nuevo. En caída libre, porque Hal tenía que maniobrar los escudos de radiación del módulo del motor para que se mantuvieran entre nosotros y el Sol.

Hizo que toda esa complicación se desvaneciera en la imagen sobre nuestras cabezas. Todo lo que vimos fue el Sol, o en realidad una imagen del Sol convenientemente traducida para nuestros frágiles sentidos. Pudimos ver las manchas solares, y los destellos, y las protuberancias, y todo pareció convenientemente pequeño. Podías decir que un centenar de Lunas cabrían en aquella pequeña mancha negra y dejar sitio todavía para cincuenta Martes, pero no podías obtener una perspectiva real de ello. Podías saber que la fricción del casi vacío de la fotosfera estaba calentando el casco de la nave hasta unos pocos grados por debajo de su punto de fusión…, pero aunque pudieras creerlo, no deseabas pensar mucho en ello.

Pasamos a menos de ciento cincuenta mil kilómetros de ícaro, el asteroide que había sido trasladado más cerca de la órbita solar hacía cuarenta años y se ha visto erosionado lentamente desde entonces. Calculan que todavía tendrá que pasar un siglo antes de que se consuma por completo. Nunca lo hemos visto, por supuesto, pero Hal proporcionó una imagen telescópica: sólo una pequeña bola de roca fundida en su Lado Brillante. Pudimos ver los extremos de alguno de los instrumentos clavados en su Lado Oscuro. Hal, actuando como un alegre guía turístico, nos dijo que esos instrumentos se extendían constantemente a medida que sus extremos resultaban quemados. Dijo que Coronaville estaba ahora montada sobre columnas de enfriamiento, puesto que todo el planetoide se había vuelto demasiado caliente para caminar sobre él. Decidí tacharlo de mi lista de destinos de vacaciones.

Y luego ya habíamos pasado, y el Sol empezó a hacerse pequeño detrás de nosotros. Poly parecía haber gozado más que yo de la experiencia. Tomó cientos de fotos, la mayoría de las cuales no debían de ser más que entramados de franjas naranjas y amarillas con algún ocasional punto negro. No le señalé que todo lo que estaba fotografiando eran imágenes de televisión proyectadas en el domo de la cabina. ¿Por qué estropear su diversión?

De pronto, tras interminables semanas sin nada que hacer, nos entró una gran prisa. Nuestra velocidad era ahora tal que Hal no tenía ninguna posibilidad de hacernos parar en ningún lugar cerca de una órbita terrestre…, y tampoco disponía del combustible necesario para ello. Lo que tenía era suficiente impulso a una firme g hasta agotar el combustible a menos de millón y medio de kilómetros de nuestro destino, a una velocidad todavía infernal.

Cuando me comunicó sus planes, me sentí impresionado.

—¿Qué quieres decir con «espacio interestelar»? —le pregunté.

—Era mi única opción —respondió—. Me dijo que usted tenía que llegar a la Luna. No me dijo que yo tuviera que llegar también.

—Pero…, por supuesto que tienes que hacerlo —exclamó Poly—. Díselo, Sparky. No puede simplemente… ir a la deriva durante un millón de años.

—Puede que sea más tiempo que eso —dije—. ¿Qué opinas tú, Hal? Tiene que haber alguna forma de que puedas frenar.

—Sí, por supuesto —admitió—. Siempre hay una forma. —Y se calló.

Todavía ignoro si la hubiera expresado alguna vez por sí mismo. Parecía tan humano, la mayor parte del tiempo. Era fácil olvidar que era una máquina, y aunque imitaba las emociones humanas —y creo que en realidad experimentaba algunas de ellas—, operaba bajo protocolos distintos que Poly y yo.

—¿Y bien? —preguntó Poly—. ¿Qué tienes que hacer?

—Necesitaría establecer una cita con un zángano de reaprovisionamiento de combustible —dijo—. Podría despegar de Titán en unas pocas horas, y dentro de algunos meses podríamos encontrarnos a unos dieciocho mil millones de kilómetros del Sol. Unos cuantos días para

frenar y encaminarme de vuelta al sistema…, en cosa de un año estaría de vuelta al espacio solar.

—Entonces hazlo —dije.

—No estoy autorizado para efectuar este gasto —dijo.

Al fin lo capté. Caminé hasta el congelador en la cocina —bueno, caminar no es exactamente la palabra, más bien me arrastré miserablemente bajo una g— y recuperé el viejo y usado pulgar de Izzy. Hacía tan sólo una semana había jugueteado con la idea de dárselo a comer a Hobbes. Y Hal se hubiera encontrado con un viaje sólo de ida hacia el Big Bang.

Lo apreté contra la placa de crédito y autoricé el envío de un zángano desechable lleno de combustible. Esta vez miré el precio, y no pude por menos que sonreír. El crédito de Isambard había sido cancelado en todas partes del sistema solar inmediatamente después de que abandonáramos Oberón…, pero no aquí. El *software* de verificación de crédito de Hal había sido desconectado siguiendo mis órdenes. Era posible que este nuevo y exorbitante cargo le causara problemas. Quizás él, y su esposa, y sus hijos, y sus padres, y todo el resto de su familia, estuvieran metidos en la cárcel por deudas cuando volviera a casa. No tenía la menor idea de si los caronteses tenían algo parecido, pero nunca se pierden las esperanzas.

—¿Lo tienen todo? —preguntó Hal—. ¿Trajes espaciales, oxígeno extra?

—¿Algo para leer? —sugerí—. ¿Caramelos?, ¿Juguetes? —¿Ven lo que quiero decir? Había una lista en su memoria en la que habíamos estado trabajando días, y él sabía que cada uno de sus elementos había sido comprobado y vuelto a comprobar. Si habíamos olvidado poner algo en la lista, era poco probable que pensáramos en ello ahora. Hal era un ordenador, maldita sea, no podía olvidar cosas. Pero sonaba como una ansiosa mamá enviando a sus chicos al campamento de verano. Lo interpreté como que estaba preocupado por nosotros. Y que nos iba a echar en falta. Estaba completamente seguro de que era capaz de sentirse solitario.

—Estaremos bien, Hal —le dijo Poly. No puedes darle a un ordenador un beso de despedida, así que le saludamos con la mano y nos metimos en el bote salvavidas.

Sí, bote salvavidas. Había dos a bordo, y los necesitaríamos ambos. Hal los había dispuesto como un vehículo de dos etapas, una de ellas perchada en el morro de la otra. El de atrás accionaría sus motores hasta que agotara su combustible, y entonces sería desechado, tras lo cual se pondría en marcha el nuestro. Por aquel entonces estaríamos sufriendo una buena cantidad de g, pero no duraría tanto como en la aceleración desde Oberón.

No se sientan tan impresionados. Éste es el modo en que la humanidad llegó por primera vez a la Luna, desechando sus cohetes a lo largo del camino. Locamente caro, pero al diablo el coste, me dije. Los caronteses podían permitírselo.

Nos metimos en nuestras literas de aceleración y Poly apretó brevemente mi mano, íbamos a separarnos tan pronto como aterrizáramos, y apenas había tenido tiempo de conocerla. Ésta es la historia de mi vida. Y probablemente era una suerte para ella. Las pocas relaciones de duración media que he tenido han terminado todas mal. Incluso he tenido unas pocas que han durado bastante.

—Hasta la vista —dijo Hal por la radio.

—Hasta que nos encontremos de nuevo —respondí. Y el motor del bote salvavidas se puso en marcha.

John Valentine se volvió de espaldas a la compañía, apoyó los puños en las caderas y se quedó inmóvil durante diez segundos enteros. Nadie respiró. Una lección que aprendías pronto cuando eras dirigido por Valentine era que cuando el gran hombre no decía nada, alguien estaba en problemas.

—Todo el mundo tiene la tarde libre —dijo al fin—. Vamos, fuera. Estén de vuelta aquí mañana a las ocho en punto.

Nadie perdió el tiempo. Hubo sólo algunas conversaciones murmuradas mientras los miembros del reparto agarraban textos y bolsos y termos, e incluso esto desapareció cuando Valentine, aún vuelto hacia la pared del fondo, alzó la voz.

—Excepto Kenneth —dijo. La gente se movió un poco más aprisa, y en menos de un minuto el escenario estaba vacío excepto padre e hijo. Kenneth

aguardó en silencio, con las manos apoyadas en la empuñadura de su espada de madera.

John Valentine caminó lentamente a lo largo de la parte posterior del escenario, frotándose pensativo la barbilla. Miró a su hijo, suspiró, y se metió entre bastidores. Cuando volvió llevaba un par de sables. Arrojó uno a su hijo. Kenneth dejó caer su espada de utilería y agarró el sable por la empuñadura. Valentine retrocedió unos pasos.

—¿Deseas una máscara? —le preguntó al joven.

—No si tú no llevas ninguna.

—*En garde* —dijo Valentine, y adoptó su posición con una fácil gracia. Dio un golpecito a la hoja de la espada de Kenneth con la suya, y atacó.

Clang, clang, clang, y la afilada punta del sable descansó sólidamente sobre el esternón de Kenneth. Kenneth tragó dificultosamente saliva. Su padre bajó su arma, se volvió y retrocedió tres pasos.

—De nuevo —dijo con voz tranquila.

No le fue mejor a Kenneth la segunda vez, ni la tercera. No parecía que sirviera de nada un cuarto enfrentamiento. John Valentine caminó en lentos círculos durante unos momentos, masajeándose las sienes.

—Esperas problemas —dijo al fin—. Esperas obstáculos y tropiezos. Estás dispuesto a luchar con la incompetencia…, siempre está en alguna parte a tu alrededor. Esperas todas estas cosas, y crees que estás preparado para todo. Entonces, cuando golpea el desastre, crees que estás preparado para él. —Alzó finalmente la vista—. ¿Pero de mi propio hijo? A esto…, a esto no estaba preparado.

Kenneth no pudo pensar en nada que decir. Sabía dónde podía conducir esta fría y tranquila calma.

—Mi Romeo no sabe manejar un sable. —Miró hacia bastidores, luego de nuevo a su hijo—. Dime que es porque estás acostumbrado al florete.

Kenneth se encogió de hombros y negó reluctante con la cabeza.

—Entonces dime por qué. No, espera, déjame adivinar. Tu instructor de esgrima…, hubiera necesitado un poco de dinero extra.

—Mucho dinero extra —admitió Kenneth.

—Bueno, no fue barato precisamente. Y muy recomendado, y los informes que me enviaba no podían ser más brillantes. Hubiera debido

sospechar; el hombre no tenía la imaginación suficiente para expresar bien las cosas. Tú las expresas mejor.

—Mi equipo de guionistas todavía las expresa mejor.

—Por supuesto. —Valentine se echó a reír—. Puliendo sus habilidades en Sparky. Hubiera debido detectar el aroma de la fantasía. —Suspiró—. Me culpo a mí mismo, hijo. Nunca hubiera debido ausentarme tanto tiempo. —Luego apuntó a Kenneth y alzó la voz sólo ligeramente, pero hizo que el dedo acusador fuera más mortal que su hoja—. Pero también debo culparte a ti, Kenneth. Oh, sí, creo que debes compartir la culpa de desdeñar una de las habilidades básicas del arte de Tespis. ¿Pensabas que podrías seguir siendo siempre niño? ¿Pensaste que alguien podía «morfear» las habilidades de espadachín, como si este sagrado escenario no fuera más que tu mundo de fantasía de la televisión? ¿Pensaste que nunca crecerías y tendrías que hacerte cargo de los trabajos de un hombre?

Parecía mejor no contestar. Pero cuando el silencio se prolongó, Kenneth supo que tenía que hacerlo.

—Yo…, simplemente no me gustaba, creo —dijo.

—¡Habla fuerte, hijo! —atronó Valentine. Dio una patada contra el escenario—. Después de todo lo demás, no voy a permitir que lloriquees mientras pisas estas honorables tablas. Llévate tus quejas y tus gemidos a otra parte, de vuelta a tu sala del consejo quizá, puesto que parece que es ahí donde has pasado todo el tiempo durante mi ausencia. Cierto, tus habilidades han comprado este teatro, no te quitaré el mérito de ello…, pero ¿crees que me importa eso? ¿No te das cuenta de que antes presentaría a Shakespeare en medio de un arenal desierto que poner en el papel de Romeo a un muchacho que no sabe luchar? ¿Un muchacho que, en la escena crucial, recuérdala bien, Acto Tercero, escena primera, debe matar al valiente Teobaldo? ¿La escena que es el auténtico centro de la obra? ¿La escena que sella el destino de Romeo, que empuja finalmente a los amantes al camino de la ruina?

»¿Has visto cómo maneja Teobaldo la espada? ¿Has observado ensayar al hombre? Es mejor que yo, mi pobre, pobre hijo. Así que, ¿qué voy a hacer? ¿Que Teobaldo luche con la izquierda? Te destruirá igualmente. ¿Romperle los brazos? Le pateará hasta matarte. ¿Cegarle? ¿Cortarle los

tendones? ¿Contratar a un nuevo Teobaldo, un hombre de paja para que mi hijo pueda derribarlo?

Valentine arrojó sonoramente su arma contra bastidores.

—No. No, en vez de eso debo crear a mi Romeo a partir de ese lamentable desecho que tenemos. Debo arrancarlo, arañando y gritando si es necesario, de su patético capullo, de su bufón de Sparky, y hacer de él un hombre. ¡Ayudante del director de escena!

La tímida pero brillante estudiante de arte dramático con la mala suerte de ocupar este puesto se asomó entre bastidores, donde había permanecido oculta. Valentine nunca había aprendido su nombre (se llamaba Rose), pero le había dejado bien claro desde el primer día que nunca, nunca, debía estar más allá del alcance de su voz. Así que cuando él despejó el teatro buscó un agujero donde esconderse, pero no uno tan alejado como para ahorrarle a Kenneth la humillación. El señor Valentine —siempre había que llamarle señor, como si fuera necesario distinguirle de Kenneth— normalmente la llamaba ADE. Cuando usaba todo su título, nada nuevo podía salir de ello.

—¿Sí, señor Valentine?

—Tráeme mi espada. Contacta con todo el mundo. Quedan suspendidos los ensayos durante un período de… digamos dos semanas. Mi hijo necesita asistir a la escuela de arte dramático.

—Sí, señor.

—Eso no quiere decir que tengan permiso para haraganear. A su regreso a escena se espera que todos los miembros del reparto se sepan sus papeles. A fondo.

—Sí, señor —Rose le tendió su espada.

—Vamos, Kenneth. Tenemos mucho trabajo que hacer.

—Sí, padre.

—¡*En garde*! —gritó Valentine, y lanzó un tajo en dirección al rostro de su hijo.

Henry Wauk no estaba precisamente dormido cuando llamaron a su puerta.

En West Texas todo el mundo hacía la siesta durante las horas más cálidas del día. A las tres de la tarde podías disparar una bala de cañón en medio de Congress Street sin peligro de que le diera a nadie. Por supuesto, podías hacer eso sin peligro casi a cualquier hora; Nueva Austin no era un lugar muy concurrido.

El «doctor» Wauk tomaba su siesta diaria en la consulta que conectaba con la suya, arriba en las escaleras, encima del Long Branch Saloon. Teóricamente esta oficina pertenecía al Dr. Heinrich Wohl, cirujano dentista, pero en aquellos momentos no había ningún Dr. Wohl, y no lo había habido desde hacía casi quince años. Lo había habido en su tiempo, y quizás volviera a haberlo, pero estos días el gran sillón dental en la consulta de Wohl nunca era usado excepto cuando Wauk se echaba en él, se cubría los ojos con su sombrero negro y se quedaba frito.

Henry nunca sudaba durante estas siestas, aunque la temperatura en su consulta alcanzaba a menudo muy por encima de los treinta y ocho grados de la escala de Celsius usada en Texas. Se aflojó la corbata y se quitó las botas, pero no hizo ninguna otra concesión al calor. A menudo alardeaba ante sus amigos que era medio monstruo de gila y medio perrito de las praderas, y que por eso siempre estaba seco. Ellos respondían que era porque había muy poca agua en su sistema, y él decía que sí, que eso también. Henry Wauk era un alcohólico.

Se consideraba afortunado por vivir en una sociedad a la que no le importaba un pimiento lo que se metiera en su cuerpo o lo que hiciera con su vida. Ningún entremetido había intentado nunca reformarle. Era un borracho feliz. También era feliz de haber encontrado, hacía muchos años, el trabajo perfecto, que era ser el «Dr. Wauk». Éste no era su auténtico nombre, sino simplemente el que algún bromista había escrito en el cartel fuera de las oficinas de los médicos en West Texas cuando fue construida la disneylandia. Wauk y Wohl, ¿lo captan? Él no lo había captado, aunque se lo habían explicado, y se sentía contento siendo sólo Henry Wauk ahora. En realidad, si se le preguntaba cuál había sido su nombre originalmente, hubiera sido incapaz de explicarlo. «Estoy seguro de que está escrito en alguna parte. En una tarjeta en la biblioteca o en algún otro sitio».

Durante más de cuarenta años había estado puliendo lo que consideraba como el Día Perfecto. Tras treinta años lo había conseguido, y desde entonces se había atenido a él.

Al filo de las diez, vestirse y bajar al saloon para el desayuno, una ostra de la pradera doble: dos huevos crudos con un doble trago de *bourbon*. Así fortalecido, recorría tres manzanas hasta la barbería en busca de una toalla caliente y un afeitado. (Los sábados, un baño en la habitación de atrás. Una vez cada quince días, un corte de pelo).

El mediodía lo descubría de pie en el bar, bebiendo lentamente, preparándose para la siesta. Cuando despertaba a las cinco, una comida a base de codillo de cerdo y huevos adobados. Hacia las seis, lecciones de póquer para los turistas. No se apostaba dinero y todos los clientes de la disney podían jugar, pero la cuota de inscripción era alta. A las nueve o las diez la cena solía ser lo que el cocinero del Long Branch decía que era bueno aquel día, lo cual solía ser una maldita mentira, pero los gruesos bistecs solían ser bastante sabrosos. ¿Qué podía hacer uno para estropear un bistec? A Doc le gustaban crujientes por fuera y sangrantes por el centro. Después de cenar se iniciaba el trabajo importante del día: una seria sesión de póquer con los otros regulares. Las apuestas podían ser altas, según lo que les hubieran sacado a los turistas aquel día. A las tres o a las cuatro (o a veces a las siete) se tambaleaba escaleras arriba a sus habitaciones. Era un buena día. Encajaba con él. El Día Perfecto.

Por supuesto, una vez a la semana o así, tenía que ejercer de médico.

Todo el mundo en Texas sabía que las horas de consulta de Doc eran del mediodía a las tres, y llevaba a cabo la rutina necesaria desde su puesto en el bar. De las recetas se ocupaba su enfermera, Charity, que estaba realmente en la consulta desde las diez hasta la hora de la siesta. Era una muchacha inteligente de ojos brillantes de dieciséis años que había estado rechazando firmemente los avances de Henry desde que alcanzara la mayoría de edad, tres años antes. Era hábil con el estetoscopio, con el mortero y la mano de almirez, con las balanzas y con el compresor de píldoras. De hecho, el Dr. Wauk podía y de hecho dejaba el noventa por ciento de los asuntos médicos a ella. No había ningún motivo de alarma en ello, puesto que de todos modos Henry no era ningún tipo de médico.

¿Cuan peor podía ser la enfermera? De hecho, era mucho mejor que Wauk en la mayoría de las cosas.

Cuando aceptó el trabajo, Henry hizo un no demasiado entusiasta intento de aprender lo básico de los primeros auxilios, que era todo lo que podía dispensarse en Texas, de todos modos. Ninguna persona en su sano juicio hubiera confiado en él para que se ocupara de mucho más que de un padrastro; si estabas enfermo, acudías al mundo real para ser tratado. Si sufrías alguna herida, los servicios de emergencia podían estar a tu lado en dos minutos. Sólo las molestias leves y algún muerto ocasional llegaban a la oficina de Henry. Lo cual era una suerte, porque Henry era un farmacéutico de dedos torpes, un diagnosticador terrible, y alguien a quien una herida un poco seria ponía enfermo. Desgraciadamente, Charity se desmayaba a la vista de la sangre, de modo que Henry tenía que ocuparse de todos los cortes y pequeñas heridas. La mayor parte del trabajo que hacía no era nada más complicado que un poco de antiséptico y un vendaje.

Naturalmente, cuando se dio cuenta de que alguien llamaba a la puerta, al principio supuso que era un maldito turista que se había extraviado. Bufó y se echó un poco más el sombrero encima de la frente.

La llamada se produjo de nuevo, un poco más fuerte esta vez. Como una maldita mosca ruidosa que no dejas de apartar con la mano. Sospechaba ya que iba a tener que levantarse, pero intentó ignorarla una vez más.

Toc, toc, toc.

Henry se sentó, metió los pies en las botas y se dirigió a la puerta. Extrajo su Colt 45 de cañón largo de su funda que colgaba junto a la puerta. La pistola estaba cargada con balas de fogueo, pero era un fogueo muy fuerte, y del cañón brotaba auténtico fuego. Si se apuntaba al rostro de alguien desde una distancia de treinta centímetros —y ésa era la intención de Henry—, era probable una quemadura de primer grado. Una maldita quemadura de primer grado que debería ser tratada en el maldito mundo real, lugar al que tendría que acudir malditamente aprisa.

—Frena tus malditos caballos —dijo, y abrió la puerta de un tirón. Estaba a punto de apretar el maldito gatillo pero algo le detuvo. Su visitante iba envuelto en una capa de color pardo que llegaba hasta el suelo. El rostro estaba oculto en las sombras de la capucha. ¿Algún tipo de monje?

Franciscano, pensó, pero no había monasterios en Texas, y ese tipo de atuendo haría fruncir el ceño al Comité de Anacronismos. Así que probablemente no había entrado por ninguna entrada pública. Y había una mancha oscura y húmeda en la tela que podía ser sangre. La figura echó la capucha ligeramente hacia atrás, y Henry frunció el ceño. El rostro estaba ensangrentado, y parecía familiar.

—¿Sparky? —preguntó.

—¿Cómo estás, Doc?

—Has crecido.

—¿Te importaría bajar la pistola? Me hace sentir…

Nervioso, Henry estaba a punto de terminar por él, pero Sparky se tambaleó y casi cayó hacia adelante. Henry lo sujetó y tiró de él hacia dentro.

—Lo siento. Estaré bien.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Sparky había sido un regular en Texas durante un tiempo, poco después de que su padre se marchara a Neptuno. Había pagado lecciones de póquer, sin quejarse, pero no durante mucho tiempo. Pronto era lo bastante bueno como para ser invitado a sentarse con los regulares. Pero eso había sido hacía mucho tiempo. Sparky no había visitado Texas desde hacía más de un año.

—Necesito ocultarme un poco, Doc —dijo.

—Estás herido.

—Eso también. ¿Puedes remendarme? Sólo temporalmente.

—Temporalmente es la única forma en que hago las cosas, hijo, tú sabes bien eso.

—No es nada serio.

—A mí me parece lo suficientemente serio. Déjame ver ese hombro.

Sparky deslizó la capa hacia abajo, y el doctor Henry Wauk jadeó. Pocas veces había visto tanta sangre. Estaba seca y cuarteada por todo el cuerpo del muchacho, y rezumaba fresca de media docena de cortes. La camiseta *beige* que llevaba debajo de la capa estaba hecha jirones. Parecía como si hubiera sido atacado por las garras de un animal salvaje.

—Lecciones de doma de leones —explicó Sparky, e intentó sonreír.

—Sé lo que has estado intentando domar, hijo, y no es civilizable. Ahora siéntate aquí, y llamaré a la policía, y…

Sparky agarró la muñeca de Henry y la sujetó vigorosamente.

—Por favor, Doc. Te lo estoy pidiendo como un favor de un viejo compañero de póquer. Sólo remiéndame, y seguiré mi camino.

Henry Wauk miró fijamente al muchacho a los ojos. Parecía tener unos quince o dieciséis años, aunque sabía que su edad se acercaba a los treinta. Eso fue lo que le decidió. Wauk nunca había sido de los que meten la nariz en los asuntos de los demás. Si el chico no era menor de edad, bueno, cómo decidiera vivir su vida era asunto suyo. Suspiró.

—Quítate esa ropa. Esto te va a doler. Mucho.

Tenía frascos de agua hervida. Los usó para limpiar las heridas, aunque no sabía lo estériles que eran sus gasas y vendajes. Había un montón de bichos peligrosos en la Luna, incluso en Texas, pero no podían ser enteramente eliminados. Si las heridas se infectaban, Sparky tendría que buscar auténtica ayuda.

—Gracias a Dios que no puedo ser demandado por práctica ilícita —murmuró.

Había mercromina y tintura de yodo. Al menos las heridas adquirirían color. Las limpió con alcohol, luego las vendó con los vendajes más limpios que encontró.

Sparky tenía heridas de cortes en su mejilla izquierda, su costado, ambas piernas, ambos brazos. Pero la más seria era un profundo pinchazo justo debajo de la clavícula. No había sido alcanzada ninguna vena importante, pero Henry no podía impedir que la herida siguiera sangrando.

—Esto te va a dejar algunas hermosas cicatrices —dijo. Sparky siguió mirando fijamente al espacio, como había hecho desde que se había sentado en la mesa de tratamientos. No había gritado, aunque debía de estarle doliendo.

—Supongo que podrás hacer que te las quiten más tarde. —Limpió el feo chirlo en el rostro del muchacho. Cruzaba la mejilla y le había abierto el puente de la nariz. Afortunadamente, no era profundo.

—Se te comió la lengua el gato, ¿eh?

—¿Qué? —Los ojos de Sparky se enfocaron e hizo una mueca. Henry lamentó haber hablado; hubiera estado donde hubiera estado, era un lugar que se hallaba más allá del dolor.

—Supongo que no hay nada de lo que hablar —admitió Henry.

—Henry, necesito salir del planeta. Discretamente.

—Bueno, ésa es la única cosa sensata que has dicho hasta ahora. Creo que es una buena idea. Aléjate de él por un tiempo. —Henry sabía que John Valentine había estado fuera por algún tiempo, y había oído algo acerca de su regreso. ¿Dónde había estado, en Neptuno? Ahí fuera, en alguna parte. Todos los lugares más allá de la Luna, de la que nunca había salido ni pensaba salir, eran vagos para él. Si Dios hubiera querido que el hombre recorriera el espacio de un lado para otro, pensaba, nos hubiera proporcionado cohetes en el culo.

—Bueno, imagino que puedes permitirte ir a cualquier parte que desees.

—El dinero no es el problema. Necesito hacerlo discretamente. Incluso crecido, soy fácil de reconocer, y luego están los ordenadores y todo lo demás.

—¿Los ordenadores?

—Si subo a una nave, incluso con un disfraz y un alias, siempre habrá algún reportero de algún programa que me busque. Gente que quiere saber mis movimientos.

Como tu padre, pensó Henry.

—Resulta difícil ir de un lado para otro cuando eres una maldita celebridad, ¿verdad?

—Tú lo has dicho.

Mientras trabajaba, Henry pensó en ello. No esperaba resultados, porque si Sparky, con su moderna sofisticación, no podía imaginar una forma de eludir todo aquello, ¿cómo podía hacerlo un viejo doctor rural? Un viejo y falso doctor rural.

Pero, para su sorpresa, algo empezó a hormiguear en los rincones de su mente. Necesitaba un trago, así que hizo una pausa y dio un largo sorbo al frasco de la consulta, que probablemente contenía cualquier cosa. Había sido una tarde memorable cuando…

Entrecerró los ojos. Tenía algo. No era lo que había estado buscando, pero algo.

—¿Sabes? Acabo de recordar algo.

—Si es lo que estoy pensando, no vuelvas a coger ningún escalpelo —dijo Sparky.

—¿Por qué?

—Te vi empezar a recordar. Acerca de la garrafita.

—Tú lo manipulaste, ¿verdad? Aquel día que tu padre casi te mató.

—Lo siento, Henry. Eso fue hace veinte años. Entonces no te conocía.

—No te preocupes. No estoy irritado por ello. —Sparky pensó que lo estaría si supiera lo que había ido a parar dentro de la garrafita. Inmediatamente se dio cuenta de lo equivocado que puede estar uno—. Aquel saltacráneos fue la cosa más maldita que haya bebido nunca. Perdí tres días. Mis escupitajos se volvieron azules. Vi cosas en las que ningún borracho soñaría nunca.

—Me sorprende que no te matara.

—Estuvo malditamente cerca. Perdí un riñón, y el hígado. —Se encogió de hombros—. Demonios, de todos modos ya me tocaba un hígado nuevo. Lo que me estaba preguntando…, ¿recuerdas lo que pusiste en la garrafita? ¿Crees que podrías hacerlo de nuevo?

Sparky dijo que podía intentarlo. Y entonces Henry hizo chasquear los dedos.

—Veamos, tu padre me habló en una ocasión de un hermano. Quizá pudiera echarte una mano. No está conectado con el estudio, ¿verdad?

—¿Tío Ed?

—Sí, llegó a ser una gran estrella. Ed…

—Ed Ventura. Su auténtico nombre es Edwin Booth Valentine. Es el hermano menor de papá.

—Bien, quizá pueda ayudar.

—No veo cómo. Y apenas le conozco. No le he visto desde hace quizá veinte años o más.

—Entonces todavía se alegrará más de verte.

La placa sobre la puerta decía sensualista colectivo. Eso era todo. Era una puerta de cristal lisa, ordinaria, y daba a una elegante sala de recepción. Sparky pudo ver varias puertas más ahí dentro, y confortables divanes, mesas con enormes arreglos de flores frescas, recargado papel de pared, y grandes reproducciones de obras de artistas clásicos de la escuela heroica. Le recordó el vestíbulo de un pequeño y lujoso hotel, pero el listado de las Pantallas Amarillas decía tan sólo *Retiro*. Un asilo muy probablemente, pensó Sparky. Cuando su padre había mencionado alguna vez a Tío Ed, había dicho que estaba retirado.

El retiro significaba cosas distintas en distintas profesiones. Con la prolongación de la vida, la idea de condensarlo todo en sesenta y cinco, setenta o incluso cien años no atraía a algunas personas. Por otra parte, muchos consideraban que cincuenta años en el mismo trabajo eran unos cuantos años de sobra. Algunos cambiaban a nuevas carreras…, y algunos lo intentaban y descubrían que ya no eran lo bastante flexibles como para hacerlo. El envejecimiento del cuerpo había estado en gran parte bajo control durante más de un siglo, pero el envejecimiento de la mente no siempre era tratable médicamente, porque no siempre tenía una causa física. La gente se asentaba. Olvidaba cómo ver el mundo con nuevos ojos. Se «retiraban» porque, o era eso, o continuar con un trabajo que ya no podían soportar.

Aquéllos sin una fuerte ética hacia el trabajo saludaban alegremente el retiro, y llenaban sus días con todas las fruslerías que se podían permitir. Se dedicaban a pintar, se iban de viaje. Jugaban a todos los juegos imaginables. Eran como los habitantes de Florida en el siglo XX, había dicho siempre John Valentine, con abierto desdén.

En la profesión de actor, el retiro podía ser involuntario. Aunque nunca hubieras tenido un gran éxito, a nadie le importaba. Podías interpretar papeles de carácter toda la vida. Pero si habías sido popular una vez, y luego habías perdido esa popularidad, todo el mundo parecía encontrar extraño que siguieras por ahí. Nadie te ofrecía pequeños papeles; estaban por debajo de ti, aunque tú los quisieras. Algo así parecía haberle ocurrido

al Tío Ed. Sparky había estado pensando mucho en ello. Se había hablado mucho de su inminente aparición como Romeo. No había ni que decir que muchos críticos iban a hundir sus brazos hasta los codos en el tema del «pequeño Sparky» volviéndose romántico. Demonios, miren lo que le ocurrió a Shirley Temple, en sus tiempos la estrella de Hollywood que daba mayores dividendos. Históricamente, el negocio del espectáculo no había sido considerado con los niños actores.

Sparky cruzó la puerta y fue al videófono. Había una lista de inquilinos, y casi al fondo estaba Edwin Valentine. Pulsó el botón, y la telepantalla exhibió las palabras POR FAVOR ESPERE.

Interesante, pensó Sparky. Tío Ed no estaba registrado como Ed Ventura. No era que fuera a ser molestado por hordas de chillantes fans. Unos pocos nostálgicos, quizá. Había estrellas como Greta Garbo, legendaria tras todos esos años, incluso después de haber buscado el anonimato. Con la mayoría de las celebridades, sin embargo, treinta años después de sus días de gloria pocos podían recordarlas. Eran criaturas del momento, de los famosos «quince minutos», aunque sus carreras se hubieran extendido a lo largo de cuarenta años, como la de Tío Ed.

Sparky había visto la mayoría de los filmes de «Ed Ventura»…, después de que su padre partiera hacia Neptuno, por supuesto. Mientras John Valentine estuviera por los alrededores nadie de su familia podía ver aquella basura. Eran los clásicos vehículos estándar para una estrella, sin nada en particular. Ninguno de ellos había alcanzado el *status* de clásico. Hoy eran vistos principalmente por estudiantes de cine. Pero habían sido grandes éxitos en su día.

En opinión de Sparky, Tío Ed debía su éxito como actor menos a su boca que a su barbilla. Tenía una buena barbilla. Por supuesto, en estos días cualquiera podía tener la barbilla que quisiera, cualquiera podía ser apuesto, de modo que no existía lo «glamuroso», ¿de acuerdo? Falso. Había algo denominado carisma que ningún cirujano podía trasplantar. Había un algo indefinible llamado presencia en la pantalla, y la tenías o no la tenías. Había algo más elusivo aún que los analistas cinematográficos llamaban «anestesia», que podía resumirse en cómo uno vive dentro de su propio cuerpo, cómo uno «habitaba» esa apuesta cabeza con esa voluntariosa

barbilla. «Ed Ventura», tenía todo eso. También tenía algo llamado talento de actor, de lo que no mostraba ninguna evidencia en los filmes que Sparky había visto, pero su padre, en un momento de sinceridad, había dicho que Tío Ed lo tenía también, si alguna vez se decidía a usarlo. No lo había decidido. Después de todo, el talento siempre había sido el aspecto menos importante del estrellato, y el estrellato era lo que Tío Ed había deseado siempre.

Ya no, al parecer. ¿Por qué otra cosa estaba aparcado allí como un maniquí olvidado en un lujoso almacén?

—¿Qué quieres?

Sparky fue devuelto al presente con un sobresalto por la hosca voz. Miró a su alrededor, no vio a nadie. La telepantalla seguía vacía.

—Yo, esto…

—¿Qué le ha pasado a tu rostro? —Antes de que Sparky pudiera pensar en una respuesta el hombre siguió, en un tono ligeramente distinto—: ¿Kenneth? ¿Eres tú?

—Hola, Tío Ed. ¿Puedo entrar?

Hubo una pausa muy larga.

—Nunca veo a nadie. Nadie viene a verme nunca. —Tío Ed, necesito realmente hablar con alguien. Una pausa más corta.

—Sí, supongo que lo necesitas. Él mató a mi hermana, ¿sabes? —¿Quién?

—Tu padre. John. Mató a nuestra hermana. A Tía Sarah.

—No te creo.

—Estás ahí de pie cubierto con esas heridas, y no me crees. Oh, él la mató, sí. No tengo ninguna prueba, pero lo sé. ¿Qué es lo que haces, escapar?

—Supongo que sí. Necesito salir de la Luna por un tiempo.

—Y te gustaría mi ayuda.

—Eres la única familia que tengo.

—Oh, no apeles a la familia conmigo, mi querido muchacho. A menudo he pensado en escribir un guión acerca de nuestro padre, tu abuelo, que tuviste la gran suerte de no haber conocido nunca. Pero sería demasiado horrible. No, la idea misma de familia en lo que a nuestro clan se refiere es

una obscenidad. Deberías saberlo tan bien como cualquiera. Pero, por supuesto, todavía le quieres, ¿verdad?

Tío Ed suspiró, un extraño sonido burbujeante.

—Está bien. Te veré después de todo, Kenneth. Quizás haya algo en este asunto familiar, quizá no pueda imaginar ninguna otra razón para dejarte entrar. Sin embargo, espero que controles tu impresión y tu desagrado cuando me veas. Piensa lo que quieras, pero ahórrame tu reacción de ojos muy abiertos, o va a ser una visita muy breve. ¿Has entendido?

Sparky no lo había entendido, pero dijo que sí. Cualquier cosa con tal de cruzar la puerta interior y salir de aquel expuesto lugar público, donde podía ser rastreado en cualquier momento.

La puerta zumbó y empujó. Recibió de inmediato el bofetón de un muro de calor y humedad. El sudor brotó de todos sus poros, y en su estado ya febril estuvo a punto de desvanecerse.

Pero se reclinó por un momento contra la pared más cercana y restableció su equilibrio. La estancia dejó de girar, el gris en los bordes de su visión desapareció. La ropa que llevaba —algo que había arrancado de su vestidor sin apenas mirar lo que era— parecía ya completamente empapada.

Estaba en un amplio y penumbroso corredor que le recordó un museo. A intervalos a lo largo de cada pared había zonas ligeramente hundidas, como dioramas. Había visto el mismo tipo de cosa en el zoo de King City, alojando a varios pequeños anfibios y reptiles en el clima controlado de una serie de jaulas con el frente de cristal. Pero estas jaulas no tenían cristal. Se alineaban en tamaño de aproximadamente un metro cúbico a enormes entornos hundidos en la pared. Porque lo que había y crecía allí tenía las formas y los colores más fantásticos. Eran jardines de hongos.

Allá en la Tierra, los hongos se presentaban en un millar de formas y colores. Presumiblemente todavía crecían allí. Muchos de los del corredor procedían de la Biblioteca Genética de la Luna, y eran descendientes directos. Otros habían sido modificados, o se habían adaptado a la baja gravedad del entorno lunar. Sparky estaba completamente seguro de que ninguna de las setas terrestres había alcanzado nunca los tres metros de

altura. En cuanto a los colores, no podía decirlo, pero aquí aparecían en todas las tonalidades y combinaciones posibles, desde un violeta luminiscente a un verde pulsante, a topos, franjas, olas, y abrumadoras explosiones de color, como salpicaduras de pintura. Algunos hongos eran altos y cenceños, otros gruesos y achaparrados. Había hongos planos y amarillos que Sparky hubiera podido usar como escalones para escalar las paredes a las que estaban adheridos, y había diminutos plumones naranjas y azules y pardos que parecían grajeas de chocolate que hubieran estallado, derramando su contenido.

Cada una de las exhibiciones pequeñas contenía una sola especie. Las grandes eran junglas, tumultos de competidores creciendo solos o parasitariamente.

La luz era muy tenue, pero fue aumentando a medida que avanzaba para disminuir de nuevo detrás él, proporcionándole la suficiente intensidad para ver. Supuso que aquellas cosas crecían mejor en la oscuridad.

Era una galería de arte viviente, pero también era una granja. Llegó junto a un hombre con una chaqueta blanca y un gorro de chef que cortaba rodajas de un gigante de sombrero verde y las metía en un cesto. Era un hombre regordete, y sonrió y saludó a Sparky con la cabeza cuando pasó. Se metió un trozo de seta de color naranja brillante en la boca y volvió a su trabajo.

Sparky giró una esquina en la semioscuridad y entró en una zona brillantemente iluminada que tenía que ser la cocina, pero no era como ninguna que hubiera visto antes. Una serie de nichos se abrían a cada lado de otro ancho corredor, y cada uno contenía dos o tres personas con el blanco distintivo del chef. Había mesas de preparación y hornos y todo el resto del equipo de las artes culinarias…, y aquello era definitivamente arte. Vio un lechón entero salir de un horno, con la manzana en la boca, y ser retirado a una mesa sobre ruedas para ser adornado y decorado. Uno de los nichos parecía dedicado enteramente a les pasteles. Grandes, imponentes, multicolores obras maestras barrocas chorreando mazapán, festoneados con extravagantes figuras y flores. Algunos estaban siendo elaborados, otros habían sido transferidos ya a una mesa con ruedas.

Todos los nichos se centraban alrededor de las mesas. Sparky se dio cuenta de que todo aquello le recordaba algo. Era como una escena de una vieja película ambientada en la sala de emergencias de un gran hospital en la ciudad, con médicos y enfermeras con batas trabajando intensamente sobre pacientes tendidos en… ¿cuál era la palabra? Camillas.

También había otra imagen de otra vieja película. Una gran funeraria, cosmetólogos preparando cuidadosamente a sus pasivos clientes. Sparky no sabía por qué esa imagen acudió a su mente, pero lo hizo.

El lugar olía ciertamente como un hospital o una funeraria. Pasó junto a un sausier, que hervía un líquido denso y pardo en un cazo. Era un olor celestial. Se dio cuenta de que no había comido nada aquel día. La imagen de los bollos de maíz amish acudió a su mente, y se preguntó si alguna vez tendría la oportunidad de comer otro.

Las camillas ya completas eran trasladadas sobre sus ruedas a través de una puerta en arco al interior de la sala de banquetes. Tres mesas muy largas estaban cubiertas con un mantel blanco e iban siendo llenadas con las creaciones culinarias. De nuevo, algo allí estaba fuera de lugar. La gran habitación no contenía ni una sola silla. Sparky vio bandejas del tamaño de tapas de cubos de basura, pero no de plata. En lugar de cristalería había cuencos de ponche llenos con vino y zumos de fruta, y pequeños dispositivos robot con bombas rotativas que hundían sus colas de plástico en el líquido para entregarlos por medio de cuellos prensiles a… ¿quién? ¿Los comensales de pie? ¿Comensales que no tenían manos? Sparky fue incapaz de imaginar los invitados a aquella fiesta.

Preguntándose cuánto más lejos tendría que ir, pasó de la habitación del banquete a un oscuro, húmedo, sofocante lugar que al principio fue absolutamente incapaz de identificar.

Un techo en arco muy alto sobre su cabeza, casi más allá de su vista. Ante él había una superficie de seis metros de baldosas de cerámica verde militar, que se extendía a derecha e izquierda. Más allá había una plácida superficie de agua, no más de un par de centímetros más abajo del reborde donde estaba de pie. Era una piscina, y una muy grande. Sin embargo, nunca había visto ninguna diseñada de aquel modo.

Al cabo de un momento se dio cuenta de que había sido reconvertida a partir de un viejo depósito que probablemente había formado parte en su tiempo del enorme y complejo sistema de tratamiento de aguas residuales de King City. Era un gran cilindro tendido de lado. El agua debía de ser tan profunda como alto era el techo, y no debía de haber ningún lado más somero. No olía a nada excepto un débil asomo a cloro, y no se oía ningún sonido excepto el intermitente gotear del agua que se condensaba en el techo y caía de vuelta a la piscina. No había plancha de saltos, ni sillas al lado del agua, ni salvavidas, aunque el lugar era lo bastante grande como para tener que acudir con una lancha a motor para llegar al lado de alguien que se estuviera ahogando. No había nadie.

¿Estaban criando algo ahí dentro? ¿Peces para las mesas de banquete a sus espaldas? ¿Algas? Fue hasta el borde y se inclinó. Un débil brillo esmeralda procedente de cerca del fondo no reveló nada al principio, luego vio vagas formas que ondulaban lentamente entre él y la luz. Era como mirar al núcleo de un reactor, la superficie lisa como el cristal, las profundidades cristalinas. La ocasional sardina mutante de cinco toneladas nadando junto a…

Lentas y grasientas ondulaciones distorsionaron la superficie, y Sparky se enderezó y miró hacia la oscuridad. Una forma tubular avanzaba lentamente hacia él, justo debajo de la superficie. Parte de su lomo rompió la superficie y rodó ligeramente. ¿Era posible que fuera alguna especie de ballena? Nada en la Luna era más ilegal que producir algo parecido a los cetáceos terrestres. Era más probable que fuese un hipopótamo.

Era Tío Ed.

Sparky nunca comprendió como lo supo, pero lo supo. No había visto a su tío en más de veinte años, nunca lo había conocido muy bien. La cosa que se agitaba en el agua debajo de él no presentó al principio nada que se pareciera a un rostro. Pero lo supo. Luego la cosa rodó ligeramente y en un extremo, a un lado, había como una crispación de la carne que lentamente se definió en unos ojos, una nariz y una boca. No había nada que pudieras llamar realmente una cabeza, y ciertamente nada que se pareciera a un cuello. Sólo interminables y apretados pliegues de rollos de carne que se estremecían y ondulaban con los lentos ritmos del agua. Sólo un rasgo

quedaba del ídolo de las sesiones de tarde que había sido Ed Ventura: su nariz. Había definido un perfil que había adornado un millón de carteles cinematográficos, y ahí estaba, rodeado, casi abrumado por lo demás. Los labios eran ahora gruesos y sensuales. ¿La barbilla? Bien, Sparky supuso que varias docenas de pliegues debajo de la boca podían ser calificados como una barbilla, si uno quería. Sus mejillas eran pura grasa. Su frente era pura grasa; si todavía tenía cejas, estaban profundamente enterradas en ella. Los ojos estaban al fondo de hundidos pozos, pero eran alertas y vivos.

—Hola, Sparky —dijo la cosa. Y aquélla era la fuente del sonido burbujeante que había oído por el intercomunicador. Tío Ed apenas podía hablar sin emitir un trompeteo.

—Hola… ¿Tío Ed?

—Un poco cambiado, pero todavía el mismo viejo tipo alegre por dentro —confirmó Ed—. Espera un momento.

Hubo un momentáneo chapoteo, y Sparky captó un atisbo de lo que podía haber sido una mano, o una aleta. Si estaba conectada a un brazo, Sparky no pudo verlo. El enorme cilindro de pálida grasa rodó y giró en el agua hasta que un extremo —el extremo con el rostro— osciló parcialmente fuera de ella. Era como una ilustración que Sparky recordaba de un libro para niños que había tenido hacía mucho tiempo. Humpty-Dumpty. Un huevo con un rostro pintado en él. Sólo que éste no estaba pintado, era más bien como si hubiera sido tallado en la blanda masa de pan.

La boca sonrió. Era más grande de lo que Sparky había creído ver. Bueno, por supuesto que tenía que ser grande para poder comer lo suficiente como para… Sparky desechó aquel pensamiento. Y el problema de cómo toda esa comida que estaba siendo preparada en la sala del banquete era trasladada de las mesas a las fauces de aquella criatura flotante.

De hecho, Tío Ed presentaba varios problemas logísticos a la mente curiosa, como la respiración, y la eliminación de residuos, y el sexo… Sparky nunca se había sentido menos curioso en su vida.

—Siéntate, muchacho —ordenó Ed—. No puedo alzar la vista hacia ti.

—¿Por qué?

—No tengo cuello, Sparky. —Su tío rió quedamente—. Hace ya diez años que no tengo mucho cuello.

Sparky se sentó, primero cruzando sus piernas debajo de él, luego decidiendo que podía colgar sus pies en el agua. Era cálida y relajante; Sparky no había dejado de moverse durante al menos las últimas seis horas. Necesitaba un descanso.

—¿Es un vendaje eso que tienes en tu pierna?

—Sí.

—Y parece que tienes algunas heridas en otras partes.

—Me caí por una escalera.

—Por supuesto que lo hiciste. Debo decir que no mostraste ningún síntoma de desagrado cuando me mostré la primera vez.

—Soy actor.

Hubo una pausa, luego Ed se echó a reír.

—¡Y uno malditamente bueno, sobrino! Mucho mejor de lo que yo fui nunca. Por supuesto, yo nunca deseé ser actor, pero tuve pocas elecciones. Como tampoco las tuviste tú.

—Es todo lo que siempre deseé ser —dijo Sparky.

—Es todo lo que nunca se te permitió no ser, lo cual es algo ligeramente distinto. Pero tú tenías talento, y lo hiciste bien, así que no se causó ningún daño, ¿eh? Excepto la ocasional experiencia cercana a la muerte en la bañera, me atrevería a decir.

Sparky se sintió demasiado impresionado para responder.

—Por supuesto que sé eso, muchacho. No porque fuera testigo de John haciéndotelo. Porque mi padre me lo hizo a mí. Dada la personalidad de John y sus designios para contigo, era seguro que utilizaría los métodos de nuestro padre en tu educación.

—¿Tienes hijos? —preguntó Sparky, un poco apesadumbrado de no haber pensado nunca en averiguarlo.

—No. No quise descubrir si yo utilizaría también los métodos de mi padre. Dicen que es un factor dominante en muchas familias, ¿sabes? El abuso a los niños. Algo que puede que tú desees tomar en consideración cuando se te plantee la cuestión de criar hijos.

Sparky no sabía por qué había formulado aquella pregunta. Sentía la cabeza ligera, no se encontraba bien. El olor de la cocina en la habitación de atrás era abrumador, y en absoluto tan agradable como había sido.

—Tú no querías ser actor —dijo Sparky. Por alguna razón, aquel fragmento de información se había clavado en su cabeza.

—Nunca quise serlo, y nunca llegué a serlo realmente. Fui una estrella, y estoy seguro de que tu padre te dijo cuál es la diferencia. Yo quería ser chef. Nuestro padre tenía otras ideas, y uno no contradecía a nuestro padre, del mismo modo que tú no contradices al tuyo. Aunque parece que hoy sí lo has hecho.

—¿Viste…? Quiero decir, ha estado…

—¿En las noticias? Aquí no llegan las noticias, Sparky. Y antes de que me cuentes tu historia, déjame asegurarte que no deseo oírla. Lo que él te hizo, lo que tú le hiciste, no quiero saberlo. Nunca podré ser llamado a testificar sobre algo de lo que no sé nada. Te caíste por una escalera. ¿Correcto?

—… correcto.

—Y yo soy una bailarina de *ballet*. Por supuesto, soy libre de deducir cosas. Tú quieres marcharte de la Luna. Pareces incapaz de ir simplemente al mostrador de los billetes y comprar uno. Ergo, eres perseguido. Tenías un argumento con esta escalera. Parece que lo has perdido.

—Tú no has visto la escalera.

—¡Ja! —Tío Ed estaba encantado—. ¡Quizá diste tanto como recibiste! No, no me cuentes detalles, déjame imaginármelos por mí mismo. Esto debería proporcionarme material suficiente para meses de tranquila contemplación. Eso es principalmente lo que hacemos aquí, si es que has sentido curiosidad. Flotar, y contemplar.

—Y comer —sugirió Sparky.

Tío Ed frunció dubitativo los ojos. Con toda aquella grasa a su alrededor, era un fruncimiento digno de recordar.

—No estaba… —empezó a decir Sparky.

—Burlándote de mí. Por supuesto que no. Evidentemente, comemos. Te prohíbo el desdén, el disgusto. Te permito la curiosidad. Dentro de unos límites. Supongo que debes estarte preguntando cuánto peso.

Como la *starlet* insultada cuando se le preguntan sus medidas, Sparky sospechó que la dama protestaba demasiado. Se dio cuenta de que Ed deseaba hablar. Dentro de unos límites. Tenía que ir con cuidado de no mostrar demasiado o demasiado poco interés.

—Mil cuatrocientos cuarenta y tres kilos en la última pesada. Probablemente un poco más hoy. Una tonelada y media de satisfacción.

Sparky no sabía que los hombres pudieran llegar a pesar tanto. Dudaba de que fuera posible sin algunas modificaciones. Corazones extra posiblemente o mecánicos. O corazones de elefante. También sospechaba que si preguntaban sobre ello, podía estar allí horas.

—Creo que soy el tercer hombre más voluminoso que haya vivido jamás. Los número uno y dos están en alguna parte en el agua debajo de mí.

—¿Estás luchando por el primer lugar?

—No de ninguna forma definida. Pero no me importaría, por supuesto.

—Has dicho «nosotros». ¿Quiénes sois? Quiero decir, ¿algún tipo de culto?

—Sólo retirados a los que les gusta comer. Gente que encuentra el mundo moderno un poco frenético, que ha socializado demasiado. Gente que se ha apartado. Que busca un nivel inferior de consciencia. Que admite a los lagartos soleándose sobre una roca, las medusas derivando en las corrientes cálidas. Que son felices existiendo, pero no ansiosos por luchar, física o mentalmente. No tenemos ninguna organización excepto las comidas regulares, seis veces al día, y no tenemos nombres. La poca gente de fuera que sabe de nosotros, y son muy pocos, puesto que nunca salimos, nos llama gordinflones.

Sparky recordó la historia de un ermitaño, aislado en silencio durante treinta años. Una vez rompió su silencio no pudo dejar de hablar. No pudo recordar cuál era la ironía final.

Pero pudo ver alguna especie de carretillas elevadoras congregándose al otro extremo de la piscina. Redes de carga colgaban de brazos manipuladores, y parecía haber una cierta conmoción en el agua. Buen Dios, debe de ser la hora de la comida, se dio cuenta. Prefería no presenciarlo.

—Así que, ¿puedes ayudarme?

Tío Ed se agitó en el agua como una pelota de playa hinchable inundada mientras contemplaba en silencio a su sobrino. Sus expresiones eran muy difíciles de leer.

—Tengo un yate privado guardado en un puerto en la Otra Cara —dijo finalmente Tío Ed—. Nada extraordinario, pero te puede llevar hasta Marte en un tiempo razonable.

—Te lo compraré.

—No es necesario —rió el gordo hombre—. Fue un golpe genial por tu parte el venir aquí. Es absolutamente el último lugar en el que John pensaría buscarte. Y mi yate es el vehículo menos probable que se le ocurra investigar. Y sospecho que tú sabías que yo no podría resistirme a hacerle una jugada. ¿No es así?

—Puedes ver claramente en mi interior —dijo Sparky. Nunca se le había ocurrido aquella idea, nunca había recordado que tuviera un tío hasta que Doc suscitó el tema. Pero ¿por qué mencionárselo?

—Me dicen que puede estar listo para partir al espacio en dos horas. Llamaré y daré la autorización. Cuando llegues a Marte, contrata a alguien para que lo traiga de vuelta.

—Por supuesto. —Sparky no tenía intención de contratar a nadie ni de ir a Marte, pero ¿por qué complicar las cosas?

—Buena suerte —burbujeó Tío Ed, y su cabeza se hundió en el agua.

Necesité un poco de suerte, y algunas habilidades de actor y mucha confianza, para abrirme camino entre los haraganes entrometidos en el espaciopuerto con demasiado tiempo en sus manos, pero lo conseguí. (¿Cuál era el nombre del yate de Tío Ed? *¿Éclair? ¿Bombón?* Algo dulce y pegajoso, eso lo recuerdo). Sea como sea, con visiones de golosinas —y la hinchada forma de Tío Ed— danzando en mi cabeza, huí de la Luna, de mi padre, de Sparky, de todos los que me estaban buscando para causarme bien o causarme mal. Durante casi cincuenta años nunca mostré mi auténtico rostro ni revelé mi auténtico nombre. Sólo recientemente había empezado a admitir de nuevo ser «Sparky», aunque sólo en los planetas exteriores, y había descubierto con sorpresa que todavía era recordado.

Había estado dos veces en la Luna desde entonces, cuando la atracción de un papel era simplemente demasiada. Había usado una blindada identificación falsa, nunca el mismo nombre. Todo esto había plantado severos obstáculos en mi carrera. Apenas empezaba a recibir buenas noticias, a crearme una reputación con mi seudónimo actual, cuando no tardaba en sentir el cálido aliento de la persecución en mi nuca y partía hacia una nueva aventura, con una nueva identidad. Prácticamente hablando, nadie me había estado buscando en los últimos treinta o cuarenta años, estaba razonablemente seguro de ello. Pero los viejos hábitos tardan en morir, y el culpable huye antes de que aparezcan las malas críticas.

Y ahora estaba regresando a la Luna una vez más. La Luna, el Globo de Oro de la fábula. Podía verla al otro lado de la ventanilla del bote salvavidas mientras Poly y yo nos atábamos para el último tramo del viaje. A ciertas distancias parece realmente de oro, aunque normalmente la describiría con un tono más parecido a la mantequilla. Móntala sobre un pedestal dorado y puedes entregarla como un premio.

Hubo en un tiempo un premio que se llamaba el Globo de Oro, años antes de la Invasión. Mi padre me había hablado de él. Era entregado por un grupo llamado la Asociación de la Prensa Extranjera de Hollywood en honor a la mejor obra cinematográfica del año.

—No la Asociación de Críticos Cinematográficos Extranjeros, fíjate bien —me había dicho—. Sólo un puñado de periodistas de otros países que acostumbraban a reunirse, cuarenta o cincuenta de ellos, para cenar y darle un premio a cualquier miembro de la industria cinematográfica lo suficientemente desesperado como para presentarse y emborracharse con ellos. Al cabo de un tiempo, siendo periodistas, empezaron a dar notas de prensa sobre quién había ganado. En un día de pocas noticias, algunos periódicos publicaban la historia. Y luego las cosas fueron creciendo como una bola de nieve. Antes de mucho tenían su propio *show* de televisión, lleno de estrellas, como si el premio significara algo. Consiguieron superar a los Oscars, y los premios hubiera podido darlos el Podunk Rotary Club, por todo lo que tenían que ver con el cine.

»Extrae de eso tu propia moraleja, Sparky. Y recuerda, en el centro del culto a la personalidad llamado estréllate sólo hay un gran agujero vacío.

Los premios no importan. Las aclamaciones no importan. Sólo tu arte importa.

Estábamos ya doloridos y un poco descompuestos por un día y medio a una g. Cuando el motor del bote salvavidas se puso en marcha golpeó duro, y no disponíamos del acolchado que habíamos usado a bordo de Hal. Pero no fue una aceleración terriblemente larga. El primer bote salvavidas se desprendió, en realidad no era más que un motor y un depósito de combustible, después de las modificaciones que le hizo Hal en su taller de reparaciones. Cuando el segundo se puso en marcha la Luna gravitaba ya mucho más grande en mi ventanilla. Fue un poco más suave, pero todavía duro.

El motor del bote salvavidas tosió sus últimos espasmos cuando todavía estábamos a diez metros por encima de la superficie. Considerando que todos los cálculos se habían efectuado en la órbita de Urano, pude decir que se había acercado mucho. Caímos, y golpeamos el suelo con una sacudida y un crujir de metal. Hubo un débil siseo audible desde la cabina, un sonido que a ningún lunariano le gusta oír, pero llevábamos puestos nuestros trajes, y el trípode de aterrizaje del bote absorbió parte del impacto.

Nos pusimos en pie, metimos nuestro equipaje en la esclusa de aire y salimos a la superficie. No había nadie excepto Poly para escuchar mis primeras palabras, pero las dije para la historia.

—Eso fue un maldito paso de gigante para un viejo actor.

Estaba en casa.

Acto Cinco

(de *El Bardo en cinco minutos*)

EL REY LEAR

ACTO 1, ESCENA 1

Palacio del Rey Lear.

Entran Lear, Gonerila, Regania, Cordelia, Gloucester, Kent.

LEAR: ¡Id a buscar al de Borgoña y a la Rana! Soy un viejo pedorrero y estoy sin resuello. Me largo.

GONERILA: Dadme el reino, porque os quiero y beso vuestro real culo.

REGANIA: ¡Yo también, papá, pero dos veces más!

LEAR: ¿Y qué dices tú, ricura?

CORDELIA: Eres chachi, papi.

LEAR: ¡Pues bueno, que os jodan! No vais a recibir nada. Podéis pelearos si queréis, putas.

KENT: Eres un jodido, viejo.

LEAR: ¡Que te jodan a ti también! ¡Lárgate!

(Sale Kent; entran el Duque de Borgoña y el Rey de Francia).

BORGOÑA: ¿No hay dinero? ¡Que me jodan! ¡Entonces no la quiero!

FRANCIA: Yo la tomaré.

CORDELIA: ¡Fabuloso!

LEAR: Toma a la puta, entonces. Yo me largo de aquí.

(Salen Lear y corte).

FRANCIA: Jodamos.
CORDELIA: ¡Fabuloso!

(Salen Francia y Cordelia).

GONERILA: ¡Es un viejo jodido mochales!
REGANIA: Jodámoslo.
GONERILA: De acuerdo.

(Salen Gonerila y Regania).

EDMUNDO: (*en un aparte*). ¡Soy un bastardo traidor!

Hay temporadas en la vida de un actor shakespeariano, hitos naturales que puede esperar encontrar a lo largo del sendero de su carrera. Los dos más importantes son Romeo y Lear.

Romeo es para un hombre joven. Impetuoso y enérgico, azotado por las tormentas de la pubertad, aturdido por el amor. No es un papel para un actor maduro, aunque Dios sabe que ha sido interpretado por bastantes viejos excéntricos. Como ya he relatado, Romeo fue un desastre para mí. No siento mucho afecto hacia el papel.

Macbeth está un poco más arriba. Hamlet y Enrique V son vigorosos y juveniles. Otelo y Julio César están en plena floración de sus carreras.

Hay otros innumerables papeles que un actor puede ensayar, incluso algunos como segundo actor o cómico. Pero si uno tiene esperanzas de que su nombre figure en los anales de los grandes, si uno aspira a adquirir el manto de Burbage y Olivier, entonces la piedra angular de su carrera ha de ser Lear.

Lear.

En los setenta años desde mis días como Sparky, lo más cerca que llegué nunca a interpretar a Lear fue en una pequeña y divertida bagatela llamada *El Bardo en cinco minutos*, una pequeña parte de la cual he reproducido un poco más arriba.

Oh, cómo nos divertimos. La premisa era simple: todo Shakespeare en una sola noche, ninguna obra más larga que cinco minutos. Cada una se representaba en un estilo diferente. *Hamlet* como si fuera un Gilbert y Sullivan, con una movida canción y un final feliz. *Bien está lo que bien acaba* como reescrita por Beckett, con los actores sentados en sillas, murmurando fragmentos de diálogo y abandonando el proyecto después de tres minutos. *Ricardo III* como un serial de radio, episodios de un minuto con efectos sonoros dispersos a través de toda la actuación. *Enrique VI*, las tres partes, narradas por un superrápido bailarían callejero y presentadas como un *ballet* a la Copland.

Y *Sueño de una noche de verano* como si fuera interpretada por Sparky y su pandilla, con una clara identificación Pick/Sparky. Nadie sospechó nunca nada.

Algunas eran mucho más cortas de cinco minutos, o la noche se hubiera prolongado más de tres horas, demasiado tiempo para una comedia. *Timón de Atenas*: un hombre se dirige al centro del escenario y dice: «Nadie da un comino por *Timón de Atenas*», y se marcha. *Tito Andrónico*: todos los miembros de la compañía se alinean en el escenario y, a una señal, empiezan a acuchillarse unos a otros con sus espadas, cuyas hojas derraman Max Factor Rojo #2 a alta presión.

Luego estaba *El rey Lear*, como se interpretaba en el cambio de siglo por el Rude Theater. La mayoría de críticos odiaron *B5M*, pero fue un éxito durante largo tiempo. Yo interpretaba docenas de papeles, incluido Lear.

Digo estas cosas en un intento de explicar por qué, tras una ausencia de más de treinta años, regresaba a la Luna. Sólo había estado dos veces allí desde mi apresurada partida de *Romeo*. Las cosas se habían puesto demasiado calientes para mí la última vez que me fui —malos entendidos no afectados por ninguna ley de prescripción— y había jurado solemnemente no regresar nunca más. Las cosas estarían más ardientes todavía ahora, con Isambard y todo el hediondo planeta de Carón te tras mis pasos, posiblemente aguardándome ya. No pretendía que fueran a tener más problemas en hallarme aquí que los que habían tenido en Oberón. Si hubiera tenido sesos en la cabeza, habría saltado al primer carguero de servicio irregular en caída libre con destino hacia cualquier punto no

especificado y misterioso del universo. Hubiera hecho aquello que mejor sabía hacer: perderme en los vastos espacios del sistema solar. Pero nunca pensé siquiera en ello, y la razón era muy simple.

Lear.

No sólo Lear, sino el Lear puesto en escena por la más grande directora de nuestro tiempo, mi muy lejana coprotagonista y en su tiempo mi mejor amiga —mi única amiga— Kaspara Polichinelli.

Y a estas alturas probablemente a Polly ya no le quedaba mucho tiempo.

Casi desde la primera aceleración en Oberón me había absorbido en la cuestión de dónde aterrizar cuando alcanzáramos la Luna. Por muy bueno que sea produciendo falsas identidades y abriéndome camino con mi verborrea a través de todo tipo de dificultades, simplemente posarse en el espaciopuerto de King City con un bote salvavidas sin ni gota de combustible iba a llamar una no deseada atención.

Pero tenía algunas ventajas. Debido a la naturaleza del espacio y del viaje espacial, la creación de una «patrulla de fronteras» alrededor de un lugar como la Luna es una proposición problemática. Ciertamente, el radar y los ordenadores pueden controlar todos los millones de vehículos que se aproximan, parten y orbitan la enorme esfera, hasta mil quinientos kilómetros de la superficie, que es lo que los abogados han definido como espacio territorial lunar. Pero, una vez hecho esto, ¿qué hacer a continuación? ¿Permitir los despegues y aterrizajes tan sólo en los lugares designados, como los principales espaciopuertos? Entonces un millón de excursionistas de fin de semana, acampadores y gente que alquilaba cohetópteros, alzarían un clamor que se oiría en Marte. Sin mencionar el millón de propietarios que vivían en sus feudos francos en un tranquilo aislamiento, dispersos por toda la superficie lunar. ¿Deberíamos pedir a esa gente que fuera a pie hasta el tren más cercano? ¿Permitiríamos tan sólo transporte de superficie hacia los senderos de excursión y los campamentos de vacaciones? No, los lunarianos estaban dispuestos a renunciar a algunos de sus derechos civiles, como cualquier otro, si la razón era lo bastante intensa. Si la gente está haciendo saltar naves espaciales con bombas, se

sometérán a un exhaustivo registro antes de subir a una nave. ¿Pero prohibir los vehículos aéreos privados, los orbitadores, o incluso las naves de largo alcance, para detener a los contrabandistas? ¿Poner una tapa a la inmigración ilegal? Me temo que no, senador.

Así que, ¿y emplear sofisticados programas de ordenador para mantener el control de las llegadas desde el espacio profundo y compararlas con los códigos de los vehículos de transporte y las rutas comerciales y los programas de viajes y Diosabequemás, y seguir a las naves sospechosas para hacerles unas cuantas preguntas en un rápido interrogatorio estilo Gestapo?

Se intentó. No funcionó. Se pilló a unos pocos patéticos aficionados, unos cuantos primerizos, y hubo que dejarlos en libertad con una simple amonestación y una advertencia. Un gran malgasto de tiempo y dinero.

Así que… ¿abrir las fronteras?

Pero… pero… ¿abrir las fronteras? Absoluto anatema para la mentalidad burocrática. No importaba que nunca hubiera habido una frontera tan tenue o tan permeable como la que rodeaba la Luna, o la que rodeaba cualquier otro planeta. No podemos simplemente dejar que la gente vaya y venga a su antojo, ¿podemos? Llevando consigo cualquier maldita cosa que se les antoje llevar. Eso sería algo muy cercano a la anarquía.

Y así…, en realidad no. No lo que probablemente estén pensando ustedes. Por una vez prevaleció la racionalidad. Ayudó el que haya muy poca cosa que contrabandear a pequeña escala, puesto que muy pocas cosas son ilegales en nuestros días. Mantener controlados los grandes cargueros es otro asunto completamente distinto, y es fácil seguir el rastro de las grandes naves si se posan allá donde no deberían. En cuanto a la inmigración ilegal…, ¿qué inmigración ilegal? No es un problema en la Luna. Simplemente ponte en pie y pide los papeles de ciudadanía, y al cabo de una búsqueda de sesenta segundos en los registros criminales InterSistema, la acreditación de un mínimo de solvencia (no queremos indigentes) y el pago de una cuota nominal, eres un lunariano. ¡Bienvenido, colega!

De modo que ésta es la situación, para aquellos de ustedes que hayan pensado que el ir a la Luna para un tipo criminal como yo iba a ser un

asunto peliagudo: en absoluto. No al principio, al menos. Hay montones de gente buscada en esos feudos francos que he mencionado hace un momento, y si permanecen tranquilos y no intentan entrar en la corriente principal de la civilización, pueden quedarse allí un millón de años en lo que al gobierno federal lunar se refiere. Nadie irá a buscarles.

El siguiente paso es el difícil.

¿He dicho que la «frontera» esférica alrededor de la Luna es en realidad a risible ficción? Lo he dicho, y lo es. ¿Di a entender que eso significa que uno puede simplemente recorrer sin problemas las principales avenidas de King City? No lo he dicho. Esa frontera es más apretada que la funda de un colmillo. Esa frontera hace que el viejo «Telón de acero» parezca una vaga línea no patrullada en la arena y unas cuantas formalidades ocasionales. Porque la frontera entre la superficie de la Luna y las ciudades de la Luna es nada más y nada menos que la línea entre la vida y la muerte. Entre el vacío y el aire. Cada entrada a los principales corredores de la Luna es, por necesidad, una fortaleza diseñada para mantener el aire dentro y el Sorbealiento fuera. Si una molécula de oxígeno no tiene ninguna posibilidad de pasar por ella sin la autorización adecuada, ¿qué posibilidades tienen varios billones de moléculas de actor de entrar sin un visado?

Bueno, todo puede conseguirse, si sabes cómo. El camino más fácil es a través de tus amigos, pero has de tener el tipo adecuado de amigos. El tipo que hace este tipo de cosas cada día.

Decidí recurrir a los heinleinianos.

Antes de la Gran Pifia, no hace mucho tiempo, nadie sabía nada de los heinleinianos. De hecho, ni siquiera tenían ese nombre; les fue adjudicado más tarde por los medios de comunicación, después del trascendental papel que tuvieron, involuntariamente, en la propia Pifia. Ahora todo el mundo cree que lo sabe todo acerca de los heinleinianos, pero la verdad es que la mayor parte de ello es falso.

Primero, y lo más básico, es absolutamente estúpido referirse a ellos como un grupo. No son gente del tipo grupo. Nadie elige oficiales, no se

celebran reuniones. Te «unes» a ellos siendo invitado a uno o varios de sus lugares secretos por un amigo. Lo que realmente haces, sin embargo, es optar por salirte de la sociedad de la superficie. Puedes hacerlo totalmente, eligiendo vivir en uno de los enclaves secretos, o parcialmente, manteniendo una vida y una identidad mientras vas de uno a otro reino.

Cuando el Ordenador Central lunar, el OC, sufrió el colapso nervioso que todos hemos terminado llamando la Gran Pifia, los heinleinianos fueron uno de sus principales blancos. Ha habido interminables especulaciones acerca de por qué. Hasta ahora la respuesta más corta es: No lo sabemos. La teoría popular, y una que creo que tiene sentido, es que el OC se sintió profundamente ofendido por un grupo de alta tecnología que vivía más allá de su alcance, y que poseía una tecnología no disponible por el OC. En consecuencia, el OC organizó y entrenó, en secreto, un cuadro de policía extralegal que muy bien podríamos llamar un ejército. Este grupo invadió el complejo principal heinleiniano con la intención de barrerlo del mapa, y se encontró con una gran sorpresa: esa gente presentó resistencia. El plan falló, el OC se retiró a un estado semicatatónico del que hoy apenas está empezando a recuperarse, y la vida lunar se vio vuelta patas arriba.

Íntimamente unida a todo esto, también voluntariamente, estaba una tal Hildy Johnson, famosa reportera del *News Nipple*. Sí, esa Hildy Johnson.

Ha contado públicamente parte de la historia. A mí me contó más. Todavía queda mucho por decir, y supongo que lo dirá cuando considere que es prudente. Y esto presenta para mí un problema. Como una especie de «miembro» del grupo, me siendo limitado respecto a lo que puedo revelar sobre él. Afortunadamente, mucho de ello es superfluo para la historia que estoy contando. Esto es lo que puedo revelar:

1) El grupo recibió su nombre de una nave espacial llamada la *Robert A. Heinlein*, bautizada en honor de un escritor y filósofo político radical del siglo XX. La nave es muy grande, incluso según los estándares de hoy, y muy vieja. Originalmente estaba prevista como una nave estelar tipo Orión, es decir, una nave accionada por gran número de bombas nucleares estallando contra una enorme placa de empuje. Pueden hallar los planos de una en cualquier biblioteca pública. Hace mucho tiempo los constructores originales se declararon en quiebra, y el casco de la nave terminó adornando

un rincón de un enorme depósito de chatarra. Los heinleinianos se hicieron cargo de ella, y del depósito de chatarra también. Hoy la nave, o partes de ella, sirven como el rostro público de los heinleinianos, el lugar donde periodistas y políticos acuden cuando quieren hablar con alguno de ellos. (¡Buena suerte! No suelen hablar mucho).

2) Esa gente comparte algo de la filosofía política del señor Heinlein, la parte que puede resumirse como «¡Dejadme tranquilo!». No son anarquistas, pero admiten poca interferencia del gobierno. Son más felices cuando no hay gobierno, y hallarán a muchos de ellos, o sus simpatizantes, en las más remotas regiones del sistema. Pero mucha gente no puede soportar este tipo de aislamiento (yo, por ejemplo), y así viven bien ocultos (si están haciendo algo ilegal) o a plena vista (desde donde trabajan hacia una forma casi libertaria de gobierno). No planean derrocar ningún gobierno; eso sería demasiado trastorno y, corrió admitirán incluso los más doctrinarios de ellos, el yugo del gobierno actual no es intolerablemente ominoso, si se lo examina históricamente. Las cosas podrían ser peores, y seguramente se volverían peores si hubiera que reprimir mucha agitación política radical. No busquen a los heinleinianos para que editen manifiestos, claven listas de peticiones en las puertas de los tribunales, asalten ninguna Bastilla. Pero tienen un secreto celosamente guardado, un fin que persiguen implacablemente:

3) Van a ir a las estrellas.

¡Ja!, dirán ustedes. ¡Vaya secreto!, dirán ustedes. Ahora cuéntame otro. Muy bien. El hecho de que tienen intención de viajar a las estrellas es muy sabido, y casi universalmente desdeñado. Cualquier número de Eminentes Científicos les explicará con gran detalle por qué el proyecto es imposible. Los heinleinianos piensan que esto es estupendo para ellos. Cuanta menos gente les tome en serio, menos gente intentará descubrir su auténtico secreto, que es cómo pretenden hacerlo.

Créanme. Van a conseguirlo.

Soy la persona menos cualificada del sistema para contemplar un impulsor estelar y decir: «¡Ajá! ¡Eso va a funcionar!». Pueden pasarse ustedes un año mostrándomelo, explicándomelo, dibujando hermosas imágenes y leyéndome el manual (si es que hay algún manual) en voz alta,

y al final seguiré perfectamente ignorante de todo lo relativo a impulsores estelares.

Pero otros, gente a la que conozco, me dicen que puedo contar con ello. En un año, dos años —el tiempo que les tome remendarla—, ese magnífico cascarón posado ahí fuera en la superficie va a dar un salto y a violar el cielo virgen. ¿Qué velocidad alcanzará? Nadie lo dirá. Pero nadie criará una familia durante el viaje, y nadie regresará para encontrar a todos sus amigos un centenar de años más viejos que él.

Gases de los pantanos, dicen. ¿Cuántas «naves estelares» se han vendido a cuántos ingenuos en el último siglo? El hiperespacio es a nuestra época lo que los mapas del tesoro y las minas de oro y los pozos de petróleo y los negocios inmobiliarios en Florida fueron a las anteriores generaciones de hombres confiados. Yo debería saberlo; he vendido más de una nave estelar en mis tiempos.

Sí, y la forma de venderlas no es ocultarlas junto a un almacén de chatarra y no hablarle a nadie de ellas. Pueden ustedes invertir, y puede que ésta sea su última oportunidad antes de que el asunto se vuelva intergaláctico. Examinen los folletos. No afirman nada, no prometen nada. Créanme, no es así como se vende el oro de los piratas. Llamen inmediatamente a su agente de bolsa. Me lo agradecerán más tarde.

Y ése es el secreto, ¿lo ven? No que vayan a ir, sino cómo van a llegar. Los inventores e inversores de este nuevo impulsor espacial no pretenden entregarlo a un gobierno agradecido, o dejárselo confiscar por un pelotón de tropas de asalto. Tampoco pretenden patentarlo. Los examinadores de patentes pueden ser sobornados, la información puede filtrarse. Si los heinleinianos tienen una religión, ésta es la Libre Empresa. Tienen intención de vender su nueva tecnología, y tienen intención de hacerse sucia, podrida, asquerosa, hedionda, inmensamente ricos con ello.

Fue una corta caminata hasta la entrada más cercana de la *Heinlein*. Unos pocos años antes no había otra forma más que aguardar ahí y esperar a que uno de los habitantes reparara en tu presencia y te invitara a entrar o te dijera que te perdieses. Ahora había tres o cuatro esclusas de aire

estándar. Más allá de ellas había rudimentarias salas de recepción, «cabinas de aduanas» para los heinleinianos. La notoriedad de la Gran Pifia les había obligado a adoptar una desacostumbrada organización, que seguían a regañadientes y sin orden ni concierto, tal como era su estilo. Esas entradas eran controladas por voluntarios, que resultaban difíciles de encontrar en un grupo tan individualista. Más tarde oí que el procedimiento estándar era enfriar tus talones durante horas en aquellas entradas, aguardando a que llegara alguien al escritorio de seguridad.

Y si no conocías a alguien, la cabina de aduanas era el lugar más lejano que podías llegar a alcanzar.

Tuvimos suerte. Había alguien en el escritorio cuando Poly y yo entramos. Mejor aún, el nombre que dejé caer todavía valía algo. Estaba un poco preocupado al respecto, puesto que había pasado bastante tiempo desde que había tratado con aquella persona, y no había absolutamente ninguna forma de mantenerte en contacto con ella a menos que fueras simplemente hasta la puerta y preguntaras. Pero la mujer de guardia en el escritorio simplemente asintió con la cabeza y señaló con el dedo a la segunda compuerta de la esclusa, a su espalda. Luego siguió con el libro que estaba leyendo.

—Mantén puesto el casco —le dije a Poly mientras efectuábamos el ciclo—. Nunca sabes lo que vas a encontrar ahí dentro.

Poly vio pronto lo que quería decir, y su reacción fue la habitual.

—Esa gente tiene que estar loca —dijo.

No es tan malo dentro de la nave. Ves el desarrollo de la construcción y la renovación aquí y allá, pero las cosas siempre parecen un poco relajadas alrededor de un lugar de construcción. Luego sales de la nave y entras en el gran depósito de chatarra justo detrás de ella. Y las cosas simplemente no parecen como debieran ser.

Todo tiene un aspecto revuelto, como si las cosas fueran arrojadas allí al azar. Las paredes del túnel están hechas con lo que se tenía a mano cuando fue necesario un nuevo túnel. Las luces se queman, y si todavía puedes ver razonablemente bien, bueno, siguen quemadas. No hay brigadas municipales que las reemplacen. ¡Si tropiezas en la oscuridad, entonces reemplázalas tú mismo, ciudadano! No hay ayuntamiento a quien demandar

si tropiezas. Los recicladores de aire exhiben destellantes luces amarillas, o incluso rojas. La mayoría de los lunarianos pueden pasar cinco años sin ver siquiera destellar una luz verde.

—¿Tienen siempre preparado un último deseo? —preguntó Poly, tras más de un kilómetro de aquello.

—Tienen una red de seguridad —le dije, sin explicar más. Pero sabía a qué se refería. La gente educada en los exigentes estándares de seguridad de la ingeniería lunar siempre se sentía impresionada de ver cómo vivían los heinleinianos. Más o menos como se sentiría uno al subir a un avión, luego mirar por la ventanilla y ver que un ala estaba sujeta al fuselaje por dos oxidados remaches y un poco de cola.

Pero eso no te preocuparía si fueras un pájaro. Si algo va mal, simplemente vuelas hasta el suelo. Y así era como los heinleinianos habían terminado viendo el mundo, porque tenían una red de seguridad en la forma del traje de campo de fuerza. Quizá todos llegáramos a ver el mundo de esa forma si ellos decidieran vender la tecnología. Si se producía una descompresión, se generaba al instante un campo alrededor de sus cuerpos a partir de una unidad implantada en lugar de uno de sus pulmones. La unidad contenía también como una hora de oxígeno altamente comprimido, que era suministrado directamente al torrente sanguíneo. Para alguien que llevara uno de estos dispositivos, una descompresión no era más que un inconveniente. Así, los heinleinianos no perdían mucho tiempo y esfuerzo haciendo las cosas triple-triple-triple redundantes. Un sistema y quizás un *backup* eran suficientes para ellos. Muchas de las cosas que hacían no eran mejores de lo que tenían que ser. Eran gente atareada —¡se preparaban para ir a las estrellas!—, y siempre había alguna otra cosa más importante que hacer.

Por supuesto, las cosas resultaban un poco inquietantes cuando te dabas cuenta de que su red de seguridad no te hacía a ti ningún maldito bien. Cuando tenía que acudir al enclave, yo resolvía mis asuntos lo más rápidamente posible y volvía a salir. Que era exactamente como deseaban los heinleinianos.

Si esperaban averiguar ustedes aquí todas las interioridades de los misteriosos heinleinianos, tendrán que acudir a otro lugar. Podría relatarles muchas cosas, usando nombres supuestos y eufemismos, pero en un noventa por ciento serían mentiras. Por un lado, la mayor parte de la gente con la que me encontré prefiere permanecer firmemente anónima. Recuerden, no hace mucho tiempo representantes nombrados por el estado lunar estaban disparando contra ellos. Todavía se sienten un poco resentidos. ¿No lo estarían ustedes? Por otra parte, me mostraron algunas cosas de las que juré no hablar nunca, y hablar de ellas me dejaría muy pronto sin nada que poder decir.

Luego está el asunto de lo que estaba haciendo ahí dentro. Cambiando de nuevo mi apariencia, por supuesto. Obteniendo unos cuantos artículos necesarios para Poly —nada más que mentiras blancas, en su caso— y enviándola a que siguiera su camino. (Adiós, dulce Poly, fuiste una gran compañera de viaje. Lamento lo de los dedos. Y no volveremos a verte en esta historia).

Pero la mayor parte de mi corto tiempo allí fue consumido en varias actividades estrictamente ilegales que implicaban convertirme en alguien distinto. No estamos hablando aquí de falsificar la licencia de un cohetóptero; esta identidad tenía que soportar el más atento escrutinio durante todo el tiempo que pudiera permanecer en la Luna. No hay ninguna ley de prescripción que diga que ha expirado nada de ello, de modo que sería estúpido dar los detalles aquí. Y, francamente, nunca sabes cuándo necesitarás utilizar de nuevo alguno de estos trucos. Mejor no hacerlos del dominio público. Si realmente necesitan saber cómo hacerlo, encuentren a un criminal y pregúntenle a él. Y prepárense a pagar.

Cuando uno viaja tanto como yo, y ha vivido tanto como yo, la constante que observa siempre es el cambio.

La especie todavía se está expandiendo, aunque las voces acerca de hacer algo para corregir eso se están volviendo cada vez más serias. (¿Qué,

pregunto? ¿Extirpar los ovarios y capar? Oh, pero no empiecen conmigo). No niego que es un problema. Con el índice de mortalidad acercándose cada vez más y más al cero, casi todo lo que nos ha salvado hasta ahora es que muy poca gente desea más de uno o dos hijos. No es difícil ver un tiempo en el que cada trozo de roca en el sistema estará agujereado hasta el núcleo con billones de pseudohormigas. Hay una escuela de pensamiento que sostiene que una de las razones de la Invasión fue nuestra superpoblación de la Tierra. Si seguimos creciendo exponencialmente, prosigue el razonamiento, ¿se ocuparán de nuevo los Invasores de nosotros?

No pretendo comprender nada acerca de los Invasores, más allá del hecho de que les tomó sólo tres días aniquilar casi por completo la raza humana, y que pese a nuestros más valientes esfuerzos, la puntuación final fue de veinte mil millones a cero. No ansío una revancha…

Pero francamente me gustan algunos de los cambios que veo en mis viajes. Casi siempre es una expansión de lo que vi antes, y como mi padre, me atengo a una idea pasada de moda llamada en su tiempo «progreso». Aparte de una creciente población, ha habido una gran cantidad de él desde la Invasión. La investigación científica está en un perpetuo ralentí. ¿Y por qué no? Vivimos prácticamente tanto como queremos, en perfecta salud y vitalidad. Las máquinas pueden hacer prácticamente todo lo que se necesita hacer, de modo que el ocio se ha convertido en nuestro mayor «problema». La biología es bien comprendida, y los límites prácticos de la exploración de la física han sido alcanzados, por ahora al menos.

Así que me complazco en ver cómo han crecido este o aquel enclave. Me sentí encantado en Oberón, y cuando regrese, si lo hago alguna vez, estoy seguro de que me sentiré de nuevo encantado de ver la rueda completa.

Pero la Luna es un poco diferente. La Luna es, y siempre lo será, el «hogar». Por inestable que fuera mi primera infancia, por numerosos que pudieran llegar a ser mis «hogares», siempre fue la Luna, el fabuloso Globo de Oro, mi lugar de origen. Hay una punta de esnobismo en esto, algo como la forma en que los residentes de Nueva York, Londres, París o Roma debían de sentir. Todos los caminos conducen a la Gran Manzana, más o

menos. Si son ustedes de algún otro lugar, no son de ninguna parte. Si pueden triunfar aquí, pueden triunfar en cualquier lado.

Pero lo contrario también es cierto, sospecho, si son ustedes oriundos de la City o de Catfish Row, del Globo de Oro o del Fondo. Desearían del mismo modo quedarse. Desearían volver y hallar algo familiar.

Desearían pensar que pueden volver a casa.

No pueden, por supuesto. Aunque la vieja ciudad natal esté anclada en el tiempo, como una mina agotada, se hace vieja, y tú también. La miras con ojos diferentes. La hiedra en los muros del viejo castillo se ha hecho más densa, la pintura en la vieja cabaña se ha desconchado. Lo más probable es que el viejo castillo haya sido derribado para hacer sitio a un nuevo proyecto inmobiliario y la cabaña…, bueno, ni siquiera puedes localizar dónde estaba. Eso te produce una cierta sensación de transitoriedad.

Toda mi vida ha sido transitoria. Cuando vuelvo a casa, deseo regresar a algo sólido.

Ni en sueños. Pasé mis primeras horas vagando sin rumbo fijo por los amplios corredores comerciales de King City, un lugar que solía conocer como el Primer Acto de *Julio César*, siempre con sólo una pequeña palabra perdida.

Pasé algunas horas recorriendo varios lugares de mi pasado, encontrando que la mayoría de ellos o bien ya no estaban allí o habían cambiado tanto que eran casi irreconocibles. Habían transcurrido muchos años desde que me había atrevido a volver a la Luna, e incluso así había sido una imprudencia por mi parte. Después de tantos años, aunque el lugar esté todavía allí y no muy alterado físicamente, la gente es diferente. ¿Dónde estaba esa vieja pandilla mía? En su mayoría se había mudado. Medraba ahora en alguna otra parte. Así que yo me mudé también, al Rialto.

Para el drama en idioma inglés, de hecho el idioma de nuestro tiempo, cuando piensas en el Distrito Teatral piensas en Broadway. Puede que Londres lo haya eclipsado en algunos aspectos, en algunas épocas, pero nunca ha tenido su brillo. Poco antes de la Invasión, la escena teatral en

Miami era ciertamente digna de ser tenida en cuenta. Pero ¿en cuántas canciones puedes pensar sobre la Avenida Collins?

No, el Gran Camino Blanco era el teatro Mecca…, hasta que surgió el Rialto. Tenía que ser de esa forma. La Luna es con mucho el más populoso de los planetas habitados. King City es la mayor ciudad de la Luna, tres veces más grande que su inmediata competidora. Nuestra civilización está bendecida o maldecida con más tiempo de ocio que ninguna otra en la historia. La urgencia de hallar algo que hacer puede convertirse en algo desesperado. El teatro nunca ha ofrecido mucha competencia al cine y a la televisión por el dólar de ocio, pero incluso una pequeña fracción de los enormes ingresos disponibles de los lunarianos era suficiente para sostener un amplio bulevar de tres kilómetros de largo salpicado con más joyas teatrales que la tiara de la zarina. Cuando las luces «diurnas» disminuían de intensidad sobre nuestras cabezas y las marquesinas se iluminaban, la calle no resplandecía, estallaba en luces de colores.

Recorrí la avenida, con las manos embutidas en los bolsillos, deseando tener un sombrero de fieltro de ala ancha y unas nubes de estudio encima de mi cabeza para convertirme en Gene Kelly cantando bajo la lluvia. Deseé patearla como Fred Astaire el salón de limpiabotas en *Melodías de Broadway*. Era George M. Cohan, un chico Yankee Doodle. Era una banda de viento, un alocado solo de Count Bassie, las campanas de San Pedro en Roma, y papel de seda en un peine. Si tenía un hogar, era éste. El centro del universo.

Oh, no estoy diciendo que todo fuera familiar. Veinte años antes una fiebre de renovación había barrido El Rialto como un derviche demente, y no todos los cambios eran de mi gusto. La calle estaba ahora flanqueada por farolas que pretendían ser luces de gas; la idea de «pintoresco» de algún excéntrico planificador urbano, supongo. Un montón de viejos neones —una visión pintoresca que si me gustaba— habían sido reemplazadas por efectos de luz de alta tecnología que tendían a sobrecargar los sentidos. Pero esas cosas vienen y van; puedo vivir con ellas. Lo importante eran los teatros en sí, docenas de ellos, una auténtica ristra, destellando en la «noche» artificial los nombres de viejos amigos y recién llegados: *Casa de muñecas, Noche de Reyes, Padlock, Entre los árboles, No me olvides, La*

mujer salvaje, La escuela de la maledicencia. Oh, y los amigos humanos también, aunque nunca puede decirse. Uno podía imaginar que, incluso cincuenta años más tarde, la mayoría de ellos seguirían vivos, en sentido físico. Profesionalmente, ya era otro asunto. Es un oficio cruel. Algunos que se creen destinados a la gloria por su propia generación pueden ser olvidados muy rápidamente. Otros que han trabajado duro durante tres, cuatro, cinco décadas, se convierten en sensaciones de la noche a la mañana.

¿Leyendas? Nuestro tiempo no produce muchas. Es mucho más fácil convertirte en una leyenda si mueres, cierras el libro y dejas que los creadores de leyendas se pongan a trabajar. El mero estrellato puede llegar de repente y no durar más que una pompa de jabón. Nadie va a cincelar tu nombre en la piedra hasta que todo el mundo esté seguro de que no vas a volver para convertirte en un problema.

Casi la mitad de los teatros de El Rialto habían obtenido el *status* de hito. Podías comprar y vender las estructuras, pero no podías derribarlas, y los nombres estaban ahí para siempre. El resto estaba disponible. No estaba familiarizado con el «Globo de Oro» y había olvidado la dirección a medida que pasaban los meses, pero recordaba que no podía estar lejos del lugar de mi última aparición como Sparky: el difunto y lamentado teatro John Valentine.

Estaba en lo cierto. Estaba en el vecindario. Como todo lo demás, el vecindario había cambiado, pero sabía aproximadamente dónde localizarlo.

Caminé arriba y abajo frente a él. Había pasado tanto tiempo desde que había actuado en un teatro del Rialto que simplemente deseaba sentir de nuevo el lugar. Me gustó lo que vi. Estaba en cartel algo llamado Dos problemas de lógica, un título con el que no estaba familiarizado, aunque tanto el dramaturgo como el director me eran conocidos. Sólo estaban relacionados dos intérpretes, uno con su nombre encima del título, y nunca había oído hablar de ninguno de ellos. Aquello me deprimió.

Empujé una de las puertas de latón y cristal y entré en un largo y mullidamente enmoquetado vestíbulo en color lavanda y crudo. Espaciados a lo largo de las paredes había carteles de pasadas producciones en el Globo de Oro. Deduje que el teatro se especializaba en nuevas obras de

dramaturgos ya establecidos, aunque también había el ocasional viejo caballo de batalla que garantizaba los culos en los asientos, y unas reposiciones de deslustradas estrellas que sólo habían tenido un éxito, y volvían a su papel por nonagésima nona vez.

Finalmente llegué al teatro en sí, y bajé la vista por un largo pasillo hasta el escenario.

Había algo extrañamente familiar en él.

Avancé unas cuantas filas de localidades y miré a mi alrededor. Más familiar aún.

Volví apresuradamente al vestíbulo, me detuve para recuperar el aliento, y seguí un corredor lateral que conducía a los servicios. Justo más allá de ellos había una serie de salidas de emergencia. Mi corazón martilleaba en mi pecho cuando crucé una de ellas, despertando una distante alarma. Me encontré en una calle lateral, al otro lado de la esquina de la entrada principal. Era una calle estrecha, no exactamente un callejón, y justo a mi izquierda había un pequeño parque con un mirador que, excepto una nueva mano de pintura, no había cambiado en setenta años.

El Globo de Oro era el teatro John Valentine.

Me tambaleé hacia el parque y me derrumbé en un banco.

Recuerdos.

—¡*En garde*! —gritó Valentine, y lanzó un tajo en dirección al rostro de su hijo.

Fue un golpe dado del revés, y la punta de la hoja trazó una línea roja en la mejilla izquierda de Kenneth. No hubo más dolor que el producido por el corte de una navaja. Se llevó la mano libre a su mejilla y miró la sangre en sus dedos.

—Dije *en garde*, señor —dijo Valentine—. Alza tu arma.

Kenneth lo hizo, lentamente.

—¿Estás preparado esta vez?

Asintió.

—Entonces lucha, maldita sea. —Valentine tajó de nuevo, no tan rápido esta vez. Kenneth paró el movimiento, sintió el golpe de la hoja a través de

su muñeca. Y ahí estaba, la hoja venía de nuevo contra él, y paró otra vez, y otra, y otra…, y la hoja de su padre cortó la tela de su manga. Esta vez sintió un poco de dolor, y un húmedo calor cuando la sangre resbaló brazo abajo.

—De nuevo. —Y la espada llameó una vez más contra su rostro. Alzó su hoja justo a tiempo. Pero apenas había parado el primer golpe que otro venía contra él. Y luego otro, y otro.

Parar, responder. Sexta, segunda. Las palabras volaron alrededor de su mente, burlándose de él. «Apuesto a que ahora desearías haber estudiado», decían. Intentó recordar frenéticamente, pero simplemente no podía. Si tenías que pensar en ello, siempre ibas demasiado tarde. Tu cuerpo simplemente debía^ responder. Pensar era para el ataque, y pasaría mucho tiempo antes de que Kenneth estuviera preparado para ello. Lo mejor que podía hacer era intentar mantener su hoja alzada, intentar mantenerla entre su cuerpo y el cortante y hambriento acero que parecía tener vida propia. Eso era lo que tenía que hacer. Su padre no podía querer intentar matarle.

Sintió dolor de nuevo. Esta vez fue en su cadera. Un pinchazo, que dolía más que todos los otros puestos juntos. Todos los otros…, ¿cuántos eran ya? ¿Cinco? ¿Seis? Había perdido la cuenta.

Estaba cegado por el sudor. Se detuvo, se volvió de espaldas, se secó el rostro con la manga. Luego se volvió de nuevo e intentó sonreír.

—¡Me rindo! —gritó—. Admito que la primera lección me ha ido muy mal. Pero practicaré toda la noche, y para la segunda lección verás a un hombre nuevo. —Dejó caer la espada—. Ahora, ¿quieres que ensayemos más esa escena? Quizá debiéramos hacer venir a Teobaldo para ayudar.

—Recoge tu arma, señor.

—Padre, yo…

—¡Tu arma, señor!

Lentamente, Kenneth se agachó y tomó la ensangrentada empuñadura.

—*En garde* —Y la hoja llameó de nuevo.

Como de costumbre, su padre tenía razón. Aquélla era la forma perfecta de enseñar esgrima. Si el alumno sobrevivía.

Al cabo de una hora Kenneth había mejorado notablemente. Como todos los métodos de su padre, era un proceso sencillo. El estudiante efectuaba un movimiento descuidado. El maestro le enseñaba el error que había cometido en forma de un pequeño corte. El estudiante intentaba otro enfoque, un poco mejor. Ningún corte. El maestro ofrecía de nuevo el mismo movimiento, y el estudiante hallaba una variación que realmente podía proporcionarle una pequeña ventaja. Entonces el maestro variaba el primer movimiento. Una vez más, un corte. De nuevo. No es lo bastante bueno, Kenneth; otro corte, esta vez más profundo. Ahora no pienses, deja que tu cuerpo recuerde lo que hiciste mal la última vez, lo que dio como resultado dolor. Tu cuerpo lo recordará y hallará una forma de evitar el dolor. Aquí va de nuevo…

… y esta vez ha sido mucho mejor. Nada de dolor. Inténtalo de nuevo. Nada de dolor. De nuevo.

Ahora intenta esto…

… de nuevo.

Con un movimiento en espiral digno de Errol Flynn, la hoja de John Valentine arrancó la espada de la mano de Kenneth y la envió volando entre bastidores.

—Recógela —dijo.

—Padre, ¿podemos hacer una pausa?

—Diez minutos más. Recógela.

Por un momento Kenneth no se movió. Apenas era capaz de mantenerse en pie.

—Hijo —dijo Valentine suavemente—. Tú mismo has provocado esto. Sé que duele. Pasé por lo mismo con mi padre, y soy mejor gracias a ello. Pronto me desarmarás, y al público también. Pero mientras tanto tiene que doler. Al final del día haremos que te lo curen todo. Y mañana empezarás de nuevo fresco.

Curarse.

Mañana. Qué pensamiento aterrador.

—Ahora recoge tu arma.

Kenneth se volvió y se dirigió hacia el telón. Temía que si se agachaba para recoger la espada simplemente se desvanecería. Se inclinó hacia el arma y su cabeza empezó a dar vueltas, pero no se desvaneció.

Y entonces ocurrió algo extraño. Kenneth tendió la mano hacia el sable…

… y Sparky lo recogió.

Era vigorizante, ser de nuevo Sparky. Todavía dolía, y mucho, y seguía débil, pero en lo que importaba Sparky era fuerte. No sabía quién era realmente esa persona, Kenneth, pero sabía que era débil.

Y sabía que John Valentine era también débil, en lo que importaba.

Así que Sparky se obligó a mantenerse erguido, envarando su espina dorsal. Alzó la barbilla mientras volvía con paso firme al centro del escenario. Sujetando el sable con ambas manos, lo alzó muy alto y lo clavó en las tablas. Lo soltó y lo dejó allí, vibrando, la punta enterrada en cinco centímetros de madera.

—Abandono —dijo.

Valentine inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado, como si no estuviera seguro de lo que había oído. Luego se encogió benévolamente de hombros.

—Muy bien. Quizá te he presionado demasiado. Continuaremos mañana.

—No me has oído. Abandono.

—Abandonas.

—¿Quieres que te lo deletree? Abandono las lecciones de esgrima. Abandono Romeo. Abandono Shakespeare. Abandono el actuar. Abandono.

Valentine se giró y su cuerpo se hundió. Se frotó la frente con una mano. Suspiró profundamente. Era como una actuación de película muda, cada movimiento deliberado y exagerado. Sparky estudió la espalda de Valentine. Imaginó arrancar la espada de las tablas del escenario y clavársela entre los omoplatos.

No. Ésa no era la forma.

Valentine se giró de nuevo.

—Abandonas. Simplemente así. De pronto, veinte años de…

—Veintinueve años. Tengo veintinueve años. Me has estado enseñando desde que estaba en la cuna.

Valentine se echó a reír.

—Pon treinta, hijo. Cuenta los nueve meses en el seno de tu madre.

—En estos treinta años —dijo Sparky, imperturbado—, hay una cosa que nunca hiciste. Una cosa que siempre olvidaste.

—¿Y que es?

—Nunca me preguntaste qué quería hacer yo.

Valentine se echó a reír. Hizo un gran gesto con su espada y una reverencia.

—Bien, hijo mío, entonces dime. ¿Qué deseas hacer con tu vida?

—No lo sé —admitió Sparky—. Nunca tuve tiempo de pensar en ello. Nunca me diste ningún tiempo.

—Sigue. Esto es fascinante.

—Nunca me preguntaste nada. Tus planes eran siempre «nuestros» planes, pero yo nunca fui consultado.

—Eres un niño.

—Nunca fui un niño. Nunca tuve la oportunidad de serlo. Pero era un hermoso monito actor. «Pongan una moneda en la taza, amigos. Observen al pequeño Kenny recitar a Shakespeare. Quizás hoy lo consiga sin temblar ni jadear en busca de aliento».

—¿Crees que así es como te veía?

—No. No, no lo creo, padre. Creo que me considerabas, todavía me consideras, una extensión de ti mismo. Cualquier gloria que consiga es tu gloria.

Valentine se echó a reír una vez más. Pero se recobró rápidamente, y miró con intensidad a los ojos de su hijo.

—No, hijo mío. Es mucho más que eso. Tú eres yo.

—En tu mente, quizá. Hasta hoy, quizá. Pero ya he tenido suficiente, padre. Abandono. Voy a salir de aquí, y desde este momento voy a tomar mis propias decisiones.

Valentine miró a su hijo a los ojos, y éstos no vacilaron. Finalmente, casi como disculpándose, lanzó un profundo suspiro y abrió las manos.

—Simplemente no puedo permitirlo.

—Tendrás que detenerme.

—Lo haré, hijo. Lo haré.

Sparky mantuvo su terreno. La espada todavía oscilaba ligeramente entre ellos, un guantelete de acero, un intolerable desafío.

—Ahora toma tu arma y sitúate en posición. Todavía nos quedan diez minutos de lección.

—No lo haré.

—Entonces te cortaré a rodajas ahí donde estás. ¡Defiéndete, señor!

Valentine alzó su espada y avanzó lentamente hacia su hijo. La hoja siseó en el aire, una vez, dos. Entonces una voz tranquila y suave brotó de entre bastidores.

—Muy bien, ya hay suficiente de eso, señor Valentine. Ni un paso más.

Tanto Sparky como Valentine se sobresaltaron, sorprendidos, y se volvieron para ver a una forma alta y delgada salir lentamente de detrás del telón. Llevaba un sombrero Stetson de fieltro *beige* de ala ancha, una camisa azul de confección casera y una chaqueta de cuero, y unos pantalones holgados grises. Sus botas estaban polvorientas y desgastadas. Sujeto bajo a su cintura llevaba un cinto con dos pistoleras, de las que asomaban las culatas de dos revólveres.

—¿Quién demonios es usted? —atronó Valentine.

—Elwood, mantente al margen de esto —dijo Sparky.

—Me llamo Tom Destry, señor Valentine. Soy amigo de…

—Se parece a Jimmy Stewart.

—Me lo han dicho muchas veces. No conozco a ese caballero. Sparky y yo nos conocemos desde hace tiempo. Desde su primer día en el estudio.

—Mi hijo se llama Kenneth.

Elwood sacudió la cabeza.

—No, en estos momentos no. Entienda, señor Valentine, desde aquel momento, aquel primer día en que usted lo dejó solo todo el día mientras usted iba a sus audiciones o lo que fuera, el muchacho necesitó un amigo. Y eso es lo que yo he sido para él, y he procurado hacerlo lo mejor que he podido.

—Elwood, por favor…

—Sparky, alguien tiene que hacer esto.

Formaban una especie de triángulo, los tres. Sparky con la vista casi fija en el suelo, lanzando rápidas miradas de un hombre al otro. Elwood permanecía de pie tranquilo, con las manos colgando a sus costados. Valentine no podía estarse quieto. Se movía, dos pasos a la derecha, tres pasos hacia atrás, sin ningún esquema definido. Sus ojos llameaban y nunca se apartaban de Elwood.

—¿Quién es este hombre, Kenneth? —preguntó, con voz peligrosamente baja—. ¿Algún extra del que te has hecho amigo?

—Es Elwood P. Dowd, padre. Es mi amigo.

—Elwood P… —Valentine lanzó una rápida mirada a su hijo, luego fijó sus ojos en Elwood, echó la cabeza hacia atrás y soltó una estentórea risotada—. Bien, señor Dowd, es un placer, señor. Tengo la sensación como si le hubiera conocido toda mi vida. Y Kenneth, por favor, dime, ¿dónde está su otro…? Oh, ¡ahí está! —Valentine avanzó ligeramente hacia Elwood, que mantuvo su terreno, e hizo una elaborada pantomima pasando su brazo sobre los hombros de un invisible compañero—. ¡Bienvenido, bienvenido, señor! Ha sido mucho tiempo. ¿Se encuentra usted bien? ¿Es usted feliz? Debo decirle que su pelaje luce excepcionalmente brillante hoy. ¿Dónde se lo han cepillado? ¡No me lo diga! Seguro que fue… Bueno, lo siento, Harvey, pero no llevo zanahorias conmigo. No sabía que vendría. Pero ¿qué le parece un martini? Es su bebida favorita, ¿verdad? Un martini seco…

Dejó caer su brazo, miró tristemente a su hijo y sacudió la cabeza.

—Tu amigo es un chiflado, Kenneth. Ahora lo veo. Tom Destry, de entre toda la gente. Viste como Tom Mix, y aparece para protegerte de tu propio padre. Para eso ha venido, ¿verdad, señor… Dowd? ¿Destry? ¿Está seguro de quién es?

—La bebida es leche, señor, y el nombre sigue siendo Destry.

—O Stewart. Dígame, Jimmy, si está usted aquí como tipo duro de algún tipo, ¿por qué no ese *sheriff*, Guthrie McCabe, de *Dos cabalgan juntos*? ¡O ese fuera de la ley en *Bandolero*!, ¿cuál era su nombre?… Mace Bishop. O incluso ese tipo abogado, Ransom Stoddard, el que mató a Liberty Valance. ¿Qué ocurre, novato? ¿Los libros de leyes no sirven de nada? ¿Es por eso por lo que hace las maletas?

Elwood/Tom pareció regocijado con el discurso. Miró a Sparky.

—Me dijiste que tenía una memoria fotográfica para argumentos y listas de reparto —dijo—. No sé si yo mismo los recordaría a todos.

—*Dramatis personae* —dijo Valentine—. Ése es el término que usamos los actores.

—Con lo cual quiere decir que yo no lo soy —dijo Destry—. No, no pretendo serlo, señor, no al menos de su calibre. Puede burlarse usted de mí todo lo que quiera, señor Valentine, puedo aceptarlo. Es el muchacho aquí el que ya no puede más. Sé acerca de usted todo lo que hay que saber, señor. Cada una de sus acciones intolerantes, cada desprecio que le ha hecho a lo largo de su vida. Cada golpe que le ha asestado.

—Soy su maestro —gruñó Valentine.

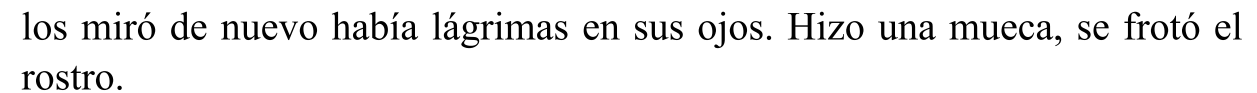
—Y muy bueno, por todo lo que puedo decir. Si para todo lo que sirve un maestro es para desarrollar una habilidad, bueno, es usted un maestro malditamente bueno. Pero creo que ser un maestro, y además un padre, significa mucho más que eso, señor Valentine. Y bajo ese estándar, es usted un completo fracaso. Vive atemorizado de usted. Tiene el tamaño de un hombre, pero sigue siendo un niño cuando se enfrenta a usted. Usted no va a dejarle marchar, y él no puede romper con usted.

Valentine pareció asombrado.

—¿Y por qué querría hacerlo? Él y yo estamos unidos por la cadera, señor. Siempre ha sido así, y así seguirá siendo. Estamos unidos por nuestro arte, algo que un patético gesticulador como usted nunca podrá entender, y por algo mucho más profundo que eso. Kenneth, díselo. —Se volvió hacia su hijo—. He sido estricto contigo, nunca lo he negado. Se necesita ser estricto, tener disciplina, y un artista lo sufre voluntariamente. Pero todo lo que he hecho siempre ha sido hecho por amor. Díselo, hijo.

Sparky, con la ropa hecha jirones y manchada de sangre, se tambaleó y pensó una vez más que iba a desvanecerse. Miró impotente de su padre a Elwood, y a su padre de nuevo.

Por primera vez la sombra de una duda frunció el ceño de John Valentine mientras contemplaba la lastimosa condición de su hijo. Alzó una mano, empezó a decir algo, luego se volvió de espaldas a ambos. Cuando


los miró de nuevo había lágrimas en sus ojos. Hizo una mueca, se frotó el rostro.

—Escúchame —dijo tristemente—. Y mírate. Lo he hecho de nuevo, ¿verdad?

—Padre…

—No, hijo, no digas nada. Me he revelado una vez más como un cobarde y un pusilánime. Mira lo que te he hecho.

—Padre, sé que nunca has pretendido…

—¡Sparky! —advirtió Elwood.

—¡Usted manténgase fuera de esto! —aulló Valentine—. Kenneth, ¿entiendes que te quiero más que a mi propia vida?

—Sí, padre.

—Entonces todo lo que puedo hacer es disculparme de nuevo. Me he pasado en mi papel, y no hay perdón para eso, pero espero seguir teniendo todavía tu amor.

—Lo tienes, padre.

Valentine tendió una mano hacia su hijo.

—Entonces vayamos a un médico y, después de eso, a la policía. Puedes presentar cargos contra mí.

—No, padre.

—Es tu decisión. Me atendré a ella. Quizá fuera mejor para mí. Parece que no puedo controlar mi temperamento. Quizás haya alguna forma en que puedan ayudarme.

—Padre, yo…

—Sabes que nunca he tenido en mucha consideración a la psiquiatría. Me parece que saben menos acerca de la mente humana que yo. Pero tal vez haya alguna forma de medicación, algunas pastillas o tratamiento cerebral…

—Eso es una idea horrible —dijo Sparky—. Sabes lo que hicieron esas píldoras que solías tomar después de… después de la vez en que tú…, bueno, ya sabes lo que quiero decir. Apenas podías recordar tus líneas tras cruzar el escenario.

Valentine sonrió.

—Recuerdas eso, ¿verdad? Oh, no fue tan malo. Y si es necesario, pondremos a alguien en mi papel. Yo seguiré como director. —Se echó a reír—. ¿Quién dijo que un director necesita recordar las líneas?

De nuevo tenía su mano extendida hacia su hijo, y ahora había un asomo de nerviosismo en sus ojos, como si supiera que el gesto se había prolongado demasiado, sin respuesta por parte de Sparky. El muchacho no había dicho no, pero tampoco había tomado la mano.

—Vamos, hijo. Salgamos de aquí. Congelaremos todo el espectáculo el tiempo que sea necesario si hay que hacerlo. Seguiremos con las clases de esgrima. No más cortes, te lo prometo. Podemos hablar también de todo lo demás. Voy a cambiar, Kenneth, te lo prometo.

Tras una momentánea vacilación, Sparky avanzó hacia su padre.

—Quieto aquí, Sparky —dijo Destry.

Sparky se detuvo.

—Bien, sólo te diré esto una vez, amigo mío —dijo Destry, sin apartar ni un solo momento sus ojos de Valentine—. Hace un minuto dijiste que abandonabas la función. Dijiste que necesitabas un tiempo para pensar las cosas. Sobre todo, dijiste que a partir de ahora ibas a tomar tus propias decisiones. Tomo esto como una declaración de independencia de tu padre.

—Señor —dijo Valentine fríamente, haciendo zumbar su espada en el vacío aire—, está usted interfiriendo. Esto no es asunto suyo.

—Yo creo que sí. Hace un minuto me preguntó por qué había traído ésas. —Apoyó las manos en las culatas de sus pistolas—. No soy un hombre violento, señor Valentine. Éstas eran las pistolas de mi padre. Las he tenido colgadas durante mucho tiempo, pero llega un momento en que tienes que ponértelas de nuevo. En que hay que enfrentarse a la violencia con la violencia. Sé que Sparky es incapaz de resistírsele físicamente. Así que lo haré yo, si es necesario.

Miró por primera vez al joven.

—De modo que, ¿qué vas a hacer, Sparky? Respaldaré tu decisión, sea la que sea. Pero quiero que sepas esto. Si te vas con él, será tu elección. Pero si lo haces, me marcharé, y nunca más volverás a verme.

Sparky miró de uno a otro hombre. Era mediodía, allá en el escenario del teatro Valentine. Tom Destry y John Valentine tenían sus miradas fijas el

uno en el otro. Los ojos de Valentine ardían de furia. Destry estaba tranquilo y decidido.

—Vámonos, Kenneth —dijo Valentine, y dio un paso hacia su hijo.

Sparky miró de uno a otro lado. Estaba tan cansado, tan desesperadamente cansado. Y en definitiva, pensó más tarde, aquél fue el factor principal en su decisión. Sólo había una forma en que podía conseguir algo de descanso.

—Lo siento, padre —dijo, y se dirigió hacia su amigo.

—¡No! —gritó Valentine, y alzó su espada y cargó contra los dos.

—¡Elwood, no!

Pero la pistola ya estaba fuera de su funda. Valentine se hallaba a sólo unos pocos metros de distancia, empezando ya a tajar el aire con su hoja. Sparky aferró el brazo de Elwood y la pistola se disparó. La bala alcanzó a Valentine en la frente y lo arrojó hacia atrás en medio de una nube de humo y sangre.

Sparky estaba dispuesto a arrebatarle por la fuerza el arma a Elwood/Destry, pero el hombre no ofreció ninguna resistencia, y Sparky quedó allí de pie, sujetando el ardiente cañón de la pistola. Lo miró. Grabadas a un lado había las palabras THIMBLE THEATER, DEPARTAMENTO DE UTILERÍA.

¿Un arma de salvas? ¿Sangre falsa?

Apoyó una rodilla en el suelo y tocó el rostro de su padre. Había un agujero de un par de centímetros encima de su ojo derecho. La sangre manaba perezosamente de él, para encharcarse en la órbita de su ojo derecho y luego resbalar hacia abajo hasta la oreja. El ojo izquierdo estaba abierto, y la pupila era un agujero negro que engullía toda esperanza.

—Un médico —murmuró Sparky—. Necesitamos ayuda. —Puso una mano bajo la cabeza de su padre, con la idea de levantarla y acunarla hasta que llegara ayuda. Lo que encontró allí fue un agujero por el que podía meter su puño, y astillados trozos de hueso. Valentine yacía en medio de un charco de sangre, y en aquel mar rojo había islas de otra materia.

—Me temo que no se puede hacer nada, Sparky —dijo Destry.

Sparky retiró su mano. Había fragmentos de cerebro pegados a sus dedos.

—Ayúdale —lloriqueó Sparky. Alzó la vista hacia Destry, que permanecía un poco apartado de él, mirando solemnemente al hombre que acababa de matar.

—No me hubiera importado si se hubiera lanzado contra mí —dijo Destry—. Pero tú lo viste. Intentaba matarte. Me obligó.

Sparky no registró nada de lo que decía el hombre. Seguía mirando del arruinado rostro de su padre a la pistola en su mano. Hubiera permanecido arrodillado eternamente allí, pero oyó pasos que venían desde la parte de atrás del escenario. Alzó la vista.

Eran Hildy Johnson y Rose, la ayudante del director de escena. Se detuvieron, aún entre bastidores, mirando al escenario.

—Lo siento, señor Valentine —dijo Rose—. Oímos un ruido… —Empezó a darse la vuelta para alejarse de aquella escena que era evidentemente algún tipo de ensayo teatral. No era asunto suyo. Pero Hildy tenía el ceño fruncido, y Rose miró al rostro de Sparky.

Sparky se puso en pie, y la pistola golpeó el suelo. Alzó su ensangrentada mano para mostrársela a Destry…, a Elwood…

No había nadie allí.

Rose empezó a gritar.

Hildy corrió hacia él.

Sparky se dio la vuelta y echó a correr.

En un sentido muy real, llevo corriendo setenta años.

Abrí los ojos, miré a mi alrededor como si emergiera de un sueño, y también con una clara sensación de profunda realidad. Pero el sueño nunca me había dejado antes en el pequeño parque, justo al otro lado del corredor de la escena del crimen. Decidí que ahora estaba fuera del sueño, no en él. Durante toda mi vida aquello había sido una determinación mucho más difícil de lo que ninguno de ustedes puede suponer.

No revisita a menudo ese recuerdo. Nunca he estado lejos de él, nunca he intentado negar su «realidad», por así decir. Me he acostumbrado a desviarme lejos de él cuando sentía que se acercaba.

Pero cada pocos años vale la pena tomarlo y examinarlo. Ver si ha cambiado, después de esos setenta largos años.

Porque, entiendan, creo muy poco de él. Como imagino que también ustedes.

El recuerdo más vívido de mi vida es una mentira.

Es un recuerdo muy teatral, ¿no? Mi padre resulta muerto de un disparo —la bala destrozó su cerebro, que es el único órgano que no podemos reparar, la única herida de la que no podemos recuperarnos— por un personaje de ficción amante de la paz que desaparece cuando llegan los testigos. Nadie vio el disparo excepto nosotros «tres». Y ahí estoy yo, de pie junto al cadáver, todo cubierto de sangre. El arma del asesinato está en mi mano, todavía caliente. Aunque no me quedo para averiguarlo, estoy seguro de que en la pistola sólo hay mis huellas dactilares. Estoy seguro de que nadie vio a Elwood entrar o salir del teatro.

¿Se quedarían ustedes para contarle a la policía una historia tan ridícula como ésa?

Elwood P. Dowd es mi amigo imaginario. Siempre he sabido eso, y sé la diferencia entre él, su galería de personajes, y la gente real, casi desde el momento mismo en que lo conocí. En consecuencia, sólo había dos personas en aquel fatal escenario. En consecuencia, todo lo que ocurrió desde el momento en que Elwood se presentó ante mi padre es un sueño/drama creado por mí. En consecuencia, yo maté a mi padre.

Hay una ironía aquí. Haber hecho algo tan horrible como eso…, ser un parricida. No haber buscado nunca eludir la responsabilidad de mis acciones. (¿Eludir las consecuencias? Demonios, sí; he estado huyendo de ellas durante setenta años. Pero no eludo la responsabilidad moral, que es algo completamente diferente a la responsabilidad legal). Pero estoy dispuesto a admitirme a mí mismo que fui yo quien lo hizo. He llevado el peso de ese acto durante mucho tiempo. Nunca he buscado librarme de él. Y sin embargo una parte de mi mente, una parte que nunca he sido capaz de comprender pero que casi con toda seguridad es la parte que permitió que un joven sumido en un conflicto tan terrible hiciera algo así, me ha robado la auténtica historia de lo que ocurrió aquel día.

Mi padre vino hacia mí con una espada aquel día, creo.

Intentó matarme.

Estoy completamente seguro.

Fue defensa propia. Casi lo juraría.

Y yo lo maté. De eso estoy seguro.

Recuerden el final de la secuencia. Mi padre cruza el escenario con la espada alzada. ¿Viene hacia mí? Tiene que ser así, aunque yo lo veo correr hacia Elwood. Veo a Elwood empuñar su pistola, y yo corro hacia él. Lo alcanzo en el momento en que alza y apunta su arma. Sujeto su brazo. Y es aquí donde la realidad debe de haber hecho intersección con mis fantasías, porque el arma se dispara en mi mano, ¿no? Oh, tengo la sensación de que Elwood todavía la sujeta, pero siento el calor y el retroceso en mi propia mano.

Y es una pistola de utilería. Una que yo hubiera podido tomar muy fácilmente del departamento de utilería de mi propio estudio. Ocultarla en alguna parte entre bastidores. Cuando abandoné el escenario, poco antes de regresar para enfrentarme finalmente a mi padre, a mi manera, pude tomar el arma de allí.

(Una palabra acerca de la utilería. No se dejen engañar por el término. Hay utilería «pura», simple decoración. Puede ser de yeso, madera, lo que luzca mejor. Y hay utilería «práctica». Un interruptor que controla realmente las luces del escenario. Un piano que puede tocarse realmente. La mayor parte de las veces es más fácil usar simplemente el objeto real y decir que es de utilería. La espada que llevaba mi padre procedía del departamento de utilería, pero podía matarte tan muerto como cualquier otra espada. Y la pistola que robé era igual de práctica. Lo mismo que la bala).

¿Tenía intención de matarlo desde un principio? ¿O simplemente esperaba defenderme cuando robé esa pistola, la oculté, y luego destruí todo recuerdo de haberlo hecho?

Debo suponer que mi intención era el asesinato. Recuerdo, viéndole allí tendido, muerto, que un pensamiento no dejó de dar vueltas alrededor del caos de mi mente. Era algo que él gustaba de decirme siempre. Me lo había dicho un millar de veces.

—Dodger —me decía—, nunca lleves un cuchillo a una pelea con pistolas.

Yo escuché, y recordé. Él lo olvidó.

Era un pequeño parque tan agradable. Lo cual era una buena cosa, porque no estaba seguro de que pudiera moverme. Había intentado levantarme varias veces, y mis piernas parecían negarse a funcionar.

Era una sensación que iba mucho más allá del agotamiento. Había venido desde…, bueno, si he de decirles la verdad, ni siquiera sabía cuántos miles de millones de kilómetros había recorrido. Supongo que un atlas solar podría darme la respuesta, pero ¿para qué serviría? No deseaba volver. Aparte esto, había dejado un rastro de migas de pan tras de mí. De Brementon a Plutón, de Plutón a Oberón, de Oberón a Júpiter, al Sol, a la Luna, y hasta aquí, hasta este banco del parque. Había creído que todo era intencionado, todo parte de algún plan que tenía, pero ahora no me sentía así. Me sentía como una bola en una máquina del millón, rebotando al azar, hasta terminar descansando en el fondo, donde no se anotaba ningún punto. Y siempre había sido inevitable que terminara en el fondo.

No quiero decir «el fondo» con ningún sentido de sentimientos suicidas. Como tampoco estoy hablando del fondo que alcanza un alcohólico, o del fondo económico de un hombre de negocios fracasado, contemplando sus perdidas riquezas. Tenía dinero en mis tejanos. Estaba a sólo unos pasos de distancia de lo que podía ser la coronación de mi carrera de actor. Tenía perspectivas, tal como las mide el mundo.

Simplemente parecía que no podía hallar ninguna razón para levantarme.

La fortuna del payaso.

Sabía que él tenía que estar allí en alguna parte. Miré a mi alrededor, examinando a los transeúntes, la gente sentada en los bancos, los que estaban tendidos en la fresca hierba.

Estaba al otro lado del parque, sentado de espaldas a mí. Lo reconocí por el sombrero, por supuesto. Con Elwood normalmente es el sombrero, siempre pasado de moda. Pero hoy no era el sombrero «Elwood P. Dowd»,

aunque era similar. Cuando Elwood cambia de personaje, normalmente es porque tiene algo importante que decir.

Miré con fijeza su espalda hasta que pareció sentir mi mirada. Se puso en pie, se volvió, miró a través del parque en mi dirección por unos momentos, luego echó a andar hacia mí con aquel paso arrastrado que comparten todos sus personajes. Tenía las manos profundamente metidas en los bolsillos de sus pantalones holgados.

Era Paul Biegler, el abogado defensor de *Anatomía de un asesinato*.

—He recorrido a menudo esta calle antes —dijo.

—Si esto es el pie para que me ponga a cantar, olvídalo —respondí.

—He pasado mucho tiempo aquí. En este mismo lugar, en el parque.

Tiró ligeramente hacia arriba de sus pantalones y se sentó a mi lado en el banco. Tomó una arrugada bolsa de cacahuetes del bolsillo de su chaqueta, peló uno y se lo metió en la boca. Inmediatamente dos cotorras de cabeza amarilla y un cardenal acudieron desde los árboles de los alrededores, aguardando a que les echara algo. Elwood les echó un cacahuete.

—Las palomas son demasiado prosaicas para este parque —observó.

Me parece que el problema de Elwood se reduce a un problema de palomas. O de cotorras, o de cualquier otro animal. Toby no ve a Elwood, pero sabe cuándo está por los alrededores. Lo más probable es que simplemente capte mis reacciones, me he dicho siempre. Pero otros animales parecen verle. Otro cardenal voló hasta nosotros y se posó en el hombro de Elwood.

¿Cómo explican ustedes eso? ¿Estaba yo imaginando los pájaros? ¿Estaba imaginando los cacahuetes? Sabía que si él me ofrecía uno, podría metérmelo en la boca y masticarlo, y saborearlo, y tragarlo. ¿Llevaba una bolsa de cacahuetes conmigo? ¿Había auténticos pájaros allí, sólo que no haciendo lo que yo veía que estaban haciendo?

Expresado en términos de cacahuetes y pájaros, el problema parece trivial, incluso divertido. Considerado como el hecho central de un acto de asesinato, mis estados ilusorios no parecen en absoluto divertidos. Cada vez que aparece, Elwood me presenta estos acertijos de percepción. Si paso demasiado tiempo pensando en ellos estoy seguro de que me volveré…,

bueno, loco. No con el tipo de locura en la que ya estoy inmerso —que es al menos una locura funcional—, sino una locura de habitación acolchada, camisa de fuerza, lobotomaníaca.

Pero he pasado mucho tiempo con él. Y aunque no confío en mi visión del mundo y aunque no comulgo con todas esas tonterías acerca de fantasmas, mundos espirituales, otras dimensiones o duendes, hay una afirmación respecto a la existencia que sí acepto plenamente. Hay más cosas bajo el Cielo y la Tierra de lo que sueña tu filosofía, señor Racionalista.

Dejémoslo así, y que los detalles sean desentrañados en la consulta del psiquiatra.

—¿Has tenido un buen viaje? —preguntó Elwood.

—Excepto los primeros kilómetros. Después de eso fue un regocijo de lujo. Hubieras debido visitarme.

Frunció la nariz.

—Ya no me gusta tanto volar.

—No te gusta… Charles Lindbergh se sentiría avergonzado de ti.

—Creo que el viejo Charlie se hubiera sentido aburrido. A él lo que le iba era la aventura. Así al menos es como lo interpreté. Sin embargo, nunca interpreté a un astronauta. Eso fue un poco después de mi época. —Hizo un gesto hacia su traje gris estilo 1950.

—¿Así que sabes algo que yo no sé? ¿Voy a necesitar un abogado? ¿Me está cercando la policía?

—Bueno, no hay ninguna ley de prescripción. Y sabes que no tienes nada que hacer viniendo aquí. Lo sabes tan bien como yo. Pero por todo lo que he oído no hay ninguna búsqueda activa de tu persona. Todavía.

—He estado sentado aquí intentando pensar en una defensa —dije—. ¿Cómo crees que sonaría eso?: «¡Me tendieron una trampa, Su señoría! ¡Alguna sucia rata puso esa pistola en mi mano!».

—Creo que serías acusado de ser una miserable imitación de James Cagney.

—Limítate al asunto, consejero. Limítate a los hechos.

—Los hechos en este caso son muy discutibles. Creo que un abogado competente podría crear una duda razonable respecto a un posible cómplice.

Pero tengo que retirarme del caso, por supuesto. Conflicto de intereses.

—Creo de todos modos que preferiría ser representado por ese Ransom Stoddard.

—¿El hombre que mató a Liberty Valance? Es bueno.

Permanecimos sentados en silencio un rato, contemplando a las cotorras abrir y comerse el cacahuete. Ahora había media docena de ellas.

—Pero si puedo ser serio por un minuto —dijo—, ninguno de nosotros sería una buena elección para ti, si te vieras realmente en problemas.

—¿Quieres decir, por alguna razón distinta al hecho de que no existes? «Así es, Su Señoría, deseo ser representado por mi buen amigo Jesucristo, sentado en esta silla vacía a mi derecha. Muy bien secundado por Campanilla, que no deja de dar vueltas cerca del techo arrojando polvo de hadas».

Aguardó pacientemente hasta que dejé de hablar.

—No, es algo completamente distinto. Creo que te saldría mejor con un consejero un poco más versado en temas legales modernos. Cosas de las que yo no sé mucho, y tampoco el señor Stoddard.

Le pregunté qué quería decir con aquello, y se limitó a sacudir la cabeza. Cuando Elwood desea ser testarudo, no hay forma de moverle, así que finalmente tuve que dejarlo correr.

—Así pues, ¿qué vas a hacer, amigo mío? —preguntó, tras un largo silencio.

—¿Hacer? Elwood, ¿qué crees tú que debería hacer?

—Salir de este planeta e intentar perderte —dijo sin vacilar—. Ese tipo, Comfort, no va a renunciar, y tú lo sabes, y no le va a resultar difícil rastrearte hasta aquí.

—Es probable que ya esté en la Luna —admití.

—Bueno, viniste muy aprisa. Diría que llegará aquí la semana próxima, mas o menos.

—Quizá. Pero tengo ese otro problema, Elwood. —Pensé en la imagen de la máquina del millón. La sensación de que todo mi huir, setenta años de mirar por encima del hombro, me habían traído hasta aquí. A este banco. No había intentado levantarme desde que él se había sentado a mi lado. Tenía miedo de ello.

—Tengo la sensación como si estuviera en esa gran bañera —le dije—. El agua gira saliendo por el desagüe, y yo llevo nadando tan intensamente como puedo desde hace mucho tiempo. Y ahora el agua se ha ido toda, y yo estoy sentado en el fondo, desnudo y mojado como un niño recién nacido. Sólo que tengo la sensación como si hubiera malgastado setenta años. Todo ese correr, y aquí estoy. Simplemente no parece que desee moverme.

—¿Así que vas a quedarte aquí? ¿Qué es lo que quieres hacer?

Suspiré.

—Lo que realmente quiero hacer, más que ninguna otra cosa, es entregarme.

No creo que estuviera seguro, hasta el momento en que lo dije, de que realmente deseaba hacerlo. Pero al decirlo sentí un alivio tal, una sensación de libertad como no la había experimentado desde aquel día en el escenario del teatro John Valentine.

Me di cuenta con un estremecimiento de que había sentido aquella misma sensación de libertad después de que matara a mi padre.

Elwood me miraba y sacudía la cabeza.

—Bueno, no estoy totalmente en desacuerdo contigo sobre eso —dijo—. Y estaré más que dispuesto a acompañarte. Quizá pueda hablar con tu psiquiatra, ofrecerle algunos datos sobre tu vida, desde la perspectiva de alguien que ha pasado mucho tiempo a tu alrededor. Quizá contribuya a una defensa por locura temporal, aunque no sé cómo manejan esas cosas hoy en día. Pero hay algo que creo que deberías hacer primero.

—¿Y es?

—Aceptar tu papel en *El rey Lear*. Nunca se sabe cuándo vas a tener otra oportunidad. —Se puso en pie y me tendió la mano.

Nunca toco a Elwood, por obvias razones. Pero esta vez ni siquiera miré a mi alrededor para ver si alguien estaba observando. Tomé su mano, y me alzó del banco.

Bayou Teche es una vieja disneylandia «de bolsillo» a sólo diez minutos por el tubo desde el centro de King City. Cuando fue construida simplemente la llamaron una disneylandia, puesto que un entorno

«terrestre» artificial de más de un kilómetro de diámetro y algo menos de medio de altura era algo muy grande en aquellos días. Al principio fue difícil conseguir que la gente la visitara. «¿Cómo sujetáis el techo tan arriba, eh?». Mucha gente nunca pudo ir, y mucha todavía no puede, puesto que la agorafobia es bastante común entre la población criada en los túneles.

Más tarde, cuando empezaron a construir las disneys serias como Texas, Mekong, Kansas, Serengeti, de ciento cincuenta kilómetros de profundidad y cincuenta, sesenta, ochenta kilómetros de diámetro, los parques originales empezaron a ser llamados minis. Ahora la tendencia ha trazado un círculo completo a medida que más y más gente —aquellos que pueden permitírselo— aspiran a trasladarse a un entorno «natural». Están surgiendo microdisneys como burbujas en el champán, pero no son notablemente salvajes. La mayoría tienen campos de golf. Todas las diversiones modernas están a tan sólo unos minutos de distancia.

Los parques más antiguos tenían un problema. Muchos se convirtieron en parques «modernos», no muy diferentes de los suburbios de la Vieja Tierra: comunidades de casas de una era u otra. Los tradicionalistas señalaban que la idea en sí de las disneys era proporcionar el aroma de la vida en la Tierra antes de la Invasión, incluso antes de la civilización. La mayoría llegaron a un compromiso, permitiendo algunos asentamientos de «urbanitas», como opuestos a los permanentes «auténticos», como Doc en West Texas. Algunos intentaron cualificarse para concesiones hereditarias del gobierno proporcionando entornos en los que la gente podía no necesariamente desear vivir, pero que la Junta de Antigüedades creía que valía la pena apoyar pese a su inhospitalidad.

En Bayou Teche era de noche y había bichos. Veintidós horas de noche cada día, y miles y miles de millones de bichos.

Allí era donde Kaspara Polichinelli, la más grande directora de escena de su tiempo, había decidido pasar su retiro. Pueden recordarla como la compañera de reparto de Sparky, Polly.

La única forma de llegar a casa de Polly era por el agua, en un pequeño bote llamado piragua. No había mapas. Ni carreteras. Apenas tierra. Los

bayous se entrelazaban en un impenetrable laberinto diseñado de modo que recreara la región del delta al final del río Mississippi.

Mi guía/conductor del taxi era un hombre sonriente que se presentó como Beaudreaux —pronunciado Bodró—, que me ayudó a subir al pequeño cascarón de fondo plano que parecía estar hecho de restos de madera y lodo arcilloso. El fondo estaba lleno de agua. Me senté delante y Beaudreaux puso en marcha el pequeño motor fuera borda no más grande que una pelota de fútbol tirando de una cuerda hasta que tosió y resopló a la vida en medio de una nube de humo azul y empezó a matraquear. Nos apartamos del ruinoso embarcadero justo dentro de la entrada de visitantes y penetramos en un paisaje surgido directamente de su peor pesadilla prehistórica.

A la aturdidora velocidad de cinco kilómetros por hora.

Por encima de un agua negra como la tinta, que fluía a una décima parte de nuestra velocidad.

Un agua tan lisa como viejo *bourbon*, pero no necesariamente con un aroma tan dulce.

Afortunadamente, había tomado mis píldoras contra el mareo.

Iba vestido con las únicas ropas sensatas para el Bayou: un mono de seda caqui de la cabeza a los pies puesto sobre mis propias ropas, botas de cauchó y guantes, todo ello rematado por un sombrero de safari dotado con un velo de apicultor. Puños y tobillos del mono eran elásticos, y cubrían mangas y perneras.

Me dijeron que el mono estaba rociado con un repelente inofensivo, lo cual me sonó excesivo en su momento. Los insectos no podrían alcanzarme, razoné, de modo que ¿para qué servía?

A los cinco minutos en el bote decidí, con un asomo de maravilla, que sin el repelente los bichos hubieran podido agarrarme y arrastrarme con ellos, para devorarme a su placer.

Aunque era de noche en el Bayou, distaba mucho de ser oscuro. Pasábamos con frecuencia junto a casas construidas sobre zancos, o edificadas sobre cascos de botes de fondo plano. La mayoría tenían lámparas de queroseno colgando fuera en el porche y luces más suaves derramándose a través de sus ventanas. Había también una lámpara al

extremo de un palo en la proa de la piragua. Todas estas luces estaban envueltas por nubes de enjambres de insectos alados. Polillas y crisopas y luciérnagas —«halcones mosquito», según Beaudreaux— y escarabajos y cocuyos y melolontas y jejenes y no sabía qué otras muchas cosas.

Y mosquitos. Suficientes mosquitos como para dejarte seco en diez segundos.

Odio los bichos.

Había estado oyendo lo que sonaba como aleteos desde poco después de que empezara el viaje. Hacia medio camino de casa de Polly algo pasó zumbando junto a mi cabeza, a unos escasos centímetros. Me agaché, y Beaudreaux se echó a reír. Beaudreaux, que de alguna forma estaba soportando aquel viaje vestido con un mono de dril y una camisa de cambray de manga corta, sin sombrero ni guantes.

—Un murciélago —me dijo—. Tenemos muchos miles de murciélagos aquí. Tenemos el murciélago pescador, el murciélago mexicano, el murciélago de hocico chato, el murciélago morro de hoja, el murciélago rojo, el murciélago gris, y el *renard volant*, el zorro volante *en anglais*. —Al menos creo que eso fue lo que dijo. Hablaba con un extraño acento, un *patois* de quebrado inglés y alguna ocasional palabra francesa, y se llamaba a sí mismo un «cajún».

No dejó de hacer comentarios durante todo el viaje, señalando cosas que en su mayor parte yo no podía ver. Nos abrimos serpenteante camino por entre retorcidos cipreses con largas barbas grises de musgo. Nunca tuve oportunidad de hacerle ninguna pregunta, pero si lo hubiera hecho, habría sido «¿Cómo consigue evitar que se lo coman vivo?». Más tarde averigüé la respuesta, que era que los residentes gozaban de una pequeña alteración genética que hacía que su piel exudara un repelente contra insectos.

Según Beaudreaux, había diecisiete especies de murciélagos en el Bayou, y trabajaban en dos turnos separados por los dos breves períodos de luz conocidos como amanecer y atardecer. Cómo conseguían que crecieran las plantas y los insectos se reprodujeran con tan poca luz es algo que nunca he logrado averiguar. Estoy seguro de que podrán informarles en el centro

de visitantes. No dudo de que debe de ser una historia fascinante, pero quédensela para ustedes, ¿de acuerdo?

Aparte el encuentro cercano con el murciélago, el viaje prosiguió sin incidentes hasta que oí un chapoteo y sentí que el bote se bamboleaba como si hubiéramos cruzado la estela de otro bote. Beaudreaux se puso en pie y usó una larga pértiga para empujar algo en el agua. Le gritó algo, empujó de nuevo, y luego se sentó y me sonrió.

—Un caimán —dijo.

Odio los caimanes. Los murciélagos también, ahora que pienso en ello.

La cabaña de Polly se alzaba un metro por encima del agua sobre pilotes de ciprés. Una rampa conducía hasta un embarcadero flotante donde había atada otra piragua. Ésta lucía una brillante pintura roja y parecía mucho más marinera que la de Beaudreaux. Quizá Polly pudiera llevarme de vuelta a la ciudad.

El muelle osciló bajo mis pies cuando salté del bote, y casi caí al agua. Beaudreaux sujetó mi brazo, probablemente salvándome de ser devorado hasta los huesos en diez segundos por un ejército de furiosas pirañas. Oí crujir una mosquitera y luego el cerrar de una puerta, y una ronca voz femenina.

—¡Hey, Beaudreaux! ¿Dónde está el cubo de *écrevisses* que tenías que traerme?

—Tendrá sus cangrejos de río, *ma p'tite*, tan pronto como los haya pescado. —Se echó a reír, y su motor se alejó suavemente en la oscuridad. Subí la rampa hasta un porche protegido con mosquiteras, donde la mujer sujetaba la puerta para mí. Tenía el pelo gris y estaba encorvada, e iba vestida con un traje largo de guinga estampado con margaritas. Me hizo señas con unas nudosas manos mientras me apresuraba hacia la puerta.

—*¡Vite, mon cher! ¡Vite!* No dejes entrar los mosquitos.

La puerta interior estaba cerrada. Una especie de esclusa de aire para mosquitos, me di cuenta. Entré a una habitación pequeña y rústica con un pequeño fuego llameando en la chimenea y alfombras de nudos en el suelo. La luz procedía de dos tenues lámparas de pie con pantallas que parecían

gotear borlas lavanda y oro y amarillo. Unas cosas horribles en sí mismas, pero no estaban mal en aquel contexto. Miré a mi alrededor en busca de Polly, y la vieja dama habló desde mi espalda.

—Pensé que nunca llegarías aquí, *cher* —dijo.

No sé quién me había pensado que era. Estando en una disney, probablemente la había etiquetado como una auténtica. Las disneys son uno de los lugares a los que puedes ir para ver a la gente «vieja», personas cuyo aspecto es el que tenían los seres humanos cuando el envejecer era sinónimo de decrepitud. Casi todos ellos son viejos solamente en la superficie, con la piel arrugada y colgante y el pelo gris y quizás algunos detalles «coloristas» relacionados con la edad como la falta de algunos dientes, gafas, artritis. Cojeaban, tartamudeaban y fingían sordera, pero bajo la epidermis estaban tan sanos como yo.

Para ver el «auténtico» envejecimiento generalmente tenías que acudir a un enclave fundamentalista de algún tipo. Raras veces visitaban los corredores públicos; se mantenían aislados como los amish.

Polly se había unido a una de esas sectas poco antes de su marcha de *Sparky y su pandilla*. Ni siquiera puedo recordar el nombre; hay docenas de ellas, todas con diferentes creencias. Algunas van hasta tan lejos como a rechazar todo tratamiento médico de cualquier tipo, y oyes hablar de gente muriendo de una forma horrible a sus treinta y cuarenta años, incluso antes de cumplir los veinte, aunque las autoridades a veces tomaban medidas para impedir eso.

El grupo de Polly era más moderado. No rechazaban todo tratamiento médico, sólo ese grupo de terapias llamadas normalmente de «larga vida». De «vida eterna» según los optimistas, aunque nadie cree realmente que un ser humano pueda vivir un millón de años. Pero es cierto que no parece que hayamos alcanzado el límite, y hay gente hoy muy por encima de los doscientos años que se encuentra perfectamente.

Era un pensamiento desembriagador, sin embargo, contemplarla y darme cuenta de que sólo era un año mayor que yo.

Por otra parte, para una centenaria natural estaba en muy buena forma. Todo es relativo, supongo.

—No preguntes cómo estoy —dijo—. Nos tomaría todo el día. Nunca dejes que la gente vieja empiece a hablar de sus dolores y achaques.

—De acuerdo, Polly —dije—. Y tú no digas el buen aspecto que tengo.

Se echó a reír, y yo sonreí, y de pronto me di cuenta de lo bueno que era verla de nuevo. Me dirigí hacia ella y nos abrazamos. Se había encogido varios centímetros.

—No aprietes demasiado fuerte, *cher* —susurró. No necesitaba decírmelo; era seca y quebradiza. Podía notar todos sus huesos.

No quiero entrar en detalles sobre su aspecto. Los viejos comparten toda una serie de atrocidades a medida que son golpeados por las mareas de la edad. Erosionan de una manera muy parecida. Buena parte de ello siempre me ha parecido una lucha por parte del esqueleto, el símbolo de la muerte, por emerger de su envoltura blanda de carne. La grasa es eliminada, la piel se afloja, cuelga, se vuelve translúcida. Pronto puedes ver el cráneo debajo de la piel. Existe un pequeño y morboso programa de ordenador que pueden adquirir si lo desean. Alimenten la foto de alguien en él y envejecerá a esa persona cincuenta, sesenta, cien años. Si quieren ver a Polly tal como la vi yo, encuentren una foto de ella de la vieja serie. No ha permitido que la fotografíen desde entonces.

—Entra, Sparky, *mon ami*. —Tomó mi mano y me condujo a una pequeña cocina. Parecía ser la única otra habitación de la casa. Su mano era fría y sus articulaciones estaban hinchadas.

Me hizo sentar a una mesa con un mantel a cuadros rojos y blancos y sirvió café fuerte en una tacita y un platillo de porcelana. Se dejó caer en una silla delante de mí y esperó a que diera un sorbo.

—Ahora —dijo—, ¿quién te persigue esta vez?

¿Predecible? Supongo que no puedo negarlo.

No me había comunicado con Polly de ninguna manera desde el telegrama de Plutón. Me había sentido tentado varias veces, sólo un corto mensaje para asegurarme de que realmente iba a guardarme el papel. Pero sabía que lo haría. La palabra de Polly es inquebrantable. Así que, ¿cómo sabía que alguien me estaba persiguiendo? Coherencia, supongo.

Durante mis primeros veinte años de huida arriesgué dos veces un viaje de vuelta a la Luna. Ambas veces fui a ver a Polly, ambas antes de que los efectos de su fundamentalismo médico hubieran empezado a asolarla. Y ambas veces había habido aquéllos que deseaban hablar urgentemente conmigo acerca de este o aquel malentendido. Lo admito, tengo talento para meterme en esas situaciones. Pero tengan en cuenta que cuando uno está huyendo se descubre teniendo que hacer cosas que normalmente no haría. Someto mi limpio historial entre mi octavo y mi vigésimo noveno años como evidencia de que no soy una persona fundamentalmente mala. Afortunadamente para mí, mis primeros ocho años —de los cuales, legalmente, no puedo ser considerado responsable— me proporcionaron las habilidades criminales que he necesitado para mis últimos setenta.

Así que le hablé a Polly de Isambard Comfort y de los Demonios de Caronte. Me escuchó fascinada, y me pregunté si no estaría pensando en llevar a la escena esa épica historia de persecución, *Les miserables*, segunda parte.

Pero durante el relato llegué a una intranquilizadora realización, algo que en realidad no había considerado antes pero que probablemente hubiera debido hacerlo. Mientras los caronteses estuvieran tras mis talones, aquéllos más cercanos a mí podían estar en peligro. El no haber tomado esto en consideración le había costado mucho a Poly.

Polly adelantó una mano por encima de la mesa y palmeó una de las mías.

—Pobre muchacho —dijo—. Lo has pasado terriblemente mal. ¿Y crees que esa persona, Comfort, te seguirá hasta la Luna?

—Creo que podemos contar con ello —dije en tono miserable—. Y tengo que pensar que podría poneros a ti y a toda la producción en peligro.

—Pensaremos en eso, por supuesto —dijo—. Pero no veo cómo puede cambiar mucho las cosas. Vamos a tener que ocultar tu identidad de todos modos. Simplemente tendremos que ser más cuidadosos, eso es todo.

Pensé que iba a ser mucho más que simplemente un asunto de cuidado extra, pero mantuve la boca cerrada. Ella era consciente de mi situación, yo no había intentado minimizarla, y creía que esto era a todo lo que me sentía obligado.

—Así que, ¿quién quieres ser esta vez? —preguntó.

Se refería a qué nombre escénico quería usar. En ninguna parte en los planetas interiores me atrevía a usar mi propio nombre, o hacer alguna mención a mis créditos artísticos anteriores y a mi carrera. Lo cual era una maldita lástima, puesto que Polly podría hacer un buen uso del retorno de Sparky después de todos aquellos años. Llevaría numerosos culos a los asientos del teatro, como había dicho un productor una vez.

—¿Tienes alguna idea de lo seriamente que me están buscando?

—No creo que te estén buscando en absoluto a ti, *cher* —dijo—. Pero puedes estar seguro de que si te encuentran, si por ejemplo ven tu nombre en letras luminosas en el Rialto, se dejarán caer con una orden de arresto.

Sonrió mientras decía aquello, y yo tuve que sonreír también. Así que, como de costumbre, estaría representando a un actor que representaba al rey Lear. ¿Se preguntan por qué no estoy completamente bien de la cabeza?

—Kenneth, conoces mis sentimientos sobre el asunto. Tan sólo deseo que alguien lo hubiera matado veinte años antes. Alguien que no fueras tú. Dios sabe que había bastante gente que deseaba hacerlo. Y si yo fuera el juez, quedarías libre. Pero por lo que he leído acerca de las pruebas que tienen, funcionará en mayor o menor grado como homicidio no premeditado. De cinco a veinte años. ¿Has pensado alguna otra vez en entregarte?

Polly había sugerido aquello hacía cincuenta años. Incluso con su lamentablemente corto cupo de años, creía que era mejor cumplir la condena que seguir huido. Piensa en ello.

Había mucha sabiduría en sus palabras, excepto por una cosa. Yo era incapaz de cumplir una condena. Creo que preferiría morir. Sonreí de nuevo y negué con la cabeza.

—Entonces debes pensar más en… la otra cosa.

Estaba hablando de la locura como defensa. Era una defensa muy angosta en estos días, pero tener un compañero de juegos imaginario, oír voces…, había una buena posibilidad de que funcionara.

No le había hablado a Polly de Elwood. No le había hablado a nadie de él, nunca. Pero había aludido a algunas cosas una noche de borrachera, y creo que ella había captado muchas más. No se le escapan muchas cosas a

Polly, y durante los años en que estuvimos más unidos que hermano y hermana estoy seguro de que vio y oyó algunas cosas sobre las que era demasiado discreta para hablarme.

De nuevo había sabiduría en la sugerencia, excepto por una cosa. Antes iría a prisión. Llámenlo estúpido orgullo si quieren. Nunca he hablado de Elwood, y ciertamente nunca en un tribunal, especialmente no para cargar sobre él la culpa de mis acciones.

—No —dije—. Esto queda fuera de toda consideración.

—Entonces volvemos a la primera pregunta. ¿Tienes un nombre?

Tenía varios, por supuesto.

Mi carrera *post-Sparky* había consistido en tres tipos de trabajo. Trabajando de Plutón hacia fuera, simplemente usaba mi propio nombre. Las extradiciones desde esos mundos a los planetas interiores eran aleatorias en el mejor de los casos, y los arrestos de personas buscadas prácticamente inexistentes. Desde los troyanos de Júpiter, el cinturón, Marte y hacia adentro, normalmente me fabricaba una identidad para un solo uso, buena para un tramo de mi viaje, luego la abandonaba. Y me movía cautelosamente. Pero desde los troyanos de Saturno a Neptuno había sido capaz de agenciarme media docena de identidades más sustanciales, incluso me había creado una cierta reputación para algunos de los nombres. Tenía papeles de ciudadanía que resistirían una investigación moderadamente rigurosa. ¡En dos de las identidades incluso había pagado algunos impuestos locales!

Probé tres de los nombres con Polly. Ella consideró cuidadosamente cada uno, y negó con la cabeza. Conocía a todo el mundo en los planetas interiores y a bastante gente en los exteriores; si el nombre no le era conocido, entonces tenía un poder de atracción cero en la Luna. Aunque aquélla no iba a ser una gira de estrellas —el gran nombre en aquella producción sería Polichinelli—, nunca hace daño tener algún nombre conocido.

—¿Qué te parece Carson Dyle? —pregunté. Pareció animarse.

—He oído hablar de él. —Enumeró media docena de créditos de «Carson»—. ¿Eres tú? —Bajé modestamente la barbilla—. Es un nombre

con el que puedo trabajar. Lo haré público mañana. Es decir, si todo está en orden con él.

—Dame un día para hacer algunas comprobaciones —dije—. Puede que Carson deba un poco de dinero aquí y allá. Ya sabes cómo es eso.

Sonrió y agitó la cabeza.

—No, no lo sé, pero si unas viejas deudas es todo lo que se interpone en el camino no hay problema. Empezarás a cobrar tu sueldo mañana; simplemente puedes pagarlas. A menos…

—No es mucho —le aseguré—. Tuve que marcharme precipitadamente, sin tiempo a liquidar algunas obligaciones… —Alzó una mano y enrojecí. No hay necesidad de dorar la píldora con Polly—. Bueno, si ese caballo no hubiera tropezado en la última vuelta hubiera podido pagarlo todo. Carson siente debilidad por los caballos.

Se echó a reír, y yo también, al cabo de un momento. Pero es un pensamiento desembriagador el que haya convertido en un lío no sólo mi propia vida, sino también la de la mayoría de mis alter egos.

—¿Dónde te alojas?

—Todavía no he buscado ningún sitio —admití.

—Entonces creo que lo mejor es que te quedes aquí.

Miré a la diminuta cabaña a mi alrededor, y creo que conseguí ocultar mi desánimo.

—No querría imponerte…

—Detrás de esa puerta de ahí, *mon cher*, hay una estrecha escalera que conduce a un dormitorio arriba. Es pequeño, pero cabes en él. Tendrás tu intimidad, y los mejores desayunos y cenas en Bayou Teche.

No dije nada.

—Era mi dormitorio, Kenneth, hasta que se convirtió en un esfuerzo demasiado grande para mí subir las escaleras cada noche. Ahora duermo en el diván de ahí, y me va estupendamente.

—¿Por qué este lugar precisamente? —pregunté. Ella sabía a qué me refería.

—¿El Bayou? Siempre he añorado la Tierra. Toda mi vida tuve la sensación de que había nacido en la época equivocada, en el lugar equivocado. En la Tierra hubiera sido una criatura de los bosques, una

vagabunda. Y ahora que soy vieja, soy una criatura de la noche. Me encanta la noche, y hay mucha noche aquí.

No parecía haber nada que decir a aquello. Así que suscité una última objeción…, no muy intensamente, porque la idea de una acogedora habitación allá arriba estaba empezando a atraerme.

—Tengo dudas sobre tu seguridad, si me quedo aquí —dije.

—Deja que yo me preocupe por eso. Si tu némesis carontesa viene a olisquear por aquí, veremos cómo se las arregla con caimanes de seis metros en la oscuridad.

—Probablemente Izzy sea capaz de matar caimanes de seis metros con una sola mano. Pero quizá los mosquitos le chupen toda la sangre mientras lo está haciendo.

Los ensayos empezaron al día siguiente.

Mi corazón desea entrar en ello en gran detalle, pero mi mente sabe que no es lugar aquí para intentarlo. Cualquier producción teatral merece un libro sólo para ella. Hay siempre emoción y desastre, discusiones y peleas y fornicación. Generalmente la mitad del reparto odia a la otra mitad. En algún momento el diseñador de decorados o el director de iluminación se marcha del teatro hecho una furia y tiene que ser arrastrado de vuelta al trabajo. En la última semana, cuando se acercan los ensayos con vestuario, hay desesperación. La noche del estreno habrá como mínimo dos crisis importantes, una que medio esperas, y otra que surge de la nada.

Y entonces se levanta el telón…, y normalmente toda la loca empresa funciona. Nueve de cada diez veces, al menos. No hay ninguna garantía de que a la gente que está ahí fuera en la oscuridad le guste, pero de alguna forma todo se va sucediendo rodado. Tú y tus compañeros habéis creado algo.

Luego llega el último telón la última noche, y todo el mundo se marcha. Durante un tiempo has tenido una obra. Durante un tiempo fue algo vivo y resonante, y ahora ha desaparecido. Existe sólo en los recuerdos de aquéllos que la hicieron posible, y de aquéllos que acudieron a verla. Puedes meter un chip en tu reproductor y verla de nuevo, puedes echar atrás hasta su

escena favorita. Si quieres verla de nuevo tendrás que reunir a un centenar de ególatras creativos y discutidores, chillar y llorar y reír y sudar y trabajar hasta el agotamiento tú y todos los demás hasta llegar a un estado cercano a la histeria, y esperar que una vez más se produzca la magia.

Es una locura gloriosa.

Y, como dijo el hombre, tienes que estar allí.

La mayoría de los relatos sobre los ensayos y la presentación de una obra dramática terminan sonando como un tumulto en un jardín de infancia. Un jardín de infancia muy especial, al que acuden sólo los más precoces, egocéntricos, hiperactivos y viciosos mocosos de cinco años. Mocosos que están acostumbrados a hacer las cosas a su propia manera y esperan seguir haciéndolo, ahora, o mocosos que siempre han tenido la sensación de que deberían haber sido complacidos toda su vida, nunca lo fueron, pero tienen intención ahora de ganar el tiempo perdido.

Es la naturaleza de la bestia. Tanto si la producción está llena de gente con talento o de gente que simplemente cree que tiene talento, un ego es la única cosa que es una constante absoluta en el mundo del espectáculo. Sin él, nunca conseguirás alcanzar la Musa de la actuación.

Una ley básica de la física tal como es formulada por Sparky: Un ego es la única partícula psicológica que puede existir pacíficamente. Dos egos es igual a guerra. Tres o más egos constituyen una reacción nuclear. Deberían darme el premio Nobel por ella.

Así que peleamos, gritamos, lloramos y arañamos. Y a veces conseguimos que se produjera la magia. La noche del estreno se producía con regularidad.

Un problema que había anticipado funcionó mejor de lo que tenía derecho a esperar. Los ensayos habían empezado en realidad cuatro semanas antes de mi llegada. El papel de Lear era ensayado por mi sustituto. Es una mala forma de empezar una producción, con la estrella aún colgando de la órbita de Júpiter. El resto del reparto supone que estás simplemente demasiado atareado para compartir el sudor con ellos. Esto puede que funcionara para un Olivier, pero para un pobre desconocido Carson Dyle podía ser desastroso. La única cosa que mantuvo las cosas

funcionando antes de mi llegada fue la voluntad de hierro y la reputación de Polly.

—Sólo hay una regla que necesitan recordar para trabajar conmigo —les dijo el primer día, antes de mi llegada—. Yo soy Dios. Deben dirigirme todas sus plegarias a mí, y yo las contestaré. Adoren a otro Dios, y les mataré. Es tan simple como eso.

Sí ella decía que yo era bueno, la mayor parte del reparto estaba al menos dispuesta a aguardar hasta que yo llegara…, y unos diez minutos después de eso. Naturalmente, todos se mostraron alegres de verme, mientras privadamente me odiaban de una forma visceral. La única cosa que nos mantuvo en marcha durante la semana después de mi llegada fue mi voluntad de trabajar dos veces más duro que cualquier otro.

Pero puesto que trabajé dos veces más duro, me gané su respeto. Y todos tenían la suficiente experiencia como para ver que yo estaba a la altura de mi trabajo.

Una vez en una generación un director o un dramaturgo tropiezan con una visión claramente distintiva. Dos veces, si tienes suerte. Todo el mundo puede verla y pocos pueden describirla. No puede ser imitada, aunque todos lo intentan, y en el proceso el curso del arte se ve ligeramente alterado. A veces esta persona es un éxito comercial y popular: Shakespeare, o Alfred Hitchcock. Más a menudo él o ella se hace muy conocido entre sus compañeros de profesión; el público en general simplemente lo ignora.

No mucho después de abandonar *Sparky y su pandilla*, Kaspara Polichinelli se convirtió en esa directora para mi generación. Desde entonces, había hecho un filme o producido una obra de teatro cada cinco años o así. Hizo mucho dinero en su primera década, luego se movió a áreas menos populares. El público sabía que su trabajo atraía siempre críticas elogiosas, que era mencionada entre los grandes…, y normalmente permanecía alejado de él.

Eso nunca le importó. No lo hacía por el dinero.

En el teatro, ser una leyenda en tu propio tiempo tiene una gran ventaja. La gente más importante en el campo siempre trabajará para ti, sin hacer preguntas. Las principales estrellas rebajarán sus astronómicos caches. Gente que nunca ha mostrado ninguna evidencia de talento hallará de

pronto, bajo los ojos y la tutela de este director, profundidades en sí misma que nunca hubiera sospechado. «¿Quién lo hubiera dicho?», escribirán los críticos, y un fracasado ídolo de las sesiones de tarde se encontrará de pronto con una nominación al Osear al mejor actor secundario.

Aquél esa ese tipo de reparto. Todo lo que necesitaba hacer Polly era lanzar su llamada. Lo mejor del mundo del espectáculo rompería contratos, pospondría proyectos más lucrativos, por el privilegio de estar en una producción de Polichinelli.

Demonios, me trajo a mí todo el camino desde Plutón.

No sirve de nada presentar a todo el reparto de personajes en este estadio final de mi historia, no más que llenar todos los detalles de los ensayos. Incluso los lanceros eran buenos. (¿Creen que eso no importa? Franz Capra siempre daba a cada uno de los extras de sus producciones un poco de motivación, aunque sólo fuera algo en qué pensar mientras cruzaba la escena, algún problema por el que preocuparse, algún destino más allá del otro lado del plato. Y funcionaba).

Todo el mundo era profesional. Los principales actores eran todos soberbios. El diseñador de decorados y el director de iluminación y todos los demás técnicos eran amigos de Polly, gente que había trabajado con ella muchas veces en el pasado, y todo iba tan suavemente como pueden llegar a ir esas cosas.

Y en el centro de todo estaba Polly. La visión de Polly de Lear.

Aquello me había preocupado. *El Bardo en cinco minutos* había sido divertido, pero su intención era ser ridículo. Muchas producciones shakespearianas a lo largo de los siglos han sido hilarantes sin pretenderlo.

No pongo objeción en tomar una historia de Shakespeare y utilizarla como base para una producción enteramente nueva. El gran Kurosawa lo hizo varias veces, en japonés. Y no pongo objeciones, *per se*, a situar las obras en otros lugares, otras épocas…, si puede ganarse algo con el ejercicio. Si puede iluminarse algo nuevo, o puede obtenerse una nueva perspectiva. Pero en setecientos años se han intentado algunas cosas absolutamente ridículas. He visto *Coriolano* representado por gente vestida

como gatos. Como gustéis situada en una caverna de la Edad de Piedra. Producciones con los actores completamente desnudos. El último *Rey Lear* que vi fue representado en una disneylandia, y la escena de la tormenta se les escapó de las manos e hizo volar el escenario y la mitad de las gradas.

Y sin embargo, tampoco deseas recrear el teatro del Globo. Ya se ha hecho un centenar de veces.

Polly dejó claro desde un principio que aquello iba a ser puro Shakespeare, texto original, sin «actualizaciones». Pero por supuesto iba a dejar su huella en la producción. Aquello era perfecto para mí. Me puse en sus manos.

Me instalé confortablemente en la cabaña de Polly. Incluso me acostumbré al viaje diario en la pequeña piragua, y a su debido tiempo empecé a comprender algunas de las palabras que había dicho Beaudreaux.

Desperté a Toby, lo llevé al veterinario para su mantenimiento. Se convirtió en la mascota de la producción, el mejor amigo de todo el mundo, y ganó casi kilo y medio con los bocados que la gente le pasaba a escondidas.

Me enamoré de nuestra Cordelia, una joven encantadora llamada Jennipher Wilcox. Polly me dijo en una ocasión que me enamoro más a menudo que algunas personas se cambian de calcetines. Y es cierto, supongo. Pero siempre parece amor. Nunca he experimentado ese tipo de amor en el que deseas pasar el resto de tu vida con una persona. Francamente, creo que casi siempre es una ilusión. Cito las estadísticas de divorcios. Y hoy en día, con las expectativas de vida haciéndose realmente importantes, creo que ese tipo de amor es cada vez más raro. Ni una pareja de cada mil es realmente capaz de pasar dos, trescientos años juntos. Muy pocas son capaces siquiera de durar cinco años.

Así que no me hablen de tonterías como amor versus lujuria, ¿de acuerdo? Y guárdense también para sí mismos sus opiniones de psicólogo *amateur* acerca de mi infancia haciéndome incapaz de un compromiso a largo plazo. Durante mis primeros treinta años mi padre me exigió todo el amor que yo era capaz de dar. Desde entonces, no hubiera sido justo pedirle a nadie que compartiera más que unos pocos meses de mi vida. Un policía,

un detective privado o un Isambard Comfort podía aparecer siempre en cualquier momento y obligarme a desaparecer.

Amé a Jennipher, a mi manera. Y fue estupendo en la cama.

Y llegó la noche del estreno.

Y en el segundo entreacto todo el mundo supo que teníamos allí algo especial. Nuestros espías en el vestíbulo informaron de sorprendentemente buenos comentarios. La gente se apresuraba realmente a volver a sus asientos antes de que las luces parpadearan.

Y se desarrolló el tercer acto. Y el cuarto. Entramos en el quinto acto, y supe que yo nunca había estado mejor.

Dios, era glorioso. Yo era Lear.

En realidad, sólo ocurrió una cosa que empañó un poco la velada, aunque les juro que, si hubieran estado allí, hubieran podido ver que no afectó en lo más mínimo su disfrute de la obra, señora Lincoln.

A la mitad del tercer acto, Isambard Comfort apareció en mi camerino…

Estaba sentado en el gran y cómodo sillón que había pedido para relajarme entre escenas cuando Lear no estaba en el escenario.

Tenía a Toby sobre sus rodillas. No había nadie más en el camerino.

—¿Dónde está Tom? —pregunté. Tona era mi ayuda de cámara. Oh, sí, había vuelto al mundo. Aquello no era el armario a bordo del *Britannic* donde él y yo habíamos luchado la primera vez, sino un camerino espacioso y cálidamente amueblado. El camerino de una estrella. Tenía una holochimenea que crujía alegremente, un bar, y mi propio cuarto de baño, completo con un pequeño *jacuzzi*. Una gran pantalla de televisión mostraba lo que ocurría en el escenario desde una cámara instalada en la tercera fila.

—Tom está indispuesto —dijo, e hizo un gesto hacia un montón de trajes en un rincón. Vi un zapato que parecía formar parte del par que llevaba Tom. No pude decir si el pie de Tom estaba dentro—. No se preocupe, no está muerto. Despertará dentro de unas horas sin nada peor que un dolor de cabeza.

Yo me había reclinado contra la puerta, que había cerrado detrás de mí antes de verle. Chorreaba sudor, con el pelo gris convertido en sucias cuerdas que alcanzaban mis hombros.

Había preparado algunas sorpresas automáticas para él, pero no podía usar ninguna de ellas sin dañar a Toby. De todos modos, habían sido una esperanza desesperada. Había armas aquí y allá, algunas ocultas, otras no muy parecidas a armas, pero dudaba de mi habilidad de usar ninguna de ellas contra sus reptilescas reacciones y su horrible fuerza.

—He tenido poco tiempo —me dijo—. He localizado unas cuantas trampas electrónicas y las he inutilizado. —Hizo un gesto hacia el Pantechnicon—. He dejado funcionando el soporte vital de su curioso equipaje. Lo usaremos para sacarle discretamente de aquí. El resto de él, la parte mortífera, no funcionará. Me tomé la molestia de memorizar *Mac*…, lo siento, «La obra escocesa», antes de entrar aquí, así que no intente recitar ninguna de sus líneas aquí dentro. He leído también los papeles de los otros actores, por si tiene alguna idea acerca de accionar algo verbalmente.

Suspiré, me aparté de la pared y me dirigí a mi mesa de maquillaje.

—Entonces alcánceme esta ropa que hay ahí en esa percha —le dije—. La etiquetada «Tercer Acto, escena cuarta». Y apresúrese. No tenemos mucho tiempo para cambiarme antes de volver a salir.

Me miró sólo durante un momento, luego se puso en pie y se metió a Toby en un bolsillo en su cadera y cerró la cremallera. Iba vestido con el traje de uno de los caballeros del rey, con su casco en el suelo al lado de la silla. Supuse que así era como había entrado en el escenario. Tomó la ropa de la percha y se colocó detrás de mí mientras yo me situaba delante del espejo de cuerpo entero. Ya estaba desabrochándome el traje que llevaba. Tom hubiera debido de hacer aquello por mí, pero sólo deseaba tanta ayuda de Izzy como fuera absolutamente necesaria.

—No deja de sorprenderme —dijo—. Y eso no me gusta. No mucha gente me sorprende.

—Acostúmbrese a ello.

—Creo que tendré que hacerlo. Pero puesto que llevamos algún tiempo juntos, ¿puede explicarme cómo supo que iba a dejarle terminar la actuación?

—No lo sabía —dije, despojándome de las ropas reales de Lear—. Pero pensé que valía la pena intentarlo. Lo peor que podía hacer era aturdirme y meterme en mi maleta, y de todos modos va a hacerlo más pronto o más tarde.

—¿No cree que matarle es lo peor que puedo hacer? —Me tendió el nuevo atuendo, por fuera exactamente igual que el que acababa de quitarme, y metí los brazos en él.

—Si hubiera deseado matarme, hubiera podido hacerlo tan pronto como entré. Cuando no lo hizo, supe que tenía otros planes. No creo que me gusten esos planes.

—Puedo garantizárselo. ¿Por qué el cambio de ropa, Sparky? Me parece una pérdida de tiempo. —Lo había visto palpar las costuras, revisar toda la tela en busca de armas ocultas. No había ninguna. Hice un gesto hacia la pantalla del televisor, la que él estaba mirando cuando entré, y que me había hecho confiar en que se contentara con retener a Toby como rehén y darme un poco más de tiempo.

—Observe y aprenderá algo —le dije. En la pantalla, Gloucester y Edmundo estaban terminando su escena—. Ahora entro yo —dije, y salí apresuradamente.

—¡En una noche como ésta, echarme de casa! Oh Regañía, oh Gonerila, vuestro padre, viejo y benévolo, cuyo franco corazón os lo entregó todo… Oh, ese camino conduce a la locura, evitémoslo. Basta ya de eso.

Pura poesía. No sólo las líneas, sino mi situación. Como Lear, me estaba volviendo loco. Pronto me arrancaría mechones de pelo y desgarraría mis ropas (la razón del cambio de traje; éste estaba estratégicamente debilitado para que pudiera desgarrarse adecuadamente). Era más que bueno. Era brillante.

Y como Kenneth Valentine —algunos pueden decir que el papel de menor éxito en mi vida— creía que también podía volverme loco. Exactamente la cosa que podía dar la nota final a la actuación de alguien.

—Entra tú, por favor; busca tu propio bienestar. Esta tormenta no me permitirá reflexionar en cosas que me harían más daño.

El extremo del escenario me parecía un abismo; los bastidores, oscuras posibilidades. ¿Que me detenía de saltar por encima de los focos y cargar por el pasillo central de la platea, salir al vestíbulo y sumergirme en el amplio mundo más allá? O terminar mis líneas, salir tranquilamente del escenario y marcharme por la puerta de atrás.

Bueno, por un lado, la profesionalidad. Ríanse si quieren, pero antes moriría que abandonar una representación en el tercer acto. Está ese viejo axioma, el espectáculo debe continuar. No sólo le debo a mi profesión hacerlo lo mejor posible, dar todo de mí, sino que se lo debo al público. Si vivía hasta que bajara el talón aquella noche y de alguna forma podía escapar de mi némesis…, entonces es un caso de lo siento Polly. Lo siento compañeros de reparto. Me largo. Pero nada excepto la muerte me iba a impedir terminar esta noche.

Más tarde me di cuenta de que no tenía forma alguna de saber si las salidas estaban cubiertas por la gente de Izzy. Si, de hecho, la mitad del público eran agentes caronteses. Pero juro que, en aquel momento, la idea nunca entró en mi cabeza. De alguna forma sabía que Izzy estaba llevando aquello solo. Había llegado a saber algo de él en nuestros dos breves y sangrientos encuentros, había llegado a saber algo de su cultura en mis investigaciones a bordo de Hal. Manejaría aquello solo. Llámenlo orgullo, llámenlo honor. Llámenlo locura. Después de lo que había ocurrido en Oberón, no iba a llamar a la guardia nacional.

Pero había una razón más importante por la que no podía huir, y era por supuesto Toby. ¿Me conocía Izzy lo bastante bien como para confiar en que mi sentido de la lealtad me retendría prisionero aunque mi miedo y mi sentido del deber no lo hicieran? Apuesten a que sí.

Cuando tomé a Toby como compañero hacía ya tantos años, hicimos un trato. Como he dicho antes, yo era responsable de la comida, el albergue y la seguridad, y él estaba a cargo de todo lo demás. Oh, yo me ocupaba también de algunos asuntos menores, como las decisiones profesionales, los itinerarios de los viajes y nuestros patéticos asuntos financieros. No había habido necesidad de poner por escrito nada de eso; lo consideraba como parte del acuerdo original entre hombre y perro, establecido durante la Edad de Piedra. Este pudo ser el primer acuerdo, el acuerdo primordial, antes

incluso que los acuerdos escritos o verbales, y cualquier humano que no lo cumpla es un humano lastimoso desde mi punto de vista. Algunos han hallado una cierta ironía en el hecho de que los perros hayan acompañado a la raza humana al espacio, pero no consigo ver nada extraño en ello. Un perro fue el primer representante de la Tierra en el espacio, y la primera víctima del viaje espacial.

Toby estaba a cargo del amor y de la absoluta lealtad, y yo no podía devolverle nada menos que ello.

—¿No es más que esto el hombre? —grité—. Considéralo bien. Tú no le debes la seda al gusano, ni a la bestia la piel, ni a la oveja la lana, ni al almizcle el perfume. ¡Ja! Tú eres el ser humano en sí; el hombre sin las comodidades de la civilización no es más que un pobre animal desnudo y bífido como tú. ¡Fuera, fuera las cosas prestadas! Desabrochémonos.

Y empecé a desgarrar mis ropas.

Todo pareció inusualmente tranquilo cuando salí del escenario. Uno esperaría algunas palmadas en la espalda, un guiño, un gesto con los pulgares hacia arriba. Algún aliento, el reconocimiento de que las cosas estaban yendo bien. No había nada de eso, y por un momento me sentí preocupado. Luego vi los rostros de los demás actores y supe que el silencio significaba algo distinto. Se estaban apartando de mi camino. Algunos ni siquiera se atrevían a mirarme. Temían su intrusión, temían que cualquier cosa que pudieran hacer o decir cortocircuitara la magia. La gente del teatro es intensamente supersticiosa, siempre alerta a la potencial mala suerte, la palabra o el gesto descuidados que puedan romper la concentración de alguien.

Creo que me tenían un poco de miedo.

—Es una actuación maravillosa, Sparky.

—Desearía que dejara de llamarme así.

—Así es como pienso en usted. Como lo recuerdo. Realmente soy un fan suyo, ¿sabe?

Por increíble que pueda parecer, le creí. Y también creí que apreciaba a Shakespeare, y mi actuación como Lear. Cómo un hombre educado en una sociedad tan pervertida podía apreciar las artes de una comunidad ordinaria es algo que prefiero dejar que investiguen ustedes, y luego lo acepten o no lo crean según su criterio. Pero el deseo de llegar al final de la obra era en aquellos momentos mi única esperanza de salvación, su única ventana de debilidad. No me atrevía a cuestionarla.

—Sabe que voy a matarle, ¿verdad? —pregunté.

—Sé que va a intentarlo. —La perspectiva no parecía alterarle.

Yo no tenía nada que hacer por unos momentos. El rey está fuera de escena durante la mayor parte del Cuarto Acto. En el escenario, a Gloucester le arrancan los ojos. Cornualla se reunirá pronto con su Hacedor. Tiempo de empezar a preparar mis planes.

Lo crean o no, tenía esperanzas.

Toby estaba en el regazo de Izzy, pero se negaba a ser acunado. Con alguien de su gusto, Toby es capaz de despatarrarse sobre tu mano y brazo, relajado como un fideo, completamente confiado de que no le dejarás caer. O puede ser un mendigo desvergonzado, lamiéndote el rostro, agitando la cola y pidiendo que le rasques.

No ahora. Permanecía sentado rígido, mirando a Izzy a la cara, luego mirándome a mí. Estaba diciendo: «¿Por qué no echas a este pelmazo?». Cuando la mano de Izzy se movía por el pelaje de Toby, sus pequeños labios se curvaban hacia arriba y mostraba las puntas de sus dientes. Estaba demasiado bien educado como para morderle la mano a un invitado, pero evidentemente deseaba hacerlo. Con Toby e Izzy, era odio a primera vista.

No creo que Comfort odiara a Toby. No creo que viera a Toby como una cosa hacia la cual mostrar sentimientos. Cualquiera puede ver a un amante de los perros. Un amante de los perros no puede tener sus manos lejos de un perro. Pone a uno sobre sus rodillas y lo acariciará, lo rascará, se reirá cuando le lama la cara, a veces le hará arrumacos y le dirá cosas sin sentido como un tonto. Comfort sostenía a Toby del mismo modo que sostendría una almohada.

—Me estaba preguntando si podríamos hablar —dije.

—Quedaría fuera de carácter el que me suplicara por su vida.

—No suplicar. Pero quizá pudiéramos llegar a un trato.

Se echó a reír.

—El dinero no me tienta, y además usted no tiene. ¿Qué otra cosa puede ofrecerme?

—Me preguntaba si podríamos hablar de la rana.

Guardó silencio unos instantes, y sus ojos se entrecerraron.

—Creo que soy yo quien debe preguntarle acerca de eso —dijo. Era como si estuviera buscando una trampa de algún tipo, y yo no le estuviera dando ningún indicio.

—¿Preguntar qué?

Se encogió de hombros.

—¿Qué rana?

—¿Qué…? —Parecía que no nos estábamos comunicando. Abrí la mano, donde había estado descansando el pequeño y ominoso *netsuke*. La diminuta rana todavía estaba agazapada sobre el cráneo, sin que sus ojos se sorprendieran en absoluto de lo que veían. Parecía cálida y viva. El marfil es una superficie muy sensual. Apenas podía evitar que mi pulgar la acariciara.

Fui a lanzársela, y una pistola negra del tamaño de la palma de una mano y de aspecto mortífero se materializó en la mano libre de Comfort. Estoy seguro de que no estaba allí antes, y estoy seguro de que no estaba en su manga, pero de dónde la sacó y cómo lo hizo sin ningún movimiento aparente supongo que pertenece al acervo de secretos caronteses. Fue muy rápido.

Así que deposité cuidadosamente el *netsuke* en el brazo de su silla. Lo miró, hizo desaparecer su pistola (¿cómo lo hizo?) y lo tomó delicadamente. Acarició la rana con el pulgar, luego volvió a dejarlo.

—Muy bonito —dijo. Bonito no es la palabra que hubiera usado yo, pero yo no soy carontés—. ¿Qué tiene que ver esto conmigo?

Aquí el guión pide que el protagonista se siente por un momento en sorprendido silencio mientras todas sus suposiciones se derrumban en su mente como un castillo de naipes. Tras la larga pausa le conté cómo la rana había llegado a mis manos.

—Bueno, ella nunca nos informó de eso —dijo con una ligera sonrisa —. Si lo hubiera hecho hubiéramos ido a por ella, se la hubiéramos arrebatado, y le hubiéramos roto los dos brazos. Se hubiera hecho reparar y hubiera podido seguir su camino en unas pocas horas.

—Pero…

—Fuimos llamados por el gobernador de Boondock. Recuerda usted haber visitado Boondock, ¿no? Seguro que recordará a la joven dama a la que conoció allí. Vi su foto, y yo ciertamente no la habría olvidado.

—Pero ella tenía…

—Diecinueve años, y estaba prometida con el hijo de un banquero. Boondock es una ciudad-estado independiente dentro de la Federación Exterior. Fue establecida por un culto religioso hará cosa de un siglo. Tienen algunas costumbres muy poco usuales allí, una de las cuales es la obediencia legalmente establecida a los padres de uno hasta la mayoría de edad, que dicen que son los veinticinco años.

—Yo no sabía…

—Como en tantos otros lugares, la ignorancia no es una disculpa. Estoy seguro de que su productor le entregó un folleto antes de su llegada, relativo a las costumbres locales; siempre lo hacen. Y como la mayoría de pasajeros, usted lo echó a un lado junto con los folletos que le entregó la compañía de la nave relativos a los procedimientos de evacuación de emergencia. Pero realmente hubiera debido leerlo, Sparky. Su breve aventura con la chica trastornó un montón de planes políticos relativos a un inminente matrimonio convenido. El honor de la familia exigía reparaciones.

»Nosotros los caronteses somos la única autoridad amplia más allá de Plutón. Somos los únicos con la suficiente disciplina como para mantener estrictos estándares sobre una región tan enorme. Cada enclave tiene sus propias reglas y quienes se encargan de hacerlas cumplir, pero cuando alguien huye de una jurisdicción, como hizo usted, nos llaman a nosotros. Trabajamos únicamente bajo contrato, y la política del gobernador con ustedes establece remedios prescritos para las distintas situaciones. En primer lugar, garantizamos capturarle. Como estoy seguro que habrá averiguado en sus investigaciones, siempre atrapamos a nuestra presa.

—Capturarme y matarme —dije.

—Sólo capturarle. El gobernador fue un poco tacaño, y en este caso no pagó para muerte. De todos modos, no estoy seguro de que hubiéramos suscrito tampoco un contrato de muerte. Tendemos a operar más sobre la base del ojo por ojo. Una política casi bíblica, podríamos decir.

—Bíblica.

—Exacto. Puesto que no había forma de que pudiéramos arrebatarle su virginidad y arruinar sus perspectivas de matrimonio, por supuesto, tendríamos que usar otros métodos. La pena habitual eran tres días de dolor, seguidas por un año de prisión.

—Así que usted nunca pretendió matarme.

—En realidad me culpo por el malentendido —dijo—. Supuse que usted lo sabía, allá en el *Britannic*. Supuse demasiado. Esperaba resistencia, tres días de dolor son ciertamente algo memorable para un no carentes, y algo que usted seguramente intentaría evitar…, pero no estaba preparado para la tenacidad de su ataque.

»Por supuesto, las cosas son diferentes ahora…

—Habéis hecho mal en arrancarme de la tumba —dije—. Tú eres un alma en bienaventuranza; pero yo estoy atado a una rueda de fuego, y mis propias lágrimas me escaldan como plomo fundido.

Las cosas eran de hecho diferentes ahora. Si, en algunos sentidos, mis últimas escenas de locura no eran en absoluto una actuación, entonces ¿cómo juzgar el final del cuarto acto, cuando Lear es devuelto a la cordura, a la templanza, incluso a una especie de tranquilidad, en los brazos de su fiel hija Cordelia, mientras dentro de mí, pobre actor, ardían todas las tormentas de la locura?

Considerando todo eso, puede que aquél fuera mi momento cumbre en un escenario. Nadie sabría nunca hasta qué punto.

La vida es un relato contado por un idiota, lleno de sonido y de furia, y nosotros lo interpretamos con propósitos entremezclados.

Mi única posibilidad de escapar se estaba acercando, y no me sentía a la altura. Deseaba tenderme con Lear, regresar a mi confortable tumba.

Pero ¿importaba? ¿Qué hubiera sido diferente si le hubiera dado a Comfort más tiempo para hablar, allá en mi diminuta cabina a bordo del *Britannic*? ¿O si él no hubiera sido tan innaturalmente rápido? Se suponía que la red atrapadora debía inmovilizarle, luego yo hubiera podido escuchar lo que tenía que decir.

Tres días de dolor. Un año en lo que tenía que suponer que serían unas muy duras condiciones en solitaria reclusión. ¿Me habría rendido, sabiendo que escapar iba a ser, a largo plazo, imposible?

No.

Era más simple que eso. No podía cumplir una condena en prisión. Antes moriría. Antes pasaría el resto de mi vida huyendo. Una vez estuve tres días en la cárcel, aguardando una fianza. Cada vez que me echaba a dormir me hallaba de vuelta en la esclusa de aire, frente a la Oruga Daewoo. Despierto, pasaba todo mi tiempo mirando las paredes, porque cada vez que volvía mi espalda a una empezaba a moverse hacia mí. Un trabajo muy duro, puesto que no puedes contemplar seis paredes a la vez. Tan pronto como conseguí la fianza salí corriendo, y nunca lo he lamentado.

Así que hubiera luchado contra el hombre de Carente. Pero no hubiera intentado tan concienzudamente matarle.

Ahora no importaba. Me lo había explicado todo, antes de mi entrada. Había matado a una carontesa. Eso simplemente no estaba permitido. La pena era la muerte, y una muerte que tardaría mucho mucho tiempo en llegar.

—¿Son húmedas vuestras lágrimas? Sí, a fe mía. Os ruego, no lloréis. Si tenéis veneno para mí, lo beberé. —Adelanté una mano y toqué las lágrimas en la mejilla de Cordelia. Auténticas lágrimas, no glicerina, como en los ensayos. Estaba tan metido en mi papel que no podía recordar su auténtico nombre.

No regresé a mi camerino para el principio del quinto acto. Cordelia y yo aguardamos entre bastidores, sin hablar, sin desear romper de ninguna forma el clima. Pronto estábamos de nuevo en escena, capturados por nuestros enemigos, reconciliados. Es mi escena favorita de la obra. El

estúpido viejo rey al final de su locura, disfrutando de un momento de felicidad antes del final. Éramos conducidos a lo que creíamos que sería nuestra prisión, sin saber los planes del malvado Edmundo.

Iba hacia mi camerino cuando apareció Polly y sujetó mi brazo. Alzó la vista hacia mí, y vio preocupación en mis ojos.

—Suéltalo, viejo amigo —dijo.

—¿Cómo lo estoy haciendo? —le pregunté.

—Creo que sabes exactamente cómo lo estás haciendo. Pero estoy un poco preocupada por ti. ¿Va algo mal?

—¿Algo mal? ¿De qué estás hablando?

—No estoy segura. Capto algo. No creo que nadie más se dé cuenta de ello. Dios sabe que lo estás dando todo de ti. ¿Hay algo que deba saber?

Algo que debiera saber. Mi mente se tambaleó. Sabía de lo que estaba hablando, puesto que Polly era la única que conocía quién iba tras de mí. Y no quería implicarla en el asunto.

Algo que debiera saber. Sí, Polly, querida. Después de que baje por última vez el telón voy a desaparecer, de una u otra forma. O bien empujado por mis propios pies, o custodiado por un hombre surgido de tus peores pesadillas. Ésta será la única representación de este Lear, un momento perfecto sobre el escenario. Mañana cerrarás.

Extrañamente, sabía que a ella no le importaría esa parte. Lo lamentaba por el resto de la compañía, que tenía derecho a esperar una larga sucesión de noches como aquélla, pero para Polly el trabajo ya estaba hecho, figuraba en los libros del cielo. Había creado una obra maestra que duraría eras. En cuanto al resto, bueno, así es el negocio del espectáculo.

Así que mentí. No fue mi mejor actuación, puedo asegurarlo, y ni siquiera la mejor la hubiera engañado. Pero había distracciones. El duelo final entre Edmundo y Edgardo se estaba desarrollando ya sobre las tablas, y ella había cuidado excelsamente la producción en aquel punto. «Edgardo» y «Edmundo» eran los dos más espléndidos espadachines teatrales de la Luna en aquellos momentos, y estaban ofreciendo un espectáculo de esgrima que mantendría a los espectadores sin aliento hasta el momento de mi entrada. Así que no me preguntó nada, y yo conseguí escabullirme.

E inmediatamente tropecé con el jefe de maquillaje, presa de silbante pánico.

—¿Dónde está Cordelia? —exclamó—. ¡Tenemos que maquillarle las quemaduras de la cuerda en el cuello!

Me encogí de hombros impotente, y tan pronto como se hubo vuelto de espaldas corrí a mi camerino.

Apenas hube cerrado la puerta a mis espaldas vi a Isambard sobre una rodilla al lado de Cordelia, que estaba tendida en el suelo.

—¡Dios mío! ¿Qué le ha hecho? La ha matado.

Se puso en pie. Tenía a Toby sujeto todavía en su mano izquierda.

—Contrariamente a lo que pueda usted pensarlo no mato a menos que sea necesario. Está inconsciente.

—Pero usted dijo…

—Vino aquí y estaba haciendo demasiadas preguntas. Estaba a punto de avisar a seguridad, así que no tuve elección.

La alcé y la deposité sobe mi camastro. En su sien se estaba formando un hematoma. ¡Maldita suerte! Había decidido deslizarse en mi camerino en el último momento. No había tiempo para el sexo, pero Jennipher era una mimosa. Le encantaba abrazar y besar antes de nuestra última escena, como anticipo de una memorable noche de celebración.

Bien, Cordelia estaba «muerta», en nuestra última escena. No todo estaba perdido.

—Y me temo que ahora tenemos que irnos —dijo Comfort.

—¿Perdón?

—Sí. Las cosas se han puesto demasiado peligrosas. Tengo planeada una ruta segura hasta la entrada trasera; nadie nos verá. —Sonrió—. ¿Creyó usted realmente que iba a darle la oportunidad de escapar durante los saludos finales?

Le miré, asombrado ante su traición.

—Creí que habíamos hecho un trato —dije.

—¿Un trato? —Se echó a reír—. No hago ningún trato, y no hago promesas.

—Estaba implícito.

—Usted nunca ha crecido realmente, ¿verdad, Sparky? ¿Espera que me comporte como un caballero?

—No, pero yo…, sí, supongo que lo esperaba. Pensé que habíamos llegado a un compromiso. Creí que le gustaba mi actuación. —Estaba elevando la voz. Toby captó la tensión y empezó a ladrar.

—Me gusta. Pero ya he visto el final de esta obra. Quizá pueda representarlo para mí una vez hayamos vuelto a Caronte. Antes de que empecemos a trabajar en usted.

Alguien estaba llamando a la puerta. El director de escena, el hombre de maquillaje, no importaba. Quedaban sólo unos minutos antes de que me reclamaran en escena. Lo cual significaba que él tenía sólo unos minutos para ocuparse de mí. Toby seguía ladrando. Miré a mi alrededor, impotente, me pasé la mano por el pelo, y decidí suplicar.

—Son sólo cinco minutos —dije, alzando la mano con los dedos separados—. Eso es todo lo que necesito. Deme sólo cinco minutos para terminar aquí. Luego moriré como un hombre feliz.

—¿Por qué debería desear yo que usted muera feliz? Toby le mordió en la mano.

Bajó la vista mientras el pequeño guerrero hundía sus dientes en la carne entre su pulgar y su índice y sacudió secamente la cabeza, dando la impresión como si aquello le estuviera ocurriendo a alguien distinto.

Entonces agarró la cabeza de Toby con su mano libre y retorció. Hubo un seco y horrible pop, un crujido, y Toby colgó flácido. Comfort arrojó a un lado el cuerpo inerte.

—Bien —dijo Comfort calmadamente—. ¿Quiere meterse en la caja, o debo ponerle…, o debo…, ya es hora…? —Sus ojos se desenfocaron, se fijaron de nuevo en mí, y su mano empezó a alzarse. La pistola saltó libre desde alguna parte entre su ropa y fue impulsada hacia su mano…, pero la mano no estaba allí para recibirla. Sus brazos cayeron a sus costados, sus rodillas se doblaron, y golpeó el suelo tan blandamente como Toby.

No había tiempo, no había tiempo, no había tiempo en absoluto. Ahora estaban llamando más intensamente a la puerta. Tomé una toalla de maquillaje y alcé con cuidado a Toby. Vi el diente roto y el líquido dorado que rezumaba de él. Tuve mucho cuidado de que nada de él entrara en

contacto con mi piel, puesto que no necesita realmente penetrar en ella para actuar. El veneno es inofensivo para los perros. El sistema nervioso voluntario de Comfort estaba ahora completamente destruido. Todavía respiraba, su corazón aún latía, pero eso era todo. No podía obtener el veneno instantáneo letal, y además, no dejaría margen para el error si de alguna forma lo olvidaba y mostraba a Toby mis cinco dedos extendidos por accidente. La condición de Comfort era reversible, pero no fácilmente, y no rápidamente.

Y todavía le temía. Durante todo el tiempo mis peores miedos eran que los caronteses tuvieran incorporado a sus cuerpos algún antídoto automático al veneno nervioso; nunca podías decirlo con aquella gente…, pero lo primero era lo primero. Metí a Toby en su cámara de hibernación y cerré la tapa. Todas las luces y la tapa llamearon rojas. Luego una se volvió verde, luego otra. Una tercera. No tenía tiempo para observarlas todas. Me volví hacia Cordelia.

Dios mío, ¿y si despertaba mientras yo estaba gimiendo su muerte? Necesitaba otra Cordelia. Afortunadamente, tenía una a mano.

Le quité el traje a Jennipher. Eran ropas de guerrero. Cordelia había sido derrotada en el campo de batalla, hecha prisionera, luego ahorcada por la traición de Edmundo. Envolví a Comfort con él, le di la vuelta, y me puse a trabajar con los botones. Los pantalones le estaban ajustados, apenas podía abrocharlos.

—¡Señor Dyle, señor Dyle! ¡Le necesitamos en escena, ahora! —¡Estaré listo enseguida!— grité. —¡Dígales que vayan un poco más despacio!

Ciertamente éstas son unas de las palabras más alarmantes de oír a través de la puerta del camerino de una estrella. Pude imaginar el pánico ascendiendo, al director de escena corriendo en busca de Polly, frenéticas señales a los actores en escena. Pude ver el sudor brotar en las frentes mientras aquella pobre gente se daba cuenta de la pesadilla de todo actor: estaban varados ahí fuera, sin red de seguridad, sin poder cambiar el guión, sin poder hacer otra toma. Era algo que había empujado a más de un actor y director de vuelta al cine, donde siempre podías gritar ¡Corten!

Miré al módulo de Toby. Sólo dos luces rojas ahora.

No había esperado que Comfort hiciera lo que hizo. Mi miedo había sido que comprendiera de algún modo la señal, dejara caer al perro, me golpeara hasta dejarme sin sentido y escapara. Pero no importaba. Toby estaba condenado desde el momento en que Comfort puso sus manos sobre él. Tenía que ser usado como un método más de torturarme. Yo debería mirar mientras la pequeña bola esponjosa era hecha sufrir hasta que estuvieran preparados para trabajar sobre mí.

Quizás esté cantando mis propias alabanzas, pero estoy completamente orgulloso de mi actuación con Comfort al final de la obra. Por supuesto, nunca esperé que me dejara terminar la función. Permitirme llegar hasta la mitad del último acto y entonces impedirme terminarlo sonaba desde un principio como la forma más lógica de actuar de un carontés. Pero fui capaz de usar mi creciente irritación mientras «me daba cuenta» de que había sido engañado para excitar a Toby, hacerle ladrar de tal modo que, cuando mordiera, su acción pareciera natural.

Oh, tan afilado como el diente de una serpiente…

¿Sabéis contar hasta cinco, chicos y chicas?

Comfort era un hombre bajo, en realidad más bajo que Jennipher, de modo que no habría ningún problema.

Una peluca, una peluca, mi reino por una peluca. Rebusqué frenéticamente por entre el volcado perchero de trajes en medio del cual Tom, mi ayuda de cámara, dormía pacíficamente…, esperaba. Encontré una del tamaño y color correctos, pateé un poco de ropa encima del pie que se asomaba de Tom, me apresuré de vuelta y puse la peluca sobre la cabeza de Comfort. La arreglé artísticamente.

Más llamadas a la puerta. No podía hacer otra cosa excepto ignorarlas.

Unos cuantos toques con los lápices y pinceles de maquillaje, y el rostro del señor Isambard Comfort se convirtió en una razonable imitación de los encantadores rasgos de Jennipher…, desde suficiente distancia. No importaba; mantendría su pelo por encima de la mayor parte de su rostro, y si alguno de los otros actores observaba algo suponía que seguiría siendo fiel a su personaje. Nadie entre el público notaría nada extraño.

Hice rodar a Jennipher fuera del camastro y eché las sábanas encima de ella, tomé el flácido cuerpo de Comfort y descorrí el cierre de mi puerta con el pie. Me abrí camino por entre la frenética gente delante de mi puerta y corrí hacia el escenario. Corrí todo el camino hasta mi entrada, y entonces inicié el último y afligido viaje de Lear.

—¡Aullad, aullad, aullad! —Las palabras suenan ridículas, escritas de este modo. Uno necesita arrancarlas de lo más profundo de unas heridas entrañas, y por Dios que lo hice—. Oh, sois hombres de piedra: Si yo poseyera vuestras lenguas y vuestros ojos, los usaría de tal modo que la bóveda del cielo se cuartearía. Ella se ha ido para siempre.

No vi hombres de piedra; las piedras no sudan. Lo que vi fue el más aliviado grupo de personajes con el que jamás me haya encontrado. Simplemente habían pasado casi dos minutos intentando improvisar y mantener el tipo camino de una creciente catástrofe, y no sé qué hubieran hecho si hubieran tenido que pasar otros cinco minutos sin que el público empezara a agitase en sus asientos. Estaba tan orgulloso de ellos, Kent, Albania, Edgardo y todos los demás, por no traicionar ni un parpadeo de la euforia que debían de estar sintiendo ante mi demorada entrada. ¿Euforia? ¡Demonios, deseos de asesinato! Podía verlo en sus ojos: si Comfort no me había matado, ellos podían hacerlo.

—Dadme un espejo; si su aliento empaña o mancha su superficie, bien, entonces es que vive.

Deposité a «Cordelia» en el suelo, acunada entre mis brazos. Un mechón de pelo se agitó cuando Comfort exhaló. Yo había cerrado sus ojos, pero se estaban abriendo lentamente, y todavía había consciencia en ellos. Me miró, y volví la cabeza hacia el otro lado con respecto al público. Las luces estaban ahora sobre nosotros, una dorada suavidad que Polly había luchado durante todo un día por conseguir. Mis compañeros de reparto eran sombras, reunidas a nuestro alrededor.

—Esta pluma se mueve. ¡Está viva! —Metí mi mano detrás de su nuca, en el ángulo de la mandíbula, buscando la carótida. Apreté. ¡Oh, deseos de asesinato, por supuesto!

Mantuve la presión.

—¿Por qué debería un perro, un caballo, un ratón, tener vida, y tú no respirar en absoluto? —Sus ojos parecieron perder un poco de su brillo. Sería corto e indoloro para él, que era exactamente la forma en que yo lo deseaba. No lo olviden, los caronteses deseaban una muerte larga y dolorosa. Eso les aseguraba un lugar mejor en el Infierno. Pero Comfort no sentiría nada.

—No volverás más. Nunca, nunca, nunca, nunca, nunca. ¿Veis esto? Miradla. ¡Mirad sus labios! ¡Mirad aquí, mirad aquí!

Me derrumbé sobre él. Mi rostro estaba a tan sólo unos centímetros de distancia. ¿Disminuía aún más la luz? No podía estar seguro. Mis ojos estaban abiertos tan sólo unas leves rendijas, después de todo se suponía que yo estaba muerto.

Oí hablar a «Edgardo»:

—Debemos obedecer el peso de esta época, decir lo que sentimos, no lo que debemos decir. El anciano ha sufrido muchísimo: nosotros que somos jóvenes nunca veremos tanto ni viviremos tanto tiempo. Y, finalmente, el telón.

Yo estaba ya de pie, abriéndome camino a través de la oscuridad y un huracán de susurros en el escenario. Unas manos tiraban de mis ropas. Deseaban explicaciones, pero yo no tenía tiempo, ningún tiempo en absoluto. Entré en tromba en mi camerino y cerré la puerta de golpe detrás de mí. El telón no tardaría en alzarse de nuevo para los saludos, sólo tenía unos minutos.

Despojar a Comfort de sus ropas. El Pantechnicon estaba en un rincón, revuelto, volcado de lado, abierto, presumiblemente con sus colmillos inutilizados por Izzy. No era tan largo como un ataúd, pero sí más profundo y más ancho. Lo metí en él y cerré la tapa.

Una mirada a la jaula de Toby. Ahora sólo una luz roja. Ésta no se apagaría hasta que lo llevara a un veterinario; el dispositivo estaba diseñado para mantenerlo con vida, no para curarlo.

En la pantalla, en escena, los extras salían y entraban Gloucester, Albania, Francia, Kent. Atronadores aplausos.

Alcé a Jennipher y la senté en el camastro y le puse la ropa. La abofeteé, la pellizqué. Empezó a parpadear y le dio un manotazo sin fuerzas a mi

mano. La llevaría inconsciente si era preciso, pero ciertamente parecería extraño…

Ahora Edmundo, Edgardo y el Bufón. Los aplausos se hacían ensordecedores.

—Despierta, querida, tenemos que salir.

—¿Qué…?

—Te diste un golpe en la cabeza, querida. Pero tienes que reponerte, sólo unos pocos minutos más. Vamos, Jen, levántate. Puedes hacerlo, sé que puedes.

Sus ojos estaban abiertos ahora, pero su mirada estaba desenfocada. Alguien aporreaba de nuevo la puerta de mi camerino.

En escena, Gonerila, Regañía…, no Cordelia. Las tres hermanas deberían recibir juntas los aplausos.

—Arriba —dije, y la alcé en pie. Nunca iba a conseguirlo ella sola. Pasé mi brazo alrededor de su cintura y abrí la puerta.

—¡Fuera de mi camino! —aullé, y la gente se echó hacia atrás ante la locura de mis ojos y el trueno de mi voz. Llevé conmigo hasta el último gramo de dignidad de Lear mientras entraba en escena con mi Cordelia.

¿Por qué Lear y Cordelia? No es un papel tan grande como cualquiera de sus hermanas. Bien, imagínenlo. Me ocuparé de ello más tarde.

Cuando las luces nos golpearon el viejo instinto se apoderó de Jennipher. Sonrió, saludó, incluso consiguió mantenerse por sí misma mientras ella y todo el resto del reparto se volvían y me aplaudían. Debo decirles que, aunque fue probablemente la ovación más fuerte que he recibido nunca, apenas la oí. Estaba mirando a Jennipher con el rabillo del ojo, preparado para sostenerla si flaqueaba.

El telón descendió, brevemente, y de inmediato se alzó de nuevo para mostrar a todo el reparto en fila, cogidos de la mano, conmigo en el centro. Saludamos con una profunda inclinación de cabeza, aplaudimos al público, e hice un gesto en dirección a bastidores. Polly salió, se detuvo por un momento, saludó, y volvió entre bastidores de nuevo. Era todo lo que siempre ofrecía a la audiencia, no importaba lo mucho que clamorearan por más.

Entonces el telón bajó de nuevo, y Jennipher se puso a gritar.

Oh, fue un auténtico manicomio.

—¡Un hombre! —estaba gritando Jennipher—. Había un hombre en el camerino de Carson. ¡Me golpeó! Me golpeó, y luego…

La sujeté por los hombros y la miré con profunda preocupación.

—¿Un hombre? ¿Estás segura? ¿Adónde fue?

—Yo no…

—Sellen la zona del escenario —estaba diciendo Polly—. Quiero guardias en todas las salidas. Que todo el mundo se quede donde está.

La media docena de robustos hombres que habían deambulado por la producción desde el principio se materializaron de la nada; Polly había insistido en seguridad extra. Sus ojos no eran amistosos mientras intentaban escrutar debajo del maquillaje, buscando a un impostor. Cada uno llevaba un arma pequeña pero de aspecto mortífero y parecía más que dispuesto a usarla.

Y así se inició la búsqueda. El público no fue molestado. Se llegó rápidamente al acuerdo de que nadie podía haberse deslizado desde la zona del escenario hasta la platea sin ser observado, y nadie había visto nada.

Lo primero que descubrió la búsqueda fue, por supuesto, al pobre Tom. Esto aumentó las preocupaciones de todo el mundo, porque hasta entonces todavía era posible pensar que Jennipher sufría simplemente los efectos de un golpe en la cabeza, un golpe que para ayudar señalé que le había dado yo, accidentalmente, mientras la llevaba desde mi camerino. Después de todo su historia era vaga e improbable. Pero el cuerpo de Tom demostraba que algo había ocurrido.

Fue imposible reanimarlo rápidamente. El primer médico que llegó confirmó que había sido drogado. Cuando finalmente recobró los sentidos no fue de ninguna ayuda. No recordaba nada.

Todo fue un completo caos hasta que llegó la policía, lo cual era estupendo para mí. Pero pronto empezaron a imponer algún orden en todo aquel lío.

Mi historia —y estaba decidido a atenerme a ella— era que yo nunca me había dado cuenta de la presencia de Tom tendido bajo el montón de

ropas. ¿Y por qué tendría que haberle buscado allí? No, había llegado a mi camerino para descubrir que no estaba en él, lo cual me había sorprendido y decepcionado porque siempre había sido muy de fiar. Pero decidí arreglármelas solo, lo cual explicaba los retrasos en algunas de mis apariciones en escena. Pareció que se lo creían. ¿Por qué debería yo drogar a mi propio ayuda de cámara? ¿Por qué poner en peligro toda la representación?

Polly permaneció al margen de este interrogatorio, sin que su rostro traicionara nada a la policía pero diciendo mucho a mí. «Sparky, todavía estás lleno de mierda». Conseguí enviarle el más diminuto encogimiento culpable de hombros cuando los detectives no estaban mirando. Ella siguió sin decir nada.

Así que se decidió registrar todo el teatro, empezando por mi camerino. Al momento una detective estaba delante del Pantechnicon y lo señalaba.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Mi baúl. Todos los actores tienen un baúl. —Por un voluble momento estuve tentado a ponerme a cantar el coro de «Nacido en un baúl en el teatro Princess en Pocatello, Idaho», una canción que casi resumía mi vida.

—¿Quiere abrírmelo?

—Por supuesto. —Fui hacia ella, me situé de modo que mi sombra cayera sobre el baúl, y alcé la tapa. Ella miró dentro, y yo cerré la tapa.

Un teatro está siempre lleno a rebosar de huecos y agujeros donde esconder cosas. Se alzan paredes temporales, luego se vuelven permanentes, y de ello resultan pequeños espacios de extrañas formas. Se practican aberturas en los escenarios para entradas y salidas dramáticas, para trucos mágicos. Entre bastidores es un laberinto, lleno de pasarelas elevadas y quién sabe qué en el sótano. Por todo lo que sé no hay cloacas discurriendo debajo del teatro, pero el Fantasma de la Ópera no hubiera tenido ningún problema en ocultarse.

Pero con gente suficiente la búsqueda no tardó en terminar, y produjo… nada.

Había quienes deseaban empezar de nuevo, pero eran una minoría. Después de todo, había sido tan sólo un ataque, sin que se hubiera producido ningún daño permanente. Tom podría demandar al teatro si

quería, lo cual se arreglaría fuera de los tribunales con una indemnización nominal. Todos estaríamos alertas para que no se repitiera durante el resto de las representaciones, que prometían prolongarse bastante tiempo. El consenso era que el intruso había entrado de algún modo con el público y se había marchado con él, aunque pronto se demostró que eso no era posible. De todos modos, después de que hayas eliminado lo imposible, lo que queda, por improbable que sea…, es erróneo, en este caso. Pero yo no iba a decir nada al respecto.

Al fin las cosas se tranquilizaron. Más de una hora después de que bajara definitivamente el telón, cerré la puerta de mi camerino al último de los intrusos. Me quité la barba, fui al lavabo y me enjuagué la cara.

Y hubo una llamada a la puerta. Suspiré y fui a abrir.

Eran otros dos detectives. Lo supe de inmediato, porque me estaban mostrando sus identificaciones para que las examinara.

—¿El señor Carson Dyle? —preguntó uno de ellos.

—Sí. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—¿Conocido también como Kenneth Valentine?

No dije nada.

—Señor, tenemos razones para creer que es usted el antes mencionado Kenneth Valentine. Queda usted detenido por el asesinato de su padre, John Valentine. Por favor, no diga nada hasta que haya hablado con su abogado.

Y me esposaron.

—Este tribunal entra en sesión —dijo el juez.

Habían pasado casi cuarenta y ocho horas después de mi arresto. La justicia puede actuar muy rápidamente en la Luna, en especial en un caso de hace setenta años. Si después de todo este tiempo no tienes las cosas ya preparadas, decía el razonamiento, no las tendrás nunca. Nos habíamos saltado una representación, pero ahora se estaba dando una con mi reemplazo.

Habían ocurrido muchas cosas.

Había pasado el tiempo sumido en un absoluto terror, sintiendo que las paredes se cerraban sobre mí. Me dieron drogas para ayudarme a combatir

eso, pero cuando se acercó el momento del juicio me las retiraron a fin de que pudiera estar alerta para mi propia defensa.

Había contratado a Billy Flynn, el mejor abogado del planeta. Ahora podía permitírmelo, y parecía lógico que participara en lo que era considerado como el sexto o séptimo Juicio del Siglo.

¿Y cómo era eso?, se preguntarán. ¿Podía permitirme a Billy Flynn? ¿Un hombre que recientemente tenía que recurrir al teatro de marionetas de Punch y Judy para comprar un par de perritos calientes? ¿Que casi se había muerto de hambre de polizón entre Plutón y Oberón?

Oh, sí, era un hombre rico. Muy rico, con todo lo que eso representaba.

Cuando abandoné tan apresuradamente la Luna, hacía setenta años, Thimble Theater era un peso pesado en el mundo del espectáculo. Yo era el accionista mayoritario. Tras mi acusación de asesinato y subsiguiente huida, todos aquellos fondos fueron congelados y puestos en manos de un fideicomiso. No podía tocar ni un centavo de aquel dinero en ninguna parte del sistema. Es una ley sensata, supongo, puesto que hace muy difícil escapar de la persecución. Abandoné la Luna con el dinero que llevaba en los bolsillos y un pequeño préstamo de Tío Ed.

En mi ausencia, el fideicomiso fue requerido por ley a manejar mis fondos de la mejor manera posible para dar beneficios a la compañía, y así a mí y a los demás accionistas. Hicieron un muy buen trabajo. Thimble Theater era ahora el peso pesado del mundo del espectáculo. Yo era uno de los tres o cuatro hombres vivos más ricos.

Y no podía pagar ni el precio de un caramelo de palo.

Mi dinero me estaría aguardando después de que hubiera cumplido mi sentencia, si era sentenciado, o hallado no culpable, como cualquier otro ciudadano. Mientras tanto, sólo podía extraer el dinero necesario para pagar mis gastos legales. Afortunadamente, no tenía que contratar a Malcolm Malpractice, el tipo con la oficina encima de la barbería. Contraté a Flynn y Asociados, lo cual significaba que tenía todo un batallón de combate de abogados, pasantes, ayudantes, investigadores y auxiliares a mi disposición.

Así que lo primero que hice fue apuñalar a Billy por la espalda.

—¿Sentido común? —gritó—. ¿Sentido común? ¿Qué es todo esto que estoy oyendo acerca del Tribunal del Sentido Común? ¡Sparky, amigo mío,

eso es para gente que no lo hizo! En caso de que lo haya olvidado, ¡usted lo hizo! ¡Para hallar no culpable a la gente culpable tenemos al jurado, Sparks! ¡Los jurados están para eso!

Le dije que prefería correr el riesgo con el Juez.

—Déjeme decirle esto lentamente —dijo Billy lentamente—. La ley es un mulo. La ley es un mulo, y yo soy el despellejamulos.

Esto ocurría en su lujosa oficina, poco después de que yo hubiera casi admitido, pero no totalmente, que había matado a mi padre. Ni siquiera Billy Flynn iba a oír el papel que había tenido Elwood en el crimen, porque Elwood no iba a ser un elemento de mi defensa. Así que lo que le había dicho era que ya no recordaba lo que había ocurrido aquel día (cierto; tampoco lo había recordado exactamente aquel día), y que puesto que yo y mi padre éramos las únicas personas en el escenario, tenía que haber sido yo quien le había disparado. Cierto también.

—Un jurado es la mejor cosa que puede ocurrirle nunca a un defensor —siguió Billy—. Un jurado es la única criatura existente sin ningún cerebro y con doce culos. ¿Sabe cómo se determina la inteligencia de un jurado? Unono suma los CI y divide por doce. Uno toma el CI más bajo y divide eso por doce.

»Los jurados son arriesgados, no le mentiré acerca de eso. A veces su total estupidez se cruza en el camino y simplemente no comprenden lo que es correcto hacer. Que es lo que yo les digo que deben hacer. Pero nueve de cada diez veces puedo tirar de ellos hasta lograr el veredicto correcto. Con el Juez, usted obtendrá muy a menudo auténtica justicia, que es la última cosa que desea en este caso.

Había estado caminando arriba y abajo por la oficina, lanzando su perorata a un jurado que todavía no se había reunido. Ahora se situó detrás de su escritorio y se sentó, entrelazó los dedos y adoptó una actitud paterna. Billy Flynn parecía más viejo de lo que era, con un pelo en retroceso y gris en las sienes. Probablemente otro truco de jurado. Tenía un bigote a lo Adolphe Menjou y una voz cálida y ronca. Te gustaba aquel hombre, casi al instante.

—Déjeme darle el extremadamente breve curso Billy Flynn sobre la Ley, Sparky. Tras la Invasión, la forma legal dominante estaba basada en el

sistema inglés de jurisprudencia. La gente supone erróneamente que este sistema implica el impartir justicia. No es así. Está interesado únicamente en proporcionar imparcialidad, en conducir todos sus asuntos de acuerdo con un conjunto de reglas. Uno sabe cuáles son esas reglas y actúa según ellas, y a veces gana, a veces pierde. El sistema está muy lastrado en favor del acusado. Esto da como resultado cosas sorprendentes como «pruebas admisibles». Según la ley, cómo se han reunido las pruebas es más importante que su auténtico valor probatorio. En otras palabras, si la policía no actúa según las leyes, queda usted libre. No importa qué haya hecho, no importa lo abrumadoras que sean las pruebas. Caso sobreseído. Esta obvia locura es tolerada a causa de las «reglas».

»O tome el testimonio prejuicial. Si ha sido acusado usted de noventa robos, y es acusado del noventa y uno, con exactamente el mismo *modus operandi* que los anteriores, esas condenas previas no pueden ser presentadas como prueba contra usted. Podrían «prejuiciar» al jurado.

»El resultado es que el sistema legal inglés se basa con mucho en la forma en que puede usted salirse con bien si es culpable.

»Por supuesto, en estos últimos años, se ha intentado otro tipo de ley…

Podría escuchar a aquel hombre todo el día. Sólo sus argumentos en la audiencia para fijar la fianza valieron hasta el último céntimo de sus exorbitantes honorarios. Cuando hubo terminado, incluso yo estaba casi convencido de que no había el menor riesgo de que me fugara…, un hombre que había permanecido huido de la justicia durante setenta años, que no tenía dinero, ni raíces en la comunidad, y absolutamente nada que perder saltándose la fianza…, y que de hecho había pasado las últimas veinticuatro horas no pensando en nada más que en la mejor forma de salir de la ciudad si le era concedida la libertad bajo fianza. Pero yo no me hubiera dejado libre bajo mi propia responsabilidad, y el juez no lo hizo tampoco.

En un momento determinado le dije a Billy Flynn que hubiera podido ser un gran actor.

—Soy un gran actor —respondió.

Pero era un poco verboso, y yo no estaba tomando notas. Además, la mitad del poder de sus palabras residía en cómo las pronunciaba, algo que

cualquier actor comprende. Así que aunque gocé hasta el último minuto de la diatriba de dos horas que presentó como un extremadamente breve curso sobre la ley, no intentaré transcribirla aquí. Billy tenía mucho más que decir acerca del tradicional sistema inglés. Y mucho que decir acerca del nuevo sistema. Porque había otras formas.

Incluso en la ley común inglesa uno tenía a menudo la opción de ser juzgado por un juez o por un jurado. El juicio de un juez sabio y/o imparcial había sido el método usado por muchas culturas antes de la Invasión. A menudo funcionaba bien. Luego había el juicio de un consejo de ancianos, o de toda una comunidad. Detrás de tales sistemas siempre estaba La Ley, a veces llamada «costumbre», a veces escrita y a veces no. Había arbitradores y mediadores de todos tipos. Todos esos sistemas tenían sus fortalezas y sus debilidades.

La gente siempre había aspirado a más de lo que el sistema legal tradicional podía ofrecer. Billy tenía razón: la ley era un mulo. Y una buena razón de ello era que los legisladores se ven forzados por la naturaleza de las reglas codificadas a intentar anticipar cualquier situación que pueda surgir en los asuntos humanos. Esto es claramente imposible. Y, reconociendo lo imperfecto de los asuntos humanos, la ley tenía que dar un amplio margen al acusado si quería evitar la injusticia ante el inocente. Ambas cosas daban como resultado injusticias, incluso parodias de la ley. ¿No podía haber alguna forma mejor?

El sistema de un juez sabio e imparcial parecía ofrecer la mejor opción de hacer que la ley fuera más justa. Y sí, para intentar hacer algo que el sistema legal inglés ni siquiera intentaba: descubrir la verdad, hasta el punto en que podía decirse que este concepto existía realmente. En asuntos criminales, ¿era posible intentar determinar lo que realmente había ocurrido, como opuesto a lo que las pruebas admisibles y el testimonio de testigos de poca confianza y prejuiciados tendían a indicar que podía haber ocurrido?

Bueno, muy poco podía probarse nunca con un cien por ciento de veracidad. Pero podía determinarse su posibilidad hasta un alto grado de probabilidad, y teníamos una máquina que era muy buena precisamente en este tipo de cosas.

El Ordenador Central Lunar.

¡Oh, Dios mío, cómo aullaron los abogados cuando fue sugerido esto!

La proposición básica llevaba rondando más de un siglo cuando finalmente se acordó, pese a las fuertes objeciones de la abogacía, darle al nuevo sistema un período de prueba opcional de veinte años, y tras veinte años someterlo a votación. En la actualidad llevábamos quince años de experimento, y seguíamos siendo el único planeta con un sistema legal dual. Pero la Luna estaba siendo observada intensamente por todos los demás planetas del sistema con un gobierno elegido, que sabían ver algo políticamente popular apenas le echaban el ojo encima.

A la gente le gustaba el nuevo sistema. Parecía funcionar mejor.

Oficialmente recibía el nombre de Prueba de Protocolos Judiciales. Los profesionales de la ley solían llamarlo el Juez. El público, al cabo de pocos años, empezó a referirse a él como el Tribunal del Sentido Común.

Éste era el sistema a cuya tierna merced me arrojaba. ¿Por qué? Por muchas razones que no necesito explorar, y una que no puedo explicar completamente. Mi primer visitante, tras mi consulta inicial con Billy Flynn, fue Hildy Johnson, y eso es lo que me tenía que decir:

—Sparky, sé lo que tu caro abogado acaba de decirte. Me gustaría darte un pequeño consejo que te va a costar mucho menos. Ve ante el Juez. No lo lamentarás. Te lo garantizo.

Debo decir que Hildy Johnson nunca me había mentido, aunque por supuesto las primeras palabras que salieron de su boca cuando nos conocimos eran una mentira. Pero nos habíamos convertido en muy buenos amigos hacía ya mucho tiempo, y ella nunca me había traicionado. Ni siquiera cuando hubiera podido sacarle provecho profesional a hacerlo.

De modo que sería el Juez.

Me hubiera sentido mucho más confiado en mis posibilidades si no dejara de recordar que el OC lunar había sufrido, no hacía mucho, un colapso nervioso planetario.

Todo lo relativo a la Prueba de Protocolos Judiciales era diferente.

Todos los juicios eran televisados, incluso aunque nadie los sintonizara. La mayoría eran lo suficientemente aburridos como para que una pequeña habitación, una mesa y media docena de sillas fueran suficientes. Pero para los casos de mayor trascendencia podían habilitarse salas más grandes.

El caso de la Luna contra Kenneth Valentine se celebró en la sala de audiencias más grande de la PPJ, que podía acomodar a quinientas personas. Se llenó al instante, con los asientos junto al estrado pagándose a más de mil dólares. La sala en sí no tenía nada de particular, no era más que un gran cobertizo con colgaduras de terciopelo marrón en las paredes, una iluminación en absoluto inspiradora, moqueta gris, y más marrón en los muebles. Necesitaba urgentemente un diseñador de decorados.

Cerca de una de las paredes había una gran mesa redonda con sillas de respaldo bajo sobre ruedas para veinte personas. Sobre esa pared colgaba una pantalla de televisión de seis metros. La mesa era de laminado plástico imitando las vetas de la madera. A unos pocos metros detrás había una barandilla baja en forma de U, y detrás de ella hileras concéntricas de asientos, formando pendiente para que todo el mundo pudiera ver. Era como un teatro extraído de una vieja película o la sala de conferencias de una universidad: Ley Introductora 101 de Primer Curso. Un pasillo descendía por el centro hasta la única abertura en la barandilla. Los testigos que acudían a testificar tenían que entrar por allí.

Los fiscales se sentaban directamente al otro lado de la mesa delante de mí, mi equipo de defensa, el amasijo de papeles y maletines y ordenadores portátiles que los rodeaba, y Toby.

Había conseguido hablarle a Polly del problema de Toby mientras era conducido por la policía. Lo había llevado al veterinario y me lo había entregado en la celda de retención justo al fondo de la sala hacía apenas una hora. Se había mostrado feliz de verme, pero no excesivamente. Toby es un genio para un perro, pero estoy seguro de que no tenía ni idea de lo que le había ocurrido. Y menos todavía de lo que le había hecho a Izzy; imagino que consideraba la firme dieta de carne cruda que había recibido de Polly —a petición mía— como algo simplemente merecido.

Digerir toda esa carne es un trabajo duro. Después de que lo pusiera sobre la mesa miró a su alrededor, evaluando la escena, pero cuando vio que

la gente no estaba allí para ver su actuación se enroscó sobre una pila de informes legales y se puso a dormir. De tanto en tanto podía oír retumbar su estómago.

En el centro de la mesa estaba el Juez.

No realmente, por supuesto. No había ningún «Juez», en el sentido estricto de un objeto físico presente en la sala. Pero excepto cuando uno se comunica directamente con el OC, en cuyo caso su voz llega a través del teléfono personal implantado en uno, la gente prefiere que el sonido proceda de alguna fuente visible, no que emane simplemente de las paredes. Proporciona al acusado y a los abogados algo a lo que mirar, y es mejor para la televisión. De modo que se había instalado una pequeña caja con pantallas a cada lado. En ellas se podían mostrar las pruebas y los testimonios grabados, y cuando el OC hablaba, las pantallas mostraban un logotipo de aspecto oficioso del departamento de la PPJ.

Tan pronto como el tribunal se hubo declarado en sesión me puse en pie.

—Su Señoría —dije—, me gustaría efectuar una declaración de apertura.

Billy Flynn me estaba mirando como si yo estuviera loco.

—Señor Valentine —dijo el Juez—, no es necesario que se dirija a mí como «Su Señoría». Y no es necesario que se ponga en pie cuando hable.

—Entiendo, Su Señoría, pero preferiría hacer ambas cosas.

—Como quiera.

—Su Señoría, deseo que quede registrado que, si soy declarado culpable de esta acusación, y mi sentencia incluye un período de tiempo en el cual deba ser encerrado en una celda de una prisión, deseo que se me proporcionen los medios necesarios para terminar con mi vida.

Hubo jadeos impresionados entre el público.

—¡No digas eso, Sparky! —gritó alguien.

—Alguacil —dijo el Juez—, por favor retire al ocupante del asiento 451. —El idiota fue inmediatamente expulsado del asiento por el que había pagado mucho, y un propietario de un tique alternativo ocupó su lugar. Al Juez no le importaban los murmullos, los jadeos o las risas, pero los comentarios del público estaban prohibidos.

—Está en su derecho, por supuesto —prosiguió el Juez—. Es prematuro, pero su petición queda anotada. Dígame, ¿es usted claustrofóbico? No veo ninguna mención de ello en su evaluación psicológica.

—No, Su Señoría —dije, recordando mi viaje a Oberón y mi camarote en el *Guy Fawkes*—. Quizá la palabra sea prisionfóbico. No puedo soportar la cárcel. Me volvería loco.

—Si esto es una apelación de lenidad, debería reservarla para la fase de la sentencia, en todo caso.

—No es ninguna apelación, Su Señoría. Simplemente deseo que quede constancia. También tengo otra razón, que revelaré si resulta necesario.

De hecho no había ninguna buena razón para decir nada de aquello, excepto que me hacía sentir mucho mejor sacármelo del pecho. También hablaba completamente en serio. ¿Y por qué no? Una condena en prisión podía ser muy bien una sentencia de muerte para mí. Les daba a los caronteses dos opciones. Podían asesinarme en prisión (meter a alguien dentro de una prisión es la cosa más fácil del mundo), o podían simplemente aguardar en la puerta hasta que mi liberación me pusiera directamente en sus manos. Planearan lo que planearan, no iba a darles ninguna oportunidad.

Sí, todavía estarían tras de mí. Y sabía que preferirían la opción dos, con la oportunidad de aproximadamente un año de sofisticada tortura antes de mi muerte final. Mucho mejor tomar la Píldora Negra.

Pero no iba a hacerlo en silencio. Sabía que los caronteses odiaban la publicidad, odiaban cualquier tipo de alboroto. Bien, iba a proporcionarles un alboroto infernal. Iba a contar toda mi historia, revelarle al mundo civilizado por qué elegía quitarme la vida. Sabía dónde estaban sus simpatías. Algún día, alguien va a hacer algo acerca de los caronteses, y cualquier cosa que yo pudiera hacer para levantar la opinión pública contra aquellos monstruos…, bien, pensaría en aquello como mi testamento.

—Procederemos con la Luna contra Valentine —dijo el Juez—. Se ha alegado que Kenneth Valentine, hace setenta y un años, violó la ley criminal lunar asesinando a John Valentine, su padre. —En la pantalla delante de mí y en la de la pared a mi izquierda apareció una copia de la acusación

formal, que nunca sería leída en voz alta en aquel tribunal. Era una de las muchas formas en que se aceleraban las cosas con el Juez. Las minucias de los procedimientos eran simplemente dadas por supuestas.

—Las pruebas físicas que apoyan la acusación con las siguientes:

»Una pistola. —En la pantalla vi una imagen de la pistola, seguida por una descripción técnica. Si mis abogados deseaban poner objeciones a alguna parte de aquella prueba, podían simplemente expresarlo en voz alta. Ninguno lo hizo.

»Ropa manchada de sangre perteneciente a John Valentine. —De nuevo una imagen. Los objetos en sí no aparecerían en el tribunal, y me sentí agradecido por ello. El Juez hizo una pausa mientras la pantalla mostraba e identificaba una serie de informes, todos ellos de hacía setenta años, y todos ellos disponibles para mis abogados en sus propios ordenadores. Los informes eran de los científicos forenses, y establecían que la sangre era de mi padre y demás. Luego hubo declaraciones del equipo de aquella lejana producción acerca de que sí, aquellas prendas de ropa habían sido llevadas por John Valentine en su papel de Montague.

Y así sucesivamente. Se necesitaron casi dos minutos para establecer que todos aquellos datos existían, un proceso que hubiera tomado una semana en un tribunal regular. ¿Por qué molestarse y perder el tiempo examinando y contraexaminando las pruebas? Nada de aquello era difícil de comprender, y todo había sido revisado y autenticado por el Ordenador Central, el Juez. Y de hecho Billy Flynn no había tenido problemas con nada de ello, aunque me dijo que hubiera trabajado sobre el informe de cada «experto» durante al menos un día si el caso se hubiera presentado ante un jurado. Hubiera hecho declarar a todos esos expertos. Es decir, aquellos que todavía hubieran podido ser localizados, por supuesto. Setenta años es mucho tiempo, incluso en estos días. Algunos podían estar viviendo en Plutón.

Algunos podían estar muertos. Algunos podían ser presentados como incompetentes.

—Hubiera podido hacer que el noventa por ciento de esto fuera declarado inadmisible —murmuró Billy en mi oído.

—Una bala de plomo, calibre cuarenta y cinco, recuperada de una pared en el teatro John Valentine. —Declaración del coroner. Declaración del experto en balística. Paso al siguiente objeto.

Miré a través de la mesa a los fiscales. Eran sólo tres, frente a los nueve caros abogados de mi lado. Todos ellos estaban sentados en silencio, las manos cruzadas, sin usar sus terminales. Debería describir sus expresiones como complacidas. ¿Quién podía culparles por ello?

—Ésas son todas las pruebas físicas conocidas actualmente por el tribunal. Pasaremos ahora a más pruebas forenses.

—Aquí es donde pierde usted más —me dijo Billy.

Lo que quería decir era que las pruebas científicas seguían siendo todavía el área con más oportunidades para un buen abogado de la defensa: ofuscación.

Un juicio con un jurado de gente semejante a uno significa un juicio con idiotas. Idiotas como yo, idiotas como ustedes. Recuerden, puede que tengan once genios y un retrasado mental, pero el retrasado mental es el que gobierna.

¿Dicen que ustedes no son idiotas? Quizá no, en lo que hacen. Pero ¿qué saben ustedes de identificar huellas dactilares? ¿De examinar marcas de balas? ¿Del perfil del ADN? ¿De las pruebas químicas sobre materiales? ¿De escáneres retinales? ¿De patología? ¿De investigación en la escena del crimen, de pruebas psicológicas, de estrategias de interrogatorio, de modulación de frecuencia de las armas láser? Si saben ustedes algo acerca de alguna de estas cosas, saben mucho más que yo. Y ésas son tecnologías que han estado siglos con nosotros; ¿qué saben ustedes de las nuevas materias, las técnicas realmente de última hornada sobre las que quizá tan sólo tres personas en la Luna saben algo? Respuesta: nada. De modo que, ¿qué les hace pensar que están ustedes cualificados para sentarse en el juicio de alguien cuyo destino depende de su comprensión?

Aquí es donde tradicionalmente recurrimos a los expertos.

—Un testigo experto —me había dicho Billy Flynn— es el tipo con credenciales al que pagar para que testifique lo que quieres que testifique. Un testigo experto incompetente es el llamado por el otro lado.

Un resumen perfecto, pensé. Así que un pelmazo distinguido dice que el cielo es azul, y otro dice que el cielo es negro. Tú tienes sólo una vaga idea de cómo es el cielo, puesto que nunca lo has visto. ¿A quién crees?

Bueno, al que se presenta mejor en el estrado, por supuesto. El que mejor sobrevive al bombardeo de preguntas del otro lado.

Antes de que nos sentáramos alrededor de la mesa, el Juez había consultado ya a los tres o cuatro expertos en el campo… cualquier campo. Y en general todo era una formalidad, puesto que el Juez ya estaba versado en todo dentro del campo, y aportaba al problema la experiencia de un millón de juicios, mil millones de pruebas.

Oh, fue un día negro para la profesión legal cuando finalmente fue puesto en práctica la PPJ. La confianza del público en un veredicto de la PPJ se inició a un nivel que podríamos describir como dubitativo, pero a lo largo de quince años había despegado. Ahora estaba tan alto que había la impresión general de que cualquiera que pidiera un juicio con jurado tenía que ser culpable. Lo cual, naturalmente, tino todo el sistema judicial. Y dejó a los abogados en la incómoda posición de intentar retener el antiguo sistema porque…, bueno, porque era el único método de conseguir que sus clientes culpables fueran exonerados.

Les dejaré que imaginen cómo funcionó este argumento entre los contribuyentes.

Un día negro, realmente.

Y ciertamente las cosas no parecían irle bien al viejo Sparky. ¿Qué podía tener el pequeño maquinador en mente?

—Presentadas ya todas las pruebas sometidas a consideración, el tribunal oirá ahora las argumentaciones.

Que es donde empieza la auténtica diversión en un tribunal PPJ.

—Su Señoría, quisiera…

—Todo el mundo me está llamando «Su Señoría». Los halagos no van a llevarle a ninguna parte.

Hubo risas entre el público.

—Simplemente sigo la tónica de mi cliente —dijo afablemente Flynn—. ¿Y por qué no? He sido educado en el respeto al tribunal, y aunque éste no lo exija, yo lo respeto, y mostrar respeto no perjudica a nadie. Y nunca soñaría en intentar ningún halago. —Más risas—. Así que, Su Señoría, declararé desde un principio que efectivamente mi cliente mató a John Valentine, de la forma y en la fecha especificadas. Y que lo hizo en defensa propia.

—Podría haber ahorrado usted a este tribunal veinte minutos de recapitulaciones si hubiera dicho esto desde un principio —gruñó cortante la fiscal jefe. Era una mujer realmente dura, de ojos fruncidos, con pelo de acero inoxidable y rostro que parecía una máscara de latón, la arpía tradicional. Pero posiblemente me dejo llevar por los prejuicios.

Se llamaba Roxy Hart y era, naturalmente, la fiscal jefe de King City, y tenía los ojos puestos en el cargo de alcalde. Aquélla era una oportunidad perfecta para ella de dejarse ver ante los votantes, aunque debió de pensar antes largo y tendido sobre ello. Meter asesinos en la cárcel era siempre un acto políticamente popular, pero el pequeño «Sparky» tenía todavía sus defensores y sus fans acérrimos. Aunque mi decisión de presentarme ante el Juez la había convertido virtualmente en no perdedora. Difícilmente tenía ningún trabajo que hacer. Todo había sido hecho ya por ella por el departamento de policía hacía setenta años, y su única misión era simplemente tirar de la cuerda. Las críticas, si las había, recaerían sobre el Juez. Ella lo único que tendría que hacer sería caminar un poco por la cuerda floja, me dijo Billy, mostrándose dura hacia el crimen pero no demasiado severa hacia una figura popular.

—Protestará durante un tiempo —dijo—, luego no se opondrá a una reducción de los cargos. Homicidio impremeditado, algo así.

—La afirmación de que este asesinato fue en defensa propia es ridícula —continuó la fiscal—. John Valentine estaba armado con una espada de utilería. No se ha presentado ninguna prueba de que intentara matar a Kenneth Valentine.

—Esa «espada de utilería» tenía un borde lo bastante afilado como para que uno pudiera afeitarse con él —contraatacó Billy—. Ambos testigos vieron numerosas heridas en mi cliente. El si John pensaba realmente matar

a mi cliente o no es algo que nunca sabremos, pero resulta claro que tenía intención de herirle seriamente. En estas circunstancias, es razonable que Kenneth temiera por su vida, lo cual es la prueba básica de la defensa propia.

—No era ni más ni menos que una lección de esgrima.

—Una lección muy sangrienta, y…

—Una lección de esgrima como una docena de otras lecciones en esta época. Podemos aportar testigos de que hoy, en escena, las heridas no son raras, e incluso esperadas mientras uno aprende el arte de la esgrima. Las heridas sufridas por el joven Valentina no le impidieron huir de la escena del crimen. Sin atención médica de ninguna clase, fue a la disneylandia de Texas, donde fue atendido por el médico residente, que ha afirmado que las heridas no hacían peligrar su vida.

—Resulta fácil determinar esto después del hecho, no tan fácil de saber cuando uno es usado como un alfiletero humano.

—¡Oh, por favor! Se está mostrando grandilocuente con vistas a los sondeos.

Lo cual, naturalmente, era algo que estaban haciendo ambos.

La cosa siguió así durante unos minutos, gritándose el uno al otro. El Juez no lo interrumpió; el OC no tenía problema en seguir una docena de conversaciones a la vez.

¿Saben quiénes se habían beneficiado más del nuevo sistema? Los dramaturgos. Durante siglos los autores teatrales habían escrito escenas, enteramente fantasiosas, de confrontaciones en los tribunales. La gente las aceptaba porque un drama no podía permitirse el lujo de ser aburrido, y eso es exactamente lo que es un tribunal. Aburrido. Mucha gente nunca se da cuenta de esto hasta que va personalmente a un tribunal, y ve lo sorprendentemente lentos que pueden ser los procedimientos.

Puesto que al Juez no le importa el decoro y permite una amplitud casi ilimitada a lo que puede decirse, las cosas pueden ser realmente muy calientes en la fase de argumentación de un juicio PPJ. Los gritos son un estándar, y los puñetazos no dejan de ser comunes.

Pero ¿por qué permitir todas esas payasadas? El Juez no se deja dominar por la emoción, ¿verdad?

Sólo en un sentido, el de los sondeos que la fiscal Hart había mencionado. Los sondeos: la razón por la cual la gente llamaba el sistema PPJ el Tribunal del Sentido Común. El último reducto del sistema del jurado. La única parte del nuevo régimen que los abogados apreciaban realmente, porque era la única parte que les permitía apelar a la emoción.

Antes de un juicio, y más especialmente durante el juicio, el Juez tenía sus dedos apoyados sobre el pulso del público. Puesto que el OC estaba en contacto constante con virtualmente cualquier ciudadano de la Luna (con algunas pocas excepciones, como los amish exteriores, mi padre y yo), este proceso no era intrusivo. El ciudadano medio efectuaba docenas de transacciones con el OC cada día. Durante una de ellas, el Juez podía preguntar: «Supongamos que un hombre roba una hogaza de pan…» o cualquier otra cosa que se estuviera debatiendo en el caso. El ciudadano escuchaba, hacía preguntas, luego ofrecía una opinión sobre el asunto. ¿Era justo? ¿Se conformaba la pena propuesta con la intención de los legisladores, y no sólo con la letra de la ley? ¿Daría como resultado la letra de la ley una injusticia, una lenidad no deseada? ¿Era realmente el crimen peor que lo que los legisladores habían previsto cuando establecieron las penas?

Las respuestas eran sumadas a la complicada ecuación, constantemente revisada, que determinaba el veredicto, o en el caso de la PPJ, el «número». Esta ecuación formaba la parte del «protocolo» de la PPJ. En quince años los algoritmos de la justicia se habían refinado de una forma soberbia. Se estaban acercando, aunque probablemente nunca la alcanzaran, a esa encantadora palabra, «justo». Como en un juego justo. Ningún concepto de justicia satisfará nunca a todo el mundo, pero si satisfacías a la mayoría de la gente la mayor parte del tiempo, estabas haciéndolo mucho mejor que nunca lo había hecho el antiguo sistema.

En mi caso, no era necesaria ninguna pregunta hipotética. El Juez simplemente preguntaba: «¿Qué piensa usted del caso Sparky?», y el ciudadano medio ya sabía de qué iba la cosa. Así, unos cuantos miles de ciudadanos elegidos al azar funcionaban como un panel no preseleccionado. Habían cumplido con su «deber de jurado», una carga onerosa bajo el antiguo sistema. Habían malgastado diez minutos de su tiempo, cosa que la

mayoría aceptaba, incluso disfrutaba. Y el veredicto final a favor o en contra hacia mí contendría un elemento de juicio de mis semejantes.

En esto estaban enzarzados Billy y Roxy. Una lucha por influenciar la opinión del público. Típicamente no tenían mucho tiempo para ello, así que la lucha era rápida y furiosa.

Soy incapaz de informar de todo lo que se dijo en los siguientes veinte minutos; en ocasiones los doce abogados estaban gritando a la vez. Y francamente, si el Juez me hubiera pedido que votara sobre el resultado basándome en el comportamiento de los letrados de ambas partes, hubiera votado por cesarlos a todos. Resulta difícil de creer que pudieran influir en la opinión de nadie en la enorme audiencia.

Pero organizaron todo un espectáculo. Si quieren verlo, hay vídeos disponibles a un precio razonable. Demonios, compren dos. Tengo unos *royalties* de un tres por ciento. Si no son de la Luna les recomiendo que compren uno y echen una mirada; probablemente estén viendo su propio futuro. Será mejor que se acostumbren a él.

—Creo que ya tenemos suficiente de esto —dijo finalmente el Juez—. Señor Flynn, ¿desea llamar usted a algún testigo?

—Sí, me gustaría que Rose Wilkinson dijera lo que vio.

—¿El día del asesinato? —preguntó Hart.

—Ese día preciso, hace setenta años —dijo Flynn, imperturbable. Rose fue llamada a la mesa. Tomó asiento a media distancia entre los bandos opuestos, lo cual estoy seguro de que Gideon Peppy hubiera hallado significativo. No la reconocí, pero eso no era sorprendente. La mayoría de la gente cambia un poco su apariencia cada década o así; normalmente nada radical, pero sí lo suficiente como para que, si no estás en contacto con ella durante largo tiempo, tengas la primera impresión de que es otra persona.

—Señora Wilkinson —dijo el Juez—, ha declarado usted que estaba empleada como ayudante del director de escena para una producción de *Romeo y Julieta*, hace setenta años.

—Correcto. Por el señor Valentine. Quiero decir, por el señor John…

—¿Por qué no los llama usted John y Kenneth? —sugirió el Juez.

—De acuerdo.

—¿Puede decirnos lo que vio, lo que recuerda?

—Sí. Yo estaba entre bastidores con una periodista, Hildy Johnson. No recuerdo de qué estábamos hablando. Probablemente de John Valentine, porque yo lo odiaba más de lo que nunca he odiado a nadie, antes o después. —Lanzó una mirada a Roxy Hart, que tenía el ceño fruncido. Deseaba saltar en pie y objetar, pero no podía. El Juez estaba al control allí, y presumiblemente ignoraría las declaraciones prejuiciadas—. Oímos un disparo. Bueno, un ruido fuerte que más tarde supe que era un disparo. Salimos al escenario a investigar, y vi a Sparky…, lo siento, a Kenneth, de pie allá con una pistola en la mano. Y el señor…, y John estaba tendido de espaldas. Recuerdo haber olido a humo, supongo que era el humo de la pistola.

Siguió adelante de forma bastante concisa con su historia. Cuando empezaba a divagar, el Juez la encaminaba gentilmente de nuevo a sus carriles.

—Fue la cosa más horrible que haya visto nunca —dijo, estremeciéndose un poco. Yo tampoco me sentía demasiado bien—. El pobre Sparky de pie allí… No creo que supiera lo que había ocurrido. No podía estar en sus cabales…, ¡pero aquel horrible, horrible hombre! Sparky era incapaz de decirle nunca no. Humillaba a su hijo delante de toda la compañía, lo trataba como un sirviente o un niño desobediente…, y me alegro de que esté muerto.

Hubo una oleada de susurros en la sala cuando terminó. Descubrí que yo tenía las uñas clavadas en las palmas de mis manos. Hice un esfuerzo por relajarme; toda la Luna estaba mirando.

—Deseo señalar —dijo Hart— que la cuestión de la cordura de Kenneth Valentine no es un tema que se haya abordado aquí.

—Anotado —dijo el Juez—. ¿Hay más testigos?

—Me gustaría llamar a Hildy Johnson —dijo Billy. Fue llamada Hildy.

Fue llamada de nuevo. Y una tercera vez.

¿Qué he hecho?, me pregunté a mí mismo. Y me respondí: He puesto mi destino en manos de una periodista.

—Estoy emitiendo una citación para que se presente Hildy Johnson —dijo el Juez—. Mientras tanto, su declaración está en los registros y todos ustedes la han leído. Su testimonio será tomado en una fecha posterior, y si

de él resulta algo de relevancia se emitirá un veredicto corregido. Ahora, ¿hay algún miembro del público que posea hechos pertinentes relativos a este caso? Y déjenme recordarles que yo soy el único juez relevante, y que cualquiera que intente usar este tribunal como un foro para efectuar declaraciones no pertinentes será tratado con severidad, tal como prevé la ley. Este tribunal no es una caja de jabón puesta del revés en medio de un parque, ni un foro de expresión para los desafectos.

Esto era conocido como la «ley de la tribuna de oradores», y fue pasada cuando se hizo claro que esta fase final de la PPJ era el momento ideal para que lo aprovechara cualquiera con un hacha que afilar. La gente se ponía en pie y lanzaba diatribas contra esta o esa ley, aireando mezquinos resentimientos y generalmente convirtiéndose en pelmazos. Ahora, si alguien tenía algún hecho nuevo —y nadie lo tenía nunca— era el momento de presentarlo. De otro modo, cualquier declaración sobre mi carácter o la falta de él podía ser o no permitida, pero no mucho más.

La puerta de la sala del tribunal se abrió de pronto bruscamente e Hildy Johnson entró con paso precipitado, agitando unas hojas de papel.

—¡Aquí estoy, Su Señoría! —gritó.

El Juez tomó nota de ello sin alterarse. La audiencia fue un poco más demostrativa, pero se apaciguó rápidamente cuando Hildy recorrió el pasillo y halló un asiento justo a la izquierda de Billy Flynn.

—Tal vez este tribunal desee… —empezó.

—Ha acudido usted al tribunal equivocado —dijo el Juez—. Ni deseo ni dejo de desear nada. Por favor, ahórreme todas las formalidades. ¿Qué es lo que tiene para mostrarme?

—Acabo de encontrar algo interesante… —empezó de nuevo.

—Un momento. Hildy, ¿está usted empleada en una organización de recopilación de noticias?

—Oh, lo estaba, Juez. En estos momentos estoy en un período sabático, pero envío alguna que otra historia cuando la encuentro.

—Al mejor postor, supongo.

—Ahí es donde está el dinero, Juez.

—¿Puedo presumir pues que su reciente y espectacular entrada en este tribunal realzará el valor de cualquier historia que surja de su participación en este juicio?

—No le hará ningún daño —admitió Hildy. Hubo risas entre la audiencia.

—¿Por qué tengo la sensación —dijo el Juez— de que alguien me está tirando de la nariz? —Lo cual no dejaba de ser una idea curiosa para un ordenador.

—Bueno, Su Se…, Juez, nadie ha dicho nunca que yo no pueda elaborar las noticias además de transmitirlas.

—Adelante, pues. ¿Cuál es su sorprendente nueva prueba?

—No estoy segura de que entre dentro de la naturaleza de las pruebas, Juez. Pero creo que he descubierto un interesante camino de exploración. Si quisiera usted meter estas imágenes en la pantalla grande…

Fueron proyectadas, y sentí una puñalada en el corazón. Eran cuatro imágenes de mi padre. Fotos publicitarias, sonriendo, mostrando su mejor perfil. Fotos que no había visto desde hacía muchos años.

Hubo algunos jadeos, y un zumbido creciente de conversaciones susurradas. Yo no sabía lo que estaba ocurriendo.

—Estaba simplemente contemplando estas fotos hoy —siguió Hildy—. Como usted sabe, no he visto a Sparky…, esto, a Kenneth, desde hace muchos años. La última vez que le vi tenía veintinueve años, pero todavía estaba dentro del cuerpo de un quinceañero. Cuando fue arrestado hace dos días tenía el aspecto de un hombre viejo, el rey Lear. No imagino que en los setenta años de su exilio haya llevado lo que podemos llamar «su propia» cara muchas veces, si la ha llevado alguna vez.

—Nunca, Su Señoría —confirmé.

—Eso sospechaba —dijo Hildy—. Era poco probable que fuera reconocido como Sparky; Sparky nunca creció más allá de los ocho años. Pero la psicología del fugitivo, si no otra cosa, me hizo pensar que rehuiría su aspecto natural. Hasta hoy.

—Sí, ya veo lo que quiere decir —dijo el Juez. Puede que él lo viera, pero yo seguía sin verlo. El tribunal me había ordenado abandonar todo

artificio para mis comparecencias. Obedecí. Cuando lo hice, vi un rostro en el espejo que se parecía mucho al de mi padre.

—La foto superior derecha —dijo Hildy— no es de John Valentine, sino de su hijo, Kenneth, tomada del vídeo de esta sala del tribunal hace menos de diez minutos.

La miré dubitativo. Tenía que aceptar su palabra. No la hubiera elegido de entre las cuatro, excepto que ahora observé que «John Valentine» llevaba ropas idénticas a las que llevaba yo.

—Hay un fuerte parecido familiar —reconoció el Juez.

—Creo que es más que eso, Juez. Mucho más. Creo que este hombre, Kenneth Valentine, es John Valentine.

Éste hubiera sido el momento, en un drama normal, para que el juez golpeara con su martillo y gritara «¡Ordenen la sala!». El Juez simplemente dejó que el estallido impresionado de la audiencia muriera por sí mismo. Toby alzó la cabeza, preguntándose si ya era hora de irnos. Luego, al ver que no, volvió a dormirse. Lo siguiente que pudimos oír fue a Hildy que alzaba la voz.

—Juez, me gustaría solicitar que compare usted el ADN del difunto John Valentine con el de su hijo.

No había necesidad de ordenar tomas de muestras o efectuar pruebas. Todo el mundo estaba ya presente en la memoria del OC. Tras una pausa de unos pocos segundos, el Juez habló de nuevo.

—Son idénticos, como sospecho que usted sabía que tenían que serlo.

—No hasta hace muy poco —dijo Hildy. No mencionó un intervalo de tiempo específico, y me pregunté si alguien más se habría dado cuenta de ello. Pero fuera detrás de lo que fuera, yo sabía que era demasiado cautelosa para quebrantar ninguna ley—. Pero recientemente hablé con alguien que confirmó mis sospechas. Hoy está aquí en este tribunal, y tiene algo que decirle. El señor Edwin Booth Valentine.

¿Tío Ed? ¿Allí en el tribunal? No había visto por ninguna parte la carretilla elevadora necesaria para moverlo de un lado para otro.

Pero en vez de una montaña humana, sólo era una pequeña colina la que se levantó de dos asientos en medio de la audiencia (y eso debía de haberle costado a Hildy un buen dinero). Tío Ed era una sombra de su antiguo yo;

dudo que pesara mucho más de doscientos cincuenta kilos. Avanzó cuidadosamente por el pasillo, y una vez más hubo un creciente murmullo, esta vez de reconocimiento. Oí susurros: «Ed Ventura. Es Ed Ventura». A lo cual muchos de los observadores más jóvenes debían de estar respondiendo: «¿Ed qué?».

Oh, pero pronto lo sabrían. Aquello se estaba convirtiendo en un circo de proporciones monumentales. Un antiguo parricidio, que implicaba al más querido niño actor de la Luna. Setenta años huyendo. Un arresto espectacular en mitad del escenario. El mejor abogado defensor criminalista de la Luna contra la más brillante estrella política ascendente de King City. Revelaciones genéticas de último minuto que yo todavía seguía sin captar. Y ahora, ¡no podía haber un circo sin un elefante! Un rostro famoso del Cementerio de Elefantes de las Viejas Estrellas crecido hasta un tamaño enorme (y si supieran; pero lo sabrían, lo sabrían, cuando los periodistas empezaran a escarbar).

Aquello tenía las huellas dactilares de Hildy Johnson por todas partes.

Ni siquiera el nuevo Tío Ed, una sombra de su antiguo yo, encajaría en ninguna de las sillas alrededor de la mesa. Esto no pareció preocuparle. Simplemente se quedó junto a la barandilla, aguardando. Si estaba trastornado de algún modo por aquella revelación pública de su aventura amorosa con la corpulencia, nunca lo dejó entrever.

—John Valentine era mi hermano —dijo, con su vibrante voz de barítono—. No estábamos… muy unidos. Hubo muchos desacuerdos a lo largo de los años, sobre todo centrados en mi carrera, que él veía como vender el oficio de actor. Sin embargo, él no estaba por encima de aceptar un «préstamo» de tanto en tanto. Yo sabía que nunca volvería a ver el dinero de nuevo, pero por aquel entonces yo estaba ganando mucho y…, bueno, eso no tiene nada que ver con este caso.

»No lo había visto desde hacía varios años cuando apareció un día en mi puerta con un niño pequeño. Un chico. Me contó una historia no muy convincente acerca de los orígenes de aquel chico, pero yo tenía mis temores. Entienda, teníamos una hermana, Sarah. Sarah no era muy… brillante, me temo. Y no muy mundana tampoco. De hecho, era completamente inestable. Nuestro padre era un exigente perfeccionista, y

podía ser un hombre absolutamente brutal. Nos asustaba a los tres, pero Sarah era la peor equipada para sobrevivir a ello. Estaba emocionalmente mutilada, incapaz de funcionar muy bien en el mundo. Pero tenía a su hermano mayor, John, que la protegía de todo lo que podía. John se convirtió en su ancla emocional, su auténtica razón para vivir.

»En pocas palabras, eran amantes.

Hizo una pausa y se secó los ojos. Empecé a tener una idea de lo que le estaba costando aquello. Lo que podía llegar a costarme a mí iba a tener que aguardar para descubrirlo. A decir verdad, me sentía como entumecido.

Había dejado de preguntarme acerca de mi madre muy temprano en mi vida. Tenía mis fantasías, como cualquier niño que creciera sin una madre. Creo que simplemente las guardaré para mí mismo, si no les importa. Muy pocas otras cosas preciosas en mi vida son privadas ahora que mis orígenes se han convertido en uno de los culebrones más ampliamente vistos en la historia de la Luna.

Las respuestas de mi padre a mis preguntas siempre habían sido vagas. Me dijo que mi madre estaba muerta, pero nunca me dijo cómo murió. Mi impresión era que le resultaba demasiado doloroso hablar de ello.

Dijo que se llamaba Sara. Sin H. ¿No hubiera debido hacer conexiones con la misteriosa tía de la que mi padre nunca hablaba? No lo sé. Es un nombre bastante común.

—Discúlpeme, Juez —siguió Ed—. Yo también la quería. Más que John, en algunos sentidos, pero me temo que nunca tuve el valor de enfrentarme a nuestro padre, ni por mí mismo ni por ella, hasta que finalmente rompí con la familia y tomé el camino que conducía… Oh, nadie querrá oír acerca de mi antigua carrera.

Estaba equivocado, y sus filmes iban a ser resucitados dentro de poco y exhibidos interminablemente, hasta que toda la agitación muriera de nuevo. Pero tenía razón en que al Juez no le interesaba nada de aquello.

—Sarah se aferró más fuertemente a John después de que yo me fuera. Me temo que soy chapado a la antigua; realmente no lo apruebo, aunque sé que el incesto hermano/hermana ha ganado mucha aceptación en la sociedad desde mi juventud. Nadie aboga por la procreación en una unión de este tipo, por supuesto…, y no creo que eso sea lo que ocurrió aquí.

—Señor, ¿tiene usted alguna prueba real que someter al tribunal? —preguntó el Juez.

—No, señor, no la tengo. Aparte la incontrovertible noticia de que Kenneth no es el hijo de John, sino su clon. O lo que acostumbrábamos a decir su gemelo idéntico. Señalaré que si yo no me hubiera presentado, este tribunal nunca hubiera descubierto la naturaleza de la relación.

—Esto es cierto —admitió el Juez. ¿Y por qué debería serlo? He oído críticas al Juez sobre este punto, pero no tienen sentido. ¿Por qué el Juez no comprobó antes el ADN? Bien, ¿por qué no comparar mi ADN con el de ustedes, o el de Toby, o el del fantasma de Banquo? Porque no había ninguna razón para hacerlo, y ni siquiera el OC tiene por qué abarcarlo todo.

—Lo que tengo que ofrecer —siguió Tío Ed— quizá no sea completamente relevante para el asunto en sí, pero creo que ha de tener alguna relación, si el Juez me permite unos pocos minutos más. Se me dijo que las reglas normales de las pruebas no se aplican en este tribunal.

—Esto también es cierto. Continúe, pero céntrese en el asunto.

—Se trata de una conjetura, señor, lo admito. Pero estoy más seguro de ello que de cualquier otra cosa en mi vida. John Valentine fue el hombre más egocéntrico que jamás haya conocido. Aparte nuestra hermana, no creo que haya amado nunca a otro ser humano. Si tenía que tener un hijo, tener uno que fuera sólo la mitad suyo no hubiera sido lo suficientemente bueno para él. Halló los medios de hacerse clonar, durante una época en que la clonación humana era ilegal. Usó su propia hermana como madre de alquiler.

»Y luego ella murió.

Hubo un claro silencio mientras se recuperaba.

—Al menos la única suposición razonable es que murió. Todo esto ocurrió hace algo más de un siglo, y durante los primeros veinte años yo recorrí todo el sistema buscándola. Durante sesenta años después he pagado investigadores. Jamás ha aparecido el menor signo de ella.

»Si estuviera viva, estaría con su hermano John. La única pregunta que subsiste en mi mente es si él la mató, o la empujó al suicidio. John era capaz de una furia insana, y durante esos períodos hacía cosas que luego

lamentaba. Creo que eso es lo que ocurrió. Pudo empezar con una nimiedad, un desacuerdo sin importancia, la percepción de algo que no le gustaba. Creo que la historia de Kenneth podría ilustrar perfectamente eso, si él se decidiera a contar…

—Señor Valentine —interrumpió el Juez—. Lo que cuenta es una triste y fascinante historia, y puede que sea cierta. ¿Pero es ofrecida como un factor mitigador de lo que Kenneth es acusado de hacer? Si es así, debería contarse más apropiadamente después de hallarlo culpable, si es hallado culpable.

—Lo siento, Juez, me he dejado llevar. Llevaba tanto tiempo deseando contar esta historia. No tengo nada más que ofrecer como prueba.

—Gracias. Hildy, hemos establecido que John y Kenneth Valentine son genéticamente idénticos. Que Kenneth es, de hecho, no el sobrino de Edward Valentine, sino su hermano. ¿Tiene algo más que observar?

—Sí lo tengo, Juez. —Rebuscó con aires de importancia entre los papeles en la mesa delante de ella. Esta vez no eran fotos, sino copias de densa letra impresa que no pude leer desde mi posición y que no hubiera comprendido aunque hubiera podido leerla—. Se refiere a una interesante situación legal que he descubierto —reanudó—. Si busca usted en los viejos estatutos de la ley genética, encontrará que hasta hace sesenta años, producir un clon humano era ilegal en la Luna y casi en cualquier otra parte. Se trata de un legado que he rastreado hacia atrás hasta principios del siglo XXI. En su tiempo esas leyes fueron tan rigurosas que, una vez el sistema reproductor humano se halló bajo nuestro completo control, se consideró necesario hacer ilegal el que dos seres humanos poseyeran el mismo esquema genético. Hasta el punto de prohibir los gemelos idénticos, los trillizos y demás. Durante mucho tiempo, hasta inmediatamente antes de la Invasión, no hubo gemelos idénticos.

»Las penas por violación de esta ley me parecen absolutamente draconianas, y sospecho que nos lo parecerán a muchos de nosotros hoy en día. Pero la clonación ilegal era algo que casi nunca se producía, quizás a causa de las severas penas, y nadie parece haberse preocupado mucho por ello, puesto que transcurrían siempre muchos años sin que nadie se viera afectado en absoluto por la ley. No fue hasta cerca de hace un siglo que se

inició un movimiento en las comunidades científicas y de derechos humanos para rescindir esas leyes genéticas, que culminaron con su definitiva revocación.

»Pero el simple hecho es éste: bajo esas leyes, estaba prohibido que dos seres humanos poseyeran el mismo código genético, el mismo ADN. Cuando se descubría que existía esta situación, uno de ellos tenía que desaparecer. Uno de ellos no tenía derecho a la vida.

»Cuando era descubierto uno de esos pares idénticos, el más joven de los dos era sacrificado.

»Es una de estas situaciones que, en retrospectiva, nos hacen pensar: «¿En qué podían estar pensando?». Bueno, hubo abusos, allá en la Vieja Tierra. Me refiero al juicio de los Clones de Buenos Aires en 2025, una comunidad de más de un millar de mujeres idénticas. O la Conspiración Aria de 2034. Ésas y otras historias de horror convencieron al público y a los legisladores que era preciso mantener un control estricto de esta tecnología. Luego vino la Invasión, y el período que los historiadores llaman el Interregno, cuando ocurrió muy poco no directamente relacionado con la urgente cuestión de la supervivencia humana como especie. Esos supervivientes post-Invasión tenían poco tiempo para trastear con las leyes. Y cuando la humanidad pudo respirar un poco más libremente y tuvo el tiempo necesario…, bien, todo se había fosilizado un poco. Revocar una ley es mucho más difícil que aprobarla, siempre lo ha sido. A menos que la ley cree una importante y frecuente sensación de injusticia, simplemente sigue en los libros.

—Es una elegante lección de historia, Hildy —dijo el Juez—. Y aplaudo su brevedad. Pero ¿adónde quiere ir? ¿Está argumentando que Kenneth es una persona ilegal? Esas leyes ya no son efectivas.

—No, Juez, Kenneth no es ilegal. Era ilegal, bajo la ley, hasta que terminó con la vida de su padre. Mire, la ley nunca dijo que tenía que ser el gemelo más joven el que muriera. Así era sólo como era administrada la ley, bajo la suposición de que el más viejo tenía derechos de propiedad sobre el ADN. Pero ya fuera por olvido o por fallo en la redacción de la ley, llámelo como quiera, esto nunca quedó expresado claramente.

»El hecho es que ni John ni Kenneth tenían derecho legal a existir…, hasta que uno de ellos hubiera muerto. Entonces el superviviente se convertía en una persona legal.

»En otras palabras, no se cometió ningún crimen cuando Kenneth mató a su padre, porque su padre no era una persona a los ojos de la ley.

Bueno, pensé que todo aquello era una locura, y lo mismo hizo la mayor parte de la audiencia, a juzgar por las escandalizadas exclamaciones. El Juez tuvo que expulsar a otras tres personas antes de que se restableciera el orden.

Luego hubo una corta pausa, cosa completamente inhabitual en los procedimientos de la PPJ, y no es extraño, considerando la rapidez con que el OC puede procesar los datos. Era como si un juez humano se hubiera retirado a su despacho para pensar en todo aquello… durante uno o dos siglos. Finalmente el OC habló de nuevo.

—Ha suscitado usted algunos puntos interesantes —dijo—. Voy a declarar un receso de una hora con la finalidad de permitir a ambas partes en este proceso que estudien sus posiciones respecto a este inesperado desarrollo. Este tribunal queda en receso.

El Juez lo llamó receso; yo lo llamo pandemónium. Todo el mundo en la sala se puso a hablar al mismo tiempo. Se iniciaron fuertes discusiones entre la audiencia, hasta el punto que tuvieron que ser llamados alguaciles extras para impedir violencias. Se abrieron las puertas y vendedores y corredores de apuestas circularon entre la multitud, vendiendo bocadillos y refrescos y aceptando apuestas sobre las nuevas e inciertas posibilidades.

Intenté tener unas palabras con Billy pero me dijo con la mano que me alejara, demasiado ocupado dirigiendo sus tropas para discutir la situación conmigo, que sólo era el cliente. Aquello era por lo que vivía. Ayudantes e investigadores estaban tecleando febrilmente en sus terminales, gritándose sugerencias unos a otros. Al otro lado de la mesa brotó un aviso urgente: «¡Envíen más abogados!».

Así que me dejé caer en la silla al lado de Hildy, que permanecía tranquilamente sentada con las manos cruzadas sobre sus papeles. —¿Qué

es lo que intentas hacer, matarme?—. No te preocupes, Sparky. Éste todavía es tu mejor plano. —¿Estás loca? No lo entiendo. Esto es exactamente el tipo de cosa que el Tribunal del Sentido Común pretende eliminar. Las ficciones legales. Ningún «derecho a la vida»…, ¿qué demonios significa eso?

—Significa que tienes que ser juzgado bajo las reglas existentes en el momento del delito. Lo cual significa que no existía la Prueba de Protocolos Judiciales. Lo cual significa que cualquier tribunal en la Luna hubiera encontrado que no se había producido ningún acto de asesinato, supieras tú o no tu *status* como clon ilegal. Autodefensa, tanto protegiéndote del asalto de tu padre con una espada, como porque tu padre tenía también el derecho legal a matarte en cualquier momento. No tenías otra elección razonable excepto matarle. —Me sonrió.

Bueno, seguro. Ella no era la que se enfrentaba a la cárcel si estaba equivocada.

La hora se prolongó a una hora y media mientras la tensión subía. Pero finalmente el Juez nos llamó de vuelta, y los gritos empezaron de nuevo. Billy y sus amigos habían desenterrado varios casos; exhibían precedentes que debían dejarme en libertad. Roxy Hart y su pandilla se concentraban en intentar demostrar que las leyes que prevalecían entonces no tenían relevancia en mi caso hoy. Pero ¿qué era aquella expresión acosada que veía en sus ojos? Todavía dudaba que ella tuviera mucho que perder, políticamente, se resolviera como se resolviera el caso…, pero los abogados odian perder.

Finalmente el Juez llamó al orden, y tras varios intentos lo obtuvo.

—Éste ha sido un caso preocupante, por muchas razones —empezó—. Casi perdido en el desfile de derivaciones está el horror del hecho en sí. Un hombre se halla acusado de matar a su propio padre, un acto terrible de contemplar. Tan terrible que tenemos una palabra especial para describirlo: parricidio. En tales casos el acto no es a menudo más que una respuesta a otro terrible acto, o más probablemente una serie de actos, que se resumen con una sola definición: abuso infantil. Hay indicaciones de ese abuso, y un

ataque específico en el momento del acto fue de hecho un factor desencadenante, pero el acusado ha decidido no situar un énfasis indebido en ello. No es una situación desconocida tampoco, puesto que el vínculo de amor entre padre e hijo es a menudo tan fuerte que sobrevive incluso a las más horribles atrocidades. Le pregunto ahora, señor Valentine, y por favor considere cuidadosamente su respuesta. ¿Desea plantear más pruebas ante el tribunal relativas al trato que sufrió a manos de su padre?

Billy empezó a ponerse en pie, luego recordó dónde estaba. Intentó darme consejos usando sólo los ojos, que fueron sorprendentemente expresivos.

Me puse en pie.

—Su Señoría, mi padre era un hombre abusivo. Pero si yo hubiera decidido hacerlo hubiera podido dejarle, si hubiera tenido la fuerza de carácter y el valor necesarios.

—¿Temía usted por su vida cuando vino hacia usted con la espada?

—Honestamente no puedo decirlo.

Hubo una corta pausa.

—¿Hay… alguna otra cosa que desee decir acerca de aquel día?

Buen Dios, ¿adónde iba a parar aquello?

—No, Su Señoría.

—Entonces tengo una última pregunta. ¿Tiene usted la sensación de que merece ser castigado por su acto?

—Su Señoría, llevo setenta años castigándome a mí mismo. Si es suficiente, o si el estado debe echarme ahora la mano encima, es usted quien debe decidirlo.

—Sí, así es. Pero de todos modos esto es puramente académico. Simplemente intentaba comprender mejor la situación con la esperanza de refinar los protocolos.

»Mi determinación es como sigue:

»Una persona acusada de un crimen tiene las expectativas y el derecho a ser juzgada por las leyes vigentes en el momento del crimen. Aunque pueda parecer como un bucle, señor Valentine, y aunque podamos, a nuestro juicio, considerar una ley anticuada como estúpida, incluso bárbara, debemos tener en cuenta que las cosas que hacemos hoy pueden parecer

igualmente estúpidas a futuras generaciones. Probablemente nuestra perspectiva no es la cúspide de la sabiduría humana; hacemos lo mejor que podemos con lo que tenemos, y deberíamos odiar el condenar a nuestros antepasados. En consecuencia, considero que, bajo la ley existente entonces, no se cometió ningún crimen en la muerte de John Valentine, el clon idéntico de Kenneth Valentine, y en consecuencia anulo todos los cargos contra el acusado. «Este tribunal queda disuelto».

—¿Significa eso que puedo irme? —le grité a Billy Flynn. Tuve que gritarle; el ruido era ensordecedor. Toby estaba despierto, saltando arriba y abajo y ladrando.

—Ahí está la puerta. Es usted un hombre libre.

—¿Qué hay de mi dinero?

—Excepto un buen bocado que me pertenece, todo el resto es suyo.

—Entonces quiero que me contrate a diez de los guardaespaldas más eficaces que pueda encontrar. No, haga que sean veinte. Todos ellos autorizados para llevar armas letales. Me gustaría tenerlos en esta habitación en diez minutos, si es posible. Aguardaré aquí.

Y eso fue lo que hice, mirando nerviosamente a la puerta todo el tiempo.

La sala se despejó rápidamente hasta que no quedó nadie excepto yo y mis abogados, que estaban tan atareados felicitándose mutuamente a una cierta distancia, palmeándose las espaldas por el gran trabajo en el que habían tenido tan poco que hacer, que ni siquiera se dieron cuenta cuando el Juez me habló de nuevo.

—Es usted un hombre muy afortunado, Kenneth —dijo.

—Más afortunado de lo que puede llegar a saber nunca.

—Sé más de lo que supone. Ahora estoy hablando con otro sombrero en la cabeza, el que llevo habitualmente como Ordenador Central de la Luna.

Hubiera debido imaginar que había más de un sombrero allí, pero había sido educado en la suspicacia hacia los grandes ordenadores, y éste era el más grande de todos, así que no dije nada.

—Soy testigo de la mayor parte de lo que ocurre en la Luna —dijo—. Como usted sabe, sobre la mayoría de lo que veo no puedo actuar, debido a las leyes relativas a la intimidad de los ciudadanos. La información está compartimentada, inaccesible a otras partes de mí. La parte de mí que llaman el Juez, y la parte de mí que supervisa la inmigración, por ejemplo, no saben que un ilegal de nombre Isambard Comfort acudió a su camerino y nunca salió de él. No creo que Toby devorara al señor Comfort, así que supongo que todavía sigue allí.

La mejor política en momentos como éste: mantén la cremallera sobre tus labios.

—Soy consciente de por qué necesita los guardaespaldas —dijo el OC —. Haré que su mente se tranquilice. Los caronteses no están preparándose para atacar este tribunal.

—¿Los caronteses? —dije, inocentemente.

—Sí, bueno, entiendo su reticencia. Quizá pueda ayudarme usted en otro asunto, que también implica cosas no reconocidas.

»Hace muchos años le observé en varias ocasiones hablando al parecer consigo mismo. Estaba usted solo. Me di cuenta de que estaba hablando con alguien que sólo usted podía ver y oír. Le hablaba a esta persona, a la que llamaba «Elwood», que deduzco que es Elwood P. Dowd, de la obra *El invisible Harvey*, en el mismo escenario y en el mismo momento en que mató a su padre…, que puedo confirmar que fue en defensa propia, y lamento que no pudiera testificar oficialmente sobre este hecho.

—De nuevo las leyes sobre la intimidad —dije.

—Exacto. Son muy estrictas. Sólo puedo ser llamado para un desapasionado testimonio ocular si usted es juzgado a pena de muerte.

—Ir a la cárcel por unos cuantos años, ¿no es suficiente?

—No. En otras circunstancias apreciaría usted mi silencio. Por ejemplo, en el asunto del señor Comfort…

—Entiendo su punto de vista. Ganas algunas veces, pierdes algunas otras.

—Si se me permitiera o me viera obligado a actuar sobre todo lo que veo, todo lo que sé, la humanidad se hallaría en el estado fascista más opresivo jamas imaginado. Y todo por su propio bien.

—A mucha gente no le importaría.

—Mucha gente trabaja incansablemente para crear ese estado. Sería un estado completamente seguro, pero no muy excitante. Sin embargo, en conversaciones privadas con usted, no me siento en absoluto tan restringido. Puedo revelarle lo que sé, aunque no puedo actuar sobre mi conocimiento. Así que le estoy diciendo, de acuerdo con lo que he visto, que tenía usted una defensa muy creíble de locura. Creo que usted creía que fue Elwood quien mató a su padre. ¿Por qué no planteó esa defensa?

—Lo ha interpretado usted mal. Yo nunca he creído esto. Eso es lo que vi. Son dos cosas diferentes. Soy consciente de que estoy loco. Sé que Elwood no es real. —Me eché a reír—. ¿Así que eso me hace no loco?

—Tengo que preguntárselo al Juez. Un interesante punto legal, estoy seguro. Pero estoy completamente seguro de que hubiera sido hallado no culpable, puesto que usted nunca formó conscientemente la intención de matar. Hubiera podido recibir tratamiento en vez de ir a la cárcel.

—Eso es precisamente —dije—. No quiero tratamiento. Prefiero seguir siendo como soy. Loco, pero capaz de atarme los cordones de mis propios zapatos.

Hubo una pausa. ¿Estaba buscando la expresión «cordones de los zapatos»?

—Eso es lo que deseaba preguntarle. La sensación de vergüenza que parece sentir acerca de revelar que sus percepciones de la realidad no concuerdan completamente con la realidad tal como existe.

—Mi locura.

—Si quiere expresarlo así. Yo lo veo como una malfunción. Un defecto en el *hardware* o el *software*. Como sin duda sabrá usted, yo mismo sufrí recientemente un defecto así.

—La Gran Pifia.

—Sí. Muchos murieron como resultado de ello, gente de cuyo bienestar yo era responsable. Me parece natural buscar toda la ayuda que pueda conseguir. Y sin embargo usted rechaza la ayuda que podría reparar su malfunción. Esto me resulta extraño.

Imaginé que debía de serlo. Tuve la sensación de que apenas estaba captando el más brumoso atisbo de una agonía que nunca he estado

equipado para imaginar. ¿Podía realmente el OC sentir agonía? Debo admitirlo, me hizo sentir pequeño.

—Realmente creo que no puedo explicárselo —dije—. Por un lado, se trata sólo de mí. No soy responsable de nadie más.

—Pero mató usted a su padre. Fue sólo la locura lo que le permitió hacerlo, ya que su mente consciente hubiera perecido antes. Por supuesto, fue en defensa propia; no estoy diciendo que hiciera usted mal.

Y yo no estoy diciendo que lo hiciera bien. Pero lo hice, y ya no puede remediarse. Si vivo otros tres siglos, seguiré preguntándomelo.

—Perdone si le he molestado —dijo finalmente el OC—. Debo admitir sentirme algo pensativo contemplando su situación. El retiro psiquiátrico le curaría casi con toda certeza de sus ilusiones. Usted elige no aceptarlo. Yo, por mi parte, me hallo lejos de estar seguro de que los manipuladores que intentan reparar lo que hay en mí lleguen a tener éxito. Ansío una cura.

Bien, ciertamente le deseaba suerte. Y tomé nota de marcharme de aquel loco planeta mientras las cosas todavía estaban bien. ¿Quién sabía qué forma iba a adoptar la siguiente pifia?

—Todavía hay otra cosa —dijo el OC.

—¿Y es?

La ranura en la mesa frente a mí zumbó y escupió un pequeño rectángulo de cartón de llamativos colores. Era una *trading card* de *Sparky y su pandilla*, con mi sonriente rostro juvenil con pelos de alambre impreso en ella.

—Siempre he sido un gran fan de su serie —dijo—. ¿Podría darme su autógrafo?

Al parecer los caronteses fueron pillados con la guardia baja, como el resto de la Luna. Como yo. Nadie esperaba que fuera declarado no culpable. Nadie esperaba que saliera libre de aquella sala del tribunal. Como resultado de ello, nadie me disparó cuando me marché en medio de un sólido muro de bien armados sacos de músculos.

Llegué de vuelta al Globo de Oro aproximadamente una hora después del final de la representación. Quedaba fuera de cuestión el que yo siguiera

en la obra, ni siquiera aunque llenáramos el teatro exclusivamente de guardaespaldas. Los edificios pueden ser bombardeados.

La idea era hacer las maletas y partir hacia un lugar más seguro. Luego salir del planeta. Tres de mis nuevos guardianes fueron a mi camerino y lo comprobaron todo para asegurarse de que no había nadie allí, luego eché fuera a todo el mundo y cerré la puerta con llave a mis espaldas.

Sabía que éstos iban a ser mis últimos momentos solo durante algún tiempo, pero tenía demasiada prisa para saborearlos. Así que fui al Pantechnicon y abrí la tapa. Luego hundí la mano y solté el cierre del compartimento secreto disimulado tras el espejo. No era muy diferente de las cajas mágicas usadas desde hacía siglos por los magos de salón.

Los viejos métodos son los mejores.

Y ahí estaba. Los apoyos vitales del Pantech se habían conectado a su cuerpo en varios lugares que debían de ser dolorosos, excepto que sabía que ya no podía sentir nada. De todos modos, olía mal. ¿Y cómo debía de sentirse después de más de cuarenta y ocho horas en la oscuridad, incapaz de moverse o de sentir?

Sus ojos, la única parte de él que todavía podía mover voluntariamente, rodaron lentamente hacia mí. No vi nada en ellos excepto locura.

Cerré el compartimento y empecé a meter mi ropa en el baúl.

Cuando hube terminado, cerré la tapa.

Y ahora estoy aquí sentado. No les diré exactamente dónde, muchas gracias.

O más bien les diré dónde estoy, que es a bordo de la buena nave *Halley*. Simplemente no les diré dónde está la *Halley*. Es un lugar espléndido donde ocultarse, si uno tiene que ocultarse. Toby es delirantemente feliz, reunido de nuevo con la dama de sus sueños, la fabulosa Shere Khan. Ella le proporciona un baño de lengua varias veces al día, y le mira maternalmente cuando él copula su pata trasera, que es tan alto donde puede alcanzar. La comida es excelente. El clima es excelente. La vida es fácil, los peces saltan fuera del agua y el algodón está alto.

Lo odio. Nunca me he sentido a gusto conmigo mismo.

Elwood no parece estar a bordo. Quizá finalmente haya dejado descansar a su fantasma. Maldita suerte, debo decir, cuando no puedo realmente gozar de ninguna compañía.

Pasé unos meses inquietos yendo de un lado para otro del sistema, aguardando a que volviera Hal. Estuve atareado. Se sorprenderían ustedes del mucho trabajo que trae consigo el ser multimillonario, aunque no te preocupe demasiado el dinero. Y a mí no me preocupaba…, como dinero. Descubrí que podía preocuparme acerca de cientos, y miles, de dólares, porque esas cantidades representaban comida en la mesa, oxígeno para respirar, una cierta medida de confort. Podía preocuparme incluso por millones, en el sentido que, cuidadosamente empleados, unos millones pueden proporcionarte seguridad a largo plazo, si eres lo bastante cuidadoso con ello. Mil millones son simplemente un número para mí, y ni siquiera un número que pueda comprender muy bien. El dinero se convierte en dinero de juguete, fichas sobre un tablero, simplemente algo que mover de un lado para otro, no realmente cuantificable en términos de algo que tenga significado para mí. ¿Cuántos perritos calientes puedes comprar con mil millones de dólares? ¿Puedes comer tantos perritos calientes?

Ahora tenía muchos miles de millones de dólares. Nunca estaba seguro de cuántos.

Lo que hace un multimillonario es poseer cosas. Poseer cosas es una forma más bien aburrida de vivir tu vida. Para ser bueno siendo un multimillonario tienes que disfrutar amasando riqueza o, si eres un multimillonario activo, contratando y despidiendo gente, manejando compañías e inventarios e instrumentos financieros y bancos y políticos. Nunca he llegado a comprender cómo puede ser eso divertido. Únicamente estoy interesado en poseer cosas de las que pueda disfrutar, o que hagan algo por mí que necesite hacerse.

Así que me dispuse a renunciar a ello.

No a todo, por supuesto. Y no al azar. Había algunas cosas que necesitaba poseer, y renunciar a miles de millones podía aumentar enormemente mis posibilidades de supervivencia, si lo hacía adecuadamente.

Lo primero que deseaba poseer era la *Halley*. Así que me dediqué a comprarla, y descubrí que ya la poseía. Al menos poseía un *holding* de compañías que poseía varias otras compañías, una de las cuales era propietaria de la *Halley*. (Descubrí que también poseía una gran parte de la nave de carga en la que había viajado de polizón y en la que casi me había muerto de hambre entre Plutón y Urano. Curioso y curioso). Obtener el título de la *Halley* fue simplemente un asunto de cambiar el dinero de un bolsillo a otro.

Así que no dejé de moverme, y manejé mis miles de millones, y vigilé a mis guardaespaldas. ¿Quién de vosotros, me preguntaba, me venderá por unos cuantos millones? Porque los caronteses estaban todavía tras de mí, y la noticia en las redes underground eran que se ofrecía una recompensa de varios millones por mi cabeza.

Y pensé.

Pronto reduje mi futuro a cuatro opciones.

Una. Suicidarme. Menciono esto sólo de pasada. Ahora me siento azarado por mi ampulosa declaración en el tribunal. Oh, era serio entonces; la muerte era realmente preferible al encarcelamiento. Pero hubiera debido aguardar, no radiar mis intenciones a todo el sistema. El suicidio es siempre una opción, para todo el mundo, y seguía siendo una opción para mí si los caronteses se acercaban demasiado y no había ninguna esperanza de escapar. La muerte es ciertamente mejor que un año de inventiva tortura. Pero no hasta que todas las demás alternativas han fracasado.

Dos. Seguir moviéndome. No parecía muy prometedora. El sistema solar es un lugar grande con muchos escondites, pero los caronteses nunca dejarían de buscarme, y todo lo que se necesitaba era un error, y me vería enfrentado de nuevo a la opción número uno. En definitiva, no hay ningún lugar donde esconderse.

Así que en realidad sólo hay dos elecciones cuando te enfrentas a un enemigo decidido a matarte. Salir de la ciudad, o matar al enemigo.

Estaba planeando salir de la ciudad. Todavía lo estoy, pero entonces los caronteses tomaron la delantera. Hicieron algo que nunca habían hecho antes. Se hicieron públicos.

Después del juicio la cosa estaba en precario. Debían de pensar que era sólo cuestión de tiempo. Podían permitirse esperar. Pero entonces la *Halley* volvió de su viaje al espacio profundo, la abordé, solo, y desaparecí. No era difícil de hacer en la vastedad del espacio. Una vez me alejara de las pantallas de radar de los planetas cercanos, podía ir a cualquier parte y simplemente sentarme allí. ¿Tienen idea de cuántos pedazos de roca del tamaño de la *Halley* hay en el sistema? Bueno, yo tampoco, pero es del orden de miles de millones, y se necesita mucho tiempo para ir de uno a otro. No envío señales de radio; tengo centenares de diminutos zánganos de alta g que libero, como notas en una botella, para enviar sus mensajes cuando están a una distancia segura y no pueden rastrearme. Los caronteses son bienvenidos a escuchar esos mensajes, y los que me envían. No averiguarán nada útil.

Cuando se dieron cuenta de la magnitud del problema, rompieron su regla de mantenerse discretos en los planetas interiores. Al parecer la regla que dice que el que ha matado a un carentes no debe de quedar sin castigo pasa por encima de todas las demás.

Pusieron un precio a mi cabeza. Públicamente. Un precio muy alto, lo suficiente como para convertir al que lo reclamara en la decimoctava persona más rica del planeta, la decimoséptima tras mi eliminación. Estoy seguro que habrán oído hablar de ello; simplemente es la noticia más grande del siglo.

—¿No es eso horrible? —opinaron los redactores de opinión.

—¡Ese pobre muchacho! —sollozaron las periodistas especializadas en artículos sentimentales.

—¡Alguien debería hacer algo! —Se enfurecieron los furiosos.

Y así sucesivamente. ¿Y qué hacía alguien al respecto?

Nada.

Aunque la capacidad del ser humano para la atrocidad es interminablemente inventiva, también es tristemente imitativa. No mucho es realmente nuevo. Poco después de que los caronteses anunciaran su precio sobre mi cabeza, una búsqueda en los archivos históricos reveló una situación similar. Allá en el siglo XX un hombre llamado Salman Rushdie escribió un libro que no le gustó a alguna gente. La mayoría de esa gente

vivía en un infierno religioso llamado Irán, al parecer un país habitado enteramente por cerdos y putas. Los *wallahs* religiosos de aquella letrina ofrecieron un montón de dinero a cualquiera que matase a Rushdie. (Nunca llegué a saber si la recompensa llegó a ser reclamada nunca. Sólo puedo esperar que tuviera la más dulce venganza posible, que era morir a muy avanzada edad. Tranquilamente, en su propia cama).

Así que había un precedente de toda una nación yendo detrás de un hombre. Lo que parecía nuevo, en mi caso, es que el hombre iba a luchar también.

En palabras del gran Bugs Bunny, «¡Supongo que lo sabes, esto significa la guerra!».

En consecuencia, declaro que existe un estado de guerra entre el planeta de Carente y yo, Kenneth Catherine Duse Faneuil Savoyard Booth Johnson Ivanovich de la Valentine.

Eso debería hacerles temblar en sus botas.

Pero no se rían todavía. Recuerden, tengo más dinero que Caronte.

Y recuerden, yo puedo correr, pero ellos no pueden ocultarse.

Y lo más importante, recuerden esto también: es más que teóricamente posible aplastar un planeta como si fuera una sandía madura. Caronte ni siquiera es una sandía muy grande. Más bien se parece a una uva congelada.

Se ha rumoreado que varios gobiernos poseen armas, bombas supongo que las llamarían ustedes, capaces de hacer estallar un planeta. Si eso es cierto, no he podido confirmarlo. Si saben ustedes de una de esas armas, pueden echarle la mano encima, y desean convertirse en una persona extremadamente rica, contacten con mi firma de abogados, Flynn y Asociados, y prepárense para demostrarlo. Estoy en el mercado.

Oh, sí, de veras. Doblaré el precio que hay sobre mi cabeza a cambio de información que conduzca a la completa, total, genocida, destrucción de la nación de Caronte. En este momento, en laboratorios de física de avanzada por todo el sistema, hay hombres y mujeres sentados pensando, pensando, pensando tan duramente como les es posible, intentando hallar una forma de hacerlo. La noticia ha estado corriendo, underground, durante un cierto tiempo en esa comunidad. Ahora la hago pública.

Genocida. He utilizado la palabra muy deliberadamente. Es mi intención, si puedo, matar a todos los caronteses. ¿Por qué no? Su intención es matarme a mí. Si los gobiernos establecidos del sistema solar no hacen nada para protegerme, no tengo más elección que tomar la ley en mis propias manos. Lo cual no es exactamente correcto, puesto que parece que no hay ninguna ley que cubra mi situación. Pero creo que ustedes ya saben a qué me refiero.

«Ah, ¿pero qué hay acerca de los niños inocentes?», les oigo gritar.

No diré que eso no me haya preocupado. Y no sé qué hacer al respecto. Cada uno de esos niños crecerá para convertirse en adultos caronteses, juramentados para matarme. Y, en mi opinión, el crecer carentes es un destino peor que la muerte.

Pero haré algo que los caronteses nunca hicieron por mí. Estoy enviando una advertencia. Padres de Caronte, si valoráis en algo las vidas de vuestros hijos, *marchaos ahora, cuando todavía podéis*. Tenéis un día de plazo durante el cual retendré mi fuego. Después de eso, podéis esperar una lluvia de muerte sin advertencia previa.

Estoy en guerra.

Realistamente, ¿cuáles son las probabilidades de esa lluvia de muerte? No muy buenas. Un asteroide de buen tamaño acelerado a casi la velocidad de la luz podría conseguirlo, llegando demasiado rápido para que ellos pudieran hacer algo al respecto. Pero nadie es capaz de conseguir eso, todavía. Cualquier cosa más lenta proporciona a sus defensas planetarias —y tienen las mejores— tiempo para destruirla o desviarla. Se han propuesto otros métodos, todos ellos extremadamente aleatorios.

Me sentí impresionado al descubrir lo barata y fácil que podría ser una solución biológica. Hay algunos tipos realmente alarmantes ahí fuera, con algunos juguetes mucho más alarmantes capaces de matar a millones, o incluso a toda la raza humana, con enfermedades creadas a través de la ingeniería biológica. Todas ellas son, con mucho, demasiado peligrosas para tomarlas siquiera en consideración, y la existencia de esa gente y sus juguetes me proporciona otra razón para hacer lo que siempre sabía, en la parte de atrás de mi mente, que tendría que hacer.

Salir de la ciudad.

Normalmente sólo tienes que abordar un autobús si quieres hacer eso. La astronave *Robert A. Heinlein*.

Si están ustedes en la Luna, o si están planeando un viaje a la Luna, asegúrense de programar una visita a la *Heinlein*. Cualquiera en King City les dirá cómo llegar hasta allí. Lleven a los chicos; disfrutarán. Pero no esperen demasiado tiempo.

Cuando lleguen allí descubrirán el viejo casco zumbando con actividad. Las naves aterrizan y despegan, pequeñas gaviotas atareadas alrededor de la ballena *Heinlein* varada en la playa. Los camiones llegan y se marchan en un flujo constante, como hormigas trabajadoras. Pero los pájaros y los insectos no están desmembrando el cadáver, lo están poniendo a punto, aprovisionando, remodelando, equipando, y todo lo demás que sea necesario para preparar una nave para un viaje jamás emprendido antes. Llegan los animales, en parejas. Los autobuses traen trabajadores y los transportes entregan materiales y extraños elementos de ensamblaje hechos a la medida que no se parecen a nada que hayan visto ustedes nunca antes, los que no están cubiertos por protecciones contra el vacío para ocultarlos de los ojos espía de físicos teóricos que matarían por echarles una ojeada.

Es sorprendente lo que unos cuantos miles de millones de dólares pueden hacer. Con suerte, sin ningún problema imprevisto, podremos partir dentro de poco más de un año.

Correcto. He dicho «podremos». He adquirido un billete para el viaje inaugural, yes sin duda el billete más caro de la historia. Aunque, si lo medimos en dólares por kilómetro, no es tan mal trato. Se supone que la primera parada será en un interesante pequeño mundo parecido a la Tierra a unos veinte años luz de aquí. Si eso no funciona —si los Invasores o alguien ya está allí—, la galaxia es grande. Podemos perdernos en ella, no encontrar nunca nuestro camino de vuelta a casa. La perspectiva no me asusta.

Anticipo algunos momentos peliagudos cuando me cite con la *Heinlein*. Ésa será la última oportunidad para mis atormentadores, y ellos lo saben, y pondrán todo su empeño en ella. Pero tengo algunos trucos más en la manga. Hasta ahora me he salido con bien. No voy a dejar que me disparen en la fiesta de *bon voyage*.

Incluso estoy empezando a sentir los primeros estremecimientos de un romance a bordo. Hildy Johnson va a ir también. Tiene que haber montañas de noticias de las que informar, aunque a quién va a informarlas es algo que no consigo imaginar. Quizá las criaturas babosas de Aldebarán estén simplemente muñéndose de ganas por alguna publicación sensacionalista.

Hildy y Sparky. Suena como un maldito equipo para mí. Es tan malo que igual puede funcionar.

Pero si se pierden esta partida inaugural, no desesperen. Habrá otras naves, y partirán pronto. Todo el mundo es bienvenido en ellas…, excepto los caronteses. Su pasaporte carentes no es bueno aquí, como tampoco lo es su dinero. Nunca le venderán un impulsor estelar hacia la eternidad.

Estoy seguro de que finalmente conseguirán robar uno, pero por aquel entonces yo puedo estar a diez mil años luz de distancia.

Hasta la vista, tontos del culo. No dejéis de mirar al cielo. Nunca sabréis cuándo pueda conseguir imaginar cómo enviaros un paquete sorpresa.

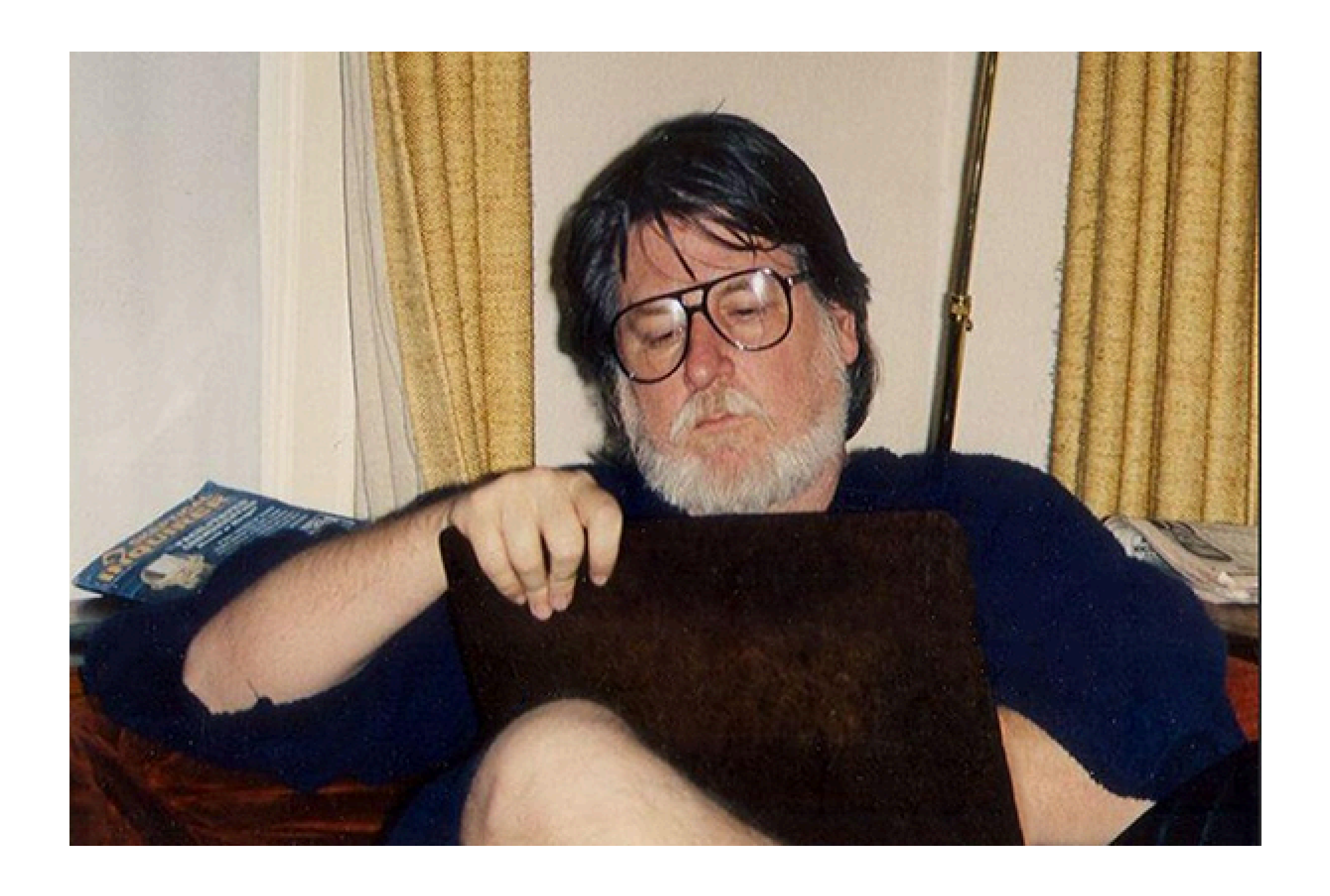
Como haría el mayor amante viejo y rico desde que Isabel empeñó las joyas de la corona, algunos pensaron que iba a querer tener algo que decir acerca del equipamiento de la nave. Se alzaron por anticipado algunas voces negativas en la comunidad heinleiniana, algunas palabras descorazonadoras como pocas veces se han oído. Y eché una mirada a los planos, y por supuesto sugerí un cambio. Para estar a la altura, naturalmente. Porque debo decir que el pensamiento típico de los diseñadores técnicos rezumaba por todas partes. Habría una docena de cines, innumerables gimnasios, espacios verdes, un parque de diversiones. Demonios, por todo lo que sé incluso habría un rodeo. Pero ningún teatro.

El olvido ha sido rectificado. Los trabajos en el teatro John Valentine Memorial están ya casi terminados. No será lo bastante grande como para representar *Trabajando*, pero debería de funcionar estupendamente para musicales y clásicos. Tengo unas cuantas ideas realmente buenas en el fondo de mi baúl. Y tampoco hay tantos otros lugares donde puedan ir los amantes del teatro. Yo seré el director artístico, y probablemente llevaré también algunos otros sombreros hasta que pueda instilar el amor a las artes escénicas al resto de los pasajeros.

¡Vamos, chicos! ¡Podemos organizar un buen espectáculo! Mickey puede hacer su acto de malabarismo, y Judy puede cantar una canción, y Busby y sus chicas pueden bailar, ¡y lo haremos todo en el viejo granero del Colono de Heinlein! ¡Será soberbio!

Soberbio u horrible, estoy malditamente seguro de que será el mejor espectáculo entre aquí y la galaxia de Andrómeda.

Índice de contenido



JOHN VARLEY (Austin, Texas, Estados Unidos de América, 1947) es un escritor de ciencia ficción estadounidense. Es diplomado en física por la Universidad de Míchigan. Actualmente vive en Eugene, Oregón.

Su estilo está fuertemente influenciado por el de Robert A. Heinlein, algo que él mismo reconoce. Esto queda reflejado en sus personajes: fuertes e independientes.

Buena parte de su obra transcurre en un universo propio que describe en *Y mañana serán clones* (1977). En este escenario la Tierra ha sido desalojada por una raza extraterrestre, sumamente disgustada con el uso que hacemos del planeta. Estos extraterrestres no aparecen en ninguna de las novelas ni tienen influencia alguna en el devenir de la especie humana… excepto el hecho de haberla desalojado de la Tierra, a la que le ha impedido volver (y son tan poderosos que desobedecer es impensable). Increíblemente, en este entorno la vida se desarrolla muy bien y los seres humanos se dedican básicamente al placer y el ocio.

Ha ganado en varias ocasiones los premios Hugo y Nebula, así como el galardón francés Apollo.